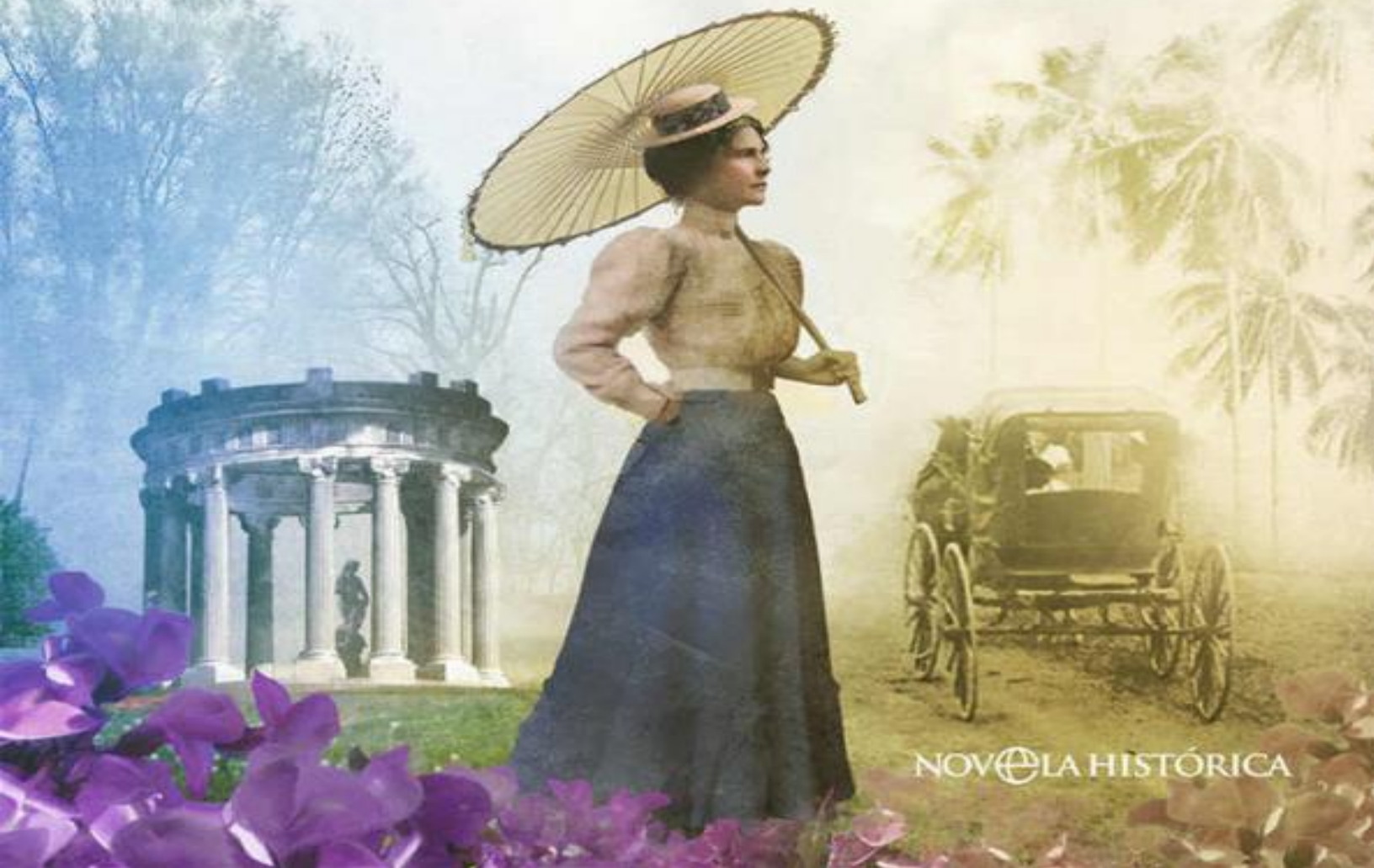
PILAR MÉNDEZ JIMÉNEZ

Un JARDÍN en el mar

Manila y Madrid,
dos mundos que se alejan, unidos por un lazo invisible
de mujeres en busca de su libertad



NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Mapa de Asia (1802) de D. Juan López
Carta para el lector
Prefacio

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79

Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Bibliografía
Notas
Créditos

A mis Victorinas, mi Margarita y mi Patrito.
A todos los que se fueron y a todos los que nos quedamos queriéndolos.



Mapa de Asia (1802) de D. Juan López, geógrafo del rey. Biblioteca Virtual de Defensa.

Carta para el lector

En aquel tiempo y espacio me llamaron meiga. La gente necesita ponerle un nombre a lo que no comprende. Si no has surcado Los mares de la canela*, quizás quieras hacerlo ahora, aún estás a tiempo. Si no, solo necesitas saber esto: Elba nació en 1865 en Vilaescura, una aldea gallega de la provincia de Lugo, el mismo día que nació su hermano Peruxo, cada uno de una madre. Rosario, la esposa de su padre Xoaquín, crio a Elba como a una hija. Yo se la llevé, una noche de lluvia, después de ayudarla a dar a luz a su hijo de sangre. Al calor de la lareira, cuidó de ella con su amor de mejillas sonrosadas y olor a pan de centeno.*

Rosario y Xoaquín pronto se dieron cuenta de que su hija era especial. También yo lo percibí. Mucha de mi propia experiencia en esta vida se me aparecía reflejada en la suya: como a mí, a ella los dioses la habían situado en un lugar que no podía entenderla. Al igual que ocurriera conmigo décadas antes, Elba fue perseguida por aquellos vecinos de mentes pequeñas y aterrorizadas por cualquier atisbo de diferencia. La acompañé en su fluir a orillas del Cabe hasta que hubo de elegir entre justicia y libertad. Prefirió la segunda.

Atisbando la inmensidad del horizonte a bordo de un vapor rumbo a Filipinas, conoció a otra maestra, Leona Florentino, una poetisa ilustrada oriunda de una ciudad, al norte de Luzón, llamada Vigán. Aquel ejemplo le iluminó el camino hacia su libertad.

Fue siguiendo ese rastro cuando topó con Juan, y, con él, conoció un amor. No uno cualquiera, sino de los que ensalzan. Juan parecía tener siempre encendida una tea de ilusión en su alma. Esa llama incombustible le había empujado, aún niño, a lanzarse a los mares del Sur siguiendo a un hombre en quien apreció la misma luz: Vicente Syquia, un comerciante que había conocido en un tugurio del puerto de Kulangsu, un islote frente a las costas de la provincia china de Fujian. A Juan le había tocado un padre natural que, a base de fumar opio, había desperdiciado su vida, amargado la de su madre e ignorado la de su hijo. Cuando don Vicente y Juan se encontraron, ambos identificaron al padre que uno merecía y al hijo con el que el otro siempre había soñado. En su barco, acompañado por su primo Ling y su amigo de la infancia Mong (a quien más tarde le hispanizarían el nombre por el de Silverio Molo), alcanzaron las costas del norte de Luzón. Y fue allí donde, en 1884, se cruzó con aquella joven gallega de ojos de jade.

Su felicidad y fortuna confluyeron en su única hija, a quien bautizaron con el nombre de Silvia. En ella se concentrarían las envidias de Ling, para entonces ya un tahúr. Con el fin de protegerla, sus padres se adentraron de nuevo en los mares de la canela y decidieron establecerse en Kulangsu, esa isla minúscula en medio del mar, donde edificaron una mansión octogonal. En su jardín, juntos construyeron su mundo, conversando y paseando durante horas, siempre de la mano. También allí se refugiaba Elba a escuchar, a solas, los mensajes de los que

estábamos lejos. Aquel frondoso jardín en un islote rodeado de mar, donde las diferencias que se unían en su hija mestiza eran celebradas, les trajo los mejores augurios. Allí vivieron los años más venturosos de su vida viendo a Silvia florecer.

Hasta que un día, de visita en Vigán, noticias de Ling arrastraron a su marido a un encuentro del que ya no regresó. José Severo, mano derecha de su esposo y por entonces ya el suegro filipino del hermano de Elba, Peruxo, fue quien la informó de que Juan ya nunca volvería a su lado. Elba corrió a recogerse en Kulangsu arrastrando todo su dolor. Arropada por aquel jardín, que había compartido con Juan, y rodeada por aquel mar, que, protector, mantenía al mundo fuera, aún sentía su voz susurrarle al oído.

Pasaron dos años de recuerdos y murmullos que la brisa, caprichosa, traía y llevaba cada día, cuando, sentada bajo la pérgola de aquel jardín en el mar, un símbolo del amor de Juan llegó a sus manos y la empujó a entrar en contacto con una silenciosa cadena de mujeres. Ellas le entregaron unos documentos que la conminaron a regresar a Vilaescura: de vuelta a la península, de la mano de Casilda Varela-Novoa, la terrateniente de la comarca, Elba descubrió su verdad, justo después de que mi cuerpo y el suyo alcanzaran a encontrarse una última vez. Nuestras almas nunca se han separado.

Elba encendió mi pila funeraria y yo me confundí con el aire. En herencia, le dejé un conjuro mágico. Si aún tienes curiosidad, lo encontrarás en Los mares de la canela. *También puedes seguir hacia delante y descubrir cómo continúa la historia de Elba, aquella campesina gallega que terminó convirtiéndose en una comerciante de canela en las especiadas aguas de los mares del Sur. La decisión es tuya y esa es siempre la correcta para ti.*

Aureana

Prefacio

El 17 de noviembre de 1869 se abrió el canal de Suez. José Protasio Rizal-Mercado y Alonso-Realonda lo cruzó cinco veces: en 1882, 1887, 1891 y dos más en 1896. La primera fue una travesía tan deseada que hasta intentó ocultarlo a sus padres temiendo que quisieran disuadirlo. Los dos últimos fueron viajes prescritos por las autoridades.

En 1884 las logias masónicas españolas comenzaron a admitir miembros filipinos. Dos años después, el Gran Oriente de España entró en crisis con la renuncia de su Gran Maestro, Manuel Becerra, antes y después ministro de Ultramar, produciéndose la posterior fusión con el Gran Oriente Nacional de España. Pero no fue hasta el 9 de enero de 1889 que el catedrático de historia de la Universidad Central de Madrid, Miguel Morayta y Sagrario, fundó el Gran Oriente Español. Morayta ya había entrado en contacto con los ilustrados filipinos a través de la Logia Solidaridad, fundada en Barcelona tres años antes.

Por su parte, Rizal había logrado publicar en Berlín en 1886 *Noli me tangere*, novela en la que arremetía contra el modelo de administración en Filipinas dominado por las órdenes religiosas. El 15 de febrero de 1889 se publicó en la Ciudad Condal el primer número de *La Solidaridad, quincenario democrático*. En sus páginas, Rizal pedía libertades, las reformas escolares necesarias para el progreso de las islas Filipinas y el reconocimiento de la representación parlamentaria, todo ello dentro del marco constitucional español.

En Madrid, el 15 de mayo de 1890 obtiene carta constitutiva la Logia Solidaridad n. 53, heredera revitalizada de su antecesora en Barcelona del Gran Oriente Español. En octubre, Morayta, como Gran Maestro, escribe una circular a todas las logias de la federación abogando por la representación en Cortes de las islas Filipinas. José Rizal pide entonces el sufragio restringido para los nativos de las islas, frenado por el temor de que, de establecerse el sufragio universal, la masa sin ilustrar y dominada por los frailes diera al traste con el triunfo del liberalismo en el archipiélago. Hacia diciembre de ese mismo año, en las elecciones de cargos de la logia, José Rizal, simbólico Dimasalang, ya será miembro del taller con el grado tercero de Maestro, adquiriendo la responsabilidad de Arquitecto-Revisor. Mientras tanto, en las Cortes en Madrid, a instancias del presidente del Consejo, Cánovas del Castillo, y del ministro de Gobernación, Francisco Silvela, se debatía un proyecto de ley que ignoró, de nuevo, la cuestión filipina.

En septiembre de 1891, tras publicar en Gante *El filibusterismo*, Rizal redacta una carta en la que expresa su intención de regresar a las islas Filipinas donde se encuentra «el campo de batalla». Recala en Singapur, Saigón y Hong Kong, donde se reúne con gran parte de su familia, entre ellos, con su padre, su hermano Paciano y Trinidad, la décima de sus hermanas. A esta última, en una de sus cartas, le aconseja: «Ahora que todavía eres joven y tienes tiempo para

aprender, debes estudiar mediante la lectura atenta. (…) Basta con formar el hábito de estudio, y después todo va por sí solo».

En otra carta a su amigo y confidente Ferdinand Blumentritt, le cuenta que en Hong Kong pudieron reunirse «en paz y lejos de la persecución que sufrimos en las Filipinas» y, siempre fascinado con el progreso, le explica que, en esta, su tercera visita a Singapur, había encontrado el enclave británico muy cambiado, con muchos *jinrickshaws* y hasta un tranvía. De allí, viaja a Sandakan, en el norte de Borneo, donde planea crear un asentamiento filipino, un lugar donde los hermanos masones de las islas pudieran refugiarse en caso de que se intensificara la persecución, pues ya presentía que empezaba a cerrarse el círculo de las autoridades sobre él y sus hermanos.

A finales de junio de 1892, regresa a Filipinas de nuevo. Lo primero que hizo al desembarcar fue reunirse con el gobernador general, Eulogio Despujol y Dusay, con el fin de conseguir el perdón para su padre. Una semana después, el 3 de julio de 1892, se celebra la primera reunión secreta de la Liga Filipina en Manila, en la casa del comerciante chino Doroteo Ong-junco. Allí comienza nuestra historia.

1

Manila, archipiélago de las Filipinas.

«Tu solo nombre lo amenazó todo», le dije la primera vez que hablamos cara a cara.

En la calle Asunción, número 8, de Binondo, esquina con la calle San Fernando, yo vivía acogida desde que mis padres perecieron tras una vida de penurias. Eran la última generación de una familia que, habiendo bebido las mieles del lujo durante siglos, habían terminado por creerlas eternas. Yo, sin embargo, aprendí pronto que todo es efímero. A lo poco que la vida me dio, he debido aferrarme. Mi nombre es Johanna Vickboons y soy la última descendiente de una estirpe de comerciantes que durante más de doscientos años surcaron las aguas de los mares de la canela con la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales.

Mi familia había unido su destino a la Vereenigde Oostindische Compagnie, la VOC, como la llamábamos en casa. Había sido el padre del tatarabuelo Vickboons quien llegó a estos mares en 1634, atraído por los buenos dividendos económicos. Entonces era «la primera corporación del planeta con posesiones en todo el mundo ¡y la primera que publica sus ganancias!», podía leerse en la primera acción que el viejo Vickboons había comprado en Ámsterdam al decidir embarcarse él mismo a Oriente. Si iba a apostar su dinero a aquella empresa, quería estar seguro de lo que se hacía con él. En su marco de madera, aquel título firmado con letras picudas había presidido todos los salones donde la familia había vivido. Todos los Vickboons habíamos aprendido a recitarlo desde pequeños, a la vez que nos enseñaban el padrenuestro, tal era nuestra devoción por la VOC. Yo nunca estuve muy segura de qué significaba aquella retahíla, pero sí de que el éxito comercial de la compañía era incuestionable, como una verdad de fe.

Todos los hombres de mi familia habían dedicado sus vidas al comercio de las especias. Los comerciantes asiáticos solo vendían la preciada canela a cambio de oro y plata, metales que en Europa eran escasos, salvo en España y Portugal por sus posesiones americanas. De ahí, entre otras cosas, la animadversión por todo lo español que también se heredaba en mi familia. Para evitar este inconveniente, el gobernador general de la VOC había buscado, siglos atrás, generar sus propias rutas comerciales dentro de Asia y atacó Yakarta estableciendo allí nuestra Batavia.

Yo soy la única de mi familia que ya no nació allí, sino en Manila, adonde mis padres tuvieron que huir comenzada la cuarta guerra anglo-neerlandesa. Esta determinó el declive definitivo de la misma VOC, que se suponía indestructible, afectada por una corrupción rampante. Mi madre me dio a luz ya en las Filipinas. Yo hablaba español con mis amigas y holandés con mis padres, que hicieron esfuerzos por aprender la lengua de la clase potentada local, pero siempre sonaron bruscos a los dulces oídos filipinos.

Mi madre no logró acostumbrarse a una vida en la que tenía que lavar su propia ropa y cocinar su propio alimento. Tanto le importunaba fregar sus cacharros, que un día dejó de comer, sin más. Su mente se cerró a la realidad y su cuerpo a cualquier tipo de sustento, hasta que, al

cabo de un tiempo, se extinguió de pura inanición. Hacía mucho que había dejado de jugar conmigo y se había convertido en un alma torturada por un destino injusto del que responsabilizaba a todos, menos a sí misma, la víctima eterna. Mi padre se fue alejando cada día más de ella y, por extensión, de mí.

Tras su muerte, cuando yo contaba doce años, fue él quien me llevó a casa de los Villarruel. Su hija era una de mis mejores amigas:

—Vamos a casa de Charito, yo debo salir de viaje.

—¿Cuándo vuelves? —pregunté, presintiendo que no me contaba algo.

—Pronto. Mientras tanto debes portarte bien, no importunar ni hablar en exceso y obedecer en todo a los Villarruel. Son una de las familias más ricas de Manila y han accedido a cuidarte mientras yo deba ausentarme. Aquí no te faltará de nada.

Nunca más volví a verlo. Nadie me dio cuenta de lo que pudo haberle sucedido. Cuando preguntaba, recibía sistemáticamente la misma respuesta: «Está en alta mar». Quizás, por ello, la mar me generó siempre una extraña zozobra. Nunca supe si fue o no su intención abandonarme, ni si su trabajo pagaba mi manutención en la casa de los Villarruel, aunque, en algún momento, debió dejar de llegar. Don Faustino, el padre de Charito, me dejaba entrever un afecto oculto. Sin embargo, doña Paula, la madre de mi amiga, solía recordar, siempre que alguien le preguntaba por mi presencia en su hogar —y a veces sin que nadie lo hiciera—, que mi existencia en aquella familia postiza era tan solo fruto de su magnanimidad.

Charito y yo teníamos la misma edad. Hicimos buenas migas desde que recuerdo. En una ocasión, cuando madre aún vivía, teniendo yo seis años, padre me hizo acompañarlo a casa de los Villarruel. La había oído reclamarle toda la noche y cuando, al levantarme, me encaramé a su lecho, su cara enjuta y sus ojos perdidos me repitieron la consabida letanía: le dolía la cabeza. El rostro de padre estuvo tenso todo el camino durante el que me llevó de la mano, bien apretada, y a paso ligero. Al llegar, me dejó jugando con Charito en el jardín y entró a hablar con don Faustino. Yo esperaba a ser encontrada por mi amiga tras una palmera altísima de las que, en doble hilera, delimitaban el camino de entrada a la casa de los Villarruel, cuando lo vi despedirse de mi padre con un apretón de manos, girarse hacia la ventana, y localizarme con la mirada. El padre de mi amiga me sonrió y se quedó observándome desde su despacho. Poco sabía yo entonces de cómo cambiaría mi vida aquella primera visita a casa de los Villarruel. Se sucedieron muchas otras, cada vez con más frecuencia, hasta aquella en la que me quedé para siempre.

Charito y yo nos complementábamos bien. Ella siempre fue de armas tomar, una joven inquieta y despierta. Yo, en cambio, más callada e introvertida. En una ocasión, oculta tras el biombo de pájaros y flores repujados en madera que había en el salón —ocultarme siempre ha sido mi juego preferido—, escuché a don Faustino justificarle a doña Paula mi presencia en aquella casa: yo sería una buena influencia, pues tendría a Charito entretenida y sin meterse en líos. Dudo que lo creyera de veras. Si me preguntan a mí, más bien don Faustino alentaba, en secreto, el vivo carácter de su hija y sus ansias de saberlo todo.

El padre de Charito nos dejaba leer libros, algo poco común entre las jóvenes del momento. A ella, incluso, la llevaba a unas reuniones que mantenía con sus «hermanos». Así los llamaba, aunque desde el principio sospeché que no lo eran de sangre. Había repasado todos los retratos de la casa familiar y en ninguno de ellos salían aquellos hombres.

De lo que estoy segura es de que aquellas escapadas con él, para desesperación de su madre, no ayudaban a que Charito mantuviera la boca cerrada y se comportara «como Dios manda», un

concepto incuestionable en el mundo en el que vivía doña Paula. Muy al contrario, su capacidad de opinar sobre todos los temas imaginables burbujeaba cada día más. Yo siempre tuve menos ganas de leer que ella, he de reconocerlo, y quizás por ello también de discutir, recordando siempre el último consejo que me había dejado mi padre antes de que el mar se lo tragara.

Así transcurrieron cinco años desde la muerte de mi madre, en los que Charito y yo, cumplimos los diecisiete y nos convertimos en «unas señoritas», otra palabra mágica de doña Paula para describir lo que se esperaba de nosotras. Ella más señorita que yo, pues para serlo una tenía que poseer un buen patrimonio a sus espaldas del que yo carecía. Lo compartíamos todo: vestidos, que ella estrenaba y yo recibía unas temporadas más tarde, porque estaban como nuevos, según se encargaba de remachar doña Paula. Solían quedarme algo cortos de mangas y faldas, lo que solo podía ser responsabilidad mía, pues, como buena holandesa, siempre fui más larguirucha que mi amiga mestiza, por cuyas venas corría sangre china y nativa, hispanofilipina, mucho más femenina, a decir de su madre.

—Su cabello dorado y sus ojos del color del cielo son su dote —decía don Faustino, acariciándome el pelo con una sonrisa paternal, cuando su esposa le recordaba que se iba acercando el momento de conseguirnos esposo.

—Nuestra Charito carece de esos atributos y, con el carácter que gasta y que tú fomentas, vas a tener que darle una dote bien jugosa para que encontremos a alguien que quiera tomarla —repartía doña Paula su bilis sin discriminar a propios de ajenos.

Estas conversaciones sobre nosotras las mantenían durante el almuerzo, en nuestra presencia, como si fuéramos convidadas de piedra. Yo sonreía a don Faustino y, al girarme a mi amiga, esta hacía una mueca burlona, a espaldas de su madre, que provocaba una carcajada generalizada en la mesa y un nuevo enfado de la señora de la casa.

—Deja de molestar a tu madre, Charito… —la reprendió, sin ganas, don Faustino, mientras se quitaba la servilleta del regazo, limpiaba su bigote con fruición, como si quisiera sacarle brillo, y la depositaba sobre la mesa doblada en un triángulo perfecto—. Debo ir a casa de Doroteo.

—¿Qué se te ha perdido en la tienda de los Ong-junco de nuevo? —preguntó curiosa su esposa.

—Doroteo es uno de mis hermanos, ya lo sabes.

—Hermano, hermano… ¡qué os ha dado a todos ahora con llamaros hermanos! No os parió la misma madre. ¿A qué viene eso de «hermanos»?

—Déjalo, mujer. Es solo una forma de hablar…

Los acompañé a la puerta, entregué a don Faustino su sombrero de clac, pero no lo quiso. También le acerqué a Charito sus guantes, mientras ella se echaba un chal a cuadros azules y negros, que no se ponía nunca, sobre los hombros y la cabeza.

—Puede que nos demoremos un poco. Procura entretener a mi esposa, Johanna, por favor.

—Pierda cuidado, don Faustino, yo me encargo.

No podía imaginar yo entonces que aquella visita de Charito a la tienda de los Ong-junco fuera a cambiar mi destino. Ese fue el día que comenzó mi vida. Toda mi anterior existencia adquirió sentido con su llegada. Solo el hecho de que allí fuera donde nuestras vidas debían cruzarse podía explicar el devenir absurdo de los diecisiete años precedentes durante los cuales yo había acabado no perteneciendo a nadie ni a ningún lugar, flotando en una existencia prestada.

«Cuando don Faustino me encargó su cuidado, mi vida adquirió, por fin, un propósito. Hasta que un día, tu solo nombre lo amenazó todo. Por eso, te deseo la muerte», eso le dije cuando, por

fin, la tuve cara a cara. Dios sabe que quise advertirla.

2

Calle Ylaya, 176, barrio de Tondo, Manila. 3 de julio de 1892.

La casa de los Ong-junco hacía las veces de hogar y negocio. Al entrar, un pesado mostrador de madera añeja te daba el alto. Sobre él, en un extremo, un alambique de cobre con un grifo por el que Doroteo Ong-junco, con su larga trenza que caía sobre su espalda, servía el agua, que vendía como medicinal. Cuando le preguntaban qué males curaba, se limitaba a responder: todos. Así se aseguraba de no perder ningún cliente. Al otro lado, un ábaco con el que sus ayudantes llevaban las cuentas de sus más variopintos negocios. Él, por supuesto, no lo necesitaba, los años no habían mermado ni un ápice su capacidad de cálculo. Eso lo pudo atestiguar un asistente resabido al que dejó manco, como castigo por haber intentado sisarle. Tras de sí, un armario alto hasta el techo, lleno de pequeños cajones, donde guardaba todo tipo de productos: «No hay nada que Ong-junco no pueda conseguir», rezaba el lema de su establecimiento. A la derecha, un aparador de dos cuerpos, con puertas acristaladas. Estaba repleto de cajas de latón, rojas, turquesas, azules, con dibujos dorados, en las que almacenaba todas las especias de los mares del Sur, un sinfín de hojas de té, raíces, polvo de alas de murciélago, pieles secas de cocodrilo, y toda suerte de baratijas, traídas desde los confines de Asia, junto con alguna que otra bola de opio. El viejo comerciante chino no le hacía ascos a nada que pudiera intercambiarse.

Tras el mostrador, en la esquina de la izquierda, el hueco de una puerta cubierto con una pesada cortina daba acceso a la vivienda. En la primera estancia, una gran mesa de caoba, de al menos diez comensales por cada lado, ocupaba todo el centro. Dos puertas, una en cada extremo de la pared, desembocaban en el interior del hogar familiar de los Ong-junco: primero, un patio descubierto, lleno de macetas y plantas, que elevaban sus hojas al cielo reclamando luz. Había comenzado el *tag-ulan*, la estación húmeda en Manila, y el monzón omnipresente penetraba también dentro de la casa, a través de un antiguo lucernario sobre el patio al que ya no le quedaba ni un solo cristal. A la derecha, una escalera de madera de narra permitía el ascenso a la planta superior. Tras el patio, al fondo, por fin, la cocina.

—Allí, ponedlo sobre la mesa —dijo Ong-junco, y continuó dando instrucciones a las mujeres de la casa para que le quitaran la camisa y lavaran su herida con alcohol, del barato, pues no había que malgastar el bueno en alguien que aún no sabían si merecía la pena el dispendio.

Charito asomó la cabeza por el hueco de la escalera. No era chismosa, sino curiosa, solía defenderla su padre, siempre que doña Paula le recriminaba que hacía demasiadas preguntas. Él, sin embargo, le había enseñado, desde muy pequeña, la diferencia entre lo banal y lo esencial. No todos los hombres que se reunían en la segunda planta de la casa de Doroteo Ong-junco veían con buenos ojos su participación, pero la insistencia de su padre, Faustino Villarruel, muy admirado por su buen instinto para el comercio y su dedicación al impulso de la orden en las islas, los llevaba a consentirla. Al ver el cuerpo sobre la mesa, dudó entre seguir escuchando a

Rizal o bajar a ver qué sucedía con aquel hombre: por primera vez, lo que pasaba en la cocina le despertaba más curiosidad, y corrió escaleras abajo.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es? —preguntó, bajando la voz para no desviar la atención de los que estaban en la sala.

—No lo sabemos —dijo Ong-junco—, pero intuyo que puede ser un hermano que, intentando dar con el lugar de la reunión, pudo resultar atacado por algún militar infiltrado en la barriada. ¿Cómo van las discusiones? —le preguntó a Charito, a sabiendas de que aquella muchacha no perdía ripio de lo que acontecía.

—Han acordado crear una sociedad secreta bajo el nombre de Liga Filipina. Deberá guiarse siempre por la acción pacífica.

—Eso está bien, las guerras dificultan el comercio —dijo Ong-junco siempre pensando en el porvenir de su negocio—, aunque me temo que no todos estén de acuerdo.

—Han elegido a Domingo Franco como presidente y han acordado celebrar consejos populares para «despertar las conciencias de las gentes honradas», eso han dicho. Andrés Bonifacio no estaba muy por la labor, dice que no quiere excluir la posibilidad de tener que acudir a las armas, llegado el caso.

—Ese Bonifacio… Tiene más valor que mollera. —Ong-junco negó con la cabeza.

De repente, se abrió la puerta y todos los reunidos fueron descendiendo las escaleras y saliendo hacia la calle, no sin antes aguardar un rato entre uno y otro para no amontonarse. Había que evitar llamar la atención. José Rizal y el padre de Charito se quedaron rezagados, abandonando la sala en último lugar, enfrascados aún en la conversación. Al llegar al patio, fueron interpelados por Ong-junco y la muchacha, para que se dirigieran a la cocina, donde les mostraron el cuerpo de aquel hombre sobre la mesa.

—Doctor, eres el único médico en la casa —dijo Doroteo dirigiéndose a Rizal.

—La herida tiene mal aspecto. Hay que operarle sin dilación —concluyó, poniendo su juramento hipocrático por delante de cualquier interés político que pudiera aconsejar otra cosa.

—Puede ser peligroso, no sabemos quién lo ha enviado ni cuáles son sus intenciones —intervino Faustino Villarruel, precavido.

—Para que pueda responder a nuestras preguntas tiene que estar vivo —zanjó Rizal, comenzando a arremangarse para lavar sus brazos—. Acércame esa jarra —le pidió con premura a Charito, quien lo asistió vertiendo el agua en sus manos sobre la pila, mientras él se frotaba con la pastilla de jabón—. Necesitaré las agujas e hilo que haya en el costurero de tu esposa, Doroteo —le dijo al anfitrión—. Y tú —miró a Charito— pon agua a hervir y mételo todo. En Europa ya no se hurga en el cuerpo de nadie sin seguir estas precauciones. Límpiate tú también, así, como yo, haz abundante espuma. Necesitaré una ayudante.

Charito miró a su padre, con ojos de emoción y responsabilidad, buscando su permiso, y este asintió con un leve movimiento de cabeza.

—También necesitaré alcohol. ¿Tienes ron en la tienda? —preguntó a Doroteo.

—Precisamente un *babaylan*, que se hace llamar Papa Isio, ha enviado un emisario desde la isla de Negros a nuestra reunión. Ha traído una caja de ron con él que había robado a los terratenientes. También una del vino de coco que fabrica el propio Papa Isio en su resistencia contumaz frente a los azucareros que les han dejado sin tierras —explicó el comerciante mientras ponía sobre la mesa una botella de cada—. Si es cierto que esos invertidos tienen poderes mágicos, como dice la gente, quizás su pócima de coco pueda venirle bien a este desgraciado —

dijo Ong-junco intentando convencerlo para que eligiera el vino del chamán y no el ron que él podría vender más caro.

—¿Quién define cuál es el derecho o el revés de un ser humano? —afeó don Faustino el comentario y la intención al comerciante—. Conozco no pocos hombres rectos de pretensiones torcidas —le recriminó.

Ong-junco dio un paso atrás y otorgó con su silencio.

—El ron servirá mejor para limpiar la herida. Con el vino de coco brindaremos si logramos salvarle la vida a base de ciencia —puso paz Rizal entre ellos.

Desde aquel momento, Charito siguió todos y cada uno de los movimientos del doctor, con la mayor concentración de que era capaz. Le observó examinar el corte, tocarlo con suavidad y decidir por dónde comenzar a suturar. De vez en cuando, le pedía que limpiara la sangre que aún manaba y otras verter el ron de la isla de Negros sobre la herida. A don Doroteo se le estremecía el bolsillo viendo el chorro dorado tornarse rosa al contacto con la carne abierta de aquel desconocido inconsciente.

Terminada la intervención, Charito y el doctor le apretaron unos vendajes y, agotados por el esfuerzo, se sentaron en unos pequeños taburetes, junto al cuerpo del hombre.

—Yo no puedo quedármelo. Esto es una tienda, por aquí pasa gente a todas horas del día y a veces también de la noche —reconoció Ong-junco, preocupado de meterse en más líos de los que haber celebrado aquella reunión ya podía traerle—: proveedores, clientes, mozos de carga… La noticia de su presencia en mi casa correría como la pólvora por la capital. La Guardia Civil veterana vendría más pronto que tarde a fisgonear. No, no es posible que se quede aquí.

—Doroteo lleva razón —intervino el doctor Rizal, enjuagándose las manos en un aguamanil de porcelana china que una de las criadas, siguiendo instrucciones de Ong-junco, había bajado de su propio dormitorio para que el doctor se aseara—. Está débil, ha perdido mucha sangre, hay que encontrarle un lugar donde pueda descansar con tranquilidad —aconsejó, secándose con una toalla de hilo que le alcanzaban.

—Lo llevaremos a mi casa —concluyó Faustino Villarruel—. Charito y yo nos encargaremos de que nadie perturbe su recuperación. Ya habrá tiempo de saber quién es y por qué intentaron matarlo cuando él mismo pueda explicárnoslo. Sea lo que fuere, es mejor que nos lo cuente a nosotros antes que a los frailes, a los militares o a la Guardia Civil…

—Entonces, está decidido. Daré orden de que lo pongan sobre una puerta vieja que tengo en el almacén —dispuso Doroteo.

—Iremos a mi casa a buscar un carro donde pueda ir tumbado —continuó hilvanando el plan don Faustino—. Antes lo dejaremos a usted en la suya, Dimasalang, no conviene que nadie lo asocie con este hombre. No sabemos qué filiación puede tener —dijo dirigiéndose a Rizal.

—Gracias, Ilaw —respondió este a don Faustino.

—Tengo que buscarme un nombre simbólico sin más demora… —dijo para sí Ong-junco en voz baja.

Los tres hermanos, Rizal, Ong-junco y Villarruel, se estrecharon la mano juramentando su compromiso de ayudar a ese hombre, quien quiera que fuese. Charito, tras asistir al doctor Rizal durante la improvisada operación, alargó también la mano, aún ensangrentada. Los tres hombres la miraron primero y entre sí después, comunicándose sin palabras. Ella aguantó la mirada a los tres sin retirar la mano. Su padre entonces le extendió la suya y, a continuación, los otros dos hermanos hicieron lo propio, reconociendo así su contribución.

Rosario había participado en el Triángulo de Hong Kong con Trinidad Rizal. Allí su padre

había estado en contacto con la rama británica de la masonería. Esta se mostraba proclive a abrir camino a la luz también entre la sociedad mestiza filipina, como vía de penetración de los intereses políticos y comerciales ingleses y de sus aliados estadounidenses, con el fin de hacerse con la colonia española en Asia. Charito, joven mestiza e hija de un rico comerciante, estaba deseosa de demostrar su valía dentro de la orden del arte real. Los hombres, que tomaban su curiosidad como una simple travesura o pura inclinación al chisme, parecían obviar que ella siempre había guardado con esmero todos los secretos que le habían sido desvelados por los que ella también consideraba sus hermanos. Cada vez era más la documentación que le era asignada y que guardaba, con sumo celo, en los muchos escondrijos que había ido creando en la casa familiar en Tondo. No tenía interés alguno en chismorreos, sino en conocimiento. La suya no era diligencia fruto de un capricho infantil. Sedienta de sabiduría, quería aprenderlo todo. Así la había educado su padre, don Faustino, un hombre de rectos y profundos ideales.

Nunca olvidaría aquella noche: el doctor Rizal, de forma intuitiva, había confiado en ella. No había elegido al viejo Ong-junco, ni tampoco a su querido padre para aquella labor, sino a ella: Rosario Villarruel. Se giró hacia el aguamanil y comenzó a frotarse el jabón. Mientras con la uña del pulgar de una mano rascaba la sangre de aquel hombre incrustada en los cinco dedos de la otra, se esforzó por mantener una expresión severa. No quería que una sonrisa a destiempo los llevara a considerar que se tomaba el encargo con ligereza. Por dentro estaba exultante. Por fin, la tomaban en serio.

3

—¿Pero de dónde ha salido? ¿Sabes acaso quién es? ¿Quieres dejar de recoger a todo chucho abandonado que te encuentras por la calle? —protestó doña Paula aludiendo a la presencia de aquel desconocido en su casa y, por qué no aprovechar la ocasión, a la mía todos esos años también.

—No, no lo sé —reconoció don Faustino.

—No se preocupe, madre, ¿cómo es…? «Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios», ¿no es eso lo que dicen los frailes? Procurémosle un poco de paz a un hombre herido —intentó convencerla con cierto retintín Charito.

—¡No me hables en ese tono, señorita! Por si no lo recuerdas, soy tu madre y me debes un respeto —respondió doña Paula—. Esto es culpa tuya, no creas que no me doy cuenta de que animas este tipo de actitudes en la niña. ¿Qué tienes que decir? No haces más que traerme trabajo. ¿No te das cuenta de que estoy enferma? —recriminó a su esposo de nuevo.

—Discúlpame, Paula, no es mi intención darte tormento ni preocupaciones. No tendrás que ocuparte de él. Estará al cuidado de Johanna, ¿verdad, querida? —dijo, por fin, don Faustino buscando mi aquiescencia.

—Claro, claro. Yo me ocuparé del enfermo, pierdan cuidado —respondí y di instrucciones a la criada, quien había traído las sales a doña Paula, para que dispusieran el cuarto de invitados junto al mío—. Así podré velarlo durante la noche de resultar necesario.

Dos cocheros lo subieron por las escaleras en una puerta dispuesta a modo de camilla y, ya en la alcoba, lo acomodaron sobre la cama. El torso desnudo, una venda improvisada alrededor del abdomen y lo que quedaba de su pantalón rasgado y ensangrentado tras la operación… esa es la primera imagen que recuerdo de él. Tomé a Charito del brazo y la llevé a nuestro cuarto.

—¿Quién es? —la volví a interpelar, buscando la complicidad que sabía no le daría doña Paula—. ¿De dónde ha salido?

—Te pareces a mi madre, Johanna. Lo único que debes saber es que hemos de salvarle la vida —se limitó a responder Charito.

—Está bien, está bien. No me lo digas si no quieres. Sabes que ayudaría a tu padre en cualquier cosa que me pidiera —respondí solo un poco contrariada.

Era la primera vez en todos aquellos años que podía hacer algo útil para don Faustino. Sentí algo en mi estómago, una suerte de impulso que no podía identificar con nada que hubiera percibido antes. Comencé mi misión ordenando a las criadas que trajeran agua, jabón y paños para limpiarlo y un blusón de noche para cubrirlo después del aseo. Cumplieron raudas su cometido. Les pedí que colocaran todo sobre la cómoda y me dejaran sola con el herido. Inconsciente, no entrañaba peligro alguno para mi honra y tampoco era decente aprovecharse de su situación de desamparo para exponerlo en cueros a todo aquel rebaño de mironas. Se

entrecruzaron miradas veloces y, dejando tras de sí un reguero de risitas, salieron, cerrando la puerta a mi orden.

Me puse un mandil, que también les había pedido para no ensuciar mi vestido. Aunque algo pasada de moda, la ropa que heredaba de Charito era fina y elegante. Se la confeccionaban con esmero las mejores modistas de Manila con los más exquisitos paños de Iloílo. A pesar de estar usados, cuando llegaban a mí, sus faldas, sus blusas de tela de piña, sus medriñaques y sus vestidos aún retenían el regusto de su antigua belleza. Si quería mantener una cierta apariencia debía cuidarlos con mimo.

Me até una lazada a la espalda y quise olfatearlo de cerca. Aproximé mi cara a su cuello e inspiré: su cuerpo desprendía un olor fuerte, mezcla de sangre y sudor. Me retiré y empapé una de las esponjas de mar en el barreño de loza. Restregué la pastilla de jabón de lavanda contra ella y comencé aseándole el rostro. La frente, los pómulos, las orejas. El cuello era musculado e imaginé que debía tener una voz firme pero amable. Unté sus hombros y brazos con la espuma para seguir, desde la clavícula, muy marcada, siguiendo el camino de su esternón, torso abajo, hasta llegar a su abdomen. Cuidé de no rozar el área vendada, pues se apreciaba inflamada. Posé la mano por el envés sobre la zona. Desprendía calor, si la infección no cedía, duraría poco. Charito había dicho que ese había sido el pronóstico del doctor que lo había atendido.

El olor dulce del espliego impregnaba el ambiente. Empujé de costado su cuerpo pesado para lavarle la espalda. Tenía restos de barro, lo imaginé tirado en el suelo de algún callejón de Binondo, bajo la lluvia, ignorado por carruajes apresurados. Aclaré la esponja y pasé a restregarle el jabón en los pies, subiendo, a continuación, por las pantorrillas. Eran firmes. Unos pantalones de tela de abacá a los que habían arrancado parte de las perneras no me permitían limpiarle bien los muslos. Salí de la habitación y fui a mi dormitorio, abrí mi costurero y tomé unas tijeras. De regreso a la habitación de invitados, cerré la puerta tras de mí y puse una silla contra ella.

No tenía fuerza para mover un cuerpo entero e inerte de hombre, pero sí podía cortar los restos de aquel pantalón. Lo hice, con esmero. Su sexo apareció ante mí, flácido, desarmado. Tiré los jirones de tela al suelo y me separé de él para observarlo. Sí, me recreé en la visión de su cuerpo desnudo. A mi edad, era la primera vez que podía hacerlo y mi curiosidad se impuso a mi decencia.

Era fuerte, los músculos de sus brazos y muslos denotaban un hombre hecho al trabajo. ¿Quién eres?, le pregunté en mi mente. Mojé la esponja y el agua chorreó por mis antebrazos mientras lo lavaba en su intimidad, con mimo, como si fuera un tesoro. Aún inconsciente, giró la cabeza. Sobresaltada, me separé. Volví sobre mí y regresé a refugiar mi rostro cabizbajo en el barreño, de espaldas, enjuagándome las manos.

Al cabo de unos segundos, me atreví a mirar por encima del hombro. La respiración se me había excitado. Él parecía seguir envuelto en un sueño profundo y yo sentí el corazón bombear sangre hasta todos los extremos de mi cuerpo. Cerré los ojos y me recompuse. Respiré hondo y me alisé el mandil.

Con una de las toallas de hilo de algodón le sequé el agua sobrante de todo su cuerpo siguiendo el mismo orden, para terminar cubriendo sus partes con otra, que doblé con pulcritud. Me senté junto a su cama. Con la misma toalla que había recorrido su cuerpo y la misma parsimonia, sequé mis manos. Me la quedé mirando y me la acerqué al rostro, inspirando su olor en profundidad. Lo contemplé unos momentos que me parecieron sagrados y quise hacer eternos.

Por fin, al cabo de un tiempo que no sabría calcular, la voz de doña Paula a lo lejos me hizo

volver. Retiré la silla de la puerta y llamé a las criadas que trajeron a dos de los conductores para ponerle el blusón blanco y limpio e introducirlo en la cama.

—Incorpórenlo un poco —les dije, ofreciéndoles otra almohada que colocar a su espalda. Le giré la cabeza hacia un lado—. Podría ahogarse si vomita —expliqué al servicio, que me miraba desconcertado por tanto celo—. Yo atenderé al señor, pueden irse. Es un encargo que me ha hecho don Faustino —me justifiqué.

Mozos y criadas salieron y cerraron la puerta. Metí la mano bajo el blusón, posé mi mano y retiré, despacio, la toalla sobre su sexo, para después subir la cubierta blanca sobre su cuerpo hasta llegar a la mitad del pecho. El peso de sus brazos por fuera, a ambos lados de su cadera, mantenía la sábana tensa sobre su pene sobresaliente. Aparté la mirada, turbada, como si me estuviera viendo, y me alejé. De espaldas a él, me asomé a la ventana y tomé aire. El corazón, de nuevo, me anunciaba un sofoco que me recorrió las entrañas y me agarré con fuerza al marco.

Cuidar de aquel hombre era la única encomienda importante que había recibido hasta entonces. Con él, mi vida adquiría, por primera vez, un breve sentido: Dios me había puesto allí para algo e hice de su recuperación mi misión. Durante días, dormí junto a su lecho, refrescándole el emplasto de hojas de menta y eucalipto sobre la frente cuando las fiebres subían y limpiando la otra herida, en el nacimiento del pelo, que había inflamado también su frente. Le dejará una cicatriz, pensé, que lo hará más interesante. A veces, deliraba y pronunciaba palabras inconexas en varios idiomas, lo que me dio otra pista: algo de instrucción debía haber recibido. Cambié las vendas de las heridas todos los días y las limpié con alcohol y dedicación, a partes iguales, para asegurarme de que no se infectaban.

El desayuno era el momento del día en el que daba el parte a don Faustino.

—¿Cómo va el enfermo?

—Creo que mejora, despacio, pero lo hace. La inflamación de las heridas va remitiendo y han comenzado a cicatrizar. Ahora bien, aún no despierta.

—¿Dice algo? —preguntó chismosa doña Paula, quien había debido oírlo gruñir.

—Cosas sin sentido. O, al menos, yo no lo encuentro. En ocasiones, cuando la fiebre arremete dice palabras en español, otras, creo que en chino y, las menos, parece que también hable en lengua indígena, pero no es tagalo, lo distinguiría.

—Delira —concluyó Charito—. ¿Quién será? —repitió en voz alta la pregunta que todos los comensales nos hacíamos desde que llegara—. ¿No será un espía? —susurró a su padre, acercándose lo suficiente a su oído como para que su madre no pudiera escucharla.

—También podría ser uno de los nuestros… ¿Cómo podríamos dejarlo a su suerte? —respondió él.

A diferencia de doña Paula, yo sí me percataba de algunos detalles de las conversaciones entre Charito y su padre. Ellos no me involucraban directamente, pero me demostraban una confianza tácita que aquel encargo había hecho explícita.

Mandé poner una mecedora junto a su cama y por las noches abría las contraventanas de par en par para que corriera el aire. El vaivén y la brisa nocturna mecían mis pensamientos mientras lo observaba: era fuerte y masculino. Ahí, inerme, era bello. La misión de cuidarlo, intrigante.

4

Provincia de Lugo, en la península.

Cuando Elba perdió a Juan, decidió abandonar Filipinas y regresar a Kulangsu con su hija Silvia. Nunca pensó entonces que, desde allí, terminaría volviendo también a Vilaescura, la aldea gallega a orillas del Cabe en la que había nacido y de la que, con tan solo diecinueve años, había tenido que salir huyendo por la maldad de don Cibrián, el cura del pueblo, y la cerrazón de mentes que había logrado inculcar en los vecinos. Había salido de aquella pedanía eternamente lluviosa, como hija y sobrina, niña indefensa. Al calor tropical de las islas Filipinas, se abrió como la flor de la canela y comenzó a desplegar su aroma, ese que cautivó a Juan. Regresó mujer, viuda, madre y dueña de sí misma y de un imperio comercial.

Él chino y ella española, juntos, habían engendrado, al poco de casarse, a Silvia. Una niña que había resultado inteligente como su madre y determinada como su padre. La mezcla de sangres tan diversas le había dado un halo de exclusividad. Todo el que la veía se daba cuenta de inmediato de que Silvia era fruto de una combinación improbable. Con los ojos verdes, que había heredado de algunas de las mujeres de su familia española, y el pelo negro y liso, que a su padre le recordaba al de su abuela china, todo el que la veía por primera vez se quedaba capturado por el aura que desprendía ese ser único que solo el azar más intencionado había podido crear.

Llevaban un tiempo en Vilaescura, un lugar del que Elba había guardado recuerdos agridulces en su memoria. Atesoraba los de sus padres campesinos con su sabiduría natural, así como las enseñanzas de vida que yo, su tía Aureana, a la que llamaban meiga, le había transmitido. A nuestra manera, seguíamos conectadas. De una forma que nunca se había atrevido a explicar a nadie, más que a Juan. Él nunca la cuestionó por querer seguir hablándole a los seres a los que quiso. Quizás por eso, también a él seguía hablándole aún. El amor es más fuerte que la muerte, le había explicado yo la primera vez que, siendo una niña, tuvo que lidiar con ella: un cachorro de perro pastor, que su padre, Xoaquín, le había regalado, apareció empalado en la valla frente a su palloza, cuando comenzó a asistir a la escuela. Ya entonces aprendió dos verdades: que el ser humano es el único animal cruel y que es posible amar más allá de la muerte.

Aquel día fatídico en Vigán, cuando José Severo le anunció el fallecimiento de Juan también había intentado conectar su alma a la de él. Con Juan le era más difícil. A mí se me llevaron los años. Me fui en paz, dispuesta a dejar un cuerpo que ya era más un lastre que una ayuda para realizar el propósito de mi alma. Pero lo imprevisto de la noticia de la muerte de Juan, cuando su vida en común florecía en su jardín en el mar, la había sumido en una profunda confusión: Silvia quedaba huérfana de padre demasiado pronto, eso no debía estar en el plan divino, se repetía con demasiada frecuencia, sin que por eso cambiara nada. Juan ya no estaba a su lado. No acertaba a saber a cuál de todos los dioses que había conocido en sus viajes tenía que pedirle explicaciones.

Unos días, paseando por los prados verdes del *concello* de Sober, rezaba el rosario, como le había enseñado la mujer del mismo nombre que la crio como su madre. Pedía a la Virgen María que intercediera por ella ante el Dios cristiano. Le habían enseñado que era buena y misericordiosa. Recordaba cómo había disfrutado siempre de la experiencia de orar con su madre: en las noches de verano, al fresco, en la puerta de la palloza, esta le pedía que la acompañara, pasando, una a una, las cuentas con el pulgar antes de irse a dormir. El rosario siempre había apaciguado su alma y ese momento de oración nocturna, que la unía a su madre, mirando las estrellas, era una de las experiencias imborrables que su alma guardaba con más cariño.

Otros días se adentraba en el bosque y, junto al castro donde estaba la *cova da meiga* en la que yo había morado tantos años, hacía ofrendas florales a Lakapati, la diosa tagala que Teresita, su cuñada filipina, le había enseñado a venerar. La abuela de Teresita, mujer de largo cabello canoso y bellas arrugas, le había explicado aún en Luzón, que Lakapati era una criatura que, en algunos aspectos, parecía un hombre y, en otros, tenía atributos de mujer. Un ser hermafrodita que era la deidad de la fertilidad a quien se le pedía por las cosechas y a quien, siguiendo la tradición, en una sencilla ceremonia en el campo, presentaron a Silvia recién nacida para que nunca le faltara alimento.

Aquella bella mujer de tez tostada y melena plateada le había explicado entonces que Lakapati casó con Mapulon y dio a luz a Anagolay, la diosa de las cosas perdidas. Y a ella también le pedía ahora Elba para que algún día pudiera volver a encontrarse con Juan allá donde fuera que viajaban las almas buenas.

Pero aún había una tercera diosa a la que Elba enviaba sus plegarias. En Kulangsu, había conocido a Guanyin, la única imagen femenina de Buda. La amistad que había cultivado con la monja que cuidaba del templo la había llevado a venerarla también. Allí, en Vilaescura, se acercaba a la orilla del Cabe y, sentada sobre una piedra, con una pequeña jarra de madera que le había hecho su hermano Peruxo, recogía agua y, a continuación, la derramaba al caudal del mismo río del que la tomaba. Una y otra vez, pedía fuerza a Guanyin para seguir levantándose cada día y sabiduría para fluir con la vida, aunque no pudiera entenderla.

La existencia que ella había imaginado para Silvia, junto a Juan en Kulangsu, había resultado demasiado efímera: ¿cuándo se les derramó entre los dedos la felicidad? Les preguntaba a todas las diosas cuando abría los ojos por las mañanas para volver a cerrarlos de inmediato pensando que solo quería regresar a su jardín en el mar. Aquel lugar idílico, repleto de vegetación, donde ella, Juan y Silvia habían convivido en armonía con una vibrante comunidad internacional, gracias al poder aglutinador y pacificador del comercio. Dos escasos kilómetros cuadrados en los mares del Sur, sus mares de la canela, en los que su hija, fruto de la fusión de dos civilizaciones milenarias, la china y la española, encajó a la perfección y floreció alegre, rodeada de todo tipo de especies, vegetales y humanas.

—Levántate. Ya está bien de languidecer en la cama —le ordenó su tía Casilda, entrando en su cuarto con más ímpetu que cariño.

—Las mañanas me cuestan, tía —reconoció Elba—. Al volver de los sueños, aún siento a Juan aquí, más presente que nunca. Regresar a la realidad de su ausencia duele.

—Debes honrarlo aprovechando tu vida al máximo. Si tu marido era el hombre que me has descrito, no querría verte así, desperdiciando tu vida, languideciendo en su recuerdo.

—En eso lleva razón. Pero a Juan no le tocaba. Aún no —no pudo evitar quejarse Elba, antes de levantarse de la cama haciendo crujir su corazón tanto como las viejas maderas del suelo del

pazo.

El frío del suelo entró por la planta de sus pies y le subió hasta la nuca despertándola.

—La peor parte de la muerte nos la llevamos los que nos quedamos aquí con el corazón enganchado a su memoria —le dijo su tía Casilda, mientras Elba se acercaba a la ventana a recibir el día—. Cuando nos toque a ti y a mí, aprenderemos, por fin, que la muerte no es sino una liberación del dolor de la vida. Mientras tanto, que el trabajo sea tu cura. A mí siempre me ha funcionado.

—¿Le ha dolido la vida, tía? —quiso saber Elba sin dejar de otear el horizonte.

—La vida sucede sin preguntarnos. Queramos o no. Somos nosotros los que le atribuimos dolor, alegría o tristeza a sus devenires. Por eso es en nuestra voluntad donde radica el poder de cambiar esa experiencia.

—Lleva razón de nuevo, pero unas veces es más fácil que otras.

A propósito, Casilda no quiso seguirle el hilo. Bien sabía que el dolor de alma se atora y hace de los pensamientos espirales infinitas, como las que terminaron hundiendo a su hermana Romana en el Cabe. Tenía que cortar, de una buena vez, aquel empeño de la mente de Elba de volver con insistencia al mismo surco en círculos y siguió con su argumento:

—Cuando me quedé huérfana al morir madre, dejando a mi cargo a mis hermanos, siendo aún yo misma una cría; cuando padre se suicidó dejándome la responsabilidad de mantener el pazo; cuando murieron, años después, mis hermanos, Miguel y Romana, tu madre, a quienes había dedicado mi vida entera; cuando la tía Carmen y el tío Pierre-Louis, el hombre del que más aprendí jamás, también me dejaron. En todos esos momentos, me empeciné en seguir viviendo para honrar el paso de sus vidas por la mía. Ya no queda nadie más viejo que yo en esta aldea. Los he visto morir a todos. Hazme caso, sé de lo que hablo: no hay poción mágica que alivie el dolor de alma. La pena solo la cura el trabajo —concluyó Casilda, alcanzándole una toquilla para que el frío de la mañana no se le agarrara al pecho como a Romana—. Vístete, a ver si vas a coger una pulmonía. Nos vamos. Tienes que acompañarme a un lugar.

Con la vista puesta, a través de la ventana, en las viñas de los predios que rodeaban la Casa de las Señoritas, se dispuso a asearse: se miró al espejo y se vio ahí, con la *camisiña* de tirantes y el semblante dolorido por la pena, y pensó que tenía que dejar de hacerse ese daño de seguir extrañando a Juan. Debía esforzarse en olvidarlo, se dijo, y se lanzó el agua helada a la cara para sacarse la pena de un susto. Se vistió y bajó a desayunar.

En la *lareira* ya estaba Martina, la criada que había atendido a las señoritas desde que, siendo una niña, entró a su servicio unos años antes de que naciera Elba.

—*Teña, neniña. Tómese o leite quente. É boa para escorrentar o frío.*

—Gracias. Martina, usted conoció a mi madre, ¿verdad?

—*Verdade.*

—¿Cómo era?

—*Alegre, cariñosa, doce… pero coa cabeza chea de paxaros…*

—Y, sin embargo, yo la recuerdo siempre triste cuando la veíamos en la fiesta de la vendimia.

—*Iso foi logo de…*

—Después de mi nacimiento, quieres decir.

—Sí, tener que dejarte la rompió en dos. *Xa nunca foi a mesma.* Hasta que… *Bebe o leite quente.* No traigamos recuerdos feos al comenzar el día, *trae mala sorte.*

De mejillas siempre sonrojadas por el calor de la lumbre o el frío del campo, Martina, menor que Casilda y mayor que Elba en la misma proporción, era una mujer de pocas palabras y gran

entendimiento. Siempre había intuido que en sus silencios, más que en sus muy alabadas filloas, radicaba su verdadera aportación a la vida en aquel pazo señorial.

Sentada frente a la *lareira*, con el tazón entre las manos, que Martina acababa de sacar de la lumbre, Elba zambulló en la leche humeante unos pedazos de pan del día anterior. Llevaba razón Martina, no solo ahuyentó el frío, también le subió el ánimo. Tras el desayuno, se puso la capa de paño inglés que su tía le había prestado y salió al zaguán. En el carruaje, Casilda la esperaba, con su actitud de estar siempre lista y la mano sobre un bastón de empuñadura plateada del que no la había visto separarse desde que la reencontró, ahora como su tía, al regresar a Vilaescura.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Elba una vez el mozo había cerrado la puerta del vehículo.

—Quiero que conozcas a alguien.

5

Las ruedas del carruaje comenzaron a moverse dejando atrás el musgo fresco sobre la piedra centenaria de la Casa de las Señoritas.

—¿A quién vamos a ver? —insistió Elba ante la primera respuesta evasiva de su tía.

—Es de bien nacidas ser agradecidas. Esta es una de las enseñanzas que mi madre me dejó, tu abuela Concepción, en los pocos años que pude convivir con ella. Sin la ayuda de la persona que vamos a visitar, tú nunca hubieses regresado y hoy no conocerías la verdad de tu vida.

—Siempre ha sido usted muy misteriosa, tía. ¿Podría decirme de quién se trata, al menos? Soy una mujer crecida ya, no suelo apreciar que me lleven de un lado a otro como a un pelele. Aún me gusta llevar las riendas de mi vida.

—Llevas razón —concedió Casilda, pues era una sensación con la que ella misma se había sentido ofendida cuando se la habían causado otros—. Disculpa. Es la falta de costumbre: nunca he tenido a mi lado a alguien que considere tan decidida como yo misma. Demasiados años llevando el peso de todo a mis espaldas.

—Más bien la fuerza de la costumbre de mandar sobre las vidas de todos a su alrededor… —sonrió Elba.

—No me castigues… —aceptó la señorita Casilda la suave recriminación, levantando el bastón y mostrándole en el aire la empuñadura—. Siempre hice lo mejor que supe para protegeros a todos. A veces salió mejor, otras no tanto. —Casilda pensaba en su hermana Romana, a quien nunca supo comprender del todo.

Cuando, en el camino hacia Monforte, comenzó a divisarse, en lo más alto de la ciudad, el palacio de los condes de Lemos y el monasterio de San Vicente do Pino, el cochero paró el carruaje y giró.

—¿No vamos a Monforte? —preguntó Elba.

—A su estación.

—¿Vamos a tomar el tren?

—Hoy no. Pero la persona que voy a presentarte puede hacer llegar tus mensajes a todos los confines del mundo conocido.

Ya en la estación, doña Casilda, a sus sesenta y cuatro años, bajó con dificultad, a pesar de la ayuda del cochero y de su sobrina.

—No hacen falta tantas manos… ¡Cómo os gusta demostrarme que estoy vieja!

—¿Cómo era eso que decía, tía? Es de bien nacidas…

—Calla, calla… —dejó entrever la señorita Casilda una ligera sonrisa—. No dejas pasar una a esta pobre anciana, ¿eh?

—¿En qué quedamos? ¿Está o no está usted mayor? —continuó Elba con el juego dialéctico.

—Una cosa es que yo lo diga y otra muy distinta que los jóvenes me lo recordéis. —La tía esbozó una sonrisa y le dio un golpecito, ahora sí, con el bastón en el brazo.

Se entretenían con ese toma y daca, con ese juego que ignoraba el dolor de huesos. Ninguna de las dos se veía amenazada por la otra, más bien se reconfortaban, se sentían acompañadas. Disfrutaban de haber encontrado una mente a su altura, algo, sin duda, infrecuente para ambas. Desde que Elba regresara a Galicia y comenzara su convivencia con la última representante viva de su familia, ella y la señorita Casilda, superados los primeros ajustes, se entendían cada vez mejor. Para sorpresa de ambas, resultó que compartían mucho más de lo que ninguna de las dos hubiera imaginado.

Las dos eran mujeres inteligentes y adelantadas a su tiempo. Acostumbradas a lidiar con un mundo a su alrededor que cuestionaba su liderazgo a cada ocasión. Cada una por su lado había desarrollado una capacidad, similar y muy sobresaliente, para responder con celeridad a cualquier recriminación. Estaban habituadas a que la primera reacción del mundo ante ellas fueran la burla, el desprecio o ambos, como antesalas al miedo que generaban.

Rieron a carcajadas una noche, tras la cena, cuando, sentadas al calor del brasero en el despacho, bajo la mirada del retrato de la abuela Concepción, descubrieron que los mayores de su casa las habían tildado a ambas de repipis cuando eran niñas. Aquel apelativo les repateaba las entrañas porque presuponía que su estado natural debía ser el de tontas, sumisas y, sobre todo, sin opinión. Curiosamente, solían emplearlo aquellos que se sentían amenazados por su inteligencia. Esos momentos de identificación salpicaron una relación que se demostró tan fluida como la corriente del río Cabe que, silencioso, presenciaba su evolución: no tenían que explicar por qué hacían las cosas. Cada una entendía, con inusual inmediatez, como quien leía un libro abierto, los pensamientos que pasaban por la mente de la otra, sin necesidad de pronunciarlos.

Elba había podido compartir conmigo y, después con Juan, su marido, esa esquiva sensación de ser comprendida en esencia. Sin embargo, la señorita Casilda nunca había convivido con alguien así hasta el regreso de Elba de Kulangsu. Aquella etapa descubriéndose mutuamente fue el mejor regalo que nunca había soñado recibir en los últimos años de su vida. Por primera vez, Casilda Varela-Novoa no se sentía sola.

La estación de Monforte de Lemos era un edificio sobrio con un pabellón central de tres plantas y dos alas a ambos lados, todo pintado de blanco y con dinteles en piedra. Entraron y la patrona se dirigió a la ventanilla con Elba siguiéndole los pasos.

—Dos billetes, por favor.

—¿Destino?

—Oriente —respondió la patrona, sin dudar, mientras Elba la observaba intrigada.

El operario de la estación se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído: O-rien-te.

—Un momento, por favor.

El hombre abrió un cajón y sacó dos billetes con destino a Madrid en los que anotó algo.

—Esperen en el banco derecho del andén. Mariana llegará en el próximo —dijo al entregárselos.

Mientras se dirigían al lugar indicado, por la cabeza de Elba no pararon de circular pensamientos. Lo recordaba con nitidez: Mariana era el nombre que le habían dado en la logia Corintia de Kulangsu, cuando le entregaron la carta que la decidió a regresar a Galicia. En el lado opuesto a la entrada, había otra puerta, por la que desembocaron a una extensa playa de vías.

—Monforte se está convirtiendo en un nudo ferroviario de primer orden —le dijo su tía, obviando lo que acababa de suceder, mientras caminaban bajo una marquesina de hierro forjado pintado de negro que las protegía de los primeros rayos de sol que se atrevían a despuntar tras las nubes—. Este es el punto que une Galicia con la meseta y con los puertos asturianos. Pierre-Louis y Pedro Santalla fueron dos visionarios al empeñarse en esta empresa. No ha estado exenta de vicisitudes financieras, no te creas. Yo aún mantengo algunas acciones de la Norte.

—¿La Norte? —preguntó Elba, confusa con sus propios pensamientos.

—Así llamaban a la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, para abreviar.

—No divague, tía, que nos conocemos: ¿quién es Mariana? —no se resistió ni un segundo más, una vez cumplimentada la consigna recibida, aposentadas ya en un banco de madera.

—Es pariente del guardagujas de la estación. No es su nombre real, claro, pero ese no nos importa. Es preferible así. Con los años, una aprende que es mejor no saberlo todo.

—Ella fue quien hizo llegar a Kulangsu los documentos que provocaron mi regreso tras la muerte de Juan. Eso me dijo la prima de José Rizal, cuando me los entregó.

—Así es. Tu tío-abuelo Pierre-Louis, además de francés, resultó ser masón. Asociado con el tío de tu padre, don Pedro Santalla, el de la fábrica de traviesas…

Juntos trajeron no solo el progreso, también sobre estos railes —señaló con el bastón a las vías— se propagó la masonería en esta comarca. Mariana es la primera mujer iniciada en tierras gallegas.

A Elba se le agolparon los recuerdos: primero, los de sus últimos años sola con Silvia en Kulangsu, después, los de aquella conversación con Angélica López Rizal en la logia Corintia. Todos ellos solo eran el preludio de los que aún más dolor le causaban y sabía estaban a la vuelta de la esquina: los jirones que su memoria aún guardaba de Juan. Le daba miedo evocarlo, llevar su mente a ese lugar donde recrear unos momentos a su lado, aunque fueran etéreos. Abrir esas compuertas de su mente solía sumirla en una sensación de pesar, que la envolvería durante días y de cuya maraña sentía que le costaba salir cada vez más.

Aún no lo había asimilado, se reconocía a sí misma. A menudo se preguntaba si algún día lo lograría. Por el amor tan intenso que les unió, por lo repentino de su desaparición, porque no entendía por qué la vida le había hecho semejante regalo para arrebatárselo después de golpe y sin previo aviso. ¿Por qué a tanta generosidad le sucedió tanta crueldad? Quedó unos momentos en silencio, absorta en estas ideas que golpeaban insistentes las paredes de su cabeza. Si no hubiera sido por la presencia de Silvia en su vida, por el instinto de protegerla, no sabía cómo habría podido sobreponerse al dolor inmenso que le causaron las palabras de José Severo aquella noche al llegar solo desde Manila. Con frecuencia se había preguntado mirando a los cielos: ¿por qué han de existir malas personas como el primo Ling y, sin embargo, a las mejores almas no se les permite aferrarse a sus cuerpos? ¿No sería lo mejor para la supervivencia de la especie humana que los buenos no se extinguieran? ¿Qué tipo de azar cósmico se ríe de nosotros con tanto desgarro? Pero ya había aprendido a no hacerse preguntas, a no buscarle porqués a la vida, mucho menos a la muerte. Silvia se convirtió en su para qué, el ancla que la mantuvo atada a la tierra y cuya cuerda seguía hasta la superficie cuando necesitaba escapar de la maraña de recuerdos que le asfixiaban el alma.

—Juan me previno de la enemistad que enfrenta a los masones con las autoridades peninsulares en Filipinas —dijo Elba, volviendo en sí con brusquedad de sus profundidades, inspirando con ansia al llegar a la superficie.

Ese había sido el último consejo de su esposo, las frases finales de su matrimonio. Las sabía de memoria, pues seguía recreándolas en su cabeza, a pesar de que ya habían pasado casi dos años.

—Quizás haya llegado el momento de comenzar a liberarse de algunos prejuicios, querida —fue todo lo que, por el momento, le sugirió Casilda.

6

Casilda daba golpecitos monótonos sobre el piso con la punta de su bastón y miraba a ambos lados del andén en el que seguían esperando solas. Era una mujer inclinada a la acción por naturaleza y las esperas le causaban siempre cierta desazón, así que decidió aprovechar el tiempo despejando las dudas de su sobrina:

—Visto desde aquí todo es algo más complejo. La perspectiva siempre simplifica las cosas, lo que en ocasiones es bueno, pero también conviene tomarse el tiempo, el interés y el esfuerzo de conocer los asuntos en mayor profundidad antes de llegar a conclusiones que podrían ser precipitadas —dijo Casilda, ajena al tumulto de emociones que estaban renaciendo dentro de su sobrina, mientras guiñaba los ojos intentando descifrar la hora del reloj que colgaba sobre la puerta de la estación que daba al andén.

—Juan era un hombre inteligente, hecho a sí mismo. No creo que se equivocara mucho —se puso Elba a la defensiva.

—¡Oh, no, no! No me malinterpretes: no es una crítica. Todo es una cuestión de puntos de vista y de exploración desde una mente abierta y, en la medida de lo posible, libre de prejuicios. Como tú y yo.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Como usted y yo? —cuestionó Elba a su tía con acidez, pues traer una y otra vez a Juan a su memoria despertaba en ella emociones que intentaba mantener adormecidas durante el día y que ya comenzaban a abrumarla.

—Quiero decir que cuando te ayudé, en secreto, a salir de Vilaescura nunca hubiera imaginado cuán similares éramos. En apariencia, tú eras la hija de unos campesinos y yo la patrona de la comarca. Sin embargo, visto desde la perspectiva adecuada, resultamos ser tía y sobrina. Ahora, cuando hemos tenido ocasión de conocernos más, no puedo sino reconocerme y sobre todo a tu abuela, mi madre, en muchos de tus gestos, en esos ojos verdes, y, especialmente, en tu forma de pensar y de plantarle cara al mundo.

Elba se fijó en una gata, grande y esbelta, que amamantaba, repanchingada, una camada de seis gatitos bajo uno de los vagones viejos que esperaban en la vía muerta. Era pelirroja y los cachorros todos pardos menos uno rojizo como ella.

—Sé lo que dice —le dio Elba la razón, volviendo a su ser—. ¿Usted ha tenido alguna vez la impresión de que percibe cosas que los demás no ven? —se atrevió a preguntarle—. No me refiero a fantasmas, ni visiones de ningún tipo, sino a entender la realidad en toda su dimensión y de un solo vistazo.

—¿Como cuando comprendes una situación y te das cuenta, de forma inmediata, de las ramificaciones que de ella salen mientras los demás parecen no ver más allá de sus narices y pierden el tiempo en aspectos absurdos, obviando la esencia del asunto o el detalle más importante?

—Exacto. No podría haberlo expresado mejor —Elba se mostró de acuerdo entre el alivio y la sorpresa que le causaba que esa señora tan seria entendiera aquella sensación recurrente en su vida.

—Conozco bien esa impresión —continuó asombrándola Casilda—. Es como si tú percibieras lo que sucede en muchas dimensiones y los demás solo vieran un plano llano. Tú ves la situación, incluso en colores, con una multiplicidad de sonidos y de olores, y te impregnas hasta del estado de ánimo de los presentes y lees con nitidez el lenguaje inconsciente de sus miradas o de sus cuerpos… Ves todos los detalles y los unes con un hilo imaginario, que, para ti, es perfectamente vívido, e imaginas, además, todas las consecuencias posibles de esas informaciones que recibes de diversas fuentes, que se amalgaman y adquieren una lógica en tu cabeza. Un sentido que te grita poderoso y quieres explicarlo porque es tan real como el calor del sol que te quema. Y, pese a ello, los que te acompañan en esa misma escena solo la ven en blanco y negro, con un solo tono en las voces e incluso, en ocasiones, te toman por loca cuando les llamas la atención sobre la mirada o el gesto de uno de los presentes o cómo pronunciaron aquella palabra… ¿Algo así te resulta familiar?

—¡Eso es! —respondió Elba, abriendo los ojos y alzando la voz.

La gata pelirroja levantó la cabeza y miró el origen de esa exclamación. Apartó a los gatitos con el hocico, se levantó y se dirigió hacia el andén, bordeándolo hasta llegar a los escalones que subió con elegancia felina dirigiéndose al banco donde ellas conversaban. Sus crías la siguieron dando saltitos entre las piedras y las traviesas de madera grasienta.

—Es muy frustrante. Tú quieres advertirles, pero ellos no lo valoran.

—Lo es. Mucho —se reconoció Elba de inmediato—. Solo mi tía Aureana y mi esposo Juan fueron capaces de comprender cómo es mi día a día.

—Como el mío, por lo que veo.

—Eso parece… ¡Quién nos lo hubiera dicho! —admitió Elba la evidencia y sonrió, por fin.

—Me alegro de haberte re-conocido, sobrina. —Casilda subrayó el prefijo—. No solo como un miembro de mi familia, sino como persona con un don especial para entender el mundo. No somos muchas, como ya habrás podido darte cuenta; es reconfortante saberse acompañada. —Casilda tomó de la mano a su sobrina—. Tu madre no lo tenía, para ella todo era de color de rosa hasta que pasó al negro, sin matices. Pero tu abuela sí, de ella has debido heredarlo. Aureana, con quien también lo compartimos, llevó este don a su máxima expresión, lo que le causó no pocos problemas de convivencia con la sociedad del tiempo y del espacio que le tocaron vivir. A tu marido no tuve el placer de conocerlo —siguió su tía percibiendo la tristeza que había inundado a Elba al traer a la superficie el recuerdo de Juan—, pero, si supo quererte y apreciarte como cuentas, es muy probable que también lo tuviera.

Cuando Casilda me mencionó, la gata pelirroja ya estaba a la altura de su sobrina, tumbada patas arriba bajo el banco, llamando su atención, pero sin querer interrumpir. Elba pensó si sería yo, pues también había sido pelirroja.

—Se habrían entendido bien —esbozó Elba una sonrisa agridulce, imaginando la escena—. Aureana, Juan y usted.

—Es muy posible —concedió Casilda, participando en aquel juego imaginario.

—Lástima que no haya podido disfrutarlos juntos —se lamentó Elba.

—Quizás de esta forma, cada uno por separado, hemos podido acompañarte en distintos momentos. La vida sabe por qué hace lo que hace. No luches contra ella. Siempre gana. Más bien intenta comprenderla, hay algo que está intentando enseñarnos. Nuestro sufrimiento nace de

nuestra ignorancia —le aconsejó su tía—. Aureana y yo sí pudimos reconocernos como iguales en la última etapa de su vida. Ambas, o más bien ella antes que yo, he de admitirlo, fuimos capaces de ver más allá de la gran distancia que nuestra posición y entorno nos marcaban… Esa especial sensibilidad sobresalió a los sentidos de ambas. Ocultamos nuestro entendimiento a los ojos del mundo para poder disfrutarlo. Las dos sabíamos que nuestra sociedad no aceptaría una amistad como la nuestra a la luz del día, la patrona y la…

—¿Meiga?

—Sí, la meiga. Así la conocían en la comarca.

La gata dejó a Casilda y se trasladó a pasar el lomo por las pantorrillas de Elba. Ella sonrió, le acarició el lomo, y, por unos minutos, bailaron un tango, mientras los gatitos jugaban a mordisquearse los unos a los otros.

—Vivimos nuestra comprensión mutua a nuestra manera. En gran medida, gracias a ti, al amor que ambas te teníamos. Tú fuiste el nexo que nos permitió descubrirnos, quien nos unió a Aureana y a mí.

Al escuchar a Casilda nombrarme, la gata regresó a ella y comenzó a ronronear pasando el lomo entre sus piernas. Elba sonrió de nuevo.

—Usted me quería… Esta ha sido una de las mayores sorpresas de mi vida…

—Claro que te quería. A mi manera. De forma oculta, silenciosa. Te quería, te quiero, como también quería a tu madre, mi hermana Romana —confesó Casilda, apretándole la mano enguantada—. Para proteger a mi familia, también a ti, he debido vivir cubierta de una armadura de mujer dura, fría y distante que me construí y que me permitía mantener a raya a un mundo que cuestionaba mi capacidad de gestionar la fortuna familiar que debía mantenernos, de custodiaros a todos y, en definitiva, de gobernarme por mí misma.

—Yo tuve la suerte de contar con la guía de Aureana —reconoció Elba—. Ella me enseñó a entenderme y me explicó por qué la gente reaccionaba así ante mí y por qué yo los sentía con aquella intensidad, por qué el mundo era tan evidente que a veces dolía. Aureana era una de esas pocas personas que comprenden cómo funciona la vida. Al hablar con ella, todo adquiría una nueva dimensión en la que, hasta lo más doloroso, generaba paz —dijo Elba—. Si pudiera conversar con ella como entonces, quizás podría ayudarme a que el recuerdo de Juan dejara de dolerme —deseó, evocándome, lo que celebré haciendo pitar el tren a lo lejos—. Creo que Silvia puede haber heredado ese mismo don —confesó Elba a su tía, oteando la curva de las vías tras la que debería aparecer la máquina en cuestión de minutos.

—Podría ser. La he observado desde que llegasteis al pazo. Es una niña despierta y sonriente. A pesar de haber perdido a su padre, tú has sabido preservar su alegría infantil. Si tiene el don que compartimos, aún es demasiado joven para entender lo que significa. Si no lograra hacerlo, podría acabar tornándose en una maldición para ella. Pero, que seamos familia, no determina este don. Romana y yo éramos hermanas y no podíamos ser más opuestas en nuestras virtudes.

—Contrapuestas, pero complementarias —apostilló Elba.

—No sabría decir si fue de nacimiento o nos acomodamos así, la una a la otra, en las circunstancias que nos tocaron vivir. Si Silvia no tuviera este don, sino otra virtud, lo importante es que sepamos acompañarla en ese descubrimiento. Yo no supe hacerlo con Romana, tu madre. He necesitado hacerme vieja para comprenderme a mí misma —reconoció Casilda, envuelta aún en la culpa.

—No podía saber lo que no sabía, tía —alivió Elba media vida de remordimientos de su tía en una frase.

—Eres compasiva, sobrina querida, esa es otra gran virtud —agradeció Casilda, sintiendo aquella vieja piedra, que le pesaba en el alma, deshacerse en su corazón—. Llevas razón. Supe hacer muchas cosas, pero esa… esa no supe hacerla —reconoció su tía—. Pero el tren se acerca. —Volvió en sí con un nuevo silbido más fuerte que anunciaba la llegada—. Retornemos al tema que nos trae a este andén. Discúlpame, sobrina, antes no pretendía criticar las prevenciones que te transmitió Juan —aclaró Casilda—. Desde la perspectiva de un chino en Filipinas, es muy posible que tu esposo estuviera en lo cierto y lo primero que llame la atención sea esa incompatibilidad de posturas, hasta filosóficas si me apuras, entre masones filipinos y autoridades peninsulares. Sin embargo, si nos ubicamos aquí, en la península, y profundizamos en la cuestión, verás que van a aparecer muchos matices.

—Descúbramelos —pidió Elba, sin dejar de acariciarme, mientras yo ronroneaba.

Casilda se identificó de nuevo con esa curiosidad innata que compartía con su sobrina.

—En el partido liberal no son pocos los masones con representación en las Cortes de Madrid. Hace unos tres meses, sin ir más lejos, fue nombrado ministro de Ultramar don Manuel Becerra, a la sazón Gran Maestro del Gran Oriente de España.

—Curioso… Yo salí de España muy joven y con miras aún muy constreñidas a los límites de Vilaescura. No entendía nada de todos esos cálculos capitalinos. Fue Juan quien me abrió los ojos a los lazos inextricables entre el mundo de los negocios y el de la política.

—Así es: el dinero es poder y el poder es dinero. Muy poca gente tiene la entereza moral de separarlos. Aquí y en todas partes del mundo, en todas las épocas de la historia de la humanidad. Solo cambia la denominación que le damos a cada grupo, al del poder o al del dinero. A veces, llegan a fusionarse, entonces tienden a volverse déspotas; otras, se mantienen en agrupaciones, en tribus, si me permites, más o menos diferenciadas…, pero siempre poder y dinero andan cortejándose mutuamente. Ya está aquí el tren —se interrumpió.

Casilda se levantó del banco con dificultad, al ver aparecer el vapor de la chimenea por encima de las ramas y, una vez de pie, apuntó con el bastón a la locomotora que asomaba el morro por la vía.

7

Manila.

La mansión de los Villarruel, en la calle Asunción del barrio manilense de Tondo, era un edificio cuadrado de dos plantas. La primera en piedra, la segunda en madera, con un amplio porche abalconado que rodeaba toda la casa. En el interior, al fondo, una gran escalera de caoba daba la bienvenida y se bifurcaba en dos pasillos superiores que formaban sendas galerías alrededor del espacio central de la planta baja: a la derecha, se entraba al comedor y, a la izquierda, al salón de baile.

Tras la escalera se abría una puerta que daba paso a la cocina, las caballerizas y la parte trasera del jardín, donde varios gallos y muchas más gallinas picoteaban el suelo a su antojo. Los criados chinos recién llegados de Fujian que entraban al servicio de don Faustino, hasta que este les encontraba acomodo en alguno de los negocios de Binondo, gustaban de seleccionar a los mejores para apostar por ellos el domingo en las peleas en el *sabong.*

Al entrar del jardín, en el recibidor, nada más franquear el dintel de la puerta principal, a la izquierda, estaba el despacho de don Faustino y, a la derecha, una salita de espera para las frecuentes visitas que recibía. Cuando venían a verlo por primera vez, el señor Villarruel siempre les relataba la misma historia:

—¿Ve usted esta mesa y este sillón?

—Sí —respondía intrigado el visitante.

—Son de madera de *lapnisan,* traída para mí desde las Visayas.

Si el invitado era avispado solía responder algo parecido a esto:

—Pero, seguro que sabe usted que lo valioso del *lapnisan* no es la madera, sino el aceite que desprende, don Faustino.

—Así es, cuando ha sido infectado por el hongo que le provoca la reacción defensiva que le hace generar ese aceite de aroma inolvidable.

—¿Para qué quiere usted entonces la madera desprovista de su valioso producto oleoso?

—Esta mesa de *lapnisan* me recuerda cada día que hasta un enfermo en apariencia inservible puede producir oro líquido. El *lapnisan* mantiene viva mi esperanza en el ser humano y, cuando soy yo quien yerra, mi ilusión en que algunos de los frutos que yo deje en esta vida sean mucho más valiosos que yo mismo.

Ese era don Faustino, un hombre que no se dejaba llevar por las apariencias, que daba a todo el mundo una oportunidad y que estaba en una interminable tarea de perfeccionamiento. Tras la cena, le gustaba reunir a su familia a tomar el fresco en el porche de la segunda planta. A la altura de la copa de las palmeras del jardín corría mejor la brisa nocturna.

Charito y Johanna se adelantaron y tomaron asiento en sus mecedoras. Don Faustino apareció a continuación llevando del brazo a su esposa. La señora padecía un mal que aquejaba su

corazón desde jovencita, pero, de un tiempo a esta parte, tenía cada vez más ojeras, arrastraba sus pies y el cansancio aplastaba sus hombros. Hizo caso omiso a esa fatiga que nunca la abandonaba cuando, en contra del parecer de los médicos, se decidió a tener a Charito, pero, al cabo de los años, aquel desfallecimiento perenne ya no se dejaba ignorar.

—Subo a encargarme del enfermo —interrumpió Johanna esa noche el comienzo de una nueva charla—. Buenas noches —se despidió de la familia Villarruel, tomando uno de los candiles sobre la mesa que las criadas dejaban encendidos.

—Muy bien, querida —agradeció don Faustino.

—Bien pensado, yo también debería retirarme. No me encuentro bien. Subir las escaleras es una odisea mayor cada día —se disculpó doña Paula, casi sin poder respirar del esfuerzo.

—En ese caso, por favor, Johanna, acompaña a mi esposa a su dormitorio, no vaya a tener un vahído por el camino —le rogó don Faustino—. Descansa, querida, no tienes buena cara.

La luna llena emitía un foco de luz sobre Charito y su padre. El balanceo cansino de sus mecedoras invitaba a la reflexión y, allí solos, dejaban sus mentes divagar con los ojos perdidos en el firmamento. Les gustaba pasar tiempo en compañía del otro. No necesitaban hablar, aunque disfrutaban de su mutua conversación. Eran más que padre e hija, eran almas compañeras.

—Johanna quiere saber más —se animó a decir Charito.

—Hemos de tener cuidado —le recomendó prudencia su padre.

—Pero ¿qué hay de malo en compartir con ella algo de nuestro secreto? Me cuesta evitar sus preguntas. Es normal que las tenga. Además, si queremos su colaboración, no podemos dejar que se sienta dejada de lado.

—Tu madre está cada día más consumida y si nos ve confraternizar demasiado con Johanna, sus obsesiones con la muchacha se exacerbarán y comenzará a fisgonear en nuestros asuntos. Lo mejor es que tu madre no sepa nada y que Johanna no lo sepa todo. Además, no olvides que no ha sido iniciada. Una sola indiscreción a destiempo puede costarnos caro. Si algún día los militares vinieran por nosotros, necesitaremos a alguien que pueda ayudarnos desde fuera.

—¿Desde fuera de dónde? —preguntó Charito, parando en seco su mecedora.

—Desde fuera de la prisión en la que nos encierren. Eres consciente de que eso puede suceder, ¿verdad? —quiso asegurarse don Faustino—. Por eso han detenido a Rizal, para que todos los demás tomemos nota.

—No nos descubrirán. Pierda cuidado, padre. Aunque, a veces, me pregunto si es útil que tengamos tantas normas y todas tan secretas. Las dudas sobre la participación de las mujeres, sin ir más lejos, limitan la expansión de la propia orden de los constructores. ¿Es tanto orden compatible con la libertad que defendemos? —se cuestionó la joven lovetona, levantándose de la mecedora y apoyándose sobre la barandilla para acercarse a la luna.

A sus espaldas, don Faustino se sonrió. Siempre había apreciado la sed de conocimiento de su hija. Por ello, la había animado a confraternizar con las hermanas de Rizal, con quienes había viajado en alguna ocasión a Hong Kong.

—Ya sabes, los rituales nos permiten simbolizar el respeto hacia todos y hacia nosotros mismos. Reflejan la disciplina y la tolerancia, que son dos principios esenciales de nuestra vida y nos sirven para mejorarnos cada día —aprovechó la conversación don Faustino para enseñar a su hija—. Recuerda que somos alumnos de una escuela de moral. Una logia es un lugar para la formación de los hombres… y las mujeres —completó—, que se sostiene sobre una interpretación simbólica. Si algún día aspiras a ocupar un cargo, debes aprender bien todos los ritos y símbolos masónicos.

—Recuerdo la primera vez que los observé, detrás de la cortina, en la sala de la segunda planta de la casa de Ong-junco… Todo aquello… el mallete, la escuadra, el compás… el lenguaje misterioso que empleaban ustedes… Al principio, hasta me costaba entenderlos —dijo, trayendo a su memoria las imágenes que había almacenado espiando las tenidas—. Es casi como un código, los nombres iniciáticos… Todo generaba ese halo enigmático que solo conseguía despertar en mí mayor curiosidad.

—La curiosidad es la madre del aprendizaje —sentenció su padre—. Me costó mucho trabajo convencer a los hermanos de que no eras un peligro… —recordó don Faustino con una media sonrisa.

—¿Por qué habría de serlo?

—Por la misma razón por la que le he ocultado esto a tu madre hasta ahora —dijo don Faustino, levantándose y situándose junto a ella, al tiempo que ponía su mano sobre el hombro de su hija—. Porque muchas mujeres confían más en su confesor que en su esposo o en su padre. Ahora no podemos permitirnos que se deslice ningún detalle a oídos de frailes. Por eso, hay hermanos que consideran más sensato no dar cabida a las mujeres en la masonería. Otros creen, sin embargo, que podríais tener cierto papel que jugar, pues, en tanto que base de la familia, vuestra instrucción, sin perder de vista los deberes de esposa y madre —aclaró—, puede servir a la iluminación de los que un día sean vuestros hijos, el futuro de la humanidad.

—Antes de que lleguen esos deberes, me esforzaré en mis trabajos masónicos, padre. No vaya a ser que luego no tenga tiempo para ello. Cuando llegue el día, estaré preparada —determinó Charito.

Allí, compartiendo secretos en la noche, se enorgullecía de reconocer en su hija la misma inquietud de crecimiento que él había sentido la primera vez que entró en contacto con la masonería. De todos modos, no podía dejar de preocuparle que, como mujer, no pocos de sus propios hermanos objetaban su interés genuino. Además, en aquellos tiempos convulsos, ya era bastante arriesgado ser masón y filipino para un hombre, como para que lo fuese una mujer mestiza.

Por sus contactos con los hermanos defensores de la causa filipina en España, don Faustino era conocedor de que, en la península, desde hacía al menos dos décadas, se habían iniciado mujeres en igualdad de condiciones que los varones. Pese a ello, le habían llegado ecos de que el Gran Oriente Español estaba implantando reglamentos y una ley de logias de adopción, considerándolas auxiliares de las puramente masculinas para asegurarse de que las féminas de la orden quedaban bajo el control de los varones. Cuando compartía con Charito estos temores, ella, cada vez con más conocimiento propio, a través de su labor en el Triángulo de Hong Kong, tenía siempre argumentos con los que contraatacar.

—No todas las obediencias españolas siguen estas reglas del GOE, padre. Espere.

Se levantó como un resorte y fue a su dormitorio. Al regresar, traía unos papeles.

—En mi último viaje, llegó a mis manos un documento del Soberano Gran Consejo General Ibérico del Rito Antiguo y Primitivo Oriental de Memphis y Mizraim —leyó casi sin respirar—. En él se niegan a aceptar las logias de adopción para damas como una integración de menor rango. Escuche lo que pone aquí: «La mujer tiene derecho a toda nuestra atención y los orientalistas las queremos a nuestro lado con iguales deberes y derechos que los hombres». ¿Lo ve, padre? —incidió, mostrándole el papel—. Esto quiere decir…

—Sé lo que quiere decir: no aceptan logias femeninas dependientes de las masculinas, quieren que las mujeres se integren en sus logias en pie de igualdad. ¿Cómo han llegado a ti esos

documentos? —quiso saber don Faustino.

—En el Triángulo estamos en contacto también con algunas hermanas de la península. Hay una, simbólico Mariana, quien, en una ocasión, nos dio un mensaje que debía hacer llegar a una española afincada en Kulangsu, donde está la logia Corintia. Desde entonces, recompensa la ayuda que le prestamos facilitando aquel envío, remitiéndonos noticias de la evolución política y de nuestras hermanas en la península —dijo, dejando a su padre asombrado del grado de conexión que estaba consiguiendo—. ¿Lo ve? Aquí, Mariana, que está en Galicia, pertenece a una logia inicialmente masculina y nos informa de que hay también una logia llamada Audacia, en un lugar cercano a Sevilla, que está formada solo por damas.

—Buen nombre para esa logia, desde luego. No hay duda de que esas señoras y señoritas necesitarán hacer acopio de ella, pero la audacia que de prudencia no se compensa en locura desemboca. No lo olvides.

8

¿Cómo podía negarle a su propia hija la inquietud que él mismo había necesitado satisfacer para su alma? Don Faustino se debatía entre la resignación ante los deseos de su hija y la preocupación al adivinar los problemas que ese impulso natural de Charito le acarrearía. Mirando al jardín desde la barandilla, decidió regocijarse en la suerte de poder compartir con su hija esos momentos. Había sido su mejor confidente y se estaba convirtiendo en un pilar fundamental de la orden, aunque a algunos les costara reconocerlo.

A don Faustino le gustaba fumarse un buen puro después de cenar, siempre llevaba uno en el bolsillo de la camisa. Regresó a la mecedora. Al humor de su aroma y del bamboleo, la brisa de aquella noche tranquila se dejaba sentir, suave, sobre las hojas de las palmeras.

—Debemos integrar a más mujeres en las logias del archipiélago, padre —insistió ella.

—Es más complejo que todo eso, Charito… —se resistió don Faustino—. La política se mezcla y todo se complica. Ahora no podemos alejarnos de nuestro objetivo prioritario —terminó por responder—. Es natural que la misma libertad que uno busca para el individuo la desee para la suma de ellos, ¿no te parece? En nuestro caso, para los que nacimos aquí y trabajamos para el progreso de estas islas. Si el Gobierno de Cánovas en Madrid hubiera accedido a reconocernos a los habitantes del archipiélago representación en Cortes… —se lamentó preocupado—, ahora podríamos dedicarnos a otros menesteres como el que tanto te interesa y que yo comparto —le concedió—. Pero en este momento no podemos distraernos.

—Representación como la que tienen en Cuba, ¿cierto? —replicó Charito.

—Así es, hija mía —respondió don Faustino, decepcionado por la constatación de que la madre patria no daba a todos sus hijos la misma consideración y maravillado por comprobar cómo la suya había aprendido, incluso a través de las paredes.

—Precisamente, padre. Las mujeres podemos aportar mucho a ese objetivo político. No pocas de mis amigas están cada vez más determinadas y formadas. Trinidad y Josefa nos han venido compartiendo algunas de las cartas que su hermano les había enviado desde Europa. En una de ellas, escrita desde Alemania hace ya muchos años, Rizal las animaba a ocuparse más del fondo que de las apariencias y les daba un consejo: estudiar y leer con atención.

Don Faustino observaba el humo ascender en el aire desde el cigarro que sostenía entre el índice y el anular de su mano derecha.

—Es cierto, las hijas y hermanas de los masones de estas islas estáis haciendo una gran labor. Soy el primero que me he esmerado en tu educación. Pero ahora tenemos que centrarnos en que se nos reconozcan los mismos derechos que a los otros hijos de la patria en la península y en otras latitudes. Para algunos incluso esto empieza a ser ya insuficiente y eso me inquieta.

—Como para Andrés Bonifacio… Se le nota cada vez más exaltado.

—Eso parece… —Se quedó pensativo don Faustino.

—Nosotras le ayudaremos, padre. ¿Por qué desperdiciar la ayuda de la mitad de las que habitamos estas tierras en el Ultramar asiático? Usted mismo reconoce que no es una tarea fácil la que se han dado.

—Aún es pronto, la lejanía ha hecho que el poder de los frailes aquí sea más intenso que en cualquier otra posesión española. Incluso para mentes dispuestas a cuestionárnoslo todo, como somos los masones, la integración de las mujeres no es algo evidente. Por eso también decidí levantar columnas yo mismo…

—¿Va a crear usted una logia propia? —Charito se iba emocionando—. Yo le ayudo padre, yo le ayudo…, pero recuerde que ha de hacerme hermana. ¿Lo hará? —lo conminó la joven, arrastrando su mecedora para sentarse de nuevo, ahora más cerca de él.

—¿Recuerdas el enfado de tu madre cuando me ausenté el día de Reyes este enero pasado?

—¡Como para no acordarse! Ha sido uno de sus berrinches más memorables. Le retiró la palabra durante días… que qué iban a decir los vecinos, que qué iba a pensar el párroco…

—Ese día se creó la gran logia Nilad n. 144, fue la primera en las islas Filipinas. Es la logia madre. Antonio Luna preparó sus reglamentos y organización, que nos trajo Pedro Serrano Laktaw desde España. ¿Lo recuerdas? —le confesó don Faustino al tiempo que golpeaba con el pulgar la boquilla del puro para que la ceniza acumulada del otro extremo cayera sobre el cenicero.

—Sí, es uno de los masones más activos en las tenidas.

—Es amigo de la infancia de Marcelo del Pilar y el único filipino que ha logrado obtener el título de maestro superior de la Escuela Normal de Salamanca y de la Universidad Central de Madrid. ¡Hasta ha sido tutor del Príncipe de Asturias, don Alfonso! Su ejemplo me llevó a decidirme y, en febrero, comencé a reunirme con Marciano Reyes, Tranquilo Torres y con Cipriano Castillo, entre otros, para formar yo también una logia con ellos. —Se recostó de nuevo don Faustino sobre el respaldo provocando un nuevo oleaje de balanceos.

—Los conozco. ¿Y cómo se llama su logia, padre?

—No es «mía»…, aunque nació aquí en esta casa, como tú.

—¿Aquí mismo? Pero si estamos justo enfrente del Tribunal de Mestizos.

—¿No es bella la ironía? —se sonrió, travieso, su padre—. He pensado que debemos acoger aquí tantas tenidas como nos sea posible. Nunca pensarán que nos atreveríamos a hacerlo delante de sus narices. Pero debemos esconderlas bajo la apariencia de ágapes.

—Para eso la presencia de mujeres será imprescindible, padre. Si los espías de la frailocracia y el ejército ven entrar hombres constantemente a esta casa, no tardarán en sospechar. Sin embargo, si llegan con sus esposas e hijas del brazo, ataviadas con sus mejores galas, parecerá una fiesta más. Yo me encargaré de organizarle los mejores bailes de todo Manila. El secreto masónico estará a salvo conmigo, puede confiar en mí.

—Nuestro secreto va más allá de su utilidad política en estas circunstancias que nos ha tocado vivir en las islas, lo sabes, ¿verdad? —quiso asegurarse don Faustino de que Charito no perdiera la esencia del trabajo masónico en las procelosas aguas de la política.

—¿Qué quiere decir, padre?

Don Faustino le ofreció el brazo para que lo acompañara a caminar por la veranda.

—Caminando se piensa mejor. —dio unos golpecitos con su mano en la de su hija antes de comenzar—. El método masónico me ha transformado en una persona más respetuosa con los demás. Soy más tolerante y ello me permite una mayor capacidad de relación. También he logrado controlar mi impulsividad. Ahora mis actos son conscientes —dijo con convicción antes

de regodearse dando otra calada al puro—. El método masónico es, primero, un proceso de autoconstrucción y, como tal, debe iniciarse en la intimidad. El secreto masónico no radica solo en el deber de no desvelar las discusiones que tengan lugar dentro de la logia para protegernos unos a otros de los intrusos; surge también porque el trabajo interior de todo masón es un acto intransmisible que nace de la acumulación de reflexiones propias. En la logia, debes cultivar tu verdad, por medio del conocimiento y la razón. Esto te proporcionará una experiencia única de crecimiento hacia la luz. Este será «tu secreto», personal e intransferible.

Charito escuchaba absorta, agarrada al brazo de su padre. Apoyados el uno en el otro, mirando sobre los tejados de Manila, vieron el reflejo plateado de la luna sobre el Pásig a lo lejos. No solo eran padre e hija, eran dos amigos, dos colegas, dos hermanos masones. No era frecuente que los hijos compartieran con sus padres un nivel de entendimiento tan amplio, tan profundo, y por ello se sentía agradecida. Charito lo amaba y lo admiraba a partes iguales. Tanto menos dogmático era él en sus enseñanzas filosóficas, tanto más crecía el deseo de ella de apoyarle en sus objetivos políticos, desde una libertad, que, como mujer, sabía no encontraría en ningún otro lugar. Toda la inteligencia de Charito se puso al servicio de la causa de su padre, que ya era también la suya.

—¿Cuál es el nombre de la logia que ha fundado? —quiso saber la joven.

—Comenzamos denominándola Patria, pero lo hemos cambiado por Walana —continuó su padre con la confesión.

—«Lo que está perdido…» —repitió en voz alta Charito la traducción del tagalo—. Sombría premonición.

—O constatación de la realidad, según cómo se mire —concedió su padre con un deje de resignación—. Ya solicitamos permiso al Gran Oriente Español en Madrid. Lograr que se nos reconozca a los filipinos nuestro lugar, al mismo nivel que al resto, en la estructura masónica española es un medio de cara a conseguir la asimilación también en las Cortes generales para nuestras islas. Allí, junto con Marcelo del Pilar y con el impulso moral del hermano Dimasalang, el Gran Maestro Morayta ha estado ayudando mucho a la causa filipina, abogando para que nos dejaran participar en las logias de la península o constituir unas propias.

—¿Y a mí, padre, a mí cuándo me dejarán participar? ¿Por qué, si sufren discriminación ustedes, no son capaces de ver la que causan?

Don Faustino se quedó sin argumentos para seguir postergando los deseos de su hija. Regresaron a las mecedoras, buscó el cenicero sobre la mesa auxiliar y apagó el final del puro. Se sentaron de nuevo y Charito acompasó su bandeo con el de su padre, esperando su respuesta.

—Levanté columnas y fundé Walana también pensando en ti. Para que, algún día, quizás tú puedas tener aquí también tu propia logia. ¿Qué nombre has de ponerle cuando llegue ese momento?

Charito no dudó un segundo, hacía tiempo que soñaba con ella:

—Se llamará… la Semilla.

9

Las semanas pasaban y el herido continuaba inconsciente hasta el punto de que su presencia ya pasaba desapercibida en la casa de los Villarruel incluso para doña Paula. Dedicada en cuerpo y alma, Johanna pasaba días y noches pendiente del enfermo y con ello fuera de la vista de la señora de la casa. Así, disfrutó de los meses más apacibles de su vida: alejada de las críticas constantes de la madre de Charito, era dichosa con la sosegada compañía de aquel hombre sumido en un sueño interminable. Comenzó así a crecer en ella el sentimiento de ser útil no solo para algo, sino, sobre todo, para alguien. Por aquella labor, recibía con asiduidad el reconocimiento de don Faustino, en palabras y gestos de cariño, lo que más le había faltado a Johanna en sus diecisiete primeros años de vida.

Además, la fuerza de aquella convivencia silenciosa hizo que comenzara a albergar la idea de que, algún día, aquel hombre también le agradecería todos sus desvelos. No en vano, si no fuera por sus cuidados, ni siquiera podría haberse mantenido hidratado y alimentado. Al día siguiente de su llegada, un doctor pasó a ver al enfermo. Se acercó, abrió uno de sus párpados y pasó una vela por delante de su cara. Repitió el ejercicio con el otro ojo y luego pidió una cucharilla de postre. Tomó algo de agua del vaso con ella y la introdujo en su boca.

—Mantiene una deglución refleja —concluyó el médico.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Johanna a Charito.

—Su mente consciente parece perdida, pero la inconsciente le quiere con vida.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Johanna en voz baja.

—Sí, señorita —dijo Rizal—. Es usted la encargada de sus cuidados, ¿no es cierto?

—Sí, doctor —respondió Johanna, orgullosa de su nueva misión.

—Escúcheme bien. No podemos predecir cuánto tiempo podrá permanecer este hombre en esta condición. Pero si su estado se prolonga, la falta de agua y alimentos acabará con él. Es imprescindible que consiga que se alimente y beba.

—¿Y cómo voy a hacer yo tal cosa si está dormido?

—No lo está.

—¿Ah, no?

—Está en un estado de semiinconsciencia.

—¿Quiere decir que puede oírnos? —se preocupó Johanna.

—Eso no lo sabemos. Podría ser. Quizás a ratos. El cerebro humano es un órgano insondable aún para la ciencia.

—¿Qué debe hacer Johanna? —preguntó don Faustino a Rizal por su nombre simbólico para mantener su anonimato ante Johanna.

—Solo puede darle de comer sopas y purés muy diluidos. Enriquézcalos mucho, eche en la cazuela todo lo que encuentre en la cocina y, después, tritúrelo lo máximo posible. Cuando

llegue el momento de darle de comer, debe incorporarlo del todo, echar su cabeza hacia delante, para asegurarnos de que el agua o el alimento no entra en las vías respiratorias, eso sería fatal.

—Entendido —respondió Johanna con expresión responsable.

—Solo puede introducirle en la boca una cucharilla de postre, como esta, si lo hace bien, provocará una deglución refleja. Deberá armarse de paciencia, puede llevarle horas. Pero comprenda que, si le mete prisa, el riesgo de atragantamiento sería elevadísimo y, en su caso, eso supondría la muerte.

—Comprendo.

—Cuando termine de alimentarlo y darle líquidos, deberá esperar al menos una hora hasta volverlo a recostar.

—Así lo haré, doctor —respondió Johanna, memorizando cada una de las instrucciones de su misión.

Con el paso del tiempo, Johanna había sugerido a don Faustino y a su hija, en más de una ocasión, que el doctor regresara a revisar al enfermo. Pero ambos se negaban, lanzándose miradas, que Johanna no entendía qué significaban, pero sí que no debía seguir preguntando por él. Así las cosas, ella se convirtió en la única que cuidaba de aquel hombre. Para algunos, la vida con alguien en su estado podría ser una carga, no para ella.

El espíritu extremo de su madre y un padre ausente habían hecho de ella una joven temerosa de relacionarse con los demás. La llegada a casa de los Villarruel mejoró algo las cosas, gracias a don Faustino y a la reforzada amistad con Charito, pero el asedio constante de doña Paula no le ayudó a sentirse segura en un mundo que percibía en esencia hostil y en el que su vida oscilaba entre los momentos en los que se sentía ignorada y los que era atacada por el mero hecho de estar, de ser.

Aquel desconocido, sin embargo, en su inconsciencia, le ofreció una experiencia vital nueva para ella. En el pasado había cuidado de su madre, quien, consumida por su alma torturada, nunca tuvo fuerzas para agradecerle nada. Tampoco aquel hombre pronunciaba palabra alguna y, aun así, era la primera vez que cuidaba de alguien y esa persona no le devolvía repentinos ataques de rabia o incomprensibles derrumbamientos en lágrimas, como hicieran, primero su madre y, después, doña Paula. El desconocido no se iba, no reclamaba nada y no la culpaba por su destino. Aquella paz y aceptación tácita eran mucho más de lo que estaba acostumbrada a recibir. Su madre no quiso seguir comiendo lo que ella le preparaba, aquel hombre se esforzaba, aun inconsciente, en tragar el alimento que ella le cocinaba para mantenerlo con vida. Cada día que sobrevivía, Johanna lo interpretaba como un agradecimiento tácito a su labor. Y así comenzó a decírselo, pues, de alguna forma, sentía que su compañía y sus palabras, tanto como cada cucharilla de puré, mantenían el espíritu de aquel hombre atado a esta vida.

—Bueno, pues ya está usted presentable —le dijo Johanna mientras le quitaba los restos de jabón de la cara después de afeitarle—. Es apuesto, ¿sabe? Esto, por supuesto, no espere usted que yo se lo diga, así de alegremente, el día que despierte. Incluso si ahora estuviera usted escuchándome, lo negaré. Pero sépalo ya desde hoy: lo es. Y mucho —continuaba Johanna su despreocupada conversación con el desconocido durmiente, mientras aclaraba la cuchilla y la depositaba sobre la mesita de noche.

La luz de la mañana entraba, tamizada por el capiz de las ventanas. Por un recuadro roto se colaba un rayo que apuntaba directo a la mano del hombre sobre la cama. Se la tomó y la besó, donde había indicado el sol. A continuación, llevó el cuenco con el agua caliente sobre la cómoda y regresó a sentarse en la silla, a su lado.

—Lleva usted ya tres meses así… tiene que hacer un esfuerzo. Mire que cualquier día doña Paula se cansa de nosotros y nos pone, a los dos, de patitas en la calle. Poco ruido hacemos, en eso también lleva usted razón… ¡Sobre todo usted, que lleva todo este tiempo sin pronunciar palabra! —se sonrió Johanna, como si el enfermo le estuviera siguiendo la broma—. Pero es que no se imagina usted qué insistencia en herir tiene esa mujer… Yo, porque no tengo dónde ir (lo que ella se encarga de recordarme casi a diario, no se crea), sino ¡de qué iba a estar yo aquí aguantándola! Don Faustino es muy amable y Charito es casi como una hermana, pero ella está cada día más metida en esos líos de los hermanos de su padre. Cada vez pasa más tiempo con él y comparte menos cosas conmigo. Todas las noches se quedan solos en el porche hablando hasta las tantas y las cuantas. Durante el día, don Faustino recibe muchas visitas de señores muy circunspectos a los que Charito y no su madre, quien está muy enferma, se encarga de dar la bienvenida, por expreso deseo de él. Me he fijado que ella cierra la puerta del despacho… por dentro… ¿Ve lo que quiero decir? ¡Qué cosas digo! ¡Cómo va a verlo, si está usted dormido como un tronco! —Soltó una risa traviesa—. Quiero decir que ella no solo acompaña a los señores a la oficina, es que se queda dentro con ellos, que está con su padre durante la reunión… Incluso me dice que ella también participa en la conversación. Pero yo no la creo. Siempre ha sido mucho de presumir, como es el ojito derecho de don Faustino. No se lo reprocho, a ninguno de los dos. Al fin y a la postre, él es su padre y yo solo una recogida. Pero, ¡a saber en qué andarán! Ahí hay gato encerrado, se lo digo yo, en esas sospechas le tengo que dar la razón a doña Paula, mire usted por dónde. Así que, si no le tuviera a usted, ¿cómo y con quién pasaría yo mis días? Aburrida y sola en el mejor de los casos o a merced del ensañamiento de la bruja de la casa… Ha sido usted una bendición, así se lo digo.

Adivinó unos ojos observándola desde la puerta y se levantó sobresaltada.

—¿Y tú quién eres? ¿Qué haces escuchando conversaciones ajenas en el quicio de la puerta? ¿No te ha enseñado nadie que está muy feo espiar a tus mayores? —lanzó Johanna una pregunta tras otra, sin ofrecer tregua al intruso.

Un muchacho, de tez oscura, nariz chata y pelo crespo, cerró la puerta de inmediato y, desde dentro de la habitación del enfermo, se escucharon sus pasos, a toda velocidad, sobre la madera. Johanna salió corriendo tras él, dándole alcance antes de llegar a las escaleras y llevándolo agarrado de una oreja de vuelta al cuarto.

—¡Que quién eres, te he preguntado!

—Ay, ay, ay, señorita, no haga daño a Tinong.

—No es tu nombre lo que me interesa, ¿qué hacías espiándome?

—Tinong no espía, señorita. Tinong ha venido con el patrón, el señor Ong-junco, que está reunido con don Faustino.

—¿Eres un mozo de don Doroteo?

—Sí, señorita.

Tinong era uno de los muchachos que trabajaban para el viejo comerciante chino porteando mercancías, siempre que era menester, a lo largo y ancho de Tondo, Binondo y otras barriadas al norte del Pásig. Aparentaba unos doce años, aunque ni él ni su patrón supieron nunca su edad con seguridad, pero sí que era el más rápido, en el reparto y en el pensamiento, de todos cuantos le habían servido. Se había ganado de su patrón chino el apodo de Cucarachilla por su velocidad y su piel más oscura que la de la mayoría, pues era un aeta[1] que, en algún momento que él no recordaba, alguien llevó a la capital desde las montañas de Luzón.

—¿Y qué hacías ahí detrás de la puerta?

—Tinong perdido, señorita.

—No te creo. La oficina de don Faustino está en la planta baja, nada más entrar. No tiene pérdida —replicó Johanna, tirando más fuerte de la oreja del muchacho.

—¡Ay, ay, ay, señorita hace daño a Tinong! Es que… Tinong curioso por saber cómo se encontraba el señor —dijo, apuntando con el índice al enfermo y acercándose a su cama al zafarse de la mano de Johanna—. Tinong lo encontró.

—¿Tú? ¿Dónde? —preguntó Johanna sustituyendo de inmediato curiosidad por intriga.

—En la puerta de la casa de don Doroteo.

—¿Y tú sabes quién es?

—No, no. Nadie lo sabe. ¿Se ha salvado? Esa es única pregunta de Tinong. Eso es todo, no se enfade con Tinong, señorita.

—Está bien, no me quejaré de ti a tu patrón. Por esta vez. Ya lo ves, está perfectamente. Sigue dormido, pero vivo.

—¿La herida del vientre curó? —curioseó el muchacho, levantando la sábana.

—¡Aparta de ahí! —le conminó Johanna ofendida—. ¡No te da vergüenza aprovecharte de un hombre desvalido! Hay que respetar la intimidad de los enfermos. Si estuviera despierto, ¿habrías hecho eso?

—No, señorita —dijo Tinong, bajando la cabeza.

—Pues dormido tampoco —zanjó Johanna, remetiendo la sábana y colocando el embozo con esmero sobre su cuerpo de nuevo—. La herida del vientre ha cicatrizado bien, gracias a mis cuidados, claro.

—¿Y el golpe en la cabeza?

—Llegó con la frente muy inflamada y una brecha muy fea. Durante los primeros días, el moratón solo crecía en tamaño e intensidad de color —explicó Johanna, deseosa de mostrar a cualquiera sus méritos en atención al enfermo—. Pero, a partir del tercer día… ¿Y yo por qué tengo que darte a ti explicaciones de nada, mocoso?

Johanna tomó al muchacho de la oreja de nuevo y lo sacó fuera del dormitorio.

—Ains… —se rascó el escozor Tinong con la mano—. No se enfade con Tinong, señorita. Tinong solo quería saber cómo estaba. No acuse a Tinong, don Doroteo, por favor. Si alguna vez necesita algo de Tinong, aquí tiene usted al más rápido mensajero al norte del Pásig. ¡No se olvide, señorita! Tinong está siempre a su disposición —dijo el muchacho, corriendo ya peldaños abajo, al escuchar que se abría la puerta del despacho y las voces de los hombres, en viva discusión, ascendían por el hueco de la escalera.

10

—Háblame de ellos —le pidió Johanna a Charito, bajando la voz, mientras paseaban por el jardín de la mansión de los Villarruel a la mañana siguiente, tras el desayuno.

—¿De quién?

—Bien sabes de quién te hablo. No te hagas la interesante conmigo. De los que llamáis «hermanos». No de cada uno de ellos, no me interesan ni sus nombres, ni sus vidas, sino aquello que os une.

—Creemos en el poder de la libertad y de la igualdad. Dos valores que cuando se fusionan forman una resina pegajosa que nos une en un sentimiento fraterno de apoyo mutuo.

—Ese es el lema de la Revolución francesa… —le replicó Johanna, suspicaz de que estuviera intentando irse por la tangente.

—No hay lealtad más genuina que la que nace de sentirnos libres e iguales. Por eso somos una hermandad mucho más antigua que ha resistido el paso del tiempo. Siglos antes de popularizarse con ella, la esencia del trilema masónico ya estaba presente entre nosotros desde los tiempos de los caballeros templarios…

Habían llegado al muro de la propiedad de los Villarruel, y Johanna la paró en seco antes de dar la vuelta. La tomó de la mano como para asegurarse de que la estaba entendiendo bien.

—¿Cómo dices? ¿Sois masones? —preguntó, impostando mayor extrañeza que la que sentía y rayando en un rechazo, que en aquella casa no estaba en posición de desplegar—. Creía que solo los hombres podían serlo.

Charito calló, preocupada por si había hablado demasiado. Quizás esta era la oportunidad de ganarse la confianza de Johanna. Desde que se conocían, la sentía rodeada de un foso que impedía que nadie se le acercara, ni siquiera ella, que supuestamente era su mejor amiga.

—Sin prisa pero sin pausa, va creciendo el número de hermanas. Es cuestión de tiempo —terminó respondiendo.

—¿Qué quieren… o… debería decir… qué queréis… los masones? —quiso saber Johanna, disimulando la sorpresa por el descubrimiento, aunque algo siempre había sospechado.

Escuchando en silencio conversaciones ajenas, mientras parecía absorta en sus labores de *petit-point*, el término había alcanzado sus oídos, de forma furtiva, de boca de alguno de los hombres que solían visitar a don Faustino. Ellos, como siempre, ignoraban su presencia, como si de un mueble más se tratara. Ella tampoco les prestaba demasiada atención, se reconoció. Una cosa era un grupo de hombres hablando de política (nada podía parecerle más aburrido), pero otra muy distinta que su mejor amiga fuera masona. Eso sí era una novedad.

—Es sencillo —se decidió la joven Villarruel a explicarle a su amiga—: queremos ser mejores cada día. Para ello, trabajamos en nosotros mismos, «desbastar la piedra bruta», lo

llamamos, con el fin de ser «hombres, *y mujeres* —puntualizó Charito— libres y de buenas costumbres» —terminó de recitar la frase que tantas veces había oído a su padre.

—No sois esclavos. ¿Libres no lo sois ya?

—Libre es quien no acepta dogmas ciegos al margen de su propia razón. Gustamos de reflexionar sobre el propósito de nuestro existir y queremos que nuestra vida sirva para el progreso de nuestras comunidades, de la humanidad.

—¡El progreso de la humanidad, nada menos…! Pecas de soberbia, Charito… —dijo Johanna, chistando tres veces—. ¿No te queda todo esto un poco grande? —se burló.

Los rayos de sol se colaban entre las ramas de las esbeltas palmeras, que a ambos lados del paseo, desembocaban en la puerta principal de la mansión Villarruel. A Charito, aquel deambular entre luces y sombras le pareció una metáfora de esa conversación en la que estaba desvelando una parte importante de su vida a su mejor amiga. No sabía cómo se lo tomaría. Ella siempre se había esforzado por integrarla en la familia, pero Johanna era reservada y parecía estar siempre interpretando un papel. Ella le mostraba su afecto, pero la holandesa siempre tenía una palabra, una frase, un gesto… para ponerle sordina. Era sutil, nadie desde fuera podía apreciarlo. La relación entre ambas no podía avanzar; Johanna le ponía un freno silencioso y Charito la disculpaba, con la misma insistencia, justificándola por la amarga infancia que había tenido y por el abandono de su padre, aquel que un día la llevó a la mansión de los Villarruel y nunca regresó a por ella, olvidada desde entonces en una familia ajena. Aquello estaba muy lejos del vínculo de camaradería que ella mantenía con el suyo… Ese día, Charito estaba yendo más lejos de lo que don Faustino recomendaba, pero quiso demostrarle su amistad, que siempre había sido sincera, esta vez, porque algún día podrían necesitarla.

—Mi padre dice que somos una fraternidad universal que ha adoptado un compromiso con el progreso ético e intelectual de la humanidad. Sí, suena inmenso, lo sé —le reconoció Charito.

—Lo que suena es prepotente, querida. ¿Qué vas a aportarle tú…? ¡A la humanidad! —resopló Johanna.

—Tendrías que escuchar a José Rizal; cuando lo dice él, todo parece posible. Dice que el medio para conseguirlo es trabajar ahora en organizar una convivencia pacífica y armónica en nuestra sociedad —recitó Charito como si fuera su padrenuestro.

—Ahora suena a cuento de cura católico, como si fuera otra religión… —replicó Johanna, haciendo una mueca de desdén—. No me interesa. Ya sabes que yo, de ser algo, soy protestante, como lo han sido todo los Vickboons antes que yo. Si vuestro catolicismo filipino no es para mí, no sé por qué habría de serlo esta nueva creencia que os estáis inventando.

—Hummm… —escudriñó Charito en su memoria las enseñanzas de su padre—. No somos seguidores de una religión, aunque ninguna es incompatible con ser masón. En las logias de Singapur, por ejemplo, hay masones cristianos, budistas y musulmanes —la corrigió.

—Menudo popurrí, lo que faltaba… Ya es complicado organizarse con una religión, como para andar aceptándolas todas. En mi familia protestante nunca hemos soportado a los católicos españoles, y eso que se supone que somos todos cristianos y creemos en el mismo Dios. Lo que cuentas es una quimera —despreció la holandesa las ideas de su amiga—. ¿Cómo sería posible algo así? —preguntó Johanna, retóricamente incrédula.

—Quizás en Oriente todo sea posible —hizo Charito un juego de palabras que pasó desapercibido a Johanna—. En realidad, no creemos en una sola verdad, sino en el método, en la búsqueda libre y personal de la verdad, cada uno de la suya —repitió de memoria las palabras que había oído no pocas veces a don Faustino.

—¿O sea, me estás queriendo decir que hay tantas verdades como personas? —siguió preguntando Johanna, queriendo saber más, pero mostrando displicencia al gesto de honestidad que le ofrecía su amiga.

—Mi padre dice que la consecuencia más bella de esta forma de entender la vida es que de ella brota tolerancia.

—Parece bonito —concedió Johanna, para retirarle el cumplido a continuación—. Idílico, me atrevería a decir. Irreal. Un cuento infantil, en definitiva. Pero, sigo sin tenerlo claro: ¿tú crees en Dios o no?

—¿En cuál de todos ellos? —Charito sonrió antes de continuar—: ¿No te parece mucha casualidad que el ser humano, a lo largo de los siglos y en todas las geografías, haya sentido siempre la necesidad de acudir a la idea de un saber superior para hacer frente a la incertidumbre propia de la vida? La necesidad de Dios es tan cierta y omnipresente como la que siente nuestro cuerpo de calentarse en invierno. Para colmarla, inventamos cómo provocar el fuego y cómo emplearlo en beneficio propio o de los que consideramos nuestros, pero ¿no existía el fuego en la naturaleza antes de que el hombre lo descubriera e intentara domesticarlo? ¿No lo generaba un rayo sobre un arbusto sin mediar intervención humana? Dios es, como el fuego, necesidad humana que nos preexiste.

—Ya… —Se dio tiempo Johanna para aparentar que seguía el pensamiento de Charito y volver pronto a lo que realmente le interesaba sonsacarle—: Pero, volvamos a lo práctico… Si ese mundo masónico es tan ideal como lo pintas, ¿a qué viene tanto secreto? Así como lo relatas no parece que tenga nada de malo, ¿por qué ocultarlo? —continuó al tiempo que abría la sombrilla al alejarse de las palmeras y recibir el sol directamente—. Métete bajo la sombra o echarás a perder los lavados con jabón de papaya con los que aclaro tu piel.

—No lo tiene, y pierde cuidado de mi piel, ya soy lo suficientemente pálida para algunos, pero nunca lo seré del todo para otros, ¿qué más da? —respondió Charito, contrariada por el empeño de Johanna en hacerla más blanca de lo que la naturaleza dictaba—. En un mundo basado en la creencia ciega en un dogma de fe, la razón no tiene espacio y a quien promueve una reflexión libre, como la que acabo de compartirte, se le considera enemigo por definición. En esta frailocracia que nos asfixia en el archipiélago, mucho más —respondió Charito, orgullosa de haber encontrado los términos precisos para reaccionar a la indolencia de Johanna.

Estaba comenzando a arrepentirse de haberle contado lo que no debía. Siempre le ocurría lo mismo: cuando le confiaba algo e intentaba acercarse a ella, Johanna se mostraba altiva, la empujaba y después le lanzaba un lazo imaginario a su alrededor del que tiraba para atraerla otra vez a sí y comenzar de nuevo.

—Solo me preocupo por ti. A tu madre mejor no le cuentes esta historieta tuya del fuego, ya sabes que doña Paula está muy desesperada por encontrarte un esposo y con esa piel tuya… no le añadas una preocupación mayor por tu alma —dejó caer Johanna con insidia.

—¿Qué le pasa a mi piel? —le inquirió Charito, sin importarle qué sería de su ánima.

Johanna aguardó unos segundos para que Charito pudiera imaginar qué quería decir. Había descubierto que, sembrando esos silencios en los momentos adecuados, podía hacer más daño que con las palabras. Bien repartidos a lo largo de los días, los meses y los años, estaba convencida de que podrían llegar a otorgarle mucho poder sobre la hija de don Faustino.

—Pero, dime, ¿para qué tantas reuniones? —aprovechó para indagar ahora que su amiga estaba tocada por el golpe que acaba de asestarle.

Era una técnica que requería de virtuosismo: una indirecta aquí, un silencio allá, un

comentario en apariencia inocente, pero cargado de intención. Llevaba algo de tiempo, pero tenía la ventaja de no dejar rastro.

—Cómo te lo explicaría… —Se quedó pensativa Charito unos segundos escudriñando la arena del suelo, dudando si entrar al trapo, después de haber recibido aquellos comentarios desdeñosos—. Los seres humanos buscamos de forma natural conectar con los demás. Como los canteros y constructores de catedrales de la Edad Media se organizaban en gremios para elevar esos ingentes edificios que simulaban llegar a Dios, así, nosotros nos organizamos para ayudarnos mutuamente a elevarnos, a ser mejores cada día. Eso lo hacemos por medio de reuniones periódicas, nuestras *tenidas* —completó la aclaración sin dejar de caminar.

—Ya… —se limitó a decir para mostrar indiferencia Johanna—. Las catedrales esas de las que hablas no sé, pero esta casa es un trasiego constante de personas. Cada vez es más difícil mantener a tu madre distraída. Más ahora que el enfermo requiere toda mi atención —dijo al pasar por debajo de la ventana de doña Paula, apuntando hacia ella con la cabeza.

De regreso al pie de la pequeña escalinata de acceso a la mansión Villarruel, vieron, por el rabillo del ojo, una pequeña sombra negra correr hacia la casa por un lateral del jardín hacia la cocina. Se pararon para fijarse bien en quién era.

—Es el criado de don Doroteo —dijo Johanna.

—Sí, parece que lleva prisa.

Al cruzar el umbral de la puerta, Johanna cerró la sombrilla y no dejó la conversación sin sacar una conclusión para sí:

—Yo sí soy mejor cada día. El enfermo que estaba desahuciado tiene mejor aspecto por momentos.

—Sin duda, estás haciendo una gran labor —afirmó Charito, a quien no le dolían prendas alabar las virtudes de Johanna, pero con la mente ya más en averiguar qué mensaje tan urgente traía el aeta a su casa.

—Por cierto —se fijó Johanna contemplando el jardín desde lo alto de la escalinata—, el árbol ese que plantó tu padre, ahí en el centro, se está poniendo enorme.

—Sí. Se está cuajando de ramilletes colgantes de flores malvas. ¿No es una belleza?

—Nunca lo había visto interesarse por la botánica, pero a ese ejemplar parece tenerle hasta veneración. ¿Qué árbol es? —preguntó.

—Una acacia. Vamos, sospecho que esta tarde tendremos reunión en casa.

11

—No se exalten señores, no se exalten… —les rogaba don Faustino a los presentes mientras Charito tocaba el piano cerca de la puerta para evitar que nadie desde fuera pudiera escuchar lo que allí se discutía.

Estaba nerviosa, pero debía mantener la compostura. Aquella tenía visos de ser una reunión fundamental. Así se lo había dicho su padre cuando le pidió que lo acompañara. Eso sí, en calidad de pianista. La decepcionó la propuesta, pero sus ganas de participar eran mayores que su orgullo y aceptó. Todos aquellos caballeros le iban regalando, uno a uno, un saludo al entrar, pero luego no se dirigían a ella durante la reunión. Charito optaba por reciprocar con una seria inclinación de cabeza. En una conversación en el Triángulo de Hong Kong, una de las hermanas había dicho: «A las mujeres nos educan para ser complacientes. Nos educan para sonreír. Si quieres que nos tomen en serio, no puedes sonreír».

Las logias habían proliferado a gran velocidad en las islas. Don Faustino compartía conversación con sus compañeros de Walana y los hermanos de la logia Balagtas y de la logia Lusong de reciente creación.

—¡Hay que informar a Del Pilar en la península! ¡Es inaudito! —protestó uno.

—Las reglas que aprobó Nilad n. 144 son una camisa de fuerza. La investigación y procesamiento de los candidatos para unirse a las logias son propios de un régimen autoritario. Bajo el pretexto de exigir una conducta moral intachable, están impidiendo el crecimiento de la orden. No vamos a salir de las garras de los frailes para caer en las de Pedro Serrano Laktaw… —se lamentó otro—. Están registrando en un libro negro comportamientos supuestamente deshonrosos de los hermanos y en otro blanco los que les parecen dignos de alabanza para tener a todo el mundo bien fichado… ¡Es inadmisible! ¿Quiénes se han creído para erigirse en jueces de nadie?

—Si lo que quieren es frenarnos, no lo están consiguiendo: si los registros de Nilad son correctos ya alcanzamos las diez logias, treinta y cinco triángulos y un total de doscientos treinta miembros en trece provincias de las islas —enumeró otro, leyendo los datos de un papel que había sacado del bolsillo—. ¿Qué necesitamos? ¿Más miembros o solo algunos más puros? ¿Y quién debe determinar nuestra pureza masónica? ¡Solo el G.·. A.·. D.·. U.·.!

—Déjame ver —le pidió don Faustino—. Esta información es valiosa, hemos de guardarla con sumo cuidado. —Se acercó al piano y le dio el documento a su hija.

Charito metió el papel en una carpeta de cuero que tenía sobre el piano y en el que guardaba la documentación oficial de la logia de su padre: la carta de constitución, las actas de las tenidas, el listado de hermanos, los trabajos que se encargaban a cada uno. Toda la actividad estaba perfectamente registrada, pues así lo exigían los ritos de la orden. Además, algún día, sería útil poder demostrar al Gran Oriente Español la seriedad de sus trabajos. Charito acometía esta labor

de guardiana con toda la solvencia y solemnidad que una tarea de semejante importancia requería.

—Tras el arresto del hermano Dimasalang en el palacio del gobernador general, su detención en el fuerte de Santiago por una semana entera y su deportación a Dapitán después, no nos conviene dar pasos en falso —intentó apaciguar los ánimos don Faustino—. Algo de control en la membresía tampoco viene mal, de repente podría aparecer algún infiltrado de la frailocracia —remachó, sin poder evitar preguntarse, en silencio, si el hombre que seguía inconsciente en la segunda planta de su casa no sería uno de esos espías.

—¿Por qué crees que lo han hecho? Para eso lo detuvieron, para intentar arredrarnos. ¡No hemos de ceder ni un paso! —arremetió uno de los más vehementes contra la autoridad peninsular.

—Las reglas que nos pretende imponer Pedro Serrano Laktaw coartan nuestra autonomía, ¿no se supone que pregonamos la libertad? Además, son una usurpación de la autoridad del Gran Oriente Español —argumentó Moisés Salvador, Gran Maestro de la logia Balagtas n. 149.

Charito, de espaldas a la discusión, tocaba el piano sin perder detalle de lo que decían unos y otros, aunque por momentos le resultaba difícil distinguir quién era el enemigo: ¿los frailes, los conservadores peninsulares, el poder militar o hasta los propios hermanos filipinos de la logia madre…? La emoción de participar, aunque fuera de cara a la pared, en aquellas reuniones, se entreveraba de decepción al comprobar la desunión entre los que se llamaban hermanos.

—Hemos de actuar con la cabeza fría y de forma ordenada —insistió Villarruel—. ¿Por qué no proponemos la creación de un Consejo Regional de las islas Filipinas en el que podamos tener cabida todas las logias del archipiélago? Así demostraremos que somos gente de orden y, además, nos servirá para ser más eficaces.

—¡Es una pérdida de tiempo! España nunca cederá a nuestras pretensiones —se exaltó un hermano.

—No, no es una pérdida de tiempo, la propuesta del hermano Ilaw parece razonable. Con una estructura ordenada conseguiremos más fuerza aquí y mayor apoyo de los hermanos en la península —le defendió otro.

—En Cuba y Puerto Rico ya hay consejos regionales, ¿qué objeción podría haber para que lo creáramos aquí? —reforzó su argumento don Faustino—. El Gran Maestro Morayta y el Venerable Maestro Del Pilar nos apoyarán en la península, estoy seguro. Ambos tienen un alto sentido democrático y deseos de aglutinar a toda la masonería en torno a nuestro objetivo común: la defensa de nuestros derechos. Con ellos en el flanco peninsular y nosotros aquí en el archipiélago, podremos hacerlo realidad.

—Andrés Bonifacio no es de la misma opinión, quiere la independencia. Así lo dijo cuando creó el Katipunan, al día siguiente de la detención de Dimasalang.

—Yo también estoy vinculado a su origen —recordó Villarruel—, pero no olviden que el Katipunan no es una logia. No tiene que sujetarse a unas reglas ni a una estructura. Nosotros sí.

La discusión se extendió durante horas sin que llegaran a ninguna conclusión operativa y Charito comenzaba a desesperarse. Con las ventanas cerradas y las cortinas echadas, por miedo a ser oídos, el calor y el humo de los puros cargaban la atmósfera que comenzaba a ser asfixiante. No podía tener un vahído, se repetía a sí misma. Toda su labor por demostrar que podía ser una hermana confiable, se diluiría si daba muestras de la mínima debilidad.

En la planta de arriba, apoyada en la balaustrada, Johanna espiaba de lejos. No sabía qué estaba sucediendo, pero sí que don Faustino y Charito, una vez más, la mantenían al margen de sus asuntos. Con la mitad del rostro contra la columna de madera y la otra mitad con la mirada puesta en la puerta del despacho de don Faustino, esas reuniones le recordaban que no era uno de los suyos, que no pertenecía a esa familia, que aquella no era su casa. Charito tenía a su padre, pero ¿a quién pertenecía ella?

Sentía amalgamarse, otra vez, la tristeza con el rencor, cuando el sonido de la puerta del despacho se abrió y la devolvió a la realidad. El fiel Tinong que, como siempre, esperaba fuera, tallando paciente un palo cualquiera, lo tiró a un lado y salió corriendo a preparar el caballo de la calesa de su patrón. Johanna lo vio al mismo tiempo que una columna de humo salía de la sala y se disipaba escaleras arriba. Siempre le había gustado el olor del tabaco, pensó, mientras observaba cómo aquellos hombres se ponían sus sombreros y se despedían de don Faustino. Sus rostros traslucían rabia, se dijo para despreciar lo que fuera que estuvieran haciendo allí encerrados sin ella.

La tensión del ambiente, como el aire caliente, subió hasta Johanna, que observaba la escena apostada tras una de las columnas que sostenían la barandilla. No necesitaba saber qué pasaba allí abajo, se convenció. Sintió compasión por la niña abandonada a su suerte que fue, que seguía siendo, pero desechó ese sentimiento y lo cambió por uno de orgullo cuando se encaminó hacia la habitación del enfermo. Olfateando la paz de aquel dormitorio y la compañía silenciosa del desconocido, Johanna buscó el camino de regreso a su hombre. Se secó una lágrima que le había caído por la mejilla y se dispuso a girarlo sobre un costado para darle las friegas en la espalda, tal y como le había enseñado aquel doctor, para evitar que le salieran llagas, pero antes le susurró al oído: «Nunca dejaré que te vayas».

—No habéis parado de fumar, tus amigos y tú —recriminó doña Paula a su marido, cuando este se acercó a besar su frente al sentarse a la mesa para cenar.

—Discúlpame el retraso, querida. Ya sabes cómo son estas cosas. Doroteo ha traído unas cajas de puros que sus mozos consiguieron de un carro de la Compañía General de Tabacos de Filipinas que fue saqueado en el camino a la fábrica del Fortín.

—¿Qué fábrica es esa? —preguntó doña Paula, dando muestras de desorientación.

—¿No te acuerdas, mujer? La que está entre el puente de España y el puente colgante. A tu madre se le va la cabeza… —susurró esta última parte don Faustino a su hija—. ¡Ong-junco me ha reservado un Napoleón de La Rosa Filipina! ¡Magnífico! Fíjate, ¡qué aroma! —le mostró el puro a su mujer, elevando la voz y pasándoselo bajo la nariz.

—¡Aparta! —le retiró la mano la señora con brusquedad y mala cara.

—Con la edad se te está poniendo un carácter insoportable, Paula, mi amor…

Como ya se había hecho habitual, después de cenar, Johanna acompañaba a doña Paula a sus aposentos y padre e hija aprovechaban el rato a solas para comentar sus trabajos.

—Cualquier día tu madre nos da un disgusto, Charito —reconoció don Faustino el deterioro galopante de su esposa.

—Es cierto. Hemos hecho bien en hacer pronto este último salto a Hong Kong. Ahora debemos quedarnos aquí para cuidar de madre. Menuda sorpresa que me permitiera ir con usted y sus hermanos masones después hasta Japón, ¡nada menos! ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

—Los nipones tienen en el punto de mira estas tierras españolas y son proclives a apoyar nuestra causa. Aun así, no hemos de fiarnos. A veces tienen unos dejes… no vayamos a terminar en peores manos…

—Más ha de preocuparnos la incapacidad para autogobernar nuestras propias logias. Moisés Salvador lleva razón cuando culpa a Pedro Serrano de hacer un uso inapropiado de su autoridad, ¿no le parece? Moisés es Guardián Mayor de Nilad, él bien ha de saberlo. Comparte con aquel responsabilidades. Balagtas y Lusong le han dado poderes a Marcelo del Pilar para que lleve todos los asuntos masónicos de ambas logias ante el Gran Oriente Español.

—Sí, es necesaria una nueva organización. Apolinario Mabini ha sido elegido uno de los directores del movimiento. Después de que Nilad haya convocado una asamblea y que haya perdido el apoyo de las otras logias del archipiélago, creo que ha llegado nuestro momento. Me he comprometido con Mabini y vamos a hacerlo: nosotros convocaremos otra asamblea y lo haremos aquí, en nuestra casa.

—¡Aquí, padre! ¡Qué honor y qué responsabilidad!

Charito se sintió orgullosa de su padre y se convenció de que, con su impulso, sería capaz de aglutinar a todos los masones del archipiélago.

12

Aún entre las brumas de la noche, el canto de una lavandera del bosque anunció el despuntar del sol, desde el jardín de los Villarruel en Tondo.

—Buenos días —le dije con voz dulce al verle intentar abrir los ojos.

Era como si llevaran cerrados una eternidad. Los párpados, de hierro, parecían pesarle.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? —se inquietó, sin poder moverse, como quien sintiera su cabeza llenarse de preguntas sin respuestas, colisionando unas con otras y provocándole un dolor intenso.

—Mi nombre es Johanna. Johanna Vickboons. No se preocupe. Está usted en buenas manos.

El enfermo, al que había estado dedicada durante los últimos meses, abrió los ojos, al fin. Estaban llenos de terror.

—Pero… —balbuceó, desorientado y llevándose una mano a la sien con dificultad—. No puedo moverme.

—Podrá. No se preocupe. Lleva usted mucho tiempo quieto, es normal que esté entumecido. Además, está usted muy débil.

Su cuerpo parecía no querer responder a sus órdenes. Un escozor en el abdomen llevó su mano hasta allí.

—Ha cerrado muy bien —le expliqué con dulzura—. Pero no se rasque que la herida aún podría abrírsele.

El hombre, confuso, miró bajo la sábana que lo cubría para inspeccionar de dónde procedía esa sensación. Descubrió la cicatriz alrededor de su abdomen y se percató de que estaba desnudo. Alzó la mirada y yo me levanté de la silla simulando recato. Había estado sentada en esa mecedora, velando su sueño e imaginando la vida de aquel extraño durante meses, cambiándole, con sumo mimo, día y noche, las cataplasmas frescas de hierbabuena que calmaron sus fiebres. Nadie me había hecho nunca una encomienda tan importante. Cumplirla con esmero era lo mínimo que podía hacer para agradecer la bondad de don Faustino al acogerme durante todos aquellos años, me decía a mí misma.

—Caballero, por favor —le pedí sin ganas—. No se impaciente, se lo ruego —continué, doblando el embozo de la sábana y remetiéndola bajo el jergón.

—Disculpe, no sabía que estuviera…

—Shhh… —le mandé callar poniéndole un dedo sobre los labios—. Será nuestro secreto.

—¿Dónde estoy?

—En la casa de don Faustino Villarruel, su esposa doña Paula y su hija Charito, en Binondo.

Por su cara, aquella información parecía no decirle nada.

—Disculpe mi atrevimiento, señorita… Charito, yo no sabía… no sé…

—Oh, no, no. Yo no soy Charito, soy Johanna. Acabo de presentarme hace un momento, ¿no lo recuerda?

Él me miraba confuso.

—Binon… —repitió el hombre intentando hacer memoria

—Binondo, en Manila, islas Filipinas. ¿No le dice nada?

—Supongo que… ¿sí? ¿Qué hago aquí?

—Sufrió usted un percance.

Al subir los hombros, contrajo los ojos. En la cama le escocía la espalda.

—He intentado evitar que se le formaran llagas, pero como se empeñaba usted en no despertar, alguna ha sido inevitable. Pero ahora no haga esfuerzos, por favor. Aún está usted muy débil.

El hombre sintió todo el cuerpo anquilosado, impedido de hacer el más mínimo movimiento y decidió que no podía hacer otra cosa que obedecer. Se miró de nuevo.

—¿Qué ha pasado?

—Al parecer, fue usted atacado. Eso me han dicho. Yo no estaba allí. Nos ha dado usted un buen susto —simulé regañarle—. Tuvo mucha fiebre. Pero no se preocupe, creo que está usted fuera de peligro. La herida cicatrizó, pero no acababa usted de despertar. La falta de actividad, al principio, le vino bien para recuperarse, pero, a partir de un tiempo, empezó a preocuparnos. Temimos que no despertara usted nunca, se le llenara el cuerpo de úlceras y se lo llevara una infección.

—Me duele mucho —se quejó, llevándose, con torpeza, la mano derecha a la frente, mientras mantenía la izquierda cubriendo la herida del abdomen.

—¿La cabeza o el vientre?

Dudó.

—Ambos.

—Déjeme ver. —Levanté la sábana con la naturalidad con la que venía haciéndolo, causando un brote de pudor en el enfermo—. No se sonroje, ¿quién cree que lo ha aseado todo este tiempo? —lo provoqué.

El hombre dejó caer su cabeza sobre la almohada, como si toda aquella información le pesara. Con alcohol limpié una vez más las heridas cosidas por el doctor y las pústulas de la espalda, mientras él, por primera vez, se quejaba para dejar después la mirada perdida en el techo de madera. Al terminar, dudé si interrumpir su cavilación o dejarle solo, absorto en sus pensamientos.

La habitación parecía distinta con él vivo. Las paredes de madera se me antojaban más cálidas. Decidí abrir las ventanas de capiz para que entrara el aire fresco y al regresar a su lado, me detuve, tan solo un segundo, frente al espejo de la cómoda. Me descubrí nerviosa, debía comprobar si iba bien peinada. Por fin, me atreví a interpelarlo. Durante aquellas semanas de inconsciencia, había tenido mucho tiempo para imaginar esa primera conversación.

—¿Tiene sed?

—¿Perdón? —volvió de donde quiera que se hubiera ido su mente—. No, gracias. Bueno, sí, creo que tengo sed, sí.

—¿Cree? —pregunté burlona—. ¿Tiene o no tiene usted sed? Bueno, no me lo diga, de todas formas, es conveniente mantenerlo hidratado. Durante estos meses, le he estado ayudando a beber con un pañuelo mojado en agua y dándole sopa con una cucharilla de plata. No comía,

pero con destreza le hacía pasar alimento líquido. A veces se movía un poco, como en sueños, ese ha sido todo su ejercicio. Se ha quedado usted un poco escuchimizado.

—¿Meses?

—Sí, ha estado usted muy enfermo. No se preocupe, es normal que aún esté aturdido.

Le serví un vaso de agua fresca y le ayudé a incorporarse para beber. Tuve que aguantar todo el peso de su torso, pues él no podía sostenerse.

—Gracias.

—No hay por qué darlas. No se precipite, no vaya a atragantarse —le dije con ternura a la vez que le retiraba el vaso, justo cuando empezaba a beber con ganas.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —continuó preguntando, al tiempo que cerraba los ojos pues el sol que entraba por la ventana ahora parecía cegarle.

—Poco más de dos meses. ¿Le molesta la luz?

—Sí, con los ojos cerrados veo una especie de destellos, pero, al abrirlos, la luz me lacera la mente…

—Solo está comenzando a amanecer. Espere.

Me acerqué a la ventana y la cerré de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Eso esperábamos que pudiera contárnoslo usted.

Él permanecía turbado, mirándome, intentando retirarse de los ojos una venda imaginaria que no lo dejaba ver ni pensar con claridad.

—No sé a qué se refiere.

—No se preocupe. Debe estar hambriento. Enseguida regreso.

Bajé a la cocina, donde aún no había nadie trajinando. Escuché el reloj del salón dar las seis de la mañana, mientras avivaba el fuego para calentarle un vaso de leche. No quería despertar sospechas, hasta que no hubiera tenido ocasión de hablar con él. Yo primero, antes que nadie. Era yo quien lo había cuidado y merecía esas horas de exclusividad, antes de que el bullicio de la casa me privara de toda su atención y yo pasara a ser, de nuevo, un cero a la izquierda.

—Tenga. Está caliente, le sentará bien —dije mientras le alcanzaba la bandeja—. Otro día le traeré tuyo, tapa y tocino, pero aún no. También tendrá que acostumbrarse a comer, no vaya a sentarle mal. Con moderación, tiene usted el estómago casi vacío desde hace mucho tiempo. La leche caliente le caerá bien, pero sin prisa… —le conminé con dulzura.

El enfermo siguió mis instrucciones, obediente. Al terminar, reclinó otra vez la cabeza hacia atrás sobre la almohada con expresión extenuada.

—¿Qué le duele?

—Es como una presión tras los ojos que me sube por las sienes y me baja por la nuca.

—Déjeme —dije, cerrándole los párpados con suavidad y masajeándole con mis dedos las cuencas de los ojos.

Yo también comenzaba a calmarme. Me senté en la cama a su lado y él se dejó hacer: recorrí con las yemas su rostro, con suavidad, apretando sobre sus pómulos, sobre el comienzo interior de sus cejas hasta llegar a sus sienes. Le había visto a padre hacérselo a madre, al principio, cuando ella tenía una de sus recaídas y ellos aún se querían. Luego continué presionando por detrás de las orejas hasta confluir en el hueco de su nuca.

—Gracias… —susurró él, somnoliento.

—No hay por qué darlas. Y dígame, señor… ¿Cómo se llama?

Pareció quedarse pensativo unos segundos hasta que abrió los ojos y me miró extrañado:

—No lo sé.
Ese fue el día que nos conocimos.

13

Monforte de Lemos, provincia de Lugo.

El chirrido de los frenos de la maquinaria impedía continuar la conversación. El andén se llenó de vapor al paso de la locomotora hasta que consiguió parar por completo. El olor a campo se llenó de carbón. La puerta de uno de los vagones se abrió y una mujer, con un sombrero negro, se asomó mirando a derecha e izquierda hasta divisar a Casilda. Elba pensó que tendría más o menos su edad. Vestía sin lujos, pero con corrección, de forma práctica, podría decirse. Falda gris, blusa blanca y abrigo negro de paño. Bajó del vagón y se acercó a ellas.

—Buenas tardes, Mariana. Te presento a mi sobrina: Elba Varela-Novoa —comenzó Casilda las presentaciones.

—Elba Díaz de Syquia —corrigió ella.

Mariana se echó a reír.

—Encantada Elba Díaz Varela-Novoa de Syquia. ¿Por qué ha de renunciar a ninguna parte de su historia? Sé que sabrá disculpar que, al menos por el momento, yo me quede en un simple Mariana.

—Veo que mi tía la ha puesto al día sobre mis avatares. Verá, es que estoy algo confundida, aún no sé con qué nombre quedarme.

—Con todos. Quédese con todo lo que le pase, no desperdicie nada: lo bueno y lo malo también —dijo con la convicción de quien se hubiera aplicado antes el cuento—. Estoy deseando escuchar su historia de su propia boca, por cierto. Viene usted de Oriente, ¿verdad?

—Dejaos de cháchara. Tengo el carruaje en la puerta esperándonos. Vayamos al pazo, allí podremos hablar lejos de ojos y oídos ajenos —apremió Casilda preocupada de que alguno de los muchos pasajeros que bajaban también en la estación de Monforte pudiera escucharlas.

A esa hora, a la puerta de la estación, se acumulaban los coches de caballos de todo tipo: algún ómnibus público hacía el trayecto entre las localidades más pobladas y varios carros transportaban el ganado que iba en los vagones de carga. Entre todos ellos destacaba el carruaje de doña Casilda. El armazón era de madera de encina y el hierro de los radios de las ruedas estaba pintado en negro. Se entraba por una puerta trasera. Cabían hasta seis personas dentro, tres a cada lado, unas frente a las otras. Había ventanas de cristal a ambos lados y la de la puerta podía abrirse. Delante, el pescante del cochero estaba cubierto por un toldo de cuero, para protegerlo de la lluvia incesante de aquellas tierras y, a cada lado, tenía una lámpara. Era una pieza de gran calidad, saltaba a la vista, pero sin ostentaciones, como era ella: nada de cortinajes en las ventanas, y los asientos, de cuero, que duraban más que el terciopelo que pretendía ponerle el vendedor al que se lo compró, para sacarle los cuartos, sin saber con quién lidiaba.

No esperaron a llegar a la Casa de las Señoritas. En cuanto entraron en el carruaje y los caballos iniciaron la marcha, retomaron la conversación:

—No ponga usted demasiadas esperanzas en mí —comenzó diciendo Elba—. Sería la mejor garantía para decepcionarlas —continuó a la defensiva y algo molesta porque las dos mujeres parecían sentirse legitimadas a tener opiniones sobre su vida y con qué apellidos debía o no identificarse—. También yo he oído mencionar su nombre antes. Sin apellido alguno, eso sí. Hace dos años fue portador de noticias que terminaron poniendo mi vida del revés. Y tengo preguntas que hacerle, no se crea —advirtió.

Salieron de Monforte y el carruaje tomó el camino hacia Vilaescura.

—Mis expectativas al conocerla son inevitables, me temo: por aquí no hay mucha gente que emigrara a Filipinas. La mayoría solían preferir hacer las Américas. Asia está más lejos e intuyo que no solo geográficamente, aunque esto usted podrá explicárnoslo mejor. Si pudiéramos contabilizar cuántos de esos emigrantes a Oriente eran mujeres, estoy segura de que el número se reduciría mucho más. Cuántas de esas hayan podido tener éxito podrían contarse con menos de la mitad de los dedos de una mano. Que hayan regresado y podamos tener el privilegio de escucharlas… solo usted. Estará conmigo, Elba, que, sea cual sea el apellido que elija, es usted alguien muy poco común.

—Mi vida posiblemente lo sea. Yo no me considero nada especial: una niña que, como usted, imagino, jugaba hace unas décadas por los bosques de este *concello* de Sober.

—Se equivoca de nuevo —respondió Mariana.

A Elba comenzaba a cargarle tanta corrección viniendo de una extraña.

—Tiene usted muchas opiniones sobre mí, para que no hayamos tenido nunca el placer de habernos conocido —dijo Elba, abriendo la ventanilla trasera de cristal buscando inspirar el aire con olor a verde de los bosques que atravesaban.

La incomodaba esa conversación desequilibrada, en la que aquella extraña parecía saberlo todo de ella, mientras Elba permanecía en la oscuridad. No sabía adónde la llevaba.

—Nadie que no tenga algo de singular puede tener la vida que usted ha tenido, por lo que me cuentan mis hermanas asiáticas. Los masones no le damos crédito a la casualidad, preferimos creer en el valor del trabajo de cada uno en la construcción de su camino. La falsa modestia no le hace ningún favor, hágame caso —le recomendó Mariana—. Más le vale apropiarse de sus virtudes, estoy segura de que muchos habrán querido hacérselas pasar por defectos.

Elba hizo como si no se inmutara y continuó mirando por el hueco de la ventana, viendo pasar los árboles, pero aquel comentario fue el primer punto de encuentro que comenzó a redimir a Mariana a sus ojos. No sabía entonces cuántos otros habrían de ir apareciendo.

Cuando llegaron a la Casa de las Señoritas encontraron a Peruxo esperándolas en la puerta.

—Aquí les dejo a Silvia —dijo, tras ayudarlas a bajar del carruaje, una a una—. Hoy ha aprendido a ordeñar, ¿verdad?

—¡Sí, mamá! ¡He ordeñado vacas! —respondió la niña, emocionada con la nueva experiencia.

—Hemos pasado la jornada visitando a los vaqueros de la comarca, tal y como me había pedido, doña Casilda.

—Muchas gracias, Peruxo. ¿Y cómo has encontrado las reses? Tu padre tenía muy buen ojo para los animales. Espero que tú lo hayas heredado. En una ocasión, salvó un ternero porque intuyó que sería un buen semental… —recordó con nostalgia en ese momento Casilda a su hermana Romana—. ¡Y vaya si lo fue! El mejor de toda mi vaquería.

—Sus vaqueros tienen unos ejemplares estupendos, señorita Casilda. Aunque hace usted bien en recordar que no hubo otro que los cuidara con más sabiduría que mi padre… —dijo

agradecido Peruxo—. Les dejo a la niña. Con su permiso, regreso a dormir a la palloza de mi familia.

—Deberías quedarte aquí con nosotras —dijo Casilda, para asombro de Peruxo, que se quedó paralizado de espaldas al escucharla.

—¿Disculpe? —quiso asegurarse.

—Digo que bien nos vendría un hombre que pernoctara en esta casa para vigilar el sueño de tanta mujer junta —le dijo Casilda y, a continuación, se dirigió a su invitada bajando la voz—: ¿Estás segura de que no te han seguido? Toda precaución es poca. —Luego, de nuevo le habló a Peruxo—: Te presento a Mariana.

—Tanto gusto, señorita Mariana —respondió él, aún confuso—. Disculpe que no me haya presentado, hace tiempo que aprendí a no entrometerme en los asuntos de mi hermana Elba, mucho menos ahora, que también son los de la patrona.

—El gusto es mío. ¿Y tú debes ser la famosa Silvia? —se dirigió la invitada a la pequeña.

La niña le sonrió, agarrada a la falda de su madre.

—Casilda lleva razón. Quédate a dormir con nosotras en el pazo, Peruxo —le pidió su hermana—. Comprendo que al principio tuvieras morriña de la casa de padre y madre. Pero ahora nos eres más útil a todas aquí —insistió su hermana—. Además, la señorita Mariana y la señorita Casilda tienen asuntos que tratar, será bueno que Silvia se entretenga un rato más con su tío, ¿verdad, amor mío? —Casilda acarició la tersa mejilla perlada de Silvia.

—Y contigo también, querida, contigo también tenemos que hablar —le recordó Casilda.

—De acuerdo. ¡Tres mujeres conspirando! No entiendo nada, pero no pienso intentar descifrarlas —concluyó Peruxo, superado por el cruce de pensamientos entre las tres—. Vamos, Silvia —Tomó la mano de su sobrina—, deja que te cuente uno de los cuentos que la tía Aureana nos contaba a tu madre y a mí cuando teníamos tu edad. El que más nos gustaba escuchar.

—¿Cómo se llama ese cuento, tío? —quiso saber la niña.

—El cuento de los tres chinitos.

Peruxo se llevó la niña a la *lareira*, lugar sagrado, a cuyo fuego, al igual que mis pócimas, también les había cocido las mejores fábulas.

—Es una niña muy especial —le dijo Mariana a su madre, cruzando ya el umbral del portón del pazo sobre el que presidía el escudo de piedra centenaria de los Varela-Novoa—. Esos ojos verdes rasgados no son nada comunes. Tenga cuidado, estas son tierras de supersticiones, puede haber quien no sea capaz de apreciar tanto exotismo.

—Créame, soy muy consciente de las dificultades que tienen algunos para apreciar lo valioso de lo diferente.

14

La criada dispuso a Mariana en una de las habitaciones de invitados y, tras dejar un rato para que se acomodaran, las avisó para que pasaran al comedor donde les esperaba el almuerzo. Tomaron lacón con grelos, chorizos picantes y, de postre, filloas espolvoreadas de azúcar.

Al terminar de comer, Casilda propuso un paseo a las dos mujeres. Sus viejos huesos se habían anquilosado durante el trayecto en el carruaje y algo de movimiento les vendría bien. Además, así podrían hablar sin que las paredes escucharan.

—*Martina, tráeme as miñas zocas, por favor* —le pidió a la criada—. *E tamén para Elba e a nosa invitada.*

—*Tómeas, señorita Casilda* —respondió solícita Martina.

Llevaba muchos años al servicio de Casilda y había aprendido a mirar más allá de su aparente seriedad y a apreciarla por su sentido de justicia. Casilda no era cariñosa, para erigirse como la mujer más poderosa de la comarca, no había podido permitírselo. Pero era justa, más que cualquiera de los otros señores de la provincia. Por eso, con los años, de forma espontánea, había acabado atrayendo hacia ella, sin buscarlo, a los más eficientes labradores para sus tierras, que se daban noticia unos a otros de dónde merecía la pena llevar su trabajo. Martina había tenido mucho que ver en aquella suerte de selección natural. Siempre cuidadosa de su patrona, había hablado bien de la señorita Casilda a todos los que consideraba trabajadores, mientras recalcaba su apariencia severa a los holgazanes, que desistían por sí mismos y buscaban otros pazos donde ganarse unas perras.

Las tres mujeres se calzaron las zocas que les había alcanzado Martina y salieron al campo. La propia Casilda repartió para cada una un cayado de los que acumulaban en el paragüero de piedra a la entrada del zaguán. Ya en la calle, doña Casilda comenzó a llamar alzando la voz:

—*Onde está a miña cadela? ¡Bazana, Bazana!*

Primero se escuchó un ladrido y, de inmediato, apareció por el camino, a trote ligero, una perra grande y lanosa, que fue directa a doña Casilda y empezó a lamerle las manos y olisquearle la falda.

—*Sabes ben o que queres, eh?* —se dirigió doña Casilda a la perra, ofreciéndole un mendrugo de pan del almuerzo que se había guardado en la faltriquera y, a continuación, rascándole tras la oreja, mientras la perra se tumbaba a sus pies a devorar el regalo.

Durante todo el camino, la perra se mantuvo junto a la patrona, acompañando su paso.

—Bazana, ¿qué nombre es ese? —quiso saber Mariana.

—En honor a la Pardo Bazán, por supuesto —dijo Casilda, dándole al animal unos golpecitos de afecto en el lomo, a los que esta respondió con el mismo cariño olisqueando su mano y metiéndosela en la boca, pero cuidando de no apretar la mordida.

—¿Por qué le puso ese nombre? —quiso saber Elba en otro arranque de curiosidad, de esos que eran tan comunes en ella y que su tía tanto apreciaba.

—Por esta idea que leí en su ensayo «La mujer española», en La España Moderna, que escribió hace unos años —explicó Casilda, comenzando a declamar al emprender la marcha—: «Además de temporal, la función de la maternidad es adventicia: todas las mujeres conciben ideas, pero no todas conciben hijos. El ser humano no es un árbol frutal que solo se cultive por la cosecha». Según estas palabras de la Pardo Bazán, mi presencia en este mundo ha merecido la pena, aunque no haya tenido hijos, porque he tenido ideas. Nadie me había dado nunca un reconocimiento semejante, salvo por Bazana. Por eso, decidí ponerle a mi perra, el ser vivo que más me ha querido, su nombre. Nadie me ha apreciado nunca como mi Bazana.

—¿Y sus hermanos, tía? ¿No la querían? —preguntó Elba.

—Tu madre, Romana, y tu tío Miguel me querían, sí, pero no como Bazana. Ella no cuestiona cómo soy o dejo de ser, me acepta tal cual y me lo demuestra con su afecto todos los días. Te recomiendo mucho las lecturas de los trabajos de doña Emilia —dijo Casilda, desviando la conversación de sí misma—. Por ejemplo, su traducción de *La esclavitud femenina*, de Stuart Mill, el primer diputado que defendió el voto femenino en tierras inglesas, es muy buena. En su prólogo, el inglés destaca que esta obra la escribió siguiendo las indicaciones de su esposa, la señora Harriet Taylor, y resalta la importancia de la compenetración entre los cónyuges, que debe ser, no solo sexual, sino también intelectual, como la que, al parecer, gozaban el señor Mill y la señora Taylor. Está en mi biblioteca. Te gustará; muchas de tus historias sobre la vida que me has contado tuviste con Juan me evocan esta idea.

—No va usted desencaminada, tía, por lo que a mi difunto Juan y a mí se refiere. Conozco algunos escritos de doña Emilia. Leona Florentino, la dama filipina con la que coincidí en el vapor rumbo a Manila, también la admiraba, pues la había escuchado en alguna conferencia en el Ateneo de Madrid, me contó. Durante aquella travesía al archipiélago, ella me prestó alguna de sus obras. Ella fue el vínculo que me llevó a conocer a Juan, el hijo adoptivo del tío de Leona, don Vicente Syquia —recordó Elba.

—La Real Academia de la Lengua ha rechazado la candidatura de la Pardo Bazán —intervino Mariana con tono reivindicativo.

—Algún día lo reconocerán como su mayor error histórico —quiso predecir Casilda—. Aunque, en el siglo XVIII, María Isidra de Guzmán fue ya la primera mujer en España que ostentó el grado universitario de doctora, con autorización especial de Carlos III —aclaró—, y fue reconocida como académica de la lengua, honoraria, eso sí —apostilló—, la aportación a la literatura y a nuestra lengua de doña Emilia es muy superior, sin quitarle el mérito a su predecesora, por supuesto.

—Doña Emilia es una voz incansable en la defensa de la instrucción de la mujer —añadió Mariana.

—Hablando de instruir a las mujeres, ¿sigue funcionando la escuela que usted fundó? —quiso saber Elba.

—Claro, pasemos a verla, está justo al lado de la parroquia. Ha cambiado mucho desde que tú asistías: ahora ya no serías la única niña, hay varias que acuden regularmente. Tampoco la regenta un cura, sino una maestra. Yo misma hice la selección entre las candidatas que se presentaron desde la Escuela Normal de Maestras, pues sigo siendo yo quien paga su sueldo.

—¡Cuánto le debemos, tía, los que aquí nacimos! Ya le digo que sus herederas, Silvia y yo, aunque no seamos hijas directas suyas, damos gracias a los dioses de todas las civilizaciones

porque usted no tuviera hijos. Hay mujeres que pueden aportar mucho más al mundo de otras maneras y, usted, sin duda, encontró la suya. Todos en esta comarca se han beneficiado de su visión emprendedora y su empeño educativo.

La tarde estaba soleada, aunque los caminos aún seguían embarrados por las lluvias de la noche anterior. En el siguiente tramo, Casilda aprovechó para iniciar la conversación con su invitada:

—Alcánceme ese palo, Mariana, por favor; mis huesos protestarán demasiado si yo lo intento. Y dígame, ¿qué se cuece por la Villa y Corte? —abrió la veda de preguntas la patrona, lanzando la rama a Bazana, quien ya salía corriendo tras ella intuyendo la intención de su ama, antes incluso de que volara.

—Con el nuevo turno de Sagasta, todo vuelve a ser más propicio. En el primer parlamento largo de los liberales se consiguieron grandes avances: el sufragio universal, aunque fuera solo para los varones mayores de veinticinco años, por ejemplo. La ley de asociaciones también sirvió para crear un ambiente beneficioso para los nuestros. En este nuevo Gobierno, ya sabrá por la prensa, que ha nombrado a don Manuel Becerra, ministro de Ultramar.

—Como diputado por Lugo que fue, debe tener no pocos hermanos por estas tierras —apuntó Casilda.

A Elba casi se le cae el cayado de la mano:

—¿Hermanos? ¿Usted también es…?

15

La señorita Casilda obvió la pregunta de Elba y se concentró en Bazana que, obediente, le traía el palo.

—Sí, Becerra tiene muchos conocidos por aquí —dijo Mariana, dirigiéndose a Casilda—, pero ninguno ha vivido en Filipinas como su sobrina. Vengo de Madrid con un encargo.

—Estaría bien que dejaran de hablar en clave delante de mí. Sobre todo, si, además, algo de lo que se traen entre manos parece tener que ver conmigo.

Mariana y Casilda se miraron y se dieron permiso mutuamente.

—Su sobrina lleva razón —le concedió Mariana buscando la aquiescencia de la patrona del lugar—. Si queremos su ayuda, es necesario que compartamos con ella algunas cosas.

—¡Y dale…! —se desesperó Elba—. Quizás sea mejor que las deje solas y vuelva a casa. Tengo mejores cosas que hacer que asistir como un monigote a una conversación que, está claro, no quieren que comprenda. —Y se dio la vuelta, dispuesta a marcharse.

—Espera. Quédate, por favor —le pidió Casilda, reteniéndola por el brazo—. Deseo que sepas valorar lo que voy a contarte: la masonería ahora se vive con cierta libertad, pero no sabemos por cuánto tiempo. Hemos de ser discretas y, en todo caso, Mariana ha dado palabra de confidencialidad a sus hermanos, debemos honrar su confianza —se justificó—. Pero es cierto, no es de recibo pedirte algo a ciegas. Comenzaré con mi propia historia.

El verde de los prados, que las lluvias habían alimentado durante días, se mostraba en todo su esplendor cuando la calidez de unos pocos rayos de sol los cubría. Con la ayuda de Elba, Casilda lanzó de nuevo el palo a Bazana. Esta vez aún más lejos, como para que le diera tiempo a contar una historia más larga, y la perra salió entusiasmada tras él. Casilda comenzó entonces a explicar cómo, poco antes de morir, su tío Pierre-Louis, el francés, la había puesto en contacto con la masonería. Cuando él ya no estuviera, Casilda se quedaría totalmente sola, sin familiar vivo alguno a su lado y, con don Cibrián, el cura del pueblo a las órdenes del obispo, aún acechando la fortuna que la familia había construido aprovechando las desamortizaciones. Su tío quiso dejarle en herencia el apoyo de una red silenciosa de hermanos y a ella le pareció que, quizás, podría ser útil. Pierre-Louis falleció solo unos días después de que la carta y testamento de su hermana Romana salieran camino a Asia, hacia un lugar incierto, pasando de mano en mano, a lo largo de una red de masonas siempre dispuestas a ayudarse, hasta alcanzar a Elba, la hija que nunca había reconocido y que siempre había amado en silencio.

—¿Así que es usted masona? —terminó Elba la pregunta que había dejado a medias por la sorpresa.

—No, no llegué a tomar los grados —confesó Casilda—. Aunque, gracias a los contactos del tío Pierre-Louis, entablé una estrecha amistad con Mariana, la primera gallega que ha sido

iniciada en una logia. —La señaló con la mano como quien presenta a alguien famoso sobre un escenario a su público expectante.

—La Valle Hermoso n. 77 de Monforte es la primera logia de Galicia que ha admitido una mujer —continuó Mariana, más orgullosa de su logia que de sí misma—. Creo que, si debo ganarme su confianza, lo menos que puedo hacer es concedérsela yo también —le confesó a Elba, por fin—: Mi nombre real es Juana Díaz Ferrer y soy masona desde 1891, hace ahora tres años.

—Recuerdo con vaguedad que alguna referencia de usted me dieron el día que me entrevisté en el templo de la logia Corintia en Kulangsu con una de sus emisarias, la que me entregó aquellos documentos de Romana… de mi madre. Díaz era el apellido de mi padre.

—Sí, usted se encontró con Angélica López Rizal, una de nuestras hermanas masonas en Oriente. Y sí, creo que usted y yo somos parientes lejanas por parte de su abuelo paterno. De ahí que pusiera aún más ahínco en encontrar la manera de hacerle llegar aquellos documentos de parte del hermano Pierre-Louis.

Bazana ya había regresado triunfante con su tesoro de madera entre las fauces y unos cúmulos comenzaron a cruzar el cielo ayudados por una ligera brisa que los empujaba hacia arriba. Esta vez fue Elba quien lanzó el palo, aún más lejos, para continuar indagando:

—Discúlpeme el atrevimiento. Ya sé que está haciendo hoy muchas excepciones conmigo, pero no me resisto a preguntárselo: para ser masón, ¿en qué hace falta creer? —quiso saber, intentando entender qué había llevado a aquellas dos mujeres, que le parecían inteligentes, a unir sus vidas, de una u otra forma, a una red que a ella se le antojaba rodeada de cierto oscurantismo —. Porque, miren ustedes, si piensan que van a poder convencerme para que yo pique, no sé si lo van a tener muy fácil —advirtió Elba de nuevo a la defensiva—. El dios de don Cibrián, con semejante mensajero, no me convencía de joven. Y, después de mi vida en Asia, he podido conocer muchas otras formas de expresión religiosa, de anhelo de trascendencia. Pero, sobre todo, tras la muerte de mi esposo, un hombre bueno y trabajador que merecía quedarse junto a su familia para disfrutar de la vida que había construido con su esfuerzo, creo que me será difícil confiar en cualquier dios que me presenten. No me interesan las promesas vacías de una vida mejor más allá de esta. Solo pienso en darle aquí lo mejor posible a mi hija.

—Don Cibrián no era lo que se dice un buen pescador de almas, de eso doy fe —le concedió Casilda—. Pero tampoco hay que juzgar a todo el rebaño por la oveja negra.

—Le interesará saber que aceptar la idea de dios no es imprescindible para ser masón —dijo Mariana.

—¿Ah, no? —se sorprendió Elba.

—Hay distintas tradiciones —le aclaró Mariana—, podríamos decirlo así: en la masonería inglesa, la aceptación de la idea de un dios revelado sí es necesaria, aunque da igual cuál sea. Para evitar confusiones, le hemos dado un nuevo nombre: G.·. A.·. D.·. U.·.

—¿G.·. A.·. D.·. U.·.? —preguntó Elba justo cuando Bazana las alcanzaba, exultante, con su trofeo de madera.

—Gran Arquitecto Del Universo —continuó su explicación la invitada—. Sin embargo, la masonería de origen francés, de la que bebemos aquí en España, mantiene una inspiración más laica o humanista. Es la influencia de la Revolución francesa.

—¿Y qué hace falta tener para ser masón? ¿Dinero? ¿Poder? ¿Influencias? —preguntó Elba con suspicacias.

Mariana tomó el palo de entre las fauces babosas de la perra y, lanzándolo ahora ella,

prosiguió:

—No hace falta ser rico ni poderoso, sino tener interés en formarse y crecer como persona. Aceptamos la igualdad intrínseca del todos los seres humanos, con independencia de su raza y, desde hace poco, con independencia de su sexo también.

Elba era la madre de una hija mestiza que había engendrado con un hombre chino y una mujer que había mantenido a flote un negocio de comercio de canela en los mares del Sur. Aquellos principios no le sonaban mal.

Pronto llegaron a la iglesia y, junto a ella, la escuela que doña Casilda fundó en el antiguo priorato que la familia había comprado aprovechando una de las desamortizaciones. Elba no quiso interrumpir las clases y doña Casilda saludó desde fuera a la maestra elevando el cayado. Aquella hizo gesto de salir, idea que abortó la patrona, negando con la cabeza, lo que no evitó que los muchachos se agolparan en la ventana a mirarla, justo cuando se levantaba un viento que casi se lleva su sombrero si no lo llega a agarrar con fuerza al moño en el que debía sujetarse.

—Volvamos al pazo, este aire y mis viejas articulaciones me anuncian una nueva tormenta.

Las tres mujeres dieron la vuelta y reanudaron el paso en dirección de regreso a la Casa de las Señoritas. Al cabo de un cuarto de hora, con el final de las clases, una avalancha de niños y niñas que corrían hacia la aldea las superó a la altura del cruceiro cercano al pazo.

Al llegar, Casilda, ejerciendo de anfitriona, las invitó a pasar al salón para el café.

—También podemos ofrecerle un té *oolong* —dijo Elba a la invitada—. Es la variedad de más calidad de Fujian, la región del sur de China de la que era originario mi esposo. Este, en concreto, es del famoso monte Wuyi. En Formosa, también lo hay bueno. En nuestra casa de Kulangsu, lo disfrutábamos a diario. Era uno de los productos más demandados con los que comerciábamos por los mares del Sur. Me traje una caja al embarcar hacia la península.

—Con mucho gusto. Siempre estoy abierta a probar cosas nuevas —respondió Mariana.

—Es un té azul que ayuda a bajar el azúcar en sangre —explicó Elba.

—Si hubiéramos sabido estos remedios del Lejano Oriente antes… —dijo Casilda con tono melancólico—. Tu tío Miguel padecía de diabetes.

—Sí, recuerdo que los muchachos del pueblo se reían de él por sus constantes mareos —dijo Elba.

—La ignorancia siempre tan cruel —sentenció con amargura Casilda.

La criada salió de la sala a preparar la bandeja del té, tal y como le había enseñado Elba: debía poner a hervir el agua con un pote de barro, nunca metálico, le había dicho. Tenía que poner unos pequeños cuencos y unas tacitas minúsculas con forma de dedales que Elba había traído en sus baúles. Temerosa de que aquellas piezas tan finas se le escurrieran entre sus manos regordetas que, según ella, se le habían quedado así de tanto amasar pan, aquello tenía demasiada ceremonia para Martina. Con la cara siempre sonrojada por la constante exposición al fuego del hogar, se ajustó el pañuelo negro que llevaba a la cabeza y se encaminó al salón, cargada con todos los cachivaches de porcelana china de la señorita mientras rezaba un avemaría para que no se le cayeran. Al entrar en la sala, las tres mujeres hablaban de algo que Martina solo sabía que era mejor no escuchar.

—Gracias, Martina. Elba lo servirá, no te preocupes —dijo doña Casilda, animándola a salir.

—Y retomando nuestra conversación de hace un rato, ¿para qué sirve la masonería? Si puedo preguntárselo —quiso seguir indagando Elba, una vez que Martina dejó la sala, mientras recolocaba las piezas de porcelana con parsimonia.

—Para buscar la felicidad —respondió Mariana, tras posar una taza sobre la mesa.

—¡Ufff, ahí es nada! —resopló Elba, en tono entre incrédulo y despreciativo—. No me diga, tía Casilda, que usted también anda en busca de la felicidad… con lo que la vida la ha curtido…

—Ya te he dicho que yo no soy masona —reiteró su tía, algo molesta—. Lo que me une a Mariana es otro tipo de relación.

—Mire, no quiero resultar irrespetuosa con sus creencias —comenzó a explicarse Elba—. A mí me han sucedido cosas amargas, como a todo el mundo, supongo, pero conocer a Juan fue un regalo inesperado: veníamos de mundos muy alejados y, sin embargo, desde el primer momento, nos comprendimos, nos cuidamos y nos apoyamos. Comprenda usted que, cuando a una le llega un compañero de vida como el que yo tuve, para que, poco después, le sea arrebatado, sin darnos siquiera la oportunidad de despedirnos… lo de la búsqueda de la felicidad se me antoja, hoy por hoy, algo esquivo. ¡Como para que alguien venga a contarme ahora que tiene la fórmula para conseguirla!

—Creo que no me estoy explicando bien: fíjese que no he dicho que la masonería le vaya a «conseguir» la felicidad. Mis palabras exactas han sido que sirve para «buscar» la felicidad —aclaró Mariana.

—O sea que ni siquiera garantizan ustedes resultados. ¡Pues vaya negocio! En el cristianismo al menos sabes que si haces lo que te dicen, te vas de cabeza al cielo… —Elba no pudo evitar el sarcasmo.

—No te burles —dijo Casilda, seria.

—Lo lamento, no era mi intención… Estoy en una etapa descreída de mi vida. Demasiados cambios, demasiadas noticias inesperadas, demasiados recuerdos dolorosos, en definitiva —se disculpó la sobrina, abrumada a medias por toda aquella nueva información y por traer a su memoria sus días con Juan.

—Nadie quiere que te hagas masona, pierde cuidado —le insistió su tía—. Es algo que no puede hacerse más que desde la propia convicción. La masonería nunca ha forzado a nadie. Esta conversación ha surgido solo de tus propias preguntas, si te das cuenta. Yo misma ya te he aclarado que no soy masona.

—Lleva usted razón, tía. Debo estar pareciéndole una malcriada, Mariana —se disculpó Elba —. Pero es que aún no entiendo qué quieren de mí…

—Que le cuente al ministro de Ultramar qué está sucediendo en Filipinas.

16

Elba hizo los honores: con el primer chorro de agua caliente que había en una pequeña tetera de barro con mango de bambú, limpió y caldeó las tacitas, para luego desecharlo. A continuación, ayudándose de una cucharilla de madera, echó en el agua las hojas secas y arrugadas que sacó de una pequeña bolsa de esparto. Lo dejó reposar tres minutos, ni un segundo más ni un segundo menos. Y, a continuación, vertió un segundo chorro, que salía aún claro en unos dedales de porcelana a juego. Se llevó el suyo a la nariz, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice de la mano derecha para posar la base sobre su izquierda. Inspiró el aroma, animando a su tía y a la invitada a imitarla. Por fin, el último chorro era el destinado al gusto. Tomó la taza con ambas manos y dio el primer sorbo. Las otras dos mujeres, que habían seguido con atención toda la liturgia, hicieron lo propio.

Tenía un suave regusto amargo con un lejano toque de dulzura. La ceremonia del té le recordaba irremediablemente a Juan. En Kulangsu, comenzaron a practicarla a diario, como preludio a sus conversaciones en el jardín. Aquellas que tejieron su relación, le dieron cuerpo, consistencia, profundidad y elevación. Sobre esas charlas, Juan y Elba se habían identificado como almas que se entendían, incluso más allá de las palabras, como el aroma que desprendía el té, inundándolos a través de sus sentidos.

—Se han vuelto ustedes locas —volvió Elba de sus pensamientos, apaciguada por el recuerdo de sus noches de paseo con Juan por entre los setos de su jardín en Kulangsu—. ¿No tendrá ese señor ministro asesores y funcionarios que le informen? ¿Por qué habría de querer escucharme a mí? —preguntó, retórica.

—Claro que los tiene. Pero tenemos la impresión de que no llega a la península una interpretación del todo ajustada de lo que sucede en aquellas remotas tierras, sino tamizada por el interés de unos pocos —explicó Mariana—. La masonería ofrece un canal de comunicación distinto al que utilizan órdenes religiosas y autoridades civiles y militares, y esto incomoda a quienes desean monopolizar la interpretación que se hace de la realidad del archipiélago en los centros decisorios de la capital.

—Tras las sucesivas desamortizaciones en la península, de las que esta familia ha sabido dar buena cuenta —hizo valer Casilda su labor como matriarca y gestora familiar—, las órdenes religiosas sienten la necesidad de aferrarse más, si cabe, al control sobre las islas Filipinas —explicó la tía sosteniendo su dedal de porcelana entre los dedos.

Fuera, el sol se había cubierto de nubes y un viento cada vez más bravo comenzaba a agitar las hojas de las arrugadas vides que, a lo largo de los siglos, se habían ido enroscando en los postes del soportal del patio interior, atrayendo la mirada hacia la ventana de las mujeres. Martina regresó.

—Si no se les ofrece nada más… —dijo mirando a la patrona.

—Puedes retirarte Martina, muchas gracias —respondió Casilda haciendo un gesto para que Mariana no comenzara a hablar hasta que la muchacha no hubiera salido de la sala de regreso a la cocina.

—Desde hace una década, comenzaron a iniciarse en algunas logias hermanos ilustrados de aquellas islas que venían a continuar sus estudios a la península. Y, hace cuatro años, la Liga Filipina n. 53, formada solo por hermanos de aquellas lejanas tierras, obtuvo en Madrid carta constitutiva en el Gran Oriente Español —dijo Mariana.

—¿Carta constitutiva? —preguntó Elba.

—Es el documento en el que se la reconoce como logia oficial de esa obediencia.

—¿Obediencia? —preguntó de nuevo.

—Perdone, hemos empezado la casa por el tejado —se disculpó Mariana—. Una obediencia es una asociación de logias que reconocen una administración común y siguen unas mismas reglas. El Gran Oriente Español, GOE, es solo una. Eso sí, la más numerosa, de la veintena de obediencias que existen en España aproximadamente.

—Ya veo. ¿Veinte obediencias distintas, dice? —La curiosidad de Elba no terminaba de saciarse—. ¿Otra tacita?

—Sí, gracias, es un sabor al que no estoy acostumbrada, pero me gusta.

—El té eleva el espíritu —dijo Elba, volviendo a lanzar un recuerdo mudo a su marido—. ¿Y cuántas logias dice que hay entonces?

—No sabría decirle. Muchas más, supongo. Es difícil de calcular. Tenga en cuenta que la masonería estuvo severamente perseguida en España desde 1738 y hasta la Revolución Gloriosa de 1868. Primero por la Inquisición y la Iglesia católica, pero también por algunos Gobiernos asociados a aquellos. Aunque ahora no esté prohibida en sí misma, hay estigmas seculares que no se borran de la noche a la mañana.

—Si no tengo que hacerme masona, ni afiliarme a ningún sitio, vamos mejor. No soy mujer de someterme a otros criterios que no sean los míos propios, pero no voy a negarle que ha conseguido usted capturar mi atención —comenzó a ceder Elba.

—El caso es que hemos recibido noticias de la proliferación de logias también en las islas. Pero creemos que han podido surgir desavenencias entre ellas.

—¿Y en qué se basan esas discrepancias?

—En el GOE se ha recibido primero un telegrama y después una carta del hermano Ilaw…

—¿Ilaw?

—Es su nombre simbólico. Espero que sepa comprender mi obligada discreción. Una cosa es que yo arriesgue mi propia identidad y otra que comprometa a un hermano con alguien que no ha recibido la luz.

—Que no he recibido la luz… —parafraseó Elba, poniendo los ojos en blanco con expresión descreída.

—Comprendo que no estés acostumbrada a este lenguaje, Elba, pero haz el favor de reservarte el soniquete incrédulo para ti. ¿Qué pensaría Aureana si te oyera? —la reprendió Casilda de nuevo—. No creo que hayas oído nada irracional hasta ahora.

—Eso es cierto: si algo me enseñó Aureana es a ser tolerante. Es solo que todo este halo de secreto y vocabulario críptico se me atraganta. Y sí, tía, mi experiencia en relacionarme con otras culturas y religiones debería haberme ensañado a mirar, por encima de los ritos, la esencia de sus mensajes. Mis sinceras disculpas a ambas. Es impropio de mí, se lo aseguro, Mariana.

—Aceptadas. Estamos acostumbrados —retomó la conversación Mariana—. Por eso, entre

otras cosas, mantenemos cierta reserva, aunque ya no tengamos la amenaza de la prohibición sobre nosotros.

Martina volvió a entrar. Y todas guardaron silencio, lo que ya no extrañó a la mujer.

—Se aproxima una tormenta —se limitó a decir al depositar una bandeja sobre la mesa baja y comenzar a recoger los restos del té.

Llevaba toda su vida al servicio de doña Casilda. Sabía que no le gustaban nada las habladurías y que había perdonado todas las copas del ajuar de los Varela-Novoa que se le habían roto a lo largo de los años porque era su discreción lo que más valoraba. Así que hizo como si no se hubiera dado cuenta del silencio forzado entre las señoras. Terminó de retirar también los platos de postre, que lucían el mismo escudo familiar que había en la puerta de la casa, y los cubiertos de plata, con las iniciales V-N en el extremo del mango, que aún estaban sobre la mesa. Satisfecha al comprobar que no habían dejado ni las migas, salió sin mediar palabra y cerró la puerta tras de sí como de costumbre.

—Puede continuar, es persona de toda mi confianza, pero hay cosas que es mejor que no sepa. Por su propia protección —dio Casilda su permiso a Mariana.

—Como iba diciendo, Ilaw envió una carta al gran maestro del GOE en la que justificaba la creación de un Gran Consejo Regional al margen de la logia madre en Filipinas, llamada Nilad. Esta, al parecer, habría sido invitada, pero canceló la asamblea convocada por Ilaw con otros hermanos y la habría declarado inconstitucional, acusando a sus promotores de rebelión ante el GOE y suspendiendo los derechos masónicos de los firmantes.

—Menudo lío… No me lo tomen a mal, pero esto de la masonería no difiere mucho de los tejemanejes políticos habituales, ¿no?

—La masonería está compuesta de hombres y mujeres de carne y hueso. Supongo que no es inmune a los males propios de toda agrupación de seres humanos —concedió Mariana.

—¿Para este viaje hacían falta esas alforjas…? Discúlpenme usted el atrevimiento, pero es que han acabado en el mismo lugar del que partían. En cualquier caso, sigo sin ver qué pinto yo en todo esto.

—Pues usted lo ha dicho: que ahora ya tampoco podemos tener claro que lo que nos digan nuestros hermanos de las islas sea una visión ajustada. Desde aquí, en la distancia, parecen divididos entre sí y tememos que no puedan ser objetivos a la hora de trasladar lo que sucede. Necesitamos unos ojos limpios, una cabeza lúcida y un corazón desinteresado que nos ilumine.

—Y se han venido ustedes a Vilaescura a buscar esa luz… Tampoco está mal como ironía —concluyó Elba.

—Usted posee todas esas características. Su interpretación más objetiva será seguro de utilidad al ministro de Ultramar para descifrar qué está sucediendo en realidad en las islas Filipinas. A ello se une que, de puertas afuera, la interpretación que ofrezcamos nosotros, los masones, puede ser tildada de interesada o desprestigiada por el mero hecho de serlo. Son muchos siglos de estigmatización. Y de ahí que la opinión de alguien neutral, sin adscripción, ni a las órdenes religiosas, ni a un partido político, ni a una logia masónica, se revele más útil si cabe.

Fuera, la lluvia comenzó a caer con fuerza y una de las ventanas del comedor que había quedado abierta, basculó sobre sus goznes. El ambiente vespertino se oscureció con el cielo cubierto de densas nubes grises y Elba se levantó a cerrarla. Después, tomó las cerillas sobre el aparador y encendió, una a una, las diez velas que había en el salón repartidas en candelabros de plata y candiles de latón. Cuando hubo terminado, se giró hacia las dos mujeres:

—Necesito pensarlo. Y también más información.

17

Había llovido toda la noche y la humedad podía masticarse en el aire. Movió un pie y el frío pegadizo de las sábanas la decidió a levantarse de la cama. En sueños, su mente tampoco le había dado tregua. Se enfadó consigo misma porque un día más se despertaba cansada. Decidió refugiarse en la rutina del despertar, salió de la cama y descorrió las cortinas. El cielo comenzaba a despejarse. Pensaba mejor al amanecer. Había algo en la quietud de la madrugada, cuando todos los demás descansaban, que le transmitía paz. Las decisiones importantes solía dejarlas para el rayar del día. Cuando el sol se abría paso sobre la noche, también su mente percibía con mayor claridad lo que debía hacer.

Pasó por la habitación de Silvia, y, desde la puerta, la vio sobre su cama. Le encantaba observarla mientras dormía, con su pelo negro y lacio, contra el blanco de la almohada que recogía su cabecita. A Juan le gustaba decir que aquella cabellera era la de su madre. No fue hasta encontrar el cuadro del despacho del pazo que ella había descubierto que los ojos verdes, que compartían, eran también los de la bisabuela de la niña, doña Concepción. Mirada de jade, la llamaba Juan. En el caso de Silvia, al ser ligeramente rasgados, por herencia de su padre, tenían algo de enigmático. Entonces plácidamente cerrados, se fijó en su nariz chata y su fina boca. Podía hacerlo durante horas y dibujar a ciegas cada milímetro de su carita, pero volvió de su ensimismamiento, pues esa mañana quería que la alborada la alcanzara en el bosque. Se acercó, besó su frente y la arropó con cuidado de no despertarla.

Se iba adentrando en la arboleda y comenzó a sentirse envuelta en el aroma de los castaños que tamizaban el cielo, en las caricias del manto de helechos que debía transitar hasta llegar a la orilla del río y en el tintineo de las aguas, cada vez más próximas, que fluían a perpetuidad. Nuestro bosque junto al Cabe se convertía en su jardín privado. Era un lugar mágico donde lograba ponerse en contacto con el ritmo eterno de la tierra, recordándole nuestra insignificancia ante el curso de la vida. Esa posición de respeto ante lo grandioso de la naturaleza le permitía una perspectiva desde la que tomar las decisiones más difíciles, ajena a las presiones mundanas. Esa era la sensación que había buscado recrear en el jardín que había construido alrededor de su casa octogonal en el remoto islote de Kulangsu a orillas de sus mares de la canela. Aquel jardín en el mar y este bosque eran sus lugares sagrados, sus iglesias naturales, donde Elba se recogía del mundo y entraba en contacto con esa parte de sí misma que reservaba para sí.

Sentada sobre una piedra cubierta de musgo, la claridad comenzó a despuntar. Cuando Juan desapareció abruptamente de su vida, ella se refugió en su jardín en Kulangsu, lo echaba de menos. De regreso a Vilaescura, la oleada de noticias sobre su pasado había horadado la memoria que tenía de sí misma. Necesitaba, más que nunca, recogerse en la naturaleza, para preguntarle a la vida, cara a cara, la razón de todo aquello. Aún no había podido asimilar todo lo que les había sucedido a Silvia y a ella, ni decidido quién quería ser ahora que sabía toda la

verdad sobre su origen. Estaba descubriendo una nueva relación con su tía Casilda y aún no había dilucidado cómo relacionarse con el recuerdo perenne de su marido. Demasiados cambios.

En medio de toda esa revolución de emociones, dos señoras (una masona para más señas) tenían la pretensión de que ella fuera a contarle a un ministro (ahí es nada) sus opiniones sobre lo que acontecía en sus queridas islas Filipinas. El primer lugar donde ella había podido sentirse libre y sacar a la luz, sin restricciones, todos los dones que la naturaleza le había concedido. Un suspiro brusco le salió de las tripas.

Todo aquello de la masonería se le antojaba demasiada reglamentación para alguien que no había encajado nunca del todo en las normas de la sociedad. La imagen de las catedrales, que le había trasladado Mariana, tampoco le ayudaba. Ella encontraba su fuerza en el contacto directo con lo natural. Ella sentía que eran los bosques, los prados, los ríos y mares los que acercaban a los seres humanos a su verdadero lugar en el mundo y les servían de canal de comunicación con su propia alma y, en ocasiones, también con las de aquellos que algún día significaron algo en su vida. Por ello había querido recrear su pequeño paraíso en el jardín que había construido para su familia en aquel pequeño islote en los mares del Sur. Lo añoraba: el jardín o quien ella era cuando paseaba por él.

Catedrales, ministros… Toda aquella situación le resultaba ajena, y, sin embargo, al mismo tiempo, no podía negarle cierto sentido. Elevó la mirada a las copas de los árboles buscando respuesta. ¿Por qué no? ¿Por qué dudar de que su opinión fuera, en efecto, valiosa? Ese ministro, que debía gobernar aquellas tierras de Ultramar, nunca había puesto un pie sobre ellas. No había vivido entre sus pueblos, ni escuchado las historias de sus anitos.[2] Ella sí.

Elba Díaz Varela-Novoa de Syquia, sin pretenderlo, se había convertido en el nexo que podría servir a ambos lugares, la península y el archipiélago, a apreciarse a pesar de la lejanía. ¿Sería eso? ¿Sería esa la misión que la vida le tenía reservada? ¿El motivo por el que el destino la llevó hasta Juan? Le pareció presuntuoso siquiera pensarlo.

Pero ¿por qué sino se le habría planteado aquella situación? Tuvo la misma sensación que al escapar con su hermano en aquel vapor hacia Filipinas hacía ahora once años: no sabía por qué estaba ante aquella disyuntiva, no tenía poderes adivinatorios para saber qué habría detrás de aquella puerta, pero, a pesar del miedo, su intuición natural le decía que, si no la cruzaba, se perdería algo trascendental. Subir a aquel vapor fue un acto de fe en una verdad que yo le había enseñado a valorar: «La vida siempre ocurre a tu favor», le había insistido cada vez que regresaba llorando del colegio. Aunque no tengamos en este momento la información ni la capacidad necesaria para comprender el porqué de lo que nos sucede, saberse impulsada por la vida era la mejor manera de superar lo que hoy pueden parecernos obstáculos insalvables. Todos sus sentidos le recordaban aquel momento en que subió al barco y puso rumbo a unas tierras lejanas y desconocidas y decidió confiar en la vida.

Regresó al pazo justo cuando Martina sacaba el pan del hogar y su tía y la invitada se sentaban a la mesa del comedor para iniciar el desayuno. La criada dejó sobre la mesa unos potes de barro con cuajada y una jarra en el centro con un palito mielero. A continuación, dispuso unas cucharillas de plata frente a cada una de las tres comensales, quienes le dieron las gracias.

—De acuerdo —les dijo, sin más preámbulo—. Vayamos a Madrid.

18

Vigán, Ilocos, archipiélago de las Filipinas.

Cuando Elba regresó a Vilaescura, su hermano Peruxo la acompañó, dejando temporalmente en Vigán a su nueva esposa Teresita con Lino, el hijo que aquella había tenido con Ling, cuando aún era casi una niña. Hasta su regreso, quedaban al cuidado de José Severo, el padre de ella y fiel capataz de la mansión Syquia desde tiempos de don Vicente, el padrino de Juan.

Silverio Molo también permanecía con la familia de Peruxo en Vigán. Regentaba la botica que un día había sido de los señores Seng Li, ya fallecidos, de quienes la había heredado, como el hijo que nunca engendraron pero que la vida les regaló inesperadamente en su vejez. Así lo dejaron prescrito en su testamento. Siguiendo los preceptos de la medicina tradicional china, Silverio continuaba curando a los vecinos del lugar que caían enfermos. Intentaba superar sus dificultades comunicativas recordando cómo lo hacía Elba cuando lo acompañaba en aquellas visitas médicas. Aunque se había trasladado a vivir en la parte trasera de su establecimiento, todos los sábados paseaba hasta la mansión Syquia para visitar a José Severo, Teresita y Lino y compartir con ellos las noticias que le llegaban desde la península.

—Ah de la casa —se presentó esa mañana también, tocando la aldaba para anunciarse.

—Silverio, por fin llegas. Estaba esperando tu visita. No quería molestarte sabiendo que estarías a punto de venir, pero estoy preocupada por mi padre —le dijo Teresita nada más verle cruzar el dintel de la puerta atravesando la intensa luz que entraba desde la calle.

—¿Qué le ocurre a José Severo? —preguntó el médico mientras se sacudía el polvo del camino del blusón y los pantalones anchos que seguía llevando.

A Silverio, hombre pragmático, no le había importado adaptar su nombre chino a la lengua española, para que le fuera más fácil a su clientela referirse a él. Muchos otros llegados de Fujian y las provincias sureñas del Imperio del centro lo habían hecho también. Pero no así su vestimenta, pues la ropa occidental le resultaba muy incómoda, sobre todo para aquellas latitudes.

—No sabría decirte —intentó explicarle Teresita—. Está como turbado. Tan pronto me reconoce, como no lo hace. De repente, me pregunta cuándo vendrá mi madre a preparar la comida, y cuando le recuerdo que lleva difunta desde que yo era niña, se queda tan campante. Ni siquiera parece extrañarse. No he querido dejarle salir a labrar, tengo miedo de que no sepa regresar.

—¿Es la primera vez que le ocurre?

—No he querido darle importancia hasta ahora; al principio, eran pequeñas torpezas. Luego comenzó a contarme curiosidades de la gente del pueblo, tonterías, pequeñas anécdotas. Pero me las relataba como si fueran una novedad para mí, cuando era yo misma quien se las había explicado hacía escasamente unos minutos o eran viejos chismes que sucedieron hace años. Esta

mañana, lo he encontrado ansioso, abriendo y cerrando los armarios de la habitación de Juan y tirando al suelo la ropa que había dentro. Primero no me reconocía y hasta se negaba a hacerme caso. Se había orinado encima. Era brusco conmigo, como si yo fuera una extraña y él estuviera asustado por algo. No fue fácil, pero, con cariño y paciencia, conseguí calmarlo, lo senté en la cama y pude asearlo.

—¿Dónde está ahora?

—En la habitación de Juan, no quiere bajar de allí.

Silverio Molo se ajustó el gorro de tela a la frente, como para ayudarse a pensar y, tras unos segundos de reflexión, comenzó a subir las escaleras de madera seguido por Teresita y su hijo, Lino. El joven ya contaba catorce años y había desarrollado un carácter más cercano al de su padrastro Peruxo, comprensivo y siempre dispuesto a ayudar, que al de su verdadero padre. De este, los pocos recuerdos que tenía eran de golpes y palizas, pero no sabía si la recreación que su mente hacía de él era más producto de su imaginación que de su memoria. Desde que tenía uso de razón, su abuelo siempre se había referido a él como «el sinvergüenza de Ling», como si el apelativo formara parte de su nombre. El hombre que tanto daño había hecho a su madre, pero sin cuya intervención en su vida él no existiría. Estos pensamientos le habían llevado a sobreproteger a su madre, como si sintiera que tuviera que expiar las culpas de su padre, esa figura oscura y enigmática que, a pesar del rechazo que generaba en su abuelo, no dejaba de provocarle una curiosidad que no podía reconocerle a nadie.

Encontraron a José Severo, con la mirada perdida, sentado junto al escritorio que había sido de Juan y Elba:

—Van a venir a por mí. Me van a culpar de su muerte —susurraba el viejo capataz azorado.

—José Severo, ¿me reconoce? —le interpeló Silverio—. ¿Quién soy?

—Yo no quería dejarlo solo, lo juro. Vendrán a por mí…

—¿Quién va a venir?

—La Guardia Civil. Va a venir a por mí. Yo solo quería defenderlo…

—¿Qué querría de usted la Guardia Civil? No ha hecho nada malo, tranquilícese.

—Tuve que matarlo… Parecía muerto, pero ¿y si no?

—¿A quién se refiere, padre? —preguntó su hija, azorada por momentos por el estado de su padre tanto como por lo que, después de años de silencio autoimpuesto, pudiera estar aflorando de una mente que ahora parecía fuera de control.

—¡Ling va a venir a por mí! ¡A por mi Teresita y mi Lino! —le espetó a su hija con unos ojos aterrorizados que no la reconocían.

—¡Padre! ¿Qué dice? —se asustó Teresita, abrazándolo.

—¡Déjame! ¿Quién eres? —dijo el viejo capataz, separándola de sí con dureza.

—¡Teresita, su hija! ¿Padre, por Dios, no me reconoce? —dijo ella sin poder evitar que las lágrimas comenzaran a brotarle.

José Severo se la quedó mirando sin decir nada, como si algo en la profundidad de su mente aún se enganchara a ella con un hilo que estuviera a punto de romperse.

—Tranquilícese, José Severo —lo instruyó Silverio con afecto, intentando conducirlo a la cama.

—Ayúdanos, Lino. Tumbemos a tu abuelo. Así estará más cómodo —pidió la madre del joven.

José Severo había sido el hombre más capaz de aquella mansión, pero ahora no podía casi caminar, parecía como si sus piernas no recibieran las órdenes oportunas de su cabeza. Lo

acostaron y dejaron a Lino cuidando de que el abuelo no se cayera de la cama, mientras Teresita y Silverio salían al salón a conversar.

—Da la sensación de que su mente estuviera recreando la noche en que Juan y Ling se enfrentaron a muerte en Manila —dijo el doctor, recomponiéndose la larga trenza que le nacía a mitad de la cabeza—. Él fue el único testigo de aquella pelea, debió de ser muy traumático ver morir a Juan y su mente, ahora que no tiene consciencia que la vigile, está liberando esas emociones de terror —dictaminó el médico.

—Padre nunca quiso darnos detalles de lo que sucedió. Era demasiado doloroso para él. Tampoco los demás se los pedimos, también nos afligía demasiado el resultado de aquella noche: la muerte de Juan. Ling era un hombre violento y egoísta, bien lo sabes tú, que os conocíais desde niños. Cuando se fue a Manila, descansamos solo en parte. Padre y yo siempre tuvimos miedo de que un día regresara para arrancar a Lino de nuestro lado. Pero ya está… él mismo lo mató, ¿por qué esta preocupación ahora?

—Las experiencias demasiado duras, que no estamos preparados para asimilar, se quedan agazapadas en nuestra mente y regresan a aterrorizarnos cuando menos lo esperamos.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Qué le pasa? No me reconoce… —preguntó Teresita con tristeza.

—Su luz se apaga —le respondió el boticario sin ambages.

—¡Oh, padre! —se echó a llorar Teresita—. Pero ¿qué tiene?

—Años.

José Severo había entrado de niño al servicio del viejo Vicente Syquia y era hoy ya una de las personas de mayor edad de toda la comarca. Sobrevivir a su primer patrón era natural, pero la muerte del joven Juan Syquia antes que la suya nunca estuvo en sus cálculos. Desde que regresara solo de aquel aciago viaje a Manila, había llevado una pena honda atada al corazón, por no haber podido, al menos, recuperar su cuerpo para su esposa e hija. Eran tiempos revueltos, le dijo a Elba, cuando ella le reclamó: no podían arriesgarse a que las autoridades peninsulares les vincularan con lo que allí estaba sucediendo o podrían acabar presos. Fue entonces cuando Elba se llevó a Silvia de regreso a Kulangsu, para proteger a la niña.

—¿Cómo años? —insistió Teresita, resistiéndose a la evidencia—. Su cuerpo sigue fuerte. Ayer mismo me ayudó a acarrear la madera para el hogar.

—Sí, Teresita, los humanos nos consumimos con los años, como el resto de los seres vivos de la naturaleza. En el caso de tu padre, a diferencia de lo que suele pasarle a la mayoría de las personas, su cabeza se está yendo antes que su cuerpo, pero este le seguirá pronto. En ocasiones, el cuerpo se convierte en un lastre para el alma, hasta que esta consigue liberarse. En otros casos, la mente se adelanta y acompaña en su vuelo a nuestro espíritu en un preludio que termina por arrastrar al cuerpo con él. Esto es lo que le está sucediendo a tu padre. No durará mucho con nosotros.

José Severo no volvió a hablar. Durante los días siguientes se limitó a mirar a su hija con placidez, mientras esta le acariciaba la mano e intentaba darle de comer. Tampoco volvió a caminar hasta que una mañana no despertó.

Vilaescura, provincia de Lugo.

—Acaba de llegar un telegrama de Vigán —le dijo Peruxo a su hermana—. Es de Teresita: ha muerto José Severo. Debo regresar con ella.

—No vayas. Mejor manda traer a tu esposa y su hijo aquí con nosotros —lo corrigió la patrona, sin poder evitar su habitual tono de mando—. Elba y yo hemos de viajar a Madrid pronto. Sería bueno que tú te encargues del gobierno de la hacienda aquí el tiempo que debamos ausentarnos del *concello*.

Peruxo miró a su hermana extrañado: la patrona le estaba dejando como encargado de sus tierras y foros. Eso no se lo esperaba. Como tantas otras cosas que no había visto venir sobre sí a lo largo de su vida acompañando a Elba por el mundo.

—Sí, traigámoslos. A Silvia le gustará disfrutar de la compañía de Lino. Son primos y hasta que ella cumplió los cinco años y Juan y yo nos trasladamos a Kulangsu, Lino y Silvia fueron inseparables compañeros de juegos en Vigán —le dijo a su tía, abundando en su idea—. Escribiré a Silverio Molo para que él asuma, en Luzón, el cuidado de la mansión Syquia y la gerencia de las plantaciones de canelo. El comercio de las especias ya lo lleva ejerciendo a la perfección desde que yo regresé a Galicia.

—¿Estás segura? —preguntó Peruxo al tiempo que comenzaba a considerar la idea.

—Tú conoces estas tierras y a los foreros tan bien como yo, ¡qué digo!, mejor que yo —insistió la señorita Casilda—. Han sido tus compañeros de juegos. Tu hermana me heredará algún día, más pronto que tarde. No podrá dirigir sola un imperio en dos continentes. Te va a necesitar aquí.

—En Vilaescura, solo en ti podría confiar. Trae a tu familia, anda. Aquí me eres necesario —le rogó Elba.

Peruxo se quedó pensativo. De nuevo, aquellas mujeres pensaban rápido y eran certeras en sus juicios. Aquel reparto de responsabilidades tenía sentido, no iba a negarlo. Él en Galicia, Silverio Molo en Vigán.

—Tengo una condición: Teresita, Lino y yo viviremos en la palloza. Es allí donde yo pertenezco, donde seremos felices.

—Como gustes —concedió Elba.

19

Manila.

—Señor Villarruel, buenos días.

—¡*Abá!*[3] Buen amigo, ¡qué agradable sorpresa! Me alegra verle ya lo suficientemente recuperado como para animarse a salir de la cama. Siéntese, por favor, acompáñenos a desayunar.

—Gracias, es usted muy amable. Pero, primero, querría expresarle mi agradecimiento. Nunca olvidaré todo lo que su familia está haciendo por mí.

—No se preocupe por eso ahora. Siéntese junto a nuestra querida Johanna. Se ha desvivido en cuidados para usted —le hizo ver don Faustino, provocando cierto sonrojo en la muchacha.

—¿Qué prefiere el señor para desayunar, té, café o chocolate? —le preguntó la criada, mientras él se sentaba y ofrecía una sonrisa agradecida a Johanna, quien lo ayudaba a acomodarse en la silla.

¿Té, café o chocolate? Se repitió él a sí mismo. Otra pregunta que no sabía cómo responder. Debía reconstruir toda su vida. Empezando por las decisiones más nimias.

—No sabría decirle… —reconoció, vencido ante la evidencia.

La criada se quedó paralizada, sin saber qué hacer, mirando a don Faustino, hasta que Johanna intervino.

—Ponle una taza de cada cosa. Él mismo decidirá cuál prefiere. Mañana esta respuesta ya la sabrás —le dijo Johanna con la comprensión que había demostrado desde el primer día que él despertó de su letargo.

—Aquí es habitual tomar chocolate con *bibincas* —le recomendó sutilmente don Faustino.

—¿*Bibincas*? —preguntó el convaleciente.

—Pastas dulces de arroz —aclaró Johanna.

—Poco a poco, amigo mío. Todo llegará. Estas cosas son nimiedades, pero hay otra decisión que me parece más relevante —continuó don Faustino.

—Usted dirá —respondió él con curiosidad mientras se acomodaba la servilleta bordada en el regazo.

—Necesita un nombre.

—Pues sí, pero tampoco lo recuerdo —reconoció apesadumbrado.

—¡Tendremos que buscarle uno! —dijo Charito con jolgorio—. Yo soy muy buena pensando nuevos nombres. Hemos de dar con uno que le inspire.

—Un nombre y un apellido —dijo don Faustino—. Un hombre de bien no puede ir por la vida sin una referencia a la familia de la que desciende.

—Como usted diga —se limitó a decir él, pues tampoco estaba seguro de que hubiera sido un hombre de bien.

—¿Qué le parece Hugo? Significa «hombre de pensamiento claro» —sugirió Johanna.

—No sé… ahora no refleja mucho mi realidad que digamos… —dudó él.

—Precisamente. Es, sin duda, un buen augurio —le animó don Faustino—. Sea, pues, Hugo —terminó imponiendo.

—¿Y qué apellido debería tener? —se preguntó en voz alta Charito, encantada con lo que para ella era un juego.

—En la simbología china, el león representa fuerza —intervino el hombre—. No podría decirles cómo sé esto, pero lo sé —esbozó una sonrisa ante la situación.

—Si algo ha demostrado, desde que lo conocimos, ha sido fortaleza —contribuyó Johanna para apoyarlo.

—Como su propia cara indica, usted, amnésico amigo, es chino. De esto tampoco creo que debamos tener dudas —dijo don Faustino, provocando la carcajada de todos los presentes.

—Hugo León… —repitió el hombre en voz alta—. Me gusta.

—Pues no se diga más, ese será a partir de ahora su nombre —decretó el señor de la casa.

—Hay una cosa que me gustaría hacer —dijo Hugo.

—Somos todo oídos —concedió por adelantado don Faustino.

—Quiero trabajar. La familia Villarruel ha sido generosa en extremo con este desconocido que soy para ustedes tanto como para mí mismo. No deseo ser una carga. No sabría decirles cuáles son mis credenciales, ni mis virtudes, tampoco sé qué se me da bien o mal… Pero sí sé que deseo trabajar, pagar el pan que como, el techo que me cubre y, sobre todo, agradecerles todo lo que están haciendo por mí.

—Esto que dice le honra, amigo Hugo. Por ahora termine de recuperarse. Dé largos paseos con Johanna y mi Charito para fortalecerse. Algo se me ocurrirá en lo que pueda ayudarnos y que, a la vez, haga de usted un hombre de provecho. La muerte de mi esposa Paula ha sido una gran pena para todos, pero su cuerpo venía anunciándolo desde hace tiempo. Pasado el luto imprescindible, ahora, a nuestras muchachas les vendrá bien salir un poco y también volveremos a recibir amigos en casa. Estas reuniones serán una buena ocasión para que pueda conocer gente y que vaya decidiendo a qué desea usted dedicarse.

—No se hable más, esta tarde nos saca usted de paseo por la ciudad —anunció Charito.

Don Faustino regaló a Hugo algunos de sus trajes. Para esa primera tarde fuera de la casa de los Villarruel, vistió un *barong tagalog*. Con el pelo mojado tras el baño, la camisa transparente de seda de plátano le daba un aire elegante, que hacía imposible recordar que, hacía un par de meses, había despertado después de pasar otros tantos postrado en una cama. Las muchachas lucieron sus respectivos *baro't saya* con mangas de mariposa. Johanna con una falda de rayas y Charito con una de cuadros de vivos colores.

Hugo las esperaba en la puerta de la casona Villarruel, cuando llegó don Faustino.

—Sí, señor, está usted muy elegante. Pero, espere. Le falta un detalle. Acompáñeme.

Hugo siguió al dueño de la casa hasta el jardín, donde este cortó unas flores de kalachuchi y regresaron a la casa justo para ver a las jóvenes aparecer en lo alto de la escalera.

—¿No son hermosas? —preguntó retórico don Faustino, señalando a las muchachas, orgulloso de ambas.

—Mucho —respondió Hugo.

Al bajar el último escalón, su padre enganchó el ramillete de flores rojas en uno de los broches de oro que lucía su hija en la solapa, mientras Hugo se acercó a Johanna. Ella no llevaba joyas donde poder engarzarlas y Hugo se quedó atorado, sin saber qué hacer con ellas en la mano. Eran unas flores de pétalos tricolores, anaranjado en el centro, blanco en el cuerpo central y con un reborde rosado alrededor.

—Son preciosas, muchas gracias —dijo Johanna, tomándoselas de la mano.

—Cuide de ellas, Hugo, se las encargo. Yo ya estoy mayor, salgan los jóvenes a disfrutar.

Una calesa esperaba frente a la casa de los Villarruel. Hugo ayudó a las señoritas a subir y se acomodó después entre ambas. Johanna se levantó para alisarse la falda, justo cuando el cochero gritó un ¡arre! al animal, provocando un arranque brusco, que la desequilibró. Cayó sobre el regazo de Hugo. Él sonrió y ella, sin sonrojarse, le devolvió la sonrisa.

20

Al llegar a la esquina con la calle San Fernando, el cochero conminó al caballo con un *¡manto!* y este obedeció torciendo a la derecha.

—Vamos a descubrirle la vibrante vida nocturna manilense, Hugo. Sus días de descanso han terminado —decretó Charito en un tono que bailaba entre el reto y la amenaza.

Llegaron primero al puente de las sillerías que une Binondo al barrio de Santa Cruz, en el corregimiento de Tondo, cruzando un río, repleto de actividad a pesar de que ya caía la tarde.

—El Pásig es la arteria que insufla vida a la ciudad —le explicó Charito.

Un imponente velero, que navegaba en dirección a la bahía, se cruzó frente a sus ojos. Aquel espacio acuático estaba repleto de vida, con multitud de pequeños vapores que realizaban el comercio local entre los esteros. Estos, a su vez, en las zonas de terreno bajo y pantanoso, hacían llegar las mercancías más variopintas a todas las esquinas de la capital. También había familias enteras ocupando los *cascos*, barcazas que servían como hogar tanto como medio de transporte de mercancías entre los estuarios del río.

—¿Qué se comercia? —preguntó Hugo, curioso ante tanto dinamismo.

—De todo: índigo, azúcar, café, coco, tabaco… ¿Sabía usted que la bahía de Manila es uno de los mayores puertos naturales del mundo? —le informó Charito.

—Si algún día lo supe, no lo recuerdo, me temo —reconoció Hugo—. Pero siga, por favor, es muy interesante.

—La boca tiene casi unos veinte kilómetros de ancho. Desde tiempos inmemoriales, el puerto de Manila ha unido las rutas comerciales que engarzaban todo Asia, con China, Japón, Malasia, Indonesia o India… Muchos de esos comerciantes eran originarios de China. Con frecuencia se casaban con locales, son los mestizos de sangley. Quizás su mente recuerde qué significa sangley. Es usted chino… —experimentó Charito con la memoria de Hugo.

Él se quedó pensativo unos minutos.

—¿Visitante frecuente? —se atrevió a responder sin saber de dónde venía esa información.

—¡Bravo! Así es, ellos fueron el primer nexo en el comercio con China y con otras comunidades originarias de allí que salpican los mares del Sur. Son un grupo cada vez más importante, porque los peninsulares les otorgaron el privilegio de poder casarse a partir de los dieciséis años, sin permiso paterno, lo que los indios no podían hacer. Muchos amigos de mi padre son sangleyes. En las últimas décadas, con los frutos generados por el lucrativo comercio, se han asentado hacia el interior, convirtiéndose en productores agrícolas. También los hay doctores, como José Rizal, o abogados, que han estudiado en las mejores universidades europeas. Los sangleyes son personas muy cultivadas, ¿sabía usted? —siguió Charito ilustrando a Hugo.

—Deja ya de presumir de lista, Charito —dijo Johanna, amargada porque su amiga estuviera acaparando tanta atención.

—No le haga caso. Es buena chica, aunque a veces me tiene un poquito de pelusa, ¿verdad, querida? —dijo Charito para chincharla—. No pienso aparentar ser tonta. Tú ya deberías saberlo —zanjó el ataque de celos de su amiga para seguir explicando—: Solo quiero ser una excelente guía para el señor León. Está descubriendo la ciudad con nosotras por primera vez, ¿no es emocionante?

—Mucho. Pero, señoritas, no discutan, por favor. La inteligencia, como la belleza, no se pueden ocultar —intentó apaciguarlas Hugo, repartiendo galanterías.

—Entre los sangleyes se cuentan también reconocidos escritores como el poeta Pedro Paterno o Gregorio Sancianco. ¿Ha leído *Ninay*?

—Creo que no… Así que los sangleyes pueden estudiar… —dudó y se admiró Hugo.

—Es una bellísima novela que se puso de moda en la capital hace ya casi una década. Se la recomiendo —continuó Charito sus explicaciones—. Aunque últimamente son cada vez menos santo de mi devoción, hubo un tiempo en que los españoles aportaron mucho progreso a estas islas: en 1857 la Ley Moyano se promulgó en la península, ordenando la educación pública. De ella derivó el Decreto de Educación que entró en vigor en el archipiélago en 1863, estableciendo la educación gratuita y el aprendizaje del español obligatorio en estas islas. Fuimos el primer pueblo de Oriente en tener una reglamentación semejante, ¡incluso anterior a las regulaciones francesa o británica! En consecuencia, en 1865 se abrió la Escuela Superior de Maestros de Instrucción Primaria de Manila, bajo mando de los jesuitas, hay que reconocérselo. Este decreto también permitía el acceso de indios y mestizos a la educación superior. Son los mejores alumnos en la Universidad de Santo Tomás, en el Colegio de San Juan de Letrán o en el Colegio San José para señoritas.

—¿También se permite estudiar a las mujeres? —preguntó Hugo.

—¡Por supuesto! —reaccionó severa Charito—. ¿Algún inconveniente al respecto?

—No, claro que no. No sé por qué me ha parecido algo novedoso, pero si tuviera una hija, supongo que querría que fuera educada… —Hugo se quedó de nuevo pensativo, pues acababa de caer en la cuenta de que no sabía si tenía parientes en algún lugar.

Se persuadió a sí mismo de que lo más probable era que no tuviera familia, pues posiblemente sus nombres habrían sido los primeros en aflorar a su memoria y, si no lo habían hecho, sería porque no existían, se convenció y siguió atendiendo a Charito con los cinco sentidos.

—Cuando se canse de la marisabidilla esta, me lo dice —interrumpió Johanna.

Hugo besó la mano de su devota enfermera para calmar su preocupación y dijo:

—Está siendo un paseo de lo más instructivo para un amnésico. Continúe, Charito, por favor.

—El Colegio de San José lo gestionan las hijas de la caridad, para dar educación cristiana a las hijas de las familias más adineradas de Manila. Además del dormitorio, hace un par de años, la superiora, la madre Juana Goitia, ha comenzado la construcción de una escuela municipal mayor. Como le digo, la actividad comercial ha hecho de los sangleyes una comunidad muy rica. Sin ir más lejos, mi padre ha basado gran parte de su fortuna en una excelente relación comercial con las mejores familias de sangleyes de la capital. En la próxima fiesta que celebremos en casa podrá conocerlas y comprobar todo lo que le cuento.

—Sus damas visten las mejores telas con modelos que reproducen de la revista *El Bello Sexo*, de donde copia ideas siguiendo el estilo español, pero orientalizándolo —quiso intervenir Johanna, del todo molesta porque Charito acaparaba a Hugo ya por demasiado tiempo.

—La publica doña Matilde Martín, una peninsular que vive aquí en las islas. A veces la invitamos a las fiestas en nuestra casa, para disimular.

—¿Para disimular el qué? —preguntó Hugo, algo confuso por tanta información.

—Nada, cosas de mujeres… —desvió la conversación Charito de su involuntaria indiscreción.

—Es una publicación semanal de gran utilidad para las mujeres piadosas de estas islas —dijo Johanna—. No solo incluye fotografías y dibujos de ropa, en el último número incluía también unos instructivos consejos sobre cómo limpiar los botones y las hebillas metálicos. No se crea que es la única, en casa recibimos también *Manililla* y *La Moda Filipina* que ha salido hace poco —continuó Johanna, aunque hacía rato que había perdido la atención de Hugo.

Pasaron por delante de un teatro de estructura circular, construido en madera y con el techo de nipa, por cuya puerta iban entrando mujeres con trajes ricamente bordados, vaporosos y abullonados, confeccionados con la codiciada tela de piña. A las señoras las acompañaban elegantes caballeros vistiendo esmóquines con botonaduras de madreperla.

—¿Qué es eso? —preguntó Hugo, apuntando con el dedo.

—El teatro-circo del Bilibid. Ha comenzado la temporada de zarzuela, mire ahí, en el cartel de la entrada, lo pone: hoy representan *Jugar con fuego* —quiso meter baza Johanna.

—¿Podríamos ir con Luis? ¿No os apetece? —sugirió con su habitual jovialidad Charito.

—¿Quién es Luis? —le preguntó al oído Hugo a Johanna, pues no quería parecer entrometido con la pregunta.

—Su enamorado, un joven de orígenes peninsulares —le susurró Johanna, satisfecha con el acercamiento de esa confidencia—. En realidad, ahora vamos a su encuentro. Este paseo con usted, mi estimado Hugo, es solo una excusa para Charito —quiso aclararle la holandesa, por si se estuviera haciendo ilusiones.

Hugo asintió como si entendiera y continuó indagando las curiosidades más banales:

—¿Qué vestimenta llevan esos caballeros?

—Un esmoquin, aunque el cónsul británico insiste en llamarlo *dinner jacket.* Dice que los españoles no le dan el nombre adecuado….Lo conocerá también en nuestra fiesta, es uno de los habituales. Lo puso de moda, hace ya tiempo, el Príncipe de Gales en Sandringham, eso dice el cónsul, quien lo luce muy a menudo —explicó Charito, haciendo gala de desparpajo y amistades anglosajonas.

—Aquí donde tiene a nuestra Charito, admira a los ingleses pero se enamora de un muchacho de familia española, ¿puede usted comprender semejante paradoja? Yo, sin embargo, tengo mis ideas muy claras: los españoles no saben hacer nada bien —protestó Johanna con la inquina secular antiespañola que era la única herencia que había recibido de su familia—. Eso decían siempre mi padre y mi abuelo… Mi familia es holandesa, ¿sabe? —quiso atraer Johanna el interés de Hugo—. Grandes comerciantes de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales —remachó la joven.

—Ya veo. ¿Sus padres viven en Manila también? —preguntó Hugo.

—No. Mi madre falleció y mi padre está embarcado, dirigiendo el comercio entre Batavia y Formosa —mintió Johanna, abanicándose con más brío.

—Tenemos muchísimos teatros donde elegir, especialmente en Quiapo —desvió la conversación Charito de la mentira de su amiga—. El teatro Lírico, el Español, el del Príncipe Alfonso, el Filipino, el Popular, el Calderón… pero el teatro Zorrilla es el más grandioso de

todos. Hemos de ir juntos un día —enumeró Charito demostrando, involuntaria, su asiduidad a los núcleos de la activa vida cultural de la capital.

Los cascos de los caballos comenzaron a resonar en el empedrado de la ciudad amurallada al acceder por la puerta del Parián. Poco después, Charito avistó a un joven al pie de una estatua y se levantó del asiento saludándole en la distancia.

—¡Ahí! —conminó Charito al cochero.

Al llegar a su altura, la joven saltó de la calesa y se lanzó a los brazos del muchacho, que esperaba junto a la inscripción del monumento: «Fray Miguel de Benavides, fundador de la Universidad de Santo Tomás».

Hugo la siguió, dando tiempo a los saludos efusivos de los enamorados, mientras ayudaba a descender a Johanna.

—Querido, te presento al señor Hugo León. Mi prometido, el señor Luis Carvajal —hizo Charito las presentaciones.

—Mucho gusto —le acercó la mano.

—Luis estudia en Santo Tomás y es funcionario municipal —apuntó Charito.

—Encantado —respondió Hugo.

—¿Y a qué se dedica usted, señor León? No le había visto antes por la capital —quiso saber el joven, escamado por la presencia de un caballero desconocido en la calesa que traía a Charito.

—Esta noche su principal ocupación será ejercer de acompañante de nuestra Johanna, ¿verdad, Hugo? —interrumpió Charito, haciendo un guiño esquivo a su amiga, para propiciar su acercamiento tanto como para distraer la charla de una historia que ninguno de los presentes sabría responder.

Hugo asintió con la cabeza. Johanna se agarró de su brazo y Luis, despejada su principal duda, dirigió la marcha, ofreciendo el suyo a Charito:

—Pongamos rumbo al malecón, a ver a quién encontramos por allí. Hace una noche magnífica.

21

Sus paseos por el malecón de Manila se hicieron habituales. Johanna adoraba ese rato del día, dejándose ver del brazo de Hugo, bajo la hilera de los cocoteros que deseaba no terminara nunca. La bahía manilense ejercía sobre él un hechizo especial. Le gustaba divisar la línea del horizonte a lo lejos. Los veleros que se balanceaban con suavidad anclados al muelle le provocaban una sensación de familiaridad que disfrutaba. Por eso, todas las veces que Johanna le sugería un paseo junto al mar, Hugo se ofrecía solícito. Desde que vivía con los Villarruel, había sido muy fácil llevarse bien con Johanna. Era una joven bonita, que, desde que él tenía recuerdo alguno, había estado dedicada a su cuidado y recuperación. Se sentía fuerte. Su memoria era la única parte de su ser que no había vuelto en sí y ya estaba considerando, con naturalidad, la posibilidad de que nunca regresara.

—En realidad, querido, no la necesitas. ¿Qué más da de dónde vinieras? Lo importante es a dónde quieres ir —apostilló Johanna.

—Y sobre todo con quién… —puntualizó Charito, del brazo de Luis, girando la cabeza antes de que su amiga tuviera tiempo de lanzarle una mirada de reprobación.

—Las señoritas llevan razón, amigo Hugo. Lo importante es mirar hacia delante, progresar. ¿Ha leído el texto de Gregorio Sancianco?

—No, ¿quién es?

—Es un prominente abogado, fue compañero en la Universidad de Santo Tomás. Después de la represión del motín de Cavite, su familia, también mestizos de sangley, como el sufijo «co» ya le habrá permitido adivinar, le envió a estudiar a la Universidad Central de Madrid.

—«Co», hermano mayor —dijo Hugo.

—¡Así que habla usted el dialecto hokkien! Esto es algo que no sabíamos. ¿Será usted originario de Fujian? —se preguntó Luis.

—Si lo hablo, yo tampoco lo sabía.

—Bueno, no se preocupe —continuó Luis con su historia—. Sancianco se convirtió en el primer filipino en obtener un doctorado y es el autor de *El progreso de Filipinas,* que se publicó en 1881. Una lectura muy recomendable, si me lo permite. Se trata de un ensayo de derecho financiero y economía, basado en las ideas de Adam Smith y Jovellanos, que abogaron por reducir al mínimo la labor del Estado y su intervención en la economía. ¡La liberalización de las tierras agrícolas de las órdenes religiosas que promovía este último es una necesidad en estas islas, señor mío! Sancianco escribe un elocuente documento sobre el lastre económico que impide a las Filipinas alcanzar su pleno desarrollo.

—¿Y dónde lo identifica? —se interesó Hugo.

—En un sistema impositivo injusto en esencia, señor mío, por el que los peninsulares están exentos y el resto de los habitantes de estas tierras obligados. Yo trabajo para la administración

colonial a nivel local, pero la proximidad de mi familia a la península no me impide ver la realidad.

—Esa ecuanimidad es lo que llamó mi atención —reconoció Charito, tomándole del brazo.

—Los españoles no hacen nada a derechas —volvió Johanna con su letanía.

—¿Nada? —preguntó Hugo, a quien comenzaba a escamar tanta rotundidad.

—Nada de nada —insistió Johanna.

—Nadie es perfectamente imperfecto —dudó Hugo.

—Lo que en sí mismo sería una perfección —bromeó Charito.

—¿Te vas a poner ahora del lado peninsular? Lo nunca visto… —dijo Johanna, ajena al sarcasmo de su amiga.

—Algo habrán hecho bien, mujer —continuó en vano Hugo—. Aquí, el amigo Carvajal, sin ir más lejos, es español filipino.

—Pues eso les digo yo, que, sin nosotros, no estaríamos hoy aquí disfrutando una vida muy holgada e ilustrada en este archipiélago paradisíaco —se defendió Luis—. Una cosa es que yo abogue por mejorar la economía de las islas e introducir reformas necesarias y otra que no reconozca los grandes avances que han llegado a estas islas desde la península.

—Sin ir más lejos, algo habrán tenido que ver los españoles en que usted haya podido educarse en Santo Tomás, ¿quién si no habría fundado la primera universidad de Asia? —le dio la razón Hugo más mesurado.

—No solo eso: el tranvía, el ferrocarril, el telégrafo… ¡Y el teléfono! ¿Sabía usted que ya hay más de una veintena de abonados en Intramuros y otros tantos en Binondo…? Y les traigo las últimas noticias que corren por la municipalidad: la Compañía General de Tabacos acaba de fundar, junto con otros socios, «La Electricista». Ya comenzaron los trabajos que han hecho llegar la electricidad a los primeros edificios de Manila… ¿Cómo llamaría usted a todo esto, amigo Hugo?

—Desde luego, la palabra que se me viene a la cabeza es «progreso» —no pudo sino reconocer Hugo, a quien su desmemoria le permitía más equilibrio en sus juicios.

—No sé qué te han dado a ti los españoles, querido, para que los defiendas tanto —replicó Johanna contrariada.

—Pues, si lo hicieron, no lo recuerdo… —se defendió Hugo—. Solo digo que hay que ser algo más riguroso a la hora de lanzarse a la crítica con tanta alegría, querida.

Johanna se separó de su brazo, tirando del de Charito y arrastrándola frente a una mojiganga, donde unos cómicos hacían una representación callejera de una batalla de moros y cristianos.

—No te enojes, querida. Si quieres que Hugo acabe pidiéndote matrimonio, debes aprender a no contrariarle —le recomendó Charito.

—¡Mira quién fue a hablar! —le reclamó Johanna—. La muchacha más resabida de todo Manila…

—Yo no tengo remedio. No es el casamiento lo que mueve mi alma. Luis ya me conoce y es así como le gusto. Así tengo todo lo que necesito.

—¿Luis y tú ya habéis…? —le picó la curiosidad a Johanna—. Cuando os conocisteis te llamaba… ¿Cómo era? «La virgen pálida», así que ni una cosa ni la otra… porque si aquí hay una piel blanca, esa es la mía.

—Habladurías de gente ociosa… Unos me tildan de demonio, otros me coronan con un halo de santidad… ¡Y tú, menos atención a mi piel, querida, y más a tu futuro! —le devolvió Charito su crítica velada haciéndola recapacitar.

—Quizás llevas razón… —reconoció Johanna pensativa—. No debería tardar en recordarle a nuestro estimado señor León lo que, sin duda, ya probó en su vida anterior. El recuerdo del placer es poderosamente adhesivo, pero más lo es el gozo presente. Sin embargo, no ha hecho nunca el más mínimo avance en ese campo, ni una discreta sugerencia, nada de nada… —confesó Johanna, dejando entrever algo de preocupación.

—Porque no lo recuerda. Tendrás que refrescarle la memoria… —le sugirió Charito a su amiga, echándose ambas a reír.

—¿De qué se ríen, señoritas? —preguntó Luis, dándoles alcance, justo cuando unos niños las rodearon ofreciéndoles flores.

Luis compró un ramillete y se lo entregó a Charito, corriendo ambos a ocultarse tras un árbol. Dejaron a Johanna sola con Hugo, quien se sintió obligado a hacer lo propio. Compró un ramito de buganvillas rosas, fucsias y anaranjadas a uno de los muchachos que, insistente como solo el hambre puede serlo, no lo dejaría tranquilo hasta que cumpliera con el ritual imprescindible del cortejo.

—Discúlpame, Hugo, querido, antes he estado un poco pesada —suavizó su respuesta Johanna mientras él le entregaba las flores con semblante sereno—. Son reflejos de familia.

—Yo también lo lamento, no quise parecer brusco. Yo carezco de esas referencias y me resulta chocante.

La luz de los farolillos de gas tamizaba el ambiente nocturno del paseo, en el que la brisa marina mecía las copas de las palmeras. A Hugo le gustaba inspirar, en profundidad, ese olor a mar. Le parecía que estaba a punto de traerle de vuelta algún pedazo de su vida. Tomaron asiento en un banco de hierro forjado y Johanna se acurrucó a su lado. Una ola rompió en las rocas del malecón y, con los ojos cerrados, una brizna suave cargada de gotas de espuma de mar mojó el rostro de Johanna. Hugo le retiró el agua del rostro y pensó que era una buena muchacha. En su fuero interno, no pudo sino reconocer lo bien que cuidaba de él. Johanna era lo más parecido a un familiar que podía recordar. Por sorpresa, ella correspondió a la dulzura de su gesto besándolo en la mejilla. Hugo no se lo esperaba, allí en el paseo, ante todos, pero le agradó. ¿Cuándo sería la última vez que alguien lo habría besado?, se preguntó, mientras llegaban a sus oídos los acordes lejanos de una serenata que tocaba la banda militar del gobernador.

De regreso, enfilaron por el paseo de la Luneta, en dirección al campo de Bagumbayan. La Luneta era uno de los lugares de la ciudad donde se mezclaban mestizos y filipinos nativos. Algunos hombres jugaban a las cartas y la vida isleña vibraba al caer la noche y las temperaturas.

—¿Qué hacen esos hombres? —preguntó Hugo, apuntando con el sombrero de paja en la mano.

—Juegan al tresillo, está muy de moda en la península. Se emplean los naipes españoles. Antes de la próxima reunión en casa de los Villarruel recuérdeme que le enseñe, debe llegar usted entrenado —dijo Luis lanzando un rápido vistazo a su reloj de cadena—. Hoy no nos da tiempo a echar unas bazas, hemos de regresar, antes de que el reloj de la iglesia de San Agustín dé las once de la noche.

—¿Por qué?

—Es el toque de queda que han impuesto las autoridades peninsulares.

La campana dio los tres cuartos previos a la hora señalada: los jugadores callejeros finiquitaron las partidas, recogiendo, veloces, los naipes. Desde Intramuros los transeúntes aligeraron el paso para salir del recinto amurallado, mientras los moradores del interior, la mayoría peninsulares y criollos descendientes de aquellos, volvían a entrar.

En la noche, se perdía el trote de las calesas que dejaban atrás en la bulliciosa calle Escolta, mientras se acercaban a la mansión de los Villarruel. Al llegar, Charito y Luis se hicieron los remolones en el interior de la calesa. Johanna subió con Hugo hasta la balconada que rodeaba la segunda planta, donde continuaron la conversación, con el croar de fondo de una orquesta de ranas, interrumpidas rítmicamente por el canto del *toko*. El aire era cálido y hasta allí arriba se elevaba el dulce aroma del ylang-ylang .

—El *toko* anuncia buen tiempo y dicen que su cantar es preludio de amor —provocó la conversación Johanna.

—Johanna, yo te estoy muy agradecido —dijo Hugo—. ¡Qué habría sido de mí sin todas tus atenciones! Con toda seguridad, no hubiera sobrevivido.

—No me interesa tu agradecimiento, Hugo —respondió ella, tomándolo de la mano y conduciéndolo, tras ella, hacia su dormitorio.

Johanna cerró la puerta y abrió la ventana para que el frescor del jardín intentara apaciguar el bochorno de aquella noche. No dio tiempo a que Hugo pronunciara palabra. Se le acercó y comenzó a besarlo, suave, en los labios. Después, lo tomó de la mano para acomodarlo en una silla perezosa y, a continuación, tomó distancia con lentitud, saboreando cada movimiento. Desabrochó, primero, su blusa, continuó con la falda para bajar después sus enaguas. Dejó su cuerpo desnudo cubierto por el resplandor de la luna. Tan solo llevaba unos zapatos de taconcillo, siguiendo la recomendación de Charito, y se le acercó pausadamente. Cuando su rodilla alcanzó la de él, con una mano soltó el aderezo del pelo que le había prestado su amiga y su larga cabellera rubia cayó sobre sus hombros. Abrió sus piernas y se sentó sobre él. Hugo la tomó por la cintura con fuerza, apretándola contra sí. Ella bajó su mano por la entrepierna de él y lo sintió endurecerse. Esa era la señal que Charito le había enseñado debía esperar. Lo estaba haciendo bien, se sonrió mientras él besaba sus pechos en punta y se dejó llevar.

22

Vilaescura, provincia de Lugo.

Les había oído decir que se iban a un lugar llamado Madrid. Silvia no sabía dónde estaba aquello. Con nueve años, podía ubicar en un mapa Pekín, Kulangsu y Amoy. También Vigán, Manila, Formosa, Batavia, Cebú o el archipiélago Maluco. Malaka, Penang y Singapur también eran puertos en los que solía recalar su padre en sus viajes. Le gustaba tomarla en brazos y mostrarle el mapa de los mares del Sur que presidía su despacho en la mansión octogonal de Kulangsu. Ocupaba toda la pared y era de un papel amarillento con un montón de puntitos, nombres escritos y algunos bordes coloreados. Con unos hilos y unos clavos, Juan marcaba las distancias que recorría en cada viaje y se lo enseñaba a su hija para que Silvia siempre supiera dónde encontrarlo si algún día lo necesitaba.

—¿Ves? Solo tienes que poner el clavo en Kulangsu, en nuestro jardín en el mar, y seguir el hilo hasta… ¡aquí! No tiene perdida. Si subes al barco y tiras del hilo, llegarás hasta mí. Yo te estaré esperando siempre al otro lado del hilo.

Antes de embarcarse en un nuevo viaje para comerciar con las preciadas especias, su padre le contaba el mismo cuento. Hasta que, una vez, no volvió.

—De Vigán a Manila no hay que atravesar ningún mar. No voy en nuestro junco en esta ocasión, sino por tierra firme —le explicó.

Esa vez no fijaron hilo. Y no volvió. Su madre se puso muy triste y regresaron a Kulangsu. Ella intentó enseñarle a Elba el truco del hilo sobre el mapa del despacho que su padre le había enseñado, para ver si podían poner el clavo encima de Manila y así encontrar el camino para ir a buscarlo, pero solo logró que se apenara más. Cuando viajaron en el vapor hacia la península, Silvia hizo que su madre le mostrara en un mapa por dónde irían. Hubo que poner muchos clavos y tirar mucho hilo.

Ahora había oído a su madre y a la tía Casilda hablar con su nueva amiga Mariana de su viaje a Madrid. ¿Estaría tan lejos como Filipinas?, se preguntaba la niña. ¿Cuánto más lejos se podía ir ya?

—Tío Peruxo… —quiso indagar Silvia—. ¿Para ir a Madrid hay que ir en barco?

—No. De Vilaescura a Madrid no hay ningún mar. Hay que tomar un tren.

—¿Un tren? —preguntó la niña.

—Es una máquina de hierro que echa humo por la cabeza.

Silvia se quedó preocupada. La última vez que uno de sus padres había emprendido un viaje por tierra y sin ella, no había vuelto. Si fuera por mar… se dijo a sí misma, sabía que podía tirar del hilo hasta llegar a su madre cuando la necesitara, pero los viajes por tierra eran muy peligrosos, los padres se perdían en ellos y no encontraban el camino de regreso.

—¿Puedo ir contigo, mamá? —le preguntó a Elba mientras esta preparaba su ropa.

—No, esta vez tienes que quedarte aquí con el tío Peruxo y Martina.

—Pero… es que yo quiero ir contigo… —insistió la niña.

La niña tenía puesto un vestido nuevo de los que le había mandado hacer la tía Casilda en la modista de Monforte en la calle Cardenal. Llevaba una chaqueta de lana anaranjada con unas tiras del mismo color que se superponían sobre una falda azul celeste. Martina se empeñaba en hacerle tirabuzones con unas tenacillas que ponía en la lumbre, pero su pelo liso se resistía a moldearse. Así que por las noches enrollaba su cabello en unos lazos de tela para que ese pelo tieso y rebelde, como le decía la criada, terminara de acostumbrarse a su nueva forma. Leotardos de lana blanca y zapatos con hebilla completaban su atuendo.

—Ya te he explicado que esta vez no puede ser. Además, ¿quién cuidaría de Bazana si tú no estás? —dijo su madre, dándole un beso en la frente a la pequeña y rascando detrás de la oreja al animal, que, manso, la seguía a todas partes.

La niña y la perra se habían encariñado sin remedio la una de la otra y, desde que habían llegado a Vilaescura, Bazana había abandonado el dormitorio de la patrona para acurrucarse a los pies de Silvia.

—Pero es que…

Martina llegó para llevarse la ropa que debía planchar, y su madre y ella se pusieron a hablar del equipaje, así que Silvia decidió irse con su preocupación y su perra a otro sitio.

—Martina, yo sé que tú lo haces por su bien. Pero si Silvia tiene el pelo liso, ¿por qué ese empeño en ondulárselo? ¿No es mejor vivir conforme a nuestra naturaleza que luchar todo el día contra ella?

—Si yo dejara a mi naturaleza hacer y deshacer a su antojo, señorita… —quiso explicarse la criada—. Es la moda, lo vi en una revista en casa de la modista cuando fui a recoger el vestido. La niña va hecha un primor, pero ese pelo tieso parece que se lo ha lamido una vaca…

—¡Martina! —la reprendió Elba—. El pelo de Silvia es perfecto como es. ¡Se acabaron las pinzas! ¿Entendido?

—Sí, señorita, como usted diga —cedió la criada—. Yo solo lo hacía para que los muchachos del pueblo no hablen. Con esos ojos, ya van diciendo…

—Ya van diciendo ¿qué?

—Nada, señorita…

—Dime, Martina, por favor. No voy a tenértelo en cuenta a ti. No eres tú quien lo dice, pero debo saberlo.

—Me da pena por la pequeña Silvia, señorita. Es una niña buena y ¡lista como su tía Casilda! *Pero os seus ollos verde.*.. así, un poco…

—Un poco… ¿cómo?

—Pues… estirados por los lados, señorita, *que teño que dicirllo eu todo*… Los muchachos dicen que son ojos de meiga.

—Cosas de críos…

—No, señorita… esas cosas las oyen en casa a sus mayores… Yo he oído murmurar a sus madres, a mis espaldas, en el lavadero del río. Hay alguna mujer que dice que la niña está poseída por Aureana —confesó Martina, santiguándose tres veces seguidas—. Dicen que usted hizo un conjuro cuando ella murió y quemó su cuerpo *na cova da meiga*.

—Ellos que nunca iban a hacerle un hueco en el camposanto de su iglesia, tampoco querían que se la honrara en su propia casa…

—Ignorantes —dijo Casilda, que acababa de entrar en la habitación para darle a Martina más

ropa que planchar para el viaje.

—Envidiosos, diría yo, señorita —dijo la criada—. Yo era muy jovenciña, pero recuerdo bien cómo Aureana salvó la vida de su señora madre, la noche de su alumbramiento —le dijo a Elba. *Non hai cura que saiba facer iso.*

—Suelen ir de la mano. La envidia es solo una de las formas en las que se expresa la ignorancia. Esa maestra que les has traído, tía, tiene aún mucho trabajo por hacer… pero ¿dónde está Silvia?

—Estaba aquí hace un momento —dijo Martina, girando sobre sí misma.

Las tres mujeres comenzaron a llamar a la niña sin recibir ninguna señal a cambio. Elba bajó corriendo al zaguán y vio el portón abierto.

—¡Se ha ido ella sola! Pero ¿a dónde?

Atribulada por el viaje de su madre, Silvia había comenzado a jugar con la perra camino adelante. No podía hacer nada para impedirlo. Había intentado explicarle a Elba que los viajes en barco eran seguros porque tirando del hilo del mapa uno podía encontrar el camino de regreso si se perdía. Pero, por tierra…, ¡esos viajes eran mucho más peligrosos…! Su padre se perdió en uno de ellos y nunca pudieron ir a buscarlo. ¡Por qué no la escuchaban! Si por lo menos pudiera ver en un mapa dónde estaba ese Madrid del que tanto hablaban… «Con un mapa puedes llegar a cualquier sitio», le solía decir su padre. Rumiaba estas teorías en su cabeza cuando se topó con un grupo de muchachos. Eran tres, algo mayores que ella, de unos once o doce años. Todos con el pelo rapado para evitar los piojos, los pantalones cortos y las rodillas enrojecidas unas y marcadas con costras otras. Del bolsillo de uno de ellos, asomaba un tirachinas hecho con un palo bifurcado.

—*Que fas aquí? A que viñeches a este pobo?*

Silvia no entendía gallego. Miró a su alrededor y, de repente, se dio cuenta de que no sabía dónde estaba. Bazana comenzó a gruñir bajito pegándose a la niña.

—Soy Silvia Syquia Díaz, ¿cómo puedo regresar a la Casa de las Señoritas?

—*A miña nai di que tes ollos de demo…* —dijo uno de ellos, intentando acercarse a tocarle la cara, cuando Bazana comenzó a ladrarle con vehemencia.

—*Déixaa, ten á meiga Aureana dentro!* —respondió el otro, tirando de la manga de su amigo al ver a la perra tomar fuerza con las patas traseras.

El muchacho del tirachinas tomó uno de los lazos que Martina le había puesto en el pelo, ahora ligeramente ondulado, tirando de él con una mano, al tiempo que, con la otra, empujaba a Silvia al suelo. La osadía provocó que Bazana se abalanzara sobre él propinándole un mordisco en el brazo que los hizo a ellos precipitarse hacia un lado y a la niña hacia el otro. Aprovechando el despiste de los críos con la herida de su compañero, Silvia corrió, corrió sin parar. No sabía hacia dónde. Cuando quiso darse cuenta, paró y miró a su alrededor. Estaba rodeada de robles y castaños y envuelta en el gorjeo de garzas y cormoranes.

—¡Bazana! —gritó a lo alto del bosque—. ¡Bazanaaaanaaa!

23

—¡Bazana! —gritó Silvia de nuevo—. ¡Bazana!

Los pájaros callaron un segundo y retomaron su conversación sin que hubiera señales de la perra. Se había perdido y no tenía hilo del que tirar. Ya lo decía ella, en el mar uno no puede perderse, pero allí en tierra firme… Se sentó a pensar y tomar resuello, pues era mucho lo que había debido correr, asustada por aquellos muchachos a los que no entendió nada más que sus malas intenciones. Cuando logró calmar el ruido de su corazón, el rumor de unas aguas comenzó a emerger entre los sonidos del bosque. ¿Habría un mar por allí cerca? Cerró los ojos y se dejó guiar por el sonido del Cabe. Al llegar a su orilla, encontró a una niña de su edad. Sentada sobre una piedra, estaba atando unas ramitas en un pañuelo blanco.

—Hola, ¿qué haces? —preguntó Silvia.

—Un hatillo con estas plantas.

—Mi madre también tiene uno. En el suyo son de canela. Es un recuerdo de mi padre.

—¿Qué haces tú por aquí? —quiso saber la niña.

—Unos muchachos han querido hacerme daño. No sé qué me decían, yo solo hablo hokkien, ilocano y castila.[4] Ellos hablaban en otro idioma que yo no conozco, pero mi perra, que sí los entiende, me ha defendido. Luego salí corriendo y la he perdido. Ahora no sé llegar a mi casa. ¿No tendrás un mapa? Mi padre decía… —se cortó ella misma— … déjalo, es igual. Quiero llegar a casa de mi tía.

—La señorita Casilda.

—¿La conoces? —preguntó Silvia.

—Por aquí todos conocen a la patrona —dijo la niña sin levantar los ojos de su quehacer—. No te preocupes, el bosque nos protege. —Sacó un peine de hueso de su mandil y comenzó a peinar su largo cabello anaranjado mientras observaba su reflejo sobre las aguas del Cabe.

—Tienes un pelo muy bonito —dijo Silvia, acercándose a tocarlo—. ¿Puedo ayudarte a desenredarlo?

—Gracias —respondió la niña, ofreciéndole el peine—. Tus ojos ven en la oscuridad. Te mostrarán el camino, a ti y a otros.

—¿Y si me encuentro con esos muchachos de nuevo? Hacían gestos estirando los extremos de sus ojos con los dedos, burlándose de los míos —explicó Silvia, frunciendo el ceño entre rabiosa y dolida.

—No escuches a los que quieran cambiar los regalos que la naturaleza te dio. Nunca desees otro cuerpo más que el tuyo. Cuídalo. Venéralo. Ella es sabia, ¿sabes? Y ha construido en cada una de nosotras un templo.

—¿Quién es esa señora?

—Son los castaños, los ríos, los perros, el búho, nosotras, esa águila… —dijo, señalándole una que sobrevolaba el claro del bosque en el que se encontraban—. La naturaleza está en todo. La naturaleza lo es todo.

—¿Los mares también, a que sí?

—También.

—Me gusta ir en barco.

—Lo sé.

—Yo soy Silvia…

Se presentaron y continuaron charlando de lo más entretenidas mientras Silvia peinaba a la niña de pelo anaranjado que se había sentado dándole la espalda. Al cabo de un rato, un ladrido se escuchó a lo lejos. Silvia se levantó de la piedra y acertó a divisar a la perra que corría hacia ella.

—¡Bazana! —dijo llena de alegría adelantándose unos pasos.

Se giró para hablar de nuevo con la niña.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber antes de irse.

—¡Silvia, Silvia! —se oyó a lo lejos y, pronto aparecieron su madre y su tío tras la perra.

—¡Mamá! —gritó la niña corriendo hacia Elba.

Su madre le dio un abrazo envolvente.

—¿Estás bien? Pero ¿qué has hecho? No debes salir tú sola del pazo… Nos has dado un susto de muerte —dijo, por fin, tras asegurarse de que no le había pasado nada.

—Es que yo…

—Prométemelo —insistió su madre.

—Prometido. Mamá, mira, tengo una nueva amiga —dijo Silvia, apuntando a una piedra del río cubierta de musgo.

—¿Qué amiga es esa de la que hablas? —quiso saber Elba sin ocultar un suave tono de extrañeza.

—Pero… estaba ahí…

— Ahí no hay nadie, Silvia… —dijo Elba sin convicción en sus propias palabras.

—Menudo disgusto nos has dado, señorita —le dijo su tío, subiéndosela a los hombros—. Regresemos a casa, la patrona y Martina se han quedado angustiadas.

Silvia se alejó con la cabeza volteada intentando encontrar a la niña con la mirada escudriñando entre las ramas de castaños y robles.

Una vez en el pazo, Elba le pidió a Silvia que subiera al despacho a darle un beso a la tía y a pedirle perdón por haberla preocupado.

—*Ven sentar no meu colo* —le dijo Casilda, haciéndole ademán para que se sentara en su regazo al verla en la puerta.

—Lo siento, tía. No volveré a salir sola —dijo la niña cabizbaja, acercándose lentamente.

—¿Por qué lo has hecho? Eres una niña lista, ¿qué te ha llevado a hacer eso? —Casilda no perdía el tiempo en disculpas, le interesaba saber el porqué de las cosas para poder ponerles remedio.

—No me di cuenta. Estaba pensando en otras cosas…

—Eso es lo que quiero saber: ¿qué te preocupa tanto como para despistarte así?

Aquella disposición a escucharla decidió a Silvia a soltar en Casilda todo el peso de su corazón.

—No sé dónde está Madrid. ¿Es muy lejos? ¿Hay que ir en barco o en tren? La última vez que uno de mis padres se fue de viaje sin mí, no regresó. Los barcos se unen con un hilo al puerto del que zarpan y luego solo hay que tirar de él para regresar. Me lo enseñó mi padre. Pero en tierra firme no es así. Alguien puede romper ese hilo y quedas perdido para siempre, como le pasó a mi papá.

—¡Acabáramos! Eso tiene fácil arreglo —comprendió la anciana—. ¿Ves ese libro tan ancho y largo que hay en la segunda balda de la biblioteca? —preguntó Casilda a su sobrina-nieta apuntando con el bastón.

La niña afirmó con la cabeza y su tía le pidió que se lo trajera junto con el lapicero que había encima de su mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Silvia.

—Un atlas.

—¿Y para qué sirve? —quiso saber la niña.

—Es una colección de mapas. Ven, te voy a enseñar dónde queda Madrid. Mira, ¿ves esta cabeza de lado? Esta es la península. Nosotras estamos aquí y vamos a ir hasta aquí abajo —dijo Casilda, trazando una línea recta entre Vilaescura y la capital—. Ya no tienes de qué preocuparte: si llegara a ser necesario, solo tienes que decirle al tío Peruxo que debe seguir el camino que te he marcado aquí. ¡Pero no se te ocurra querer ir tu sola! Aún eres pequeña para poder andar por ahí sin una persona mayor que te acompañe. El día llegará en que puedas ser dueña de tus pasos, para eso empieza por aprenderte los mapas de este atlas. Cuando yo regrese de Madrid voy a comprobar si te los sabes, ¿de acuerdo?

—¡Claro, tía! —aseguró Silvia fascinada con aquel libro, con el que nadie podía perdérsele nunca más.

Esa noche en el pazo, cuando Elba fue a acostar a Silvia, esta quiso explicarle:

—Mamá.

—Dime —le dio permiso su madre mientras la arropaba.

—Hoy hice una amiga nueva en el bosque.

—Sí, eso me dijiste… ¿Y qué niña es esa? —quiso indagar su madre.

—Tenía el pelo anaranjado.

Elba la miró con ternura, acarició el suyo y la besó en la frente.

—Sabes que todos los cabellos son hermosos, ¿verdad? —le aseguró Elba.

—Sí, no hay que desear otro cuerpo más que el que la naturaleza nos da —parafraseó Silvia a su nueva amiga.

Elba se quedó pensativa al oírla decir aquello que le resultaba extrañamente familiar.

—La niña del bosque, ¿te dijo su nombre?

—Áurea.

Elba le deseó dulces sueños y la volvió a besar en la frente. Algo le decía que, tras aquel encuentro, los tendría. Esa noche encontró a su tía Casilda dormida, como siempre, en su sillón frente a la lumbre con la manta de cuadros verdes y azules sobre las piernas.

—Tía, acuéstese, mañana va a ser un día largo —le susurró al oído para no sobresaltarla.

—Llevas razón —dijo, desperezándose, Casilda—. Estoy mayor: por las noches, no duermo nada y después, durante el día, me duermo en todas partes.

—Tía, ¿sabe si Aureana tuvo hijos?

—No, que me conste.

Elba tuvo certeza de que debía ir a Madrid. Silvia tenía quien velaba por ella en Vilaescura.

24

Martina andaba toda ajetreada en la cocina con la plancha de carbón, alisando blusas y faldas que volverían a arrugarse en cuanto las metieran en los baúles de la patrona y de Elba. Las subía en tandas a los dormitorios. La patrona prefería hacer ella su equipaje, quería estar segura de que no le faltaría nada de lo que pensaba podría necesitar. Era una mujer tremendamente ordenada y tenía la costumbre de hacerse listas, en pedacitos de papel, de todas las tareas que debía acometer cada día para luego ir tachándolas una a una. Le daba la sensación de haber dado sentido a su jornada si al final estaban la mayoría rayadas. Las que requerían de más tiempo pasaban al papelito del siguiente día. Aquel equipaje, por supuesto, mereció su propia lista en exclusiva.

Mientras tanto, en su dormitorio, Elba doblaba con cuidado y ordenaba la ropa planchada que Martina le subía, cuando su hermano entró a conversar con ella antes de que partieran:

—¿A qué vais a Madrid? Si puede saberse… —le preguntó Peruxo recibiendo por toda respuesta una mirada de cariño seguida de un silencio—. No hace falta que lo digas: es mejor que no lo sepa…

—No sé qué haría sin tu ayuda. Me voy tranquila dejando a Silvia a tu cuidado y sabiendo que podemos contar contigo para el manejo de los foros de la patrona.

—Ahora tú también eres patrona.

—Sí, ¿no es increíble?

—Si lo piensas, no, no lo es. A alguien tenías que parecerte y, desde luego, no era ni a padre, ni a madre, ni a mí. Es curioso cómo, ahora que lo sé, os veo hablar juntas y no me parece extraño, hay una naturalidad entre vosotras… Hasta me sorprende que nunca nos diéramos cuenta.

—Sorpresa ha sido para mí descubrir una persona que no esperaba y un pasado que no imaginaba. Ella no es tan malvada como nos parecía de pequeños.

—Es una mujer dura por fuera, pero por dentro no le mueve la maldad —reconoció Peruxo.

—Sus intenciones son puras. Pero es tan exigente consigo misma que le cuesta darse cuenta de que no todo el mundo puede alcanzar su nivel. Además, hubo de construirse una armadura.

Peruxo se tumbó en la cama de su hermana. Con los brazos tras la cabeza y cruzando el pie derecho sobre el izquierdo, se quedó mirando las vigas de madera centenaria del techo.

—¡Quítate las botas! —le regañó Elba—. ¡No ves que están llenas de barro…! Vas a manchar la colcha de organza de la tía. ¿En qué piensas? —le preguntó al verlo absorto.

—Perdón… —se quitó Peruxo las botas empujando la de un pie con el otro, sin cambiar la posición de su cuerpo, no queriendo perder el hilo de sus pensamientos—. Recordaba nuestro viaje a Filipinas cuando tuvimos que huir de Vilaescura…

No podía evitar comparar aquel viaje que ahora emprendía su hermana con la patrona con el periplo que los llevó a Elba y a él hacia el archipiélago hacía once años. Recordó el miedo que

pasaron en el carruaje del señor Pierre-Louis, cuando escaparon en plena noche, pensando que la turba podría echárseles encima en el cruceiro del pueblo. A su memoria afloró también su terror ante lo desconocido y, una vez en el barco, su rabia por la injusticia de tener que separarse de su tierra y su familia. Este viaje a Madrid era muy diferente: ahora su hermana era la patrona y él su mano derecha. Le gustaba la idea de quedarse en casa. No pudo sino maravillarse ante los giros del destino: pensó en su aterrorizado yo de los diecinueve años y sintió compasión por él. Le gustaría viajar en el tiempo y explicarle que todo iba a salir bien.

Elba continuaba doblando ropa y guardándola en el baúl y aquella imagen de su hermana ajetreada con los preparativos del viaje le recordó una pregunta que le había estado rondando la cabeza desde que supo que ella y la patrona emprenderían camino juntas.

—¿Volverás a Filipinas? —quiso saber Peruxo las intenciones de su hermana.

—Es pronto para saberlo. Por ahora, siento curiosidad por lo que pueda encontrarme en Madrid. Nunca he recorrido la capital. En unas semanas, tendrás aquí a Teresita con Lino y no hemos de descartar que seas tú quien ya no quieras regresar nunca a las islas.

—Veremos —dejó Peruxo la puerta abierta—, aunque es cierto que me gustan las vacas —concedió, guiñándole un ojo.

—¡Listo! —Cerró Elba el baúl—. No se me ocurre qué más pueda necesitar en Madrid. Esto ha de servir.

Peruxo se levantó como un resorte de la cama. Se calzó y, tomando el baúl de su hermana con las dos manos, lo bajó hasta el carruaje. Martina entregó a las señoritas una cesta con una hogaza cubierta con un paño blanco, que escondía un pan de centeno, un queso de tetilla y algo de chorizo para el camino. El viaje en tren desde Monforte a Madrid duraba un día entero, siempre que no hubiera imprevistos técnicos.

Llegaron a la estación cuando aún faltaba un rato para la una de la tarde, hora prevista para la salida hacia la capital, así que tomaron asiento en el bar. Peruxo se fijó en una impresionante máquina de café de latón amarillento con un brazo del que salían dieciocho pitones. Empleando un trapo que se pasaba de una mano a otra, el camarero la frotaba con orgullo. Relucía en el salón, como si fuera una obra de arte. Cargó los dieciocho cajetines presionando el café dentro de cada uno de ellos. Con la precisión de quien lleva ensayando esa coreografía durante años, fue terminar con el último y escucharse un pitido en lontananza, que anunció la llegada de un tren. El mozo se giró para mirar el reloj redondo colgado en el centro de la pared sobre la puerta de entrada: marcaba la una menos veinticinco.

—Es el tren que viene con los pasajeros de Vigo y Pontevedra —informó a Peruxo y a las dos mujeres que esperaban pacientes en una de las mesas—. ¿Van a querer ustedes tomar algo? Miren que ahora va a ir todo muy rápido y no podré hacerles mucho caso.

—No, muchas gracias, acabamos de almorzar —respondió Casilda por los tres.

Como el camarero había advertido, del tren bajaron al menos doce personas que entraron en tropel en la cafetería, en el momento que otra locomotora se anunciaba pitando a lo lejos.

—*Esa vén da Coruña* —explicó el mozo—. ¡A ver, a ver, no se me amontonen! —intentó poner orden entre los viajantes que ya se le apelotonaban en la barra.

Otros tantos pasajeros bajaron a la una menos veinte del segundo tren. El mozo, que tenía preparadas tres hileras de tazas, platos y cucharillas, servía cafés en tandas de dieciocho, con la ligereza de un acróbata. Girando sobre sí, ponía una detrás de otra sin solución de continuidad, llevando en cada vuelo dos tazas sobre sus respectivos platillos en la mano izquierda y una en la derecha. Bien podía decirse que pudiera hacerlo con los ojos cerrados. A continuación, recorría

la hilera de consumidores: al que lo deseaba le ponía un chorrito de leche y de todos recogía las monedas que habían puesto sobre el mostrador. Para que le diera la impresión de que era más dinero y animar así a otros a dejar propina, las echaba con estruendo en el cajón de una máquina registradora, ornamentada con filigranas de hojas y plantas, que había en la esquina derecha sobre la barra.

Terminada la primera ronda, limpió los dieciocho pitones con el trapo, rellenó los dieciocho cajetines con café y calentó la leche en una jarrita con un vaporizador que volvió a limpiar compulsivamente después para que no quedara pegada ni una gota blanca. Miró de reojo sobre la puerta, las manillas marcaban la una menos cuarto y recomenzó el ritual de abrillantarla para el nuevo pase. Elba, Casilda y Peruxo observaban deleitados el espectáculo hasta que el camarero les llamó la atención:

—Si no van ustedes a tomar nada, les aconsejo que vayan subiendo a su vagón, el tren hacia Madrid sale en —miró de nuevo al reloj— trece minutos exactos.

Las señoras se apresuraron a coger sus bolsos y Peruxo buscó un maletero que llevara los dos baúles grandes de las señoras hasta su vagón. Había tres tipos: los de tercera tenían los asientos de madera y daban cabida a más de una veintena de personas. En los de segunda, había compartimentos con espacio para diez viajeros cada uno y con sillones de tela barnizada con gutapercha. Elba y la patrona viajaban en primera, en uno con seis butacones individuales de terciopelo granate.

Casilda necesitó la ayuda de su sobrina para subir el primer escalón de acceso al vagón, pero luego quiso arreglárselas sola, testaruda como era en lo que a su independencia de movimientos se refería. Peruxo dio una propina al mozo y subió él mismo los bolsos de mano y la cesta de las viandas a la red que colgaba sobre las cabezas de los viajeros.

—Listas. ¿Se les ofrece algo más? —preguntó Peruxo.

—No, muchas gracias. Ve con Silvia al pazo, se ha quedado un poco fastidiada por no poder acompañarnos.

—No te preocupes, la sacaré a dar un paseo con la perra y se le pasará enseguida.

—Y en cuanto llegue su primo Lino se olvidará de todos nosotros —sonrió su madre.

—Sí, Teresita y él ya deben de estar camino de Manila para tomar el vapor, en unas semanas estarán aquí con nosotros —recreó Peruxo la alegría de su sobrina por la llegada de la parte filipina de la familia—. ¡Buen viaje! Pongan un telegrama al llegar a la capital para que nos quedemos tranquilos por aquí —se despidió el joven y bajó del vagón tras besar a su hermana en la mejilla y levantarse la gorra en señal de respeto a Casilda.

La treintena de pasajeros que habían llegado de todos los rincones de Galicia, estaban ya acomodados en sus respectivos asientos, después de haber estirado las piernas, aliviado las prisas y degustado un café en tiempo récord. Todos estaban listos para iniciar el trayecto que les haría llegar a la capital de España en algún momento entre las nueve y las diez de la mañana del día siguiente. La locomotora comenzó a rebuznar y el andén se llenó de vapor y olor a carbón. Por fin, el vagón comenzó a moverse, lento y pesado. Elba miró por la ventana y vio a su hermano quitarse la gorra del todo y agitarla diciéndoles adiós mientras se hacía pequeño en la distancia al mismo ritmo que el tren cogía velocidad. Se sentó mirando al frente y vio a su tía que observaba por la ventana con atención. Se ajustaba los guantes tirando de ellos en dirección a su muñeca, como si quisiera que las uñas de los dedos terminaran asomándose por el extremo. Después, entrecruzaba los dedos y apretaba el pulgar de una mano sobre la otra, para, a continuación, volver a tirar de los guantes, una vez más, y recomenzar el ritual.

—¿Está usted nerviosa, tía?

—Tú has recorrido los mares del Sur, pero esta vieja es la primera vez que sale de Galicia —reconoció Casilda.

—No se preocupe. Todo va a ir bien —intentó tranquilizarla su sobrina.

—No debió de ser fácil cuando tu hermano y tú tuvisteis que salir, de estampida, del pueblo a un destino incierto al otro lado del mundo —admitió su tía con tono de admiración.

—No lo fue. Sobre todo, porque no teníamos a nadie allí que nos esperara… Por cierto, ¿habrá alguien esperándonos mañana cuando lleguemos a primera hora a Madrid?

—Bueno… Eso que tú recuerdas de tu llegada a Manila, no fue exactamente así —dejó entrever Casilda—. En todo caso, Mariana me ha dado instrucciones: una vez en la estación del Norte en Madrid, debemos ir a la ventanilla y mostrar nuestros billetes. Llevan un mensaje que el ferroviario que allí se encuentre sabrá descifrar.

Elba recordó que, el día que conoció a Mariana, el ferroviario que les había vendido los pasajes había escrito algo sobre ellos antes de entregárselos a Casilda. Su tía abrió el bolso de mano, escudriñó en la faltriquera lateral, sacó los billetes y se los entregó a su sobrina para que esta los pudiera examinar. Allí estaban: dos círculos iguales con una intersección entre ambos. Al ver aquello, Elba quedó en silencio. Todos los recuerdos de Juan volvieron a agolparse en su cabeza. Eso era una *vesica piscis*. José Severo le había contado que esas habían sido las últimas palabras que Juan había pronunciado antes de morir: *«Vesica piscis»*.

Una *vesica piscis* estaba dibujada en la nota que alguien le había hecho llegar a su jardín en Kulangsu para que se dirigiera a la logia Corintia del islote. Tonta, se había repetido mil veces a sí misma, por haber albergado entonces la absurda esperanza, durante unas horas, de que allí encontraría a Juan esperándola. Allí no estaba su esposo, sino Angélica López Rizal, mensajera de una logia. Juan ya nunca volvería. En su lugar, Angélica le entregó unos documentos que le abrieron las puertas a un pasado que desconocía y que provocaron su regreso a Galicia. La historia que siempre se había contado sobre sí misma, cambió de forma radical al seguir el camino que le marcó aquella *vesica piscis*. ¿Qué habría detrás de esta?

25

Habían pasado la estación de Ponferrada donde subieron algunos viajeros más y ya se acercaban a la de Astorga.

—Baja aquí y compra, por favor, una bolsa de mantecadas en el bar. Son deliciosas —le pidió su tía.

Elba obedeció, aún sumida en el silencio. Encontró en el bar los famosos dulces y regresó a su compartimento, donde tía y sobrina degustaron una cada una, ayudando a pasarlas con unos buches del agua que había en la cesta. El tren retomó la marcha y Elba, con la cabeza girada hacia la ventana, vio pasar la sierra de los Ancares a lo lejos, entrando ya en León. Para cuando llegaron a Venta de Baños, ya había entrado la noche. Aprovecharon que era una estación importante para ir al aseo de la estación. Su tía se negaba a ir al del tren, pues, por todos los pasillos, había pasajeros que ya habían encontrado acomodo sobre el suelo para pasar la noche.

—De eso nada, con toda esa gente por ahí tirada, es imposible llegar al aseo sin despertarlos y llamar la atención. Lo que me faltaba a mí, tener a medio tren pendiente de mis necesidades.

—No se preocupe, bajaremos. Yo la acompaño, nos vendrá bien estirar las piernas —le ofreció su sobrina.

Al regresar a su compartimento, Elba bajó la cesta con la comida de la red que pendía sobre sus cabezas al ritmo del vaivén del tren, y extendió una servilleta bordada con las iniciales del apellido familiar sobre sus rodillas y otra sobre las de su tía. Abrió la navaja y cortó un buen pedazo de pan de centeno para cada una. Desenvolvió el chorizo del trapo de cuadros rojos que lo cubría y el queso del papel marrón con lamparones de grasa con el que Martina lo había protegido. En la cesta también había una botella de vino blanco y otra con agua. Cortó un trozo de ambos manjares para cada una y comenzaron a cenar mientras el tren recuperaba, animoso, la marcha.

—No has dicho nada en todo el trayecto. ¿Qué te ocurre? —quiso saber su tía.

—¿Qué le dice a usted el dibujo que hizo el ferroviario de Monforte sobre nuestros billetes?

—¿La *vesica piscis*?

—Sí —dijo Elba, seria, pues sabía que esa era una pregunta retórica—. ¿Cuál si no, tía? No juegue, se lo ruego.

—No lo hago, solo quería saber desde dónde tengo que empezar a contar. Como ya sabrás, se trata de un símbolo empleado desde muy antiguo en todo tipo de tradiciones. Aquí, en Europa, es frecuente encontrar imágenes ortodoxas de Cristo enmarcadas en una.

—En Oriente, tampoco es infrecuente encontrar a Buda dibujado dentro de una *vesica piscis* —apuntó Elba.

—Ya veo. Ahora que lo pienso, creo que yo no he visto nunca una imagen de Buda —reflexionó su tía en voz alta—. *Vesica piscis* significa vejiga de pez, pues su forma lo asemeja.

También recibe el nombre de mandorla, almendra en latín. En realidad, no representa ni una cosa ni la otra, como ya imaginarás, sino algo que va más allá: se trata del diagrama central del misticismo de la geometría sagrada de la Edad Media. En esa época, los gremios de los constructores de catedrales formaban la masonería operativa. Con el tiempo, al ir cayendo en desuso la edificación de catedrales, las hermandades devinieron en la masonería especulativa.

—Pero ¿qué son los masones ahora? —se despertó la curiosidad de Elba con la energía que le daba el alimento.

—No son un partido político, aunque pueda haber políticos entre ellos. No son una religión, aunque para alguna rama de la masonería la creencia en un ser superior pueda ser un requisito, no lo es para todos, como ya te explicó Mariana. Tampoco son una secta, no entra nadie obligado. Yo misma soy prueba de ello, pues nunca llegué a ser iniciada. Ni son ahora una sociedad secreta, aunque prefieran la discreción. Sobre todo, aunque no solo, porque un masón cuando hace el bien, lo hace para construirse a sí mismo, algo que puede no conseguirse con la publicidad intrínseca a toda egolatría.

—¿Por eso no supe nunca que usted y el señor Pierre-Louis velaban por mí a escondidas?

—Algo tuvo que ver —le reconoció, en parte, su tía—. Pero volvamos a la *vesica piscis*: la intersección de los dos círculos simboliza el nexo entre dos mundos: el espiritual y el material. Digamos que simboliza una suerte de portal. En la imaginería cristiana representa la matriz de María, donde se produce la unión del cielo y de la tierra, de lo divino y lo humano. Antes de que el cristianismo lo adoptara, fue, sigue siendo, el símbolo de la diosa madre. En griego el término *delphos* significa pez y útero. Por eso mismo, el pez es también símbolo de la abundancia. ¿Recuerdas la parábola de la multiplicación de los panes y los peces?

—Sí.

—Bien, pues la razón matemática del ancho por la altura de una *vesica piscis* es el cociente 265:153. En el Evangelio de San Juan capítulo 21, versículo 11, ciento cincuenta y tres es el número de peces que Jesús multiplicó milagrosamente. Ese cociente es 1,73203, por lo que es considerado un número sagrado al que se denomina la «medida del pez».

—Todo esto es muy curioso, sí, pero ¿qué tiene que ver con nosotras? —preguntó Elba, ofreciendo la botella de vino a su tía y dando un trago tras esta rechazarla.

—A estas horas, prefiero el agua. A mi edad, si tomo vino después de las seis de la tarde, me sube acidez al estómago. Manías de un cuerpo viejo, supongo —dijo Casilda, quitando el corcho a la botella de agua y dando un trago para ayudar a la bola de pan y queso a bajar por su garganta antes de seguir—: La presencia de las mujeres en la masonería no es homogénea ni a lo largo de la historia, ni hoy en día. En las primeras expresiones de la masonería ya hubo mujeres: Sabine de Pierrefonds, escultora y pintora en el siglo XIII, fue la hija del maestro de obra de la catedral de Notre-Dame de Estrasburgo. Tanto él como su marido eran masones y ella trabajó en la logia de Estrasburgo y perteneció al gremio de canteros de aquella ciudad, participando en la construcción de la catedral y llegando a formar aprendices. A la muerte de su padre y de su esposo, marchó a París y continuó con su labor, viviendo sola, con total naturalidad, en los poblados que los gremios de los distintos oficios establecían alrededor del templo que construían. Es obra suya una escultura de San Juan. Lo sabemos porque dejó en él su firma: el evangelista sostiene un pergamino, que alude alegóricamente a los textos divinos, pero en el que Sabine dejó esculpido: «Gracias a la devoción de esta mujer valiente, Sabine, que me ha dado forma sobre la dura piedra». Hace ya un rato que pasamos por la provincia de León, ¿sabías que un tercio de los constructores de su catedral fueron mujeres?

—No, nunca lo hubiera imaginado. ¿Después la masonería se negó a aceptar a las mujeres?

—La masonería evoluciona con la sociedad. Por alguna razón, que a mis años aún no alcanzo a comprender, la humanidad en todas sus organizaciones sociales ha tenido dificultad para integrar a la mitad de sus miembros, siendo tan imprescindibles para su perpetuación como la otra mitad. ¿No es extraño que nuestra especie haga esto?

—Extraño y absurdo, sí. ¿Más chorizo? —le ofreció su sobrina.

—Sí, pero del dulce, no del picante que me caerá mal al estómago —quiso su tía—. Dame un par de rodajas más, por favor. Así que, como iba diciendo, ha habido etapas en las que las mujeres formaron parte de la masonería de forma más natural y otras en las que se las excluyó. A lo largo de los siglos, siempre hubo mujeres que, sin ser masonas, compartimos sus deseos de progresar y comprendemos la necesidad de que, en un mundo hecho a imagen y semejanza de los varones, nos ayudemos entre nosotras.

Elba masticaba chorizo con pan lentamente y miraba absorta a su tía. Aquella conversación se estaba revelando de lo más interesante y, cuando quiso darse cuenta, habían terminado todas las viandas que Martina les había preparado. Se levantó y abrió la ventanilla para tirar fuera del vagón las migas que había agrupado en el paño.

—Haces bien, si caen al suelo, esta noche vendrán todos los ratones del tren a darse un festín a nuestro vagón —le reconoció su tía la previsión.

—Pero siga, no quiero interrumpirla.

Elba terminó de recoger los trapos y la navaja en la cesta y se sentó de nuevo, bien dispuesta a escuchar.

—La inconsistencia de la masonería respecto al papel de las mujeres hizo que, entre esas mujeres naciera, hace mucho tiempo, una hermandad femenina. Una red de mujeres que ha superado los límites de las distintas civilizaciones, países, culturas, naciones, organizaciones civiles, políticas o religiosas.

—¿Cómo se llama?

—Hijas de Sejmet.

Elba no daba crédito a lo que estaba escuchando y, a la vez, le parecía fascinante.

—¿De dónde sale ese nombre?

—Sejmet es una deidad femenina egipcia que simboliza el poder y la fortaleza. Las Hijas de Sejmet no seguimos los ritos de ninguna obediencia masónica, porque sabemos que somos poderosas en nosotras mismas y no debemos obediencia a nadie: ni padre, ni marido, ni cura, ni maestro masón tampoco. Lo que no quiere decir que algunas no puedan elegir, en el ejercicio de su intrínseca libertad, unirse a algunas organizaciones que existan en su sociedad de origen y que ellas entiendan pueden serles de utilidad para desarrollar la misión que sienten deban darse a sí mismas en esta vida. Por eso, algunas son masonas y otras no. Te sorprendería saber que las hay hasta monjas.

—¿Monjas?

—Lo ves, te has sorprendido —se sonrió Casilda—. Sí, ¿quién crees que era Teresa de Jesús?

—La fundadora de las carmelitas descalzas.

—Sí; y una Hija de Sejmet. En aquella época, ¿cómo crees que una mujer con tanta capacidad y fuerza interior podría canalizar toda esa energía creadora? Hacerse monja fue un camino perfecto para ella, pues pudo evitar caer en las redes de una vida de esposa y madre tradicional a la que aquella sociedad la abocaba y que, para una mujer de su capacidad, resultaba demasiado

limitadora de su verdadero ser. Gracias a su religiosidad pudo convertirse en una «madre constructora», cuyas bondades se extendieron a muchas hijas e hijos a lo largo de los siglos.

—«Madre constructora». —Elba se quedó con el término—. Me gusta la idea.

—Sí, hay muchas maneras de expresar la maternidad creadora, no todas requieren dar a luz. Hay mujeres, como Santa Teresa en la península del siglo XVI o Sor Juana Inés de la Cruz en la Nueva España del XVII, para las que el rol tradicional de madre y esposa de una única familia no es suficiente para encontrar la realización de la misión que están llamadas a hacer realidad. Hay mujeres que construyen catedrales, mujeres que construyen filosofías, mujeres que construyen mundos imaginarios… Las Hijas de Sejmet respetamos todas las opciones, todas nos parecen igualmente importantes, con una única condición, que su protagonista la elija desde su intrínseca e inalienable libertad: la elección de casarse y tener hijos, la de casarse y no tenerlos, la de no casarse y no tenerlos, la de hacerse masona, la de hacerse monja católica… o monja budista, si es que las hay.

—Las hay —le confirmó Elba, recordando a la anciana que conoció, en Kulangsu, en el templo de Guanyin, la única representación femenina del Buda—. Visto, desde la nueva perspectiva que me da todo lo que ahora sé, ¿cree usted que la Pardo Bazán sea una Hija de Sejmet? —se preguntó Elba.

—Aunque no me consta, ya sabes que eso no es óbice para que lo sea; más bien, en la mayoría de los casos, no suele saberse de forma explícita. No hay ningún registro, es más una intuición, un mutuo reconocimiento espontáneo. Desde luego, sus ideas, su personalidad y su actividad en defensa de la instrucción de la mujer serían atributos suficientes para que ostentara el muy honroso título de Hija de Sejmet —reconoció Casilda—. Para las Hijas de Sejmet lo esencial es que cada mujer elija en libertad. Y solo hay una norma: ayudar siempre a otras Hijas de Sejmet que lo necesiten, sin juzgar sus elecciones, siempre que su misión sirva para el progreso de la humanidad. Nos reconocemos entre nosotras de forma natural. Una sabe cuándo está delante de una mujer poderosa por naturaleza, no salta solo a la vista, sino a todos los sentidos. En muchos casos, son mujeres que han encontrado dificultades para encajar en la sociedad en la que les ha tocado vivir. Por ello, para facilitar la identificación, sobre todo entre las que pertenecemos a mundos muy distintos, y para hacer más veloz nuestra capacidad de asistirnos en caso de necesidad utilizamos la *vesica piscis.* Es nuestro símbolo de identidad secreto.

26

El tren se alejaba ya de la estación de Venta de Baños y a Elba le pareció corto lo que les quedaba de trayecto hasta la capital para todo lo que deseaba preguntar:

—Usted misma me ha explicado que es un símbolo utilizado en todas partes —continuó indagando Elba—. ¿No cree que haya dejado de ser secreto?

—Precisamente, eso lo hace más útil, no llama la atención de nadie. Está ya asumido en todas las sociedades, pero nadie sabe a lo que realmente alude. Es la fusión de la *vesica piscis* con esa identificación natural de estar ante una mujer poderosa la que genera nuestra verdadera puerta de acceso a las Hijas de Sejmet.

—Aureana era una de esas mujeres poderosas.

—¿Era o no era evidente?

—Para mí, sí.

—Para mí también lo fue el día que la conocí en persona, cuando vino a sanar a tu madre tras tu nacimiento. Pero no conocía yo entonces a las Hijas de Sejmet. Ni era así como lo veía el cura y muchos otros en el pueblo que decidieron seguir sus designios. ¿Sabes cuál es uno de los nombres que suele recibir Sejmet?

—Sorpréndame, por favor —le rogó Elba.

—«La experta en magia».

En la cara de Elba se abrió paso una amplia sonrisa. Aquel viaje en tren estaba desvelando secretos desconocidos para ella que jamás habría podido ni imaginar.

—¡Así que Aureana también pertenecía a esa hermandad universal de mujeres!

—Muchas de las meigas, cuya sabiduría hunde sus raíces en la cultura celta, lo son. La sociedad celta admitía que hubiera mujeres druidesas, sacerdotisas sanadoras que eran muy respetadas en su comunidad. No son pocas las sanadoras que son miembros de esta red femenina: María Elena Maseras, Martina Castells y Dolores Aleu, las primeras mujeres licenciadas en medicina de España, también lo son. El juramento hipocrático por el que un médico no puede denegar auxilio a nadie, porque es médico antes que nada, presenta gran afinidad con la visión universalista que tenemos las Hijas de Sejmet.

—Ya veo —se limitó a decir Elba, reconociendo su propio interés natural en la botánica con fines curativos, que había aprendido de mí.

—Las Hijas de Sejmet no sabemos de divisiones: ni de razas, ni de clase, ni de origen. Las hay ricas, las hay pobres, las hay de todos los colores, de todas las procedencias y ascendencias. Ateas y religiosas. Aquellas de nosotras que sienten como cierta la existencia de un ser superior, no le dan un valor masculino, sino femenino. ¿Por qué ha de identificarse a la deidad con un varón? Es una mera convención social, no hay nada que nos impida en realidad cambiarla por otra que para nosotras tenga más sentido. Por eso, se eligió una diosa egipcia como nuestro

símbolo. Sejmet también ha sido conocida a lo largo de los milenios como «la Gran Diosa Madre», «la más poderosa», «la Invencible» o «la Señora del Oeste».

—¿Señora del Oeste? Espere —hizo memoria Elba—. Mi marido me explicó una vez que, de pequeño, una especie de niñeras que hay en su cultura, las *amahs*, le contaban el cuento de la «Reina Madre del Oeste». Ese cuento le hizo querer salir de su pequeño pueblo a conocer otros mundos para encontrarla.

—¿Y aún te preguntas cómo es que llegasteis a conoceros? Las Hijas de Sejmet saben educar hombres respetuosos con las mujeres, que saben valorar y apreciar el poder que ellas despliegan como tales. Juan, sin duda, identificó en ti las cualidades que tenían las mujeres valiosas y que sus *amahs* le habían inculcado. También recibe el nombre de «la Dama de las Montañas de Poniente» o «la que frena la oscuridad…».

—Eso es terminología masónica, ¿cierto? —reconoció Elba—. Si el iniciado es el que recibe la luz, la mujer que frena la oscuridad es, sin duda, alguien importante.

—Exacto, esta es una de las denominaciones preferidas por las hermanas que son masonas. Entre las masonas, igual que entre las Hijas de Sejmet, también las hay ateas. Nosotras basamos nuestra vida en un conocimiento puramente racional, pero ello no nos impide creer en un objetivo de trascendencia a la vida material. Ese deseo de ir más allá de nuestra existencia terrenal es lo que nos empuja a intentar ser mejores cada día, a ayudarnos entre nosotras para dejar un legado con el que, generaciones posteriores, de mujeres y hombres, disfruten de una humanidad mejor.

—Ahora que lo pienso… si Mariana es masona, eso quiere decir que, en la masonería, las mujeres ya han vuelto a ser aceptadas, ¿correcto?

—Por eso, a veces, nos confunden, pero no es exacto. No todo el mundo, ni siquiera dentro de la masonería, está de acuerdo con la pertenencia de las mujeres a su orden. Por ese motivo, las Hijas de Sejmet seguimos teniendo un valor añadido que no aporta ninguna otra organización de carácter civil, político o religioso.

—Entiendo —se limitó a decir Elba, cada vez más interesada, para que su tía no perdiera el hilo de la conversación.

—Las masonas que también se sienten comprometidas con las Hijas de Sejmet nos dicen que, en esta época, solo en España se están iniciando mujeres masonas en logias masculinas en pie de igualdad con los varones. No tienen conocimiento de ningún otro lugar del mundo donde esté sucediendo este fenómeno.

—O sea que… dentro de la masonería, ¡las españolas son pioneras! —dijo Elba, dejándose llevar por la exaltación.

—Shhh, ten cuidado, que te van a oír. Ya está amaneciendo. Eso parece. Mariana me ha explicado que en 1882 se produjo en Francia la iniciación de María Deraismes, que, al parecer, generó gran revuelo en el país vecino, dando lugar a un largo proceso que culminó en la aparición de la Gran Logia Mixta Escocesa del Derecho Humano. Sin embargo, en España, ya se venían iniciando mujeres en logias siguiendo los ritos masculinos y al mismo nivel que los hombres desde hacía veinte años. Es esta influencia española, sin duda, uno de los motivos por los que los masones del archipiélago no han tenido tantos reparos en permitir la iniciación de masonas en las islas Filipinas.

—Como la pariente de Rizal que me trajo a Kulangsu los documentos bajo el símbolo de la *vesica piscis*.

—Acabas de cerrar el círculo, querida. Pero aún te queda un cabo suelto.

—Usted dirá… —se rindió Elba.

—En el antiguo Egipto, Sejmet estaba representada por un cuerpo de mujer con cabeza de león…

—¡Leona Florentino! —se echó a reír Elba a carcajadas—. ¡No me diga que mi querida mentora en Filipinas era también una Hija de Sejmet!

Casilda cerró lentamente los ojos, aquiescente.

—¡Y usted, como hermana, Hija de Sejmet, le encargó mi cuidado!

Una sonrisa afloró en Casilda y yo hice sonar de nuevo el silbido de la locomotora que ya se acercaba a la estación del Norte de Madrid.

27

Manila.

Estaban entrando por la calle Escolta cuando Silverio hizo parar el carabao que tiraba del carro en el que había subido a Teresita, Lino y sus dos pequeñas maletas. Aquella era la arteria principal de Binondo, repleta de comercios a uno y otro lado. Una zona vibrante, unida a la ciudad amurallada por el puente de España. Ya hacía tiempo que el barrio chino había desplazado a Intramuros como centro neurálgico de la vida económica de la capital. La burguesía comercial de sangleyes había adquirido una nada despreciable capacidad de influencia en asuntos que comenzaban a ir más allá del mero dinero, que habían sabido amasar con sabiduría, esfuerzo y mucho tesón. No pocos de ellos habían trasladado incluso sus suntuosas residencias a la calzada del General Solano.

—Bajad y esperadme ahí en el soportal —les pidió Silverio—. Voy a llevar el carabao al establo. Después, buscaremos una pensión donde hacer noche. Teresita, tú podrás descansar en la habitación, mientras Lino y yo vamos a comprar vuestros pasajes para el vapor.

Tras preguntar a un par de tenderos del lugar, dieron con un hotelito sin ostentaciones, limpio y bien ordenado, como le gustaba a Silverio. Al fondo, había una joven que no pronunció palabra, pero no dejó de observarlos hasta que llegaron a su altura.

—Dos habitaciones, por favor —dijo Silverio.

La muchacha tomó dos llavines del casillero a su espalda, los puso sobre el mostrador y con la mano indicó que aquellas eran dos, pero los visitantes tres, encogiéndose de hombros a continuación.

—Sí, somos tres —respondió Silverio y entregó una llave a Teresita y Lino, quedándose él con la otra—. Ellos dos van juntos. Son madre e hijo.

La muchacha asintió ligeramente, sacó un pizarrín y escribió una cantidad. Silverio pagó y ella le dio la vuelta al libro de huéspedes para que él escribiera sus nombres.

—¿Por qué no habla? —preguntó Lino a Silverio.

—Porque no hace falta —respondió este, sin más.

—Es muda —le aclaró su madre—, pobrecita.

—No es pobre. Es muda —aclaró Silverio—. Solo eso.

Para Silverio, todo el ajetreo de los numerosos comercios de esa calle atestada era demasiado intenso, así que se tomó un tiempo de descanso antes de volver a salir. Con los años, había aprendido a medir su exposición al mundo. Demasiada relación de un solo golpe podía desencadenar un episodio de ansiedad como los que padecía desde pequeño. No habían llegado a desaparecer nunca. Silverio sabía que seguían ahí, agazapados, esperando el estímulo necesario para saltar de nuevo.

La vida en la botica con los señores Seng Li, en Vigán, le había permitido un entorno protegido donde podía dedicar su tiempo a lo que mejor sabía hacer: mezclar hierbas. La socialización quedó, al principio, en manos del viejo matrimonio, muy querido por todos, y, más adelante, de Elba. La edad se los llevó a ellos y la necesidad de proteger a su hija, tras la muerte de Juan, a ella también. Elba se estableció, primero, en Kulangsu y, después, de regreso a la península, en Vilaescura. Ahora eran Teresita y Lino quienes partían. Gustoso de su soledad, nunca había tenido antes esa sensación, pero Silverio comenzaba a inquietarse por quedarse solo.

No por estar solo. Algo que, en general, disfrutaba, sino por quedarse solo al frente del negocio. Pues, sin nadie que le ayudara, se vería forzado a exponerse más al mundo, lo que hacía con reticencia y no sin esfuerzo, debido a su singular sensibilidad. El encargo de Elba de ocuparse de la Mansión Syquia, además de los negocios, comenzaba a abrumarlo. Pero entonces pensaba en su amigo del alma, Juan, y sabía que no podía decepcionar a su esposa. Los tres habían construido y sostenido juntos el negocio de comercio de canela, especias y otros productos medicinales que él preparaba en la botica.

Juan y José Severo ya no estaban. Elba estaba lejos y Teresita junto a su hijo iban a unirse a ella y Peruxo, allá lejos, en España. No era hombre de muchas compañías, se llevaba bien consigo mismo y muy a menudo buscaba el recogimiento del mundo. La soledad era para Silverio una necesidad primaria. Y, sin embargo, allí tumbado en la habitación del hotel, observando una mosca que daba vueltas sobre la cama, cuyo monótono vuelo agradeció sobremanera, por primera vez se sintió solo.

A sus treinta y seis años, había aprendido a gestionarse, pero, fuera de su entorno habitual, el riesgo de repentinos estímulos era mayor. Cuando sintió que el suflé de su mente, encendida por la llegada a un nuevo lugar, había bajado lo suficiente, pensó que era el momento de adentrarse de nuevo en el laberinto de calles para comprar los billetes. No quería dejar tanto dinero en manos de un muchacho de catorce años como Lino. Debía ir él, pero sería prudente llevar compañía, por si la ciudad le desbordaba la mente.

El joven Lino, mientras su tío descansaba, se aburría en la habitación que compartía con su madre y no quiso esperar más. Era su primer viaje fuera de Vigán, nunca antes había estado en Manila y se encaminaba a tomar un barco de los que hasta ahora solo había visto de lejos desde la orilla. Estaba alborozado con tanta novedad y cada minuto en la cama le parecía un desperdicio, así que dejó a su madre sesteando y bajó a esperar a su tío en el soportal del hotel, desde donde se entretuvo observando a la gente del lugar. Guardaba una esperanza que no había compartido con nadie. Sabía que su padre, Ling, había vivido en Manila. Su abuelo José Severo le había contado que tuvo una pelea con su tío Juan a raíz de la cual ambos habían muerto. Sin embargo, él se encontraba delante cuando su abuelo comenzó a delirar poco antes de su muerte y había oído cómo temía que su padre volviera a llevárselos. ¿Y si en realidad su padre siguiera vivo? ¿Por qué si no iba su abuelo a temer su regreso?

Era consciente de que no le había tocado un buen padre. Su abuelo lo había odiado con todas sus fuerzas y no le faltaron motivos para ello. Pero no dejaba de ser su padre y, para él, siempre había tenido un halo de aventurero que le despertaba cierta fascinación. Se había imaginado hablando una última vez con él antes de partir hacia la península. Era una tontería, lo más seguro era que, efectivamente, estuviera muerto como su abuelo les había dicho. Sin embargo, el saber que su padre había caminado por aquellas mismas calles de Binondo le daba vida en su mente. Esperando, a la puerta del hotel, en una tarde bochornosa como pocas, se lo imaginó jugando a

las cartas en cualquier tugurio del puerto o conduciendo alguna de las calesas que pasaban delante de él.

—¿A qué o a quién esperas? —le preguntó una voz a su lado—. Llevas aquí un buen rato.

Miró hacia abajo y vio a un muchacho más o menos de su edad, pero mucho más pequeño en estatura y de tez muy oscura.

—A mi tío —dijo sin querer darle más explicaciones a aquel extraño entrometido.

—¿Quieres una hoja de betel? La mejor de las islas.

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes. ¿Opio, quizás? Es el mejor de las islas —insistió en voz baja acercándose a él.

Lino lo miró con dureza. En su mente se reprodujeron toda la retahíla de reproches que su abuelo y su tío Juan habían hecho a su padre por su querencia por el opio.

—He dicho que no. Déjame en paz.

—Bueno, bueno, no hay que ponerse así. Eres nuevo por aquí, ¿verdad? —afirmó sin esperar ni recibir respuesta alguna de Lino—. Tinong conoce a todo el mundo en Binondo. Te habría visto. Tinong es el mensajero más rápido del parián. No hay nada que pase en esta ciudad que escape a oídos de Tinong —continuó fanfarroneando.

—Tinong eres tú, supongo.

—Sí, ese soy yo. ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Tabaco? —le ofreció el muchacho negro.

—Gracias —terminó claudicando Lino.

—Es la mejor picadura para cigarrillo de las islas. Tinong tiene un amigo, su madre trabaja como cigarrera en La Flor de la Isabela. Es la fábrica de tabaco más importante del archipiélago, ¿sabes?

—Déjame adivinar: y «la mejor de las islas», ¿verdad? —se burló Lino.

—Por supuesto —respondió el muchacho sin ceder ni un milímetro su elevada concepción de sí mismo y de su labor.

—Lo imaginaba —dijo Lino con tono irónico.

Tinong era un hijo de nadie que había tenido que hacerse valer en el mundo por sí mismo. No podía permitirse dudar de su propia valía. De ello dependía su supervivencia. Nadie le dijo nunca lo bueno que era. Tuvo que deducirlo él solo.

—Tú no eres de aquí, tu forma de hablar le es familiar a Tinong… ¿de Ilocos, quizás? —preguntó el aeta.

Lino se sorprendió del tino que demostraba aquel muchacho.

—¿Cómo lo sabes?

—Tinong nació en las montañas del norte, sé reconocer la forma de hablar de los ilocanos.

—¿Por eso hablas raro? ¿Cuánto tiempo llevas en Manila? —le preguntó Lino, pues su destreza auditiva le había despertado la curiosidad.

—Tinong no lo recuerda. Tinong ha aprendido la lengua de los castila sin ayuda. Tinong lo aprende todo solo. Tinong aprende muy rápido. Nadie me dijo nunca cuándo llegué al mundo, ni cuándo a Manila. Tinong tampoco sabe contar el tiempo. ¿Qué utilidad tiene contar los años?

—Para saber qué edad tienes, cuándo te casas, cuándo te embarcas, ¿cuándo te mueres…?

—Tinong no sabe cuántos años tiene. Tinong no lo necesita —despreció el muchacho un marco temporal que carecía de utilidad para alguien que había vivido siempre al día—. Tinong solo debe saber contar las horas de la jornada. Tinong tiene que asegurarse de llevar los recados del patrón en punto. Es todo lo que Tinong ha de saber del tiempo. Más allá de la semana que

viene, los meses, los años, no le sirven para nada a Tinong. La semana próxima solo llegará si Tinong es capaz de encontrar alimento y un lugar donde dormir hoy.

—¿Y los consigues?

—Con mojigatos como tú, que solo fuman tabaco, no —bromeó sarcástico, para seguir—: Cama tengo en la parte trasera de la tienda de don Doroteo Ong-junco, el patrón de Tinong. Y el alimento Tinong lo consigue con las sobras de su cocina o la de algunos otros lugares del puerto.

—¿Sabes ir al puerto?

—Por supuesto. Tinong es el mejor guía de todas las isl… de todo Manila —se corrigió el muchacho en el último momento para evitar la coletilla y una nueva burla de Lino.

La voz de Silverio Molo hizo a Lino girarse sobre sí. Vio a su tío hablando con la mujer muda en el mostrador y a ella respondiendo a su manera.

—Tío, este muchacho puede ayudarnos a llegar al puerto para comprar los boletos —le advirtió elevando la voz para que llegara al interior—. ¿A quién se le ocurre pedirle orientaciones a una muda? —dijo, dirigiéndose a Tinong, mostrando condescendencia por ambos.

—Es buena muchacha. Y muy lista —dijo Tinong—. A veces, ser mudo es una ventaja. Pero al puerto os lleva Tinong mucho mejor, sin duda.

Silverio se acercó a los dos muchachos que fumaban apoyados en el dintel de la puerta. El cielo estaba encapotado y comenzaba a tornarse en un rojo plomizo con el caer de la tarde.

—Tío, Tinong dice que sabe llevarnos a la oficina de la compañía de vapores donde hemos de comprar los billetes. Deje tranquila a la chica muda… ella bastante tiene con lo suyo.

—Lara —dijo Silverio, seco, como siempre.

—¿Cómo dice?

—No la llames chica muda. Tiene nombre: Lara. Vamos. Seguiremos el camino que indique tu amigo. Daos prisa antes de que empiece a llover.

Ambos muchachos tiraron, rápidos, los cigarros al suelo y todos se pusieron en marcha, siguiendo los pasos de Tinong.

28

—Por ahí se llega a la calzada de Malacañang, que conduce al palacio residencial del capitán general de Filipinas. Después de ir al puerto, si quieren, Tinong puede mostrarles la calzada de San Sebastián o la de Sampaloc…

—Dile a tu amigo que no hable en tercera persona. Es confuso. Y sobre todo que se calle. Si no puede llevarnos con la boca cerrada a la oficina de la Transatlántica, no le pagaré —le pidió Silverio a Lino.

Necesitaba que ese muchacho controlara su verborragia por miedo a uno de sus ataques. Para compensar, puso su mente en Lara y lo agradable que había sido la silenciosa conversación con ella.

Lino, quien conocía las dificultades de Silverio para entrar en relación con el mundo, tomó del brazo a su nuevo amigo y forzó el ritmo adelantando unos pasos.

—Baja la voz. A mi tío no le gustan los ruidos. Le sientan mal. Pero cuéntamelo a mí. Yo sí estoy interesado. Me gustaría aprender cosas sobre Manila. Mi padre vivió aquí muchos años antes de morir.

—Ahí están las oficinas de la Compañía Transatlántica —tuvo que interrumpir Tinong su labor de cicerone, dejando a Lino con las ganas—. Hemos llegado.

Silverio Molo entró y compró los pasajes para Teresita y Lino, mientras el muchacho se quedaba afuera escuchando las muy coloridas historietas de Tinong sobre Manila, en las que su ingenio salía indefectiblemente bien parado. Antes de que su tío saliera, ya le había hecho al menos otra media docena de ofrecimientos, que su madre habría juzgado de dudosa moral, pero que, para Lino, en plena adolescencia, fueron adquiriendo un interés creciente.

—Tinong también puede llevarte a conocer a las más bellas indias… para que te lleves un bonito recuerdo de las islas antes de embarcarte. Mira que allá, las peninsulares no le van a dar ni media oportunidad a un mestizo de chino e india como tú. Si quieres, Tinong puede regresar esta noche a buscarte al hotel, cuando tu tío y tu madre ya estén dormidos.

—No sé por qué dices eso. ¿A ver que tengo yo de malo que no tengas tú?

—Tinong no ha ido a la escuela, pero sabe de la vida.

—Ya, doctor de la vida…

—Ni tú ni Tinong tienen nada malo. Más bien mucho bueno que puede gustarles, sí… —dijo, agarrándose la entrepierna y riendo—. Pero que nunca reconocerán querer.

—No me interesan las señoritingas peninsulares. Yo voy para acompañar a mi madre y porque allá vive mi prima Silvia —zanjó Lino la cuestión.

—¿Y eso por qué habría de impedirte pasar un buen rato esta noche? En la península será mañana, pero hoy es aquí, ¡en Manila! Tinong conoce el mejor lugar de toda la ciudad para…

¿Tienes dinero? —quiso asegurarse el aeta de si cumplían el requisito imprescindible para que aquella propuesta fructificara.

—No —reconoció Lino, a secas.

—Entonces no hacemos nada. Las chicas de doña Narcisa son muy simpáticas, pero solo si Tinong va con los reales por delante. Una vez lo olvidé y me sacaron a escobazos… Aún me duele la espalda —recordó el muchacho, frotándose los riñones con las manos.

Mientras tanto, en la mansión de los Villarruel, esa misma tarde, Hugo había iniciado una interesante y necesaria conversación con Luis y don Faustino: carecía de pasado, pero necesitaba un presente que diera pie a algún futuro.

—No puedo seguir aquí abusando de su amabilidad, señor Villarruel. Ya ha hecho usted por mí más de lo que cualquiera hubiera deseado.

—¡Pero a dónde va a ir! —intentó retenerle don Faustino, consciente del afecto que su protegida Johanna había tomado a Hugo—. Hagamos una cosa: Luis, ¿por qué no acompaña usted al amigo Hugo al puerto? Si fueran tan amables de traerme el correo que debe estar ya en la oficina de la Transatlántica, se lo agradecería mucho. Estoy esperando una carta importante de Madrid —dijo don Faustino, dando lugar a una sugerencia—: Y, de paso, pueden comprobar el tablón de anuncios de empleos que hay en la sala central. El marqués de Comillas, su principal accionista, lo es también de la Compañía de Tabacos de Filipinas. Ahí suelen colgar reclamos tanto de la naviera como de alguna de sus fábricas de tabacos. Están ambas en plena efervescencia.

—¡Salir al mar! —dijo Hugo con una alegría que no sabía de dónde le nacía.

—No se precipite, señor mío —lo apaciguó don Faustino, con la mente puesta de nuevo en Johanna—. Agradezco su ofrecimiento y, en efecto, no estaría mal que contribuyera de alguna forma a nuestros negocios, al menos durante una temporada, si le parece. Quizás con el paso del tiempo logra usted recuperar la memoria, pero, mientras tanto, de algo tendrá que vivir. Al fin y a la postre, son nuestras empresas familiares las que lo han sostenido todos estos meses. Pero, sobre todo, no creo que sea médicamente sensato echarse a alta mar sin saber ni siquiera quién es uno.

—Claro, cuente con ello —respondió Hugo—. Es solo que, al mencionar la naviera, algo dentro de mí ha dado un respingo. Supongo que habrá empleos para los que no haga falta embarcarse.

—En el ámbito comercial, mi familia tiene extensos contactos. Los Villarruel somos dueños de una provechosa compañía que hace comercio de cabotaje entre las islas. No es una naviera interoceánica como la del señor marqués de Comillas, desde luego, pero pingües beneficios nos da también. Y eso que nosotros, los mestizos ilustrados, no contamos con ninguna subvención del Estado. Tengo planes para usted.

—Me tiene a su disposición, don Faustino. Es lo menos que puedo hacer.

—Busque un empleo en la Compañía de Tabacos de Filipinas. Me interesa introducir a alguien en el sector para que me informe de cómo se maneja.

—¿Por qué? —preguntó Luis.

—El día que los peninsulares pierdan sus privilegios, quiero saberlo todo de ese negocio. Cada cosa a su tiempo. Tú, Luis Carvajal, en tanto que hijo de una ilustrada familia manilense,

me temo que no eres útil como infiltrado. Todo el mundo sabe quién eres y quién es tu familia. Pero nuestro amigo Hugo es un absoluto desconocido, hasta su nombre es inventado. Un hombre sin pasado conocido es perfecto como informante.

—Entiendo —reconoció Hugo su realidad, haciendo de la necesidad virtud—. Usted desea que yo entre a trabajar en la Compañía de Tabacos y lo aprenda todo de ese negocio, por si, algún día, usted pudiera entrar en él. Y para ello necesita actuar con discreción.

—Nos entendemos muy bien, usted y yo —quedó conforme don Faustino.

Luis y Hugo se pusieron en marcha.

—Ya tengo los billetes. Salís mañana —informó Silverio a Lino—. Volvamos al hotel. Allí te daré también algo de dinero por si hubiera algún imprevisto en el viaje.

—Como usted diga —dijo Lino.

Se alejaron del puerto y su olor a mar, a sal, a pescado y a pecado. Silverio, Lino y Tinong emprendieron camino hacia la calle Escolta, los dos últimos obedientes y en silencio, ante la perspectiva de recibir unos pesos.

—¡Es aquí! —dio Luis orden de parar al cochero—. ¡La Transatlántica!, empresa fundada en 1881 por el primer marqués de Comillas —leyó Luis con exagerada pompa el cartel sobre la entrada—. El mismo año que inauguró la Compañía de Tabacos de Filipinas creó también esta naviera. Según lo que llega a mis oídos, en 1887 la Transatlántica consiguió un contrato de exclusividad con el Estado para ser la única compañía que representara oficialmente a España en los mares. No está nada mal… Si te dan un monopolio global es muy difícil que te salga mal el negocio, ¿no crees? ¡Así cualquiera se hace rico! —criticó Luis—. No me extraña que mi futuro suegro quiera meter el hocico en lo que en ellas se cuece. Nosotros sí somos verdaderos empresarios, acostumbrados a lidiar con competencia real y desleal. Si lográramos introducirnos en el provechoso mercado del tabaco, no hay marqués que se nos resista.

—Bajemos, pues, a comprobar el tablón de empleos —dijo Hugo—. Quiero ayudar a don Faustino en todo lo que esté en mi mano. Le debo la vida, en sentido literal.

—No te olvides de Johanna, truhán… A don Faustino le interesa la información que puedas conseguir de estas empresas peninsulares, tanto como que te ocupes de su protegida.

—¿Por qué tiene don Faustino tanto interés en el futuro de Johanna? Es, sin duda, un hombre generoso, de eso no me cabe duda. Yo mismo soy beneficiario directo de su inclinación a ayudar a los desconocidos, pero ¿por qué recogió a Johanna?

—No te confundas. El viejo Villarruel no ha conseguido amasar su fortuna a base de hacer caridad —se rio Luis con segundas—. No se lo critico, no creas. Es uno de los principales defensores de la causa y eso es, en gran medida, gracias a su exitoso olfato para los negocios.

—¿Qué causa? —preguntó Hugo confuso—. ¿Johanna es su causa?

—No, hombre, no. Cosas mías… aunque, bien visto, Johanna es, en cierta forma, una misión que don Faustino tiene en su vida. Por eso te recomiendo que no juegues con ese fuego. Te lo digo yo que soy el prometido de su hija Charito y sé de lo que me hablo.

—¿Una misión, una causa…? Me estás haciendo un lío… —se quejó Hugo—. Apiádate de este pobre desmemoriado… —le quiso tirar de la lengua.

—A ver… lo que te voy a contar no está certificado en ningún documento, pero es lo que siempre se ha comentado en los mentideros manilenses, sobre todo entre las señoras, ya sabes. Eso sí, no debes decírselo nunca a Johanna.

—Continúa, por favor.

—La madre de Johanna fue la esposa de un holandés venido a menos, que emigró aquí con ella desde Batavia. La señora, al parecer, era muy bella, rubia y de ojos azules, así como Johanna. Mi madre dice que ella la conoció y que era, en efecto, tan bonita como lo es hoy su hija. Pero la bella señora se había criado en cuna de plata y nunca se hizo a la vida que aquí le esperaba, en Manila, junto a su esposo. Una existencia mucho más modesta tras la ruina de sus familias en Yogyakarta, arrastradas por la quiebra de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Según las amigas de mi madre, la holandesa, así la llamaban, intentó engatusar a don Faustino, ya por entonces un prominente hombre de negocios. Según sus maridos, fue él quien se aprovechó de su situación de necesidad y se llevó al lecho a la mujer más bella de la ciudad.

—¿Y?

—¿La amnesia te ha borrado todo rastro de picardía o ya eras así de bobo antes?

—No lo sé —dijo Hugo malhumorado.

—¡Pues que todo el mundo piensa que Johanna es hija ilegítima de don Faustino! Y que, por eso, cuando su madre murió, el marido de su madre no quiso hacerse cargo de ella y se la trajo al señor Villarruel. Desde entonces, convive con ellos. Algo que doña Paula, la difunta esposa de don Faustino, llevaba muy, pero que muy mal.

—Ya veo. ¿Y dices que Johanna no lo sabe?

—O no lo sabe o no quiere saberlo. Mientras vivió doña Paula, ella se encargaba de dejar bien claro, dentro y fuera de esa casa, las diferencias entre una y otra hija. Desde su muerte, don Faustino intenta compensar a la muchacha por los años de desprecios de su esposa.

—No debió de ser nada fácil para Johanna.

—No, pero todo eso ahora a ti ya no te afecta. Te lo cuento para que comprendas que, si no le cumples a Johanna, el viejo no estará nada contento.

—¿Cumplirle?

—No te hagas el loco conmigo… Charito me ha contado que Johanna ha sabido hacerte recordar todo lo que un hombre necesita saber en esta vida… ¿Qué tal es?

—No creo que a don Faustino le gustara que tú y yo intercambiáramos pareceres sobre las cualidades amatorias de sus hijas, ¿no te parece? —contraatacó Hugo para zafarse de la conversación.

—Charito es una mujer moderna y liberada. Es como una pantera. Pero si uno comprende que no es domesticable y no intenta atarla, te permite el acceso y ¡ay, amigo, es salvaje! —dijo Luis para no quedarse con las ganas de fanfarronear.

—Ya, ya… ¿Y qué se supone que espera don Faustino de mí respecto a Johanna? —volvió a preguntar Hugo.

—Que te cases con ella, claro.

—¿Que me case?

—¿Hay que explicártelo todo? —lo cuestionó Luis, elevando los ojos al cielo—. Es lo mejor que te podía pasar: el viejo va a ayudarte a ser un hombre de provecho y créeme que tiene los contactos y el dinero para conseguirlo. Y lo hace no solo por bondad, sino para poder casar a su hija ilegítima contigo. Sabe que ninguna de las amigas de su difunta esposa permitiría que

matrimoniara con alguno de sus hijos. ¡El espíritu de doña Paula maldeciría esa unión con hijos deformes! Nadie va a arriesgarse a algo así…

—¿Los espíritus pueden hacer eso? —se sorprendió Hugo entre incrédulo y burlón.

—Y mucho más. Piénsalo: has tenido una gran suerte. Uno de los hombres más influyentes de la capital está dispuesto a darte un futuro y para ello solo tienes que casarte con una de las jóvenes más bonitas de Manila. Un poco alta para mi gusto, pero muy linda, eso hay que reconocerlo. ¡Aquellas heridas que alguien te propinó y que te llevaron a la casa Villarruel pueden acabar siendo toda una bendición!

—Comprobemos los anuncios del tablón… —pensativo, quiso terminar Hugo aquella conversación.

29

En el camino de regreso, Silverio Molo se detuvo ante un puesto callejero que vendía jamón de cerdo glaseado con piña y compró una pata entera. Antes de llegar, paró a un vendedor ambulante que llevaba unos pastelillos de arroz en unas bandejas y adquirió también todos los que cupieron en dos bolsas de papel.

—Ya tenemos la cena —les dijo a los muchachos.

Cuando llegaron al hotel, encontraron a Teresita ya despierta y esperándoles en el portal.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —dijo preocupada.

—Traemos la cena —dijo Silverio, mostrándole el jamón.

Luego miró a la muchacha muda del mostrador e hizo lo propio. Ella lo entendió a la primera y le hizo ademán con la cabeza para que la siguieran. Pasaron tras la cortina que había junto al casillero de las llaves y que daba acceso a un patio al aire libre rodeado por un porche interior. En uno de los flancos, había una cocina de leña y, en el otro, una mesa con sillas pequeñas que no levantaban tres palmos del suelo. Lara les señaló la mesa, conminándoles a sentarse, y sacó una jarra con agua y unos vasos de barro. Todos, incluido Tinong, se sentaron. Lara se giraba enfilando para su puesto en el mostrador, cuando Silverio la tomó del brazo y le hizo gesto de que los acompañara.

Estaban degustando aquellos manjares cuando un grito de mujer resonó por el hueco del patio. Lara continuó comiendo ignorando lo que los demás habían percibido. Un nuevo chillido hizo que el resto de los comensales dejaran de masticar y Lara se les quedó mirando consciente de que algo sucedía. Un tercer bramido fue acompañado del estruendo de cachivaches lanzados contra el suelo o la pared. Lino se levantó como un resorte.

—La están golpeando —dijo, reconociendo la escena que tantas veces había visto sufrir a su madre.

—Quieto —le ordenó ella, poniendo su mano sobre la de su hijo.

—No, madre. No voy a quedarme sin hacer nada.

—Lino, por Dios, estamos a punto de salir para España, no puedes meternos en líos ahora.

Lara, que parecía haber leído la conversación de los labios del resto de los comensales, se levantó y regresó con un llavín que le entregó a Lino. El muchacho se zafó de la mano de Teresita y se levantó, seguido de su tío Silverio, Tinong y las dos mujeres. Subieron las escaleras de madera con trote ligero, pero intentando no hacer ruido. Lino pegó la oreja a la puerta justo cuando se escuchó un cristal hacerse añicos del otro lado contra ella, provocando un salto atrás del joven. El hijo de Teresita golpeó la puerta con fuerza, mientras su madre rezaba en susurros.

—Oigan, ¿va todo bien? —gritó.

Se hizo el silencio. Nadie respondió y Lino dio con los nudillos de nuevo sobre la puerta. Un hombre gordo y borracho abrió contrariado.

—¡¿Qué?! —bramó al ver a toda aquella gente.

A Silverio la intensidad de aquellas circunstancias lo ponían al límite de su capacidad, pero, entonces, notó que la mano de Lara tomaba la suya con suavidad, inundándole una sensación de paz. Ni él la miró a ella, ni ella lo miró a él. Con las manos unidas ambos presenciaron la escena.

—Parece que tienen ustedes algún problema —dijo Lino, mirando por detrás del hombro del gordo y viendo a una mujer desnuda y llorosa acurrucada en una esquina de la habitación.

—¿Y a ti qué te importan mis problemas, imbécil? —respondió el gordo con agresividad desbordante.

Raudo, percatándose de que aquello estaba a punto de saltar por los aires, Tinong intervino:

—¿El señor no querrá un poco de opio?

El gordo miró hacia abajo buscando el origen de esa frase hasta ver la cara del pequeño Tinong mirándole sonriente.

—¿Tú tienes opio, renacuajo?

—El mejor de las islas —dijo Tinong con la convicción de siempre.

Lino observaba a su nuevo amigo y le dejó hacer mientras no perdía de vista a la mujer en el fondo y metía el pie más allá del quicio de la puerta para asegurar que aquel hombre apestoso a alcohol, sudor y tabaco no pudiera cerrarla de repente sobre sus narices.

—¿Y cuánto cuesta? —se interesó el gordo.

—La mujer —respondió Tinong.

—¿Ella? —se asombró el hombre, mirándola—. ¿Me estás diciendo que me das una bola de opio a cambio de que te entregue a esta furcia?

—Una bolita. Una bolita de opio —lo corrigió Tinong—. Pero sí, ese es el negocio que Tinong le ofrece. Es bueno, ¿verdad?

—Enséñamela —dijo el gordo, desconfiando de la oferta.

Tinong se quitó el sombrero de paja viejo y deshilachado que llevaba y pasó su mano por el borde interior hasta dar, al tacto, con una especie de bolsillo cosido con tela. Sacó una pequeña bola de opio y se la mostró sobre su palma. El hombre se disponía a cogerla, cuando Tinong cerró la mano, en un movimiento súbito, y escondió el brazo tras su espalda.

—Primero permita que salga la mujer.

El gordo se sonrió con sorna, apartándose lentamente del hueco de la puerta. Lino entró y todos los demás se quedaron fuera de la habitación. Se acercó a ella. Pausadamente, como quien no quisiera ahuyentar a un cachorro tembloroso, tomó una bata que había en el suelo. Tenía dibujos de dragones de larga y dentada cola, había sido blanca, pero lucía muy sucia. Con suavidad y mimo, la puso sobre los hombros de la mujer para cubrir su cuerpo desnudo y amoratado por todas partes. La ayudó a levantarse y, al salir por la puerta, la protegió dentro de sus brazos del escrutinio aterrador del gordo. Cuando ya estaban comenzando a bajar la escalera, Tinong comenzó a abrir la mano, el hombre tomó la bola y cerró con un portazo.

Ya en la cocina, acomodaron a la mujer en una de las banquetas. Lara soltó la mano de Silverio. Se dispuso a buscar un pequeño barreño de agua y un paño que humedeció y comenzó a limpiarla con mucho tiento. Primero, la cara: le salía sangre de la comisura derecha de los labios y del agujero izquierdo de la nariz, consecuencia de sendos bofetones cruzados. Silverio se levantó sin dar explicaciones a nadie y subió a su habitación. Al bajar, traía su maletín de boticario. Lo abrió, miró a Lara y, con señas, le indicó que necesitaba trapos. Mientras ella preparaba las telas siguiendo las indicaciones que Silverio le daba en silencio, él machacaba en un mortero un pedazo de corteza de sauce, que le había vendido un comerciante venido de China,

mezclándolo con mostaza negra y añadiendo unas gotas de algo parecido al aguardiente, que probó antes de añadirlo a la mezcla para asegurarse de su graduación alcohólica. Con todo aquello, prepararon juntos unos emplastos. Subieron a la mujer a la habitación de Silverio y la tumbaron en la única cama. Con ternura, Lara y Silverio le repartieron las cataplasmas drenantes allí donde comenzaba a apreciarse la inflamación por alguno de los muchos golpes. Cuando terminaron, la mujer se quedó dormida, agotada por la ansiedad, que poco a poco iba remitiendo.

—Mañana sale vuestro vapor a la península. Debéis descansar —ordenó Silverio a Teresita y Lino—. Toma —le dijo a Tinong, dándole una cantidad en pesos alfonsinos que bien superaba el valor de la bola de opio—. Todos fuera, necesita descansar.

Arropando a la víctima de aquella inhumana paliza con suma delicadeza para no lastimarla, Lara, de espaldas a Silverio, no había podido escucharlo. Así que no se movió de la habitación. Veló su sueño toda la noche, en su compañía.

30

—¡*Saning-i, saning-i!* —empezó a gritar la mujer, de repente, despertando tanto a Silverio, que dormía en una silla junto a ella, como a Teresita y a Lino en la habitación contigua.

A Lara, sentada en el suelo con la cabeza apoyada en los pies de la cama, la despertó el movimiento de unos y otros. Lino y su madre entraron en la habitación: Silverio daba vueltas tapándose los oídos con las manos. Lara tomó a la mujer entre sus brazos y la acunó, con fuerza, para intentar calmarla. Silverio, en una esquina, se daba golpes en la cabeza contra la pared. Lara hizo un gesto a Teresita para que se acercara y traspasó a la mujer de sus brazos a los de aquella. A continuación, se acercó a Silverio, le puso una mano sobre la espalda y este se paralizó tembloroso. Con lentitud, ella tiró de sus brazos hacia abajo para liberar sus oídos, lo tomó de una mano y se dirigió con él a la cocina, dejando a la mujer a cargo de Teresita. Una vez abajo, lo sentó y le preparó una infusión. El ruido del agua caliente cayendo desde el pitorro a la taza reducía las revoluciones del cerebro de Silverio, que aún no la miraba a los ojos.

Al cabo de un rato, Teresita y Lino se unieron a ellos.

—Se ha vuelto a dormir —dijo ella, inclinando la cabeza y pegando las manos juntas a la mejilla del mismo lado, para que Lara pudiera entenderla. Lo hizo y, con un gesto, les pidió que tomaran asiento.

—¿Qué decía? —preguntó Lino a su madre, mientras giraba una cucharilla de madera en la taza de chocolate que Lara le acababa de servir.

—*Saning-i* es ella: una mujer agredida, destrozada, trémula y desesperada. También un niño que llora indefenso sufriendo por hambre o enfermedad es *saning-i*. Es una expresión que describe… —enmudeció su madre, al inundarla los recuerdos de la época en que ella misma había estado en la posición de aquella mujer cuando Ling, el padre de su hijo Lino, le nubló la mente.

—Describe un estado de total desvalimiento —completó Silverio la frase, quien ya había recuperado la calma.

—¡Buenos días a todos! —apareció Tinong por la puerta, con su habitual desbordante energía.

—¿Tú no descansas? —le preguntó Lino.

—Tinong se levanta con el sol. Nunca hay horas suficientes para encontrar el alimento del día —le respondió con una bella sonrisa que mostraba una amplia dentadura blanca en contraste con su piel de azabache.

Lara le invitó a sentarse, sirvió una taza más de chocolate y en su pizarrín escribió una ecuación: sonrisa, igual, sol. Se lo mostró al muchacho y Tinong le devolvió otra, le retiró la tiza y le tomó los cuatro dedos, acercándoselos a la boca con mucha reverencia, lo que provocó la reacción inmediata de Silverio, quien le dio un manotazo antes de que sus labios llegaran a rozar el dorso de la mano de la muchacha.

—Dice que la sonrisa de Tinong es luminosa —tradujo Teresita— y ciertamente que lo es —reconoció—. ¿Qué vamos a hacer con la muchacha de la habitación? —preguntó, volviendo a la situación que los había levantado de la cama súbitamente.

—Vosotros nada —dijo Silverio, dando un sorbo a su taza aún cálida—. Lino y tú debéis prepararos para tomar el vapor. Sale en un par de horas. Yo me quedaré aquí con Lara. Cuando mejore lo suficiente, veremos qué quiere hacer y cómo podríamos ayudarla —dispuso el médico.

—Tinong ya tiene los encargos del día de su patrón. De camino al primero, si quieren, los puedo acompañar al puerto. Así el señor Silverio se queda haciendo sus labores medicinales con la necesitada… ayudado por la señorita Lara —respondió Tinong para demostrar de nuevo utilidad a Silverio.

Tinong nunca había tenido nada ni a nadie, más que a sí mismo, por lo que había aprendido que la base de su supervivencia estaba en ser útil y no perdía ocasión para demostrarlo. Así lo hicieron y, en una hora, Teresita y Lino se dirigían al puerto guiados por el muchacho, abriéndoles camino entre las masas ajetreadas. Llegaron a un punto donde se acumulaban fardos y maletas que marineros iban cargando en un barco. Sobre el fondo negro de su cubierta, tenía escrito en letras rojas: *Isla de Luzón*.

—Ese es el nombre de tu barco —dijo Tinong, señalando con el dedo a la proa.

—¿Sabes leer? —se sorprendió Teresita.

—Sí, señora.

—¿Quién te enseñó?

—Tinong aprende solo —se limitó a responder, haciendo gala de su leyenda autodidacta.

Llegaron a la escalerilla del vapor y Lino le pidió a su madre que subiera y le esperara en cubierta. A continuación, buscó con la mirada unos fardos donde poder sentarse un momento para fumar un cigarro juntos y despedirse.

—Eres un buen tipo, Tinong. ¿Cómo te apellidas? —sintió curiosidad Lino.

—Tinong no tiene apellido. Solo Tinong. No hay otro Tinong como yo, el mej…

—El mejor de las islas, ya sé —le concedió Lino, pasándole el cigarrillo tras encenderlo—. No se me dan bien las despedidas. Prefiero simplemente las desaparecidas. Es lo que hizo mi padre: se vino un día a Manila y no volvimos a verlo. Yo era muy pequeño, casi no recuerdo su rostro.

—Tinong no tiene padre. Tampoco madre. Tinong ha visto padres y madres que no siempre son buenos. Tinong está bien. Tinong cuida de Tinong.

Sin pretenderlo, el pequeño aeta dejó plantada una idea en la mente de Lino que subió, con él, al barco, donde le daría vueltas durante toda la travesía: si Tinong era feliz sin padre ni madre, ¿por qué le había dado él tanta importancia a que el suyo los dejara a su suerte? Tinong parecía ser inmune a todas las desgracias que le sucedían y eran muchas. Por miedo a que algún día volviera y le hiciera daño a su familia, su abuelo, José Severo, les había recordado, casi a diario, a su madre y a él que su padre se había desentendido de ellos. A Lino, la sensación de abandono se le quedó grabada a fuego en el corazón, quedando siempre un rescoldo en su alma que se aferraba a la idea de que aún estuviera vivo. Ahora que ya era mayor, quizás pudiera preguntarle por qué se fue, por qué nunca los quiso a su madre y a él. Sin embargo, Tinong parecía no hacerse ninguna pregunta. A los ojos de cualquiera, su vida había sido mucho más desdichada y, pese a ello, Tinong disfrutaba de cada minuto y de todo lo que le sucedía. Aquel muchacho tenía una capacidad muy singular para despojar su existencia de dramas. La vida le sucedía como a todo el mundo, incluso con más crueldad que a la mayoría, pero Tinong no consideraba que la

vida le debiera nada, y, así, nunca le exigía nada y se limitaba a agradecer y disfrutar aquello que sí recibía. Lino pegó otra calada al cigarro y se lo dio a su amigo.

—¿Nunca has querido saber quiénes eran tus padres?

—¿Para qué? —se limitó a responder Tinong.

—¿Cómo lo haces? —quiso saber Lino el truco de la eterna felicidad de su desgraciado amigo.

—¿El qué?

—¿Cómo haces para que no te duela la vida? —acertó a formular Lino.

—Tinong no se fija en lo que le falta. Tinong se fija en lo que sí tiene y en lo que quiere conseguir. Tinong trabaja con lo que tiene. Con lo que no se tiene no se puede trabajar. Lo que no tiene no es útil para Tinong —dijo el aeta con sencilla y poderosa naturalidad.

Esas palabras, con su mala gramática incluida, quedaron ancladas en la mente de Lino.

—El día que yo regrese a Manila, te buscaré para que vayamos juntos a conocer a esas amigas tuyas —le dijo, guiñando un ojo.

—Busca a Tinong en la tienda de Doroteo Ong-junco —le dijo su amigo, devolviéndole el cigarro.

—Mi padre vivió mucho tiempo en Manila antes de morir, ¿sabes? —le contó Lino dando una nueva calada al cigarro y echando el humo a los cielos. Era cochero. El cochero de…

El vapor comenzó a hacer sonar su bocina, ahogando la voz del joven. Ambos dieron un salto. Lino apagó el cigarrillo en la áspera tela de saco que envolvía el fardo con cuidado de no dañar el pedazo sobrante que le dio a su nuevo amigo, para que diera cuenta de él en otro momento, y ambos se apresuraron hacia la escalerilla. Lino sacó algo del dinero que le había dado Silverio para el viaje y se lo entregó a Tinong, quien abrió su amplia y luminosa sonrisa.

—¡Gracias! ¿De quién fue cochero tu padre? —alcanzó a preguntarle el recadero, movido por su imparable deseo de ser útil.

Lino no escuchó bien la pregunta, pues se había tapado los oídos por el estruendo del segundo bocinazo y comenzó a subir por la escalerilla.

—¿De quién era cochero? —insistió Tinong con todo lo que daban sus pulmones.

Lino se giró y le gritó, diciéndole adiós con la gorra a su nuevo pero efímero amigo.

—¡De José Rizal!

Tinong abrió mucho los ojos y chilló bajo el sonido del tercer bocinazo que anunciaba que el vapor levaba anclas de manera inminente.

—¡¡Tinong conoce al cochero de José Rizal!! ¡¡Tinong lo conoce!!

Lino, ya en cubierta, lo saludaba con la mano abierta junto a su madre, mientras Tinong se desgañitaba en vano y los marineros comenzaban a soltar amarras.

31

Madrid, capital del reino.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Elba a su tía, tras descender del vagón en la estación del Norte, ya en Madrid.

—Pues lo mismo que hicimos en Monforte: ve a la taquilla y muestra al taquillero el billete que nos dieron con la *vesica piscis.* Yo me quedo aquí dando instrucciones a los mozos para que bajen nuestros baúles hasta que tú regreses.

—¿Y después?

—Después ya iremos viendo. No es indispensable conocer toda la ruta para comenzar a caminar.

—Cada día me sorprende, tía. ¿Dónde está la mujer calculadora y metódica que yo pensaba que era?

—No se ha ido a ningún sitio. Sigo siendo precavida. Es lo que me ha hecho alcanzar esta edad en una posición acomodada, que espero dejaros en herencia a ti y a Silvia. Sin embargo, no te niego que, desde que entré en contacto con las Hijas de Sejmet, a mis años estoy aprendiendo a permitir que la vida se desenvuelva sola ante mí. Ten —la conminó Casilda—, llévate los pasajes y deja que la *vesica piscis* nos guíe.

Elba tomó los billetes que le alcanzaba Casilda desde su pequeño bolso de terciopelo verde oscuro y, aún con semblante incrédulo, obedeció.

Al entrar en la sala central repleta de pasajeros cruzándose de un lado a otro, cada uno concentrado en el destino de su próximo trayecto, identificó al fondo las ventanillas donde se expedían los boletos. Había una fila para cada una de las cinco taquillas, tal era el ajetreo de la estación capitalina. Se preguntó qué debía hacer ahora, en aquel viaje sin mapa y sin instrucciones que su tía y ella habían emprendido. Decidió pararse a reflexionar. Tomó en sus manos los billetes con los dos círculos dibujados y, pensando en las palabras de Casilda, buscó inspiración en el símbolo: ¿qué se supone que tenían que hacer? Fue la pregunta que nos lanzó, con el alma, a su querido Juan y a mí.

Aún era reticente a todo aquello, se resistía a abandonarse a un periplo que aún no sabía por qué había iniciado y recordó su viaje a Filipinas: con diecinueve años, una mano delante y otra detrás. Se vio a sí misma mirando al horizonte marino sobre aquel vapor y le vino a la memoria cómo su hermano y ella se dejaron llevar y todo lo que aquel salto de fe en la vida trajo consigo. Su encuentro con Juan, el nacimiento de Silvia… Comprendió que tenía que empezar a soltar amarras de nuevo. Aunque, en esta ocasión, el camino fuera en tierra firme, era igual de incierto. Y avanzar por él requeriría la misma valentía.

Su preocupación maternal por Silvia, especialmente tras la pérdida de su padre, la llevaba a querer controlarlo todo. No era esa la manera de fluir con la vida que yo le había enseñado, y

ahora le tocaba a Casilda recordárselo. Quise contribuir y le envié un recuerdo: una imagen de las aguas del Cabe, a cuya orilla nos sentamos tantas tardes a conversar con el sonido perenne del correr de sus aguas. Comenzó a caminar de nuevo, recorriendo las ventanillas, de izquierda a derecha, hasta decidirse por una: la única en la que había una taquillera. Se sumó a su fila y por un momento se sintió satisfecha, pero, tan pronto como los viajeros que la precedían en la ringlera iban avanzando, su inquietud por qué debía preguntar comenzó a acrecentarse:

—Buenos días —se limitó a decir cuando le llegó el turno.

Guardó silencio a continuación, sin saber muy bien cómo había de comenzar esa conversación.

—Usted dirá —dijo la muchacha—. ¿A dónde desea viajar?

—No, acabo de llegar.

—Pero esta es la taquilla para comprar billetes. ¿Quiere irse a otro lugar?

—No exactamente —acertó a decir, extendiendo los billetes por el agujero de la ventanilla con cierta torpeza, a la que no estaba acostumbrada.

«Es bueno sentirse algo tonta a veces, es la primera señal de que una está a punto de aprender algo nuevo», le soplé al oído desde mi mundo. Desde el otro lado del cristal, la muchacha puso expresión de extrañeza, pero tomó los billetes. Los observó un momento que a Elba le pareció eterno, levantó la cabeza y se quedó en silencio mirándola fijamente.

—Un momento, por favor —respondió la muchacha, devolviéndole un gesto afable.

La taquillera se levantó y pidió a un compañero, en una mesa a sus espaldas, que cubriera su puesto un momento. El hombre, con expresión de condescendencia, se acercó a la taquilla. La muchacha hizo un gesto a Elba con la mano para que abandonara la fila y se reuniera con ella por detrás, fuera del edificio. Elba, desde el otro lado, se apresuró a buscar la salida de la estación. Al doblar la esquina, divisó a la taquillera esperándola.

—Buenos días, soy Elb… —quiso presentarse al alcanzarla.

—No, no. No me diga cómo se llama. No necesito saberlo y lo prefiero así. Hay cosas que es mejor no saber.

—Pues usted dirá, porque yo no tengo ni idea de adónde ir o qué hacer —respondió Elba, rendida a aquel ejercicio de absoluta incertidumbre—. Y lo peor es que tengo a mi señora tía, de sesenta y cinco años, esperando en el andén, con una pila de baúles y maletas, en la misma situación.

—Sí, me habían dicho que serían dos —dijo la muchacha para sorpresa de Elba—. Tienen que ir a la calle Alcalá, número 15. Allí encontrarán la casa de huéspedes La Aurora. Es una de las mejores de Madrid.

Al escuchar el nombre de la pensión, Elba se llevó la mano al cuello para tocar el trisquel que llevaba colgado desde que yo se lo regalé, el día que tuvo que huir de mi lado hacia Filipinas. Con él quise que siempre pudiera recordarme, aunque ya mi espíritu hubiera abandonado a mi cuerpo. Apretó el amuleto y me envió un pensamiento instantáneo, confiando de nuevo en que yo aún guiara sus pasos de otra forma, desde alguna otra dimensión.

—¿Y una vez allí? —no pudo resistir preguntar.

—La regenta doña Micaela, madrileña de toda la vida. Cuando les pregunte, díganle que tienen reservada la habitación 173.

Elba recordó la conversación con su tía en el tren: 1,73. Y se limitó a decir:

—«La medida del pez».

La muchacha sonrió y, sin abundar en el dato, continuó explicando:

—Doña Micaela está debidamente instruida para cuidar bien de las forasteras que se le envían y les dará los mejores consejos para manejarse por la capital. Tienen reservados dos cuartos, no necesitarán llevar referencias, ya están dadas. La medida del pez es más que suficiente. Tampoco tendrán que pagar fianza. Eso sí, doña Micaela exige pago por adelantado del alquiler y no es barato: treinta y cinco reales de vellón por cada huésped.

—El dinero no es problema.

—La *señá* Micaela: tanto más eficiente cuanto más se le aceite el mecanismo necesario, ya me entiende —dijo la chulapa, entrecortando las sílabas.

—¿Y cómo llegamos allí?

—Pueden tomar una de las jardineras que se apostan a la entrada de la estación. En septiembre aún hace buen tiempo y podrán disfrutar de los cielos de Goya.

—¿No eran de Velázquez?

—¿Tienen los cielos un solo dueño? —la retó aquella mujer con la confianza que la competitiva vida capitalina otorga.

Elba recordó todos los dioses orientales y occidentales que había ido encontrando en sus viajes y no pudo más que reconocérselo a la taquillera.

—Pues lleva usted razón. Muchas gracias. ¿Se le debe algo?

—Nada en absoluto —dijo con tono de ofensa—. Las hermanas nos ayudamos gustosas. No sé qué es lo que les trae a la Villa y Corte, ni quiero saberlo —se recordó a sí misma la chulapa —. Que el sol las guíe.

32

«Que el sol las guíe» rebotaba en los confines de la mente de Elba, mientras se aproximaba al andén. Cuando quiso darse cuenta, encontró a su tía sentada en un banco, esperándola impaciente según denotaban los golpecitos de su bastón en el suelo. En contraste, junto a ella, un mozo con blusón azul ya había cargado los baúles y maletas de ambas en una carretilla y esperaba parsimonioso fumando un cigarro.

—¡Ya estoy aquí! —saludó primero a su tía para dar, a continuación, instrucciones al mozo —. Necesitamos una jardinera para ir a la calle Alcalá.

El hombre asintió con la cabeza y, sosteniendo el cigarro en la comisura de los labios, se caló bien la gorra marrón y les hizo ademán con la cabeza para que lo siguieran. Una vez en el carruaje, Elba le pagó con generosidad y él las ayudó sin rechistar, a pesar de las protestas de Casilda a casi todo lo que hacía. El hombre no solo subió las maletas, sino que también echó una mano para que su tía alcanzara a sentarse.

—Esta artrosis me tiene la rodilla derecha y la muñeca izquierda hechas un cisco. Veo las estrellas para subir un peldaño y no puedo aferrarme a nada —quiso justificarse Casilda una vez acomodada—. Anda, dale al mozo otra propina, no es culpa suya que la humedad de nuestra tierra haya invadido mis articulaciones herrumbrosas —concedió finalmente.

El hombre agradeció haciendo gesto de levantarse la gorra y se dio media vuelta con el cigarro aún enganchado entre los dientes. Dieron la dirección al cochero, pero Elba le pidió que no fuera directo a la pensión, sino que les hiciera antes un recorrido por el centro de la ciudad.

—La capital se pone muy bonita en esta estación del año —se mostró muy de acuerdo el hombre desde el pescante, y dio orden a los caballos de tirar e iniciar el recorrido.

La jardinera comenzó a moverse con un ligero balanceo, por el peso, sobre los adoquines. Tía y sobrina disfrutaron de un paseo agradable, en una mañana fresca, acariciadas bajo un sol brillante sobre lo alto de la ciudad. El cochero no dejó de hablar en todo el trayecto y ejerció de cicerone apuntando con el látigo a cada hito de la capital que iban encontrando: la plaza de Oriente, el Palacio Real, la plaza Mayor, el palacio de Santa Cruz, las Cortes… Fue trufando el camino de anécdotas sobre Isabel II, Alfonso XII, la regente María Cristina y todos los miembros de los sucesivos Gobiernos de los que recordaba el nombre. Elba comenzó a tener la impresión de que eran historias a las que unía el primer nombre popular que le venía a la cabeza, pero le pareció divertido y no quiso interrumpirlo. Al llegar a la estatua de Neptuno, les explicó:

—A la derecha el Museo del Prado, antes Gabinete de Historia Natural, y el Jardín Botánico. Iríamos en dirección contraria a su destino… —dijo, haciendo gala de su honradez castiza.

—Vaya, vaya. Gracias por avisarnos, no importa. Estamos aprendiendo mucho —dijo Elba, pensando que tendría que regresar otro día para visitar el Botánico.

—¿Sabían ustedes que este paseo arbolado, allá por el siglo XVI, más o menos, no lo tenía ninguna capital europea más que Madrid? —dijo el hombre, no muy seguro de haber acertado con el siglo— Un-ter-den-Lin-den —soltó de corrido como si lo hubiera aprendido de memoria tal si fuera una sola palabra—, en Berlín, ya saben —buscó la confirmación de las señoras—, y los famosos Campos Elíseos de París, estuvieron reservados a determinadas clases sociales. Pero aquí, en los Madriles, no. Esta fue una avenida concebida para todos los madrileños, sin restricciones —concluyó con humilde orgullo castizo—. Del otro lado, encontrarán El Buen Retiro. Les recomiendo que se adentren en él otro día. Como su nombre indica, fue el parque que los reyes dedicaban a su solaz hasta que con la Gloriosa se cedió al pueblo de Madrid —explicó ahogando la última consonante—. No basta un momento para descubrirlo, si seguimos, no llegaremos nunca a su destino. Además, estarán ustedes cansadas del viaje… —quiso advertir el hombre, observando que doña Casilda se había quedado traspuesta con el traqueteo del carruaje y el suave sol de la mañana madrileña.

Llegados a la estación del Mediodía, inaugurada hacía poco tiempo, según las instruyó el cochero, dieron la vuelta y enfilaron en dirección contraria. A la altura de Cibeles, el cochero les consultó de nuevo:

—Si siguiéramos por allí, encontrarían ustedes el café Gijón. Lo fundó don Gumersindo García hace ya más de una década. Es uno de los centros literarios de la capital. En él se dan cita pensadores, escritores, filósofos, artistas… ¡Gente muy sabida y aprendida, ya saben ustedes…! —dijo con una pizca de pragmática ironía—. Sus tertulias son famosas. Una tarde cualquiera, de forma espontánea, se juntan unos cuantos y arreglan el mundo. Así, como les digo. Hay gente *pá tó* —concluyó.

Elba se quedó con las ganas de ir, pero Casilda había comenzado a roncar y se compadeció de su edad: era mejor que descansara en una cama.

—Vayamos ya a la pensión. Mi tía está molida —le pidió Elba.

—Como mande la señora. ¡Arre! —azuzó a la caballería.

El cochero enfiló la calle Alcalá y los animales tuvieron que esforzarse para tirar del coche cargado de baúles pendiente arriba. Llegaron al número 15 y, en la puerta, vieron el cartel que anunciaba «Pensión La Aurora». Subieron una amplia escalera de madera hasta el piso principal. Casilda llegó un poco ahogada hasta la placa de latón atornillada sobre la puerta que repetía el nombre de la casa de huéspedes. Mientras el cochero iba descargando los baúles, tocaron el timbre, y una mujer de unos cincuenta años, vestida de negro, les abrió la puerta.

—Buenos días. Tenemos reservada la habitación 173 —dijo Elba, a modo de saludo.

—¡Ah! Sí, sí, claro, las estaba esperando. Adelante, por favor —les dio la bienvenida la señora, señalándoles hacia dentro con la mano.

Pasaron al salón, mientras doña Micaela se asomaba por el hueco de la escalera y comprobaba la cantidad de equipaje que el cochero acumulaba en el rellano.

—Espero que hayan tenido muy buen viaje. Tienen ustedes reservados los dormitorios del principal exterior. Son los más soleados y los más amplios. Están debidamente amueblados, con mucho gusto, como podrán comprobar. No como esas otras fondas de mala muerte en las que los forasteros deben alquilar sus bártulos. Por eso han proliferado las tiendas de muebles en esta calle, lo verán cuando salgan a pasear. Pero no, aquí no. Esta es una casa de postín. Mi santo murió, hace ya cinco años, dejándome sola con dos hijas: Paloma y Almudena, ya las conocerán, han ido al mercado. Con tres bocas que alimentar, que la mía también cuenta, no tuve otra opción

que meterme a pupilera. El precio son treinta y cinco reales de vellón por persona y noche. Por adelantado —quiso dejar claro sin más retraso.

—Sí, nos lo habían dicho ¿Se lo pago ahora? En principio, estaremos unos diez días, calculo yo, quizás más. No sabría decirle con exactitud —respondió Elba, sacando un fajo de billetes del bolso y comenzando a contar.

—No se preocupen —se tranquilizó la dueña al ver el dinero contante y sonante—. Pueden quedarse el tiempo que necesiten. La estancia incluye los muebles —insistió—, la comida y un trato exquisito en un ambiente muy decoroso —recalcó la anfitriona como si estuviera recitando el anuncio que hubiera publicado en algún periódico—. Los guisos de la Agapita resucitan a un muerto, ya lo comprobarán —continuó sin parar, hasta que el cochero tosió para hacerse notar en la puerta.

—Espero probarlos, pero no encontrar fantasmas por el pasillo —intervino Casilda tras recuperar el aliento, mientras Elba se levantaba a entregarle el pago acordado por sus servicios al cochero y una buena propina adicional por el entretenimiento.

—Póngalos donde la señora le indique, si hace el favor —le pidió Elba.

Doña Micaela terminó de contar los billetes, dos veces, uno a uno, y solo entonces indicó la dirección al cochero, quien comenzaba a impacientarse.

—¡Señora! ¡Que es *pa* hoy!

—Por el pasillo, la puerta del fondo y la de la derecha —dijo, sin levantar la cabeza del dinero —. Qué mala educación… Se lo permiten porque saben que aquí no hay un hombre que exija el respeto debido. Si mi santo estuviera vivo, otro gallo cantaría, se lo digo yo… —le dijo a Casilda.

—Si nos disculpa. Ha sido un viaje muy largo y yo ya tengo mis años. Me gustaría descansar y asearme un poco antes de la comida.

—Claro, claro. Tienen toallas del mejor hilo en la habitación. Recién compradas en la calle Pontejos, al sobrino de los Caso, que suele ir por allí. Es un vasco muy trabajador, dice que quiere abrir una tienda algún día en esa zona. Por el momento, se le pueden hacer encargos que la tienda de su tío nos sirve a buen precio…

—Gracias —dijo Casilda, ya dando la espalda a la dueña y encaminándose a la habitación sin prestar atención a todo aquel torrente de información que no había pedido.

—Esperen —les dio el alto doña Micaela—. ¡Casi lo olvido! Han dejado un sobre para ustedes. ¿Dónde lo he puesto…? —se preguntó a sí misma.

Sacó un manojo de llaves que colgaba de una cinta negra agarrada a su cintura y eligió una. Abrió la cerradura de un escritorio que había en el recibidor. Retiró la cubierta de tablillas y, tras examinar cuatro de los cajoncitos, dio con lo que buscaba, entregándoselo a la joven. Era un sobre de color amarillo. Elba miró el remitente en el reverso y solo encontró una *vesica piscis* delineada.

—Muy amable —se limitó a decir ante la presencia curiosa de doña Micaela.

—Debe ser algo importante —insistió más explícita la mujer.

—Nada reseñable —le restó importancia Elba.

—Un pariente lejano nuestro que vive aquí desde hace tiempo, lo más seguro, ¿verdad, querida? —mintió Casilda—. Estábamos esperando su mensaje.

33

Después de la cena, Casilda y Elba se retiraron pronto. Estaban molidas tras haber pasado toda la noche de cháchara en el tren. Mientras Casilda terminaba de anudarse el lazo que cerraba su camisón al cuello, su sobrina llamó a la puerta del dormitorio. Pidió su permiso, entró y se sentó sobre la cama.

—Es una invitación a una jornada campestre —dijo Elba mostrándole el tarjetón.

—No llevo mis lentes. Léemelo tú, por favor. ¿Quién es el anfitrión? —preguntó la tía.

Elba leyó en voz alta:

La comisión liquidadora del patrimonio del difunto don Mariano Téllez-Girón y Beaufort-Spontin, XII duque de Osuna, duque del Infantado, grande de España, senador y mariscal de campo y, en su nombre, don Jorge Vicuña y Alcalá-Galiano, solicita el placer de la compañía de doña Elba Díaz Varela-Novoa y de Syquia, en la jornada campestre que se celebrará el próximo 15 de septiembre de 1894 en El Capricho de la duquesa de Osuna.

—Se acompaña con una especie de programa del día. Comienza a partir de las once de la mañana. Y hay un baile por la noche. Se recomienda llevar varios atuendos para los distintos momentos del día y se explica que los invitados que lo deseen podrán pernoctar en el palacete de los duques de Osuna —terminó de explicar Elba a su tía, sorprendida con semejante despliegue —. Hay otra invitación idéntica a su nombre también.

—Bien, eso es dentro de varias semanas. Tendremos tiempo para prepararlo todo.

—¿Conoce usted a alguno de estos señores que se mencionan en la tarjeta? —quiso saber Elba.

—En persona no, aunque sí lo que de ellos se dice: el duque de Osuna, el difunto don Mariano, ostentaba la mayor fortuna del país. Acumulaba catorce grandezas de España, cuatro principados y más de cincuenta títulos nobiliarios. Los que ahí se recogen son solo los dos más importantes. A los treinta años, recibió el ducado de su hermano, don Pedro, tras la repentina muerte de este allá por mediados del siglo. En los siguientes treinta y ocho, con mucho tesón, consiguió dilapidar por completo toda la herencia amasada durante siglos por su familia —dijo Casilda, sin poder evitar el tono de desprecio—. No contento con ello, dejó una ingente deuda, superior en varias veces a su patrimonio, pues, cuando su ritmo de vida sobrepasó el de generación de rentas de sus propiedades, las hipotecó y las dio todas en prenda a distintos bancos. En definitiva, querida, exactamente lo que espero tú no hagas nunca cuando yo muera.

—¿Y qué pintamos nosotras en todo esto? —quiso saber Elba.

—Fue embajador en la coronación de la reina Victoria y, después, en París en la boda de Napoleón III con Eugenia de Montijo. Su último cargo de relevancia fue el de embajador extraordinario y plenipotenciario en la corte de San Petersburgo, durante doce años, a lo largo de

los cuales hizo un gran servicio a la patria al lograr el restablecimiento de las relaciones diplomáticas que se habían roto a la muerte de Fernando VII —continuó su tía su parlamento, haciendo caso omiso a la pregunta—. Al recibir esta misión de su majestad, al menos hay que agradecerle que no causara el más mínimo quebranto a la Hacienda pública, eso sí, pues solo empleó su patrimonio privado para dejar impresionado al mismísimo zar y todo su *entourage*, ganándose con ello los favores políticos necesarios. Y arruinándose también por completo, claro está —remachó Casilda—. Aunque él no llegó a sufrir demasiado tiempo, a causa de su muerte, sino su pobre, ahora ya en sentido literal, esposa, doña María Leonor de Salm-Salm, que murió también hace no mucho. Patriótico sentido de Estado demostró tener, hay que reconocérselo, pero también notoria incapacidad gestora y para pensar en el futuro. Por lo menos, no tuvo hijos —remató Casilda su juicio en voz alta.

La intención adoctrinadora de su tía no pasó desapercibida a la sobrina.

—Pierda cuidado, tía —respondió Elba, divertida con el azoramiento que percibía en Casilda —. Yo nací en una familia humilde: los hijos de pobre que se hacen ricos por su propio esfuerzo e iniciativa suelen permanecer ricos. Son los que nacen en cuna de oro los que tienen más riesgo de perderlo todo. Esto es algo que siempre tengo en mente al educar a Silvia: no debe dar nunca por supuesto todo aquello de lo que disfruta y, por eso, me gusta que se relacione con personas de toda extracción. En Vigán, su amistad con Lino, el nieto de nuestro capataz, era una de las mejores enseñanzas vitales que ella podía recibir. Es un chico trabajador, como su abuelo, y de buen corazón, como su madre, la esposa filipina de Peruxo. Lo conocerá pronto, ya deben haberse embarcado en Manila.

—¿Es hijo de tu hermano?

—No, no. Lino es solo hijo de Teresita. Lo tuvo antes de conocer a Peruxo. Es un mestizo de sangley, hijo de padre chino y de madre indígena del archipiélago.

—¿Y dejas que la niña se relacione con ellos? —dijo Casilda dudosa.

—Por supuesto. Conocer de primera mano la bella diversidad intrínseca de los seres humanos es un punto de partida excelente, en especial para una jovencita que ha tenido la fortuna de crecer en una familia mixta. Con una madre española y un padre chino, tener un primo mestizo de sangley es muy natural.

—Aquí, en la península, no estamos acostumbrados a esos tratos, te lo reconozco. La sociedad está muy reglamentada. En especial en provincias, donde todo el mundo se conoce y está al tanto de la historia, real o inventada, de cada familia. Supongo que en las grandes capitales es más fácil pasar desapercibido. Pero mi amistad con tu tía Aureana, por discreta que fuera, me enseñó a no dejarme llevar por las apariencias.

—Pero divaga usted, tía, no ha respondido a mi pregunta: ¿por qué recibimos nosotras esta invitación?

—A la muerte del duque, se creó una comisión entre todos sus acreedores para liquidar su patrimonio. La Corona introdujo como secretario de esta a don Jorge Vicuña, también diplomático, que sirvió a las órdenes del duque ante el zar de todas las Rusias. Su majestad no ve con buenos ojos semejante acumulación de títulos y riquezas y desea que acaben distribuidas entre diversas familias. *Divide ut regnes*…

—¿Y a nosotras qué? —insistió Elba.

—Se va a organizar una ingente subasta de sus propiedades. Es de prever que el Estado se persone y adquiera algunas de las más significativas para España, pero no todas, pues son muchos sus acreedores. A esta jornada campestre se ha invitado a familias que puedan estar

interesadas y tengan la capacidad financiera para hacerse con una porción de este jugoso pastel. El tal Vicuña, al parecer, no tiene un gran concepto de su antiguo jefe. Y no le culpo, me horripilan semejantes excentricidades —dijo Casilda, dejando en su rostro expresión evidente del profundo rechazo que ese tipo de vida disoluta le generaba—. El evento es una suerte de pequeña venganza *post mortem* cargada de ironía: hacer una fiesta semejante a las que organizaba el muerto en vida, dejando constancia en las invitaciones de que murió en realidad pobre como una rata.

—¿Y usted quiere adquirir algo en esa subasta?

—Podría ser. Es la ventaja de los que hemos sabido vivir con cierta austeridad a pesar de disponer de algunas riquezas. El principio básico para lograr una vida tranquila es muy fácil, querida, no lo olvides nunca: «Tiene que salir menos de lo que entra». No hay mayor ciencia.

—Ya, pero si entra muy poco… —quiso cuestionar Elba a su tía para testarla.

—No hay excusa. Siempre funciona. Si logras que salga menos de lo que entra, el tiempo corre siempre a tu favor. Al principio, será más duro y más lento, eso es innegable. Pero el procedimiento a largo plazo funciona. Te lo aseguro. Si, además, los padres logran inculcarlo en sus hijos, el efecto, a lo largo de varias generaciones, es exponencial.

—Suena usted como uno de esos señores que teorizan sobre cómo funciona la sociedad, tía. Juan solía hablarme de alguno de ellos.

—¿Te refieres a David Ricardo, John Stuart Mill, Karl Marx…?

Elba abrió los ojos con asombro. Casilda sonrió.

—En la biblioteca del pazo encontrarás algunas de sus obras. Lo que yo te cuento son las conclusiones de mi experiencia.

Era la primera vez que Casilda exponía sus teorías a alguien, pues a lo largo de su fructífera vida, nadie había parecido interesado en aprender de ella.

—La causa de la opresión de las mujeres está en la falta de enseñanza, con carácter general, pero, sobre todo, en la total ausencia de educación financiera —continuó la tía con su exposición —. Esto es aplicable a cualquier ser humano, por supuesto, pero en el caso de las mujeres es un problema estructural. El entramado social ha excluido, una y otra vez, a las mujeres del conocimiento sobre cómo gestionar su dinero. La mejor manera de erradicar la pobreza, ya sea en un hombre o una mujer, no es darles regalos o caridad. A veces, pueden ser necesarios para salir de un apuro —concedió—. La clave está en ofrecerles educación. Saber cuáles son los afluentes y las cordilleras, la geografía, la literatura, la filosofía… Todo eso está muy bien, desde luego, pero lo imprescindible en la vida es la educación monetaria. Y esto es mucho más cierto en las mujeres. Educar a las mujeres en el arte de saber manejar su dinero tendría un efecto beneficioso para la sociedad ingente. ¡Hay tanto talento humano desperdiciado!

—Usted sería una gran maestra de economía, tía —dijo Elba, sin sombra de broma.

—Yo ya estoy vieja. Y, sobre todo, estoy demasiado acostumbrada a que nadie me tome en serio, aunque he conseguido aprovecharme de ello. Ahí te dejo una idea para ti o, quién sabe, si para Silvia: ¡educar a las mujeres a saber manejar su dinero, mucho o poco, el que ellas se ganen! Ese es un bello propósito de vida. Pero ya está bien de cháchara —quiso terminar Casilda, agotada por el viaje y metiéndose ya entre las sábanas—. Mañana tenemos cosas que hacer: hay que elegir bien el vestuario que llevaremos a El Capricho. La aristocracia es elementalmente impresionable, querida.

—Habla usted de «ellos» con distancia, cuando no deja usted de ser una gran heredera también.

—Como un día lo será tu hija —le recordó Casilda—. No es lo que recibas lo que te define, sino lo que haces con ello. No lo olvides nunca y asegúrate de que Silvia lo aprenda —remachó Casilda, ahuecando ya su almohada—. Por cierto, mañana iremos a visitar a una modista para que te haga unos vestidos nuevos al estilo de la capital.

—Pero yo tengo vestidos maravillosos, de las mejores sedas chinas y bordados por los dedos más primorosos de Kulangsu. ¡No le da pena ese derroche! —protestó Elba ya en la puerta.

—Es una inversión, para ponerte a la moda europea. Para hacerse respetar por esta gente, querida sobrina, hay que hablarles en su propio lenguaje —zanjó Casilda, soplando el candil sobre la mesilla.

34

Durante el desayuno, pidieron la ayuda de doña Micaela para ubicarse en el comercio madrileño de la moda.

—A El Capricho de la duquesa de Osuna, ¡nada más y nada menos! —repitió todo lo alto que pudo la pupilera para que los demás huéspedes que desayunaban en el salón, ajenos a la conversación, pudieran oírlo bien—. No se habla de otra cosa en la ciudad —les dijo a continuación en voz baja—. Es posible que vayan miembros de la casa real, con esto les digo todo. Por supuesto, deben ir bien preparadas —les advirtió de forma ya casi inaudible a tía y sobrina.

—¿Hace falta una preparación especial? —cuestionó Elba a doña Micaela, dando la mayor normalidad a su tono, mientras tomaba y mordía, a continuación, su tostada de pan con aceite de oliva con despreocupación.

—Claro, querida —eludió cualquier controversia al respecto la dueña de la pensión—. Por lo que veo en el programa, necesitarán ustedes varios modelos. Y no pasarán la noche aquí, ¡sino en el palacio de la finca!, pero dejarán aquí todas sus cosas, ¿verdad? —continuó en tono escamado.

—Sí. No se preocupe —quiso tranquilizarla Casilda, adivinando su preocupación por si le reclamaban el pago adelantado de esa pernocta—. Lo que vamos a agradecerle es que, cuando llegue el día, nos consiga también una berlina para llegar hasta allí. Es un trecho demasiado largo para hacerlo en un carruaje descubierto. No quisiera resfriarme.

—Por supuesto, díganos lo que se le debe a Agapita, la doncella, por su valiosa ayuda y al cochero también —quiso dejar claro Elba.

—Yo me encargo de todo, dénmelo a mí y yo me ocuparé de pagarles lo que corresponda a cada uno —respondió doña Micaela sin perder ocasión de intermediar.

—Bien, pero ahora lo que urge es hacerle a mi sobrina unos vestidos a la última moda.

—¿Y a usted no, tía?

—Con todo respeto, doña Casilda, me va a permitir usted el atrevimiento, pero ese polisón que me lleva delata su origen provinciano. Es más cristiano advertirla —recomendó la dueña de la pensión aparentando, con torpeza, no querer entrometerse—. Aquí ya nadie lo lleva. Escuche a su sobrina. ¡Hay que seguir los dictados de la moda de París! Es lo que se lleva —dijo, impostando resignación.

—No soy yo persona que haya seguido nunca los dictados de nadie. No lo hice de joven, mucho menos ahora de vieja. Mis vestidos son perfectos para mí. Es Elba quien debe estar elegante, a mí ya no me hace falta —zanjó Casilda, quien tenía muy poca paciencia para quien intentaba venderle milongas.

—¡Desde luego será una ocasión idónea para conocer caballeros casaderos de alcurnia! —recondujo la conversación doña Micaela, percatándose de que había pinchado en hueso.

—Claro, claro… —se limitó a responder Elba, como quien da la razón a un loco.

No había por qué perder el tiempo explicando a una desconocida que su corazón y su mente seguían impregnados del recuerdo del amor que Juan le había ofrecido. Habían transcurrido ya unos años desde que lo perdiera y a veces se preguntaba si no sería bueno para Silvia que ella buscara otro esposo para fundar una nueva familia que pudiera protegerla si algún día ella faltaba. Pero siempre había sentido que encontrar una pareja como la que ella formó con Juan, una de las que elevan, era algo azaroso, un golpe de suerte, que nunca se repetiría.

—No se preocupen —continuó doña Micaela—. También puedo ayudar a su sobrina a ponerse a la moda de la capital. Tendrá que delinearse los ojos con un poco de kohl y algo de carmín colorado en los labios no le vendrá mal para alegrarle el rostro. Además, en los alrededores de la Puerta del Sol, por la calle Montera y por la Carrera de San Jerónimo se concentran los talleres de innumerables modistas y sombrereras que se inspiran en los grandes de París. Dicen que en Barcelona hay dos hermanas, Carolina y María Montagne, ¡que hasta asisten, una vez al año, a los desfiles de Worth! El mismito que se inspiró en la gracia y elegancia de Eugenia de Montijo, española, por supuesto, y emperatriz de Francia. ¡Ahí es *ná*! —se arrogó los méritos de la aristócrata por ósmosis nacional la dueña de la pensión—. Aquí, en Madrid, hay también grandes modistas, no se crean. Esperen, tengo por aquí un ejemplar de la revista *El Correo de las Damas*, a ver qué referencias nos dan.

Doña Micaela fue a su dormitorio y regresó con una pila de revistas.

—¡Madre mía! Se deja usted un capital en esos boletines de chismes… —apuntó Casilda.

—No se crea —le dijo, acercándose a su oído la pupilera—. En realidad, las compra la marquesa de Salamanca. Soy muy amiga de la esposa del ayuda de cámara del marqués. Cuando la señora marquesa va a tirarlas, su marido las rescata para su esposa, quien, a su vez, al terminarlas, me las cede. Las noticias llevan ya casi un mes macerándose, pero entretienen igual, se lo aseguro.

Y chupándose el dedo índice, comenzó a pasar las páginas con dibujos de modelos hasta encontrar lo que buscaba:

—¡Aquí está! —exclamó, dando un golpe con la mano en la revista antes de comenzar a leer en voz alta—: «*Mademoiselle* Victorina, de quien les dimos referencias en nuestro número anterior, ofrece al público su taller de modista en la calle de Carretas, cerca de la Puerta del Sol. A su buen gusto y habilidad, de la que ya hemos visto algunas muestras, se reúne la circunstancia de que sus hermanas mayores *mademoiselle* Margarita y *mademoiselle* Patrocinio, acreditadas ya en esta corte, no dejarán de asistirla con su dirección y consejos. Nuestras damas conocen bien a las tres hermanas por los exquisitos trabajos que han hecho en uno de los talleres principales de esta capital. Abrieron hace un tiempo su propio atelier, hoy ya uno de los más apreciados por la alta sociedad matritense».

—Es justo lo que necesitamos —sentenció Casilda, para asombro de Elba.

Un par de horas más tarde, tía y sobrina estaban llamando a una puerta con una placa dorada, bien abrillantada, que anunciaba el atelier de las hermanas: El Tesoro de París. Una doncella abrió y las acomodó en un tresillo del salón de recibir. Pronto se les unieron las tres hermanas de cuyo virtuosismo y elegancia se hablaba en el folletín. Les sirvieron un café con dulces mientras ojeaban más revistas y decidían colectivamente qué habían de confeccionar para Elba.

—La alta sociedad madrileña se cambia de ropa al menos tres veces al día —explicó *mademoiselle* Margarita, la mayor de las hermanas.

—No darán ustedes abasto —se asombró Casilda con tanto dispendio.

—No paramos, para qué le vamos a decir otra cosa, señora Varela-Novoa —respondió *mademoiselle* Patrocinio, la segunda en edad—. Nuestra hermana Margarita, aquí donde la tiene, es la mejor modista de la capital: ¡una artista! Y no se lo digo porque sea mi hermana, es que es la pura verdad. Ustedes mismas lo van a comprobar.

—Pero no se crea… que esto no ha sido un camino de rosas, ni mucho menos. Al principio, el gremio de sastres de la capital se confabuló en contra de las modistas que osábamos «usurpar su espacio», decían los muy cazurros… —explicó *mademoiselle* Victorina, la más pequeña de las tres—. A las costureras, con su infinita paciencia y detalle meticuloso, bien que las querían en sus talleres dejándose la vista a la luz de los candiles por cuatro perras. Pero una cosa era coser y otra atreverse a diseñar, cortar y abrir nuestro propio negocio. Mis hermanas y yo decidimos hacer caso omiso a todas aquellas pamplinas: *«¡Tontás y papirulás!»*, que decía nuestra madre. No se pueden imaginar la infinidad de veces que nos dijeron que no seríamos capaces de regentar un taller de costura.

—¡De alta costura, niña! ¡De alta costura! —la corrigió su hermana Patrocinio.

—A mí se me han dado siempre muy bien las matemáticas, permítanme la inmodestia —dijo *mademoiselle* Victorina—. Matrícula de honor en regla de tres me dio la maestra del pueblo.

—Siempre ha sido muy estudiosa, sabe usted —reafirmó *mademoiselle* Margarita—. Lo mío ha sido más el dibujo.

—¡El diseño, niña! ¡El diseño! —la amonestó, de nuevo, *mademoiselle* Patrocinio.

—Discúlpela, fue maestra, de las mejores, pero nos trata a todas como si fuéramos las muchachas de la escuela —dijo la hermana más joven.

—Pero lleva razón —intervino doña Casilda—. Hay que empezar por darle a su trabajo el nombre que merece.

—A lo que voy es que no hay quién se atreva a sisarme un céntimo de peseta. Y un día eché cuentas y empecé a percatarme de que cosiendo para otros estábamos haciendo el canelo, perdiendo nuestra vida en hacer ricos a unos señores que se aprovechaban de nuestro tiempo —concluyó la hermana menor.

—¡Y de nuestro talento, niña! —apoyó *mademoiselle* Patrocinio—. Mire usted, los talleres se sostienen gracias a las manos y ojos de las costureras y nuestra gracia a la hora de combinar chifones, sedas, terciopelos y pasamanerías. Todo lo demás, podía aprenderse —explicó la mediana.

—Y decidimos aplicar la venta de nuestra herencia, una finca en Ciudad Real que nuestro padre, que en paz descanse, llamó El Tesorillo, a levantar nuestro propio atelier. Y aquí nos tienen. No nos permiten pertenecer al gremio, pero el público y las revistas de moda ya nos reconocen como las mejores de la capital —concluyó orgullosa *mademoiselle* Victorina.

—Ni falta que les hace pertenecer a ese grupo de anticuados señores que solo quieren proteger sus privilegios —dijo Casilda, admirando la elegancia del lugar y la desenvoltura de las tres hermanas—. A la vista está que les está yendo a ustedes de maravilla.

35

El saloncito del atelier El Tesoro de París estaba amueblado con un tresillo estilo Luis XVI en madera lacada beige y tapizado en un verde pálido metalizado, dos sillones a juego y una mesita de café con la tapa en mármol verde de Ubatuba. Todo el conjunto descansaba sobre una alfombra azul y roja, frente a la chimenea. Sobre ella, un cuadro, que reflejaba una calle lluviosa de la capital francesa, presidía la estancia.

—Usted lo ha dicho, señora Varela-Novoa, no nos va nada mal —le reconoció *mademoiselle* Victorina—. Gracias a que hemos sabido administrarnos bien y hemos sido bendecidas con la solidaridad de las señoras más pudientes de la capital. La alta costura ya no es solo cosa de marquesas y duquesas. Las esposas de los banqueros y empresarios son mucho mejores clientes, se lo digo yo —continuó la menor de las hermanas, encargada de la parte monetaria del negocio, dirigiéndose a Casilda.

—Esta alfombra es maravillosa… —dijo Elba—. ¿Es oriental?

—De Isfahán —respondió *mademoiselle* Victorina.

—Una alfombra persa genuina que nos hizo llegar su majestad Naser al-Din Sah Kayar, en su último viaje a Europa, en pago por un encargo muy especial —completó *mademoiselle* Patrocinio, que, por su anterior oficio en una escuela, de las tres hermanas era la más docta en casas reales.

—Mi hermana Patro lo sabe todo de historia. Puede nombrarle toda la genealogía real española, europea y de parte del extranjero —alabó ahora a su hermana mediana *mademoiselle* Margarita.

—Quizás en otra vida sea usted historiadora —le dijo Elba.

—¡Antes tendrían que hacer a la Pardo Bazán catedrática! —exclamó bromeando *mademoiselle* Patrocinio.

—Nada es imposible, ¿saben ustedes que los budistas creen en la reencarnación? —dijo Elba, dándole un sorbo a la taza de café con leche, esperando ver su reacción.

—¡Qué interesante! ¿Conoce usted alguno? —preguntó *mademoiselle* Victorina.

—Sí, he vivido en Asia —respondió Elba, satisfecha al comprobar que la curiosidad de aquellas mujeres era mucho más fuerte que cualquier prejuicio—. ¿Quizás algún día usted también visite tierras de Oriente? —quiso seguir provocándolas.

—¡Menudo dispendio! Quite, quite… ¡Dejémonos de soñar despiertas, señoras mías! —se rio la hermana pequeña, llamándolas al orden—. No han venido ustedes aquí a llevarnos de viaje, sino a hacerse unos vestidos de ensueño.

—Bueno, pero antes, cuénteme, ¿de qué se trataba ese encargo del sha de Persia? —quiso saber Elba, tan curiosa como ellas.

—Un retrato, bordado en tela de seda, de su amada primera esposa, Jeyrán. Hace ya más de tres décadas de su muerte y aún no ha logrado olvidarla —respondió la mediana.

Elba no dijo nada, pero su alma se identificó con la de aquel sha que no había conocido nunca. Su dolor por la pérdida de Juan también se le antojaba eterno.

—El virtuosismo de los dedos de nuestra hermana Margarita es famoso en toda Europa, sabe usted —continuó la pequeña—. Su habilidad para el bordado ha traspasado fronteras, llegando a oídos del sha. Una mañana apareció aquí, en este mismo salón, sin previo aviso. Se sentó en ese mismo sillón en el que está usted, doña Casilda. Y pidió reproducir el retrato de su amada en un minucioso trabajo a base de las más finas sedas que él mismo se encargó de hacernos llegar —continuó el relato *mademoiselle* Victorina rellenando la taza de café a Elba y a su tía.

—¿Otra flor en azúcar? ¿O prefieren un nicanor? Nos los trae un vecino, amigo de la familia de nuestra madre, oriundo de Boñar, en la provincia de León. Son unos hojaldres deliciosos. Pruébenlos, hagan el favor —les ofreció *mademoiselle* Margarita—. A nuestra madre le habría encantado conocerlas, pero la han pillado ustedes en misa.

—Es un placer conversar con ustedes señoras, pero dígannos, por favor, ¿en qué podemos ayudarlas? —apremió *mademoiselle* Victorina.

—Quiero un vestuario nuevo para mi sobrina. Hemos sido invitadas a unas jornadas en El Capricho de la duquesa de Osuna.

—¡En El Capricho, nada menos! —interrumpió *mademoiselle* Margarita—. Permítame que le tome medidas ahora mismo y que le muestre algunas de nuestras mejores telas —dijo la modista, poniéndose manos a la obra con presteza—. Para la mañana necesitará un vestido que denote alegría y para la noche uno que transmita elegancia —se animó la hermana mayor.

—Pero tenga en cuenta que soy viuda, no una jovenzuela casadera —aclaró Elba.

—Por supuesto —respondió la artista, realizando ya sobre la marcha unos bocetos sobre un cuaderno.

Era una mente creativa desbordante: comenzó dibujando un vestido mañanero con manga larga para el que le mostró a Elba una seda azul oscura con un estampado de ramilletes de flores de pétalos coral y tallos verdes. Después, hizo levantarse de nuevo a Elba para asegurarse de sus medidas:

—Contorno de pecho, noventa; cintura, ochenta, caderas… —iba declamando para que una de sus hermanas tomara nota—. Niña, ¿lo tienes? —la apremió.

—Sí, hermosa, sí… —respondió *mademoiselle* Victorina con paciencia.

—¿Y para el traje de noche? ¿Qué se te ocurre, Margari? —preguntó la mediana de las hermanas, mientras continuaba la conversación para darle tiempo a la artista—. Se rumorea que podría asistir la regente, doña María Cristina de Habsburgo-Lorena —puntualizó *mademoiselle* Patrocinio.

Mademoiselle Margarita continuaba moviendo el lápiz con soltura sobre el papel, levantando la mirada, de vez en cuando, como midiendo con la mente.

—Dese la vuelta con parsimonia, haga el favor —le pidió a Elba.

Sin bajar los ojos, sus manos realizaron durante unos minutos unos trazos al vuelo, que unas veces difuminaba con la punta del meñique y otras con el canto de la mano. Finalmente, *mademoiselle* Margarita giró su cuaderno y les mostró un vestido con escote palabra de honor y media cola, que dejó hasta a doña Casilda con la boca abierta.

—Le recomiendo este terciopelo morado, por el luto —dijo a Elba la hermana mayor, mostrando comprensión por ese dolor que aún transpiraron los ojos de su clienta al mencionar su

viudez—. Sobre él bordaremos, en hilo perlado de tonos malvas, flores de acacia en todo el corpiño y la falda. Un chifón malva también alrededor del escote dará a su cuello mayor protagonismo que al canalillo. Este debe quedar solo apuntado —se sonrió con un toque de picardía *mademoiselle* Margarita—. La viudedad no debe estar reñida con la elegancia, querida.

—¿Podría ser el chifón en tonos verdes? —apuntó Casilda, pensando que tenía el complemento perfecto.

—Por supuesto, tenemos una tela en el almacén, en ese tono y material, que es imponente y combina a la perfección con los malvas y morados —confirmó *mademoiselle* Victorina.

—¿Flores de acacia, dice? —preguntó Elba.

—Sí… —se limitó a asentir la hermana mayor sin levantar la mirada de su cuaderno.

—Serán las más apropiadas para esa noche —reafirmó la mediana.

—Háganos caso —remachó la pequeña.

36

En las siguientes semanas, fueron al atelier de las tres hermanas a varias sesiones de prueba. Después de la primera visita, Elba y Casilda fueron a comer a Lhardy, un restaurante en la Carrera de San Jerónimo, número 8, que desde 1839 servía bajo menú a lo más granado de la sociedad capitalina. La especialidad era el cocido madrileño: constaba de un primer vuelco de sopa de fideos con picadillo de jamón y pollo y un segundo vuelco con garbanzos, carnes de puchero, tuétano de caña, chorizo, morcilla, zanahoria, patatas y repollo. Tras semejante atracón, Casilda llegó a duras penas a la casa de huéspedes, donde enlazó siesta con noche.

Durante la segunda visita, Elba —a la que ya comenzaba a unir una amistad con las tres hermanas, fundada en una evidente afinidad arraigada en el deseo, que todas compartían, de ser dueñas de sus vidas— quiso dejarse aconsejar por ellas no solo en materia de estilo:

—Tiene usted unas hijas que valen un potosí —dijo doña Casilda a doña Victorina.

La madre de las hermanas, y de la que tomaba el nombre la más pequeña, era una señora alta y muy elegante. Vestía de luto con uno de los modelos marca de la casa.

—Me hubiera gustado que las tres estudiaran y así se lo dije a mi difunto Saturnino. Sin embargo, en estos tiempos que corren, una mujer está mal vista en las aulas universitarias, sería un escándalo. Para una señora viuda con tres hijas casaderas, es fundamental no dar que hablar —se justificó doña Victorina.

—Pues para no querer dar que hablar… salen sus hijas en las revistas como las más reconocidas modistas de la capital —recordó Casilda—. Pero entiendo muy bien lo que quiere decir, yo también he debido ocultar mis dones durante mucho tiempo.

—Hay virtudes que se empeñan en salir a la superficie como corcho en el agua —reconoció la madre.

—¿Quizás en otra vida? —recordó Elba su chanza, provocando las carcajadas de las tres hermanas.

—¡Sí, sí, en otra vida! —repitieron al unísono las tres rompiendo en una carcajada sorda.

—Pero en lo que llegan esas vidas, ¿qué nos recomiendan hacer con esta, ahora que podemos disfrutar de unos días en Madrid? —preguntó Elba.

—Teatros y cafés —respondió *mademoiselle* Patrocinio de inmediato.

—El final del verano y el principio del otoño es el momento del año más agradable en la capital. En esta época, por las mañanas, la terraza del café Gijón está muy agradable. Desde aquí, pueden ir caminando a lo largo del paseo de Recoletos. En el número 21 lo encontrarán —apuntó *mademoiselle* Victorina—. Fachada en madera y mármol blanco. En rojo, toldo, cortinas y tapizado de sillas y sillones. No tiene pérdida. Les recomiendo que pidan una horchata o un agua de cebada. Están deliciosas.

—Recuerdo que algo nos comentó de ese lugar el cochero que nos llevó a la pensión desde la estación a nuestra llegada. ¿Qué es el agua de cebada? —preguntó doña Casilda.

—Es una infusión típica de Levante, muy refrescante. Don Gumersindo, el dueño, es asturiano, como habrán podido imaginar por el nombre del local, pero en Madrid, recalan gentes de toda la geografía nacional. Como buen hombre de negocios, ha sabido incorporar las delicias más populares —dijo *mademoiselle* Margarita, tras quitarse el último alfiler de la boca cuando tomaba el bajo de uno de los vestidos—. A ver, haga el favor de girarse, que quiero comprobar que está igualado.

—Con la caída de la tarde y durante la noche, el salón se convierte en un hervidero humano: intelectuales, ministros, poetas malditos, empresarios acaudalados, cupletistas apasionadas, políticos de todo pelaje y filiación… —explicó *mademoiselle* Patrocinio—. Es un lugar que recibe a todo el mundo sin discriminación.

—Me gusta esa filosofía —dijo Elba, mostrando su interés.

—Filósofos también encontrará. Una muestra de la más amplia variedad del ser humano: exitosos banqueros y artistas de renombre conviven con no pocos fracasados eternos. Y todos se dejan parte de sus vidas allí, pontificando en las tertulias sobre lo divino y lo humano —señaló la madre.

—Pero sobre todo no pueden pasar ustedes por la capital sin ir algún día al teatro —recomendó la mediana de las hermanas.

—Mi hija Patro puede repetirles de memoria toda la cartelera de la ciudad —reconoció la madre.

—¿Cuál es el café al que sueles llevarme después de ir al teatro? —quiso hacer memoria *mademoiselle* Victorina preguntándole a su hermana mediana.

—Depende. Si vamos al teatro Príncipe Alfonso, recalamos en el café Gijón, ese del que les hablo. Pero si la función de esa noche nos lleva al teatro Apolo, entonces terminamos la velada en el café de Fornos. Tienen unas cenas de medianoche que están muy bien de precio y que atraen a todo el patio de butacas —explicó *mademoiselle* Patrocinio.

—Si conseguimos entradas para el estreno, puede verse a más de un crítico tomar notas a hurtadillas para su artículo del día siguiente —recordó *mademoiselle* Victorina, alcanzando las tijeras a su hermana mayor que remataba un botón nacarado del corpiño del vestido de noche, en terciopelo morado, de Elba.

—Para ir al café de Fornos: desde la Puerta del Sol, bajan ustedes por la acera de los impares de la calle Alcalá. Hace esquina con la calle Peligros. Los techos se adornan con unos frescos alegóricos al té, al café, al chocolate y a los licores. ¡Una belleza! —completó *mademoiselle* Patrocinio.

—Gustavo Adolfo Bécquer, el director de la revista *La Ilustración de Madrid*, dijo en un artículo, a propósito de su inauguración, que «el arte ha pasado de las iglesias a los cafés» —recordó *mademoiselle* Victorina, declamando como si fuera el poeta.

—Mi hermana conoce muchas poesías —alabó la mayor de las hermanas a la más pequeña, mientras recogía las bobinas de hilos de colores en el costurero.

—El Fornos tiene la ventaja de que cuenta con un sistema de ventilación que permite renovar el aire cargado del humo de los puros, sin necesidad de abrir las ventanas. En las frías noches de invierno madrileñas, es algo que se agradece. Tanto humo no es bueno —continuó su explicación *mademoiselle* Victorina.

—Especialmente para mí, padezco de los bronquios de toda la vida, sabe usted —reconoció la

madre del trío—. Mi hijas están siempre pendientes de mí.

—En su próxima existencia, será usted doctora entonces, si ese fuera su deseo —adjudicó Elba un nuevo porvenir dirigiéndose a *mademoiselle* Victorina para completar el juego de imaginar nuevas vidas.

—¿Por qué no? —dijo Margarita—. Nuestro padre era médico y mi hermana es muy ordenada y trabajadora, si ella se lo propone…

—Solo si Margari es mi enfermera —le respondió *mademoiselle* Victorina, siguiendo con el divertido pasatiempo de inspiración budista que les había traído esa clienta y nueva amiga llegada desde los mares del Sur.

—Volviendo al tema, si ustedes quieren encontrarse a todo el que es digno de ser conocido en esta ciudad o si desean ser vistas, deben ir al Fornos. Ha sido idea del marqués de Salamanca y uno de sus empleados quien lo ha llevado a cabo. Como podrán imaginarse, los miembros de las sagas más acaudaladas de la capital se dejan ver entre sus muros —explicó la mayor de las hermanas, pasando una plancha sobre la tela que habría de servir para rematar el escote.

—No tengo interés en ser vista por nadie en especial —aclaró Casilda—. Más me interesa la refrescante conversación de señoras como usted y sus hijas, doña Victorina. Podríamos ir juntas algún día a alguno de esos cafés o al teatro, ¿qué le parece? Es usted una adelantada a su tiempo. Ha criado sola a tres mujeres de lo más interesantes. Nadie como usted para descubrirnos el quién es quién de la capital.

—Con mucho gusto, doña Casilda. Conocer gente nueva no hace daño. Hay que llevarse bien con todo el mundo.

Las seis mujeres entablaron gran amistad en aquellas semanas en las que, entre prueba y prueba, asistieron a los últimos estrenos teatrales, tomaron churros y porras en los más populares cafés, pasearon por los jardines del Retiro comiendo barquillos y escucharon a organilleros de gorra, chaleco de cuadros y pañuelo blanco al cuello. Doña Casilda y doña Victorina caminaban la una del brazo de la otra, las dos de luto riguroso y siempre algunos pasos por detrás de Elba y las tres hermanas. Había que dejar espacio suficiente para que las jóvenes se divirtieran, pero tampoco demasiado, por si algún joven, confundido por el jolgorio que desplegaban, se les acercara con malas intenciones. Esos días dieron para mucha conversación entre todas ellas, en especial entre las dos señoras mayores, que parecían tener mucho en común.

Entre risas y confidencias, descubrieron la palpitante vida madrileña, hasta que llegó el gran día: con vestuario renovado a la moda de París, confeccionado con primor manchego en la capital de España, y sus mejores joyas asiáticas y gallegas en los baúles, Casilda y Elba se acomodaron en una berlina reluciente de color negro y con bordes en madera granate. Doña Micaela se asomó por la ventana para despedirse:

—Llevan todo lo que necesitan. Que el sol las guíe.

El cochero azotó a los dos caballos y comenzaron el trayecto hacia El Capricho. Pronto Elba quiso asegurarse de que había entendido toda la información que su tía había ido proporcionándole en las últimas semanas desde que salieran de Vilaescura. Una de las mejores enseñanzas que Juan le había regalado, como buen comerciante, era que uno debe ir siempre bien preparado a cualquier reunión de negocios, habiendo aprendido todo lo posible del contexto y de los presentes.

—Es decir, que vamos a que usted decida si hay algo del patrimonio de los Osuna que pueda interesarle para pujar en la subasta.

—Y para hacer conocimientos entre la pujante burguesía financiera de la capital que está desplazando a la aristocracia —abrió su tía otro capítulo informativo para nueva sorpresa de Elba —. Doña Victorina tiene muchas relaciones entre las mejores familias en la capital. Es una mujer con un gran don de gentes, se nota que se crece en el contacto social. Ha sido un gran acierto conocerla. Nuestros paseos por Madrid han sido de lo más instructivos. Me ha puesto al día de los principales nombres de la Villa y Corte. Me ha contado que el viejo Ignacio Salomón Bauer está cada vez más enfermo, así que quizás envíe a su hijo Gustavo a las jornadas de El Capricho.

—¿Y quién es ese señor? Disculpe usted mi ignorancia —quiso saber Elba, que temía perder el hilo de lo que fuera que tramaba su tía.

—Según doña Victorina, se trata de un judío húngaro, representante en España de la Casa Rothschild desde mediado el siglo. Fue colaborador de Daniel Weisweiller, el otro apoderado de la familia, que falleció hace un par de años, concentrando la labor en solitario desde entonces don Ignacio. Los Rothschild son los mayores inversores que hay en España en estos momentos. Esta banca judía europea y, en concreto, el tal don Ignacio, ha tenido un papel muy reseñable en la extensión del ferrocarril en nuestro país, por medio de la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante. Gracias a esta se levantó la estación del Mediodía. Esa que nos enseñó el cochero el día de nuestra llegada, ¿la recuerdas?

—Sí, claro, dijo que la habían inaugurado hacía poco.

—Hace un par de años. Este ramal oriental que nos unía a Europa se desarrolló antes que el occidental que llega a Galicia y en el que nosotros tenemos participación gracias a la visión del tío Pierre-Louis y de don Pedro Santalla, pariente de tu padre. Nuestra conexión con Madrid ha hecho que se reduzca el aislamiento de nuestras tierras y que prolifere el comercio.

—Nunca he conocido a un judío —reconoció Elba—. En Asia, he conocido musulmanes de Joló, algún budista en Fujian y seguidores de la filosofía confuciana en Amoy y Kulangsu, pero no recuerdo haber conocido judíos.

—Son grandes banqueros —dijo Casilda con reconocimiento— y muy endogámicos. Han sufrido mucha persecución, no les reprocho que no se fíen de nadie más que de su propia estirpe. Ambas cosas les han granjeado la incomprensible animadversión de algunos sectores. ¡Qué tendrá de malo saber gestionar el dinero y querer que se quede en la familia! Que el fruto de tu trabajo llegue a tus hijos es una aspiración legítima de cualquier ser humano, ¿no te parece? —apuntó Casilda, pragmática como siempre—. Aquí, en España, los políticos se han traído mucho lío quitando y poniendo el impuesto de sucesiones en las últimas décadas. No he seguido mucho el tema hasta ahora, la verdad, pues no tenía herederos conocidos. Pero ahora que ya estás aquí, deberemos estudiar esta cuestión.

Elba no estaba muy preocupada por la política, así que decidió eludir esa conversación y regresar al motivo de su excursión a las afueras de Madrid.

—Pero tía, hay una cosa que aún no entiendo: ¿por qué venía la invitación a este evento tan selecto en un sobre con una *vesica piscis*?

—Porque las Hijas de Sejmet nos la han conseguido.

37

Elba se quedó pensativa y empezó a atar cabos:

—¿El Tesoro de París quizás no era solo un atelier de moda?

—La compañía de doña Victorina y sus hijas nos ha hecho, no solo más elegantes, también más sabias. ¿No te parece? Nos han preparado no solo en vestimenta, también en conocimientos capitalinos. Una manera de identificar si se ha encontrado una Hija de Sejmet es que, de las conversaciones con ellas, una nunca sale de vacío. Siempre aprendes algo, siempre te ayudan en algo. Doña Victorina y sus hijas, como mujeres cultivadas y de progreso que son, también son «sejmetianas», por supuesto.

—Así que no fuimos a ellas guiadas por una revista de moda como nos intentó hacer ver doña Micaela… Estaría bien que me contaran toda la verdad alguna vez…

—Cada cosa a su tiempo, querida. Es demasiada información para asimilarla de golpe —recomendó Casilda.

—Pero, al menos, acláreme: ¿qué quieren las Hijas de Sejmet de este evento? —Elba estaba realmente intrigada.

—No pocos miembros del Gobierno estarán presentes en esta jornada campestre —comenzó su explicación Casilda.

—Y entre ellos el ministro de Ultramar —hiló Elba.

—Está claro que eres sobrina mía. Con nuestra presencia en esta subasta y lo que la rodea todas salimos ganando. Como te comentó Mariana, al parecer, el ministro está interesado en obtener más información sobre lo que está sucediendo en Filipinas. Las Hijas de Sejmet quieren atender el deseo del ministro ofreciéndole una visión de alguien que conoce bien los entresijos de aquella sociedad, desde una perspectiva que nadie le ha dado hasta ahora. Nosotras las ayudamos a ellas y ellas a nosotras, las Varela-Novoa, dándonos acceso a la subasta más importante de este fin de siglo en nuestro país. Apoyo mutuo, el principio fundamental de nuestra hermandad femenina.

Solo podía admirar a aquella mujer que, a sus años, mantenía intacta una ambición que solo los varones tenían permitido desplegar. La mayoría de las señoras de su edad y posición se dedicaban, como mucho, a las artes y otros entretenimientos sociales, cuando no simplemente a sus labores, pero no se confabulaban de aquella manera tan natural. Elba giró la cabeza hacia la ventana del carruaje y se quedó pensativa con la mirada perdida viendo pasar los amarillos campos de ese final de verano castellano. Aquel horizonte de un dorado brillante dominado por un sol imponente se le antojó tan diferente del mundo en verde que había vivido en Galicia e Ilocos.

—A ver si he conseguido entenderlo, tía. Las Hijas de Sejmet forman una red: un grupo del que solo pueden ser miembros mujeres, que carece de jerarquía, ni de rituales de iniciación de

ningún tipo. —Quiso aprovechar Elba la confidencialidad de la berlina para recapitular todo lo que había aprendido antes de llegar a su destino.

—Eso es. Abre la ventanilla, hazme el favor, creo que está atascada y con ese sol justiciero cayendo sobre el techo de este carruaje estoy comenzando a sentirme sofocada —le pidió Casilda, a la vez que sacaba un abanico negro con florecillas pintadas en la tela para darse aire antes de continuar con su relato—: Es así porque uno de los principios fundamentales de nuestra hermandad es estar convencida de la igualdad intrínseca entre los seres humanos, mujeres, por supuestísimo, incluidas. No aceptamos más jerarquía que la de nuestra propia razón. No es necesaria iniciación porque nadie puede permitirte o prohibirte ser miembro, sino que es una decisión vital de cada una de nosotras reconocer nuestro propio valor, afirmarlo en el mundo y aceptar este compromiso de apoyo a otras mujeres. Tampoco son necesarios ritos porque la membresía viene dada por un proceso natural de reconocimiento mutuo, como el que tú experimentaste, primero, con Aureana, después con Leona y más recientemente conmigo. O el que hemos vivido estos días con las dueñas del Tesoro de París.

—No puedo negar lo que yo misma he vivido —reconoció Elba.

—Eso fue para mí lo más poderoso: primero, lo experimentas, y solo entonces alguna hermana le pone nombre a lo que tú misma has vivido, haciéndotelo evidente. Al revés, no funciona. Con mi desconfianza ante el mundo que me rodeaba y que yo percibía muy hostil, junto con el fuerte carácter que, para defenderme, he desarrollado a lo largo de mi vida, si alguien hubiera venido a convencerme de que me uniera a una hermandad, lo habría mandado a hacer gárgaras —imaginó Casilda en voz alta, sonriéndose ambas con la situación que recrearon.

El cochero tiró de las riendas de los caballos para que aminoraran el trote y, finalmente, paró el carruaje a la altura de un aguador que avanzaba a pie tirando de un borrico que portaba cuatro cántaros, dos en cada lomo por la vereda del camino.

—¿Se les ofrece a las señoras un poco de agua fresca? —preguntó el cochero mientras de un salto bajaba del pescante y se acercaba al cantero.

—Sí, sí, muy oportuno —agradeció Casilda—. No sé cómo aguantan ustedes este secarral castellano. Aún es temprano y ya se nota el calor que se viene.

El azacán sacó un cestillo de la alforja del animal en el que llevaba tres vasos de cristal y preguntó a las señoras.

—Si lo desean puedo añadirles unas gotas de anís, de limón o un poco de canela.

—¡Agua de canela para mí! —pidió Elba pensando que aquella referencia a la especia que guio su vida junto a Juan era un guiño que él le hacía desde donde fuera que estuviera su alma.

—Para mí está bien así, sin añadidos.

—Y hace usted bien, porque no hay mejor agua que la de Madrid. Mire, mire esta. Es de un color zarco casi transparente —dijo el aguador, echando un chorro en el vaso de Elba, primero, para mostrar su producto—. La gente pelea por si es mejor el sabor del bajo o del alto Abroñigal, pero, a mí, la que más me gusta es esta que traigo desde la fuente del Berro.

—Muy bien, pero la mía la pone usted en este vasito —le instruyó Casilda, extendiéndole un cubilete de plata repujada con la mano fuera del carruaje.

—Como usted guste, señora. Pero sepa usted que mi agua es de primera calidad, pues yo, como aguador reconocido que soy —dijo el hombre, mostrándole con orgullo la cinta encarnada que llevaba al cuello con el número de licencia y el escudo municipal—, en el zurrón llevo la placa de latón con mi número, mi nombre y la fuente a la que estoy asignado. Si quiere usted comprobarlo, solo cargo en el caño público que me corresponde, que cumple con todas las

reglamentaciones y que nos adjudica la alcaldía en exclusiva al muy honrado gremio de aguadores.

—No lo dudamos, buen hombre, ¿pero tiene usted un acento que me es familiar? —preguntó Elba para distraer la conversación y que el hombre olvidara su pretendida ofensa—. ¿De dónde es?

—De la playa de A Lanzada, provincia de Pontevedra.

—*Un paisano galego!* —exclamó Casilda—. *Pois sírvame outro vaso, home!*

El aguador dejó su protesta a un lado y, estirándose la blusa de percal azul sobre la faja roja de su uniforme de verano, llenó, con la mejor disposición, el cubilete de plata, por segunda vez, a la señora.

—Aquí en la capital, esto del agua es una cosa muy seria, mire usted. El agua es como un elixir exquisito. Yo tomé el puesto que dejó mi padre al morir —le explicó mientras se lo acercaba al carruaje—. Tuve que pelear por él, no crea. En mi pueblo, lo querían varios, *aínda que é un traballo duro isto de carrexar os cántaros para arriba e para abaixo.*

—¡Un buen vaso de agua resucita a un muerto! —exclamó Casilda.

—Es esta una conversación muy entretenida, señoras mías, pero si continuamos de cháchara, a este paso no llegamos a su destino —advirtió el cochero, pasándose un pañuelo por la calva sudorosa antes de recolocarse la gorra.

Casilda quiso hacer los honores monetarios, dejando una buena propina, que el azacán agradeció con una pomposa reverencia y retomaron el camino hacia una alameda que se divisaba al fondo y que prometía algo más de sombra. Solas de nuevo en el carruaje, Elba se fijó en el pequeño vaso de plata que su tía se guardó en el bolso y en el que había grabada una *vesica piscis.*

—En la hermandad de las Hijas de Sejmet no habrá ritos, pero sí tienen símbolos —continuó indagando Elba, apuntando al cubilete.

—Una mínima simbología es necesaria. La *vesica piscis* es el portal que nos abre un mundo de relación que otros nos cierran por el mero hecho de ser mujeres. Este vaso de plata fue herencia del tío Pierre-Louis, lo llevaba siempre consigo para emplearlo fuera de casa, en sus viajes, para evitar contagios o… envenenamientos. Yo añadí la *vesica piscis*.

—¡Vaya! Pues sí que es peligrosa la vida en esas sociedades suyas.

—Todo lo que conteste a un poder establecido es temido y, en consecuencia, perseguido. Conviene ser cuidadosas.

38

Fueron sobrepasando algunas parejas de la Guardia Civil apostadas a lo largo de la ruta. Si aquella jornada campestre iba a reunir a lo más granado, estaba claro que los organizadores habían querido asegurarse de que se mantenía limpia de bandoleros. Con uniforme de servicio en despoblado, para no llamar la atención, cada guardia lucía pantalón y casaca azul tina con puños y cuellos de color grana. Del correaje de cuero anaranjado colgaban tres cartucheras de munición para su fusil Remington con bayoneta y, de la espalda, una pequeña mochila rectangular. Todos dieron el alto al carruaje y con todos el cochero siguió el mismo ritual, mostrándoles la invitación, que ellos leían con detalle al tiempo que se acercaban a la ventana para comprobar quién iba dentro. Saludaban solícitos a las señoras llevándose la mano derecha al tricornio de hule negro y permitiéndoles a continuación el paso.

—¿No hay Hijos de Sejmet? —continuó Elba la conversación—. Un hombre podría compartir estos principios —dijo, recordando a su marido—. Ahora comprendo que Juan quisiera que sus últimas palabras para mí fueran *vesica piscis*… Muy posiblemente sabía de la existencia de las Hijas de Sejmet por Leona Florentino. Y, quizás, Angélica López Rizal, quien, finalmente los hizo llegar a mis manos en nuestro encuentro en el templo de la logia Corintia de Kulangsu, también lo era…. ¿Será que ella también era una Hija de Sejmet? ¿No podría Juan haber sido un Hijo de Sejmet?

Ese mensaje oculto que Juan, en aquella pelea en Manila, no había querido llevarse consigo la tenía intrigada desde hacía años y en ese viaje al jardín de El Capricho en Madrid parecía empezar a tomar cuerpo ante sus ojos.

Casilda dejaba que Elba sacara sus propias conclusiones, pero, en ese punto, creyó oportuno aclarar:

—No, no hay Hijos de Sejmet. Es una hermandad exclusivamente femenina. Ello no quiere decir que no accedamos a ayudar a los hombres con los que compartimos principios o intereses, pero la petición debe venir de una de nosotras. La iniciativa ha de ser femenina. No puede haber Hijos de Sejmet porque la finalidad de la hermandad es compensatoria de una desigualdad preexistente: las mujeres solemos ayudar por defecto. Hay un impulso colaborativo innato que acaba haciendo de la mayoría de nosotras dadoras netas, de una forma u otra. Supongo que para garantizar la supervivencia de la especie o algo así. Yo no tuve hijos, pero sí sentí la responsabilidad de asegurar un buen futuro a mis hermanos y ahora a ti y a Silvia. Sin embargo, en el entorno que nos ha tocado en gracia, este impulso se ha visto manipulado para hacernos creer que, al ser nuestra naturaleza, ese esfuerzo nuestro no debe ser valorado. Se considera algo para lo que estamos predestinadas, algo que es nuestra obligación natural, algo que debemos hacer sin recibir nada a cambio.

—Como las modistas, a las que se permitía ofrecer su costura a precio de saldo, pero no pueden ser miembros del gremio de sastres para que este defienda también sus derechos —dijo Elba, pensando en la historia de las tres hermanas.

—Eso es. En este mundo, ellas parece que solo tienen la obligación de ofrecer su trabajo, ningún derecho de reclamar un salario justo, aunque su aportación sea clave para el resultado. Escúchame bien una cosa —dijo entonces Casilda con tono severo, recordando su vida—. Si hay una enseñanza que quiero dejarte es esta: tu única obligación es para contigo misma. Si tú no valoras tu tiempo, siempre habrá alguien dispuesto a desperdiciártelo. Si tú ocultas tu esfuerzo, nadie lo apreciará. Si tú no cuidas de ti, nadie lo hará. Si tú no te respetas, nadie te mostrará el suyo. Si tú no proteges tu cuerpo, siempre habrá alguien dispuesto a utilizarlo. Tú solo tienes esta vida, no se la regales a nadie que no sepa apreciarla —añadió con la memoria puesta en su hermana Romanita—. Tu enamoradiza madre no supo hacerlo. La vida se le escapó entre los dedos, como un puñado de arena de playa. Y yo no supe enseñárselo —terminó con la pena empapando sus palabras.

—Los varones parten de un escenario en el que su aportación al mundo es apreciada como algo valioso. En este contexto, si se admitieran Hijos de Sejmet en la hermandad, volveríamos al desequilibrio originario y este no se compensaría —dedujo Elba.

—Tú lo has dicho. Pero la primera obligación ha de ser nuestra. Antes de pedirle a nadie que respete tus decisiones, debes tomarlas, debes responsabilizarte de tu propia vida. Es necesario que las mujeres se hagan dueñas de sí mismas, más allá de las expectativas que otros tengan sobre lo que deban o no hacer con sus vidas. Las Hijas de Sejmet, antes de nada, hacemos un llamamiento a la propia responsabilidad individual de cada mujer sobre sí misma, sobre su destino. No perdemos nuestro valioso tiempo culpando eternamente a nadie, sea hombre o mujer, ser vivo o muerto, sobre lo que nos pasa. En su lugar, tomamos las riendas de nuestra vida ¡y punto! Ningún varón que merezca a una Hija de Sejmet a su lado le reprocharía que él no pueda participar en la hermandad porque lo que nos hace valiosas es que nosotras no permitimos que nadie limite nuestra libertad de elección.

—¿Y por qué tanto secreto? —quiso saber Elba.

—Digamos que es solo una reserva táctica. En esta sociedad podría resultar poco práctico hacer pública nuestra red de apoyo femenino. Llegará un día en el que, quizás, las Hijas de Sejmet salgan a la luz pública, orgullosas de sí mismas. Y otro día, quién sabe cuándo, en el que la hermandad llegue a su fin por innecesaria. Ese es el que más ansiamos: el día en que todos juguemos en un plano equilibrado, y entonces, con la misma naturalidad con la que nos constituimos, nos disolveremos. Sin ritos, ni ceremonias, sencillamente dejaremos de sernos necesarias.

—Ya veo… —absorbía Elba toda aquella información que encajaba en su alma con la perfección de un puzle gigante.

—Mientras que ese día llega, los varones se benefician también de la existencia de las Hijas de Sejmet, pues no existe el más mínimo inconveniente en apoyar planteamientos que nos hagan varones, siempre que sirvan para acabar con el verdadero pecado original. No el de la manzana de Eva, no. Historieta nefasta, por cierto —espetó Casilda con desprecio—, por la que nosotras y todos nuestros hijos nacen culpables. ¿Lo ves? ¡Llevan siglos pretendiendo hacernos creer que llegamos a esta vida debiendo! ¡Utilizan una culpa inventada, por algo que ni siquiera hemos hecho nosotras, para manipularnos! ¡Para mantenernos en una posición de sumisión esclava por el hecho de haber nacido mujer! —se enfurecía por momentos—. La ausencia de equilibrio

inicial en el valor que se le da a un hombre y el que se le reconoce a una mujer, ese es el verdadero pecado original —sentenció Casilda—. Algún día alguien reescribirá esa historia. Y muy probablemente sea una Hija de Sejmet.

—Comprendo lo que quiere decir, tía. Sin embargo, hay algo que sigo sin ver claro en todo esto: ¿qué interés tienen las Hijas de Sejmet en que yo hable con ese ministro?

—Que el ministro Becerra pueda comprender, desde otra perspectiva, lo que sucede en Filipinas nos ha parecido una causa digna de las Hijas de Sejmet, porque esa interpretación vendría a través de los ojos de una mujer: tú, Elba. La Historia, con mayúscula, se ha construido con las interpretaciones que solo varones han hecho de lo que acontecía, con las decisiones que solo varones han tomado sobre lo que interesaba o no a la comunidad.

—En Filipinas hay mujeres ya iniciadas en las logias, como también las hay en España, en nuestra Galicia, Mariana sin ir más lejos. Quizás todo eso no sea una casualidad… —apreció Elba—. ¿Y me decíais que esto es algo pionero en el universo masónico?

—Así es.

—Que un hombre maravilloso, como era Juan, conociera a las Hijas de Sejmet es posible que tampoco fuera una casualidad. Más bien todo adquiere ahora mucho más sentido.

—En efecto, hay hombres buenos para los que la existencia de las Hijas de Sejmet nunca ha representado ninguna amenaza, pues valoran a las mujeres poderosas como a sus verdaderos iguales. Del mismo modo que ellos disfrutan de círculos, pasatiempos y organizaciones donde se reúnen con otros hombres, comprenden que algo semejante pueda ser objeto de bienestar para las mujeres.

—Son varones a los que el goce de las mujeres no les resulta amenazante. Quizás por eso también mi Juan era tan buen amante… —le guiñó un ojo Elba a su tía.

—¡Es posible! —se rio Casilda—. En ese campo no puedo sacar conclusiones —reconoció —. Para mí, el matrimonio nunca fue un buen cálculo. Simplemente, no me salía la cuenta. Tu tío-abuelo Pierre-Louis fue también uno de esos hombres que, lejos de regocijarse en mantenernos sumisas, me apoyó siempre en mi empeño de mantener el control de la fortuna familiar, de aquello que daba soporte a nuestras vidas. Por eso, antes de morir, quiso ayudarme a entrar en contacto con las Hijas de Sejmet. Ha sido la mejor herencia que jamás he recibido. Pero volvamos al motivo que nos trae aquí.

—La escucho —mostró Elba su mejor disposición, cuando el carruaje entraba ya en la frondosa alameda.

—Las Hijas de Sejmet, a través de los mares, más allá de las fronteras de cualquier estado, por encima de los intereses de todos los partidos políticos o de los límites que imponga ninguna religión, allende los ritos que dicte organización alguna, te sostienen hoy para que tú, Elba Varela-Novoa de Syquia puedas hablarle a quien está en el centro de la toma de decisiones sobre el futuro de las islas Filipinas. Porque tu opinión merece ser escuchada: ofrecerás una perspectiva que nadie podría dar, tu aportación es única. Nunca dudes de que tu opinión es valiosa. Que haya un ministro interesado en escucharla es un momento, posiblemente irrepetible, que podría determinar el curso de la historia de España.

—¡So! —se oyó al cochero dar orden a los caballos—. Señoras, hemos llegado al jardín de El Capricho —dijo, apuntando con la fusta a la puerta de hierro forjado.

39

Manila.

Siguiendo las instrucciones de don Faustino, Hugo había entrado a trabajar en la Compañía General de Tabacos de Filipinas como contable. Tal y como decía el anuncio, que encontró colgado en el tablón de la naviera en el puerto, se personó en las oficinas centrales en la avenida del marqués de Comillas, 936, de Manila. Le informaron entonces de que iban a hacerle unas pruebas. Al percatarse de la larga fila de hombres que en la puerta esperaban su turno con el mismo interés, por un momento dudó poder conseguir el empleo. Debido al elevado número de candidatos, el director había ordenado hacer una selección y se establecieron unos exámenes matemáticos, para estar seguros de que empleaban al contable con mayor habilidad mental, que resultó ser él. Para sorpresa de todos y del propio Hugo también, quien no recordando ni una pizca de su pasado, resultó tener memoria prodigiosa para el cálculo veloz.

Su misión consistiría en revisar y vigilar que no había descuadres, que nadie robaba a la compañía a lo largo de todo el proceso de producción: desde la plantación, durante el paso del tabaco por la casa de curación, en la escogida y en el agrupado de las hojas según el tipo, en el despabilo y en su fermentación en las parrillas de secado hasta, finalmente, llegar a la prensa. Después, con el fin de reducir el coste y poner coto al extravío, debería organizar el transporte por el río Cagayán hasta llegar a los almacenes en Manila.

—Mire, señor…

—León. Hugo León, para servirle.

—Como le iba explicando, señor León… —le instruyó el subdirector de la compañía cuando le despedía hacia su primer viaje a Cagayán—, hasta ahora los frailes han venido haciendo de su capa un sayo en las provincias. No digo yo que no hayan traído buenas cosas a estas tierras, pero ha llegado el momento de modernizarse —comenzó la lección dando un tajo al cigarro con un cortapuros de plata que sacó del bolsillo de su chaleco—. La política de secularización que se vivió en la península en las últimas décadas no se introdujo en estas islas y es ahí donde está el origen de que durante siglos las Filipinas hayan sido una colonia deficitaria. Aquí no se extendió la desamortización. Bueno, hasta el fin del monopolio sabiamente promovido por el señor marqués, don Antonio López y López Lamadrid, que Dios tenga en su gloria. Aquello no dejó de ser una suerte de desamortización estatal, si usted me entiende.

—¿Quiere usted decir que el marqués se ha quedado con la propiedad del Estado? —respondió Hugo, intentando descifrar lo que aquel peninsular pretendía decirle.

—¡Hombre, dicho así…! —se escandalizó con escasa verosimilitud el directivo mientras alumbraba el puro—. Digamos que el difunto señor marqués tuvo una muy estrecha relación con la corona. Y su hijo, don Claudio, es un fervoroso defensor de la causa monárquico-alfonsina.

—O sea que, a nosotros, a la compañía, quiero decir, nos gustan el rey y Dios, pero no los frailes…

—Es usted tan ágil para los números como para la política: a ver, el actual marqués es muy meapilas, eso es verdad…

—¿Se orina en la iglesia? —preguntó Hugo, confundido por el modismo.

—Piadoso, quiero decir, que es muy piadoso… ya me entiende —se reconvino el subdirector, comprobando el tiro del puro—. Podríamos decir que los señores marqueses han sido liberales en lo tocante a la economía, pero no en lo relativo a la política. Para sus intereses, tiene lógica: su enganche privilegiado con el núcleo de un poder centralizado está en el origen de los contratos exclusivos que consiguen del Estado y que pingües beneficios nos dan a todos los que trabajamos a sus gratas órdenes. Una vez conseguido el chollo, eso sí, prefiere que les dejen manos libres para gestionarlo como mejor les convenga, como es natural. Los políticos no saben cómo hacer próspero un negocio.

—Entiendo —afirmó Hugo para dejar hablar tanto como quisiera a aquel segundón de la compañía, ávido de atención.

—Los hombres de espíritu liberal, en la península, promovieron la creación de una administración profesional, al margen del control de las órdenes religiosas. Esto aquí no se ha logrado. Por eso, nos corresponde ahora, con este impulso privatizador, introducir nuevas formas de gestión más eficientes. Esta noble labor que ha introducido el marquesado de Comillas en el archipiélago es lo que está haciendo florecer la economía de estas islas por primera vez. Ello pasa indefectiblemente por dejar de lado al clero regular que durante los últimos trescientos años ha asumido muchas de las funciones administrativas —continuó la lección, regocijándose en el humo que espiraba con parsimonia—. Y se preguntará usted, ¿por qué le cuento yo todo esto?

—Pues, sí…

—Para que usted aprenda de quién debe fiarse y de quién no, cuando vaya por esos campos de las provincias de Cagayán e Isabela.

—Entiendo: desconfiar del cura.

—Del cura diocesano, no. Del fraile.

—¿Son distintos?

—Sí. El clero secular, el arzobispo y su jerarquía eclesiástica son una cosa… No le vaya a llegar a don Claudio queja de que les importunamos. ¡Cuidado con esto! —le advirtió, apuntándole con el puro—. Otra muy distinta es el clero regular de las cinco órdenes religiosas que se puede encontrar usted a lo largo y ancho de las plantaciones del archipiélago.

—¿Cinco? —se sorprendió Hugo.

—Algunas más, de hecho. Pero, sobre todo, se va a topar usted con agustinos, franciscanos, jesuitas, hospitalarios de San Juan de Dios y, en este primer viaje a Cagayán, principalmente dominicos —siguió su parlamento el subdirector mientras olisqueaba el humo que subía desde su boca—. ¡Qué aroma! No es de extrañar que las exportaciones de La Flor de la Isabela, nuestra mejor marca, estén conquistando el mercado holandés, británico y ¡hasta el alemán! Ya hemos establecido agencias en Ámsterdam, Liverpool y Hamburgo para los lotes que enviamos en los navíos de la Compañía Transatlántica Española.

—También propiedad del señor marqués —apostilló Hugo.

—Veo que está usted bien enterado, León. Aprenda usted del mejor hombre de negocios de España. Empezando por abajo, como se labran las grandes carreras. Mañana parte usted hacia el norte de Luzón.

—¿Mañana? —cuestionó molesta Johanna a Hugo, cuando este dio la noticia en la mesa de la cena con los Villarruel.

—¡Vamos, querida, no es para tanto! —la tranquilizó don Faustino—. Hugo tiene que ser un hombre de provecho para que podáis casaros pronto.

Johanna pidió permiso para levantarse y salió enfurruñada al jardín. Hugo la llamó y don Faustino le animó a que la siguiera para sosegarla. Tenía importantes esperanzas puestas en la información que Hugo debía obtener para la causa a través de su nuevo empleo y no iba a permitir que una rabieta de Johanna se las chafara, por mucho cariño que le hubiera tomado a la muchacha con el paso de los años. No era como su Charito, eso era evidente. La determinación que esta le había demostrado lo convenció de que lo mejor era permitirle tomar los grados de adopción. Era lo menos que podía hacer por la hija de la que se sentía más orgulloso.

No es que no quisiera a Johanna, pero esta nunca tuvo el empuje de su hermana. Charito era una mujer de acción como no había conocido ninguna. Concentraba toda su atención en una misión y arrasaba con todo el que se le pusiera por delante. Su fortaleza se sustentaba en una convicción férrea en los valores masónicos de igualdad, libertad y fraternidad, que él mismo le había inculcado y que, sin embargo, en su bella bastarda nunca habían prendido.

Con su labor discreta de apoyo a su padre y a las actividades de las logias, hasta entonces siempre masculinas, que habían ido trufando las islas Filipinas, Charito se había granjeado el respeto de gran parte de los hermanos masones que quisieron mostrarle su apoyo con ocasión de su iniciación el 18 de julio de 1893. En la ceremonia estuvieron presentes, nada más y nada menos, que los hermanos Musa, Ipil, Montgomery, Katabay, Algiabarat, Sostén, Liwayway, Galeno, Balisa, Hernán Cortés, Sinag, Kidlat, Duhat, entre otros miembros de diversas logias, y, por supuesto, su padre Faustino Villarruel, simbólico Ilaw, Segundo Gran Vicepresidente de la logia Walana. Ante más de una veintena de hermanos masones, siguiendo los estatutos del Gran Oriente Español se constituyó una Cámara de Adopción con el propósito de la celebrar el rito de iniciación de Rosario, presidido por Abelardo Cuesta, el único masón grado 33 presente. Para ello, se basaron en una previsión especial del GOE que permitía la iniciación de lovetonas, las hijas de masones que fueran mayores de dieciocho años. De esta forma, Rosario Villarruel se convirtió en la primera mujer masona de las islas Filipinas.

Como correspondía con los ritos, en el templo de la logia de adopción se dispusieron tres estatuas: una romana de la diosa Minerva, otra del dios Hércules y una más de Venus, representaciones de la sabiduría, la fuerza y la belleza. No es difícil comprender por qué una mujer de su inteligencia eligió ese día el nombre simbólico de Minerva.

Solo una semana después se reunieron de nuevo para continuar los trabajos de adopción e iniciaron a otras tantas hermanas, entre ellas a Josefa Rizal, Trinidad Rizal, Angélica López Rizal, Delfina Herbosa y Rizal, Salud Lanuza y Marina Dizón. Siguieron otras más adelante y, entre todas, levantaron columnas el 12 de diciembre de 1893: así nació la logia Semilla n. 8, la primera logia filipina constituida en exclusiva por mujeres, de la que Rosario llegó a ser Venerable Gran Maestra e Inspectora. A diferencia de las logias masculinas, que se dividían en secciones este, oeste, norte y sur, las logias de adopción se dividían en las regiones de Asia, América, Europa y África, esta última fue la encomendada a Rosario. También quisieron distinguirse por el empleo de un lenguaje con un simbolismo propio diferenciado del de sus

hermanos, de forma que los documentos que producían eran «escaleras» y estos comenzaban siempre con la dedicatoria A.L.G.D.G.S.D.L.L, «A La Gloria Del Gran Sol De La Luz». Para referirse al templo en el que celebraban sus tenidas empleaban la expresión el «Jardín del Edén».

40

Integradas las mujeres en la masonería de las islas, la labor de Rosario fue esencial. Con un destacado fervor revolucionario, tan pronto organizaba tenidas bajo apariencia de bailes, como guardaba documentación imprescindible para lograr la convocatoria de la asamblea general que había dado lugar a la creación del Gran Consejo Regional Filipino. Don Faustino esperaba la respuesta del gran maestro Morayta al que habían informado. Mientras llegaba su carta, era necesario crear una red de contactos en las provincias para ir enlazando todas las logias. La Tabacalera, en la que había infiltrado a Hugo, sería la tapadera perfecta.

A lo largo de casi tres años su singular habilidad matemática granjeó a Hugo la simpatía de los jefes con posiciones más elevadas en la sede central de la compañía en Manila. Sin embargo, más difícil lo tuvo para convencer a los eslabones intermedios de las plantaciones en las provincias. Estaban habituados a sisar parihuelas de tabaco para su reventa, una práctica muy arraigada en el archipiélago, y la llegada de Hugo, olisqueando las cuentas y haciendo preguntas, resultó muy incómoda.

En uno de esos viajes al fértil valle del Cagayán, al que llegó a caballo, se dirigió hasta Tuguegarao, donde se ubicaba la oficina de la zona. Allí mantuvo una reunión en la casa del dominico principal de la provincia. Don Mauro era un hombre de cuerpo nervudo, orondo y bien alimentado. Vestía amplios hábitos y sandalias de esparto por las que asomaban dedos gruesos. Gastaba un vozarrón atronador entrenado en el púlpito, pero era hospitalario, especialmente con los enviados desde la capital que llegaban a husmear en sus dominios, a quienes prefería mantener vigilados.

—Se queda usted conmigo en la casa parroquial, ¡faltaría más! En mis casi treinta años de misión en estas tierras, he dado yo cobijo a decenas de ilustres visitantes. Suba, suba conmigo, tenga cuidado, que esta escalera está un poco endeble. Es la humedad de estas islas que todo lo devora… ¡Muchacho, lleva el morral del señor al dormitorio y avisa a Tomás!

—Muchas gracias, pero no tiene que molestarse —intentó resistirse Hugo en vano, para tener más libertad de criterio, recordando las advertencias de sus jefes—. Yo puedo dormir en cualquier cuadra.

—¡El contable de la Tabacalera durmiendo en un establo! ¡Qué iban a decir de mí en el pueblo!

—¿No nació Jesús en un pesebre? —quiso testar Hugo la fe del dominico.

—Claro, pero ¿no querrá usted igualarse a Dios, amigo mío?

—Le aseguro que no.

—Pues no se hable más. Le convido a este tabaco que nos dará para charlar un buen rato. Aquí, con las persianas a medio alzar, correrá el fresco. El hermano auxiliar indígena asignado a esta parroquia marchó a ungir con los santos óleos a un feligrés gravemente herido. Una

desgracia, una mala caída de un caballo. Pero no se crea que desatiendo mis obligaciones, que lo tengo bien vigilado. Espero que regrese antes de que usted se vaya y pueda conocerlo.

—Ya.

—Yo no pude extender la palabra de Dios entre los míos. A mí me llevaron, de muy niño, de mi aldea en Galicia al seminario de la comarca y, de allí, de cabeza a misiones, sabe usted.

—¿En Galicia, dice? —preguntó Hugo con cierta extrañeza, pues era un nombre que le sonaba familiar.

Era algo que le pasaba con cierta frecuencia. Su memoria perdida abriéndose paso, a duras penas, en las profundidades de su mente.

—¿La conoce? —se sorprendió el dominico de que un chino supiera de su tierra de origen allá en la lejana península.

—Pues el caso es que me suena ese nombre… —respondió Hugo con total honestidad.

—De ella toma el apodo la colindante provincia de Ilocos, la Galicia filipina, ambas en el extremo noroccidental de la metrópoli y de la colonia, respectivamente —explicó el fraile—. Quizás sea esta Galicia la que recuerde.

—Es muy posible —se convenció Hugo.

—Allí terminé mis estudios canónicos y, un día, casi sin darme ni cuenta, me vi embarcado hacia el archipiélago. Supongo que mis padres pensaron que Dios, en todo su poder y misericordia, cuidaría mejor de mí que ellos, *pobriños*, sin una perra… Aquí aprendí ilocano, tagalo y toda lengua nativa que me iba topando, para mejor transmitir la palabra de Dios a estos pueblos… bajo los auspicios de un hermano mayor y más experimentado en estas lides. Él murió y yo me hice cargo de su parroquia. Llegué imberbe, y en estas tierras me hice un hombre, si usted me entiende…

—Más o menos —reconoció Hugo, pues se había perdido un poco en la palabrería del fraile.

—Tomás, ¡qué bien que llegaste! Aquí le presento a mi buen amigo, Tomás. Es uno de los capataces más ancianos, patriarca de una familia de igorrotes que habitaban estas islas mucho antes de la llegada ni de chinos, como usted, ni de españoles, como yo. Tomen, que les convido a ambos a un chocolate —dijo don Mauro, solícito—. Sírvanse ustedes mismos, échense al gusto en el pocillo con agua hirviendo, que aquí las muchachas no son tan hacendosas como en Manila. La que me atiende empezó siendo muy cariñosa, ya me entienden, pero según me he ido haciendo viejo, con que me deje el cazo al fuego, me doy con un canto en los dientes —protestó el dominico.

Pasaron un rato bebiendo chocolate caliente y fumando, al vaivén de las mecedoras, lo que aumentó tanto la sensación de calor como la ausencia de entendimiento entre ellos:

—Usted no lo entiende, los castilas lo han permitido toda la vida, ¡desde que en 1592 el galeón *San Clemente* trajera a estas tierras por primera vez cincuenta kilos de semillas de tabaco desde Cuba! —exclamó Tomás, con mucha impostación, como si él hubiera presenciado el histórico momento—. ¡Cómo va a cambiar usted una costumbre arraigada en estas tierras desde hace trescientos años! Los padres extendieron el tabaco por todos los pueblos junto con nuestra fe católica. Fe y tabaco siempre han ido de la mano. ¿Va a quitarnos también la fe? —teatralizó su argumento santiguándose varias veces, para rematarlo delante de don Mauro, quien asentía con la cabeza.

—Tomás, mi trabajo consiste no solo en contabilizar lo que se produce, a mí también me pagan para que evalúe la organización del acopio del tabaco de los pequeños cosecheros que la compañía ha absorbido y para que introduzca mejoras en la productividad. ¡Terminar con los

robos es una medida elemental! —intentó convencerlo Hugo por las buenas, a dosis iguales de paciencia y de razón.

—Usted no lo entiende, don Hugo —insistió el capataz—. Robo es una palabra muy gruesa, ¿verdad, don Mauro? —imploró el igorrote árnica al fraile local.

—A ver, señor León, ¿usted está bautizado? —preguntó don Mauro—. No se ofenda, es que, como es usted chino, cabría la posibilidad de que…

—No sabría decirle —respondió Hugo, que hasta entonces no había caído en la cuenta de que no sabía a qué dios orarle.

—¿A quién eleva usted sus plegarias cuando tiene un problema?

—Hummm —dudó qué sería más práctico decir en ese momento—. Yo me pongo a trabajar para solucionar mis dificultades, don Mauro, no le pido a nadie que lo haga por mí —concluyó Hugo que no debía transferir a ningún dios el mérito de sus propios esfuerzos.

—Con lo bien que habla español, seguro que fue bautizado y educado por alguna orden. Toda la instrucción de estas islas la hemos dado los frailes, por mucho que ahora tanto se nos critique. Filipinas destaca en Asia y entre todas las colonias europeas en estos mares del Sur como la más instruida. ¡Mérito nuestro, que todo el mundo parece querer olvidar! Si su Tabacalera puede contar hoy con una mano de obra ordenada e instruida en suficiencia ha sido gracias a los frailes. Si pueden siquiera comunicarse con ellos es gracias a las gramáticas que nosotros escribimos para aprender y preservar sus lenguas y a nuestra labor, no solo ya de traductores, que también, sino incluso ¡de intermediadores! Si estas islas han llegado a dar rentas ha sido gracias a nosotros. Ni la administración peninsular antes, ni su compañía ahora podrían organizar sin nosotros a todos los miles de hombres y mujeres que trabajan en el acopio de tabaco. Del mismo modo que todas las obras públicas que antes hizo la administración habrían sido posibles sin que los frailes organizáramos a los polistas.[5] ¿Por qué caminos y puertos fluviales cree usted que va a sacar las sacas de tabaco hacia la capital? Por los que nosotros ayudamos a construir. ¿Lo entiende?

—Pero los tiempos están cambiando… La Tabacalera desea dar un trato más equitativo a sus empleados. El tiempo de los polistas debe llegar a su fin…, ¿no le parece, don Mauro?

—¡No sabe lo que dice! Hágame caso, nosotros no queremos los cigarros puros que ustedes venden en la península, en Europa y Estados Unidos. Quédense con eso, no sean avariciosos y dejen los restos para mantener el suministro interior —le intentó convencer Tomás.

Aquella conversación no iba a ninguna parte. Estaban hablando en círculos sin intersección alguna a la que pudieran aferrarse. Hugo se disculpó y decidió salir de la casa del fraile para ir a caminar entre las matas de tabaco, desahogarse y refrescar su mente en la brisa del atardecer. Al cabo de un rato, quiso encenderse un cigarro, pero no encontró fósforos en el bolsillo. Intentó hacer memoria y su mente vio cómo los había dejado encima de una mesita, en la casa de don Mauro. No quiso volver hasta allí, prefería pensar a solas. Ya no tenía interés en convencer al fraile. Entonces escuchó detrás de él el sonido de una cerilla, se dio la vuelta y encontró el rostro de Tomás iluminado en parte, ofreciéndole lumbre.

—Esas sisas, como usted las llama —volvió al tema Tomás, ahora los dos solos—, son las que han permitido suministrar tabaco a los indios. Hay miles de puntos de venta y una red amplísima de venta ambulante. No sea entrometido en un sistema que, de una u otra forma, lleva funcionando desde hace tres siglos y nosotros le ayudaremos de manera conveniente a sus intereses —ofreció el capataz.

Hugo había llegado al punto exacto al que quería: poner la red de la Tabacalera al servicio de

los intereses de don Faustino, el hombre que le había salvado la vida.

—Si les pido información de lo que pasa por acá, ¿me la darán?

—Claro —dijo el viejo igorrote.

—Si les pido enviar algún mensaje a alguna persona de estas tierras, ¿lo pasarán?

—Por supuesto.

—¿Serán discretos?

—Cuente con ello. Nuestro negocio de tabaco para el mercado local filipino se ha sostenido hasta ahora sobre una premisa: la reserva.

41

Su labor declarada, la que hacía para la Tabacalera, consistía en visitar las plantaciones y fábricas para revisar la producción. Ello le obligaba a realizar frecuentes viajes a las haciendas de la Casa de Cagayán, en el extremo noreste de Luzón, y a la Casa de la Isabela, algo más al sur. Eran las tierras más fértiles para la producción del tabaco. Al regreso de sus viajes, lo primero que hacía Hugo era ir a rendir cuentas a don Faustino. Lo solía encontrar en su despacho y este le daba la bienvenida con regocijo, como un padre que hace tiempo no ve a su hijo. Tras uno de esos tantos viajes, se sentaron, como siempre hacían, en los sillones junto a la ventana, con la mesita de los licores a un lado, contra la pared, mediando entre ellos.

—La Casa de Cagayán agrupa catorce pueblos y la Casa de la Isabela una veintena. En cada pueblo hay, como mínimo, un almacén de hoja de tabaco, a veces, dos. También hay plantaciones en Nueva Écija, pero su producción es para hacer cigarrillos de batida para el consumo interno filipino. Solo abarca seis pueblos.

—Entonces centrémonos en las dos primeras.

—No estoy de acuerdo —respondió Hugo y continuó explicando el porqué—: El tabaco para la población indígena tiene una importancia estratégica para nuestros fines. Hay otras compañías tabaqueras en las islas, pero son menores. Tabacalera tiene tres cuartas partes de la producción y dedica el 90 por ciento a la exportación porque es lo que da más réditos económicos. Que ellos dediquen solo la producción de Nueva Écija para el consumo local no quiere decir que nosotros debamos desatenderlo. Muy al contrario, a través del tupido entramado comercial de venta ambulante, podrían hacerse llegar consignas para movilizar a toda la población, si llegara a ser necesario.

—Ya veo, pero, por el momento, no es necesario movilizar a las masas. Hay que ser cautelosos, estas mechas uno sabe cuándo las prende, pero no cómo apagarlas —quiso andar con cuidado don Faustino—. Es una información muy útil, sin duda; pero, por ahora, me interesan sobre todo las élites intelectuales del país: mestizos de español y mestizos de sangley. A estos llego a través de las logias si conseguimos organizarlas por medio del Consejo Regional Filipino. Tengo todas mis esperanzas en la imprescindible labor de Marcelo del Pilar desde Madrid y, sobre todo en la respuesta de Morayta. En cuanto llegue y seamos formalmente reconocidos, podremos vehicular nuestra petición de conseguir representación en las Cortes de Madrid, como ya la tienen Cuba y Puerto Rico —le explicó el señor Villarruel a Hugo—. Pero hemos de darnos prisa, Andrés Bonifacio ha comenzado el año asumiendo la presidencia del Consejo Supremo del Katipunan y quiere organizar comités de reclutamiento en todas las provincias para acaparar a la población indígena, obreros, artesanos… y así relegarnos a los ilustrados. Nos llama «apóstoles de mera palabrería…» —Don Faustino no pudo evitar un rictus de preocupación—. Quiere servirse del tagalo como lengua vehicular y no del español, que es el idioma de nuestra clase

ilustrada. Ello les permite ocultar sus planes con más facilidad de los peninsulares y mostrarnos su rechazo a los intelectuales que promovemos la introducción de reformas en las islas. Ahora que Manuel Becerra, quien fuera gran maestro del Gran Oriente de España, ha sido nombrado ministro de Ultramar, comienza una etapa propicia para el reformismo en las islas. ¡Estamos ante una ventana de oportunidad para los asimilistas como nosotros! —dijo ilusionado—, pero si Bonifacio se nos adelanta, perderemos el control de nuestro propio proyecto.

—En mis expediciones tabaqueras, ha llegado a mis oídos que Bonifacio está empezando a hablar de la «nación tagala» y que, para el reclutamiento en el Katipunan, emplea algo llamado… ¿cómo era…? ¿El «sandugo»? —quiso aportar Hugo.

—Sí, es una ceremonia ancestral en el archipiélago. Se trata de un ritual de pacto de sangre. Dos hombres se hacen un corte con una daga en sus respectivos brazos izquierdos y vierten sus sangres en una copa de vino de la que ambos beben para sellar su amistad. Dicen que el primer tratado de amistad entre filipinos y españoles fue el sandugo entre Legazpi y Catunao, el *datu* del reino de Bool, en la isla de Bohol, al sur del archipiélago, allá por 1565. Bonifacio está retomando toda la simbología indígena, para distinguirse de la masónica, que empleamos los ilustrados.

—Don Faustino, en estos tres últimos años, como le he ido contando, entre viaje y viaje, he podido recorrer las plantaciones en Visayas y Cebú, aunque sobre todo he ido al norte.

—¿Por qué has centrado tu atención en el norte? —preguntó don Faustino, que no dejaba ningún detalle al azar cuando se trataba de elaborar una estrategia.

—Porque de todas las casas en que está organizada la Tabacalera, la Isabela es la más importante. Su oficina central está en Ilagán. Tendría que ver la nave de su fábrica La Flor de la Isabela; es imponente, lleva una década en funcionamiento. A ojo de buen cubero, podría tener unos veinte mil metros cuadrados.

—¿Y qué interés tiene esto para nosotros? —dudó don Faustino.

—Sabía que me haría esa pregunta: el contrato que la compañía tiene con el Estado incluye una cláusula por la que este puede obligar a que su uso quede en manos del ejército para la defensa del territorio.

—¿Pudiste entrar? —preguntó don Faustino—. ¿Podrías dibujar su distribución?

—Por supuesto, muchas veces. Es de planta rectangular. Tiene seis naves de dos pisos que forman tres patios interiores. En la fábrica trabajan unas tres mil mujeres y la mitad de hombres, con holgura. Al parecer, se ha convertido en un modelo a nivel mundial, pues su pensada distribución facilita la productividad. El tabaco más escogido y de mejor calidad es el que se lleva de la mata a La Flor de la Isabela y con ella se elaboran los mejores cigarros puros. En una década, se ha convertido en el mejor tabaco de Extremo Oriente y uno de los más apreciados del mundo. Además, el transporte fluvial ha bajado los costes. Esos mismos fardos de tabaco podrían llevar todo tipo de materiales o esconder mensajes para nuestros hombres, llegado el caso.

—¡Hugo! —interrumpió la conversación Johanna, abalanzándose sobre él y comenzando a besarlo con profusión.

—Un poquito de decoro, señorita, ¡qué aún no están ustedes casados! —la reprendió en broma don Faustino, más molesto por el paréntesis en el relato, que la presencia de Johanna imponía, que por lo que hiciera o no la pareja en la intimidad del dormitorio.

Más de una noche los había oído afanarse uno con otro. Lo permitía porque era mejor tenerlos entretenidos y felices, que, con sus pulmones juveniles, pusieran en riesgo algunas de sus estrategias para la causa.

Hugo la abrazó. En aquellos años de convivencia bajo el techo de los Villarruel, le había cogido cariño a Johanna. Era joven, bonita y lo cuidaba con devoción desde el día que lo llevaron a aquella casa. Y, sin embargo, cuantas más ansias demostraba ella por el matrimonio, más reticencias le nacían a él en un punto de la profundidad de sus tripas. No era racional, se repetía él, una y otra vez: la muchacha lo tenía todo, pero la idea de casarse no acababa de emocionarlo. Finalmente, siempre concluía sus cavilaciones consigo mismo sobre este tema de la misma manera: mientras iba averiguando el porqué de esta reserva, no se podía negar que era bella, apasionada… y, como su memoria fallida no le permitía recordar sus pasiones con otras mujeres, tampoco tenía forma de compararla con otros amores.

—¡Ya hemos comprado la tela de los vestidos! —le anunció emocionada Johanna.

—¿De qué vestidos? —preguntó Hugo, temiendo que fueran los de la boda.

—Los que nos van a coser para el baile que va a organizar Charito. En él, anunciaremos nuestros compromisos, por todo lo alto, a la sociedad manilense de postín. El suyo con Luis y el mío contigo, ¿verdad, don Faustino?

Hugo guardó silencio.

—Claro, Johanna. Anda, déjanos a Hugo y a mí continuar nuestra conversación. Tenemos temas importantes que tratar. Luego sube él a saludarte como es debido, no te preocupes.

—Ya me están excluyendo de sus secretos otra vez… —protestó Johanna.

—Es para ahorrarte el aburrimiento —la convenció don Faustino con facilidad.

La joven salió mandándole un beso con la mano desde la puerta a Hugo y, cuando don Faustino iba a continuar con la instructiva charla que mantenía con él, volvió a entrar:

—Lo olvidaba —interrumpió Johanna de nuevo—. Con la emoción, descuidé a qué venía en realidad, antes de encontrar esta maravillosa sorpresa —dijo, entregando una carta a don Faustino y, dándole la espalda, repasándose los labios lentamente con la lengua frente a Hugo.

—¿Qué es esto? —preguntó el viejo.

—No lo sé. Lo han traído esta mañana para usted —dijo Johanna saliendo—. Subo a prepararte el baño, Hugo. No tardes, que se enfriará el agua.

Don Faustino abrió el sobre y desplegó los folios. Según avanzaba en la lectura, se le demudaba la cara, y en eso entró Charito.

—¡Hugo, me ha dicho Johanna que ya habías regresado! Pero, padre, ¿qué le pasa? Parece que hubiera visto un fantasma…

—No puede ser. No puede ser…

—¿Qué ocurre, don Faustino? ¿Malas noticias? —preguntó Hugo.

—Las peores.

42

—Es una carta del gran maestro Morayta. Dice que los firmantes del Pacto de Malabón hemos provocado una reacción general muy negativa en el Gran Oriente Español. Su tono es grave, severo, diría yo…

—Pero ¿no era él quien iba ayudarnos? —preguntó Charito confusa.

—Así es… o así era. Anuncia la llegada de un «representante provisional» del Gran Consejo de la orden… No es posible… ¡Con la misión de inspeccionar las actividades de las logias del Gran Oriente Español en las Filipinas!

—Déjeme ver… —le quitó Charito de las manos la carta—. «Quien no lo reciba demostrará que desea dejar de pertenecer al Gran Oriente Español, único cuerpo regular de España».

—No lo puedo creer. ¿Nos inspeccionan? ¿Cómo si fuéramos menores de edad? —se enfurecía don Faustino por momentos—. Me cuesta creerlo… pero aquí la tengo, firmada de su puño y letra por el propio Morayta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hugo.

—Esto me reconfirma que la revolución es la única opción que nos queda. Y asociarnos al Katipunan la mejor manera de defender nuestros intereses. Tenemos que reunirnos con el resto de los miembros del Consejo Regional para decidir qué rumbo tomar: ya que ni la masonería peninsular nos da el valor que merecemos, la independencia es la única vía.

Para don Faustino, hombre de sólidos ideales masónicos de fraternidad e igualdad, aquella misiva del Gran Maestro fue como una puñalada por la espalda. Pasó las siguientes semanas decidiendo cómo plantear aquella situación al Consejo Regional Filipino: largas horas en su despacho leyendo, reflexionando y haciendo anotaciones en una libreta que llevaba a todas partes. El baile para el anuncio del compromiso de las dos parejas se pospuso *sine die*. De vez en cuando, venía alguno de sus hermanos a verlo y pasaban horas conversando mientras caminaban imbuidos en el dulce aroma de la acacia que presidía majestuosa su jardín.

Hugo partió y regresó de un nuevo viaje a Isabela y a su llegada se personó de inmediato en la caída, la sala donde las visitas esperaban su turno. Johanna se dirigía a la puerta, camino de la calle, cuando lo vio:

—Hugo, mi amor, ¡ya has vuelto! ¿Cómo fue el viaje?

—Bien, acabo de llegar. Don Faustino y sus amigos van a estar contentos, aprecio un creciente apoyo a la causa en provincias.

—La causa, la causa… ¿qué tenemos que ver tú y yo con esa causa? ¡Tú eres chino y yo holandesa!

—No digas eso, Johanna. Tú naciste aquí. Y yo… yo, en realidad, no sé quién soy. Mis rasgos son evidentes, ya lo sé, pero la verdad es que esta amnesia, que no me abandona —dijo, agarrándose la cabeza con las dos manos—, hace que no pueda sentirme de ningún lugar. Don Faustino es como un ancla para mí… y también debería serlo para ti. Él ha cuidado bien de ti todos estos años, como lo ha hecho también conmigo. ¿No es cierto? Hemos de ser agradecidos, Johanna.

—¿Un ancla? ¿Y yo? ¿Qué soy yo para ti, Hugo? A veces tengo la sensación de que todas «esas causas» —dijo impostando el término— pasan por delante de nuestro matrimonio. Llevamos años hablando de ello, pero nunca sucede. ¿Por qué sigue posponiéndose el baile en el que debíamos anunciarlo? ¿Cuánto tiempo más va a tener «vuestra causa» paralizada mi vida?

—No es eso, es que…

—¿Qué es entonces?

—Ya te lo he dicho… ¡Que no sé quién soy! —estalló Hugo—. No es fácil estar en una vida sin recuerdos, sin la más mínima idea sobre cuál es mi origen. No me refiero geográficamente, sino que no sé quién debo ser, qué debe emocionarme, en qué clan familiar moverme, en qué cultura alegrarme o en qué religión confortarme… ¿Cuáles eran los valores de mi familia? ¿Los asumí como propios o los rechacé en algún momento? Y en cualquiera de los dos casos, ¿por qué? ¿Cuáles deben guiar mi vida ahora? Muchas veces no sé lo que está bien, ni lo que está mal. De quién debo fiarme o de quién no. ¡No tengo referencias! Han pasado ya unos años desde «el incidente», ¡hasta un nombre neutro le hemos puesto porque ni idea tenemos de lo que sucedió! Todo antes de ese momento, cuando don Faustino me recogió, es un gran agujero… Vivo con el temor constante de que, de repente, mi mente pueda volver a caer del lado de aquella oscuridad insondable que sigue siendo mi vida anterior.

—Pero…

—¿Te has parado a pensar quién era yo antes? ¿Y si fui un sinvergüenza sin escrúpulos y algún día lo recuerdo y vuelvo a serlo? ¿Y si fui un asesino? ¿Y si fui por la vida aprovechándome de mujeres de todas las edades? ¿Querrías entonces casarte conmigo? —siguió Hugo disparando a bocajarro todas las preguntas que su cabeza había formulado desde el día que se despertó en casa de los Villarruel.

—Tú no eres una mala persona… —acertó a decir Johanna, abrumada por una reacción tan intensa, que no había visto nunca en él.

—¿Cómo lo sabes? ¡Si ni yo mismo lo sé! ¿No te das cuenta?

—Bueno, tranquilízate. No tenemos que casarnos mañana. Podemos darnos algo más de tiempo, si eso es lo que necesitas… —terminó cediendo Johanna por miedo a perderlo.

Hugo se sentó en la silla, con los codos apoyados sobre las rodillas, sosteniendo su cabeza entre las manos y con la mirada en el suelo.

—No lo sé, Johanna, no sé nada…

—Pero, tú me quieres, ¿verdad, Hugo? Eso sí lo sabes… —se la jugó Johanna.

Hugo permaneció unos segundos en silencio, que a ella le parecieron eternos, hasta que levantó la cabeza y a continuación el resto del cuerpo:

—Supongo que sí, Johanna —dijo, los brazos caídos, sintiéndose rendido—. Supongo que sí…

—¿Supones? —Se separó ella, dando un paso hacia atrás, con el rostro asustado.

—No me pidas que te dé una certeza de amor, cuando ni siquiera recuerdo lo que se supone que es, por favor, Johanna, te lo ruego. La mayoría de los hombres, a mi edad, ya se han

enamorado alguna o incluso varias veces en su vida. Saben si quisieron más a aquella mujer o a esa otra. Han comparado sus propios sentimientos hacia distintas personas y, de esta forma, han podido construir su idea de lo que se supone que sea el amor. Yo no tengo nada de todo eso. Si no sé lo que es el amor, ¿cómo puedo saber si te amo a ti?

—Entiendo… no es que no me ames, es que no puedes saber si lo que sientes por mí es amor… ¿Es eso? —quiso agarrarse Johanna a un clavo ardiendo.

—Creo que sí… supongo… Has sido muy buena conmigo y claro que te aprecio…

—He sido más que buena contigo… Hugo, tú y yo…

—Lo sé, hemos intimado.

—Mucho. Más que con ningún otro hombre. Me he jugado mi virtud contigo, Hugo, lo único valioso que poseía en esta vida. Eres el único hombre al que he amado y el único al que amaré. Yo no puedo ya amar a otro. En esta sociedad nuestra, mi valor ante otros hombres, después de lo nuestro, ya no sería el mismo. Después de ti, no habría nada para mí. Mi vida se acaba sin ti. Lo comprendes, ¿verdad?

—Lo entiendo y lo… aprecio, mucho —reconoció él—. No me malinterpretes, aprecio mucho tu cercanía, en todos los sentidos. Don Faustino, su familia y tú… sois lo único que tengo. Pero antes de dar un paso así, para toda la vida, necesito estar seguro. Debo saber quién soy, para saber quién quiero ser. Solo entonces podré ofrecerte una vida plena. No quiero darte las migajas que han quedado de mí, quiero darte una persona completa, con un futuro, pero también con un pasado cierto en el que sostener nuestra vida juntos.

—¿Y si no recobras nunca la memoria? —quiso saber Johanna todas sus opciones.

—Si eso sucede, algún día lo asumiré. Y, para entonces, espero haber recopilado nuevos recuerdos, los de esta nueva vida, que me sirvan de apoyo. Hasta ahora, tú estás en la inmensa mayoría de ellos, así que…

Johanna lo besó y no dejó que terminara la frase. Por el momento, si la alternativa era perderlo, eso era todo lo que necesitaba saber.

43

El Capricho de los duques de Osuna.

Antes de la entrada, había una plazoleta circular. Un criado con librea entreabrió la verja de hierro forjado y se acercó al cochero. Este le mostró las dos invitaciones y el hombre volvió sobre sus pasos para retirar los dos batientes y permitir el acceso del carruaje. Tía y sobrina asomaron la mirada por la ventanilla de la berlina. Un largo paseo rodeado de árboles se extendía ante ellas.

—¡Qué maravillosa variedad de plantas! —reconoció Elba—. Hay tilos de Holanda, olmos de Siberia, castaños de Indias… ¡Mire! ¡Hasta un cedro del Himalaya!

—No hay duda de que Aureana te enseñó mucha botánica.

—Sí. En Asia, encontré también un gran maestro amante del poder de las plantas. Silverio Molo fue el mejor amigo de mi marido desde su infancia en Kulangsu. Un ser muy especial.

Eran las diez de una mañana de un septiembre madrileño. Aún no habían llegado los fríos, pero, en las primeras horas del día entre aquella vegetación a modo de parasol, ya comenzaban a intuirse. A la derecha, dejaron atrás unas caballerizas primero y después un parterre con una fuente.

—Esa yeguada será uno de los lotes de la subasta. Me han dicho que aquí se organizó hace ya muchos años la primera carrera de caballos de España, con ejemplares británicos. Era la época de esplendor de la familia. El entonces duque de Osuna fue presidente de la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar.

—Usted es un libro abierto, tía.

—Solo me gusta estar bien informada.

Cruzaron un riachuelo por un puente, con barandillas de hierro forjado en filigranas. Al otro lado, había una glorieta rodeada de bustos romanos. A Elba le llamó la atención algo.

—Mire, es un laberinto de arbustos. ¿Para qué lo querrían?

—Vete tú a saber, excentricidades de los ricos que no han tenido que trabajar por su dinero —respondió su tía.

—Aureana me explicó una vez que los laberintos en otros tiempos se emplearon para ahuyentar a los lobos. Al parecer hay unos muy antiguos en piedra en Mogor, en Pontevedra.

En el camino, habían visto caballeros con bastón y damas con sombrilla pasear conversando por entre los jardines. Al fondo, el palacio era un edificio en granito de corte neoclásico. Una escalinata invitaba a acceder, con un primer tramo de solo dos peldaños. Daba acceso a dos ramales simétricos, a ambos lados, que recordaban a una escalera imperial a la que hubieran acortado al mínimo la parte común inicial. Por ella se llegaba a un peristilo sostenido por ocho columnas con capiteles corintios. Y sobre ellos, en el voladizo superior, otros tantos angelotes de mármol saludaban al invitado que hasta allí se acercaba. A través de los huecos entre los pilares,

se apreciaban ventanales de cuerpo entero. Sobre cada uno de ellos había un rosetón de mármol blanco en el que se representaban algunas escenas alegóricas. En cada flanco del palacio, dos torreones.

El cochero paró el carruaje y saltó del pescante. Un sirviente las ayudó a bajar y les indicó con la mano que subieran la escalinata. Arriba, un hombre vestido con elegancia y mesura, las esperaba para darles la bienvenida:

—Buenos días, señoras. Soy Jorge Vicuña, secretario de la comisión de obligacionistas del difunto duque de Osuna, para servirlas. Han llegado ya no pocos de nuestros invitados. La subasta ha generado mucho interés entre las grandes fortunas de España y del extranjero. Esperemos que pueda celebrarse pronto.

—Tanto gusto. Casilda Varela-Novoa. Esta es mi sobrina, Elba. ¿Y cuándo dice usted que tendrá lugar la subasta?

—¿Hace usted siempre la pregunta pertinente, señora mía? —respondió evasivo el caballero.

—Sí —respondió Casilda, sin remilgos.

—Es difícil de precisar —comenzó a explicar Vicuña—. Estas cosas llevan su tiempo. Habida cuenta de las ingentes propiedades de la casa de Osuna, tantas como sus deudas —apuntilló el secretario en voz más baja—, no sería posible descartar que haya que hacer varias para diversos lotes. Esta jornada, en todo caso, tiene por objeto mostrar a un grupo muy selecto de potenciales interesados esta maravillosa propiedad en todo su esplendor. Pero, pasen, no se queden aquí. El servicio les mostrará sus aposentos en la segunda planta, para que puedan acomodarse. A eso de la una y media comenzará a servirse un almuerzo al aire libre en el templete. Mientras tanto pueden pasear a su gusto y disfrutar de los caprichos que dan nombre a la finca. Esta noche, habrá baile.

En el interior, una escalera doble servía para subir a ambos lados de una galería, en la segunda planta. Allí se encontraban los dormitorios. Elba, curiosa, se adelantó.

—¿Su sobrina está casada? —preguntó directo Vicuña, agarrando a doña Casilda del brazo.

—Viuda —respondió seca la tía, soltando la mano del secretario de su antebrazo.

—Ya veo. No habrá pocos caballeros que conocer en el baile nocturno, si me permite la sugerencia. Todos de buena familia, por supuesto. Hemos cuidado mucho la lista de invitados.

En esta ocasión, tía y sobrina tenían que compartir dormitorio. Elba colgó la ropa de ambas en las perchas para que se desarrugara. Eligieron el modelo más mañanero de los confeccionados en el atelier de *mademoiselle* Margarita y sus hermanas y se cambiaron de ropa y sombrero para salir a pasear por los magníficos jardines que solo habían podido intuir desde el carruaje.

—¿Cuándo se supone que veremos al ministro? —preguntó Elba a su tía.

—No tengo idea, querida. Alguien nos lo hará saber de alguna manera. Relájate y disfruta del lugar mientras tanto.

Tomaron sus sombrillas para protegerse del sol, que ya se acercaba al mediodía, y bajaron al parterre.

—¡Señoras! Las estaba esperando. Son ustedes las últimas —las regañó don Jorge—. El señor Gustavo Bauer y su esposa doña Rosalía llegaron más tarde, pero ya están camino del embarcadero. Si me permiten, las acompaño para que no se pierdan por la propiedad y lleguen a tiempo de tomar la primera copa de *champagne*.

—¿Champán? —dijo Casilda, sin dejarse apabullar por el perfecto francés de Vicuña—. No se privan ustedes de nada.

—La idea del evento es recrear lo que fue el esplendor de los Osuna.

—El mismo que los llevó a la ruina —mostró Casilda su desaprobación.

—Es cierto, conocí personalmente al viejo don Mariano —se vanaglorió el señor Vicuña.

—¿A qué se dedica usted? —disimuló no conocer su historia Casilda, por si sacaba algo más de información.

—Soy ministro consejero.

—¿Ministro? —preguntó Elba interesada, por si pudiera ser la persona con quien debía entablar conversación.

—No un ministro del Gobierno —aclaró Vicuña—. En la gradación diplomática, es el segundo en rango, solo por detrás el embajador.

—¡Ah! —se limitó a decir Elba, adelantándose de nuevo ligeramente para no tener que prestar atención al secretario más que cuando dijera algo que le interesara en realidad.

—Seguro que conoce usted muchas historias de esta finca —intentó sonsacarle Casilda, haciendo de la necesidad virtud.

—Don Mariano no vino mucho por aquí, esa es la verdad. Fue su hermano, don Pedro, y, sobre todo, su antepasada, la duquesa-condesa de Benavente, doña María Josefa de Pimentel, esposa del duque de Osuna, quien adquirió la propiedad del conde de Priego, hace ahora más de un siglo. Comprobarán durante su estancia aquí que está pensada para ser una magnífica villa de recreo de la nobleza española.

—Mucho esparcimiento y poco trabajo, me parece a mí —respondió Casilda para dejar ver que no le impresionaba nada todo eso.

—Aquí, a la izquierda, pueden observar la exedra, con un pedestal en el centro en el que se erige el busto de la duquesa. Su nieto, don Pedro de Alcántara, mandó realizarlo en su honor. Las efigies que la custodian son también de su etapa. Una dama singular, sin duda: ilustrada, mecenas de las artes… En especial, de Francisco de Goya. Incluso algunos dicen que era masona… —dijo Vicuña, casi susurrando y protegiéndose la boca con la mano.

—¡Qué me dice! —fingió escandalizarse Casilda.

—En el gabinete de los países, dentro del palacio, podrán apreciar una gran colección de sus obras: algunos originales de los *Caprichos* del autor adornan sus muros. El pintor hizo un magnífico retrato de la señora duquesa que podremos mostrarles también esta noche si estuvieran interesadas en adquirir obras de arte. ¿Puedo saber qué sería lo que atrae más su atención en esta jornada? Arte, muebles, finca, yeguada…

—Aprender. Primero hemos venido a saber más de lo que aquí se nos ofrece —intervino, por primera vez, Elba.

—Bien dicho, sobrina. Después, ya veremos. Ninguna de las dos hemos conseguido acumular nuestras respectivas riquezas, gastando a la ligera nuestros dineros. Yo soy accionista de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España y mi sobrina, aquí donde la tiene, es dueña de un gran negocio de comercio de especias en los mares del Sur —quiso aclarar Casilda para que el secretario comenzara a tomarlas en serio.

—¿En Asia? —se sorprendió Vicuña.

—Sí, mi marido y yo vivíamos en Filipinas —dijo Elba, sin querer dar más detalles.

—Les gustará saber entonces que se anuncia la llegada del señor ministro de Ultramar. ¡Qué feliz coincidencia! ¿No creen?

—Sin duda —dijo Elba, eludiendo la mirada de su tía.

La presencia de una ría a su derecha anunciaba la cercanía del embarcadero. Una pareja de cisnes negros y varios ejemplares de patos recibían, entusiasmados, mendrugos de pan

desmenuzado por algunas damas.

—Les voy a presentar a un compañero. Es un joven diplomático, aún no ha salido a su primer destino en el exterior, pero está muy interesado en Asia. Seguro que él puede enseñarle muchas cosas. ¡Álvaro, acérquese, por favor! —lo llamó Vicuña, obviando que Elba conocía el lejano continente de primera mano—. Es un secretario de embajada que me ha sido asignado para la organización de esta jornada, pues no serán pocas las fortunas extranjeras que se interesen por estos predios.

Aquel caballero podía ser algo más joven que Elba. Era esbelto, con espaldas anchas y pelo moreno y abundante. Bien parecido y con un buen porte, las gafas redondas le daban un aire intelectual, pensó Elba al verlo acercarse.

—Álvaro González de Pombo, para servirla —saludó el joven, tomando su mano para besarla.

—Haga el favor de acompañar a la señora Elba Díaz Varela-Novoa.

—Viuda de Syquia —recordó ella.

—El difunto esposo de la señora hizo su fortuna en Asia. Seguro que hay muchas cosas que pueda contarle para entretenerla. La dejo en buenas manos —le aseguró a Elba—. Doña Casilda, usted siga conmigo. Si me hace el favor, me gustaría enseñarle la ermita de la propiedad.

—¿Le apetece un paseo en barca? —le preguntó el joven caballero a Elba.

44

Elba solo aceptó con una inclinación de cabeza. Él le ofreció el brazo y entraron en el embarcadero de madera. Al fondo, un trampantojo abría la vista a otro jardín imaginario, al que aquel tan real nada tenía que envidiar. El joven tomó un cabo y tiró de él para acercar una barquichuela con espacio para dos personas. Con el remo, sujetó la embarcación para que no se alejara del muelle y ofreció la otra mano a Elba, quien, manteniendo el equilibrio a duras penas, logró aposentarse en uno de los tablones transversales de madera.

—¿Así que su familia está relacionada con Asia? —preguntó el caballero.

—Sí.

—Y, si no es indiscreción, ¿dónde en Asia? Es un continente gigantesco.

—Filipinas.

—Acabo de leer el «Informe sobre el estado de las islas Filipinas» que el compañero Sinibaldo de Mas escribió en 1842. Debe de ser un lugar fascinante.

—Lo es —respondió ella escueta—, hasta la muerte de mi esposo viví allí con él.

—Mis condolencias. ¿Hace mucho tiempo de eso?

—Ya va para dos años.

—Disculpe, no quería entrometerme —dijo el joven, percibiendo las cortas respuestas de Elba.

—No, discúlpeme usted a mí. No es culpa suya. Es solo que he tenido muchos cambios en los últimos tiempos y ando un poco desubicada. Mi tía acaba de recordarme, no sin cierta razón, que debo relajarme. Un paseo en barca, amenizado con una buena conversación, es, sin duda, una buena manera de hacerlo.

—Le gusta a usted conversar. ¡Excelente! ¿Por dónde empezamos?

—Por usted —tomó entonces Elba la iniciativa.

—¡Qué descortés por mi parte tanta pregunta, sin haberme presentado como Dios manda! —galanteó el joven—. Mi nombre ya lo conoce, Álvaro González de Pombo. Soy hijo de español y portuguesa. Mi abuelo materno fue diplomático luso con múltiples destinos en Oriente, en India, sobre todo. Cuando las Coronas de España y Portugal firmaron los dos tratados de reparto del mundo, a mí me tocó todo el orbe —bromeó.

—¿Cómo dice? —quiso indagar Elba.

—Es una chanza. No me haga caso, a veces soy un poco bufón.

—Me interesa. ¿Qué tratados eran esos?

—Los Tratados de Tordesillas y Zaragoza. Por el primero, en 1494, el papa Alejandro VI fijó la línea de demarcación en las Américas y, por el segundo, en 1529, se estableció la que dividía Asia, quedando Filipinas del lado español. El viaje de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano permitió a los españoles acceder a las Indias Orientales por el oeste. Hasta entonces,

habían estado adjudicadas a la Corona de Portugal cuyos navegantes arribaban a ellas por la ruta africana, a través del cabo de Buena Esperanza.

—La familia de mi esposo es oriunda de Ilocos, al norte de Luzón, pero he oído hablar de la Cruz de Magallanes en Cebú, al sur del archipiélago. Es muy venerada. Pero esto que cuenta del reparto del mundo no lo sabía. Cuando regrese a Filipinas, he de ir a verla, me ha despertado usted la curiosidad —se animó Elba con la charla.

—¿Regresará usted pronto?

—Si yo lo supiera…

Elba se quedó pensativa, con la mirada perdida en su reflejo en las aguas del lago. Desde que Juan desapareciera de sus vidas y entrara en ellas la información sobre su verdadero origen familiar, a Elba se le hacía dificultoso decidir cuál era su lugar en el mundo. Si debía quedarse en España o regresar a Filipinas, a refugiarse, por siempre, en su jardín en el mar del islote de Kulangsu.

—La envidio. Yo estoy aún a la espera de mi primer destino. Ojalá sea en Oriente, pero los diplomáticos tenemos una férrea jerarquía, muy semejante a la del ejército. Habrá que ir, cuándo y dónde me manden —dijo, sin ocultar su frustración, pero demostrando su vocación de servicio.

—La mejor manera de no sufrir es no tener expectativas. Esto me lo enseñaron en Asia. Una monja budista del templo de Guanyin en Kulangsu, con la que entablé amistad, me lo hizo ver. Libérese de ese deseo. Los empeños en exceso son garantía de desilusión.

—Algo parecido sucede con las mujeres —sonrió el joven—. Cuanto más las persigue uno, más se alejan ellas. Así que usted me recomienda que mate el deseo… pero verá, el problema es que yo no aspiro a ser monje… ni budista, ni cristiano, si le digo la verdad. ¿El interés puedo mantenerlo, al menos?

Elba aprovechó el comentario jocoso y con segundas para observar a su alrededor. Estaban en el centro de la laguna y los dos cisnes negros nadaban, en parsimonioso baile, cerca de ellos.

—¿Sabía usted que los cisnes forman parejas para toda la vida? —dijo Elba, señalándolos y recordando, de nuevo, a Juan—. Cuénteme más cosas de sus estudios orientalistas —le pidió, intentando alejar a su marido de su mente.

—Yo, que nunca estuve, debo iluminar a quien ya lo conoce… Me aboca usted al ridículo, señora mía. Sea compasiva conmigo.

—¿Me acusa de tenderle una trampa? —bromeó Elba—. Si me conociera un poco, sabría que yo nunca haría algo así, se lo aseguro.

—En tal caso, le confesaré que ha dado usted con mi mayor pasión. Desde que, sentado en las rodillas de mi abuelo, escuché durante horas las historias familiares en Ceilán, solo sueño con poder ir algún día a Oriente. La dominación portuguesa de aquella gran isla se extendió hasta 1602, cuando se produjo la expedición neerlandesa de Joris de Spielleag. Aunque los portugueses resistimos hasta entrada la década de los cuarenta, ni unos ni otros conseguimos controlar nunca el interior, con su capital en Kandy —relató el joven—. Pero, disculpe, la estaré aburriendo.

—Muy al contrario, caballero. Continúe, se lo ruego. No esperaba una conversación tan interesante en esta jornada.

—En el siglo XVIII, franceses y británicos anduvieron haciendo incursiones, hasta que, en 1796, con una expedición británica desde Madrás, en la India, comenzó el proceso de anexión de la isla de Ceilán al Imperio británico.

—De Ceilán procede una excelente variedad de canela —apostilló Elba, animada con una

charla tan instructiva.

—Es cierto, a mi abuelo le encantaba. Siempre decía que era mejor que la canela Cassia.

—En eso siento discrepar con su abuelo. Son solo distintas especies. La canela de Ceilán es más indicada para calmar problemas digestivos, por sus cualidades antidiarreicas y antisépticas. La canela Cassia, procedente de China, es más apropiada para evitar enfermedades como la orina dulce.

—Veo que usted no le hace ascos a ningún tema —se sorprendió Álvaro de los derroteros que estaba tomando la conversación con una dama tan bella—. Su parlamento es tan atractivo como sus ojos de jade.

A Elba le dio un vuelco el corazón: solo Juan se refería al color de sus ojos por referencia a la piedra verde.

—¿La he importunado? Ruego me disculpe —se percató Álvaro.

—No, no. De nuevo, no es culpa suya. Hace tiempo que no hablaba de asuntos orientales con alguien y me trae tan gratos como dolorosos recuerdos. ¿Sabría distinguir usted una canela de otra? —volvió Elba al tema.

—No, no podría —reconoció él sin pretensiones.

—La canela Cassia es más oscura y su sabor más amargo y potente. La canela de Ceilán es de un tono pardo más claro y al paladar llega más acaramelada. Al quitar la corteza de la rama del canelo, en el caso de la primera, se forma un canutillo más duro con doble espiral. Mientras que la canela de Ceilán es más delicada.

—¿Cómo sabe usted tanto de esa planta? —quiso saber Álvaro, intrigado ya del todo por aquella mujer.

—Mi difunto esposo construyó su vida en torno al comercio de la canela. De él aprendí mucho sobre su producción y, de su mejor amigo, un boticario de Vigán, al norte de Filipinas, todo sobre sus posibles usos medicinales.

—Es usted la primera mujer que me enseña algo que me interesa —reconoció Álvaro, galante.

—Usted también me ha instruido hoy en muchas cosas. Veremos al final de la jornada quién ha aprendido más de quién —replicó Elba, tan interesada como entretenida por primera vez en mucho tiempo.

—También es la primera mujer que me reta.

45

—Te he visto muy animada conversando con el joven secretario de embajada —dijo su tía cuando se reunió con ella a la hora de la siesta en el dormitorio—. Decidí regresar por mi cuenta a la habitación para no interrumpiros.

—Es curioso, a pesar de mis viajes, él tiene una perspectiva de la vida en esta tierra más amplia que la mía. Eso es algo infrecuente para mí… —reconoció Elba—, también refrescante —remató, tras darle unos segundos más de pensamiento—. Yo nunca había pensado en el mundo como él lo hace. Por mi experiencia, yo entiendo los países y territorios como una extensión de las personas que los pueblan. Sin embargo, Álvaro piensa en la relación de las grandes potencias en torno a ellos. Supongo que será por influencia de su familia. Por parte de madre, desciende de una larga estirpe de diplomáticos portugueses. Me ha estado exponiendo una aproximación al orbe como si fuera una gran sociedad entre países, que, hasta ahora, a pesar de mi experiencia en Oriente, yo solo había intuido. Nadie me lo había planteado así antes. Yo había estado mirando la realidad desde abajo y él la mira desde arriba. Es como si estás viendo algo desde muy cerca, tomas distancia y aparece ante ti otro significado, que siempre estuvo ahí, pero que tú no podías ver y, de repente, todo adquiere más sentido. Ha sido interesante.

—Ya veo, ya —se limitó a responder Casilda.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué? —insistió Elba.

—Que me alegro de que haya sido una conversación… tan… formativa. Es hora de descansar. Debes dormir algo de siesta para estar atenta en la cena y durante el baile. El tal Vicuña me ha dicho que la fiesta suele alargarse hasta altas horas de la madrugada, pues los miembros de la casa real suelen llegar muy tarde, para evitar el calor. Quién sabe cuándo aparecerá el ministro.

Elba se puso un camisón de seda china y cerró las contraventanas para tamizar el sol de la tarde.

—Gracias. Aquí, en Castilla, a estas horas, hace un sol de justicia. Es imposible estar fuera. Es como cargar una losa ardiente sobre la cabeza —alcanzó a decir Casilda antes de caer adormilada en la penumbra.

Elba se metió en la cama y se quedó pensativa observando las filigranas de las molduras que rodeaban el techo. Las grandes manos de Álvaro ayudándola a bajar de la barca vinieron a su mente. Recordó el paseo de regreso al palacio, dejando a mano izquierda un fortín donde había hasta un soldado de cartón. En ese punto, Álvaro se había acercado a hacer cucamonas con el muñeco y le había explicado que la duquesa de Osuna había esparcido entretenimientos por todo el jardín. Allí es donde jugaban los nobles a las guerras sin mancharse de sangre, había dicho. Si alguien de la familia real acababa viniendo esa noche, los cañones del fortín dispararían salvas, le

había advertido para que estuviera atenta. Vino a su memoria entonces su sonrisa: amplia, limpia.

—Tu conversación con la sobrina de doña Casilda parecía animada —abordó Jorge Vicuña a su subordinado.

—Ha sido interesante —respondió Álvaro.

—Bien, eso nos conviene. El señor ministro de Estado me ha hecho un encargo, para el que necesito tu ayuda —le dijo, llevándoselo hacia el torreón suroeste—. Ven, es mejor ser discretos. Estas eran las dependencias personales del duque… Cada vez que me acuerdo de él… ¡Qué descerebrado! Menudo ególatra era el viejo. ¿Te he contado cómo se apoderaba de todas mis ideas y las vendía como propias?

—Pero restableció las relaciones con el zar de todas las Rusias…

—¿Quién crees que lo preparó todo? ¿Quién crees que le decía qué debía y no debía decir, con quién hablar, a qué eventos asistir…? No sabía nada de diplomacia. Un inútil advenedizo. Lo único que tenía era dinero, eso sí. Y se lo restregaba a todo el mundo por las narices, hasta al mismísimo zar. Nada me satisface más que encargarme de preparar la subasta de sus bienes. Perfecto imbécil.

—Y jugar a duque en su casa, eso también te divierte, reconócelo —se atrevió a decir Álvaro en un susurro.

—Poco es para todo lo que parasitó mi *savoir faire* diplomático.

—Ya está muerto. No le des más vueltas, Vicuña. Aún no me has dicho para qué me necesitas —le recordó Álvaro, tratando de evitar que el viejo cascarrabias entrara en una de sus habituales espirales de resentimiento.

—Sabes que el ministro de Estado no está muy conforme con el reciente nombramiento del nuevo ministro de Ultramar. He visto que has entablado amistad con la sobrina de doña Casilda.

—Bueno, amistad… en realidad, acabo de conocerla, solo hemos conversado un rato en el estanque. Es una mujer… poco habitual —intentó definirla Álvaro.

—Pues eso debe ser, porque, para mi sorpresa, el señor ministro de Estado, don Segismundo Moret, quiere que estemos muy atentos a ella. Al parecer, es posible que la visita de esta noche del ministro de Ultramar, Becerra, tenga algo que ver con esa mujer. Hemos de intentar averiguar qué se trae ese masón entre manos. Ya sabes que Moret no se anda con chiquitas. Está rabioso porque el Ministerio de Ultramar tiene mucha más chicha, sin duda, que el que a él le han adjudicado. ¡El desestanco de tabaco está generando grandes negocios! El zorro de Moret huele el dinero. ¿Sabías que cuando estuvo de embajador en Londres renunció al cargo para quedarse a vivir allí dirigiendo un banco? No sabe nada ese pájaro… El Ministerio de Estado solo le da dolores de cabeza, hay mucho más negocio a la vista si uno se sienta en la silla del ministro de Ultramar. Según los últimos informes, Japón y Estados Unidos dan muestras ya de interés en el archipiélago. Si acabáramos enfrascados en otra guerra y si, Dios no lo quiera, la perdiéramos, no pocas culpas recaerían en el ministro de Estado, además, de la poco vistosa labor de negociar la paz del lado perdedor. Y mientras tanto, el ministro de Ultramar arrebañando los últimos negocios de las islas. No da puntada sin hilo este Moret…

—¿Qué querrá el ministro Becerra de Elba? —se preguntó Álvaro, sin darse cuenta de que lo había hecho en voz alta.

—¿Elba? Muchas familiaridades son esas para haber tenido solo una conversación, por in-te-re-san-te que fuera —se burló el viejo, silabeando—. Eso es lo que tenemos que averiguar. Nada bueno. Becerra es un masón de tomo y lomo: ¡trató de abolir la esclavitud en América cuando fue ministro de Ultramar allá por los años setenta! No sé cómo se le ha podido ocurrir a Sagasta nombrarlo de nuevo para el mismo cargo.

—No nos corresponde a nosotros juzgar las posiciones de los ministros, solo obedecerlos, ¿no? —respondió Álvaro con la lealtad de Estado que al viejo la vida le había agotado.

—Claro, claro… pero siempre es útil saber por qué quieren lo que nos piden. El problema de nuestro trabajo es que nos movemos siempre en aguas pantanosas ajenas.

—No me separaré de la señora.

—Eso, eso… —le dijo Vicuña, descreído de la lealtad del joven—. La tía es de armas tomar, desde luego. ¡Qué carácter se gasta la señora! Pero la sobrinita con esa verde y cautivadora mirada y ese busto turgente… Si sabe lucirlo esta noche, atraerá, sin duda, la del señor ministro de Ultramar —insinuó Vicuña una posible trama carnal entre ellos.

—Vicuña, haz el favor… —intentó desviar el tema Álvaro, incómodo.

—Ahora me vas a decir que no te has fijado… Encima que me ha tocado bailar con la más fea, resulta que el jovenzuelo afortunado, a quien le toca la bonita, nos ha salido casto… —se burló el viejo—. No hay que descartar que Moret quiera pillar a Becerra en algún lío de faldas para poder aventarlo por la corte. Si fuera así, debes dejar que el viejo Becerra se afane bien con la joven. Tampoco te acerques demasiado. Debes pillarlos con las manos en la masa, no vayas a entrar antes de tiempo.

—¡Vicuña!

—¿Qué? —se irritó el viejo.

—Que yo no he entrado al servicio de España para andar husmeando los pantalones de nadie, por Dios…

—Pues vete al servicio de Portugal, ¡no te digo, el niño de los remilgos! —aludió Vicuña a las dudas sobre su lealtad que corrían por los pasillos del ministerio debido a su doble origen.

—Eso son maledicencias, y lo sabes —se defendió Álvaro, molesto—. ¿Se sabe algo de mi próximo destino? ¿Crees que podré ir a Oriente?

—Tú cumple con tu actual deber. No estamos aquí para ir donde nos plazca, ¡si no donde España nos necesite!

—No te pega nada ponerte patriótico, Vicuña.

46

Al caer la noche, Elba vio, desde su balcón, desfilar un ejército de criados. Con librea de gala, alumbraban los caminos principales del jardín con antorchas que invitaban a recorrerlos en un ambiente que se tornaba misterioso. La abundante vegetación que rodeaba el palacio había hecho bajar la temperatura.

—¿Estamos listas? —preguntó Elba.

—No. Espera —la interrumpió Casilda, tomándola de la mano para que se sentara a su lado sobre su cama—. Tengo algo para ti. Fue de tu abuela Concepción y después de tu madre, Romana. A ella le encantaba. Cuando éramos jóvenes e íbamos de luto riguroso por la muerte de nuestros padres, muchas veces la sorprendía poniéndoselo en su cuarto frente al espejo.

Casilda abrió su baúl y sacó un bellísimo mantón de Manila verde con ricos bordados y se lo puso sobre los hombros a su sobrina. Combinaba a la perfección con el vestido de terciopelo morado y chifones verdes que le habían confeccionado las tres *mademoiselles*.

—Es precioso, tía. Muchas gracias. —Elba lo acarició sobre ella y sintió los brazos de su madre rodeándola—. Me ha emocionado usted.

—Eres idéntica a tu abuela. Tu madre disfrutaría al verte hoy —dijo Casilda, acariciando la mejilla de su sobrina—. Este mantón significó mucho para ella. Lo he guardado todos estos años, esperando que algún día regresaras. Hoy es el momento perfecto: te vendrá bien para llamar la atención sobre el archipiélago y que el ministro te identifique, te protegerá del frescor de la madrugada y resaltará el verde de tus ojos.

—Por ese orden de importancia —le dio la réplica su sobrina.

—Sí, por ese orden, tú lo has dicho —concedió Casilda—. Pero también traerá a tu lado a tu madre y a tu abuela. Espero que ellas, desde los cielos, sepan guiarte y protegerte. Tengo un mal presentimiento —reconoció Casilda.

—¿Por qué? ¿Qué podría suceder? Solo hemos venido a responder a algunas preguntas de ese ministro de Ultramar. No sé qué puede tener de peligroso. De hecho, ni siquiera sé qué puedo contarle yo a ese señor que sea de su interés…

—No sé. Me falta conocimiento de los tejemanejes de la corte. Quizás sea solo eso, no estoy acostumbrada a no tener el control de todo lo que me rodea. En este baile de tan alto copete, quizás me sienta una vieja provinciana un poco fuera de lugar.

—Tonterías. ¿Cuándo ha tenido usted miedo?

—Todos los días de mi vida —reconoció Casilda—. Nadie podía saberlo, claro está. Pero siempre he vivido aterrorizada. De ese miedo, se ha alimentado mi afán de protegernos a todos: primero, a mis hermanos, después, a ti y a Silvia. Esa niña da ahora sentido a todo lo que he conseguido.

—Hizo usted un trabajo excelente. Nadie lo imaginó nunca. Cuando Juan murió, el miedo también me abordó. Uno de los dominicos españoles del templo católico de Kulangsu, un hombre sabio, me dijo entonces una frase que me reconforta cuando las pruebas que me pone la vida me abruman.

—¿Y cuál es ese bálsamo de sabiduría traído de Oriente? —quiso saber Casilda.

—«Todo está hecho». Repítasela la próxima vez que el miedo la aceche. Y pierda cuidado: no se le nota nada. Ha sido y es usted muy respetada en el concello.

—Sí, pero el respeto no es cariño. Cariño era lo que generaba tu madre a borbotones. No me extraña que tu padre, Xoaquín, se enamorara de ella. Tenías que haberla visto cómo crio a nuestro hermano pequeño, tu tío Miguel. Se deshacía en mimos con él. ¡Éramos tan distintas!

—Eran un buen complemento una de otra —quiso consolarla Elba—. Pero no es momento de ponerse triste, tía. Hay buenas noticias: un criado me ha traído un telegrama de Peruxo desde Vilaescura. Lo habían enviado a la casa de huéspedes, pero doña Micaela lo ha hecho traer hasta aquí por si fuera algo urgente. Teresita y Lino ya llegaron al pazo. Silvia está encantada. Su tía Teresita la cuida muy bien y, para Lino, que es primo segundo por parte de padre, es la niña de sus ojos. Ese muchacho siempre fue muy protector. Su madre lo pasó mal por culpa del padre que fue un tarambana que la golpeaba a menudo. Él desarrolló una actitud protectora, primero con su madre y después con la pequeña Silvia. Le saca cinco años y, en Vigán, siempre estuvo pendiente de ella, como quien cuida un tesoro. Silvia no puede estar en mejores manos. Ahora quizás pueda relajarme, por fin.

—Me alegro. Disfrutemos de la noche, será la mejor manera de pasar desapercibidas.

La cena se celebró en el interior de palacio. Estuvieron presentes aristócratas españoles y europeos, banqueros y miembros de la alta burguesía. Grandes fortunas que competían en influencias con la nobleza del más rancio abolengo. La mesa del comedor estaba preciosa. La cristalería de la Real Fábrica de La Granja era una belleza a base de copas Sibert de talla greca. La cubertería de plata llevaba las insignias de los duques de Osuna grabadas. Y cada plato de la vajilla de Limoges estaba finamente decorado con motivos florales que, Elba se fijó, eran distintos en cada pieza. Esbeltos candelabros de plata de cinco velas jalonaban la mesa y, entre ellos, ramilletes amarillos y rojos o blancos y malvas, todos de flor de acacia, daban a la estancia un aroma que transportaba los sentidos.

Los cartones del menú con el escudo de armas de los duques de Osuna en lo alto anunciaban que degustarían un menú a la española, compuesto de sopa de sémola, salmonetes a la andaluza, filetes de ternera con arroz sobre cama de legumbres variadas y, de postre, natillas. A Elba le tocó sentarse entre el señor Gustavo Bauer, de quien su tía le había hablado, y un sobrino del marqués de Comillas. Esperando a que terminaran de servir la sopa a todos los comensales, Elba tomó una flor de acacia malva y se la acercó a la nariz para inspirar su aroma.

—Son petición expresa del ministro de Ultramar —le dijo el banquero judío.

—¿Las flores de acacia?

—Sí, es una planta muy empleada por la masonería —le susurró más de cerca—. Veo que sabe identificarla.

—Tengo pasión por las plantas, me la transmitió una tía mía —dijo Elba desviando la atención del bordado de su vestido que, acababa de entender, era un mensaje silencioso tejido

por las hermanas de El Tesoro de París—. Me dejó un cuaderno en herencia en el que ella había hecho anotaciones sobre todas las que había estudiado en su vida. La acacia tiene muchas propiedades curativas, ya los egipcios la asociaban a la salud y a la inmortalidad.

—Para mi pueblo también es un árbol importante —dijo Bauer—: según el libro del Éxodo, la zarza ardiente en la que Dios se le apareció a Moisés era de madera de acacia.

—También la madera del tabernáculo —completó Elba, provocando una mirada de admiración del banquero.

—Los hebreos alumbramos incienso de flor de acacia para que en nuestro hogar impere el bien.

Ahora que había capturado la atención don Gustavo Bauer, Elba quiso saber más.

—¿Y dice usted que es una planta empleada por la masonería?

—Sí, los albañiles y artesanos, de los que dicen descender, la apreciaban mucho por su resistencia. En el cristianismo, se asocia a la cruz y a la corona de espinas. Hay quien se hace construir su ataúd de madera de acacia como símbolo de resurrección.

—Ahora que lo dice, el aroma de la flor de acacia, desde luego, parece querer unirnos a lo eterno —cerró Elba los ojos, al inspirar aquel dulzor, dejándose llevar por la magia que parecía estar inundando aquella noche.

—Parece usted una persona con sensibilidad por lo espiritual, pero no le debe faltar a usted tampoco interés en lo material, si está aquí esta noche —quiso saber el financiero.

—Como a usted, supongo —respondió Elba sin dejarse intimidar.

Tanto su tía como su marido le habían enseñado que no era nada vergonzoso hablar de dinero, por más que, en determinados círculos, y, en especial a una mujer, pudieran intentar afearles la ordinariez o el atrevimiento de interesarse por el peculio.

—*Touché* —sonrió el banquero mientras quitaba las espinas de su pieza.

—¿Cuál de los lotes de la casa de Osuna ha llamado su atención? Si puede saberse —le devolvió la pregunta Elba al banquero judío.

—No tengo inconveniente en decírselo: Francisco de Goya pintó un retrato de la duquesa de Osuna que me tiene cautivado. Pagaré lo que haga falta, y le aseguro que los bolsillos de la casa Rothschild son los más profundos de este país. Si me ayuda a divulgarlo, de hecho, se lo agradecería, así disuadiremos a cualquier otro interesado y nos evitaremos todos una puja que solo beneficiaría a los organizadores.

—Por mí, puede usted despreocuparse. A mi tía quizás le interese algo, pero dudo que sea un cuadro. No es una mujer muy inclinada a las artes. Algo superfluo, según ella —dijo Elba, señalándola.

—¿Esa es su tía? Ha prendido hebra con el ministro de Ultramar. Parecen tener mucho en común.

47

—¿Ese señor de bigote es Manuel Becerra?

—El mismo.

—Creo que el ministro es *chairego* —dijo Elba.

—¿Disculpe?

—De la Terra Chá, al norte de Lugo. Nosotras somos del sur de la provincia, de Monforte de Lemos. Es posible que tengan algún conocido común —quiso desviar Elba la atención.

—Es cierto. Oí que lo habían hecho hijo predilecto y preclaro de la provincia. Preclaro, puede ser, ya que es un insigne matemático. Sus conferencias sobre astronomía y filosofía en el Ateneo de Madrid son muy aplaudidas.

Desde el otro lado de la mesa, Elba y don Gustavo vieron a su tía decir algo al ministro que llevó a este a levantar la cabeza y buscar la mirada de su sobrina. Tomó una copa de cristal de La Granja, que un criado se encargó de rellenar con el excelente vino de Valdepeñas que estaban sirviendo y, al beber, hizo un disimulado gesto de reconocimiento, que Elba correspondió con un discreto y pausado parpadeo.

—No sabía que fuera conferenciante el señor ministro —continuó Elba la conversación con el banquero judío—. Espero tener la ocasión de escucharlo alguna vez.

—¿Le interesa la astronomía? —dijo Gustavo Bauer, sorprendido de nuevo por semejante interés en una dama.

—Más bien la filosofía.

—En todo caso, dudo que Becerra esté ahora para muchas charlas, señora mía. Durante muchos años se gastó un temperamento antiborbónico. Tras varias detenciones y exilios en Francia, se le fue sofocando y se dedicó a la enseñanza durante una temporada. Pero, aunque ya no es el revolucionario que era, desde que le hicieron académico de número de la Real Academia de las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, hace ya casi una década, su discurso político se ha ido atemperando. Sigue siendo un gran defensor de la libertad y la democracia, pero parece que ha aceptado la monarquía como régimen. Con la responsabilidad que ahora ostenta, no está para dedicarse a dar conferencias. Demasiado riesgo de que se le escape una impertinencia que le cueste el cargo.

—Y usted que lo diga —intervino el otro caballero a la izquierda de Elba, cuando comenzaban a servir los filetes de ternera—. El marqués de Comillas está muy preocupado por la deriva de los asuntos en las colonias. Tiene no pocos intereses que se verán muy afectados según las decisiones que tome el Gobierno.

—¿Y qué intereses son esos? —preguntó Elba, haciéndose la ignorante, para que se animara a explayarse, recordando un consejo de su tía antes de salir del dormitorio: hay veces que es útil hacerse la tonta.

—Sagasta, cuando fue nombrado presidente con la restauración monárquica, en su primer Gobierno liberal, puso al frente del Ministerio de Ultramar a Fernando León y Castillo, quien, como buen canario, tenía una mayor sensibilidad para los asuntos coloniales. No tardó mucho en promulgar el decreto de 25 de junio de 1881 por el que se puso fin a casi cien años de estanco y monopolio del tabaco en Filipinas. Dos años después, el tabaco comenzó a comercializarse en subasta pública en las islas, pagándose a los proveedores con dinero en efectivo con cargo al presupuesto filipino y suprimiéndose el obsoleto pago en especie. ¿Quién está detrás de estas medidas liberalizadoras, se preguntará usted? —dijo retórico el animado comensal.

—Pues yo no lo sé, si no me ilumina usted… —continuó Elba aplicando el consejo de su tía.

En las islas había oído hablar mucho de la vida en las plantaciones de Cagayán, pero, allí, no habría tenido nunca acceso a esta perspectiva.

—Antonio López, primer marqués de Comillas y padre de mi jefe, don Claudio López Bru, el segundo marqués. Ambos íntimos amigos de la regente y la familia real — dijo abrogándose unos méritos que no eran suyos—. Don Antonio, solo cinco meses después del decreto del desestanco que ponía fin al monopolio del cultivo, venta y comercialización del tabaco en el archipiélago, ya había fundado en Barcelona la Compañía General de Tabacos de Filipinas. A través de ella adquirió las marcas y fábricas que salían a subasta y hasta entonces habían sido propiedad del Estado. Es una pena, pero solo pudo presidirla dieciocho meses, pues pronto le sobrevino la muerte. No fue una lucha fácil, ¡el marqués de Campo fue un duro competidor, no se crea! —dijo el hombre como si fuera él mismo quien hubiera rivalizado—. Pero el marqués de Comillas contaba con apoyo financiero de capital tanto nacional como extranjero: la Banque de Paris et des Pays-Bas era también accionista de la compañía. Hoy es una de las empresas tabaqueras de mayor producción a nivel internacional —concluyó el caballero su clase magistral a Elba.

Terminadas las natillas, Vicuña se levantó y desde una esquina hizo tintinear su copa con el filo de un cuchillo de plata para llamar la atención de los comensales.

—Damas y caballeros, la velada continúa en el casino de baile junto al lago. Hay antorchas que iluminarán sus pasos cuando se adentren por el jardín. ¡Introdúzcanse en el misterio de los jardines de El Capricho! —animó a los invitados con teatralidad.

Todos se levantaron y, tras recibir las despedidas de don Gustavo Bauer y del empleado de los marqueses de Comillas, Elba se acercó a su tía para preguntarle cuándo debía hablar con el ministro. No hizo falta, porque Casilda había adivinado su intención y se limitó a decirle rápido y en voz queda:

—Aún no, no pueden echarte de menos en el baile. Vayamos al casino y baila, es lo que todo el mundo esperaría de una mujer joven y bonita. El ministro me dará una señal cuando llegue el momento y yo me encargaré de avisarte. Pierde cuidado y diviértete con normalidad.

Al otro lado de la sala, Vicuña las observaba con desconfianza, cuando Álvaro la alcanzó por la espalda y, poniendo su mano sobre el hueco de sus lumbares, la impulsó con sutileza hacia la puerta antes de que Elba pudiera decir nada a su tía.

—Señora —saludó a Casilda, primero—, señorita… si me permiten, les muestro el camino.

—No soy señorita —aclaró Elba—. Soy viuda.

—Es cierto. Ruego me disculpe, es su lozanía la que me induce a confusión.

—Creo que podría ser algo mayor que usted —le reconoció ella.

—Qué son un par de años en una vida…

—El caballero solo pretendía ser galante, querida —intervino Casilda, animando a su sobrina

a tomar el otro brazo del joven.

48

De camino al casino de baile, Álvaro desplegó todas las habilidades sociales que, como nieto de diplomático, había aprendido viendo a su abuelo, a la altura de sus rodillas, desenvolverse en no pocas fiestas danzantes en Lisboa, antes de que muriera y ellos se trasladaran a Madrid, cuando solo contaba diez años. Comenzó por dedicar toda su atención a la tía, quien, a su edad, se sentiría halagada y perdería toda precaución sobre su siguiente movimiento, cuando él se centrara en la sobrina. Mientras tanto, esta habría desarrollado cierta hambre de atención que solo entonces él se encargaría de saciar.

—¿Así que son ustedes gallegas? —comenzó por preguntarle a Casilda.

—En efecto.

—¿De dónde en concreto?

—De Lugo.

—¿Es usted pariente de don Manuel Becerra, quizás? —quiso sonsacarle el joven secretario.

—No, no, ¿por qué piensa eso? —seguía Casilda sin soltar prenda.

—Como les he visto muy animados en la conversación en la mesa…, he pensado que solo podía haber dos motivos: o son familia o el ministro ha quedado prendado… —intentó Álvaro valerse de una zalamería.

—No diga sandeces, joven, que yo ya soy una anciana. Somos de la misma provincia, pero de comarcas distintas. En la capital se creen ustedes que todos los provincianos somos parientes —le respondió Casilda seca, adivinando sus intenciones.

—Mi abuelo siempre decía que el mundo es mucho más pequeño de lo que parece.

—Por eso mismo es mejor guardarse de los desconocidos preguntones —dejó Casilda en evidencia a Álvaro.

—Disculpe, no era mi intención importunarla —se batió Álvaro en retirada, tornándose hacia Elba, tan divertida con la despiadada reacción de su tía como compasiva con el error de cálculo del apuesto joven.

—No se lo tenga en cuenta —quiso disculpar a Casilda—. Aunque, en ocasiones, pueda resultar un tanto hosca, no es mala persona. Compréndalo, es toda una vida aguantando a amables caballeros intentando afanarle su fortuna mientras la colmaban de lisonjas. Se le agotó la paciencia con las adulaciones superfluas.

—¿Y usted aún las resiste?

—Poco, para qué engañarle.

—¿No le agradan los piropos?

—Depende de cuál y de quién venga. Las lisonjas solo funcionan cuando se conoce a la persona y uno es capaz de calibrarlas. Es un error de cálculo pensar que a todas las mujeres les

gustan las mismas cosas y muy difícil que un desconocido pueda acertar. —Elba se abrazó en su mantón de Manila para protegerse mejor del frescor de la noche.

Llegaron a la altura del casino iluminado con cientos de velas en su interior. Casilda entró sin mayor miramiento, dejando a los dos jóvenes en la terraza que lo rodeaba.

—¿Y a usted qué le gusta? —preguntó él—. Es para acertar con el halago —confesó Álvaro corrigiendo el tiro, veloz, hacia una estrategia de frontal sinceridad.

—Que me despierten la curiosidad: iba usted muy bien encaminado esta mañana con su orientalismo académico —concedió Elba, reconociendo el esfuerzo—. No sé qué le ha hecho errar el rumbo esta noche.

—¡Así que aún puedo albergar esperanzas de caerle bien, al menos, a una de las señoras Varela-Novoa! —recibió Álvaro el flirteo.

—Aún, aún… —le dio pie Elba indisimulada.

Un cuarteto de cuerda y un arpa tocaban en una esquina del pequeño casino y, cualquiera diría que a su son, los visillos blancos volaban sobre la terraza elevados por la corriente de aire que se formaba entre sus puertas de cristal, abiertas de par en par, para dejar entrar el aire de una noche de tardío verano madrileño. Por ellas, también se colaba la música que nacía dentro y se perdía entre los enigmáticos jardines de El Capricho.

—Tiene lógica… —comenzó diciendo él, ofreciéndole la mano para bailar.

—¿El qué?

—Que una mujer curiosa se fuera a vivir a Oriente.

—¿Le incomoda mi curiosidad? —quiso saber Elba.

—En absoluto. Me fascina.

—No fue una decisión premeditada, la de partir a aquellas tierras, pero ¿por qué lo dice? —siguió preguntando ella, ahora interesada.

—Porque Asia apasiona a quienes conmueve el descubrir cosas nuevas. Es un mundo tan distinto al nuestro.

—¡Es octogonal! —observó Elba, mientras daban vueltas, danzando alrededor del casino sobre la terraza.

—¿Disculpe? —preguntó Álvaro, perdido en el aroma que desprendía Elba ahora que la tenía cerca.

—Este edificio tiene planta octogonal —aclaró ella, dejándose mecer por Álvaro al comenzar este a llevarla en el baile.

—¿También le interesa la arquitectura?

—No, lo mío es Oriente. Mi casa en Kulangsu, en las costas de Fujian, tiene esta forma. El octógono es un compromiso entre el cuadrado y el círculo. Una especie de pasadizo entre el mundo terrenal, el cuadrado, y el mundo de los cielos que representa el círculo. Un símbolo del renacer a una vida nueva. Es frecuente que las iglesias en Filipinas tengan torres octogonales también, un ejemplo de la fusión de culturas que se da en las islas y que tanto admiro.

—Impresionante. Deliciosamente impresionante. ¿Lavanda? —dijo Álvaro acercando su nariz tras la oreja izquierda de Elba.

—¿Cómo dice? —preguntó ella turbada.

—Su perfume: esencia de lavanda, ¿no es así?

—¿Sabe usted de plantas? —continuó interesándose, sorprendida, y separando con levedad la cabeza para mirarlo a los ojos.

La brisa de la noche, el frescor del jardín que los rodeaba, el aroma de las guirnaldas malvas

de flores de acacia que adornaban la barandilla de la terraza del casino, el compás suave de la música y unos ojos pardos, tirando a miel, que le aguantaron la mirada con una transparencia que hacía mucho tiempo no sentía… Todo aquello mezclado en su cabeza, a base de vueltas de baile, invitaba a Elba a dejarse llevar.

—De plantas, seguro que no tanto. Pero estaré encantado de aprenderlo todo de una mujer experimentada como usted —susurró Álvaro a su oído.

Elba cerró los ojos, con su mejilla a la altura de la oreja de él y aspiró su olor. Sin control, dejó salir el aire al espirar y Álvaro sintió un cosquilleo que le recorrió el cuerpo. Ella se abandonó a la música y él la apretó contra sí al acelerar en la siguiente vuelta. De puntillas, como volando entre sus brazos, Elba se sintió despegar del suelo.

—¿Elba?

Escuchó su nombre en el aire. Procedía de la puerta por donde habían comenzado la danza.

—¡Elba, querida!

Volvió en sí y se separó ligeramente.

—Es mi tía —dijo sin querer alejarse de su pecho.

—Sí —se limitó a responder él, soltándola de mala gana y metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Debo irme. Estará cansada y querrá volver al palacio. La edad…

Desde la barandilla de la terraza del casino, Álvaro contempló a ambas cómo regresaban en dirección al palacio por el camino alumbrado por decenas de antorchas. Tronchó un ramillete de acacias y se lo puso en el ojal de la levita. Se encendía un cigarro, cuando una mano le tomó el cuello por la espalda con un golpe seco.

—¡González de Pombo! ¡Menudo truhan estás tú hecho! ¿Qué? ¿Le has sonsacado algo, además de los colores, a la moza? —preguntó Vicuña faltón.

—Son paisanas de Becerra. Todos de Lugo, de comarcas cercanas.

—¡Mira tú, qué casualidad! Bien, bien, bien… sigue así y a lo mejor te acabas ganando el puesto que quieres.

Las mujeres se perdieron a lo lejos, pero, antes, él vio a Elba mirar hacia atrás para comprobar que la seguía con la mirada.

Unos metros más tarde:

—Ya no nos ven —le confirmó Elba a su tía—. ¿Y? ¿Sabe algo? —le preguntó ansiosa.

—En el templete de Venus, en cinco minutos —le dijo, apuntando con el dedo a su izquierda —. Espera allí a que llegue el ministro.

49

Manila.

—Señor Villarruel, señorita Charito, ¿qué puedo ofrecerles? —preguntó Ong-junco al ver entrar a don Faustino y a su hija en su tienda.

—Rosario, si no tiene inconveniente —le pidió ella.

—Como guste. No sé por qué tienen las muchachas de hoy tantas ganas de hacerse mayores… —dijo el comerciante, buscando con la mirada comprensión en el padre de la joven—. ¿En qué puede servirles este viejo chino? —volvió a comenzar, al no encontrarla.

—¿Podemos hablar más en privado? —le susurró don Faustino, aproximándose al oído del viejo para salir del campo de acción de los ojos de los clientes que abarrotaban el negocio.

—Síganme —les dirigió Ong-junco a la parte trasera de su casa.

En Filipinas, Ong-junco solo había tenido una hija, que se supiera. Y el viejo no había dado noticia de que hubiera otra familia en China, algo que, por otra parte, no era infrecuente en los comerciantes que proliferaban en los mares del Sur. La muchacha, una callada quinceañera, pronunció un saludo casi inaudible y les sirvió un té en la misma mesa en la que, un tiempo antes, Charito había ayudado al doctor Rizal a salvar la vida de quien hoy conocían como Hugo.

—Gracias —le respondió Rosario a la joven cuando hubo terminado.

Su padre y, por supuesto, don Doroteo, ignoraron el servicio discreto de la muchacha y empezaron su conversación. Ella devolvió una sonrisa leve en silencio, sin mirarla a los ojos.

—Pues, usted dirá —animó el viejo a don Faustino.

—Mire, Doroteo, vengo a compartirle una preocupación. Usted estuvo, como yo, presente en los trabajos que iniciamos, aquí precisamente en su casa, cuando regresó Rizal, y juntos creamos la Liga Filipina.

—¡Cómo iba a olvidarlo!

—Hemos avanzado mucho. Son cada vez más las logias que levantan columnas por todo el archipiélago. Y, sin embargo, tengo la sensación de que hay un riesgo en ciernes.

—Le escucho. Los riesgos no son buenos para los negocios y es mejor estar preparados —dijo el comerciante, dando un sorbo entrecortado al té aún humeante.

—Hemos recibido respuesta de Morayta. Y me temo que no es la que esperábamos. No puedo comprender qué ha causado este rechazo de nuestros ideales de asimilación que, hasta ahora, el Gran Maestro del Gran Oriente Español siempre había apoyado. Ya ha conseguido unificar bajo el GOE a más de ciento veinte logias en la península. ¿Por qué no iba a querer bajo la misma obediencia las que proliferan ahora en el archipiélago?

—Desde luego, es muy extraño… —le reconoció el viejo, haciendo un chasquido que su hija reconoció.

Sin tener que mediar palabra, la muchacha supo adivinar lo que su padre quería y le acercó una cajita de laca negra. El viejo la abrió y sacó una pipa de caño largo de marfil ricamente repujado y tomó una de las dos bolsitas que había, mientras hacía un gesto a don Faustino ofreciéndole el contenido de una de ellas, que este rechazó.

—Tengo en mi poder su carta que he leído con mis propios ojos —continuó el padre de Rosario—. Es un hecho. Sea como fuere, esto nos pone las cosas mucho más difíciles. En el manifiesto del primero de marzo de 1888 de Marcelo del Pilar dejó bien claro cuál era nuestro objetivo con el grito: «¡Viva España! ¡Viva el rey! ¡Viva el ejército! ¡Fuera los frailes!». Aquel manifiesto se entregó, secundado por cientos de hombres, pero siempre de forma pacífica, al gobernador en Manila. Años después, en la Liga Filipina nos conjuramos para defendernos contra la violencia y la injusticia. Por ello mismo, descartamos la primera como instrumento para luchar contra la segunda.

—Lo recuerdo bien, ¿pero cree usted que aquella petición llegó de verdad a la regente en Madrid? —se mostró escéptico Ong-junco, mientras cargaba de tabaco su pipa.

—Es posible que nunca lo hiciera… Por eso, la interlocución con Morayta y su beneplácito a nuestras demandas era tan importante. El Gobierno en la península podría no estar recibiendo con la objetividad y precisión necesaria lo que acontece aquí, en la otra punta del mundo. Ahora, con este revés de nuestros hermanos masones peninsulares, queda bloqueado el camino para el reconocimiento de nuestro derecho a recibir igual trato que el obtenido en Cuba o Puerto Rico… Y nos quedamos sin argumentos frente a los hermanos que demuestran menos escrúpulos para tomar por la fuerza lo que es nuestro…

—Sabe usted que la logia Semilla n. 8 levantó columnas hace poco. Le echamos de menos en mi iniciación, por cierto, don Doroteo —intervino entonces Rosario.

—Sí, lo sé, señorita. No me lo tome usted a mal, pero no querría yo que mi hija tomara ese camino. Como sabe, la vida no me agració con ningún descendiente varón y esta ha sido mi única hija —afirmó Ong-junco elevando los hombros con un gesto de resignación—. Mi hija debe casar en breve con el hombre que yo he elegido para ella. Hay un importante negocio en juego. Si yo fuera a apoyar la creación de una logia femenina, ¿cómo podría yo impedir que mi propia hija participara en ella? Y, de ahí, a que desobedezca a su padre hay solo un paso… Demasiada carga ha sido ya…

—Pero usted apoya la idea de libertad de la hablamos en nuestras reuniones de la Liga Filipina, ¿no es cierto?

—Verá, señorita… —se dispuso el viejo chino a explicarle, dando una larga calada a su pipa —. En el mundo del que yo vengo, la armonía social es el valor supremo. No esa «libertad individual» de la que tanto hablan ustedes. Y la jerarquía es un elemento esencial para ordenar la vida y conseguir que sea armoniosa. De donde yo vengo, llevamos más de dos mil años leyendo las *Analectas* de Confucio, ¿sabe usted cuántas generaciones son dos mil años? De hecho, si le soy sincero, yo no entiendo muy bien a qué se refieren ustedes con eso de «la libertad»… No encuentro una palabra en mi idioma hokkien que me encaje del todo… Mi implicación en la causa es conseguir mayores beneficios para mi negocio de los que ahora me ofrece este sistema bajo el control de los frailes.

—Pero usted va a misa los domingos con su familia en la iglesia de San Lorenzo Ruiz de Binondo —le provocó Rosario.

El viejo chino se carcajeó causándose una tos con el humo.

—Lorenzo Ruiz, señorita, era de padre chino y madre filipina, como lo es mi propia hija

Chan, como lo son ustedes, algo de aprecio he de tenerle. Pero yo no voy a permitir que me acusen de asesinato falsamente, como a él, y yo no voy a huir de polizón en un barco hacia las islas del emperador del Sol Naciente para morir allí defendiendo la fe… No, no, no, señorita… No hay fe que merezca mi muerte, no sé si me entiende. Los occidentales ven solo lo que quieren ver. Les ciega su propia visión del mundo y no son capaces de concebir que hay otras formas de entender la vida de los hombres y su ordenación en sociedad. Su arrogancia, su ceguera a todo lo ajeno, acabará con ellos. Por eso me pareció que nosotros chinos y mestizos sino-tagalos, entre los masones, quizás tendríamos más comprensión, con eso de promover el progreso… y el trabajo propio fuera de los esquemas preconcebidos de un solo pensamiento teológico… ¿Cómo lo llaman…?

—Pulir la piedra —intervino don Faustino.

—Eso es. Es que tanta simbología se me hace un poco cuesta arriba, son ya muchos idiomas en mi cabeza, hokkien, castila, tagalo… como para ponernos, además, simbólicos.

Rosario se quedó pensativa, mientras miraba a Chan sentada en una esquina de la cocina con la cabeza gacha esperando sumisa cualquier otra instrucción que se le ocurriera pensar a su padre.

—Precisamente ese valor supremo que usted otorga a la armonía, amigo Doroteo, es lo que le hará comprender que, si el detentador del poder ya no sirve al progreso del pueblo, debería buscarse otro para ese rol ordenador de la armonía social —intentó don Faustino traer la conversación al motivo de su visita.

—Lo que mi padre quiere decir es que quizás haya llegado el momento de unir nuestras fuerzas con las del Katipunan. Marina Dizón, simbólico Hamog, se inició en Semilla n. 8 conmigo y, poco después, se ha hecho miembro del Katipunan, atraída a él por su padre y su primo Emilio Jacinto Dizón.

—Así que el Katipunan sigue ganando adeptos… ¡y mujeres también! —se sorprendió el viejo.

—Tras la muerte de su madre, cuando Marina aún era muy niña, la madre de Emilio la crio, así que este tiene un gran ascendiente sobre ella. Su padre y su primo se han hecho miembros del Katipunan, y, por lo que me cuentan otras hermanas, Emilio está resultando una gran inspiración para el movimiento que lidera Andrés Bonifacio. Marina estaría ejerciendo ya de secretaria de la sociedad para las mujeres que se unen a ella.

—Si continúan por la vía de la violencia, esto puede acabar muy mal —comenzó a preocuparse más el viejo—. ¿Ve lo que yo le digo? Tanta libertad, tanta libertad… ¡hasta para las mujeres! ¡Solo lleva al caos y este solo nos traerá debilidad! La prosperidad solo puede florecer de la armonía. Y eso requiere de un orden, de una disciplina. Mis negocios necesitan estabilidad. Conseguir mayores cuotas de negocio tratando de igualar nuestros derechos a los de los castilas está muy bien, pero esto comienza a írsenos de las manos y puede que no podamos controlarlo. Si estallara un conflicto, mis negocios se verían directamente afectados… —recapitulaba sus pensamientos en voz alta el comerciante chino, mientras daba golpecitos sobre la mesa con la mano con la que sostenía la pipa.

—Efectivamente. Nuestro dilema, ahora que los hermanos masones de la península han cercenado nuestras aspiraciones, es ¿qué hacemos? La violencia no era una primera opción, pero la independencia sí, especialmente tras el rechazo de Morayta —verbalizó don Faustino ese pensamiento que le había estado azorando desde que recibiera la carta de Morayta.

—Emilio Jacinto Dizón es un joven muy inteligente. Estudió en el Colegio de San Juan de

Letrán y después continuó sus estudios en la Universidad de Santo Tomás, aunque creo que no los ha terminado… ¡Quién puede dedicarse al estudio estos días, con tanto fervor político! —le disculpó el viejo—. Tiene más cabeza que Bonifacio. No hay que descartar que termine convirtiéndose en el cerebro del Katipunan… tiene madera para ello —dijo Ong-junco, haciendo cálculos estratégicos en su cabeza sobre a cuál de aquellas facciones sería más conveniente mostrar su apoyo para el mayor éxito de sus negocios.

—Marina también lo es —intervino Rosario—. La educó la maestra Guadalupe Reyes, una de «las veinte mujeres de Malolos»… José Rizal alabó su lucha por la educación femenina como instrumento para la igualdad y la independencia, en un artículo en *La Solidaridad*, como seguro sabe usted, como buen amigo de los Rizal.

—El doctor Rizal tiene toda mi admiración y sus hermanas tendrán siempre mi apoyo, pero le voy a pedir que no meta usted pájaros en la cabeza de mi hija, señorita Rosario, que nos conocemos… —le reprochó el viejo chino, girándose para observar si su hija seguía allí, provocando que esta bajara súbitamente la cabeza que había ido levantando por la fascinación que le despertaba la conversación de la hija de don Faustino—. Su matrimonio ya está siendo gestionado por un casamentero profesional con un caballero de muy buena familia y mejores posibles, en Minnan al sureste de la provincia de Fujian, de donde es originaria mi familia.

—No se altere, don Doroteo, no hemos venido a revolucionar su hogar, sino a ponerle al tanto de las últimas noticias.

—Se lo agradezco, Villarruel. Hay que estar preparados. Al fin y a la postre, la vida es un gran círculo, lo que hoy está mal, mañana está bien, lo que hoy está fuera de tu alcance, mañana puede ser tuyo —dijo el viejo comerciante chino, mientras vaciaba el tabaco consumido de su pipa en el suelo de la cocina, que su hija, presta, recogió con una escobilla.

—Avisado queda, amigo Ong-junco. Se vienen tiempos convulsos y hemos de saber estar unidos.

50

Don Faustino y su hija salieron de la tienda de Ong-junco. Cuando ya se disponían a subir a la calesa, Rosario recordó un encargo que le había hecho Johanna.

—Yo debo regresar a la casa, hay otros hermanos que vienen a visitarme dentro de un rato. No tardes —le pidió su padre.

—Descuide. Me ha pedido comprar unos lazos para adornar su cabello. Últimamente está muy nerviosa. Será mejor tenerla tranquila.

—Esta muchacha presta demasiada atención a frivolidades…

—Bueno, padre, no seamos tan críticos con la pobre Johanna. Si lo piensa usted, su matrimonio con Hugo será la mayor decisión de su vida. De ello dependerá su futuro. Unas cintas de seda no me parecen demasiada inversión, si de ello depende toda su existencia futura… Es lógico que esté tan susceptible. Johanna se juega mucho.

—Porque ella así lo ha querido, desde que vino a vivir con nosotros, le he dado los mismos libros que a ti, le he ofrecido los mismos maestros… Nunca demostró el menor interés en aprender, por desarrollar su propio criterio, del que poder valerse un día por sí misma, si llegaba a ser necesario. No voy a duraros siempre.

—No diga eso, padre. Johanna ha tenido suerte, con usted y con Hugo. Es un buen hombre. No puede decir lo mismo la pobre Chan.

—Si se casa con ella… No veo a Hugo muy convencido —reconoció su preocupación don Faustino por las dudas de su protegido—. Pero no estamos ahora para estos parlamentos. No tardes, Rosario —le conminó su padre, azuzando al caballo con las riendas.

Rosario regresó a la tienda. A pesar del apuro de su padre, no quiso llamar la atención y esperó paciente la fila e incluso cedió su turno a alguna otra mujer, hasta que vio a don Doroteo entrar en la trastienda y dejar a Chan, junto a una pléyade de ayudantes, atendiendo las peticiones de las clientas.

—¡Chan, Chan! —le susurró desde el fondo, agitando una mano para sustituir con el movimiento el volumen que no quería aplicar a su voz.

Chan le hizo un gesto confirmando que la había visto e indicándole que saliera de la tienda. A los pocos minutos, se reunió con ella.

—Demos un paseo, señorita, si me ve mi padre departiendo con usted, no se va a poner contento.

—¿Cómo estás? ¿Es verdad eso de que tu matrimonio ya está negociado?

—Era cuestión de tiempo: de donde nosotros venimos, las leyes permiten entregar a una mujer en matrimonio a partir de los trece. Mi padre está intentando encontrarme marido, pero,

por influencia de las leyes castilas y porque la suma de dos ochos es una combinación numérica muy auspiciosa, mi madre logró convencerle de que esperara aún unos años más. Pero, en cuanto alcancé los dieciséis, se puso en negociaciones: el casamentero vino ayer, mi padre apuntó mi fecha de nacimiento en un papel colorado y se lo entregó. Él lo llevará a casa del hombre elegido: Lucio Ysabelo Limpangco es un hombre de negocios, conocido de mi padre, tiene cuarenta y dos años y procede de Amoy. Está casado conforme a los ritos de nuestra tierra con la señora Chu-Cua, quien reside en China y con la que tiene allí tres hijas. Si nos acompañan los buenos presagios, quizás yo pueda darle el hijo que tanto desea y, con ese nieto, apaciguar los lamentos de mi esposo y de mi padre a la vez.

—¿Y a ti qué te parece eso de que tenga dos esposas?

—¿Qué ha de parecerme? No es extraño en nuestra comunidad. Mientras que ella no venga a Manila y, dudo que lo haga, ¿por qué habría de molestarme…? Y si acabara viniendo, pues ya veremos. No hay nada que yo pueda hacer al respecto…

—Pero ¿no te parece muy mayor para ti?

—Eso sí… me da miedo, señorita. ¿Y qué puedo hacer yo? Si los auspicios nos son favorables, esto ya no hay quién lo pare. Le voy a confesar una cosa, señorita: mi corazón es de otro hombre, pero mi padre nunca aprobaría ese matrimonio.

—¿Y quién es tu enamorado, si puede saberse? —quiso saber Rosario.

—Un joven aeta que trabaja para mi padre. Es inteligente, señorita, divertido, no sabe cómo me hace reír… Y trabajador como nadie. Pero mi padre nos pilló una vez hablando en la trastienda, y de la paliza que nos dio a los dos casi nos mata. No dejó de repetirme que Tinong no tiene dónde caerse muerto, que si acababa preñada de él, nuestros hijos saldrían oscuros, que el negocio perdería su clientela y que quién iba a cuidar de él y de mi madre cuando fueran ancianos… Mi vida junto a Tinong traería desgracias para toda la familia, eso me dijo.

—¿Y no hay manera de ganar tiempo? A lo mejor en Semilla se nos ocurre algo para ayudarte, Chan. Haremos una tenida blanca en breve para darnos a conocer a otras mujeres, deberías venir.

—Ya ha oído usted a mi padre, señorita… El casamentero ha puesto el papel con mi cumpleaños bajo el incensario del altar a los antepasados del señor Limpangco. Si no ocurre nada malo en los próximos tres días, es decir, si no se rompen piezas de la vajilla, no se le estropea ningún negocio o no hay ninguna reyerta familiar, eso querrá decir que los espíritus de los ancestros nos dan su bendición y el casamentero traerá otro papel colorado con la fecha de nacimiento del señor Limpangco que colocaremos en el mismo lugar del altar de los nuestros. Pasados los tres días de rigor, tendrá lugar la ceremonia. Cuando dé a luz a mi primer hijo varón, el señor Limpangco ha prometido a mi padre que irá al notario público, don Numeriano Adriano, y me incluirá a mí, a mi hijo y los que hubieran de venir después en su testamento. El futuro de mis padres está en mis manos, no puedo defraudarles, señorita…

—Así que tenemos seis días… quizás podamos hacer que algún plato se rompa en casa del señor Limpangco… ¿querrías?

—No sé, señorita… Es el futuro de mis padres…

—¿Y tu futuro? ¿No ha de preocuparte tu futuro, Chan? Tú solo tienes esta vida. ¿Dónde dices que vive el señor Limpangco?

—No se lo he dicho… calle Anloangue, la de los carpinteros, esquina con calle Hormiga… ¿Usted me ayudaría?

—Claro, muchacha.

—Es que hay otra cosa que no le he contado. Yo también tengo mis motivos para tener prisa… Detrás de la casa del señor Limpangco está el muelle de Binondo. Al otro lado, en la calle Barraca está el hotel La Fonda Francesa, de Lala Ary, en el distrito de San Nicolás. Allí se reunió mi padre alguna vez con el doctor Rizal y allí, esperando a mi padre, Tinong y yo hacíamos tiempo… ya me entiende, señorita.

—Ya veo… ¿y?

—Pues… pues… pues que tengo una falta, señorita… y si no me caso pronto, este niño será la desgracia de mi familia…

Se echó a llorar Chan con desconsuelo.

—¿Pero pretendes hacer pasar al hijo de un aeta más prieto que la noche por el de un chino, muchacha? Cuando des a luz, tu marido va a montar en cólera, va a acusar a tu padre de engaño y su palabra de hombre de negocios se va a ver empañada y dejará de ser válida para los demás comerciantes. ¡Es peor casarte en estas condiciones! ¿No lo ves?

La muchacha, desconsolada, se echó a los brazos de Rosario.

—No llores, no llores… Algo podrá hacerse. Para empezar, habrá que encontrar la manera de destrozarle la vajilla al señor Limpangco en menos de tres días. Hay que ganar tiempo. Todo lo demás tendrá arreglo. Un muchachito sano de ojos rasgados y color chocolate te traerá mucha alegría, y si es listo como su padre dices que es, sabrá agradecer todos tus desvelos cuando seas viejita. Te mandaré noticia de la tenida de Semilla. Las hermanas encontraremos la manera de ayudarte, el socorro mutuo es uno de los principios fundamentales que han de regir nuestras vidas. A cambio, solo te pediremos lealtad fraterna, cuando te llegue el turno de asistir a otra.

51

El Capricho de los duques de Osuna, Madrid.

Antes de lanzarse a la espesura del jardín, Elba tuvo un momento de reflexión mientras cerraba sobre sus hombros el mantón de Manila verde de su madre: se preguntó a sí misma por qué tenía ella que acudir a aquella cita y si atender la petición de hablar con el ministro era una buena idea de veras. Nada la obligaba a hacer lo que le pidiera Mariana, su logia o las Hijas de Sejmet, fueran quienes fueran.

Por un lado, consideraba un deber moral ayudar, en justa reciprocidad, a quienes habían sido esenciales en que ella descubriera el mayor secreto que encerró su vida hasta para sí misma. Sin su intervención, nunca habría sabido que ella era una Varela-Novoa. Pero este era solo el motivo racional que ella se daba. Su memoria regresó a Juan, dejando un halo de culpabilidad por lo que había sentido renacer durante aquel baile con Álvaro. Había algo más en esa cita con el ministro, algo intangible, algo que no sabía explicar: aquella petición venía con el sello de la *vesica piscis,* y sentía que debía cumplir con el recuerdo de Juan.

Pensó que, de alguna forma extraña, ir a aquel encuentro nocturno con Becerra era conectar con su marido, allí donde estuviera su alma: sus últimas palabras habían sido esas, *vesica piscis.* Desde entonces, cada vez que seguía la dirección que marcaban dichas palabras, se sentía un poco más cerca de él. Y, sin embargo, su intuición también le decía que debía ser cautelosa y la hacía dudar sobre si acudir o no a aquella cita tan poco común.

Respiró profundo, se apretó el mantón con los brazos alrededor de su cintura, miró al cielo, desde donde una enorme luna llena cubría de una luz plateada el jardín y confió en la guía de sus madres, la campesina que la crio y la señorita que la engendró. A paso ligero, subió el promontorio sobre el que se erigía el templete. Una vez en lo alto, lo rodeó para explorar el espacio e intentar sentirse algo más segura en aquella entrevista, en un lugar desconocido, con aquel hombre, quien, por figura pública que fuera, para ella no dejaba de ser un extraño.

Subió los tres escalones que llevaban al centro de la columnata y pudo apreciar que el suelo estaba compuesto por baldosas formando una cuadrícula negra y blanca, como la que había visto en el templo de la logia Corintia de Kulangsu. Se acercó más y en el suelo apreció el dibujo con mosaico de ¡una *vesica piscis*! ¿Habría sido la duquesa de Osuna una Hija de Sejmet?, se preguntó. ¿Habría sido también masona la duquesa? En el centro había una estatua de Venus, sosteniendo en el brazo derecho una guirnalda, mientras en su flanco izquierdo, un querubín montaba un jabalí. Pensó que quizás todo aquello tenía algún significado que ella desconocía.

Se sentó a esperar entre dos de las doce columnas jónicas de aquella construcción. La luna estaba espléndida y agradeció su silenciosa compañía. El jardín parecía encerrar no solo los caprichos, como todos creían, sino también los secretos que una mujer singular había esparcido inteligentemente hacía ya un siglo. Se la imaginó observándola del otro lado de aquel bello

cuerpo celeste que reinaba sobre ellos aquella clara noche del final del verano castellano. En estos pensamientos andaba, cuando oyó un ruido en el follaje y después unos pasos sobre la hierba. Pronto vio un punto rojo acercarse hacia ella. Se quedó paralizada y, solo cuando llegó hasta ella, pudo comprobar que se trataba del puro encendido que sostenía el señor ministro entre las manos:

—Mucho gusto, señora de Syquia —la saludó Becerra.

A Elba le gustó que usara el apellido de su marido para referirse a ella. Sin duda, denotaba que alguien le había informado de su vida. La referencia indirecta a Juan la reconfirmó en su interior: debía estar allí. Pero no podía librarse de una preocupación soterrada, que racionalizó pensando que era el efecto de la noche y lo novedoso del entorno.

—El gusto es mío —respondió con una fórmula hecha.

—Magnífica propiedad esta en la que nos encontramos, ¿no le parece? —comenzó la conversación el ministro.

—Sí, la duquesa de Osuna debió de ser una señora muy adelantada a su tiempo.

—Una mujer ilustrada. ¿Sabía usted que se empeñó en vacunar a todo el personal de sus fincas contra la viruela? Y, con su fortuna, impulsó también experimentos sobre la lactancia de los niños, logrando que en la inclusa de Madrid se salvaran no pocas vidas de muchos infantes quienes, sin padres que velaran por ellos, tenían muy pocas posibilidades de salir adelante. Este hermoso palacio y parque, que esta noche disfrutamos, fue el centro neurálgico de tertulias frecuentadas por políticos, artistas, diplomáticos y hombres de ciencia, durante las cuales las ideas más novedosas de aquella época se intercambiaban y cogían vuelo. Dicen que fue por inspiración suya que Carlos III fundó la Junta de Damas de Honor y Méritos, para fomentar la participación de las mujeres en la sociedad, pues ella fue su primera presidenta. A través de esa institución, se extendió la formación a muchas mujeres. ¿Sabe cuál era su lema?

—No, no lo sé —reconoció Elba.

—«Socorre enseñando».

Todo lo que el ministro le explicaba de la duquesa llevaba a Elba a confirmar que, muy probablemente, aquella señora había sido también una Hija de Sejmet.

—Una mujer excepcional, sin duda. Este lugar aún sigue impregnado de su espíritu. Pero, dígame, tengo entendido que tenía usted interés en hablar conmigo. Aquí me tiene, ¿en qué puedo ayudarlo? —preguntó Elba, deseosa de cumplir la tarea que le había sido encomendada y poder volver a su vida.

—Permítame que le agradezca que haya accedido usted a colaborar —dijo el ministro

—No hay por qué darlas. Me siento en deuda con otras damas, posiblemente herederas espirituales de la duquesa. Sin su intermediación, hoy nunca sabría quién soy. Me gustaría saldarla y volver a mi vida. Eso es todo.

—Las Hijas de Sejmet… ¿Así que existen? Alguna hermana masona me ha hablado de ellas, pero nuestros informantes nunca han llegado a encontrar pruebas fehacientes de la existencia de la organización. No hemos encontrado ni documentos, ni registros…

—No soy una de esas damas, si es lo que piensa. Fue Angélica López Rizal quien me entregó hace unos años unos documentos que me cambiaron la vida.

—De esa señorita sí tengo referencias. Es hermana masona en Filipinas.

—Si usted lo dice. Yo tampoco soy masona. Me temo que, desde que ha comenzado esta conversación, no dejo de decepcionarlo.

—Pero no tiene que estar usted a la defensiva, mis intenciones son buenas. Solo deseo

conocer con exactitud qué está sucediendo en el archipiélago. La búsqueda de la verdad es lo que debe mover a los hombres. Las informaciones que nos llegan del clero son interesadas. Los reportes de los militares insuficientes, pues el uniforme no ayuda a penetrar en los recovecos de la sociedad local. Y de la red masónica tampoco puedo fiarme ya, después del lío que se ha montado entre Ruiz Vergara y Morayta.

—Me pierdo, señor ministro, le ruego recuerde que no soy masona. Me presupone usted una información de la que carezco. Si le soy sincera, no sé si, en realidad, yo pueda serle de ayuda.

—Puede, puede. La premisa es esa honestidad que ya me demuestra.

52

El ministro se había sentado frente a ella y se regocijaba en su puro.

—Créame que, viviendo entre tanta intriga como lo hago yo, la sinceridad adquiere un sentido superior. Sabré darle el valor que merece. Pero es cierto que debo ponerla en antecedentes para que pueda serme útil: desde 1884 a 1886, yo serví como Gran Maestro del Gran Oriente de España. Teníamos unos procedimientos internos muy democráticos, pero, tras mi renuncia, se dividió en dos Grandes Orientes. Uno de ellos ha derivado en el Gran Oriente Español y tiene como Gran Maestro a Miguel Morayta y como Secretario General a Joaquín Ruiz Vergara, inferior en rango a aquel en la jerarquía masónica.

—Tienen ustedes unas estructuras muy complejas. Para ser hermanos, no parecen muy bien avenidos.

—No le voy a quitar la razón —se sonrió el ministro dándole una honda calada al puro—. Un ejemplar excelente, regalo del marqués de Comillas —apostilló mostrándoselo—. Le daré solo un par de pinceladas para ubicarla, creo que podrá ayudarme mejor si comprende por qué la necesito: Morayta parece haber logrado aunar las fuerzas de la mayoría de los masones de la península. Fue un poco imprudente, si a mí se me pregunta, al escribir una carta contra el Gobierno en 1889 protestando contra el cierre de las logias de Cuba. Fue perseguido por ello. Ahora está muy involucrado en la causa filipina. Ha favorecido mucho la presencia de hermanos del archipiélago en las logias de la península, animándolos incluso a formar una propia aquí y también a organizarse en las islas. Pero ahí es donde ha topado con el gran secretario, Ruiz Vergara. Al parecer, un grupo de hermanos, liderados por un tal Villarruel, habrían pactado en la localidad de Malabón crear un Consejo Regional Filipino. Han escrito una carta a Miguel Morayta, en tanto que Gran Maestro Presidente del Gran Consejo de la Orden. Confían en obtener no solo la carta constitutiva necesaria, sino también impulso para llevar adelante el proyecto integrador. Algo semejante a lo que Morayta ha liderado en la península, por lo que es previsible que lo vea con buenos ojos.

—Me va usted a disculpar, pero yo sigo sin ver en qué puedo serle yo de ayuda. Es evidente que usted sabe mucho más que yo. Algo que, por otra parte, es muy lógico si tenemos en cuenta sus responsabilidades.

—Ya llego, ya. En este punto, el asimilismo, igualarlos en derechos en las Cortes peninsulares, sería la mejor manera de garantizar la unidad. Pero no todos piensan así: por un lado, el partido conservador no quiere ni oír hablar de ello; por otro, dentro de la masonería, tampoco hay una posición unánime: Vergara, sin ir más lejos, es un acérrimo detractor. Hay rumores de que podría haber falsificado la firma del gran maestro de su propia obediencia en una misiva a los hermanos filipinos. Con la masonería peninsular dividida y enfrentada, entre Vergara y Morayta, ya no tengo de dónde agarrar mi criterio. Necesito su visión de la situación

para dilucidar la verdad y lo mejor para España. Además, si tengo que apostar mi carrera política, como ministro de Ultramar, a la causa de los hermanos filipinos, tengo que estar seguro de cuáles son sus intenciones. Las de las familias ilustradas que han enviado a sus hijos a Europa a estudiar sé que, al menos en principio, no eran del todo extremistas. Pero podrían estar evolucionando hacia intereses revolucionarios e independentistas, y eso ya sí son palabras mayores. Además, hay un colectivo del que no soy capaz de obtener informes fidedignos y me preocupa.

—¿Y cuál es?

—Los chinos asentados en Filipinas. Los ilustrados se escriben y hablan en español, pero los chinos se comunican en su idioma y esto dificulta sobremanera que podamos interceptar sus mensajes.

Elba, por fin, comprendió por qué su interpretación del estado de las islas era de interés al ministro.

—Ya veo. Mi matrimonio con Juan Syquia le hace suponer que yo puedo darle la información que, sin duda, él tenía.

—Don Vicente Syquia, el padre adoptivo de su esposo, recibió la Orden de Isabel la Católica por sus servicios a la patria. No en vano el lema de la orden es…

—«A la lealtad acrisolada» —le interrumpió Elba—. Lo sé. Mi esposo me lo explicó. Yo no llegué a conocer a don Vicente, pero Juan me habló mucho de él. Fue su gran maestro de vida. Hay un retrato suyo luciendo la condecoración en el salón de nuestra casa de Vigán. Es cierto que estoy en contacto con los chinos asentados en Filipinas, pero no estoy segura de saber lo que usted quiere descubrir. Le advierto que yo no hablo hokkien.

—Que la información que me dé sea o no lo que necesito lo decidiré yo, cuando tenga a bien dármela. No es una traductora lo que busco. Usted comience contándome a qué se dedican los chinos en el archipiélago. Venga, me queda algo más de la mitad del puro, anímese. No queremos que el resto de los invitados nos echen de menos en el casino de baile. No querría comprometer su honorabilidad —la apremió el ministro.

—Si hago memoria de las conversaciones con mi marido, cuando él llegó a Filipinas, había ya muchísimos más mestizos de sangley en las islas que mestizos españoles.

—Las cifras que nos llegan de los frailes y gobernadorcillos no indican tanta diferencia.

—Eso es porque muchos se españolizan el nombre o toman directamente el de su padrino español. Que usted vea un nombre español en sus registros no quiere decir que pueda contar uno de los suyos. Esto, por cierto, fue culpa suya aquí en la península: mi marido nunca comprendió por qué promulgaron el decreto de 1849 que obligaba a todos los cabeza de familia a tomar un nombre español. En todo caso, tanto él como mi suegro, cumplieron. Juan en realidad era Huang, con h al principio y g al final.

—Humm —aceptó la crítica el ministro, dando una nueva calada al puro.

—Son tan numerosos que han llegado a constituir un gremio de mestizos de sangley que tiene su propio gobernadorcillo. Y no están solo en el Parián de Arroceros, Binondo, Tondo o Santa Cruz, también se extienden por provincias. Cuando llegan a veinticinco en una misma localidad, forman su propio barangay. Por debajo de esa cifra, se incorporan al barangay más próximo de indios nativos, a los que están cada vez más unidos.

El ministro dio unos toques secos al puro con el dedo índice, como si fuera una rechoncha varita mágica que hiciera desaparecer el cigarro, quedándose en una lluvia de cenizas sobre la cuadrícula del templete.

—O sea, que ya están introducidos en el sistema administrativo de las islas más allá de

Manila. ¿Y no sabría usted decirme de cuántas personas estamos hablando? —se aventuró a preguntar el ministro para calcular cuánto debía preocuparse.

—Mi marido creía que podía haber en todo el archipiélago hasta medio millón de sangleyes, de los cuales en Manila solo se contarían unos cincuenta mil. Ello frente a no más de diez mil mestizos españoles en todo el archipiélago. Así que, sí, intuye usted bien: los ilustrados mestizos de españoles no son su mayor amenaza.

53

—¿Cuáles son sus actividades? —preguntó el ministro con semblante severo—. En la década de los sesenta del siglo pasado, hubo que decretar la expulsión de los chinos por cooperar con la ocupación británica de Manila entre 1762 y 1764 —recordó preocupado.

—Fue por aquel entonces cuando los mestizos de sangley se hicieron con el espacio vacío que dejaron los chinos de origen en el control del comercio —recordó Elba los relatos de Juan—. Hoy, los sangleyes dominan el comercio de cabotaje, dentro del archipiélago, entre Manila, Iloilo o Cebú, de productos como el índigo, el café o el tabaco para el mercado interior. Por ponerle un ejemplo, Juan me contó que son los mestizos de sangley los que compran el tabaco que se produce en Cagayán y Nueva Écija y lo llevan a Manila. Pero también está en sus manos ya el comercio con el extranjero de cera o arroz y hasta el de oro. Es de justicia reconocer que chinos de origen y mestizos de sangley son los grupos sociales más emprendedores, pioneros y más activos en el comercio de aquellas islas —le subrayó Elba—: mi suegro, chino de origen, casado con una señora mestiza de sangley, y después mi marido fueron grandes ejemplos de ello. Levantaron un negocio de comercio de canela y otras especias que compitió y, sigue haciéndolo, con la de Ceilán. Para ello, por cierto, Juan me explicó que solo tuvieron que hacer caso de las recomendaciones que don Juan de Cuéllar hizo a la Corona española en el siglo XVIII y que aquí, en la península, fueron desoídas por sistema.

El ministro continuó encajando con estoicismo las verdades que Elba le iba enunciando, pues estaba obteniendo un relato que le interesaba tanto por su contenido como por su sinceridad. Era una narración a veces cruda, pero, como imaginaba, nadie le había mostrado esa faceta de la situación hasta ahora. Esa combinación de profundidad de detalle y transparencia en el análisis le resultaba enormemente valiosa.

—Continúe, por favor —le rogó, al comprobar que su intuición de viejo zorro político no se había equivocado al buscar aquella entrevista.

—El archipiélago volvió a llenarse de población china a partir de la década de los cuarenta, pues desde la península se les autorizó para que, habida cuenta de su espíritu emprendedor y sus conexiones con el gran vecino, aceleraran el desarrollo de la economía mediante el comercio con la China imperial. A raíz de aquella decisión, acabó llegando mi marido al archipiélago desde Fujian décadas después.

—Ya veo. No se detenga, por favor. Cuando las Hijas de Sejmet, quienes quiera que sean, sugirieron su nombre a las hermanas masonas para que me informara, sabían lo que hacían.

—Con la nueva oleada de chinos de origen, los sangleyes dejaron el comercio en sus manos de nuevo, y estos, con las fortunas conseguidas en la etapa precedente, se expandieron a otros ámbitos, convirtiéndose entonces en dueños de explotaciones agrícolas. Hoy, los sangleyes son una clase económicamente independiente tanto en Manila como en las provincias. La fama de su

espíritu industrioso alcanzó la península, y, desde aquí, fomentaron el crecimiento de la comunidad de mestizos de sangley concediéndoles el privilegio de casarse a los dieciséis años sin necesidad de autorización paterna. Algo de lo que no disfruta la comunidad indígena. En la actualidad, los sangleyes son muy ricos. No solo se procuran comodidades en sus casas, también visten sus hogares y a sus mujeres con elegancia y hasta ostentación. La prosperidad en su cultura de origen es señal de estar bendecido por la buena suerte, así que no ocultan el fruto de sus éxitos.

—Ese camafeo de jade que lleva usted sobre el escote es buena prueba de ello.

—Regalo de mi difunto esposo. Con el decreto educativo de 1863, desde la península se permitió el acceso de indios y mestizos a la educación superior. El Colegio de San Juan de Letrán, el de San José, la Universidad de Santo Tomás se llenaron con sus hijos. Mi marido, aunque era chino, se benefició también de este cambio normativo. Y adivine: se aplicaron en sus estudios con el mismo empeño que las generaciones precedentes lo habían hecho en el comercio, apareciendo en sus familias abogados, escritores, periodistas o doctores, como don José Rizal, de quien, seguro, habrá oído hablar.

—Deduce bien, me llegaron noticias de su arresto en Dapitán —se limitó a decir sin entrar en detalles.

—Y así, señor ministro, es como los sangleyes no solo se han convertido en una élite económica, sino también en una intelectual. Tienen, además, capacidad para controlar la opinión pública en el archipiélago, pues también controlan periódicos. ¿Le informaron de la trifulca entre *El Comercio* y *La Oceanía Española*? Yo ya estaba en Filipinas cuando ocurrió. Mi hija Silvia tendría entonces unos dos años.

—¿En qué año fue eso?

—Hacia 1887 aproximadamente.

—Yo estaba entonces dedicado a la astronomía —se disculpó el ministro.

—Fue un debate social abierto sobre la colonia china, según me comentó entonces mi marido. Como se puede imaginar, siendo él mismo chino, este era un tema que merecía toda su atención y lo siguió al detalle. *El Comercio* argumentaba que los chinos tenían una posición equiparable a la de los parias en la India, pues se les obligaba a formar rancho aparte. Ello, además, redundaba, por un elemental instinto defensivo, en que ellos también tendieran a agruparse endogámicamente, de forma que son un grupo social con una gran cohesión interna. Sin embargo, *La Oceanía Española* llamaba la atención y hasta criticaba que los chinos en Manila tuvieran acaparados los mejores negocios y la venta de todo tipo de productos. Al parecer, reacciones semejantes surgieron en las costas estadounidenses, en Canadá o en México ante la intensa competencia que los trabajadores chinos introducían en el sistema, pues estaban dispuestos a cobrar jornales muy inferiores y trabajar más horas.

—Pero ¿por qué querría alguien cobrar menos y trabajar más?

—Mi marido intentó explicarme una vez que, en su cultura, el bienestar social es un valor superior al bienestar individual: lo que es bueno para tu familia, bueno para tu comunidad o bueno para tu imperio… bien vale el sacrificio personal. Eso no quiere decir que no vayan a buscar su interés particular, pero su predisposición al esfuerzo sacrificado parece mayor que la nuestra, donde la aceptación del martirio tiende a valorarse por su vinculación a la fe, que es algo bastante más intangible que el bienestar presente de los tuyos, ¿no le parece?

—Depende de para quién. Pero lo que no voy a negarle es que, al fin y a la postre, quien más se esfuerza tiene más probabilidad de hacer pingües fortunas… —reconoció Becerra—. A más

trabajo, más dinero. La cuestión es cómo hacer la progresión geométrica.

—Usted lo ha dicho, incluso antes de aquel debate público, la influencia de los sangleyes era ya por todos conocida en las islas: Juan me explicó con detalle que, en 1862, las regulaciones de la Hacienda filipina incluyeron una cláusula por la que se admitía a chinos o extranjeros como postores en las subastas de servicios públicos de suministros, transportes y obras públicas. Así, los chinos y sangleyes consiguieron no solo acaparar el comercio de venta y la inmensa mayoría de las contratas que adjudicaba la administración local, donde ya tenían gobernadorcillos, sino también algunas de la administración militar y de la Hacienda. Hoy son una red, casi impenetrable desde la península, de apoyos mutuos.

El ministro fumaba el último tercio de su puro cada vez con más intensidad, echando, pensativo, bocanadas como un dragón a la luz de la luna.

—En conclusión… —la animó a ir terminando.

—No le extrañe si, en cualquier momento, esa élite económica e intelectual con influencia en la prensa y que forma una red a lo largo y ancho del archipiélago, decide que quiere dar el salto, más pronto que tarde, a exigir que se le reconozca el poder político que, hoy por hoy, es el único que le falta. Los criollos, descendientes de españoles nacidos en aquellas tierras, y los mestizos españoles aún se identifican con la península, pero le aseguro que los sangleyes y los indios nativos tienen cada vez más motivos para unir sus fuerzas. Indios, chinos y mestizos de sangley, aún hoy, pagan un impuesto por el mero hecho de existir del que se sigue eximiendo a criollos y mestizos de españoles. Ya me dirá usted si es o no para estar molesto. Con este obsoleto sistema impositivo, están creando ustedes mismos, desde las Cortes, el pegamento que une los destinos de sangleyes e indios. Acabe con él y la madre patria aún podrá tener alguna oportunidad de mantener el archipiélago filipino unido a la península.

—Pero eso sublevará a criollos y mestizos de españoles… Y, por supuesto, el partido conservador se opondrá. Además, estos dos grupos son los que mantienen más lazos con las élites en la península y sabrán mover sus hilos en las Cortes.

—Disculpe mi intromisión, yo no estoy aquí para decirle a un ministro del reino de España lo que debe o no hacer. Me ha pedido mi opinión y yo solo le expongo la situación lo mejor que sé. Le dejo una pregunta: de todos los habitantes del archipiélago, ¿cuáles son más numerosos, tienen más recursos, están más cohesionados y mejor organizados?

54

—Le agradezco mucho esta valiosa información y la sinceridad con la que me la transmite. Tiene usted un don muy reseñable para percibir detalles, que otros pasarían por alto, y para unirlos en un dibujo que tiene sentido: en su mente sube a la superficie una interpretación de la realidad que, guste o no, creo que puede acercarse mucho a la verdad.

—Espero no haberlo ofendido. Me gusta ir de frente. Con los años, he comprendido que esta frontalidad mía no siempre es bien entendida.

—Muy al contrario, señora Syquia, me ha hecho usted un gran servicio por el que he de estarle siempre agradecido: «No hay otra manera de evitar la adulación que el hacer comprender a los hombres que no ofenden al decir la verdad».

—Capítulo XXIII de *El príncipe*, «De cómo huir de los aduladores» —reconoció la cita Elba.

—¿Ha leído usted a Maquiavelo? —se admiró el ministro.

—«Un príncipe prudente (…) debe rodearse de los hombres de buen juicio de su Estado, únicos a los que dará libertad para decirle la verdad (…). Y con estos consejeros comportarse de tal manera que nadie ignore que será tanto más estimado cuanto más libremente hable» —intentó hacer memoria Elba—. Es usted un príncipe prudente, señor ministro.

Becerra besó la mano de Elba con respeto.

—Vaya a unirse con el resto de los invitados al baile. Su esposo fue alguien muy afortunado. Tener una compañera como usted a su lado debió de ser casi como contar con un hechicero que lea el futuro. Un lujo poco frecuente. Si vuelvo a necesitar de su don, espero poder contar con usted.

—Para eso el rey Arturo tenía a Merlín. ¿Sabía usted que algunas versiones de la leyenda dicen que la madre de Merlín era una bruja del bosque? —dejó caer Elba entre bromas y veras.

—¿Me va a decir ahora que su madre era una meiga? —se echó a reír el ministro con la ocurrencia.

—No, claro que no, ministro, ¡cómo se le ocurre! Era solo una chanza… Espero haberle sido de utilidad —dijo Elba, sin querer entrar en más detalles.

—Mucha.

Elba descendió los tres peldaños del templete y se dirigió hacia la senda que llevaba al casino de baile. En medio de la vegetación, el frescor de la noche se había tornado ya en un frío que comenzaba a ser incómodo.

Tras unos minutos caminando con la mirada puesta en el horizonte sinuoso de antorchas, justo cuando entretenía el pensamiento de que, después de todo, aquel encuentro parecía haber salido bien, de repente, un brazo tiró del suyo, con brusquedad. Cayó tras un seto del borde del camino

en medio de los árboles. Una mano tapó su boca con fuerza y sintió el peso de un cuerpo que la aprisionaba contra el suelo. Comenzó a tener dificultades para respirar. En medio de la noche, entre los arbustos, los rayos de luna que se tamizaban por en medio de las ramas no alcanzaban para distinguir un rostro que, además, estaba cubierto por un antifaz negro. Mientras una mano le sellaba nariz y boca, la otra se abrió camino entre sus enaguas. Elba intentaba zafarse, pero el peso y la corpulencia de ese hombre, apretando sus pulmones contra el suelo, eran una losa que la inmovilizaba y la impedía respirar. Sus gritos se ahogaban tras la mano de aquel hombre sin alcanzar el aire libre. Con la fuerza de sus muslos, intentaba mantener los suyos abiertos. Sintió los lazos que sujetaban sus enaguas lacerarle la piel al serle arrancados sin deshacer los nudos. Después, aquella bestia comenzó a buscar su sexo, cuando, en un giro de cabeza, su desesperación estalló, consiguiendo por unos segundos liberar su boca:

—¡No! ¡No! —alcanzó a gritar antes de recibir un bofetón que le abrió una veta de sangre en la comisura del labio y la dejó desorientada.

Las fuerzas la abandonaban y sentía estar a punto de perder el sentido. Solo llegó a escuchar cómo el hombre susurraba a su oído:

—Todo lo que le cuentes a Becerra tendrás que contárnoslo a nosotros. Cuéntanoslo todo o si no…

Aturdida, sintió cómo una fuerza, que no sabía de dónde venía, arrollaba a aquel hombre, haciéndolo rodar por el suelo del jardín, liberándola de su peso asfixiante. Perdió el conocimiento.

—¡Elba! ¿Se encuentra usted bien? Elba, ¿me oye?

Una mano le daba suaves golpes en la mejilla para hacerla volver en sí.

Las imágenes del ataque regresaron vívidas a su memoria y se asustó, retirándose veloz de quien fuera que tenía delante.

—¿Qué ha pasado? ¡Quite! ¡Déjeme!

El hombre tomó una de las antorchas que había dejado junto a Elba para iluminarla y la sostuvo a la altura de su propio rostro.

—No se asuste, se lo ruego. Soy Álvaro. ¿Qué ha ocurrido? ¿Se encuentra usted bien?

—¿Álvaro?

—Ha sido víctima de un ataque. Déjeme ver, tiene un golpe en el rostro.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Elba, retirando la cara dolorida al contacto.

Se sentó en la hierba y estiró su falda para cubrirse hasta los pies y, con los brazos, se agarró las piernas flexionadas.

—Quiero ayudarla. ¿No recuerda qué ha sucedido?

—Sí… sí. Me atacó. Era un hombre…

—¿Pudo ver su rostro?

—No, estaba muy oscuro y llevaba algo sobre el semblante, como un antifaz. ¿Qué, qué…? —balbuceó—. ¿Qué hace usted aquí?

—Conseguí abalanzarme sobre su agresor para quitárselo de encima, pero el malnacido salió corriendo y no pude darle alcance. Era más urgente asegurarme de que usted seguía respirando que darle caza. ¿Qué quería de usted? ¿Por qué ese ataque?

—Desde el comienzo de la humanidad, algunos hombres no han necesitado de motivos para abusar de su mayor fuerza física. ¿Por qué cree que este tendría uno? —respondió Elba, retomando una compostura seria y grave.

—No era mi intención… ¿cómo puedo ayudarla? —preguntó Álvaro, temeroso siquiera de tocarla.

—No se acerque, no se… —repetía Elba, apretándose cada vez más como un ovillo y comenzando a llorar de forma descontrolada.

—Como usted diga —respondió él, retirándose un poco más con las manos en alto—. Solo quiero ayudarla, se lo aseguro —repitió.

Al cabo de un tiempo incierto para Elba, su llanto se agotó, sus brazos liberaron sus piernas y su rostro salió de detrás de sus rodillas.

—¿Sigue ahí? —le preguntó a Álvaro, que la vigilaba sentado sobre la hierba frente a ella.

—Claro, no voy a dejarla aquí sola y en semejante estado. No sabemos si el malnacido ese andará cerca. Venga, déjeme ayudarla —le dijo, mostrándole la mano tendida—. No quiero importunarla, pero regresemos al palacio. Aquí hace frío. Necesita usted descansar.

—Dese la vuelta —dijo Elba, por fin.

—¿Perdone?

—Debo recomponerme. Haga el favor de darse la vuelta.

—Por supuesto, discúlpeme, se lo ruego.

Elba arregló sus enaguas rasgadas como pudo. Tenía quemaduras en los mulos.

—Ya está.

Álvaro se giró y quiso ayudarla, pero Elba se negó a tomar su mano e intentó levantarse. Le dolían todos los músculos de su cuerpo, las caderas no le permitían sostenerse y se balanceó al intentar mantenerse en pie sola. «Cuéntenoslo todo o si no…» se repetía susurrante en su cabeza, «todo o si no…». Se desvaneció y Álvaro la cogió al vuelo antes de que cayera al suelo y se golpeara de nuevo. La llevó en brazos hasta el palacio. Todo el servicio estaba en el casino de baile con el resto de los invitados. Subió la escalinata de entrada al edificio y después la escalera interior. La llevó a su dormitorio y la recostó en una de las dos camas.

—¡Elba, despierte! —intentó espabilarla, sin suerte, golpeando suavemente su mejilla.

Tenía una piel perlada, se fijó, y acarició su mejilla derecha. La izquierda se inflamaba por momentos. Tomó una toalla que había colgada del mueble de madera que sostenía el aguamanil y la empapó con agua de la jarra. Comenzó poniendo algo de frescor en su frente, sobre la herida y en el cuello tras las orejas. Seguía limpiando la sangre seca que había desbordado la comisura derecha de sus labios, cuando alguien entró en la habitación por la puerta a sus espaldas.

—¿Qué hace usted en nuestro dormitorio? —le espetó Casilda, sosteniendo un candil en la mano—. ¡Elba! —gritó al ver a su sobrina semiinconsciente en la cama al retirarse Álvaro y ponerse en pie—. ¿Qué le ha hecho a mi sobrina? —le reclamó en bata de noche y con la mata de pelo gris atada solo con un lazo blanco.

55

—Señora, se confunde. Estoy intentando ayudarla. Elba ha sido víctima de un ataque en el jardín. Yo regresaba del casino, cuando oí un grito en la espesura y me acerqué a cerciorarme… ¿Por qué no estaban juntas? —contraatacó Álvaro—. La vi alejarse del baile con usted. ¿Por qué se separaron en mitad de la noche?

—¡Esto es una propiedad privada! Se supone que la flor y nata de Madrid está aquí hoy… Hemos visto más guardias civiles en el camino desde el centro de la capital que en el desfile del día de la Virgen del Pilar… ¡Si hasta deben de estar a punto de llegar algunos miembros de la casa real! ¡Cómo íbamos a imaginar que podría haber un maleante suelto! ¿No son ustedes los organizadores de todo esto? —pasó Casilda a la ofensiva, para continuar después con una coartada que fuera creíble—: A mi sobrina, en Galicia, siempre le ha gustado pasear por los bosques, costumbre que continuó durante su vida en Asia. La naturaleza la relaja… Me invitó a continuar el paseo, pero yo ya estoy vieja. Mis huesos absorben el frío de la noche como una esponja y luego todas mis articulaciones protestan a la vez y no me dejan dormir —se justificó Casilda antes de rematar con brusquedad—: ¡Además, yo no tengo que darle a usted explicaciones de nada, caballero! Todavía pretenderá responsabilizarme a mí de lo que sea que haya sucedido. ¡Menuda desfachatez!

Elba volvió en sí.

—Tía…

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho? —preguntó Casilda, ansiosa acercándose y pasándole la mano a unos milímetros de la mejilla magullada como untando un cariño invisible.

—Nada, nada…

—¿Nada?

—Quiero decir que no ha conseguido lo que buscaba, gracias, aquí, al señor…

—González de Pombo —recordó Álvaro para que ella no tuviera que esforzar la memoria.

—Gracias. Si no llega a ser por él, tía…

—Discúlpeme entonces… —se reconvino Casilda, girándose hacia él.

—No se preocupe, señora. Me hago cargo.

—Ahora, si nos permite… —le dijo la tía haciendo un gesto con los ojos hacia la puerta.

—Claro, claro… Si hay algo que necesiten, mi dormitorio está al otro lado de la galería. No duden en avisarme, por favor.

—Muy amable… —dijeron al unísono, Elba con más gratitud y Casilda con más urgencia.

Una vez a solas, Casilda se levantó y puso la silla del tocador bloqueando el pomo de la puerta. Se acercó a la mesita de noche y sirvió un vaso de agua que le ofreció a su sobrina, ayudándola a incorporarse sobre la cama.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te encuentras bien?

—Aparte de humillada y magullada, bien. Quiso forzarme, si no hubiera sido por Álvaro…

—¿Quién? ¿El ministro? —preguntó Casilda aterrada.

Solo de pensar que podía haber expuesto a su sobrina a semejante encuentro se le cortaba el alma.

—No, no, no… ¡Cómo se le ocurre, tía! No pude ver al atacante. Fue al regresar del templete.

—Ya no sabe una de quién fiarse… —dijo su tía, negando con la cabeza—. No se está a salvo en ningún sitio.

—No fue un abusador cualquiera… Sabía que venía de verme con Becerra.

—¿Cómo?

—Quería intimidarme para que le cuente todo lo que Becerra me ha pedido saber. Me amenazó, tía —le confesó Elba con preocupación.

—¿Con qué te amenazó?

—No lo dijo, no le dio tiempo… solo que si no le contaba todo… y ahí sentí un golpe como de un saco lanzándose contra él… que resultó ser Álvaro. El ministro debe tener enemigos.

—Muchos. De joven tuvo un discurso muy revolucionario —le contó su tía—. Siento tanto haberte puesto en peligro —se disculpó—. Si llego a saberlo…

—Usted no es la meiga de la familia, tía. No podía adivinarlo. Yo debí haberme andado con más cuidado. Tengo que aprender a cuidar de mí misma. Eso me decía siempre Aureana: «No delegues nunca la responsabilidad sobre ti misma».

—Siempre sabia, Aureana —le recordó Casilda.

—Me da rabia…, ¿cómo he podido ser tan tonta? Adentrarme sola en un jardín boscoso y desconocido por la noche… ¿A quién se le ocurre? —se recriminó Elba—. Debo cuidar mejor de mí misma.

—Tampoco te castigues tú ahora más de lo necesario. Yo podía haberte acompañado hasta asegurarme de que encontrabas al ministro… Lo siento muchísimo…

—Dejémoslo, ya no tiene remedio, tía… Me duele todo. Ahora necesito descansar. Siento como si un tranvía me hubiera pasado por encima.

Casilda la ayudó a quitarse la ropa despacio. Le puso el camisón, le abrió la sábana y le acomodó las almohadas.

—¿Quieres que te traiga un vaso de leche caliente? —dijo su tía, arropándola—. Seguro que encuentro a alguna doncella por la cocina que nos lo prepare.

—No hace falta, gracias —balbuceó Elba, cerrándosele los ojos.

—Mañana, en cuanto te levantes, nos volvemos al pazo.

Al despertar, Elba se quedó en la cama mirando al techo. Su tía dormía, pero, en su caso, el agotamiento competía con la excitación. Había pasado la noche durmiendo a trompicones, intentando asimilar lo que había sucedido. Su cuerpo y su mente, abrumados, a duras penas digerían aquel exceso de sensaciones y pensamientos. Algo sí había cambiado respecto de la noche anterior: ahora, además de preocupada, estaba intrigada. ¿Quién querría saber lo que el ministro le había preguntado? Y lo peor es que no se andaba con chiquitas. Escuchó un ruido del otro lado de la puerta, incorporó la cabeza y vio un papel deslizarse en el suelo por la ranura. Se levantó con dificultad, ante la sonora protesta de todos sus huesos. Se acercó, lo tomó y lo desdobló: «Casa de las Señoritas. Vilaescura. No podrás esconderte». Sintió un escalofrío que le

recorrió el cuerpo. Se echó a los hombros un chal de lana color camello, que no le calentó el espíritu.

* * *

Al bajar del tren, vieron a Mariana saludarlas desde lejos sobre el andén y echarse a andar al encuentro con su vagón. Tenía preparado un mozo con una carretilla para las maletas. Llegó hasta ellas y las saludó con un abrazo efusivo.

—Lleve las maletas al carruaje, si hace el favor —instruyó al hombre—. Pero ¿qué ha pasado? ¿A qué tanta prisa por regresar? Las hacía paseando por El Retiro, disfrutando de la capital.

—Ha sido más peligroso de lo que pensábamos —refunfuñó Casilda.

—¿Peligroso?

Una vez en el coche de caballos, Elba se quitó el sombrero de ala ancha que convenientemente ladeado ocultaba el moratón de su cara:

—Pude cumplir con la misión encomendada por las Hijas de Sejmet. El ministro ya está informado de la realidad en las islas. Puedes confirmárselo a ellas.

—¿Qué le ha pasado? —se preocupó Mariana.

—Es evidente. ¿No te parece? Alguien la atacó —explicitó Casilda.

—No sabe cuánto lamento que haya tenido que pasar por algo así. Pero ¿quién se lo ha hecho? —se mostró Mariana genuinamente apesadumbrada.

—No sabemos, pero ellos saben dónde vivo —dijo Elba, enseñándole el mensaje que habían deslizado en su habitación del palacio—. Esperemos al menos que la información sirva para que no se tomen decisiones desatinadas y la situación no se descontrole… Tengo aún muy queridos amigos en el archipiélago. Son prácticamente familia para mí.

—Las noticias que llegan a la logia es que cada vez hay más descontento —la puso al día Mariana—: Morayta, el Gran Maestro del Gran Oriente Español quiere destituir al Gran Secretario de la orden, Joaquín Ruiz Vergara. Al parecer, este había recibido la solicitud de los hermanos en Filipinas que desean constituir un Gran Consejo Regional en el archipiélago, pero, siguiendo las protestas por esta iniciativa de la logia madre Nilad, ocultó esta petición y ¡suplantó la identidad de su gran maestro falsificando su firma en una misiva que escribió denegándola! —dijo con indignación—. Ha tardado un tiempo, pero, al final, la verdad parece estar saliendo a la luz. Morayta quiere una masonería renovadora y democrática, pero dentro de la orden también tiene sus detractores. Becerra parece estar más cerca de Morayta. Los enemigos de la libertad lo son de Becerra.

—Y ahora parece que también lo son de Elba —concluyó Casilda.

56

Vilaescura, provincia de Lugo.

—¡Mamá! —exclamó Silvia, y salió corriendo desde el zaguán al ver el coche de caballos acercándose desde el cruceiro. En cuanto bajó del carruaje, la niña se lanzó a los brazos de su madre—. ¡Mira, mamá! ¡Lino ha venido! —le anunció Silvia, tras besarla, señalando a la familia que esperaba en el portón bajo el escudo de armas de piedra de los Varela-Novoa—. ¿Qué te ha pasado? —preguntó la niña, al percatarse del golpe en el rostro de su madre.

—Nada, me di con una puerta. Ya casi no me duele —quiso restarle importancia Elba.

Teresita y su hijo habían llegado a Vilaescura mientras estaban en Madrid. Elba hizo las presentaciones.

—Todos para dentro, vamos a comer. ¡Martina!, ¿qué tienes para hoy? ¡Hacía mucho tiempo que no éramos tantos a la mesa en esta casa! —dijo Casilda animosa, a pesar de que la artrosis acentuaba su cojera.

Teresita se acercó a Elba, la besó en la mejilla contraria a la golpeada y le dijo al oído:

—Conozco bien el aspecto de esas puertas…

Peruxo hizo lo propio y también le dejó un mensaje:

—Ya me lo explicarás.

Comieron todos juntos. Teresita y Lino relataron la travesía en el vapor y, a continuación, Elba contó el baile en El Capricho, eliminando tanto la parte más violenta como la más dulce de su estancia en Madrid. La recreación de aquella noche de bailes a la luz de la luna provocó la imaginación infantil de Silvia y se puso a dar vueltas, como si estuviera transportada a aquel lugar. Tomó la mano de su primo Lino y le quiso sacar de la mesa… Lino se resistió solo un poco y accedió a formar parte del juego. Con mucha ceremonia, hizo una reverencia a su prima y, como haría un príncipe, la sacó a bailar, mientras los demás canturreaban los acordes de un vals.

—Es un sitio muy peculiar, lleno de construcciones para juegos a tamaño real. Hay también un abejero, donde la duquesa se sentaba a observar la laboriosidad de estos inteligentes insectos —continuó Elba con la explicación cuando la pareja danzante retomó sus asientos en la mesa.

—Quienes se limitan a mirar cómo otros trabajan me dan mala espina —comentó Lino.

—¡Muchacho! —le reprendió su madre por cuestionar a los mayores.

—Llevas mucha razón, jovencito —le reafirmó Casilda, gratamente sorprendida—. ¿Cuántos años dices que tienes?

—Catorce, señora.

—Mañana me acompañarás a dar un paseo por el viñedo. Quiero comprobar cómo han quedado las vides de la Ribeira tras la vendimia. Es la primera vez en mi vida que no he estado aquí para supervisarla.

—Todo ha ido bien, señora. Han salido más kilos de uva de lo esperado, sobre todo de la variedad reina. La uva tinta Mencía es la que mejor se ha dado este año —dijo el muchacho.

Casilda se quedó admirada y no era mujer a la que se impresionara con facilidad.

—Me atreví a organizarlo en su ausencia —dijo Peruxo—. Aún recuerdo cómo era cuando mi padre vivía y participábamos todos en el pueblo. El chico me ha estado ayudando desde que llegó. Como ve, aprende rápido —añadió, agarrándolo con orgullo por la nuca.

—Muy bien, mañana saldré a primera hora a comprobarlo —dijo Casilda entre satisfecha de poder dejar algo en manos de alguien, por primera vez, y dudosa de que lo fuera a encontrar a su gusto.

Levantarse de la mesa le fue más trabajoso que de costumbre.

—¿Se encuentra bien, tía? —preguntó Elba.

—Es la cadera. Desde hace unos años, de todas mis articulaciones, es la que más protesta con la humedad y el frío, que en estas tierras son perennes, me temo —dijo la patrona, retirándose con una ostensible cojera en la pierna derecha.

—Mañana no va a poder usted ir a la Ribeira. Con esa pendiente y una cadera dolorida… Ya no es usted una niña, tía, mejor quédese en casa —le recomendó Elba.

Casilda paró su paso desequilibrado y se giró:

—Yo sigo siendo la patrona de esta casa —afirmó con contundencia.

—Yo la acompañaré, señora —se ofreció Lino—. Pierde cuidado, tía Elba —le dijo en voz baja—, yo bajaré por ella.

—Muy bien, joven. ¡Así me gusta! Siempre dispuesto a ayudar —le reconoció Casilda el ofrecimiento—. Eso es lo que has de buscar en un hombre, cuando seas mayor —le dijo a la pequeña Silvia, quien la acompañaba a su cama, cuando ya andaban a la altura de la puerta—: Un hombre que esté siempre dispuesto a ayudarte.

Cuando todos se acostaron, Mariana y Elba se quedaron a solas en la *lareira*. Tenían una conversación pendiente:

—Creo que quizás no calculamos bien el riesgo que entrañaba introducirte en el corazón de las luchas intestinas de la masonería y de la política del país… —se disculpó Mariana.

—Me atacaron, Mariana. Tuve suerte, pero… ¡quisieron forzarme! Esta gente es peligrosa. No era ninguna broma —le contó Elba, dejando traslucir la rabia—. Me preocupa que sepan dónde vivimos.

—Lo peor es que no sabemos de quién debemos defenderte: podría ser una rama de la masonería, alguien del partido conservador, otro ministro…

—¿Del mismo Gobierno al que pertenece Becerra?

—Sí, ¿por qué no? Que se sienten juntos en el Consejo de Ministros no quiere decir que sean amigos, ni siquiera que se lleven bien. Sin ir más lejos, Moret, el ministro de Estado, es *vox populi* que le tiene una animadversión declarada. Dicen que conspira para quitarle la presidencia a Sagasta y que, mientras tanto, le tiene puesto el ojo al Ministerio de Ultramar, por ser ahora de los más rentables. Desde el principio de la década, las cuentas de la Hacienda filipina están saneadas, gracias, sobre todo, al fin del modelo ineficiente de monopolio del tabaco por el Estado.

—Sí, algo aprendí sobre eso en la cena en El Capricho —recordó Elba—. Si no me equivoco, el tal marqués de Comillas ha sabido aprovecharse de la situación, gracias a sus amistades en los más altos despachos de la política peninsular.

—Así es, pero también es de justicia reconocerle que ha introducido una forma de explotación más eficiente. Tú debes de saberlo mejor que nadie. Mira, aquí dicen que la economía de las islas ha estado creciendo en los últimos años.

Mariana le enseñó un recorte de periódico que llevaba en el bolsillo. *El Noticiero Universal* ponía en la cabecera:

—General González Parrando —leyó Elba—. Sí, me suena ese nombre.

—Aquí dice que es un militar que ha servido durante años en Filipinas y conoce bien las islas —le adelantó Mariana, apuntando dónde debía leer con el índice sobre el papel.

Elba desdobló la hoja para leer en detalle:

> Mis estancias prolongadas en el archipiélago me permiten afirmar que se encuentra la colonia en un estado desahogado: sin deuda externa, lo que no le ocurre a la Hacienda cubana. En las Filipinas, la economía crece cada año generando riqueza, al punto de permitir que los presupuestos se salden con superávit. Sus aduanas proporcionaron el año pasado más de seis millones de pesos, de los diecisiete de ingresos totales, libres de obligación o hipoteca alguna.

—No puedo hablar por todos. Pero a mis negocios les fue bien.

—Ahí lo tienes, la codicia ha hecho salivar a muchos. Moret entre otros, su fama le precede: no parece que haga gala de demasiados escrúpulos para obtener sus objetivos. Si cree que Becerra tiene información privilegiada, él también la querrá.

—Lo que me faltaba… Ahora voy a estar en medio de una reyerta política entre dos ministros… ¡Si llego a saberlo…!

—Becerra ha debido comentar que iba a hablar contigo, quizá con alguien del ministerio o con alguno de sus hermanos masones. Y tal vez en círculos poderosos intuyen que podías darle información muy valiosa, si no, ¿por qué habría de tomarse nadie tantas molestias?

57

La vida en el pazo durante los dos años siguientes fue placentera, las estaciones se sucedieron sin sobresaltos. Casilda, consciente de que doblaba ya el ecuador de la sesentena, se había afanado en preparar a la siguiente generación. Había acometido esta nueva misión como hacía con todos los asuntos importantes en su vida, sin dejar resquicios al azar. Se tomó la educación financiera de Peruxo y, sobre todo del joven Lino, como una prioridad; mientras tanto, Silvia, aún joven, asistía a la escuela que ella misma, su tía-abuela, financiaba. A diferencia de lo que le ocurrió a su madre, la nueva maestra la protegió y se encargó de que ningún niño hiciera comentarios respecto a los, infrecuentes en esas tierras, ojos rasgados de Silvia Syquia Díaz Varela-Novoa. El primero que lo intentó escribió en el encerado diez veces: «Respetaré a todos mis compañeros». El segundo se pasó el recreo entero haciendo lo mismo, mientras los demás jugaban en el prado contiguo. Y ya no hubo tercero.

La instrucción de Peruxo, Lino y Silvia, sobre los asuntos de las fincas familiares, se hizo siempre bajo la supervisión de Elba, la nueva heredera Varela-Novoa. Casilda era consciente de su edad y de que su sobrina necesitaría personas de confianza que la ayudaran a gestionar intereses empresariales que se ramificaban en dos continentes.

Durante los dos años que compartieron en el pazo, Lino se convirtió en el compañero habitual de los paseos de Casilda por las fincas. «Es un muchacho muy espabilado. Muy avispado, sí señor», les repetía a Teresita y Peruxo al regresar de cada periplo por los prados. Para Lino, la validación de doña Casilda era lo más parecido al amor incondicional de una abuela, algo de lo que él no había disfrutado nunca, pues su madre se quedó huérfana muy niña y había sido criada por su padre, el abuelo del chico, el fiel capataz José Severo. Fue un aprecio inesperado para ambos, pero al que todos en el pazo dieron la bienvenida, maravillados ante los inesperados surcos por los que se cuela el amor adaptando sus formas a las rendijas de cualquier piedra.

Casilda sabía apreciar a una persona trabajadora y con ganas de superación cuando la veía. Cuando un hombre honesto y trabajador se interesó por su hermana, el temor a los pretendientes aprovechados la llevó a apartarlo de su lado. Aquella decisión acabó teniendo consecuencias nefastas para Romana. Continuaba cargando con aquella culpa, pero, para expiarla, esta vez no cometería el mismo error.

Casilda no sabía expresar afectos con palabras, sino con actos. En vida, nunca les había dicho a sus hermanos todo lo que ella los amaba, pero intentó demostrárselo cada día, manteniendo la fortuna y la familia a flote y a salvo de las maledicencias y otras presiones sociales de aquella época. Tras la muerte de Romana, allí donde estuviera, tampoco le nacía rezarle, pero, del mismo modo que antes, seguía enviándole mensajes de amor encriptados en sus actos: involucrar a Lino

en las labores del pazo y reconocer la valía del muchacho era una forma de comunicación con Romana: «¿Ves? Tu sufrimiento no fue en balde. Tu nieta recibirá la comprensión que a ti no supe darte», eran los pensamientos que habitaron esos meses su cabeza.

Pronto apreció cómo a Lino, que ya era un buen mozo de dieciséis años, se le inundaban los ojos de ternura cuando Silvia, aún tan solo una niña de algo más de once, le pedía que jugara con ella. Un día, viéndolos correr por el patio, jugando entre las risas de ella, pensó que no sería descabellado que el día que Silvia fuera una señorita, el muchacho pudiera interesarse en ella, si es que no lo estaba ya sin siquiera darse cuenta. Incluso llegó a comentarlo con Elba, para saber su opinión:

—Ambos son mestizos, ella de española y chino, él de chino y filipina. Eso es ya algo en común. Y es evidente lo bien que se llevan —apuntó Casilda.

—Su propio mestizaje les hace compartir un don: son capaces de ver a los seres humanos por encima de las razas —dijo su madre—. Ese entrenamiento vital espero que les enseñe a ver también por encima de otras diferencias.

—Sé lo que quieres decir. Yo también he aprendido. Tardé, pero lo hice. Por eso creo que es posible que, algún día, pudieran hacer una bonita pareja.

—Lo que me faltaba por oír, tía…Usted haciendo de casamentera… —se rio Elba—. Silvia aún es una cría.

—¡Ahora no, claro está! Ella aún es muy joven, pero, antes de que te des cuenta, comenzará a desarrollar, las niñas evolucionan más rápido que los muchachos y podrá alcanzarlo pronto. Recuerda entonces lo que te digo, porque, posiblemente, yo ya no esté contigo para repetírtelo.

—Puede que, como siempre, lleve usted razón, pero es mejor dejar que, si ese es su destino, sean ellos quienes lo elijan cuando llegue el momento.

—Yo solo digo una cosa: esos muchachos encajan bien. Salta a la vista.

El estoicismo y un sentido eminentemente práctico de la vida eran los sellos de identidad de Casilda y, por supuesto, también los iba a aplicar en la preparación de su sucesión. No dejaría problemas a su única heredera. El día que llegara, todo estaría listo. Ella no había podido ser una tía dulce y cariñosa. En el reparto de virtudes, esas fueron a parar a la madre de Elba, su hermana Romana, quien, pese a ello, solo supo dejar tras de sí un reguero de despropósitos. Casilda la quería, tanto como lo hizo Romana, pero a su manera. La había querido siempre y estaba decidida a que su amor se percibiera más allá de su muerte.

Desde la llegada a Vilaescura de todos los que vinieron de los mares del Sur, habían conseguido convertirse en una nueva familia ampliada y ello hacía que la patrona se sintiera aún más orgullosa. Eran algo atípicos, sin duda, para lo que era habitual en la comarca: tres peninsulares, una filipina y dos niños mestizos. Según algunos, su dinero y, según todos, su buen hacer les habían valido para encajar bien con la inmensa mayoría de los vecinos.

Con frecuencia, Casilda se preguntaba si aquel cambio en las mentalidades se habría operado por mor de la penetración del ideal masónico de la igualdad a través de las vías del tren que su propia familia había contribuido a construir. Su amiga Mariana, como buena masona, así lo aseguraba. Y Elba prefería pensar que eran mayoría los que apreciaban esa mezcla virtuosa que juntos formaban de honradez, trabajo serio y constante, amabilidad y buen corazón. Tal era la armonía que floreció entre todos los miembros de aquella extraña familia, que Elba llegó a dejar de preocuparse por aquella amenaza que recibió en El Capricho, incierta en su origen y en su finalidad. ¿Quién la habría amenazado? ¿Y para qué? No le gustaba hablar de ello con nadie para no darle más importancia de la que pudiera tener. La protección que le ofrecían los muros

centenarios del pazo, pero, sobre todo, la renovada solidez de su familia, le permitieron comenzar a pensar que, quizá, se habían olvidado de ella.

Sin embargo, una noche del otoño del año 1896, sin motivo aparente, Elba no pegó ojo hasta muy entrada la madrugada. La experiencia le decía que, cuando se quedaba una noche en blanco, era porque su extrema sensibilidad, su sexto sentido lo llamarían algunos, le estaba advirtiendo inconscientemente de algo. Cuando se levantó, ya cerca del mediodía, Lino y Casilda estaban de regreso de una nueva ronda de visitas a las tierras que trabajaban los foreros de la familia Varela-Novoa y la esperaban, junto con Peruxo y Teresita, en la mesa junto a la *lareira*. Sus rostros parecían serios, pero el dolor de cabeza que la falta de sueño le había provocado decidió pasar ese detalle por alto.

—¿Ya de vuelta? —les preguntó, mientras tomaba un trapo para coger el cazo con leche caliente que Martina había dejado colgado sobre el rescoldo de la lumbre para que no se enfriara —. He dormido fatal. No sé por qué.

—Salimos muy temprano. El joven Lino ha sido un acompañante excelente, como siempre —reconoció Casilda, sonriendo al muchacho que estaba a su lado—. Pero siéntate, por favor, tenemos que hablarte de algo urgente —se dirigió, en tono grave, a su sobrina.

Elba se sentó frente a ellos, se cerró la toquilla de lana sobre el camisón, bebió un sorbo del tazón de leche caliente y tomó un papel que le alcanzaba su tía: «Nos darás toda la información que te pidamos, si quieres seguir teniendo a tu hija a tu lado».

—¡Amenazan con llevarse a Silvia! ¿De dónde ha salido esto? —preguntó, derramando parte de la leche al soltar el cuenco y precipitarse este sobre la mesa.

—Lino lo encontró clavado en el portón del zaguán cuando regresamos.

—¿Dónde está la niña? —se asustó.

—Tranquila, está en su cuarto jugando con Martina.

—Vilaescura ya no es un lugar seguro. Se han tomado la molestia de subir hasta aquí desde Madrid para amenazarme de la forma más concreta posible. Tenemos que volver a Filipinas —constató Elba—. Debo sacar a Silvia de Vilaescura antes de que intenten quitármela para extorsionarme.

—¡Todo esto es una locura! —se lamentó Teresita santiguándose.

—Es la vida cuando uno tiene algo valioso —corrigió una Casilda acostumbrada a defenderse de la avaricia ajena durante toda su existencia.

—Pero ¿qué quieren de ti? ¿Dinero? No te falta, dáselo. No podemos estar toda la vida huyendo —dijo Peruxo, molesto al recordar la persecución que les expulsó de la aldea la primera vez.

—Los enfrentamientos por riquezas son salvajes, las luchas por el poder son implacables. No hay dinero en el mundo que compre lo que quieren de Elba. No solo querrán que les des información, querrán que no se la des a otros. Por eso te han seguido hasta aquí, por eso te vigilan —dijo Casilda.

Elba estaba de acuerdo con cada una de las palabras de su tía. Se levantó sin mediar más palabra y subió las escaleras para vestirse y preparar sus cosas.

—Tú las acompañarás —le dijo Casilda a Lino—. Tu hijo es un buen muchacho, Teresita. Honesto, madrugador, trabajador, y se nota el aprecio que siente por mis sobrinas —buscó la patrona la aprobación de la madre—. Te las encargo —le dijo entonces a él, mirando al muchacho para establecer un pacto entre dama y caballero—. Mantenme informada. Espero un telegrama tuyo desde Filipinas al menos cada semana.

—Descuide, señora. No permitiré que les pase nada.

58

Puerto de Barcelona.

En Barcelona, el sol brillaba en lo alto de un cielo limpio de nubes. Desde la apertura del canal de Suez, el comercio en el Mediterráneo había cambiado para siempre. Sobrepasada la mitad del siglo, esa visión había llevado a Josep Rafo, ingeniero jefe de la provincia a someter al Ministerio de Fomento un proyecto de mejoras para el puerto con el objetivo de crear un lugar seguro para las embarcaciones de pequeño calado a la vez que se abría a recibir nuevos vapores de mayor tamaño. En la rada, comenzó a crecer la actividad social y comercial y la vida cultural se revitalizó con la Exposición Universal de 1888 que se celebró en el parque de la Ciudadela, con la presencia de más de una veintena de países. Así habían aparecido las llamadas golondrinas, pequeños vapores que ofrecían visitas turísticas dentro del propio puerto.

Elba caminaba a paso ligero por el muelle, tirando de Silvia, a quien agarraba con fuerza de la mano. Tras ellas, Lino apremiaba a los mozos que transportaban los baúles.

—¡Me haces daño, mamá! —protestó Silvia, intentando zafarse de su madre—. ¿Podemos subir a uno de esos barquitos que anuncia ese señor? —insistía la niña, atraída por un hombre anuncio que vociferaba para llamar la atención de los viandantes.

—¡Silvia! —la reprendió Elba al sentir que su manita se deslizaba fuera de la suya—. Por favor, no te sueltes de mamá… —intentó recomponer su tono a la vez que se ponía en cuclillas a su altura, en medio de la marabunta de viajeros, maletas y petates, y le sujetaba la mejilla con ternura—. Ahora no tenemos tiempo de andar subiendo en las golondrinas, vamos a tomar un barco muy grande que te va a gustar mucho más. ¡Míralo, ese es! —apuntó Elba, elevando a la niña, por las axilas, entre el gentío para que pudiera divisarlo.

Entre la muchedumbre, apareció ante sus ojos un imponente vapor con la obra viva pintada de rojo, la obra muerta de negro y las cubiertas de pasajeros en blanco. Una única chimenea se alzaba majestuosa echando el humo que sus calderas comenzaban a escupir. El pabellón, de fondo azul con un círculo blanco de la Compañía Transatlántica Española, ondeaba en lo alto de uno de los palos.

—Tía Elba, ¡tenga cuidado! —las alertó Lino—. Este no es lugar para pararse, ¡las van a arrollar! —dijo el muchacho, haciendo de escudo protector sobre ellas con su, cada vez mayor, corpulencia—. Aquí hay demasiado trajín. Subamos cuanto antes a bordo.

Elba y Silvia ocuparon un camarote doble y Lino uno sencillo junto al de ellas. Lino nunca había viajado en primera. En el viaje de ida a España con su madre, Peruxo y Teresita se empeñaron en que debían hacerlo en segunda para no causar gastos innecesarios. Pero esta vez doña Casilda había sido inflexible: su familia viajaría toda en primera. Lino era ya también uno de los suyos.

A bordo, Lino tocó a la puerta del camarote que Silvia compartía con su madre. Elba abrió y le invitó a pasar y a sentarse en el canapé mientras ella terminaba de deshacer los baúles.

—El equipaje de un hombre es mucho más sencillo —dijo Lino al ver todas las faldas, blusas, gasas, volantes, sombreros, guantes, sombrillas… que no cesaban de salir del arcón.

—Sí, desde luego —le sonrió Elba—. Yo aún tengo aquí para un buen rato, ¿por qué no te llevas a Silvia y os dais un paseo por cubierta? Cuando el barco comienza a separarse del muelle es un momento muy emocionante, ¿verdad, Silvia?

—¡Sí, a veces hay serpentinas para echar a los que quedan en el puerto! ¡Y la bocina del barco suena sin parar anunciando su partida! ¿Vamos? —se animó enseguida Silvia a dejar su ropa al cuidado de su madre mientras ella se iba de exploración náutica con su primo.

—En este caso, no vamos muchos pasajeros de recreo. Habrá más tropas que serpentinas, pero será igualmente conmovedor sentir cómo nos separamos de tierra firme y nos adentramos en la mar —ajustó su madre las expectativas de la niña.

—Muy bien, tía. Como usted diga. Vamos, Silvia —le ofreció Lino la mano a su prima.

—No la pierdas de vista, por favor —le rogó al muchacho—. Y tú, lagartija, ¡no te separes de tu primo! —le advirtió a ella con cariño.

Elba tardó un buen rato en terminar de colocar todo. Una doncella del barco se había ofrecido a ayudarla, pero tenía la costumbre de preparar su propia maleta y de hacer su propia cama, por mucho servicio y atenciones que tuviera. «Hay algo de esencial en cuidar de uno mismo que no debe perderse nunca, por mucho dinero que una tenga», le había explicado a su tía Casilda, cuando esta insistía en que fuera Martina quien se encargara de esas tareas durante su estancia en el pazo. Todas las mañanas, cuando Martina llegaba a su dormitorio, Elba ya se había adelantado y tenía su cama perfectamente hecha, le agradecía mucho su disposición y la animaba a dedicar su tiempo a preparar uno de sus sabrosos desayunos para toda la familia.

Con toda su ropa colocada con esmero en los armarios, tomó un sombrero que había dejado sobre la mesa en su caja redonda. Era el mismo tocado que había llevado en el primer viaje que hizo con Juan de Vigán a Kulangsu. Tenía plumas de ave del paraíso, procedentes de unas islas próximas a la Batavia holandesa. Los nativos debían subir a casi treinta metros de altura para alcanzar los ejemplares que ofrecían ese majestuoso plumaje, le había explicado Juan entonces. Lo sostuvo entre las manos y, tras la dulzura inicial, se abrió paso la pesadez del recuerdo doloroso que la obligó a sentarse en una de las sillas, junto a uno de los ojos de buey que daba al horizonte marino. Se quedó ahí un buen rato, observando la línea del mar ondear, intentando descifrar sus emociones y sus pensamientos.

¿Hacía bien regresando a Filipinas? No tenía otra opción. Quien fuese el que estuviera interesado en sus contactos e informaciones sobre el archipiélago no parecía tener buenas intenciones con ella: lejos de pedirlas por las buenas, en Madrid la habían atacado, y, en Vilaescura, habían amenazado a su hija. En la península no podía quedarse. A esa conclusión ya había llegado y, por eso, estaba allí ahora, embarcándose de nuevo hacia Oriente. Una vez en Manila, ¿debería continuar con el encargo de las Hijas de Sejmet y seguir informando a Becerra desde las islas aunque ya no fuera ministro de Ultramar?, se cuestionó a sí misma. Ministro o no, imaginaba que seguiría siendo masón. Después del ataque sufrido en El Capricho, nadie se había atrevido a pedírselo. Sin embargo, era ella misma quien, ahora, se preguntaba si, una vez abierta

esa vía, no merecería más la pena seguir alimentándola y, con ello, aumentando su valor en aquel ajedrez en el que aún no sabía quién jugaba con las blancas o quién con las negras. Silenciándose daba la razón a los que habían querido amedrentarla y eso la enfurecía más que el recuerdo de aquel ominoso episodio. Su orgullo herido no importaba nada cuando se trataba de cuidar a Silvia. ¿Cómo la protegería mejor, callando y retirándose de la partida o volviendo al tablero?

Evaluó todas sus opciones y concluyó que, mientras tuviera información provechosa, sus perseguidores, quienes quiera que fuesen, se cuidarían muy mucho de llevar sus amenazas a término. Cuanta más información tuviera a su alcance, más valor tendría su vida, y sobre todo la de Silvia. Estaba decidido, continuaría con la labor informativa que las Hijas de Sejmet le habían encomendado. Además, aparte de Juan, aquellas mujeres habían sido las únicas personas que le habían demostrado preocuparse por ella, haciéndole llegar aquellos documentos, hacía ahora cuatro años, cuando se había refugiado en el jardín de su mansión octogonal de Kulangsu para destilar el luto de su alma. Algún día podría necesitarlas de nuevo. Seguiría adelante y buscaría la manera de obtener toda la información posible.

¿Era esta una nueva huida hacia delante en su vida?, siguió cuestionándose, notando el vaivén de la nave sobre las aguas. Le pesó el recuerdo de Juan, le pesó sentir que otra vez huía. Si solo pudiera descansar en los hombros de alguien y dejar de preocuparse… Era capaz de seguir ella sola, claro que lo era. Pero también era cansado, a veces hasta extenuante.

Recordó entonces nuestras largas conversaciones a orillas del Cabe, y sacó de su bolso el pañuelo de seda en el que, atado por los extremos, siempre llevaba una ramita de canela. Lo abrió y me pidió un deseo: «Alguien con quien comentar la vida, tía Aureana, solo eso. Alguien que haga de espejo a mis pensamientos, para que dejen de rebotar, sin fin, en las paredes de mi mente». Inspiró el olor de la canela, besó la ramita, anudó de nuevo el hatillo de seda china con sus iniciales bordadas y lo puso bajo su almohada: «No a todos conviene lo justo, no a todos conviene lo justo, no a todos conviene lo justo», repitió el conjuro tres veces, como yo le había enseñado. A continuación, se colocó el sombrero, agachándose frente al espejo de la cómoda, para asegurarse de que estaba correctamente ladeado. Se incorporó, se alisó la falda, elevó la cabeza y salió del camarote para dirigirse a cubierta, justo cuando una gata pelirroja cruzaba por delante de su puerta y, lejos de asustarse, le regaló un maullido.

Elba me acarició el lomo y yo me enrosqué en sus pies, sintiendo de nuevo su calor por unos instantes.

59

Babor, en la cubierta de paseo, había mucha gente. La mayoría pertenecían a la tropa. Soldados que lanzaban sus últimos saludos a sus novias, madres e hijos que se despedían sin saber si volverían a verse. A pesar de la melancolía que brota de toda despedida, había siempre algo festivo en la partida de un barco: vítores y aplausos se superponían cada vez que la bocina del barco rugía despidiéndose por todos. A Elba, aquellas aglomeraciones le causaban un cierto nivel de tensión: demasiada gente, ruido y excitación, así que prefirió alejarse hacia el puente de mando. Con un poco de suerte, encontraría algún lugar, cerca de proa, donde otear el horizonte contra la brisa marina. Ese mismo que estaba siempre a su servicio en todo el mundo, allá donde lo buscara, para transmitirle la paz de su inmensidad siempre que la necesitaba.

Una vez allí, cerró los ojos para empaparse de esa expresión marina de la naturaleza, que, en su aparente mansedumbre, demostraba a la vez todo el poder que era capaz de desplegar, generando en ella un profundo respeto. Buscaba en el mar la misma energía que le transmitían los bosques de Galicia. La que también había encontrado en los jardines de El Capricho y que ni siquiera aquel maldito encuentro en las sombras pudo emborronar. La misma que había recreado en su jardín de Kulangsu, el que compartió durante aquellos años de felicidad con Juan. En aquellos lugares, la naturaleza que la rodeaba la abrazaba con sus seres queridos, pero, sobre todo, consigo misma, en lo más profundo de su ser.

Levaron anclas, contempló el surco que el casco creaba sobre la superficie del mar e inspiró el yodo que las gotas de agua liberaban en el aire, dándole la bienvenida a aquella brisa pura y permitiendo que su poder regenerador entrara hasta el último recodo de su cuerpo para que quemara hasta la más escondida de sus preocupaciones. Aquellos momentos de soledad, cara a cara con la naturaleza, eran su lugar sagrado. Su encuentro personal con los dioses de todas las religiones del mundo que había conocido, ¿por qué limitarse a uno cuando ellos también le enviaban sus mensajes encriptados a través del fluir de los ríos, la inmensidad de los mares, la espesura de los bosques o la inocencia de los animales?

—Señora, ¿qué hace aquí? —le preguntó un oficial de puente y cubierta con uniforme azul marino, interrumpiendo su conversación con los dioses.

—¿Disculpe? —se vio obligada a volver en sí.

—No puede estar aquí, este no es lugar para el pasaje.

—Perdone… solo buscaba un poco de paz. Demasiado alboroto en cubierta.

—Ha tenido suerte de que el capitán la haya divisado desde el puente de mando —dijo, señalando con el dedo en alto—. Esta zona puede ser peligrosa para una dama.

Elba elevó la mirada y junto al capitán encontró un rostro conocido. El caballero se sorprendió al reconocerla también y se acercó al capitán para decirle algo. Este hizo entonces señales desde lo alto al marinero.

—Acompáñeme, por favor. El capitán desea conocerla.

—¿Da usted su permiso, mi capitán? —dijo el marinero antes de entrar.

—Capitán, permítame que le presente a doña Elba Díaz Varela-Novoa de Syquia —se adelantó a hacer las presentaciones el caballero que estaba junto a él.

—Adelante, por favor. Señora, tanto gusto. Me ha dado usted un buen susto… ¿Qué hacía usted ahí en vez de disfrutar, como todo el pasaje, de la despedida del puerto?

—La señora es una avezada marinera —aclaró el caballero.

—El señor González de Pombo exagera —dijo Elba, aparentando que aquella coincidencia no la había sorprendido—. Mi difunto esposo sí lo fue. Aunque es cierto que yo navegué no pocas veces a su lado. Pero ¡qué sorpresa encontrarlo a bordo del *Isla de Panay*, Álvaro! —quiso, por fin, no ocultar la evidencia.

—Lo mismo digo. Me alegra que los hados del destino hayan querido que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. La última vez que nos vimos no tuve ocasión de despedirme como me hubiera gustado.

—En El Capricho de la duquesa de Osuna —le aclaró Elba al capitán, para evitarle la incomodidad de una conversación ajena a la máxima autoridad a bordo—. Una urgencia me obligó a regresar al pazo familiar antes de lo previsto.

—Espero que todo se arreglara —dijo Álvaro, manteniendo la debida discreción.

—Perfectamente —zanjó Elba aquel recuerdo funesto.

—Si nos permite, capitán, me gustaría invitar a la dama a un paseo por la cubierta para ponernos al día —sugirió Álvaro.

—Ya veo que son ustedes viejos amigos. Vayan, vayan, pero no sin antes aceptar una invitación a cenar en mi mesa mañana.

—Será un placer, capitán —respondió Elba.

Álvaro abrió la pesada puerta del puesto de mando y dejó paso a Elba. Caminaron en fila y en silencio, por los estrechos pasillos con barandillas de madera, pensando qué decirse. Cuando llegaron a cubierta, el primer impacto fue el de un sol potente sobre sus ojos y el segundo el de una suave brisa que acariciaba sus rostros. Álvaro se puso a su altura y ambos se acercaron a la baranda con la mirada puesta en el horizonte. Ninguno de los dos se atrevía a comenzar a hablar, ambos querían recordar y olvidar a partes iguales el día que se conocieron. Elba quiso probarse a sí misma y prefirió el silencio. Cuando Juan la pretendía, fueron tan importantes las conversaciones que mantuvieron cuando la acompañaba de regreso a la mansión Syquia, por las noches, desde la botica de Silverio Molo, como los silencios que empezaron a compartir a partir de un punto. Les bastaba y les sobraba con saberse uno al lado del otro, con su mutua compañía, sin necesidad de palabras. El silencio no equivale al vacío cuando el amor lo ocupa todo. Por fin, Álvaro se lanzó:

—¿Qué tal se encuentra? La última vez que nos vimos me quedé intranquilo. Salieron del palacio de El Capricho a la mañana siguiente, sin despedirse de nadie.

—Comprenderá que, habida cuenta de lo sucedido, no tenía yo cuerpo para formalidades. Ya estoy mejor, gracias por preocuparse. El tiempo que pude pasar reconstituyéndome en la frondosidad de los bosques de mi querida Galicia me ha permitido encarar mi regreso a Oriente

con nuevos bríos. Y, en su caso, ¿qué lo lleva a Filipinas? ¿Debo deducir que consiguió finalmente su primer destino en Asia como deseaba?

—Parece que, últimamente, todos mis sueños se hacen realidad —respondió Álvaro, pretendiendo una galantería—. Sí y no. El nuevo ministro de Estado me envía a nuestras islas Filipinas para que informe desde allí de los asuntos asiáticos y del posicionamiento de las distintas potencias regionales y europeas. Si bien el archipiélago en sí mismo, siendo colonia española, no queda dentro de nuestra competencia directa, pues esta corresponde al nuevo ministro de Ultramar, el apetito de otras potencias sobre ellas sí es asunto de nuestra incumbencia.

—¿Y cómo le afectan a usted los cambios de Gobierno y de ministros?

—Pues, por el momento, como mero secretario de embajada, soy demasiada poca cosa como para que nadie quiera mi puesto. Es decir, que no le importo a nadie —admitió con una sonrisa —. Ahora bien, el sentido de las instrucciones que reciba sí puede variar según quien esté al frente del ministerio. La aproximación a la política colonial del partido liberal de Sagasta y del ministro Becerra no eran compatibles con las del actual partido conservador en el Gobierno…

—¿Y esos vaivenes no afectan su juicio? —preguntó Elba con curiosidad genuina.

—En mi fuero interno puedo estar más o menos de acuerdo con unos u otros. Pero a mí, al menos por ahora, no me pagan por estar de acuerdo, sino por obedecer. Pero ¿es necesario que en nuestro reencuentro empecemos hablando de política?

—Lleva usted razón, disculpe. ¡Qué poco elegante por mi parte! En especial, viniendo de una dama —respondió Elba irónica.

—Sabe bien que no lo digo por eso. Su conversación compite con sus ojos en atraer mi atención. ¿Qué le parece si reservamos el tema de las intrigas políticas capitalinas para alguna de las cenas en la mesa del capitán?

—Buena idea. Ahora, cuénteme más sobre la posición de esas potencias internacionales a las que va usted a seguirles la pista. Vive usted en un mundo muy singular. ¿Cómo llega a sus conclusiones?

—Se supone que uno lee mucho, habla mucho con muy diversas personas y se expone mucho a otros argumentos y posiciones para intentar descifrar los asuntos desde todas las perspectivas posibles. De ahí que haya que asistir a muchas recepciones. El excelente vino español es siempre un gran aliado para obtener información.

—¿Así que utiliza usted malas artes, emborrachando al adversario? —bromeó Elba.

—Nada que él no intente conmigo, se lo aseguro. Por lo que a mí respecta, le confieso que los dichosos compromisos sociales me cansan sobremanera. Hay que ir después del trabajo diario en el ministerio, en la embajada o el consulado. Cuando, al final del día, a uno lo que le apetece es regresar a su casa con su familia, vístase de nuevo y ponga su mejor sonrisa. Comprendo su utilidad, pero requiere de una disponibilidad adicional al trabajo diario. Además, unas veces pescas más y otras menos, pero hay que salir a faenar con constancia para estar al tanto de lo que se cuece.

—Ese talante familiar suyo debe de ser muy del agrado de su esposa.

—No siempre, hay señoras que disfrutan mucho saliendo de casa o recibiendo en la propia para ser vistas y entretenerse.

—Recibir bien es un arte, desde luego. ¿La suya lo ejerce? —iba cerrando Elba el cerco de las preguntas para llegar a lo que, en realidad, quería saber.

—No me he casado.

—¿Prometida entonces?

—La hubo.

—¿Ya no?

—Es una larga historia… pero volvamos a este noble oficio diplomático, que tanto parece fascinarle.

—Fascinación es un término muy grande, ¿no le parece? Dejémoslo en simple curiosidad —quiso poner Elba las cosas en su sitio.

—Vaya, tengo menos posibilidades de las que creía —continuó Álvaro con el galanteo—. Permítame que sacie, al menos, esa ligera sed de conocimiento, aún a riesgo de perder el último atisbo de interés científico que pueda despertar en usted.

—Quien nada arriesga, nada gana —decidió Elba seguirle el juego.

—Pues, primero, viene la etapa del aprendizaje. Uno debe aproximarse a las civilizaciones que desea comprender desde la humildad y el estudio de su historia. Como las personas, cada pueblo ha recorrido caminos distintos hasta llegar a su momento presente y solo comprendiendo su pasado podemos hacernos una idea de cómo entienden el mundo y los resortes que pueden desencadenar sus reacciones futuras. En esta etapa de conocimiento del entorno, uno debe esforzarse por comprender el contexto y los agentes que tienen influencia en él, si es posible, sin dejarse cegar por los deseos propios, pero sin perder de vista tampoco nuestros intereses. Una vez que uno ya está bien ubicado, comienza la segunda etapa, la de la observación: el estudio previo, si alcanzó la profundidad necesaria, permitirá que afloren a nuestros ojos detalles, a veces nimios y en apariencia banales, que encierran poderosísima información si uno sabe situarlos en el contexto y darles el significado oportuno.

—Ya veo. La letra «a» es la misma en todas las palabras, pero en la palabra «amor» —Elba se preguntó a sí misma, por qué demonios había elegido ese ejemplo— aporta un significado distinto a nuestro interlocutor que si la ubicamos en el término «guerra» —dijo, para compensar la alusión subconsciente.

—Usted lo ha dicho. La cosa se complica aún más cuando introducimos una «h» —bromeó Álvaro, continuando con el símil al percibir la incomodidad de Elba con su propia torpeza—, ¿nunca se ha preguntado por qué tenemos en español una letra muda?

—Hay silencios que ofrecen mucha información, si uno sabe escucharlos —se limitó Elba a sonreír a continuación.

Aquella noche, Elba repasaba en su mente la conversación con Álvaro sobre la cubierta, cuando arropaba a Silvia en su cama antes de contarle un cuento. Se le escapó una mueca pícara que no le pasó desapercibida a la pequeña:

—¿De qué te ríes? —preguntó su hija, siempre alerta a lo que se traslucía en el rostro de su madre.

—De nada. Cosas mías. Me acordaba de un chiste que me han contado esta mañana.

—¿El señor que hemos conocido en cubierta cuando Lino y yo te hemos encontrado?

—Sí.

—Mamá, ¿a que Lino es mi primo favorito? —le preguntó la niña a continuación.

—Lino es tu único primo. Tu primo segundo, de hecho. Su papá y el tuyo eran primos a su vez.

—Ya, pero si tuviera más, Lino seguiría siendo mi favorito.

—Estupendo, porque mañana tendrás que quedarte cenando con Lino. Mamá está invitada a cenar en la mesa del capitán del barco.

60

A bordo del *Isla de Panay*, la vida pareció querer hacer un paréntesis, aislados del mundo desde que se embarcaron en Barcelona. Fueron cuatro semanas de paseos por cubierta, juegos con Silvia y Lino, conversaciones en la mesa del capitán con sus invitados y entretenidas partidas de tresillo con algunos de los oficiales que se dirigían al archipiélago:

—¿Y dice usted que son el primer contingente de refuerzo que el presidente Cánovas ha tenido a bien otorgar en atención a la petición del general Blanco? —preguntó Elba a uno de los oficiales con los que cenaban una de sus últimas noches en el barco.

—Así es, señora.

—¿Y son ustedes muchos?

—El general Blanco solo contaba con trescientos artilleros en Cavite y unos dos mil soldados en Manila —aclaró el capitán del barco.

—Todos ellos indios locales y muchos, por ello, sospechosos de ser katipuneros —apuntilló uno de los oficiales más jóvenes—. Así que hizo trasladar cuatro mil soldados más desde Mindanao. Aun así, el refuerzo desde la península es imprescindible: somos los primeros de un nuevo contingente que superará los cinco mil —explicó el oficial con orgullo.

—Hay que tener en cuenta que estamos hablando de un territorio enorme y de muy difícil control —continuó Álvaro—. En extensión es similar a la península, pero desde Bataán hasta Mindanao hay una distancia equivalente a la que media entre Fernando Poo y Cádiz.

—Por no mencionar que las Marianas están tan lejos de Manila como las Canarias de Cuba —apostilló el viejo marino—. La gente no se hace una idea de las distancias en la mar. En el mapa que publican los periódicos todo parece muy cerca.

—A ello hay que añadirle la dispersión geográfica: unas mil trescientas islas, con una población que, siendo la mitad que la de la península, aglutina media docena de lenguas distintas —contribuyó Álvaro a la conversación.

—Desde el motín de Cavite de 1872, ya me dirá usted quién puede fiarse de los milicianos indios… —hizo valer su condición de peninsular el oficial de nuevo.

—Pero estarán ustedes conmigo en que obligar a esos milicianos a servir durante ocho años y lejos de sus casas no les habrá generado mucha simpatía hacia los mandos peninsulares, ¿no les parece? —hizo Elba la pregunta incómoda.

Por un momento, los tres hombres levantaron los ojos de sus cartas.

—Querida, ahora no te toca a ti ir a la contra —hizo Álvaro una broma con su rol en la partida de naipes para diluir la tensión y distraer la atención de la inconveniencia.

Al poco de zarpar de Barcelona, Álvaro y Elba habían comenzado a intimar. Estaba cansada de remar sola y Álvaro, desde el día en que se conocieron en El Capricho, pero muy especialmente en aquellas cuatro semanas de travesía marítima, le había aportado juventud, frescura, gallardía y, sobre todo, un buen espejo contra el que contrastar sus pensamientos. Vio en su conversación inteligente y singularmente en la casualidad de haberlo encontrado a bordo del *Isla de Panay*, la respuesta a su petición a través del conjuro.

—Debes tener más cuidado —le dijo Álvaro aquella noche entre sus sábanas.

—Llevas razón, he sido imprudente. Es que yo he vivido en Ilocos, en armoniosa convivencia con los naturales del archipiélago. Para mí no son los otros, son los míos, los nuestros.

—Las islas Filipinas que dejaste hace cuatro años muy posiblemente no son las que encontremos ahora. Si no quieres levantar suspicacias, te aconsejo que aprendas a velar mejor tus afectos.

—¿Todos? —bromeó Elba, besándolo.

—Todos, menos este. De hecho, he estado pensando… —calló Álvaro.

—¿El qué? —quiso saber ella.

—No puedo dejar de darle vueltas al ataque que sufriste en Madrid.

—Yo prefiero no pensar más en ello —quiso eludir el tema Elba.

—Aquí, en el barco, estás a salvo, pero ¿y una vez lleguemos a tierra?

—El administrador de mis negocios en las islas, Silverio Molo, el mejor amigo de mi difunto esposo, ha dispuesto desde Vigán que vengan a recogerme al puerto. Silvia, Lino y yo iremos a un hotel primero, antes de iniciar camino hacia Ilocos.

—No me refiero a eso. No me preocupa quién vaya a recibirte, sino más bien quién va a defenderte si alguien intenta sobrepasarse de nuevo.

—¿Por qué habría de repetirse aquello? —preguntó Elba, angustiándose.

—Ni siquiera sabes de quién debes protegerte —quiso hacerla entrar en razón Álvaro.

—¿A dónde quieres llegar?

—Pues… a que una mujer sola… y con una niña pequeña… Sea quien sea el que dio la orden de perpetrar aquella maldad sobre ti solo ve a dos mujeres indefensas. Y no percibe nada que pueda impedirle repetirlo. Silvia y tú solas lleváis una diana en la frente. Sé que no te gusta lo que te digo, pero es la realidad y me inquieta.

—No creas que no me doy cuenta —reconoció Elba.

—Me alegra que lo veas como yo —continuó él su discurso como si lo hubiera memorizado —, por eso quería… —dijo Álvaro titubeante.

—Tú dirás.

—Quería….

—¡Suéltalo ya! ¡Me estás poniendo nerviosa! —exclamó Elba, con el rostro aún apoyado en su pecho.

—Quería pedirte que te cases conmigo —soltó Álvaro a bocajarro.

—¿Cómo? —se sorprendió Elba, incorporándose en la cama, al tiempo que se cubría los pechos que habían quedado al aire.

No había pensado nunca en volver a casarse. Aquello la tomó por sorpresa.

—Cásate conmigo, Elba. No he conocido nunca a una mujer como tú.

—¿Como yo?

—Con opiniones, una mujer que no espera a que le sucedan las cosas, sino que las pone en marcha. Quiero tener a mi lado alguien que vaya siempre por delante. Tú eres la única mujer que

he conocido que no se asustó cuando le hablé de que quería irme a vivir a Oriente.

—La verdad… no me lo esperaba…

—Piénsalo. No tienes que responderme hoy. A mi lado no te faltará protección. La mía y la del Estado.

—¿La del Estado? —Elba no había pensado nunca en necesitar la protección de ningún estado, pero tampoco nunca se había visto involucrada en asuntos de política—. No me malinterpretes, pero algo así debo reflexionarlo con calma. No soy mujer que tome sus compromisos a la ligera.

—Y eso te honra —le reconoció, dándole el tiempo que necesitara.

—Soy algo mayor que tú y ya he vivido otros amores… —continuó Elba.

—Lejos de disuadirme, tu historia, a mis ojos, te hace aún más valiosa. Espero que estas semanas juntos te hayan permitido, al menos, comenzar a amarme. Solo te pido que no compares nuestro amor incipiente con el que tuviste con tu primer esposo, no es justo comparar una semilla con un árbol frondoso que ya dio sus primeros frutos.

—Pero… ¿tú estás seguro de lo que dices?

—Por completo —dijo Álvaro sin atisbo de duda—. Comprendo que el nuestro puede ser aún un amor demasiado tierno para dar un salto como el que te propongo, pero me gustaría darte algunos argumentos adicionales.

Elba nunca había pensado en considerar casarse por otros motivos que no fueran el amor. Pero ya no era ninguna niña, la vida le había mostrado su lado más dulce y también el más amargo. Ya no esperaba justicia, esa lección ya la había aprendido, tan solo la oportunidad de navegarla sin sobresaltos. Pero lo que más pesaba sobre sus decisiones era que ya no solo debía pensar en sí misma. Por encima de sus apetencias, estaba su responsabilidad con Silvia.

—Al casarnos, Silvia y tú pasaríais a tener pasaporte diplomático como yo —continuó Álvaro, atrayéndola hacia sí por la cintura y besándola con ternura—. Piénsalo, por favor, y mientras tanto déjame recordarte cuán feliz puedo hacerte.

Álvaro comenzó a besar sus labios, su cuello, el comienzo de su escote. Siguió bajando por sus pechos, y a Elba los pezones se le erizaron al instante. Continuó rumbo al sur por su abdomen. Desde allí, cuando llegaba a la altura de su monte de Venus, paró y levantó la cabeza para mirarla a los ojos. Ella se había dejado llevar y, sin levantar la cabeza de la almohada, empujó, con la mano, la cabeza de Álvaro hacia las profundidades de su ser.

En los días siguientes, pasó mucho tiempo mirando por la borda, buscando, de nuevo, el consejo del horizonte: la vida no siempre tiene que seguir el camino más recto, ni el que hayas querido imaginarte, escuchó que este le decía. No tengo poderes adivinatorios, le respondió ella. Con la vista puesta en la infinitud, comprendió que su mente finita no podía acaparar todas las posibilidades que la vida guardaba para ella. Su lectura del futuro estaba limitada por su experiencia pasada. Después de semanas de travesía por los mares, ¿quién le decía al vigía que en el siguiente segundo no fuera a aparecer tierra firme ante sus ojos?

Con la mente perdida en los confines marinos, recordó que Juan ya le había hecho ver, en una de sus últimas conversaciones, la conveniencia de estar a bien con el cónsul español en Kulangsu por si algún día tenían que regresar a España. El ataque sufrido en Madrid le había quebrado la seguridad en sí misma. El encuentro con Becerra no había terminado en el templete de El

Capricho. Los efectos para su vida podían ir mucho más lejos de lo que ella había inicialmente calculado. Aquella acción había abierto las compuertas de un mundo que no conocía y en el que se sentía desprotegida.

Cuando se metió en ello, solo pensó en devolver el favor que las Hijas de Sejmet le habían hecho. Iba, lo hacía y listo. Sin embargo, todo apuntaba a que, con aquella decisión, se había situado en el epicentro de una maraña de intrigas nacionales, cuando no internacionales, como sus conversaciones con Álvaro y los oficiales a bordo, durante aquellas semanas de travesía, le habían ayudado a comenzar a comprender. Después del ataque, ya no era solo su propia integridad la que estaba en juego. Aquella experiencia en la capital y las notas recibidas después le habían hecho darse cuenta de que también debía pensar en la protección de Silvia. Ella estaba dispuesta a seguir jugando la partida de cartas que la vida tuviera a bien plantearle, pero no podía permitir que ello supusiera un riesgo para Silvia.

Fue una ceremonia sencilla en la proa del barco, oficiada por el capellán castrense que acompañaba a las tropas. El capitán había dado orden de rasgar unas sábanas blancas viejas y adornar con ellas y el favor del viento la barandilla. Llevó puesto el mantón de Manila verde de su madre. Acompañada de su hija Silvia, como dama de honor, y de su sobrino Lino, quien hizo las veces de padrino, Elba se convirtió en la señora de don Álvaro González de Pombo, solo un par de días antes de que el vigía divisara las costas de Filipinas.

Las maniobras de atraque comenzaron y los recién casados subieron al puesto de mando a despedirse del capitán y el capellán.

—Muchas gracias por todo, capitán —dijo Elba.

—Y a usted también, *pater* —añadió Álvaro, ofreciéndole la mano al sacerdote.

—No hay por qué darlas, hijo. Casar es un placer infrecuente para un capellán castrense.

—¿Van a pasar mucho tiempo en Manila? —quiso saber el capitán.

—Por ahora, nos quedaremos aquí, pues es donde yo mejor puedo desarrollar las funciones que el ministro de Estado me ha encomendado —dijo Álvaro.

—Más adelante, en algún momento quizá yo deba subir a Vigán a visitar a mi administrador y viejo amigo, Silverio Molo, el padrino de Silvia —explicó Elba—. He de retomar las riendas de mis negocios.

—¡Lo olvidaba! —dijo con cierto sobresalto el comandante de la nave—. Al bajar la escalerilla sobre el muelle, ha subido, presto, un joven mensajero aeta que esperaba nuestra llegada. Ha traído esto para usted, Álvaro.

Abrió un sobre que llevaba su nombre escrito y sacó una invitación a un baile en la casa de don Faustino Villarruel con motivo del anuncio de los compromisos de su hija y su ahijada, la señorita Rosario Villarruel con el señor Luis Carvajal y la señorita Johanna Vickboons con el señor Hugo León.

—Es una invitación para dentro de unos días a una *soirée dansante*. La noticia de mi llegada a Manila parece que nos precede —informó Álvaro a su esposa—. Será una buena ocasión para conocer a más gente. En todo caso, antes de responder, habré de informarme de qué otras autoridades han sido invitadas y de quién es este señor Villarruel, el anfitrión de la velada.

El capitán los acompañó hasta la escalerilla de tela blanca con el nombre *Isla de Panay* pintado en negro y Álvaro comenzó a bajar primero, como buen caballero, para poder socorrer a la dama en caso de que resbalara. El capitán, al despedirse, tomó la mano de Elba para besarla con ceremonia y dejó de forma imperceptible para todos, salvo para ella, en su hueco, una nota, diciendo cerca de su oído al levantarse:

—De parte de Becerra.

Al llegar abajo, Álvaro dio instrucciones a Lino para que fuera a encargarse del equipaje, momento que Elba aprovechó para abrir el puño que llevaba apretado con firmeza desde que comenzó el descenso arriba en cubierta y desdobló la nota. Coronada con una *vesica piscis* en la parte superior, en ella podía leerse: «Aclare a Ilaw la traición por suplantación al Gran Maestro Pizarro».

61

Manila, 28 de noviembre de 1896.

Al descender al muelle, un oficial de la Capitanía General estaba esperando a Álvaro. Se cuadró ante él y le explicó que el gobernador Blanco, informado de su llegada por el Ministerio de la Guerra, había dispuesto un alojamiento en Intramuros para que le sirviera de residencia.

—Muchas gracias, es una perfecta localización para mí. Por lo que me han contado, es donde se ubican todas las instituciones peninsulares con las que debo estar en contacto: la Capitanía General, el arzobispado, etc. —dijo Álvaro—. En cuanto me adecente, me gustaría pasar a presentar mis respetos al señor gobernador y agradecerle personalmente sus atenciones.

Era una casa con solera en pleno centro del barrio amurallado de Manila. Toda en piedra, el zaguán daba paso a un patio interior alrededor del cual se encontraban las cocinas y caballerizas. Antes del patio, por una escalera, en madera de kamagong, se accedía a la segunda planta en la que estaba la vivienda. Tenía todo lo necesario: cuatro dormitorios, un comedor amplio, un salón, un despacho y una capilla. En cuanto llegaron, Elba quiso conocer al servicio. Sus primeras instrucciones fueron para que uno de los mozos fuera a poner un telegrama a Silverio Molo informándole de su llegada y de dónde podría encontrarla. Finalmente, no iría al hotel Plaza en el que le habían reservado dos habitaciones. Le pedía también que bajara a Manila tan pronto como sus obligaciones con sus pacientes se lo permitieran.

Dentro de la contención emocional que solía ser su seña de identidad, Silverio recibió la noticia con una alegría que solo Lara, su flamante esposa, era capaz de percibir, acostumbrada a leer sentimientos sin palabras. Silverio le mostró el telegrama. Lara sonrió, lo besó en la mejilla y comenzó a preparar una pequeña maleta para ambos, sin necesidad de que Silverio se lo pidiera. Habían conseguido desarrollar una comunicación silenciosa más efectiva que la de la mayoría de las parejas. Ese mismo día pusieron rumbo a Manila.

Tan solo una semana más tarde, llegaron a la dirección indicada en el telegrama y llamaron a la aldaba de la puerta para anunciarse, aunque esta permanecía abierta. Un mozo apareció en la entrada. Silverio se presentó y pidió ver a Elba.

—¡Silverio, qué alegría verte! —saludó ella desde lo alto de la escalera.

Nada más verlo bajó a toda prisa y le rodeó en un gran abrazo.

Silverio permaneció inmóvil, sin separar los brazos del cuerpo, pero permitiendo que Elba agotara su efusividad, pues sabía que para ella era importante desplegar su afecto. Cuando ella se despegó, le presentó a su esposa.

—Ella es Lara. Nos casamos hace poco —se limitó a decir él.

Su mujer se abalanzó sobre Elba para abrazarla con la misma efusividad que ella había demostrado a su esposo.

—¡Vayamos al salón! ¡Tenemos tantas cosas que contarnos! Yo también debo presentarte a alguien —se limitó a decir Elba, dirigiéndoles escaleras arriba.

La noticia del matrimonio de Silverio Molo hizo muy feliz a Elba. Lo apreciaba mucho: lo admiraba, pues de él había podido aprender muchos remedios de medicina oriental. Lo comprendía, ya que, aunque sin llegar a su nivel, sabía entender lo que significaba ser más sensible que el resto. Y lo amaba como a un hermano porque en él seguía reflejándose la fraternal y hermosa amistad que le brindó a su marido Juan.

Por su parte, Silverio, como era de esperar, se mostró indiferente al nuevo matrimonio de Elba, pues en su mente no había espacio en el que plantearse hipótesis inútiles: qué hubiera pensado su gran amigo Juan si hubiera estado vivo no era algo relevante para él. Por mucho que siguiera recordándolo con infinito aprecio, como al hermano de vida que fue, Juan ya no estaba. En el raciocinio de Silverio, los cuestionamientos sociales no existían. Por eso, aunque a Teresita y Peruxo, en Vilaescura, la noticia les había pillado un poco por sorpresa cuando recibieron el telegrama de Elba informándoles de su casamiento con Álvaro, Silverio no compartió sus dudas.

Para el boticario era simplemente lógico: él sabía muy bien que las personas fuera de lo común no encontraban con facilidad compañeros de vida. De hecho, había hecho hasta un cálculo de probabilidades, tanto en su caso como en el de Elba. Las matemáticas demostraban que era mucho más probable que su vida fuera solitaria que con la especial compañía que ellos requerían. Por eso, en su caso, cuando conoció a Lara, supo que no debía dejar pasar esa oportunidad y podía imaginar que Elba hubiera hecho las mismas cuentas que él.

—Y dinos, Silverio, ¿cómo está la situación por acá? —quiso interesarse Elba en el desayuno al día siguiente de la llegada de sus amigos a Manila.

—Los negocios van bien. El comercio internacional de especias no se ha visto afectado por los líos internos, al menos por ahora. Nuestras cuadrillas de agricultores en Ilocos nos aprecian. Juan y tú fuisteis precursores de una nueva relación más equitativa, los Syquia sois… erais… seguís siendo… muy respetados —tartamudeó Silverio, dudando en cuál sería el tiempo verbal correcto ahora que Juan ya no estaba y Elba tenía nuevo esposo.

—¿A qué líos te refieres? —preguntó Álvaro, a quien el comentario le elevó las orejas de sabueso informativo.

—Cincuenta y siete katipuneros fueron arrestados el 31 de agosto —respondió Silverio con su precisión habitual.

—Algo habrán hecho. Un arresto de una cincuentena de personas no es como para tomarlo a la ligera, ¿no le parece? —quiso saber Álvaro.

—Y siete —respondió Silverio.

—¿Cómo? —preguntó confuso el peninsular.

—Que son cincuenta y siete. No una cincuentena. Cincuenta y siete. Le faltan siete.

—A Silverio le gusta la exactitud —aclaró Elba—. Es una virtud muy necesaria en un buen boticario. Confundir la proporción de sus compuestos medicinales podría tener graves consecuencias para la salud de sus pacientes.

—Después, el 4 de septiembre arrestaron a cuatro katipuneros más.

—Pero ¿qué hicieron para merecer el arresto? —insistió Álvaro.

Silverio estaba incómodo con preguntas sobre cuestiones de política y comportamientos sociales que él no entendía en absoluto. Él sabía de números y esos ya los había dado, así que no comprendía la insistencia del marido de Elba, que le pareció muy pesado. Entonces Lara intervino y, en lengua de signos, que Silverio, por supuesto, había aprendido con facilidad, le pidió que la tradujera:

—El pasado 30 de agosto, Andrés Bonifacio quiso tomar Intramuros con ochocientos miembros del Katipunan armados con bolos. No recibieron apoyo de sus hombres en Cavite o Tondo. Dicen que el objetivo era atacar La Electricista.

—¿Qué es La Electricista? —quiso saber Elba.

—Es la primera compañía que ha traído la luz eléctrica a Manila. Esta noche, comprobarás que ya casi toda la ciudad tiene suministro. La planta central está en la calle San Sebastián. En la calle Cervantes, hay setenta y tres postes eléctricos en la mediana y la acera —explicó Silverio con todo lujo de detalles numéricos.

—¡Para que luego protesten de que la madre patria los tiene olvidados! Supongo que los postes los ha contado usted —dijo Álvaro en tono burlón.

—Sí —respondió Silverio—. Uno a uno.

—Me voy unos años ¡y cuánto progreso! —se admiró Elba, haciendo un gesto de reprobación a su marido—. Continúen, por favor. Es importante que estemos al día. ¿Qué ocurrió?

—No lo consiguieron —siguió Lara explicando con signos y su marido traduciendo—. Volvieron al ataque, a eso de las cuatro de la madrugada, pero en esta ocasión querían tomar el polvorín de San Juan de Monte.

—¿Dónde está ese lugar? —quiso saber Álvaro.

—A las afueras. Aunque los españoles allí eran menos, tenían fusiles Remington y aguantaron hasta que enviaron un refuerzo de cien hombres y consiguieron repeler el ataque del Katipunan —tradujo Silverio a su esposa—. Murieron ciento cincuenta katipuneros y dos soldados españoles —aportó Silverio la precisión cuantitativa imprescindible, continuando Lara con el relato—. Andrés Bonifacio ha sido muy criticado.

—¡Por supuesto, es un revolucionario traidor! —se exaltó Álvaro, dándose cuenta, en todo caso, de que la situación estaba peor de lo que había imaginado.

—A Bonifacio le critican, incluso dentro de las propias filas katipuneras, que el ataque fue un desastre por desorganizado y descoordinado —tradujo Silverio a Lara—. Se están creando dos facciones, los Magdiwang, partidarios de Bonifacio y los Magdalo, partidarios de un nuevo líder, Emilio Aguinaldo.

—¿Cómo sabe tanto esta mujer? —se maravilló Álvaro de la información que les estaba proporcionando.

—Se sorprendería de todas las cosas que la gente dice delante de una muda —tradujo Silverio las señas de su esposa, mientras esta sonreía socarrona—. Lara oye perfectamente, fue un problema en las cuerdas vocales en su infancia lo que la dejó sin habla —aclaró Silverio.

Ese mismo día, más tarde, en la intimidad de su dormitorio, mientras Elba se peinaba para la velada en casa de los Villarruel, Álvaro comentó la puesta al día que habían recibido de Lara

aquella mañana:

—¡Vaya una pareja curiosa! —comenzó la conversación, tumbado en la cama, mirando al techo de madera negra, mientras Elba se terminaba de arreglar sentada en el tocador frente a la ventana.

—Yo diría que son más bien la pareja perfecta.

—Ella es muda, pero ¿qué es lo que tiene él? —quiso comprender mejor su marido.

—Una mente muy sensible. Los ruidos, las luces, el gentío le pueden hacer más daño que al resto, pero, a cambio, tiene una memoria prodigiosa y una capacidad aritmética muy superior a la de nadie que yo haya conocido. El lenguaje, como todo lo social, no es lo suyo. Por eso es un enamorado de la herboristería y uno de los más reputados boticarios del archipiélago. Las plantas lo acompañan sin pedirle conversación, como su nueva esposa.

—Pero no me negarás que son raros…

—Raro eres tú por pretender que todos los seres humanos seamos iguales —le regañó Elba—. A mí, ellos me parecen ideales el uno para el otro: a él le molestan los ruidos y ella es muda. Él carece de habilidad social, pero ella ha sido capaz de desarrollarla sin necesidad de palabras. Son una pareja inspirada por los dioses, estoy segura.

—¿Por qué dioses?

—Por todos. Ya sabes que yo soy politeísta —le sonrió Elba, a través del espejo, sin necesidad de girarse mientras se atusaba el moño.

—Esta noche, delante del señor arzobispo, no digas eso… ¡A ver qué va a pensar! —se atrevió a reprenderla Álvaro, preocupado por su recién estrenado cargo de emisario del ministro de Estado en el archipiélago.

—Que piense lo que quiera. No estoy dispuesta a recibir monsergas de ningún cura. Ayúdame a anudarme el camafeo, por favor —le pidió Elba.

—Pero ahora eres mi esposa. Tenemos que mantener una relación cordial con las fuerzas peninsulares del lugar —insistió Álvaro, para continuar—: El vestido que llevabas en El Capricho era imponente, podrías ponértelo esta noche, haríamos una entrada triunfal en la sociedad manilense, dejarías a todo el mundo boquiabierto…

—El terciopelo en este clima da demasiado calor. Además, me trae malos recuerdos —se resistió Elba—. Prefiero este otro, *mademoiselle* Margarita destacó la alegría de esta tela en tono coral cuando la elegimos. Mi tía y yo nos hicimos grandes amigas de ella, su madre y sus hermanas las semanas que pasamos en Madrid. Me trae a la memoria sentimientos mucho más ligeros y agradables.

—Disculpa, creía que ya habías superado aquel episodio —dijo Álvaro, atándole algo corto el camafeo de jade verde—. Algún día yo te regalaré joyas maravillosas…

Elba aflojó la cinta en torno a su cuello para estar más cómoda y no se calló:

—El día que necesite que me compren joyas, quizás necesite que me digan también qué puedo o no decir. Hasta ese día, me vas a permitir que yo elija cuándo o no considerar superado «el episodio», como tú lo llamas. Sea o no sea tu esposa, hace muchos años que yo decidí no ceder mi libertad, ni ante un arzobispo… ni ante nadie —sentenció Elba, levantándose disgustada del tocador, al recordar su infancia en Vilaescura y la huida de España en su juventud por culpa de aquel cura aldeano.

—Bueno, bueno, mujer, no te pongas brava… —quiso mostrarse conciliador Álvaro—. Solo lo decía porque el baile de esta noche es una oportunidad única para tantear el ambiente y me gustaría causar buena impresión. Me han dicho que se espera la presencia del general Blanco y

tengo curiosidad por conocer al tal Villarruel, nuestro anfitrión. ¿Te falta mucho? Ya vamos tarde… —protestó Álvaro, no tanto por la hora, como por la irreductibilidad que demostraba su nueva esposa.

—Estoy lista —zanjó Elba, con la mente más puesta ya en cómo cumplir la misión que había recibido de las Hijas de Sejmet en aquella nota de manos del capitán del vapor, que en los planteamientos sumisos de su recién estrenado esposo.

62

Lara y Silverio aprovecharon su estancia en Manila para pasar unos días con la familia de ella. Así que, aquella noche, Silvia se quedó al cuidado de Lino. Una elegante calesa con asientos de terciopelo granate esperaba a Elba y Álvaro en la puerta. Ella subió y se mantuvo en silencio, cavilando todos los pasos que debía dar: primero, debía intentar enterarse de quiénes eran Ilaw y Pizarro. Era evidente que parecían nombres simbólicos de los que se empleaban en la masonería, pero ¿a quiénes pertenecían? Cuando lo supiera, quizás, comprendiera cuál era el mensaje que debía transmitir.

Las Hijas de Sejmet parecían querer decirle que ella ya disponía de la información necesaria, pero Elba, entre tanta terminología secreta, no terminaba de ubicarse. Pensó que sería útil comenzar por intentar identificar primero alguna Hija de Sejmet presente en el baile, pero ¿cómo podría hacerlo?, se preguntaba cuando recordó una reflexión que le compartí en su juventud en muchas de nuestras conversaciones junto al Cabe: no siempre es posible predecir todos los pasos que uno tiene por delante. Concéntrate solo en el primero y deja que la vida se desenvuelva majestuosa ante ti, le repetí tantas veces.

En la calle Asunción, número 8, en el barrio de Tondo, en Manila, la residencia de los Villarruel lucía esplendorosa. Un regimiento de criados se disponía a hacer circular los más variados manjares en bandejas de plata repujada mexicana. Guirnaldas de las que colgaban racimos de flores de acacia de variados colores cubrían las mesas, pasamanos y los alféizares de las ventanas. Cientos de velas iluminaban el interior de la casa y antorchas de bambú se intercalaban con las altísimas palmeras que flanqueaban el paseo de entrada en el jardín. Si la mansión era objeto de alabanza por todos los que iban llegando, no podían serlo menos las dos muchachas: el contraste entre ambas, las hacía brillar, aún más si cabe, cada una en su propia belleza.

Rosario vestía al estilo filipino y Johanna a la moda europea. Aquella portaba un faldón verde estampado con ramilletes de finas flores y una delicada blusa de tela de piña blanca, ricamente bordada, de voluminosas mangas y amplio cuello. Las perlas en los pasadores del pelo contrastaban con el azabache de su melena, y las de un imponente collar, que daba cuatro vueltas a su cuello antes de caer hasta el final del blusón, ensalzaban su piel.

Por su parte, Johanna había querido vestir a la occidental. Por expreso deseo del señor Villarruel, esta vez no emplearía ningún vestido heredado de Rosario, por bonitos que fueran. Había mandado confeccionarle uno nuevo para ella: en seda azul celeste, a juego con sus ojos, le dijo; y con un cuello de organdí blanco suizo, el más apreciado por su gran calidad y por ser el más caro del mercado. Joyas no pudo llevar, pues no tenía. Rosario le ofreció alguna de las que había heredado de su madre, pero Johanna declinó el ofrecimiento sin dar explicaciones. Por

nada del mundo iba a llevar algo que llamara al espíritu cruel de doña Paula, desde el infierno en el que estuviera, al momento más deseado de su vida. A falta de joyas con las que adornar su llamativa melena dorada, recogió su cabello con cintas de organza blanca y seda azul a juego con el vestido.

Don Faustino había tirado la casa por la ventana por dos motivos: el primero, para agasajar a su hija y a su ahijada ante toda la ciudad. El segundo, para generar suficiente distracción de vino y viandas como para poder intercambiar mensajes secretos con los ilustrados presentes. Habían invitado a todas las fuerzas vivas de la ciudad para generar la coartada perfecta, de ser necesario, pero también para intentar propiciar una última ocasión de acercamiento a la península. Si no salía bien, se había prometido no dudar nunca más de la legitimidad del deseo de gestionar sus propias vidas de forma independiente y no volver a mirar a atrás.

La mala dirección estratégica de Andrés Bonifacio en San Juan de Monte había hecho resquebrajarse la sociedad secreta que dirigía, y quizás era el momento de intentar hacer regresar al movimiento al asimilismo con otras provincias de la península. Nunca se había sentido cómodo con los métodos violentos del Katipunan y sus objetivos extremos, pero las decisiones del Gobierno de Cánovas y la sorprendente negativa del gran maestro Morayta a apoyar a las logias del archipiélago le estaban poniendo en una posición cada vez más comprometida.

—¡No te imaginas cómo está quedando todo! —exclamó Johanna en la habitación con Rosario—. ¡La flor y nata de toda Manila va a ser testigo del anuncio de nuestros compromisos! Si mi madre me viera ahora…

—Es algo más que eso —le advirtió su amiga, con más preocupación que alegría en su caso, sin darle más explicaciones.

Johanna la miró contrariada. Aquella noche debía ser un momento catártico en su vida, que limpiaría toda la mala suerte que arrastraba su genealogía holandesa y pondría en su lugar a todas las chismosas amigas de doña Paula que, durante años, la habían menospreciado. Una vez casada, podría salir de esa mansión que nunca pudo sentir como un hogar y olvidarse de la perenne sombra de Rosario. Todo ese proceso de renovación y venganza comenzaría esa noche y no estaba dispuesta a que nadie se lo malograra.

—Espero que ningún tejemaneje de los tuyos dé al traste con el momento que más llevo deseando desde el día que trajisteis a Hugo a esta casa —dijo Johanna con tono grave.

Rosario prefirió no responder, y bajó a revisar que todo estaba en orden, no sin antes pasar por el dormitorio de su padre. Don Faustino estaba terminando de ponerse los gemelos de madreperla, como siempre, con mucha dificultad. Su hija se acercó a ayudarlo:

—Son demasiadas personalidades. Nos tienen muy vigilados, aunque no lo parezca, padre —le advirtió su hija.

—Fue idea tuya invitar también al gobernador, hija. Estuve de acuerdo contigo, porque con Rizal parece querer ser considerado.

—Sí, pero está muy atado de pies y manos por las posiciones del Gobierno peninsular. No quiere tener que elegir, pero, si le obligan, es un militar y no tiene dudas sobre cuál es su lugar, su lealtad estará con España. No debemos poner muchas esperanzas en el gobernador Blanco. No puedo dejar de pensar que estamos metiendo al gato en la casa del ratón. Quizás se nos vaya el experimento de las manos. Me asaltan las dudas. No sé si será tan buena idea… Tengo un mal presentimiento, padre, se lo confieso.

—Tonterías, son los nervios por tu pedida. —Le acarició su padre la mejilla—. Anda, ve, asegúrate de que está todo listo para recibir a nuestros invitados. Están a punto de empezar a

llegar. Yo bajaré en un momento.

Faustino sabía que su hija llevaba razón. Era muy consciente de que celebrar esa fiesta había sido un movimiento muy arriesgado. Pero tenía que intentarlo una última vez.

La calesa que llevaba a Álvaro y Elba entraba por la calle Escolta de Binondo cuando se descompensó de un lado con brusquedad. El cochero tiró de las riendas y gritó un largo «¡So!» al animal.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Álvaro al mozo en el pescante.

Este bajó de un brinco a comprobar lo ocurrido.

—Ha sido una rueda, señor. Se le han roto dos radios.

—Lo que nos faltaba, llegamos tarde a nuestra primera velada en la sociedad manilense —protestó Álvaro nervioso—. Bonita tarjeta de presentación.

—Tranquilízate. No es para tanto. No somos tan importantes, nadie nos echará de menos —le quiso quitar hierro al asunto Elba.

—Es de mala educación llegar con retraso a una invitación, querida —dijo Álvaro muy contrariado—. Es una cuestión de cortesía elemental.

—Claro, si lo haces a propósito, pero no es este el caso —se defendió Elba de esa agresividad soterrada—. Simplemente ha sucedido. Dios sabe por qué hace las cosas. Bajemos y mira a ver si encontramos otro carruaje, aún podemos llegar a tiempo —dijo Elba con su habitual fluidez ante los avatares de la vida, la que yo le había enseñado.

El salón de la mansión Villarruel estaba a rebosar. El ligero aroma de las flores de acacia se mezclaba con el más penetrante de los puros y don Faustino no quiso retrasar más sus palabras. Con una cucharilla de plata hizo tintinear el cristal de una copa de champán. Pidió silencio, llamó a las dos parejas para que se pusieran una a su izquierda y otra a su derecha y anunció el doble compromiso. Johanna se apresuró a besar a Hugo y, Luis, con más naturalidad, hizo lo propio con Rosario. Siguieron las felicitaciones: las amigas de toda la vida de doña Paula formaron una larga fila para besar a Rosario y darle la enhorabuena a su prometido. No se agolparon tantas del lado de Johanna y Hugo, tan solo alguna persona que otra, por respeto a don Faustino más que por otra cosa, y algún compañero del novio en la Tabacalera. Terminadas las formalidades, Hugo se retiró al patio a tomar algo de aire. No se le daban bien las reuniones sociales. A un hombre sin pasado, la conversación fácil a base de lugares comunes se le tornaba difícil.

Una última calesa se aproximaba al edificio. Al recibir la ayuda del criado, que extendía la escalerilla para bajar, Álvaro le preguntó azorado:

—¿Ya han empezado?

—Sí, señor, hace ya un buen rato.

—Vaya, ¡qué fastidio!

Cuando entraron, Elba miró a su alrededor y, en medio de todo aquel gentío de pomposos vestidos, abanicos y puros, vio una cara conocida: era Angélica López Rizal. Ella le había dado el mensaje de las Hijas de Sejmet en Kulangsu que le cambió la vida. Allí estaba el primer hilo

del que comenzar a tirar y sintió que iba por el buen camino. Mientras Álvaro se detenía con uno de los militares presentes, ella se disculpó, arguyendo que creía haber visto a una vieja amiga. Llegó a la altura de Angélica y esta la saludó introduciéndola en el círculo en el que mantenía una entretenida charla:

—Elba, qué gusto verla. Permítame que la presente. El señor es el director de la compañía americana Russell, Sturgis and Co. A su derecha, el principal accionista de la británica Holliday, Wise and Co., la señora Balbás, el señor Inchausti y su esposa…

Conversaron animosas con los más destacados miembros de la industria y la burguesía del archipiélago, hasta que se separaron discretamente para servirse un refrigerio y poder tener un poco de privacidad en su conversación a dos:

—Volvemos a encontrarnos, Angélica. Me alegro de que la vida me dé la ocasión de poder serles de utilidad como ustedes lo fueron para mí hace años.

—Me habían anunciado su llegada. Al parecer, está usted ahora casada con un diplomático español… —dijo, intentando disimular la mezcla de sorpresa y suspicacia que la noticia le había generado.

—Veo que las noticias vuelan. Siempre tan bien informadas —dijo Elba, obviando la cautela que Angélica demostraba—. En Madrid, mantuve la conversación indicada. Y, al llegar, he recibido un nuevo encargo —se limitó a decir Elba, dando por supuesto que Angélica sabía a lo que se refería, pero con precaución de no dar demasiados detalles por si su intuición no fuera acertada y aquella no fuera una Hija de Sejmet, como había imaginado.

Angélica dudó unos segundos, pero decidió dar algo más de carrete a la charla hasta estar, ella también, segura de que lo que Elba se traía entre manos era de provecho para la causa.

—¿Y en qué puedo ayudarla? —preguntó la pariente del doctor Rizal.

—Necesito dos aclaraciones que estoy segura usted podrá darme —dijo Elba, escudándose en su abanico de marfil nacarado.

—¿Qué quiere saber? —volvió a preguntar su interlocutora.

En aquel mundo de secretos, ambas debían ser cautelosas. La primera que diera un paso en falso podría sufrir graves consecuencias.

—Debo asegurarme de quién es el destinatario del mensaje que he de transmitir: ¿Quién es Ilaw? —se atrevió Elba, por fin.

—Nuestro anfitrión.

—¿El señor Villarruel? —repitió Elba, comprendiendo la conveniencia de aquella invitación —. Entendido ¿Y quién es Pizarro? —continuó indagando, ya más confiada.

Angélica se sorprendió de la precisión de las preguntas de Elba, y eso le bastó para estar segura de que era la persona a la que debía ayudar.

—Morayta.

Como había supuesto, de repente las piezas encajaron y todo adquirió sentido, al recordar la información que Mariana le había transmitido en Galicia: debía explicar a Faustino Villarruel que la firma de Morayta había sido falsificada en la carta que rechazaba sus peticiones. No estaba en contra de su asimilación en las Cortes como creían. Aún no estaba todo perdido.

—Gracias, Angélica. Ahora necesitaría un lugar tranquilo donde mantener una conversación discreta con el señor Villarruel.

—Yo me encargo, vaya a la caída que hay junto al despacho de don Faustino, en la entrada. Espérele allí. Me encargaré de que él vaya a su encuentro.

63

Aprovechando que su marido parecía estar muy entretenido departiendo con un grupo de oficiales con tantas condecoraciones en las pecheras como batallas que contar, Elba se escabulló a la caída y esperó, de pie, la llegada del anfitrión de aquella extraña velada. Se abanicaba compulsivamente, más por nervios que por el bochorno que comenzaba a pesar en el ambiente. La ventana que daba al magnífico jardín estaba abierta de par en par, pero no corría una gota de aire. Podía notarse cómo la atmósfera se iba cargando, acumulando en lo alto la humedad que descargaría, más pronto que tarde, en forma de lluvia torrencial. El vaivén del abanico era insuficiente y se asomó al vano para respirar hondo.

Rozó, con mucha delicadeza, las flores de acacia que adornaban el alféizar y acudió a su memoria la simbología de transcendencia que tenían en el mundo masónico. Era una planta que ofrecía innumerables variedades: en el herbario, que yo le había dejado en herencia, había leído que había más de mil tipos distintos de acacia en todo el mundo. Le gustaba esa flor que evocaba lo eterno: unas eran pequeños pompones amarillos, las mimosas, pero también las había con forma de diminutos flabelos rosados en las puntas, esa era la variedad de Constantinopla.

Pero, a ella, las que más le gustaban eran las malvas que Juan había plantado en su jardín de Kulangsu. Se deleitó al divisar que, además del majestuoso ejemplar que presidía el jardín Villarruel, desde esa ventana podía verse una techumbre de la que colgaban decenas de racimos de un suave color violáceo. Acercó su nariz a los pétalos tiernos y suaves de las acacias, que adornaban el mirador, para captar su incipiente dulzor. En aquella hora nocturna era aún suave, pero fue imposible evitar la evocación de aquellos amaneceres en los brazos de Juan, cuando el sol comenzaba a caldear la flor de acacia. Pensó que, en breve, aquella mansión y su jardín estallarían en un festín aromático, envolviéndose en un ambiente embriagador, como había sido su amor en el jardín en el mar que había creado junto al que fue el hombre más importante de su vida.

—¿Señora González de Pombo? —oyó a sus espaldas sin darse por aludida—. ¿O debería decir Elba Syquia? —dijo la misma voz, trayéndola entonces de su ensoñación aromática.

—Disculpe. Sí, soy yo —dijo Elba, aún adormecida en los efluvios de aquellos recuerdos.

—Soy Faustino Villarruel —dijo el anfitrión—. Encantado de conocerla.

—Un placer. Y muchas gracias por su amable invitación a esta velada.

—¿Me han dicho que desea hablar conmigo? Es usted la esposa del nuevo representante del Ministerio de Estado, ¿correcto? Bienvenida a Manila —dijo don Faustino, dudoso de que, con semejante filiación, pudiera fiarse de ella—. Soy todo oídos. Usted dirá.

—Comprendo que mis circunstancias familiares lo desconcierten. A lo mejor, si le digo que agradecería que no comentara con mi esposo el contenido de este encuentro, todo le encaja mejor. El nuestro es un matrimonio reciente y aún hay cosas de ambos que deberemos ir

descubriendo. Por otra parte, no es mi esposo actual mi principal credencial. Y, en todo caso, no ha sido el único. Mi primer esposo fue Juan Syquia, comerciante de canela de Vigán en Ilocos.

—Lo sé. Nunca tuve el gusto de conocer a su esposo, pero la familia Syquia es, en efecto, muy conocida y apreciada en el archipiélago. Don Vicente Syquia y mi padre, que en paz descansen, sí llegaron a conocerse y hasta colaboraron en algún que otro negocio juntos.

—Don Vicente era el padre de mi primer esposo. Espero que ahora ya no me vea solo como una castila casada con una autoridad peninsular que no sabe nada de estas islas y que sus dudas sobre mí hayan, al menos, comenzado a disiparse.

—Veo que entiende bien lo tornadizo del momento y el lugar en el que nos movemos y espero que sepa disculpar mis reticencias —concedió don Faustino—. Lo que aún no me ha explicado es cuál es el motivo de esta entrevista. ¿Qué puedo hacer por usted, señora Syquia?

—No, no vengo a pedirle nada. Vengo a darle. Le traigo una información que me han pedido le transmita: la carta que recibieron rechazando la constitución del Consejo Regional Filipino nunca fue firmada por Morayta. El secretario, Joaquín Ruiz Vergara, falsificó su firma y le ocultó a su gran maestro la petición que le hacían.

Villarruel pasó las dos manos por su pelo, peinándolo, con los diez dedos, desde la frente hasta llegar a la nuca. Un primer trueno irrumpió en lontananza.

—¡Sabía que Morayta no podía habernos fallado! —exclamó, elevando la mirada a unos cielos que se oscurecían por momentos—. Pero esto que me cuenta de Vergara me reconfirma en que ya no podemos fiarnos ni de los hermanos masones de la península, solo podemos confiar nuestros destinos en aquellos que saben comprender nuestra vida al otro lado del mundo. Aquí, los peninsulares y mestizos de peninsulares son muy minoritarios, usted lo sabe. Indios, chinos y mestizos de sangley… somos más y todos deseamos la independencia y estamos dispuestos a organizarnos y luchar por ella. El Katipunan se ha hecho fuerte: para ser miembro solo hace falta una cuota de entrada de cincuenta céntimos y un real fuerte al mes, eso es todo… ha conseguido captar mucho apoyo. Todos los grupos sociales mayoritarios de las Filipinas se oponen ya a la administración peninsular —le explicó don Faustino exaltándose por momentos—. ¿Lo entiende, señora Syquia? En el tiempo que usted ha pasado fuera, la situación ha ido evolucionando. Ya no cabe la distinción entre peninsulares e isleños, hace ya tiempo que en estas tierras se habla de españoles y filipinos. En este lejano archipiélago, los primeros son muy minoritarios en número y recursos financieros a los segundos. Nuestra ventana de oportunidad era Becerra, pero, después de su salida del Gobierno, se entornó. Terminó cerrándose el 2 de julio de 1896, hace ahora ya cinco meses.

—El día que el Gobierno central decretó la masonería una sociedad secreta al margen de la ley.

—Así es. De poco sirvió que en septiembre el juez declarara la libertad e inocencia de las personas e instituciones detenidas, el daño reputacional ya estaba hecho y las posibilidades de que nuestra causa encuentre alguna vía para prosperar en la península, a partir de entonces, son nulas. En la península, han tenido masones aristócratas, militares, ministros y hasta algún primer ministro… todos ellos con sus propios intereses políticos, claro. Se denuesta a la masonería no por lo que es en sí misma, sino por la interferencia en la política, donde la Iglesia tiene entretejidos desde hace milenios profundos intereses. No quieren competencia, es lógico. La encíclica de León XIII *Humanum genus,* de hace una década, y la *Ab Apostolici Solii* hace solo seis años, marcaron el camino de lo que debía ocurrir. Mucho más aquí, no olvide que este es un archipiélago dominado por las órdenes mendicantes.

—Pero… si ya no hay nada que hacer… quiere decir que… ¿estamos abocados, sin remedio, a una guerra? —preguntó Elba, incrédula de que tanto esfuerzo no hubiera servido para nada.

—Quizás sea ya inevitable. La península ha perdido nuestra lealtad, ahora solo queremos justicia y libertad.

Elba comprendió entonces que el objetivo de las Hijas de Sejmet había sido evitar, a toda costa, un enfrentamiento armado en Filipinas. Primero, habían querido que hiciera llegar al ministro la situación social real en las islas; después, que aclarara el malentendido generado por las malas artes del tal Ruiz Vergara dentro de la propia masonería. Pero parecía que, como mensajera de las Hijas de Sejmet, llegaba tarde a todas sus misiones.

De repente, se escuchó un estruendo, que esta vez no era un trueno: alguien había abierto la puerta de la mansión Villarruel de un bandazo y, desde la caída, vieron pasar a un grupo de soldados en formación con sus rayadillos y salacots.

—Pero ¿qué demonios es…? —don Faustino no alcanzó a terminar la pregunta para salir detrás de aquellos hombres.

Cuando les dio alcance, estaban ya en el salón, confrontando a su hija:

—¿Rosario Villarruel?

—Sí, yo soy.

—Queda usted detenida.

La tormenta comenzó a descargar furiosa en el jardín de los Villarruel y los ramilletes de acacia comenzaron a perder sus flores contra el suelo. Al oír aquello, desde la puerta del salón, don Faustino se giró hacia Elba, que lo había seguido, y sentenció, ahora con rabia en los ojos:

—Ya no hay vuelta atrás.

64

Los músicos dejaron de tocar y un murmullo se extendió como una ola por el salón de baile con el sonido de la lluvia de fondo empapando la atmósfera, hasta ese momento, festiva. Dos de los militares tomaron a Rosario por los brazos y el resto comenzaron a registrar toda la mansión. Al hacerse patente la vinculación de la joven y su familia con elementos subversivos, los peninsulares presentes abandonaron la fiesta de inmediato, sin mediar palabra. Álvaro tomó a su mujer de la mano y la forzó a seguirlo.

El resto de los invitados, muchos de ellos tanto o más implicados que los Villarruel, antes de seguir la suerte de la joven, guardaron el mismo silencio y se escabulleron hacia sus casas con la mayor discreción posible. El registro del hogar de los Villarruel fue exhaustivo y en él encontraron la documentación del Consejo Regional Filipino: listados de todas las logias que lo componían, registros de asistentes a tenidas, órdenes del día, cargos que ostentaban algunos de sus miembros en la estructura masónica, actas fechadas… Ahí estaba todo.

Desde la cocina, Hugo escuchó el estruendo de carreras y muebles, que los soldados abrían y tiraban a su paso, y se dirigió al salón para comprobar qué estaba ocurriendo. Al entrar, entre el bullicio, un rostro destacó en su mente entre todas aquellas expresiones asustadas: alcanzó a ver a Elba saliendo por el pasillo arrastrada por Álvaro de la mano. Ella no lo vio.

Hugo se quedó congelado. En su cerebro se apelotonaron imágenes borrosas. Sintió vértigo y tuvo que agarrarse al marco de la puerta. Johanna, que había ido en su búsqueda, al verlo tambalearse, fue a socorrerlo:

—Es ella —dijo Hugo, sintiéndose desvanecer y apuntando hacia la puerta.

—¿Quién? —preguntó Johanna, confundida e intentando sostenerlo por las axilas al mismo tiempo que miraba hacia donde apuntaba su dedo.

—¡Ella! —dijo Hugo, y se desplomó en el suelo.

En ese momento, Tinong, sorprendido por el lío, salía también de la cocina en busca de su patrón.

—¡Tú! —cogió Johanna al aeta por el cuello de la camisa—. Recuerdas que me debías una, ¿verdad?

—Sí, señorita, pero ahora Tinong debe marchar. El patrón debe andar buscando a Tingong para que le aliste la calesa —dijo el joven, intentando zafarse, previendo el pescozón que Doroteo Ong-junco iba a darle en cuanto lo viera por no estar esperándole en el carruaje.

—¿Ves a esa mujer?

Elba acababa de subir a su calesa y miraba intrigada hacia el interior de la mansión, mientras su marido daba instrucciones al cochero.

—¿La castila de los ojos de jade?

—Esa. Quiero saberlo todo de ella.

—Yo me encargo, señorita. Tinong todo lo consigue —prometió, alejándose muy apresurado.

* * *

Álvaro pasó los días sucesivos entrando y saliendo, haciendo visitas a todas las fuerzas vivas de Manila, intentando pegar caras a nombres y nombres a ideologías. Lo anotaba todo en una libreta de bolsillo que guardaba bajo llave en un secreter del dormitorio. Colgaba la llave de su cuello y dormía con ella. A Elba todo aquello le parecía una exageración, pero él insistía en que toda prudencia era poca, pues muchos eran los enemigos de España en aquellas latitudes: katipuneros y masones ilustrados desde dentro; británicos, holandeses, japoneses y americanos desde fuera… todos acechaban, listos para saltar sobre la presa al más mínimo descuido del Gobierno peninsular.

La convivencia de la pareja había hecho que el encontronazo entre ellos antes de la velada en la mansión Villarruel se fuera diluyendo, hasta que, una noche, cuando ya se recogían para dormir, Silvia se convirtió en el centro de un nuevo desencuentro:

—Tiene que volver a la escuela —dijo Elba.

—No es seguro. Ni necesario —respondió Álvaro.

—Eso lo decidiré yo, que soy su madre. No va a quedarse más tiempo metida en casa aburriéndose. En Manila hay una excelente escuela para señoritas: el Colegio de Santa Rosa. La educación es lo mejor que hemos traído a estas tierras. He estado informándome: lo fundó a mediados del siglo pasado Paula Tejedor del Atas, quien recibió donaciones de los prohombres de la época para crear una institución en la que educar a señoritas medio españolas medio filipinas. Antes del cambio de siglo, pasó a patronazgo real con la condición de que admitieran también a jovencitas de otras razas. Es perfecto para Silvia. Al final, la dirección fue transferida a las hijas de la caridad, sus actuales detentadoras. He estado visitándolo esta mañana y he inscrito a Silvia.

—¿Sin consultarme? —se ofendió Álvaro.

—No tengo que pedirte permiso para educar a mi hija —se encaró Elba, ya metida en la cama.

—¿No te das cuenta de que solo quiero protegeros? —le reprochó Álvaro, pasando a ser la víctima de la conversación—. No quería asustarte, pero ha llegado esto.

Abrió el cajón de su mesita de noche y le alargó un sobre con una nota, en la que Elba leyó para sí: «Sabemos lo que estás haciendo. Ni a ti ni a tu hija os conviene llamar la atención».

—Asfixiar no es proteger —respondió Elba, haciendo trizas el papel y arrojando los pedazos al suelo.

Apagó de un soplido brusco el candil y cerró los ojos con fuerza dándole la espalda.

Al día siguiente, Álvaro llegó a casa muy excitado. Se había atrevido a invitar al general Blanco a cenar y, para su sorpresa, este había aceptado. «No prejuzgues las situaciones, tú solo ves una parte de la realidad. El éxito es de los audaces», le había repetido machacón su abuelo materno, el diplomático portugués, para animarle a no limitar sus posibilidades de progreso profesional cuando comenzara a vivir fuera de la vieja península. En un entorno desconocido lo realmente difícil era amojonar la frontera entre la audacia y la insensatez. La jugada parecía haberle salido bien, pero sabía que caminaba sobre arenas movedizas.

Aunque el tardío aviso puso nerviosa también a Elba, más inquietud le causó saber en su casa a la máxima autoridad del archipiélago. La noticia la hizo reflexionar sentada en la mecedera de su alcoba: ¿y si el general sabía de su amistad con algunos miembros de la masonería femenina? ¿Había sido una casualidad la detención de la hija del señor Villarruel en su primera reunión social en Manila? Había descifrado el propósito de las Hijas de Sejmet y compartía con ellas el deseo de colaborar en lo posible para evitar cualquier derramamiento de sangre. Sin embargo, aún no había conseguido averiguar quién estaba detrás de las amenazas que recibía. Se preguntaba si sería alguna facción del Gobierno de Cánovas o algún katipunero, ¿o quizás ambos? Más de uno podría haberse percatado de la labor de influencia que las Hijas de Sejmet le habían encomendado y que ya había intentado ejercer tanto en sectores del Gobierno central en su visita a El Capricho, como ahora entre los grupos que navegaban las aguas de una posible insurrección en las islas.

Se impulsaba hacia atrás con los pies y se dejaba caer hacia delante. En aquel movimiento acompasado con la gravedad de sus pensamientos, estos parecían ordenarse: que el propósito de las Hijas de Sejmet fuera evitar un enfrentamiento a esas alturas no parecía importarle gran cosa a nadie. Cuando los seres humanos ya han comenzado a definirse por oposición a otros, los motivos carecen de trascendencia, si acaso pasan a ser una mera excusa propiciatoria. Se preguntó por qué seguir involucrándose en toda aquella maraña de lealtades que se estaba tejiendo en el archipiélago. Con el regreso a Manila, los recuerdos de la vida armoniosa que había construido en compañía de Juan en aquellas bellas islas se le antojaban ahora propios de otro tiempo. ¿Era tan extraño querer preservar la paz? ¿Estaría pecando de inocente? El archipiélago parecía abocarse al ojo de un huracán político que escapaba con mucho a su capacidad de acción. Y eso le daba miedo.

Un nuevo impulso hacia atrás con los pies: una cosa sí tenía ya clara, quien la amenazaba, fuera de uno u otro lado, no estaba interesado en la paz o tenía planteamientos muy maniqueos en los que una defensora de la concordia tenía mal encaje. Hizo memoria de los mensajes que había ido recibiendo: eran anónimos y no tenían ni el mismo papel, ni la misma escritura, ni ningún símbolo que los identificara. El eterno inconveniente de quienes se esfuerzan por ser ecuánimes es que acaban no siendo del pleno agrado de nadie. ¿Debía tomar partido? Si los dos bandos se empecinaban en posturas enfrentadas, quien ocupara el centro podía acabar pagando los platos rotos; o equilibrando la balanza y evitando el desastre. Ella estaba dispuesta a asumir ese riesgo, pero no podía permitir que se lo cobraran en Silvia.

* * *

Tras recibir el encargo de la señorita Johanna, Tinong se había fijado bien en qué coche se había subido la mujer de los ojos de jade y quién era el cochero que lo conducía. No era una calesa que perteneciera a una casa familiar, a esos cocheros los conocía a todos, debía de ser un carruaje de servicio. Anduvo preguntando, hasta que dio con el que había llevado a Elba y Álvaro a la casa en Intramuros donde se alojaban. Siendo los nuevos del barrio, su presencia no había pasado desapercibida y en el mercado todas las criadas habían comentado ya entre ellas la llegada de los nuevos castilas. Aquel joven alto y bien plantado llegado de la península había causado una gran impresión y no le fue difícil encontrar alguna que le facilitara la dirección donde poder ubicarlos. Cuando llegó, se encontró sentado en el poyete de la puerta a una cara conocida:

—Pero ¡qué ven los ojos de Tinong! ¡Si es el amigo Lino!

—¡¿Qué haces tú aquí?!

Los dos jóvenes se saludaron con efusivas y sonoras palmadas en las espaldas y Lino lo invitó a entrar a tomar algo en la cocina. Se pusieron al día, lo que en el caso de Tinong fue rápido: seguía siendo el recadero más rápido de la capital. A Lino, tras su viaje allende los mares, le tocó dar más explicaciones:

—Esta mansión de Intramuros no es la pensión de Binondo en la que parabas cuando nos conocimos —le provocó el aeta.

—Es una larga historia…

—Tinong tiene tiempo, si convidas a una de esas San Miguel que se avistan en esa heladera. ¿Sabías que trasladaron la fábrica de los agustinos recoletos de Cebú a Manila hace unos años? Desde entonces, son muy demandadas —se dio importancia Tinong de todos sus conocimientos —. Se lo oí decir a don Doroteo un día que explicaba a su hija cómo colocarlas para atraer a más clientela.

—¡Hola! —se oyó a sus espaldas desde la puerta.

—Esta es mi prima Silvia. Y este es mi amigo Tinong.

—Tinong está encantado de conocerla, señorita Silvia —dijo el aeta, levantándose y besándole la mano con mucha reverencia.

—¿Qué hacéis? —preguntó la niña.

—Nada, hacía tiempo que no nos veíamos. Solo charlamos —dijo Lino.

—¿Podemos ir a dar un paseo? —propuso Silvia—. Estoy aburrida, no conozco a nadie aquí.

—Claro —se adelantó el mensajero—. Tinong es el mejor guía de todo Manila y sabrá guiarlos.

—Ya lo has oído, ve a ponerte un vestido de esos tan bonitos que tienes —la animó Lino.

La muchacha corrió escaleras arriba sin pensárselo dos veces.

—Es muy linda tu prima —dijo Tinong, acercándose a su amigo—. Misteriosos ojos verdes y rasgados. No habrá una mujer igual cuando crezca.

—Prima segunda —aclaró Lino—. No seas idiota. Es una cría. Y tú, ¿sigues visitando a tus amigas?

—Tinong se ha enamorado —reconoció con un suspiro.

—¿Ah, sí? —se interesó Lino.

—Sí… pero si no sucede un milagro estrepitoso pronto, no tendré nada que hacer.

—¿Qué quieres decir? —sintió curiosidad Lino.

—Está prometida. Si los ancestros no protestan en los próximos días, el matrimonio será irremediable.

—¿Y quién es ella?

—La hija del chino Ong-junco, el patrón de Tinong.

—Te vas a meter en un buen lío, amigo —le advirtió Lino.

Tinong se encogió de hombros.

—Pero cuenta tú, que eres el que ha estado fuera de Manila —le animó el aeta.

Aquel fue un paseo de confidencias mutuas, en el que Tinong pudo averiguar todo lo que necesitaba saber de la familia de Lino y, sobre todo, de su tía, la castila de los ojos de jade. ¿Por qué habría despertado tanto interés en la señorita Johanna?

65

Salieron los tres de la casa y Tinong preguntó:

—¿Han recorrido antes Manila?

—Cuando nos conocimos —dijo Lino—. Fue muy breve.

—Yo vine a tomar un barco con mi madre cuando era pequeña.

—Cuando eras pequeña… —se sonrió Lino.

—Claro, ahora ya tengo once años.

—Por supuesto. Lino, ¡qué raro que no te hayas dado cuenta, tu prima ya es una dama! —intervino Tinong, generando una mirada de advertencia en su amigo—. ¿Y quién es su madre, señorita?

—Elba Díaz Varela-Novoa de Syquia. Bueno, ahora es de González de Pombo —se corrigió la muchacha con una mueca.

—¿Su madre se casó dos veces? ¿Y cuál de los dos es su padre?

—Juan Syquia. Pero se murió hace… —se quedó pensativa Silvia—. Ya no recuerdo cuánto hace… —reconoció la niña, trasluciéndose su pena.

—Cuando tú tenías siete años, es decir, hace cuatro —la ayudó Lino.

—Sé contar… —se enfurruñó la niña.

—Syquia es un apellido que Tinong había oído antes, entre los chinos del Parián de Arroceros. Pero ¿González de Pombo?… Si a Tinong no le suena, es nombre de *bago*. Tinong conoce a todo el mundo.

—No es mi padre —aclaró Silvia, contrariada.

—Y no parece que sea un vago —añadió Lino—. Desde que hemos llegado, no ha parado un momento en la casa.

—No, no. *Bago* se les dice a los jóvenes varones recién llegados. Suelen ser funcionarios, unos van a la aduana, otros a la oficina de impuestos, otros a la Audiencia… También los hay militares.

—Como los que venían en el barco con nosotros, ¿verdad, Lino?

—Verdad —le dio la razón su primo a la niña.

—No es buen negocio eso de ser funcionario peninsular: cuando cambia el Gobierno, los cesan y quedan sin un real, ni para regresar a la península tienen. Cuando llega el correo desde Europa, los periódicos publican un suplemento con los listados de cesantes. Así se enteran, leyendo la prensa, de que ya no tienen sustento. Tinong los ha visto en el puerto. Son débiles estos *bagos* —Puso expresión condescendiente el aeta—. La mayoría no resiste el calor, los mosquitos, las *collas*[6]… pero algunos se adaptan, encuentran otra ocupación y una *babá*[7] que los mantenga ocupados, ya me entiendes —dijo Tinong—. Hay *babaes* muy bonitas en Manila… ¿verdad, amigo?

—No he podido fijarme… —eludió el comentario Lino, continuando el paseo.

—Esos *bagos* son los que, con los años, llegan a *matandá*.[8] ¡Tinong aprendió mucho de un *matandá* al llegar a Manila antes de entrar al servicio de don Doroteo!

—¿No eres de aquí? —preguntó Silvia, girándose a mirarlo, pues caminaba algo por delante de los dos muchachos, dando saltitos sobre los adoquines.

—Tinong es de las montañas. ¿Y la señorita de dónde es? Con una mamá castila y un papá de apellido chino… en la península no nació la señorita, ¿o sí?

—No, yo nací en Vigán. Mi tía Casilda sí vive en la península. Y allí han quedado mi tío Peruxo y mi tía Teresita, la mamá de Lino.

—¡Vigán, la Ciudad Fernandina! —exclamó el aeta—. Tiene usted una gran familia…

—Bueno, ya está bien de tanta pregunta —empezó a impacientarse Lino—. ¿No eras el mejor cicerone de la ciudad? Demuéstralo.

—Llevas razón, amigo. Perdone, señorita, Tinong siempre curioso. ¿Qué prefieren norte, sur, este u oeste? —preguntó mientras cogía un palo y dibujaba con él una suerte de mapa imaginario en el suelo—. Estamos en la ciudad amurallada, hacia el norte, cruzando el Pásig, están Binondo, repleto de comercios chinos. También Trozo y Tondo, donde hay fábricas de telas, lo más codiciado son los bordados de piña. Al este, los arrabales de San Miguel, Sampaloc y Quiapo, donde hay muchos joyeros y artesanos de santos y cachivaches de los que se usan en las iglesias. Al sur, Ermita y Paco. Y al oeste, el mar.

—¡Vamos al mar! —pidió Silvia.

—Como guste, señorita, tomaremos entonces la vereda del río, podemos llegar hasta la desembocadura del Pásig. Desde allí, se puede admirar la bahía de Manila. Es entretenido observar cómo cientos de gabarras hacen la carga y descarga de los grandes barcos que llegan al puerto. En ocasiones, se aposta junto al faro un músico que, a cambio de una moneda, toca un *cundiman*…[9] —dijo Tinong poniéndole ojitos a Lino, provocación que le valió una colleja en la nuca por parte de su amigo.

Emprendieron camino y se cruzaron con hombres de traje claro y sombreros de paja, algún cura de sotana negra y mujeres, de largas melenas, con *tapis* oscuros sobre *sayas* rayadas y un *fichu* transparente sobre el *baro*.[10] Tras una buena caminata, se sentaron en el bordillo del final de la lengua de tierra empedrada, con los pies colgando sobre el mar. Allí, a los pies del faro, los tres jóvenes se quedaron en silencio un buen rato, sus cuerpos cansados por el ejercicio y sus mentes capturadas por la paz del horizonte, hasta que Silvia preguntó:

—¿Siempre hablas así?

—¿Cómo? —obvió Tinong la evidencia.

—Como si fueras otra persona.

—¿Tú entiendes a Tinong?

—Sí.

—Eso es lo que importa a Tinong. Todas las demás reglas, tan complicadas, de la lengua castila no son necesarias para que Tinong tenga techo y comida.

—Si quieres, yo puedo enseñarte a hablar bien —se ofreció Silvia.

—¿Eso cuesta dinero? Tinong no tiene —quiso aclarar el aeta.

—No, claro que no.

—Entonces, de acuerdo.

—Bueno, eso tendremos que hablarlo los tres con más calma —interrumpió Lino.

—Si vienes a nuestra casa después de comer, cuando todos duerman la siesta, en la cocina yo

te enseño a hablar bien —insistió Silvia, regañando con la mirada a Lino—. Mi madre fue maestra en mi escuela de Kulangsu. Mamá, al comenzar sus clases, siempre repetía la misma frase: «La libertad se conquista aprendiendo».

—La libertad la conquista el dinero, señorita. Dinero compra todo, amores, odios… también compra libertad —corrigió Tinong a la niña.

Silvia se quedó pensativa unos segundos hasta rematar:

—Aprender te da el dinero que te compra la libertad.

* * *

En la mansión de los Villarruel se intentaban recomponer del duro golpe vivido la noche anterior. Don Faustino no había pegado ojo. Hugo y Johanna tampoco. Cada uno por motivos distintos. Ella le había pedido que durmieran juntos esa noche, por temor a que los militares regresaran.

—Tú no tienes nada que temer, Johanna —intentó zafarse Hugo—. Además, no me encuentro bien. El golpe de vértigo que me ha dado me ha dejado algo confuso. Necesito descansar.

—Yo he sido siempre quien mejores cuidados te ha dado —insistió Johanna—. O eso también vas a negármelo.

—No. Es una gran verdad. Quizás la única de mi vida actual.

Johanna se sintió reconocida, pero el rechazo de Hugo a su lecho la dejó inquieta. Lo besó con todo el cariño que había acumulado en aquellos cuatro años y tiró suavemente de él para invitarlo a su cama. Hugo estaba demasiado cansado para resistirse. No le fue difícil a Johanna aplicar una combinación de arrumacos y excitación calculada, para que el cuerpo de su prometido buscara descargar la tensión que su mente generaba. Hugo tenía mil imágenes impactando veloces su cerebro, pero ninguna permanecía fijada el tiempo suficiente como para que su memoria pudiera reconocer nada ni a nadie. Hicieron el amor, pero ninguno de los dos pudo descansar aquella noche.

A la mañana siguiente, cuando Johanna despertó sobre su pecho, él estaba ya con los ojos bien abiertos enfocados en el techo.

—¿Qué estás viendo ahí arriba?

—Nada.

—Tienes la expresión de estar leyendo o descifrando algo que hubiera ahí pegado —quiso indagar Johanna, comenzando a besarle por la cicatriz en el abdomen al tiempo que escurría su mano hacia su entrepierna.

—Déjame, Johanna —la paró Hugo en seco—. Ahora no.

—Bueno, como quieras, yo he sido siempre tu mejor bálsamo —lo intentó de nuevo.

Hugo le apretó la muñeca y la retiró.

—De acuerdo, de acuerdo. En todo caso, tengo un millón de cosas que preparar para la boda.

—¿La boda? ¿Cómo puedes pensar en la boda con Rosario presa?

—Tú lo has dicho: Cha-ri-to —respondió Johanna, remarcando las sílabas— es la que está presa. Ni tú ni yo lo estamos. No sé por qué habríamos de condicionar nuestra vida. Además, ¡se llama Cha-ri-to, no Rosario! ¡Toda la vida la hemos llamado Charito! Es una presuntuosa que se cree más que nadie. ¡Ahora resulta que la tenemos que llamar Rosario! ¡Y tú le sigues el cuento!

—Me sorprendes, Johanna. ¿No crees que sería una descortesía con don Faustino? Además de un gesto egoísta para con ella. Ha sido como una hermana para ti. ¿No te preocupa lo que pueda pasarle? —dijo Hugo, obviando el ataque de celos de Johanna.

—¡Qué cosas dices! ¡Claro que me preocupa! —se reconvino ella—. Pero no sé en qué puede beneficiar a Ro-sa-rio que tú y yo pospongamos nuestra boda —respondió cada vez más nerviosa Johanna—. Además, solo quiero comenzar a prepararla. Seguro que para el 30 de diciembre ya la han puesto en libertad.

—¿30 de diciembre? Eso es dentro de poco más de dos semanas. ¿Desde cuándo tenemos fecha?

—¿No te lo había dicho? Sí, claro que sí te lo dije, antes de tu último viaje a Cagayán. Tu memoria cada día te falla más, querido.

—No, no lo recuerdo. Pero esta vez, a diferencia de las otras, estoy seguro de que no me comunicaste nada —dijo sin ocultar su enfado.

—No te entiendo, Hugo… todos te importan más que yo —se entristeció Johanna, al comprobar que su treta no había funcionado y buscando de nuevo hacer nacer la culpa en él.

—Solo digo que primero tendremos que hablar con don Faustino y ver qué podemos hacer para ayudarlo a él y, sobre todo, a Rosario. Eso no va a dejar mucho tiempo para preparativos de boda, ¿no crees? Por otra parte, ¿quién crees que va a venir a una boda organizada por don Faustino después de lo que ha sucedido?

—No me importa que no venga nadie. Pero llevas toda la razón —cambió Johanna de estrategia ante la resistencia, cada vez más abierta, de Hugo—. He sido muy desconsiderada. No es procedente celebrar una boda, basta con que nos casemos. Tú, yo y el cura, sin invitados, en la más estricta intimidad. Así, podremos ayudar a don Faustino y hacer realidad nuestro sueño a la vez.

Hugo se levantó de la cama sin responder. De todo el tiovivo de imágenes que daban vueltas en su cabeza, una se repetía.

Tinong no perdió el tiempo y unos días más tarde se dirigió a la mansión de la calle Asunción, número 8, e hizo valer su utilidad con la señorita Johanna. Todo estaba aún patas arriba, como había quedado la noche de la detención de Rosario. El servicio llevaba varios días sin ir a trabajar por temor a que los militares volvieran y acabaran recibiendo los castigos de sus patrones. Para salir del paso, no era algo infrecuente buscar cabezas de turco. Y Johanna no estaba dispuesta a hacer sus labores. Ella no sería una Villarruel, pero tampoco una criada, le había dicho a Hugo cuando este le sugirió poner juntos un poco de orden.

—Aquí… hace falta una mano… —advirtió el aeta al ver el desorden.

—Pues si no la vas a echar tú, puedes irte por dónde has venido… —respondió desdeñosa y desganada Johanna.

—Tinong tiene lo que me pidió, señorita: la castila de los ojos de jade se llama Elba Díaz Varela-Novoa de González Pombo —comenzó Tinong su relato, capturando la atención de Johanna—. Su marido, el castila con el que vino al baile, es un funcionario, un diplo… diploma… ¿diplomado?, creo que se dice. Este es el segundo matrimonio de la señora, pues ¿primeras nupcias? había casado antes con don Juan Syquia, procedente de Ilocos. Un chino que fue adoptado por don Vicente Syquia, de quien heredó una flota y boyante negocio comercial en

los mares del Sur. Ella tiene una niña, Silvia Syquia, de once años, que es hija de su primer marido. Cuando él murió, la señora Elba abandonó Vigán, se fue con la niña a Kulangsu y, de allí, a la península de regreso —dijo Tinong repasando palabras nuevas.

—¿Kulangsu? —quiso saber Johanna.

—Un islote en las costas del sur de China. Allí tienen una mansión octogonal. Era el lugar de origen del señor Syquia. Eso me lo contó la niña. Los hokkien también conocían Kulangsu como «el jardín en el mar». Esto también me lo ha dicho la pequeña. Ella habla la lengua de su padre.

Johanna lo escuchaba con la preocupación grabada en el rostro y la mirada perdida a través de la ventana de la cocina, mientras pelaba un mango.

—¿Y qué fue de su primer marido?

—Murió.

—¿De qué?

—Hummm, eso no lo sé. Reconoció el pequeño mensajero.

—¿Cuándo fue eso?

—Hummm, Tinong no sabe bien contar los años… —dijo, intentando hacer memoria o encontrar algo qué decirle a Johanna, aunque no fuera verdad—. Espere, ya recuerdo: creo que eso fue cuando la cría tenía siete años. Su primo, buen amigo mío, está enamoradito de ella, todo lo mide según la edad de la niña, no la suya propia —se rio Tinong.

Johanna se hizo sangre en un dedo al cortar el mango en pedazos.

—¿Está bien, señorita Johanna? —se acercó el aeta a comprobar su mano.

—Gracias. Puedes irte —Johanna, de repente, quiso concluir la conversación, retirando la mano con brusquedad y chupándose la herida.

—¿Eso es todo? —preguntó Tinong expectante.

—Sí, eso es todo.

—Pero, señorita…

—¿Qué quieres? ¿Que te pague? Primero tendré que comprobar que lo que me dices es cierto.

—Tinong dice siempre verdad —mintió el aeta en el adverbio, aunque no en esa ocasión.

—Ven que te preparo algo para que llenes la panza. Ahora que no hay mucho donde rascar en la alacena, no te hagas ilusiones. Ahora somos unos apestados… Mientras hago mis indagaciones para saber si esto que pretendes venderme es realmente información valiosa, entérate de qué murió su padre. Y otra cosa: todo lo que averigües de esa mujer, tienes que venir a contármelo. ¿Sí? Sabré recompensarlo. Llegado su momento, claro.

66

Era una mañana fresca y el cielo de Manila había amanecido cubierto de nubes grises. La detención de Rosario había sido clave para enjuiciar a no pocos líderes separatistas adscritos a la masonería. Ella fue encerrada en el convento del Colegio de Santa Rosa pasando a disposición de los tribunales de la jurisdicción militar por un delito de pertenencia a organización secreta. Aquel era un imponente edificio de tres niveles. La planta baja de piedra con grandes ventanales enrejados y las dos superiores en madera. Estaba ubicado en la plaza de Santo Tomás, junto a la universidad, bajo los auspicios del mismo santo. Allí donde solían encontrarse por las tardes Johanna, Hugo y Rosario con Luis, el prometido de esta.

Johanna avistó el Colegio de Santa Rosa al final de la calle y dio al cochero orden de parar. Bajó de la calesa antes de llegar, quería darse unos minutos para pensar caminando. Aún era pronto y no estaban los niños que por la noche vendían flores a los enamorados a la luz de los farolillos de gas. Los vendedores de *suman* y *espasol*[11] comenzaban a apostarse en las esquinas, preparándose para la llegada de las alumnas, hijas de las más ilustradas familias del archipiélago. Compró uno. La hoja de palma aún conservaba el calor del vapor cuando lo abrió. El olor dulce, a leche de coco mezclada con arroz, le trajo un recuerdo de aquellas noches de paseo que habían compartido las dos parejas. No podía retrasarlo más. Terminó el pastel y se decidió a entrar, no sin antes regresar a la altura del muchacho y comprar otro para después.

Primero la hicieron pasar a hablar con la madre superiora, quien, por supuesto, no perdió la ocasión de darle un sermón gratis y no solicitado, apelando a la vergüenza que Charito estaría causando a su madre si aún viviera. Una mujer tan recta y gran benefactora de esta casa, dijo. Charito había sido alumna del colegio de niña hasta que, tras la muerte de doña Paula, un día su padre dejó de enviar a la niña y su dinero. La superiora no paraba de preguntarse qué podían haber hecho ellas para evitar que esa muchacha se descarriara de semejante manera: ¡masona, nada menos! ¡Por el amor de Dios!, exclamó santiguándose tres veces seguidas. Superada la prueba de aguantar el discurso recriminador sin rechistar, la monja dio instrucciones a una de las jóvenes hermanas para que llevara a Johanna a la celda en la que estaba recluida Charito.

Recorrieron largos pasillos y subieron una angosta escalera hasta lo alto del torreón de una de las esquinas del edificio. La hermana sacó un llavín de hierro, lo introdujo en la cerradura y le dio tres vueltas. El mecanismo del cerrojo y de la madera protestaron con un chirrido herrumbroso y la puerta se quejó al empujarla.

—¡Johanna! —exclamó Rosario de alegría al verla.

La visión de Charito impactó a Johanna: le habían quitado el bellísimo traje que llevaba cuando la detuvieron en el baile y lo habían cambiado por un austero hábito blanco. Sin cofia, para no confundirla con una hermana, su redonda cabeza pelona causó a su amiga holandesa mayor impresión que el cautiverio.

—¡Te han rapado! —no se ahorró la verbalización Johanna.

—Ya crecerá… —Rosario se pasó la mano por la cabeza—. Pretendían hacerme daño, humillarme, supongo —dijo para que la escuchara la novicia—. En unos meses estará más fuerte, si cabe. Hay tantas creencias absurdas en torno a la melena de las mujeres… Pero no perdamos el tiempo en mi cabellera; dime, ¿cómo está mi padre?

—¿Cómo quieres que esté? Pues muy preocupado, mujer —respondió Johanna, a propósito, mientras aún estaba delante de la novicia.

Esta le concedió una mirada de desprecio a Rosario y las dejó solas, cerrando la puerta tras de sí.

—¡En qué líos te has metido! —la reprendió, ya en serio, Johanna, elevando la voz por si la monja seguía detrás de la puerta.

—Escúchame, no tenemos mucho tiempo. —La expresión de Rosario se concentró y bajó el tono adivinando lo mismo—: Debes buscar a la señora Elba Syquia, la peninsular de ojos verdes que estuvo conversando con mi padre durante el baile. Es una mensajera de nuestros amigos desde la península. Tienes que pedirle que hable con don Ramón Blanco y lo convenza para que no maten a Rizal. Si se atreven con él, detrás irán muchos otros hermanos, mi padre incluido. Por lo que a mí respecta, yo ya estoy en el punto de mira…

—Por masona.

—Por masona, metida a política. Es el poder lo que los mueve y les preocupa. Las fuerzas monásticas que han controlado estas islas dominando incluso la administración civil, se dedican a cargar las tintas sobre la masonería, pero no te llames a engaño tú, Johanna, te aseguro que no hay nada en los principios masónicos contra ningún dios.

—A mí no tienes que persuadirme de nada. Nunca me habéis dejado participar en vuestros tejemanejes políticos. Y mira, visto lo visto, mejor así. Ya no es tema que me interese.

—Mi padre predijo que algo así podría suceder. Y siempre pensó que necesitaríamos a alguien externo a la masonería, pero igualmente de confianza, para ayudarnos desde fuera, si llegaba a ser necesario. Como ves, ahora esa exclusión de la que siempre te has quejado se ha tornado en bendición.

—Así que lo hicisteis por mi bien… pero también para poder utilizarme… Me estás convenciendo, sí —respondió Johanna, cargada de una ironía acumulada durante años.

—¿Qué te pasa? No te reconozco… ¿No vas a ayudarnos?

Johanna guardó silencio unos momentos, se recompuso y dijo:

—Sí, perdona. Claro que os ayudaré. No sé lo que digo. Es que estoy furiosa porque, con todo este lío, Hugo ahora quiere posponer la boda.

—Entiendo… Lo lamento tanto, Johanna. Sé que habías puesto todas tus ilusiones en ese casamiento. Pero esto es más grande que tú y que yo.

—Lo será para ti.

Rosario calló de nuevo. Sabía cuánto significaba ese matrimonio para Johanna y no quería presionarla en exceso. Ahora mismo, era su única baza.

—Entonces, ¿lo harás?

Finalmente, algún criado, azuzado por un hambre que no entendía de política, había terminado por hacer acto de presencia y comenzado a poner orden en la masión Villarruel. Esa noche, como

de costumbre, tras una cena, esta vez, frugal, Hugo, Johanna y don Faustino salieron a la balconada. Sin embargo, no hubo animadas charlas entre ellos, sino un silencio persistente. El viejo se fue pronto a la cama. A la pesadumbre por la situación de su hija, se unía el temor de poder seguir, en cualquier momento, el mismo camino que ella y Rizal. Ambos arrestos eran un nítido aviso para navegantes. Don Faustino se sabía uno de los siguientes en la lista y estaba dispuesto a aceptarlo con la misma dignidad con la que siempre había vivido. No se había entregado él mismo, porque antes debía estar seguro de poder salvar a Rosario. El mero pensamiento de que sus ideales pudieran terminar con la vida de su hija lo torturaba. Cuando don Faustino dio las buenas noches, Hugo aprovechó para excusarse también.

Johanna le había contado al viejo Villarruel solo lo que ella consideró que necesitaba saber de su visita a Rosario: que estaba bien, que no debía preocuparse, que nunca se atreverían a hacerle nada a una mujer… Y, sin embargo, la holandesa se guardó para sí la petición que su hija le había hecho. Antes debía reflexionar si a ella le convenía ese movimiento. Hugo la había puesto incluso por delante de su casamiento. Nunca había pensado que Rosario pudiera despertar semejante interés en él. Quizás era mejor mantenerla a distancia y bien vigilada, como la tenían las monjas. Con la sola compañía de la noche, su mente producía pensamientos que no se atrevía a reproducir en voz alta, aunque tampoco tenía a nadie a quien contárselos. Necesitaba a alguien que jugara de su lado, concluyó. Pero ¿quién?

Los intereses de Rosario y de su padre ya no tenían por qué ser los suyos, así que necesitaba un aliado más objetivo, determinó, antes de irse a dormir. Pensó en acudir a don Doroteo Ong-junco. Era un viejo zorro que se las sabía todas y carecía de los escrúpulos de don Faustino, siempre de tan rectos principios. Don Doroteo tampoco tenía los afectos políticos tan decantados como los de los Villarruel.

No sabía cuánto tiempo había pasado cavilando. Calculó que Hugo ya se habría dormido y, una noche más, se coló bajo sus sábanas. No tuvo que insistir para excitarlo de nuevo y hacerlo suya. Se abandonó una vez más en sus brazos. Cuando el calor de su cuerpo ya había vuelto a convencerla de que no tenía nada que temer, en la oscuridad, de la boca de Hugo salió una sola palabra, envuelta en las brumas de sus sueños:

—Elba.

Lo había oído. ¿Lo había dicho? ¿Había dicho «Elba»? ¿O era ella la que estaba teniendo una pesadilla? Se espabiló, el corazón le latía fuerte, veloz y no por la reciente cabalgada de pasión, era su cuerpo reaccionando al terror. Pasó toda la noche despierta a su lado, velándolo como cuando estaba inconsciente, vigilando su respiración, esperando escucharlo solo una vez más, para comprobar si lo que había oído era realidad o una mala pasada de su cabeza. ¿Se estaría volviendo loca como su madre?

Fue una noche eterna, esperando una sola palabra que le sabía a sentencia. Para cuando los gallos cantaron el comienzo del día, ella ya lo había decidido: ese mismo día iría a hablar con el chino Ong-junco. Hugo había sido la única oportunidad que la vida le había dado. No estaba dispuesta a arriesgar su porvenir.

67

Johanna cruzó la calle Escolta, como siempre, en plena ebullición. La tienda de don Doroteo era un negocio boyante, donde no paraban de entrar clientes, curiosos y algún despistado, atraído por tanta actividad. El viejo comerciante chino tenía un batallón de muchachos que seguían sus órdenes con la disciplina castrense del mejor de los ejércitos. Guardó ordenadamente la fila frente al mostrador con un bote de aceite de coco entre las manos. No lo necesitaba, había tomado lo primero que había encontrado para disimular.

—Señorita Vickboons, dichosos los ojos. Hacía tiempo que no se dignaba usted a comprarle al viejo Doroteo —le dijo el comerciante al verla, imaginando que su visita algo tenía que ver con el arresto de Rosario—. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Unos caparazones de tortuga, unas aletas de tiburón o unos nidos de golondrinas, quizás? —se regodeó el comerciante, a sabiendas de que lo que le ofrecía eran productos deliciosos para su clientela china, pero que una europea no solía saber apreciar.

Johanna le entregó el aceite de coco, mientras le pedía con disimulo:

—¿Podemos hablar en algún lugar más tranquilo, por favor?

—¿Tranquila? —alzó la voz a propósito el viejo—. No, señorita, esta tienda nunca está tranquila: ¡gracias a los dioses! —fingió también el viejo—. En quince minutos en la puerta de atrás —le susurró al devolverle el cambio.

Se despidieron aparentando normalidad. Al salir de la tienda, una vieja conocida holandesa la saludó y Johanna se quedó conversando con ella para no llamar la atención. Después, caminó cinco minutos calle arriba y otros cinco calle abajo, por la otra acera. Cuando consideró que había transcurrido el tiempo acordado, se metió por el callejón perpendicular que desembocaba en la parte trasera del comercio, la que daba al embarcadero sobre el Pásig. Fuera, los anchos pantalones beige y el blusón blanco del chino contrastaban con el gorro de tela negra con el que cubría su cabeza rapada hasta medio cráneo y las zapatillas del mismo color. Apoyado en un barril, el viejo Ong-junco se abanicaba con un paipay de pala ricamente ornamentada con bordados de flores.

—Usted dirá —dijo el viejo sin miramientos y sin la cortesía que había desplegado frente al resto de la clientela.

—Me manda Charito.

—¿A usted? Usted no es masona.

—En efecto. Don Faustino y ella siempre quisieron mantenerme al margen por si algo parecido a lo que finalmente ha ocurrido llegara a suceder. Y parece que no iban desencaminados. Ahora mismo, están todos los masones vigilados. Todos estaban listados en la documentación que incautaron a Charito en su casa.

—Bueno, ¿y qué quiere de mí entonces? —preguntó el viejo sin inmutarse.

—Ayer me permitieron visitar a Charito. Me dio un mensaje para «sus hermanos» —dijo Johanna sin poder evitar un cierto retintín—: ¿se percató usted de que una mujer peninsular desconocida apareció en el baile? ¿Y de que don Faustino se retiró a conversar con ella? Justo unos minutos después, entró el regimiento a arrestar a su hija.

—¿La de los ojos de jade? —preguntó, retirándose el paipay de la cara, para asegurarse de que se le entendía bien.

—Esa. Se llama Elba Díaz y es una espía de las fuerzas peninsulares. Charito quiere que el Consejo Regional Filipino esté alertado. Al parecer tiene contactos entre los ilustrados mestizos de sangley porque su primer esposo fue un comerciante chino, como usted. Pero, ante todo, es peninsular, claro está, no hay más que verla. Se casó en segundas nupcias con el castila con el que ha regresado al archipiélago.

—Me dicen mis informantes que es un diplomático que trae la encomienda del Gobierno central de asegurarse de que ninguna potencia extranjera ofrezca su apoyo a la causa de la independencia de estas islas.

—Usted lo ha dicho. Así las cosas, habrá que neutralizarla.

—¿Matarla, quiere decir? Señorita…, ¿por quién me toma? —se indignó esta vez haciendo con el paipay una suerte de biombo en el que ocultarse con teatralidad.

—No, claro que no —negó Johanna, aunque, al mencionarlo el viejo, ella cayó en la cuenta de que no había por qué excluir ninguna opción—. Basta con crear sobre ella una espada de Damocles lo suficientemente poderosa como para que haga lo que nos interese a nosotros.

—¿Nosotros? ¿Cuándo tomó usted los grados de adopción?

—¿Perdone?

—Señorita Johanna —se ventiló con parsimonia el chino—, yo soy perro demasiado viejo como para creer en ningún «nosotros».

—Digamos que el objetivo del Consejo Regional Filipino y el mío pueden ser compatibles. A ambos nos vendría muy bien poder secuestrar la voluntad de la tal Elba para que haga, o deje de hacer, lo que convenga a nuestros «respectivos» intereses —respondió Johanna, remarcando el adjetivo.

—Se me ocurre que, si pudiera influir en el general Blanco para que no maten a Rizal, sería una cosa buena, desde luego. Y si, a la vez, se pudiera evitar el bloqueo del esposo a las potencias extranjeras… Pero ¿qué es eso que usted no quiere que haga?

—Esa es una información que no necesita en este momento —quiso zafarse Johanna de tener que darle explicaciones—. Ustedes matarían dos pájaros de un tiro —zanjó con un símil que provocó otra mirada irónica en el comerciante chino.

—Dejémonos de circunloquios. Mis clientes me esperan y estos sí tienen algo interesante que proponerme. Vayamos al grano: ¿qué propone para «neutralizarla»? —siguió el viejo el juego eufemístico.

—¿Cómo se captura la voluntad de una madre, don Doroteo?

El viejo dejó el abanico sobre el barril.

—¿No pretenderá…?

—Secuestrando a su única hija, eso es.

Don Doroteo retomó el paipay, golpeó el palo contra el cinturón de metal del barril y concluyó:

—No es tarea fácil. Un secuestro requiere recursos no solo para el día del rapto, sino para todo el tiempo que se mantenga el encierro. Hace falta gente que vigile y alimente. Todo ello es

un riesgo y un coste —concluyó, tras emplear su ábaco mental.

—Depende de cuánto tiempo se la tenga secuestrada. Y, por otra parte, no irá a decir que la vida de Rizal y la independencia de Filipinas no valen la comida de una niña durante unas semanas. Imagínese cuando sus hermanos, ¡y él mismo!, se enteren de que han salvado la vida gracias a usted… ¡y que ha sido por su intermediación que se ha hecho realidad el sueño de todo el archipiélago! La primera independencia de Asia… ¿Se imagina que llega a ser usted el detonante de un cambio en el curso de la historia?

—Señorita Vickboons, no tengo ningún deseo de pasar a la historia —cortó de raíz el viejo aquel juego de ensoñaciones de la holandesa—. Mire, estoy curtido en millones de negocios, dentro y fuera de la ley. La historia no me importa nada.

—¿Y ser el eslabón imprescindible para el triunfo del nuevo Gobierno independiente que tenga que venir…? —le preguntó retórica Johanna apelando a su olfato de negociante.

—Eso algo de beneficio puede traer a mi negocio… Déjeme pensarlo.

Un estruendo estrepitoso salió de la tienda. El viejo salió, a la velocidad que le permitía su edad, de vuelta a su comercio para encontrar, al llegar, un armario volcado en el suelo y todas las porcelanas traídas desde el puerto de Amoy, por el último de sus juncos, hechas fosfatina.

—¡Los ancestros! —exclamó.

En la casa en Intramuros, esa noche, las criadas corrían de un lado a otro de los fogones preparando sabrosas viandas para el insigne invitado. «No todos los días lo visita a uno el capitán general del archipiélago», arengaba Álvaro al servicio para que la casa estuviera resplandeciente. Mandó comprar candelabros de plata mexicana y una vajilla de porcelana china con diminutas flores de colores en el borde y faisanes y otras aves exóticas de bello plumaje en el centro de los platos.

Ramón Blanco y Erenas era un experimentado militar, buen conocedor del archipiélago en el que había servido a su patria con menos galones de los que ahora lucía, hacía de eso treinta años. Entre medias, había hecho la Guerra Chiquita en Cuba, logrando pacificar aquellas tierras. Tras ocupar la Capitanía General de Cataluña y Extremadura, Cánovas lo envió de nuevo a Filipinas, esperando que pudiera aplicar en los mares del sur el mismo *«savoir faire»* que había conseguido en el Caribe. Lucía una poblada barba blanca y un frondoso bigote Gunslinger que le daban el porte de mando que sus años de servicio a la patria atestiguaban.

—Y dígame, joven, ¿cómo es posible que el Ministerio de Estado envíe a alguien tan poco experimentado a tamaña empresa? —No tuvo reparos en observar el ducho militar al comprobar que el compatriota diplomático que le habían enviado para lidiar con los enviados de las potencias extranjeras que pululaban por el archipiélago era poco menos que un imberbe.

Aquel comentario no era un reflejo del ego y las medallas acumuladas a lo largo de una carrera militar exitosa. Más bien dejaba entrever el enojo que producía en el general comprobar que los altos funcionarios de la península, a los que los años de servicio les permiten adivinar lo que los políticos aún no se atreven a explicarle a sus votantes, daban ya por perdido el archipiélago: si habían tenido que enviar a aquel jovenzuelo, era porque no habían podido encontrar a ningún ministro plenipotenciario del segmento superior del escalafón diplomático que estuviera dispuesto a pagar con su carrera los platos rotos del desastre que se avecinaba en Filipinas.

—Sé lo que está pensando, general —no evitó Álvaro la incomodidad—. Muy posiblemente mis compañeros más avezados, gracias a una mayor experiencia, tengan mucho que perder y yo, sin embargo, tenga todo que ganar.

El viejo sonrió bajo el mostacho y bebió de la pequeña copa de orujo que le había servido Elba.

—Un licor excelente, señora mía.

—Nada que usted no merezca, gobernador. Destilado en el pazo de mi familia. Le prepararé una botella para que pueda usted disfrutarlo también en su casa.

—¿Y entonces, González de Pombo, ha podido verse ya con todos sus colegas? Mis hombres me indican que el cónsul británico, el estadounidense y el enviado del emperador del Sol Naciente… Todos andan muy revueltos últimamente…

De repente, se oyó un golpe seco y una carrera.

—¿Qué es eso? —se preguntó Elba en voz alta.

—Serán los niños jugando, no distraigamos al gobernador con chiquilladas —intentó no perder Álvaro la atención de Blanco.

Habida cuenta de la posición del general en la península, una buena palabra suya podría ser clave en su incipiente carrera.

—Si me disculpan —dijo Elba, haciendo caso omiso y levantándose para ver qué estaba ocurriendo.

Un minuto fue lo que Elba tardó en llegar al cuarto de juegos en el tercer piso.

—¡Lino! —exclamó al verlo en el suelo.

68

—¡Lino! ¿Estás bien? ¿Y Silvia? ¿Dónde está Silvia? ¡Silvia! ¡Silvia!¡Álvaro, ven!

Elba encontró a Lino en el suelo, inconsciente. La cama de la niña estaba deshecha, pero Silvia no estaba por ninguna parte. Sobre el pecho del muchacho otra nota, esta vez firmada: «Si muere Rizal, muere tu hija. KKK».

Alertados por sus gritos, subieron con algunos de los hombres que habían estado apostados en la puerta principal para dar protección al dirigente.

—¿Qué es esto? —enarboló Elba el papel frente a los ojos de su marido, en cuanto él y el gobernador alcanzaron la alcoba.

—Tranquila, ¿qué ocurre? Sosiégate, por favor —le pedía Álvaro, provocando aún mayor desazón en ella.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? ¿Dónde está Silvia? —repetía, tomando la cabeza de Lino entre sus manos temblorosas—. Está vivo, por lo menos está vivo… —comprobó.

—¿Ustedes no han oído nada? —preguntó Blanco, girándose hacia sus hombres.

—No, señor. Absolutamente nada.

En ese momento, Álvaro se percató de que la ventana de la habitación estaba abierta y de que una cuerda, atada a la pata del lecho, se descolgaba por el tejado.

—¡Rodríguez, registren cada esquina de esta casa y toda la manzana! No pueden andar muy lejos… —ordenó el gobernador con firmeza.

Al oír la orden, Elba quiso salir con ellos.

—¿Adónde vas? —la conminó Álvaro a quedarse, agarrándola en un fuerte abrazo.

—Debo ir con ellos, debo ir a buscarla —repetía Elba, intentando liberarse de su marido.

—Señora mía, comprendo su desasosiego, pero, por favor, pensemos. Mantengamos la cabeza fría. Lo último que necesita su hija es que usted también se exponga y caiga en manos de los desalmados que se la han llevado —intentó razonar Blanco.

Que hubieran sido capaces de llevarse a la niña delante de las narices de la principal autoridad peninsular del archipiélago dejaba al descubierto la audacia de las fuerzas subversivas y la muy posible complicidad de algunos miembros locales entre las filas militares supuestamente fieles a la península. Era una señal de que comenzaban a simpatizar con las pretensiones de los katipuneros. Las fallas de seguridad se abrían y las aguas de la independencia inundaban la nave.

—¡Déjame, tengo que ir con ellos! —insistía Elba, alterada por momentos.

—Escúcheme —le dijo Blanco, sentándola en la cama—. No, no irá —se limitó a ordenarle el gobernador, con la calmada determinación que solo tienen quienes acumulan toda una vida de tantas instrucciones impartidas como cumplidas.

—¡Suélteme! —le gritó Elba, para sorpresa del general, acostumbrado a que sus órdenes no se cuestionaran—. ¿Quiénes son? —preguntó Elba, mostrándole la nota, mientras dos de los

hombres tumbaban a Lino, aún inconsciente, al otro lado de la cama.

—Esas son las siglas del nombre completo del Katipunan: *«Kataas-taasang, Kagalang-galangang Katipunan nḡ mḡá Anak nḡ Bayan»* —comenzó a explicarle Blanco—: En tagalo, significa «Suprema y Venerable Asociación de los Hijos del Pueblo». ¿Cuánto tiempo hace que abandonó usted estas islas?

—Cuatro años —dijo Elba, haciendo un esfuerzo para concentrarse en medio de la vorágine de emociones y pensamientos que atravesaban todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo—. Katipunan quiere decir «la sociedad», derivado del término tagalo *«tipon»* que significa recolectar. Olvida usted que soy dueña de una provechosa hacienda agrícola en Ilocos —se reafirmó Elba—. Pero ahora no es el momento de clases de semántica tagala, gobernador. ¡Han secuestrado a mi hija! ¡No me pida que me tranquilice!

Necesitaba hacerse respetar por aquel talludo militar si quería tener su ayuda para encontrar a Silvia.

—Muchas cosas han cambiado desde que usted se fue, señora mía. Esta sociedad secreta tiene nítidos objetivos secesionistas y está comenzando a organizarse con éxito desigual —intentó explicarse el militar—. ¡Maldita sea! Esperaba que, después de la humillante derrota en San Juan del Monte, hubiéramos podido acallar estas intentonas revolucionarias. Me llegan informes de que su fundador, Andrés Bonifacio, ha quedado muy desprestigiado ante los suyos.

—¿Y qué intenciones tiene con Rizal, gobernador? —dijo Elba.

Ahora ya no iba a quedarse con las ganas de preguntar todo lo que necesitaba saber.

—Fusilar es muy fácil; lo difícil es no fusilar. He sido y sigo siendo todo lo benevolente que puedo, señora. Pero no le voy a ocultar que cada vez me queda menos margen —reconoció Blanco.

Elba supo en aquel instante que no podía confiar en que alguien salvara la vida de Silvia. También supo a quién debía acudir: ahora era ella quien tenía una petición ineludible para las Hijas de Sejmet.

Pasó la noche dando vueltas en la cama, primero, y por la habitación, después. Se desesperó y derrumbó de nervios, terror y ansiedad. Álvaro intentaba consolarla, pero ella lo rechazaba. Cualquier comentario le parecía muy lejano de lo que ella sentía y de todo punto insuficiente para apaciguar su espíritu. Nada le proporcionaba lo que todo su ser pedía: que Silvia volviera, que estuviera bien. La idea de que pudiera estar sucediéndole algo absorbía todos sus sentidos y no la dejaba razonar. Era una niña muy singular: su ojos verdes y rasgados podría despertar reacciones extremas. Habría quienes la temieran y rechazaran por ello, pero también quienes vieran en su extraña mirada una fuente de algo valioso que quisieran poseer. Ni unos ni otros tendrían presente que, ante todo, era solo una niña.

Desde su corazón intentaba hacerle llegar mensajes a su hija: tranquila, mi amor. No llames la atención, mi niña. Estate callada, sobre todo, no los irrites. Hazte la tonta, no hieras sus egos… Ahora no es el momento. Pasa desapercibida. Mamá está yendo a buscarte. No te preocupes. Ya llego…

Llorando desconsolada, entre los recovecos de su mente, un recuerdo de Juan se hizo sitio entre aquel barullo de emociones: abrió el cajón de la mesita de noche y tomó el hatillo de canela envuelto en su pañuelo de seda China y repitió en su mente el conjuro que yo le había enseñado.

Aquellas palabras recitadas como un mantra a lo largo de los años le habían hecho comprender que cada vez que acudía a ellas, el recuerdo de las personas que siempre la habían protegido le aportaba el sosiego que necesitaba para pensar y la disponía a continuar creyendo que, al otro lado del terror inmenso que sentía, había alguna razón de ser para todo aquello, algún clavo ardiendo al que agarrarse, aunque ahora no fuera capaz de comprender su lógica. «No a todos conviene lo justo, no a todos conviene lo justo, no a todos conviene lo justo», repitió innumerables veces, tal y como yo le enseñé, sosteniendo las ramas de canela entre sus manos con toda la fuerza de su corazón.

El sol entraba ya por la ventana de su dormitorio y abrió los ojos para volver a inspirar ese dolor ingente en su alma al volver a la realidad: Silvia seguía perdida. Con todos los músculos de su cuerpo doloridos por la tensión acumulada, abrió la mano para comprobar que sus dedos entumecidos aún guardaban la rama de canela. Inmovilizada por la impotencia, no encontraba fuerzas para levantarse. Pensó en Silvia y lo hizo. No sabía por dónde empezar. Su mente estaba aún bloqueada, pero no podía quedarse en la cama sin hacer nada.

En el desayuno comió sin ganas, solo porque sabía que debía hacerlo para que su mente pudiera pensar mejor, y pidió a Álvaro que fuera él quien se encaminara a la Capitanía General. De la pareja, él era quien mantenía los contactos oficiales, fue el argumento que lo convenció. No era un mal hombre se dijo a sí misma, pero no era el padre de la niña. No sabía si la línea de investigación de las autoridades podría dar algún fruto, pero, aunque tenía pocas esperanzas, al menos mantendría a Álvaro ocupado, al tiempo que le daría a ella margen para buscar la manera de entrar en contacto con las Hijas de Sejmet.

Anduvo arriba y abajo durante horas en su dormitorio, pensando la manera de hacerlo. A la casa familiar de los Rizal en Calambá no podía ir: todos los movimientos de los hermanos y familiares directos estarían fuertemente vigilados por los hombres de Blanco. Lo mismo ocurría con los Villarruel. Todos los caminos que ella conocía tenían algún vínculo con las Hijas de Sejmet, por remoto que fuera, y estaban en el punto de mira de las fuerzas peninsulares. A ellos no podía acudir. Además, sobre todo, no debía correr el riesgo de que la asimilaran con los que ahora eran fuerzas subversivas: eso sería terrible, pues necesitaba mantener la colaboración peninsular para localizar el paradero de Silvia. Toda ayuda era poca.

Casilda. La imagen de su tía le vino entonces a la cabeza. Tenía que comunicarle lo que había sucedido. A través de Mariana, ella podría pedir el auxilio de la hermandad.

69

Debía tener cuidado, a ella también la estarían vigilando, unos y otros. Mientras cavilaba de qué manera podría contactar con su tía, subió a ver cómo evolucionaba Lino. Había recobrado la consciencia y, aunque tenía un fuerte dolor de cabeza como consecuencia del golpe recibido, estaba ubicado y se expresaba con coherencia.

—Menos mal. Parece que vas mejorando —le dijo Elba, besándolo en la frente.

—No sabe cuánto lo siento, tía. Ha sido culpa mía. Yo debía cuidar de Silvia, protegerla. ¿Quién la tiene? ¿Han podido saber algo? —preguntó el muchacho turbado.

—Álvaro ha ido a la Capitanía General a enterarse de lo que los hombres del gobernador hayan podido indagar.

—¿Y usted qué cree?

—No lo sé. La desazón que me genera todo esto no me está dejando pensar con claridad.

—Ha sido culpa mía… —se castigaba el muchacho.

La compasión que le generó a Elba el sentido de la responsabilidad de Lino le abrió una luz de claridad.

—No solo no tienes culpa de nada, sino que serás uno de mis principales aliados para encontrarla —le dijo con el rostro iluminado por primera vez desde que se llevaran a la niña.

—Lo que usted diga, tía. Solo explíqueme qué debo hacer y me pongo en marcha de inmediato —dijo él, haciendo amago de levantarse de la cama.

—Espera, sin movimientos bruscos. Te necesito en plena forma. Descansa algo más. Luego tienes que ir a la oficina de telégrafos.

Al cabo de un par de horas, Elba se fue a la Capitanía General a encontrarse con su marido. El cielo se estaba oscureciendo con unas nubes pesadas y un viento fuerte comenzó a soplar haciendo volar su sombrero calle atrás. Lo dejó marchar y no se dio la vuelta, ella tenía una misión y no habría huracán que le impidiera cumplirla. No perdía la esperanza de que hubiera alguna información que le permitiera comenzar a tirar del hilo. Había dado instrucciones a Lino de esperar un rato, para que los hombres que protegían la casa no relacionaran ambas salidas. Después, debía ir a poner un telegrama con el siguiente texto: «*Vesica piscis*: Silvia rehén».

En el despacho de Blanco, Elba se puso al día:

—A la provincia de Bulacán. Allí creemos que pueden haberla llevado —le anunció el general.

—¿Por qué allí? ¿Qué hay en Bulacán? —quiso saber la madre.

—La República del Kakarong —dijo el militar con cara de pocos amigos y apuntando con el dedo a un mapa sobre su mesa—. Está a algo más de nueve leguas al norte de Manila.

—En la localidad de Kakarong de Sili hay un nuevo grupo insurrecto de katipuneros. Parece que, en esta ocasión, están más organizados. Está claro que no todos son tan impulsivos y carentes de formación como Bonifacio —mostró Álvaro su preocupación.

—¿Qué tienen allí? —continuó indagando Elba.

—Han constituido una pequeña ciudad independiente, con fortificaciones, su propia policía, calles, fábricas de bolos y falconetes, talleres para reparar rifles… En fin, todo lo necesario para atacar y sobrevivir —le explicó Álvaro.

—¡Hasta banda de música tienen! Los muy cabr… —refunfuñó el general—. Ruego disculpe mi lenguaje, señora. Paso mi vida entre cafres, y a veces olvido mis modales. Hace tiempo que viene construyéndose la república esa… —dijo con más preocupación que desprecio—. Estamos esperando instrucciones del Gobierno para decidir cómo gestionamos este nuevo intento de insurrección.

—¿Y cuánto van a tardar en darlas? —quiso saber Elba.

—El problema son las comunicaciones: aunque hace ya quince años que se puso en marcha la comunicación internacional por telégrafo gracias al cable submarino que une Manila con Hong Kong, el hecho de tener que enviar nuestros mensajes a través de una conexión con la colonia británica más importante de los mares del Sur no es solo un riesgo, es una garantía de que nuestros mensajes serán interceptados por nuestros enemigos.

—La labor que hizo José Batlle como inspector general de Telégrafos fue muy valorada en la península —apostilló Álvaro, sin embargo—. Le valió la encomienda del mérito civil.

—Sí, él y el padre Faura hicieron un trabajo extraordinario al frente del Observatorio del Ateneo Municipal de Manila, me consta que tiene renombre internacional —reconoció Blanco —. Es cierto que, en la Exposición Universal Colonial de Ámsterdam, la institución dirigida por el jesuita bajo patronazgo real español, recibió un diploma de honor. Sus avisos sobre tifones y terremotos le han granjeado fama mundial y muchos países están interesados en sus predicciones —completó el general, como si Álvaro y él hubieran entrado en una competición sobre quién sabía más.

A Elba el comportamiento de aquellos dos hombres le pareció infantil y contraproducente a su única prioridad en ese momento: encontrar a su hija sana y salva lo antes posible.

—Perdonen, pero se están desviando de la cuestión. No me interesa quién es más listo de los dos. Saben los dos mucho de esos dos caballeros, como eran… ¿Batlle y Faura?, pero ninguno de ustedes sabe decirme cómo encontrar a mi hija.

—Tenga paciencia, se lo ruego, señora —dijo el general con condescendencia y atusándose el bigote, pues, en el fondo, le divertía darle una lección a aquel jovenzuelo del Ministerio de Estado—. El interés despertado hizo que Batlle se animara a participar en el estudio de viabilidad del cable con Hong Kong, pero ¡cómo no!, finalmente fue la Eastern Extension, Australasia & China Telegraph Co., compañía de capital británico, quien lo construyó y hoy lo controla —continuó explicando Blanco—. No solo eso, sino que, para más inri, la excelente labor que hizo Batlle extendiendo más de dos mil kilómetros de líneas de telégrafos de norte a sur de Luzón, ahora está permitiendo a la masonería subversiva, repartida por todo el archipiélago, conectarse con sus «hermanos» británicos —subrayó el sustantivo—. Se lo advierto, González de Pombo, para que no sea usted muy explícito si envía algún mensaje por esa vía al Ministerio de Estado. Los hijos de la pérfida Albión podrían estar leyéndolo todo.

Elba comprendió entonces con nitidez los temores de Becerra de no estar siendo informado correctamente. Y comenzó a pensar que quizás había algo de interés para ella en toda esa

palabrería:

—Disculpe mi atrevimiento, general. Es la vida de mi hija la que está en juego y cada segundo me parece esencial. Lamento también si mi ignorancia le incomoda, pero debo preguntarle: ¿adónde quiere llegar? ¿En qué me afecta eso a mí para encontrar a Silvia? —le preguntó Elba.

No había sido mala idea que Lino pusiera ese telegrama, pues las Hijas de Sejmet que fueran masonas, cuando tuvieran conocimiento del mensaje, posiblemente pudieran soplar su vuelo a lo largo del cableado extendido allende los mares.

—La entiendo, señoría mía. Le explico —continuó Blanco con condescendencia—. Esta situación en términos de comunicaciones nos obliga a las fuerzas militares españolas a seguir acudiendo, dentro del archipiélago, a la telegrafía óptica.

—Lo lamento de nuevo, pero no sé qué quiere decir —se desconcertó Elba, ansiosa por llegar a alguna conclusión.

—El telégrafo óptico es para uso exclusivo militar. A través de unas torres, que deben estar a distancia visual, se transmiten unos números. En este territorio tendremos unos sesenta puntos interconectados. El primero y el último tienen un libro de códigos para descifrar el mensaje. Tiene la ventaja de que el mensaje no puede ser interceptado, salvo que alguien tuviera acceso a los códigos, pero los cambiamos con la frecuencia necesaria. Sin embargo, la dificultad radica en que las señales ópticas no pueden verse ni cuando llueve ni al caer la noche. Así es muy difícil dar órdenes y recibirlas a tiempo. ¿Me sigue? —quiso asegurarse el general de que Elba estaba comprendiendo.

—Perfectamente, general —dijo ella algo incómoda con la pregunta, pero completó—: Es un gran honor que tenga usted la deferencia de explicarme todo esto que yo desconocía. Se lo agradezco mucho.

Terminó optando por mostrarse tonta y obsequiosa, pues había intuido que aquel alma curtida en años de obediencia ciega, necesitaba ahora, en la vejez, de mucho reconocimiento compensatorio. Recordó en aquel momento una frase que le había dicho Casilda en una de sus conversaciones en Vilaescura: los temperamentos expansivos son fácilmente manipulables, suelen caer rendidos a las atenciones más elementales. Así que continuó prestando atención al parlamento del general.

—Nosotros, las fuerzas leales al Gobierno, tenemos la comunicación con nuestras tropas constantemente interrumpida por las inclemencias del tiempo o la simple llegada de la noche, mientras los enemigos de España se pasan mensajes a todas horas gracias a la propia red de telégrafos que la madre patria puso a su disposición. ¿No es irónico el destino?

—Ahora comprendo que hayan podido levantar una república. Están usurpando nuestros propios medios —se mostró preocupado Álvaro antes de tomar el turno él con la explicación a su esposa—. En Kakarong están liderados por un tal Canuto Villanueva, como jefe civil supremo, y un tal Eusebio Roque, al que llaman Dimabungo, que ejercería de jefe del Estado Mayor.

—¡No se pase, González de Pombo! En estas tierras no hay más que un jefe del Estado Mayor y ese es el del reino de España, ¡coño! —se terminó de enfadar Blanco con aquel joven sabelotodo.

—No mate al mensajero, gobernador… —intentó calmarlo Elba.

—Lleva razón —reconoció el general, a quien toda una vida de servicio a España también le había enseñado el valor de la moderación—. Me intriga que no hayan llegado ya instrucciones. Temo que las hayan interceptado, o peor aún, que algo pueda estar cocinándose en la península.

—¿Y ustedes creen que el tal Dimabungo y sus hombres pueden ser los que hayan secuestrado a Silvia? —pidió Elba que se le explicitaran las sospechas de ambos hombres.

—Es el foco más organizado de insurrección que hemos detectado, dudo que otros grupos hubieran sido capaces de planear una acción que debía ejecutarse ¡delante de mis narices! —se enfureció el general solo de pensarlo.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Elba, ansiosa por saber cómo iban a pasar a la acción.

—Por el momento, debemos esperar órdenes desde la península —dijo, empapando sus palabras de espíritu castrense.

—¿Cómo? La vida de mi hija está en peligro, gobernador —le recordó Elba con semblante serio.

—En primer lugar, esa es mi obligación: esperar instrucciones. Y en segundo: una acción precipitada y sin la adecuada preparación podría ser más peligrosa para su hija. ¿Ha estado alguna vez en combate, señora? —la reconvino el militar.

—No —hubo de reconocer Elba, muy a su pesar, pues aquello la dejaba sin argumentos para movilizar a Blanco.

Había algo que Blanco no había desvelado a sus interlocutores: su precaria situación en ese momento. Tras un desencuentro con Polavieja, avezado militar a quien habían nombrado en comisión en Filipinas tras una exitosa campaña en Cuba, este, en un movimiento cargado de astucia, presentó su dimisión, forzándole a él a hacer lo propio, poniendo su cargo a disposición, para evitar rumores malintencionados de que se aferraba al sillón. En ese instante, formalmente, la Capitanía General de Filipinas se encontraba vacante y él tan solo la ocupaba en funciones hasta que el Gobierno de Cánovas tomara una decisión.

Alguien llamó a la puerta y el gobernador gritó un «adelante» con su vozarrón entrenado a lo largo de décadas de mando, para que traspasara las maderas de caoba que forraban todo su despacho. Un soldado raso, vistiendo el rayadillo, entró portando una pequeña bandeja de plata sobre la que había un solitario papel azul.

—¿Da usted su permiso, mi general?

—¿Qué quiere? —gruñó Blanco.

—Es un telegrama para usted. Parece urgente, mi general —se atrevió a decir el joven con voz quebrada.

Blanco tomó la nota azul, la desdobló, la leyó, la volvió a leer, la arrugó en su puño, la dejó caer al suelo y se giró a mirar por la ventana para decir de espaldas y sin alterarse:

—Señores, la suerte está echada.

70

Habían perdido la cuenta de cuántos tifones habían llegado al archipiélago en los últimos dos meses. Solo algunos de los criados de la casa de los Villarruel habían regresado. La mayoría había preferido no volver, al menos por el momento, unos por causa de las inundaciones, otros para intentar que se diluyera el estigma que ya tenían por su vinculación con los señores. Desde la noche de la detención de Rosario, Hugo se sentía atribulado. No sabía exactamente por qué; miraba al cielo, desde entonces siempre cubierto, siempre amenazante, y le echaba la culpa de aquel desasosiego al asedio de los cielos.

Ya está bien, se dijo a sí mismo en la cama, descubriéndose la sábana de un golpe y poniéndose en pie. La mejor manera de limpiar la mente es ponerse en acción, continuó conminándose. Se vistió y decidió ir al establo a ocuparse de los caballos. Retiró el estiércol del pesebre, repuso heno fresco y rellenó de forraje las redes. Les puso agua fresca en sus bebederos y un nuevo bloque de sal enganchado en una cuerda para que los animales pudieran racionárselo. Con aquel bochorno constante, sudaban mucho y podían tener calambres por la deshidratación.

A veces les hablaba. Sentía que ellos le escuchaban sin reproches.

—¿Qué será esta desazón? —le preguntó a Sultana, una hermosa yegua que había adquirido don Faustino del sultán de Joló, Jamalul Kiram II—. ¿Serán estás lluvias, estos vientos endemoniados? A ti también te incomodan, ¿verdad, Sultana? Toma, chupa un poco de sal, te vendrá bien.

En esta conversación andaba, dándole golpecitos en la barriga al animal, cuando Johanna se le acercó, lo abrazó por la espalda e inspiró su olor a hombre.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

—Limpio los establos. Estoy sucio —dijo él, retirándola.

—Eso ya lo veo. Ese es trabajo de criados —respondió ella, resentida por el gesto.

—No hay trabajo de criados ni de señores, hay simplemente trabajo. Si nadie lo hace, los caballos acabarán enfermando. Además, debo preparar a mi yegua. Ella me sirve con lealtad, yo debo hacer lo propio con ella.

—¿Para qué?

—He de continuar con mis obligaciones. No olvides que tengo un empleo en una de las principales empresas peninsulares. Todos los que vivimos en esta casa estamos ahora bajo sospecha, si es que no lo estuvimos siempre. Si no voy a mi puesto y cumplo con mis tareas, sospecharán aún más. Hemos de aparentar normalidad. Me han asignado otro viaje y he de partir hacia Cagayán de nuevo.

—Tienes que dejar de vagar por los caminos. La situación es cada vez más peligrosa. Si no son los tifones, son los insurrectos… Cualquier día te hace alguien una emboscada o te lleva una riada por delante. La gente comienza a desesperarse y ya no se sabe quién ataca a quién, ni para

qué. —Johanna intentaba así convencerlo de que permaneciera a su lado, pues temía que algún día ya no volviera, no tanto por impedimento, sino por voluntad propia—. Me topé, por casualidad, con una conocida holandesa en la tienda de Ong-junco. Mantiene familia en Batavia. Mira este artículo del periódico *Java Bode* que me mostró: aquí dice que si la rebelión filipina tiene éxito, las islas podrían ser pasto de las ambiciones expansionistas japonesas. ¿Crees que puede ser cierto? ¿Qué sería mejor? ¿Depender de españoles o de japoneses? —le preguntó Johanna, buscando distraerlo de su empeño despertando su curiosidad.

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Solo sé que no voy a quedarme aquí sentado y cruzado de brazos. Don Faustino no puede moverse, vigilan todos sus pasos. Alguien tiene que ayudarlo a pasar los mensajes a sus hermanos. Este viaje, con Rosario detenida, es especialmente necesario para él. Se lo debo —intentó justificarse Hugo.

—A mí también me debes algo —recordó ella con amargura.

—No empieces, Johanna, por favor. Sabes que no puedo casarme —le dijo con toda la nitidez y bondad de que fue capaz.

Johanna dio un solo paso atrás, dejando sitio para el muro de frialdad que se precipitó entre ambos. Hugo sabía que le estaba rompiendo el corazón a la mujer que se había desvivido por él y lo había reconstruido de la nada. Se sentía mal por ello, pero no podía seguir en esa zona gris que él no evitaba, lo reconocía, y ella consentía a falta de mejores perspectivas. No podía continuar mintiéndose a sí mismo por más tiempo. Sultana lamió la mano de Hugo. Algo había cambiado, aún no sabía qué con exactitud, pero se sentía distinto. La yegua lo notaba y él también. Su mente seguía borrosa, pero apreciaba una especie de luz que antes no estaba, y había decidido seguirla. No sabía hacia dónde apuntaba, ni cuál era el final, pero sí que marcaba una ruta y se dispuso a recorrerla dejando que la verdad de su ser se expresara.

—Te aprecio. Me gustas. Mucho. Eres una mujer buena y bellísima. Te estoy y te estaré eternamente agradecido, pero, Johanna, los dos sabemos que no te amo. El amor no duda.

No le cayó una sola lágrima. No le pidió nada. No le rogó. Se le acercó, con lentitud, lo miró de cerca a los ojos y pasando su mano derecha por su mejilla izquierda, Johanna solo dijo:

—No recuerdas lo que es el amor —pronunció sin expresión en el rostro—, pero lo harás pronto.

—Johanna…

—Estoy encinta —mintió ante el precipicio.

* * *

En el salón de la casa de Intramuros, la humedad no dejaba respirar. Aquella noche, Álvaro y Elba cenaban en silencio, con un concierto de ranas de fondo, cuyo volumen se había disparado con las lluvias:

—Dicen que Blanco se ha ido, ¿es eso cierto?—preguntó ella, por fin.

—Sí, y han ascendido a Polavieja. Es el nuevo gobernador.

—¿Y eso es bueno o malo? —quiso saber Elba.

—Tendrá menos contemplaciones que Blanco, eso es seguro. En Cuba tuvo fama de militar implacable y estricto. Además, tiene el apoyo de Cascajares, el obispo de Ciudad Real, pues comparten un profundo rechazo por la masonería. Por otro lado, tiene una agenda política propia:

dicen que quiere derrocar a Cánovas. —Álvaro explicó esto último con voz queda—. Necesita un golpe de efecto.

—¿Rizal? —preguntó Elba aterrorizada de lo que ello suponía para su hija.

* * *

Cuando el 13 de diciembre de 1896 el general Polavieja asumió la Capitanía General de Filipinas, las tropas españolas ascendían a unos diecisiete mil efectivos de los cuales dos tercios eran tropa nativa. Catorce mil eran del Ejército de Tierra, los restantes de la Armada. Aquel nombramiento había sido un golpe bajo de Cánovas: consciente de lo difícil de la situación y de sus planes para hacerse con la presidencia, lo había enviado lo más lejos posible.

Mientras Polavieja intentaba hacerse con el control del archipiélago, su aliado, Cascajares, el prior de las cuatro órdenes militares, desde su sede en la iglesia parroquial de Santa María del Prado de Ciudad Real, intrigaba directamente con el santo padre para promover la carrera política del militar. Como obispo de Dora, había tenido la prerrogativa de no depender de ningún arzobispo metropolitano, sino directamente de su santidad, quien esperaba poder situar al frente del Gobierno de España a alguien que supiera poner firme freno al avance de las logias masónicas, en todos los ámbitos de la vida, empezando por las de Filipinas, baluarte católico de Oriente.

Desde su priorato castrense, Cascajares velaba por la carrera de Polavieja y este, desde su Capitanía General de Filipinas, por los intereses eclesiásticos. Habiendo tomado posesión del cargo, el militar estudió la documentación esencial que le había dejado su antecesor. Llamó su atención un oficio que el provincial de los dominicos en Cagayán, fray Bartolomé Álvarez del Manzano, había remitido a Blanco a finales de noviembre, hacía escasamente tres semanas:

> *… en dicha provincia hay, como debe constar en ese gobierno general, por lo menos dos logias masónicas y separatistas: una en Aparri y otra en Tuguegarao: aquella compuesta, según referencias de gran crédito, de más de ochenta individuos. Todos dispuestos a levantar la provincia en cuanto reciban indicaciones de sus ignorados y misteriosos jefes, con lo cual conseguirán establecer un nuevo y apartado foco de insurrección que distraiga nuestras tropas y les facilite más la consecuencia de sus malvados intentos: se dice que en las costas próximas al puerto de San Vicente ha habido alijos de armas (…) que se vio hace tiempo en aguas del cabo de Engaño un vapor sospechoso, del que se cree hizo alijo de armas (…) Añádase a esto que, hallándose tan lejos del centro de las islas esta provincia, y pudiendo fácilmente los separatistas, que son allí ricos e influyentes, en el triste caso de ocurrir un movimiento, cerrar la barra de Aparri, la insurrección se extendería por todas las provincias del valle, se nos impediría la entrada por mar a aquellas vastas y ricas comarcas, a las que por otro lado tan fácil es que de las costas del Japón o del Norte de América se verifiquen desembarcos de armas, como se han verificado ya en otras partes del archipiélago. Llegado este caso, no inverosímil, y que debe prevenirse, la pacificación de Cagayán resultaría sumamente difícil y costosa, cuando no imposible (…).*

Álvaro pidió una cita con el nuevo gobernador para presentarle sus respetos, felicitarle por el ascenso y ponerse a sus órdenes. Era lo correcto profesionalmente y, además, Elba no paraba de pedirle que hablara con él para que intentara disuadirle de tomar ninguna acción irreversible sobre Rizal, lo que podría dejar el destino de Silvia al albur de los líderes del Katipunan. Desde lo ocurrido en los jardines de El Capricho, había aprendido a tomarse las amenazas en serio.

—Ya sé que las malas lenguas dicen que yo le he quitado el puesto a Blanco, pero no es cierto. Teníamos diferencias de criterio, eso es todo. Motivo por el cual yo, de hecho, presenté mi dimisión. Él hizo lo propio y, en Madrid… aprovecharon el vacío dejado… —dijo Polavieja, tocándose el muslo con insistencia y gesto dolorido—. Esta maldita humedad… y esta herida de guerra que me dejaron en Morón, en Cuba. Hace ya muchos años que abandoné aquellas islas por las que llegué a ser diputado en Cortes, pero ni la cojera ni el malestar me abandonan desde entonces —protestó el general.

—Mi esposa tiene buena mano con los remedios naturales —comentó Álvaro, pensando que quizás Elba pudiera ganarse el beneplácito del nuevo gobernador.

—Bueno es saberlo. En ocasiones, me aquejan males hepáticos. Si me vuelvo a tornar amarillento, la llamaré. Pero hoy quiero su evaluación sobre este informe que hemos recibido desde Cagayán —le dijo Polavieja, mostrándole el reporte del dominico—. ¿Qué opinión le merecen estas alegaciones de que el emperador del Japón y los Estados Unidos están armando a los rebeldes? —preguntó Polavieja a Álvaro.

—Yo les daría toda credibilidad. La posición geoestratégica del archipiélago lo hace un bocado indispensable para quien desee tener el control de los mares del Sur y, con ello, del comercio que generan.

—O sea, que no tenemos tiempo que perder. Como representante en estas islas del Ministerio de Estado, debe saber usted que ya he avisado a quien ha querido escucharme en Madrid. España no puede mantener por mucho más tiempo dos guerras a la vez: tenemos que elegir. O nos quedamos con Cuba o con Filipinas. Mi opinión es clara: yo me decantaría por este archipiélago —concluyó Polavieja—. ¿Sabía usted que el puerto de Manila es ya el tercer puerto español, solo por detrás de La Habana y Barcelona? He estado estudiando las cifras: la progresión es impresionante, a pesar del fin de la ruta del Galeón de Manila, en los últimos sesenta años se ha duplicado el número de barcos que llegan a este puerto. ¡Trescientos cuarenta y dos el último año, sin ir más lejos! Pero, eso no es todo, ¡el tonelaje se ha cuadruplicado! Debidamente gestionadas, las posibilidades que encierran estas islas son enormes —continuó explicando el gobernador sus razonamientos—. A pesar de todos los males que aún asedian la administración de este archipiélago y de los que tendremos que ocuparnos, por supuesto, Filipinas tiene un potencial mucho mayor. Pero hemos de ser rápidos y audaces, no hay tiempo para melindres: he decidido suspender las elecciones municipales y sustituir los gobernadores civiles por militares. Sobre todo, hay que evitar que la insurrección de Cavite se extienda y quede Manila aislada. Debemos ser firmes en la represión contra el Katipunan y sus exaltadores masones.

—¿Qué significa eso para Rizal? —preguntó Álvaro, pensando en Elba.

—La causa está ya muy avanzada, la ley debe aplicarse.

71

Se encargó la defensa de José Rizal a don Luis Taviel de Andrade, primer teniente de artillería. Y, trece días más tarde, se reunió el consejo de guerra ordinario nombrado para dictar sentencia sobre un delito de rebelión y asociaciones ilícitas, presidido por don José Togores Arjona. Este fue el veredicto:

En la plaza de Manila, a los veintiséis días del mes de diciembre de mil ochocientos noventa y seis, reunido el consejo de guerra (…) para ver y fallar la causa instruida contra don José Rizal Mercado y Alonso, (…) la ha examinado con toda detención y cuidado previa la lectura de sus actuaciones hecha por el señor juez instructor, vista la acusación fiscal, oído el alegato de defensa y la adición a la misma leída por el acusado; (…) declara que el hecho perseguido constituye los delitos de fundar asociaciones ilícitas y de promover e inducir para ejecutar el de rebelión, siendo el primero medio necesario para ejecutar el segundo, resultando responsable en concepto de autor el procesado don José Rizal. En su virtud falla: que debe condenar y condena al referido don José Rizal a la pena de muerte, y en caso de indulto, llevará consigo, caso de no remitirse especialmente, las accesorias de inhabilitación absoluta perpetua y sujeción de aquel a la vigilancia de la autoridad por el tiempo de su vida, debiendo satisfacer en concepto de indemnización al Estado la cantidad de cien mil pesos, con la obligación de trasmitirse la satisfacción de esta indemnización a los herederos (…). Así lo pronuncia y manda el consejo de guerra ordinario de plaza, firmándolo el presidente y vocales del mismo. —José Togores. —Braulio Rodríguez Núñez. —Ricardo Muñoz. —Fermín Pérez Rodríguez. —Manuel Reguera. —Manuel Díaz Escribano. —Santiago Izquierdo.

Dos días después, Polavieja decretaba:

Manila, 28 de diciembre de 1896.

Conforme con el anterior dictamen, apruebo la sentencia dictada por el consejo de guerra ordinario de plaza en la presente causa, en virtud de la cual se impone la pena de muerte al reo José Rizal Mercado, la que se ejecutará pasándole por las armas a las siete de la mañana del día treinta del actual en el campo de Bagumbayan y con las formalidades que la ley previene. Para su cumplimiento y demás que corresponda vuelva al juez instructor, capitán don Rafael Domínguez. —Camilo G. de Polavieja.

Había estado lloviendo toda la noche. El 30 de diciembre de 1896, las aguas del Pásig habían desbordado el cauce y, a pesar del empedrado, las calles de Intramuros eran un lodazal.

—¡No! ¡No es posible! ¡No! —le espetó Elba a Álvaro cuando este se hizo portador de la noticia.

No quería que se enterara por las criadas ni por un rumor en el mercado. No podía imaginar mayor dolor para su esposa y quiso sacrificarse, pensando que, de sus labios, se amortiguaría el golpe.

—Déjame abrazarte, te lo ruego.

—¡No! ¡No! ¡No! No es cierto. ¿Cómo ha podido decretar su muerte a sabiendas de que la vida de mi hija dependía de ello? ¿Se lo has explicado?

—Lo sabe de sobra… He hecho todo lo que estaba en mi mano, te lo aseguro. Pero no da credibilidad a la nota. Dice que podría haberla escrito cualquiera y que no podemos dar muestras de debilidad. Que nunca hay que ceder a un chantaje ni pagar un rescate. Que esto son cuestiones de Estado.

—¿Cuestiones de Estado? ¿No se suponía que ese pasaporte rojo del que tanto alardeabas iba a protegernos a Silvia y a mí si me casaba contigo? —le espetó Elba, desesperada por los pensamientos funestos que su imaginación le enviaba de lo que podría sucederle a su hija.

—Bueno, de potencias extranjeras… sí… pero esto es distinto, esto es una rebelión interna… estamos en tierras españolas —tartamudeó Álvaro al percatarse de que su treta romántica para deslumbrar a Elba con un valor que no era suyo, si no de su patria, ahora se le venía en contra.

Había querido comprar su afecto y aquella se estaba revelando como una estrategia amorosa con poco recorrido. Sintió como una brecha se abría entre ambos sin remedio cuando Elba salió dando un portazo tras de sí y bajó las escaleras en tropel. Salió de la casa y, sin sentir la lluvia fina que aún caía sobre ella, corrió calle abajo en dirección a Bagumbayan. Ella misma se pondría de escudo humano, interponiéndose entre el pelotón de fusilamiento y el doctor Rizal, si hacía falta. Álvaro la siguió y le dio alcance antes de llegar. En mitad de la vía, bajo la lluvia, la abrazó todo lo que sus fuerzas le daban. Un trueno se escuchó a lo lejos.

—¡No! ¡Suéltame!¡No! —solo acertaba a gritar ella, resbalando ambos en el fango.

Los transeúntes los miraban como si estuvieran ante una dramática escena de desamor, ajenos al verdadero sentido de lo que ocurría. En la lucha, Elba arañó la cara de Álvaro para intentar librarse de su abrazo inmovilizador, cuando, de repente, se escuchó la descarga del pelotón de fusilamiento y todas las aves apostadas en los árboles de la ciudad emprendieron a la vez el vuelo hacia lo más alto del cielo de Manila.

—¡Silvia! —se desgarró Elba en un grito al aire, desplomándose sobre el suelo de barro.

Desde ese día nefasto, su esposa se convirtió en sombra. Nuestra lengua creó el vocablo huérfano para el hijo que pierde a sus padres. Sin embargo, no hay en el diccionario palabra alguna capaz de describir a los padres que pierden a un hijo. Los padres, las madres son eternas, su vínculo vive más allá de la muerte. No hay término que abarque un dolor infinito.

Elba pasaba las noches en vela y los días llorando. Álvaro se preocupaba cada día más por su salud. Lino, sin dar explicaciones al marido de su tía, decidió que él también debía hacer algo y fue a la oficina de telégrafos a poner un telegrama a doña Casilda. La informó del terrible estado físico y anímico de su sobrina, quien se precipitaba, por momentos, en lo más profundo de su mente, desde donde no sabían cómo rescatarla. Todos los días, sin falta, el muchacho se encaminaba a la oficina de telégrafos, preservando la ilusión en su corazón de que llegaran noticias de la patrona. Todos regresaba, sin embargo, con las manos vacías y el alma en los pies.

En su cabeza, Elba había entrado en una espiral de culpabilidad: ¿por qué acepté el encargo de las Hijas de Sejmet? ¿Por qué no me quedé en Kulangsu? ¿Para qué quería yo conocer una vida pasada que no fue la mía? Perdóname, hija…, se torturaba con un sinfín de pensamientos atormentados, en los que hilaba todas las decisiones que podría haber tomado y que hubieran llevado a otra evolución de los acontecimientos.

Fuera, en el mundo exterior a sí misma, la tensión política se incrementaba por momentos: al día siguiente de la muerte de Rizal, el comandante Olaguer y Feliú recibió orden de Polavieja de atacar Kakarong. El asedio del fuerte duró horas. Vencieron las fuerzas peninsulares. Aún no terminaban de contar las bajas ni de llegar los informes dando cuenta a la Capitanía General, cuando Elba ya exigió a Álvaro que los solicitara a Polavieja para comprobar si en alguna de las actas se mencionaba la presencia de una niña de once años, de ojos verdes y rasgados.

—Pídeselos, te lo ruego.

—Lo haré. En cuanto lleguen. Son cuestiones de Estado, no es fácil tener acceso a ellas. Pero ahora tienes que comer algo —le pidió, una vez más, Álvaro.

Elba, con la mirada perdida, siguió sin responder a sus ruegos de que se cuidara.

—¿Por qué tuviste que meterte en política? —le preguntó entonces su marido, también desesperado ante el horrible espectáculo de ver consumirse, día a día, por aquel hondo dolor sin fin, a una mujer que había conocido alegre y fuerte.

—¿Qué sabes tú? —preguntó Elba, volviendo en sí.

—¿Qué quieres decir? —quiso desviar Álvaro la conversación—. Nada. Yo no sé nada.

—¿Quién te ha dicho que yo estuviera metida en política? —lo confrontó entonces Elba, volviendo de donde fuera que se había escondido su alma.

—¿Crees que no lo sabía? ¿Que te habías casado con un estúpido? —replicó Álvaro, satisfecho, al menos, de haber conseguido hacerla reaccionar.

—Yo nunca he pensado eso de ti.

—¿Por qué te casaste conmigo? —contraatacó Álvaro.

—No me has respondido, ¿por qué dices que yo me he metido en política? —insistió ella, a cada pregunta más alterada, como quien comienza a intuir un mal que había estado agazapado hasta entonces.

Sus sentidos se pusieron en alerta al adivinar que, tras aquella recriminación, había información que había permanecido soterrada, oculta a sus ojos por mucho tiempo. Ya había pasado por algo así cuando descubrió su origen Varela-Novoa. En aquella ocasión, nadie más que ella había salido perjudicada. Ahora era distinto, si ella había pasado por alto algo que le hubiera costado la vida a su hija, a la que todos daban ya por muerta, Elba no podría perdonárselo.

—Tú tampoco me respondes… —se resistió Álvaro, dolido.

—Me casé contigo porque necesitaba alguien que me sostuviera las espaldas en los momentos de dudas. Te pido una sola gestión con Polavieja… ¿y me vienes con miles de razonamientos políticos… cuestiones de Estado, dices…? ¡Es la vida de mi hija! —se desesperó Elba—. ¡Respóndeme! ¿Quién te ha dicho que yo estaba metida en política? —le gritó.

—Vicuña —claudicó Álvaro.

—¿Vicuña? —repitió Elba perpleja, pues no había vuelto a pensar en aquel hombre desde el único día de su vida en que coincidió con él en El Capricho—. ¿Qué tiene ese petimetre que ver en esto?

—El día que nos conocimos me encargó que estuviera pendiente de ti. El ministro de Estado Moret estaba al tanto de que había un encuentro concertado entre el ministro de Ultramar y tú. Vicuña apostaba porque sería algún asunto de faldas, pero, por si acaso, me ordenó vigilarte.

—Por eso pudiste defenderme del atacante… porque me vigilabas para Vicuña o para Moret… o para quien quiera que fuera… —hiló Elba.

—Te atacó Vicuña —confesó Álvaro— para asustarte y sacarte información de Becerra que ofrecerle a Moret.

—¿Lo sabías? —se horrorizó Elba entonces—. Y has callado todo este tiempo…

¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Se había casado con el compinche de su violador? ¿Y por esa decisión había puesto aún más en peligro la vida de su propia hija?

—No, no. No sabía que iba a atacarte. Cuando vi que alguien se abalanzaba sobre ti y me lancé sobre él, le pegué un puñetazo. Al día siguiente, tú no lo viste porque ya os habíais ido, Vicuña tenía un moratón en el labio donde yo había golpeado al hombre que te agredió. Lo interrogué y me lo confesó. Él insistía en que eras… una… en que lo tuyo con Becerra era un lío de faldas. Quería conseguir información con la que lograr su ascenso.

—Y tú tu destino en Asia.

—Yo lo había pedido antes de conocerte, ya lo sabes —intentó defenderse Álvaro.

—Pero se te concedió justo después de que interrogaras a Vicuña.

—Nunca creí lo que Vicuña pensaba de ti… —dijo él, buscando congraciarse—. Sabes que no lo ayudé. Por Dios, Elba, ¡yo te salvé! Cuando después, en el barco, tuve ocasión de conocerte mejor, supe que no había ninguna posibilidad de que lo tuyo con Becerra se tratara de un *affaire.*

—¿Crees que me importa algo lo que ese malnacido pensara de mí? ¡No me conoces en absoluto! Si hay algo que me enseñaron mis tías, Aureana y Casilda, es a no dejar nunca que la opinión de los demás me condicione, ¡nunca! ¿Me oyes? Y creo que ha llegado el momento en el que la tuya también deje de importarme. ¿Estabas en el barco también para vigilarme? —continuó Elba el interrogatorio, a cada pregunta más despierta, más dueña de sí.

Álvaro calló.

—¡Habla! —le ordenó Elba, con la legitimidad absoluta que solo da saberse engañada—. No puedo creerlo. ¿Te has casado conmigo para cumplir una misión? ¿Para vigilarme? —le preguntó al recordar, perpleja, el mes idílico que pasaron en el vapor rumbo a Filipinas.

—No era solo eso. Mi misión declarada de hacer seguimiento a las potencias que acechan el archipiélago, como buitres carroñeros, es real. La otra… nunca he cumplido unas órdenes con tantas ganas. Mi amor por ti es sincero, Elba. Debes creerme.

—¡No estás en disposición de hablarme de sinceridad! Mucho menos de imponerme deberes de ninguna índole. No te debo nada. ¡Nada! ¿Me oyes? —se alejó Elba de él, dándole la espalda y negando con la mano, la cabeza y todo su ser al unísono.

—Perdóname, por favor… una cosa llevó a la otra… y, en el vapor, a partir de un momento… no quería que aquello que teníamos tú y yo se acabara… No quería que terminara… He querido contártelo muchas veces, pero temía… temía esto —reconoció Álvaro, poniendo su mano sobre el hombro de ella.

Elba se giró, brusca, para zafarse de él y mirarlo de frente. Sus ojos concentraron toda la rabia del universo:

—No vuelvas a tocarme. Dile a Polavieja que quiero ir a Kakarong. O mejor no le digas nada: iré por mi cuenta, no tengo que darle explicaciones ni a ti ni al gobernador de las islas Filipinas ¡ni a nadie! ¡Nadie va a decirme lo que puedo o no puedo hacer para encontrar a mi hija!

72

Elba pidió al servicio que le preparasen otra habitación. La confianza en Álvaro estaba rota para siempre. Esa noche, la rama de canela bajo su almohada le recordó, por fin, que tenía que salir de aquella cadena interminable de porqués. Si Silvia estaba viva, ella la encontraría, así tuviera que remover cielo y tierra. Si no, quería su cadáver. El de Juan nunca pudo velarlo, pero el de Silvia… el solo pensamiento de esa posibilidad le congelaba el alma de nuevo. Si su niña estaba, en efecto, muerta, quería acariciar por última vez su cuerpecito, abrazarla una última vez y enterrarla ella. En uno u otro caso, no tenía tiempo que perder, ahora toda su atención estaba puesta en un solo objetivo: ir a Kakarong. Encontrar a Silvia.

Se vistió con pantalones y se ató el pelo escondiéndolo bajo una gorra. Tomó un lámpara de aceite y bajó a la cuadra poco antes de que se alzara el sol. Enganchó la luz en un clavo de uno de los postes de las caballerizas. Observó, por un instante, a los dos caballos que rumiaban pacíficos su heno. Se acercó a uno de ellos y pensó que desearía poder sentirse como aquel animal, ajeno al mundo de intrigas que lo rodeaba. Le acariciaba el dorso con la cara apoyada sobre el calor de su cuerpo, cuando una voz le dio aviso por la espalda:

—Nos encontramos de nuevo.

—¿Angélica? ¿Qué hace aquí?

—Una de las Hijas de Sejmet españolas nos ha pedido que averiguáramos una información para usted.

—¿De quién se trata? —quiso asegurarse Elba.

—Supongo que a usted puedo desvelarle su identidad: Casilda Varela-Novoa. Su tía nos hizo llegar recado sobre el secuestro de su hija.

El telegrama que Lino había puesto, siguiendo sus instrucciones, había llegado a Galicia, y Casilda había informado a las Hijas de Sejmet en Filipinas, completando un largo viaje de ida y vuelta. Su tía, siempre el pilar más fuerte de la familia, no había dudado en tirar de todos los hilos necesarios para ayudarla de nuevo. Les dio gracias a los dioses por haberla puesto en su vida.

—¿Y? Dígame todo lo que sepa, se lo ruego. Ya no puedo más…

Angélica López Rizal la invitó a que se sentaran en dos pequeños taburetes de madera que divisó en una esquina del establo. Elba tomó la lámpara y la puso entre ambas para poder verse bien las caras. Aquella sería una información crucial y no quería perderse ni un detalle de aquella conversación.

—No tengo mucho tiempo. Toda mi familia está bajo máxima vigilancia. Pero no puedo faltar a una petición de las Hijas de Sejmet. Sé que han hecho todo lo posible por intentar mantener la paz en estas tierras, aunque haya resultado demasiado tarde. Lo importante es el compromiso de socorro mutuo que nos une por encima hasta de nuestros respectivos ideales.

—Y, sin embargo, ha sido inútil. Su primo está muerto y mi hija… —calló Elba, sintiendo cómo se le partía el alma.

—Mi tío, José Rizal es hermano menor de mi madre, Narcisa Rizal.

—Disculpe, hace ya unos años de nuestro breve encuentro en Kulangsu, pero las noticias que usted me transmitió resultaron ser muy reveladoras para mí y juraría recordar que usted me dijo que eran primos…

—No es usted quien debe disculparse. Mi apellido delata mi parentesco y, aun así, espero que comprenda que no pudiera dar pistas fidedignas a una castila recién conocida… Pero esto que vengo a contarle hoy, como Hija de Sejmet, sí es cierto: escúcheme, Elba, Silvia no estaba en Kakarong.

—¿Está segura? —preguntó Elba, aferrándose a aquel rayo de esperanza.

—Puedo asegurárselo. El Katipunan no tiene nada que ver con el paradero de su hija.

—¿Cómo lo sabe? La nota ponía KKK…

—Como entonces, hay cosas que es mejor que usted no sepa del todo. En estos tiempos, uno no puede fiarse de nada ni de nadie. En una orden de hombres de bien, como se supone que es la masonería, el Gran Secretario falsificó la firma del Gran Maestro… Ahora solo nos queda el Katipunan para sacar adelante los ideales de mi tío, y eso, de una u otra forma, ha terminado por costarle a él la vida. Mi tío Pepe ha sido traicionado por todos a los que amó, por la madre patria y, en cierto modo, también por los que dicen amar su patria eterna. Pero ya no queda otra vía… Solo las Hijas de Sejmet mantienen intacta la confianza que en ellas deposité.

—Pero entonces, ¿quién la tiene?

—Me encantaría poder decírselo. Imagino su sufrimiento. Pero la verdad es que eso no lo sé. Solo puedo asegurarle que no está en manos del Katipunan. Debo irme, no es bueno, para ninguna de las dos, que nos descubran parlamentando juntas. Espero, de corazón, que encuentre a su hija. Que el sol la guíe.

Elba se debatía entre la esperanza de creer a su hija con vida y el abatimiento de no saber dónde encontrarla.

Terminaron la conversación con el mismo agradecimiento sincero que siempre las había unido. Sabiendo que la suya era una lealtad mutua que nacía de la libertad de ambas en honrarla. Esa certeza de que alguien le era plenamente leal para Elba no tenía precio, pues, desde que perdió a Juan, no había vuelto a tener esa sensación más que gracias a su tía Casilda y a las Hijas de Sejmet. Invisibles, ellas habían estado siempre a su lado, por encima de la política, lo que no podía decir de Álvaro; por encima de la religión de cada una; por encima de sus afiliaciones personales a cualquier organización social, ya fuera masónica, religiosa o militar.

En casa de los Villarruel, Johanna encontró a Hugo. No era como antes. Algo había cambiado. Johanna se daba cuenta de que había algo en el tono que era del todo distinto: desconfianza. Aquel hombre recelaba de ella y Johanna de él.

—Mañana quiero que me lleves a visitar a Rosario —dijo Hugo—. Siempre me habéis dicho que ella estaba en el lugar en el que me encontraron.

—Es un convento, no les gusta que entren los hombres… —intentó evitar ese derrotero Johanna.

—Pues habrá que disuadir a las hermanas —insistió Hugo.

—¿Cómo?

—Como se disuade a todo el mundo.

—¿Con dinero?

—Suele ser la manera más rápida y efectiva, sí.

—No las entiendes, para las hermanas su reputación es más valiosa que unos reales.

—Habrá que acompañar el pecunio con discreción. Es una combinación muy eficaz. Lo haremos de forma y en un momento discreto que no las comprometa, por supuesto.

—No las conoces, Charito representa todo lo que odian: la masonería, la independencia del archipiélago, su insumisión como mujer. Quieren que sirva de ejemplo para escarmentar a todas las señoritas con posibles… y a sus padres también —hizo Johanna un nuevo intento—. Además, ¿qué dinero tienes tú? ¿No se lo habrás robado a don Faustino?

—¿No me crees capaz de haber podido ahorrar algo con mi trabajo en la Tabacalera? —eludió Hugo la respuesta—. Si tú no me acompañas, iré yo solo. Siempre pasaría más desapercibido con la intermediación de su mejor amiga, quien ya la ha visitado antes; pero si no quieres ayudarme, lo entiendo. A partir de ahora, debo acostumbrarme a hacer las cosas por mí mismo.

—No es eso, claro que te acompaño —cedió Johanna, confrontada con la posibilidad aterradora de que Hugo no la necesitara más.

—Perfecto, mañana iremos a última hora. No conviene que nos reconozca mucha gente. Tú entrarás primero, por la puerta principal, y yo esperaré fuera junto a la estatua de Santo Tomás, donde nos encontrábamos con Luis en nuestras noches de paseo…

—Lindas nuestras noches de paseo, ¿verdad? —quiso saber Johanna si quedaba algún rastro de todo lo que habían vivido juntos.

—Sí, lo eran —le concedió Hugo, incidiendo en el tiempo verbal—. Le darás mi donativo a la madre superiora y le pedirás que, en la noche, olviden cerrar la puerta de las caballerizas y que abran la de la celda de Rosario para que yo pueda entrar a conversar con ella. Asegúrale a la superiora que cuidaré de que nadie me vea —le explicó.

—¿Y si se niega? —se empeñó Johanna en dejarse un resquicio abierto.

—No se negará. Mejor dicho, tomará el sobre y no dirá nada, se limitará a permitirlo.

—Estás muy seguro.

—Es la naturaleza humana. Lo he visto toda mi vida.

Esa última frase cayó sobre Johanna como un jarro de agua helada, produciendo un escalofrío que le recorrió el alma.

—Si te empeñas… —claudicó ella.

—Mañana lo haremos entonces, no hay más que hablar. No me falles.

73

El viejo Doroteo Ong-junco se apresuró a abrir las puertas de su negocio, había que aparentar toda la normalidad posible. Aunque hacía más de dos semanas que Tinong ya había recogido toda la porcelana hecha añicos de los suelos, aún iban apareciendo algunos fragmentos pequeños por las esquinas que le recordaban al chino lo próximo que había estado de perder el favor de los espíritus y que le incomodaban tanto como la niña que Johanna y él mantenían encerrada en el galpón. Por si aquello no había sido advertencia suficiente, habían ajusticiado al doctor Rizal. Demasiadas señales en tan pocos días. No había tenido más remedio que cancelar el matrimonio convenido para Chan. Los ancestros no habían podido dejarle más clara la inconveniencia de esa unión. Y cada día que pasaba se convencía de que el mensaje también se refería a lo indebido de aquel secuestro.

Todo aquello lo había pillado con el pie cambiado, pero los años le habían enseñado algunas lecciones a las que daba vueltas mientras quitaba los candados de los escaparates: a los pequeños comerciantes no les convienen las guerras. Si estallaba una, solo unos pocos se beneficiarían con el estraperlo, pues la mayoría de comercios se verían obligados a cerrar sus puertas. Él debería pasar de satisfacer los deseos de sus vecinos a aprovecharse de sus necesidades más básicas. La guerra tampoco es buena para los jóvenes varones que serían reclutados. Él ya iba cumpliendo años y las guerras tampoco traen nada provechoso para los viejos. No lo enviarían al frente, eso era cierto, pero cuando el frente llegara donde él estuviera, a su edad, sería carne de cañón. Por último, la guerra tampoco ayuda a las mujeres, se preocupó entonces por su hija Chan. ¿Por qué entonces tenemos esta fijación por ellas?, se preguntó mientras abría las contraventanas para que entrara la luz del día y se reflejara en las miles de cajitas de latón que adornaban la pared del fondo de su negocio.

El sol despertó a Tinong, que dormía acurrucado en el hueco del mostrador. Desperezándose, aún con legañas en los ojos, como cada mañana, tomó la escoba corta de hierba seca y comenzó a limpiar el suelo antes de que llegaran los primeros clientes.

—Buenos días, patrón. Ya no queda ni un pedacito del estropicio que se organizó al caer el armario —dijo el joven recadero mientras adivinaba aún uno que asomaba bajo el mostrador y al que apuntaba el dedo acusador de don Doroteo—. No se preocupe, patrón. Tinong todo lo arregla —lo recogió el aeta a toda velocidad, aguantándose la sonrisa.

Mientras el muchacho adecentaba la tienda, Ong-junco, en silencio, con las manos agarradas a la espalda, miraba el amanecer asomado a la puerta de su negocio, como si Tinong no estuviera ahí; pero el aeta sabía que el viejo tenía ojos en la nuca y siguió barriendo. Doroteo lo llamó entonces:

—Sí, señor —obedeció de inmediato acercándose a él.

—Ve a la mansión Villarruel. Procura no llamar la atención, mira que debe estar la casa muy vigilada.

—¿Quiere que le diga algo a don Faustino?

—No, a don Faustino es al último que debes acercarte. Es uno de los hombres más vigilados ahora de todo el archipiélago. Como te pillen hablando con él, de repente acabas tú en la cárcel —le quiso aterrorizar el viejo.

Tinong sabía que el comerciante llevaba razón. Lo había comprobado muchas veces. Cuando llega el reparto de las culpas, siempre se las lleva el eslabón más débil de la cadena. Y ese solía ser él.

—Pues usted dirá, ¿qué quiere que haga?

—Quiero que avises a la señorita Johanna. Dile que es urgente: la espero donde ella sabe esta medianoche.

—¿Algo más?

—Nada más. Ella sabrá qué hacer.

Tinong cumplió con su cometido a carta cabal, como siempre. Y, después de llevar el recado a la señorita, en la noche, al ver salir al viejo por la puerta trasera, decidió ir tras él a hurtadillas, siguiendo sus pasos: no sabía qué se traía el viejo Ong-junco entre manos, pero si quería que a él y a Chan no les salpicaran sus líos, prefería estar prevenido. El color ébano de su piel, su pequeño tamaño y su inteligencia natural desbordante formaban una combinación perfecta para enterarse a hurtadillas de todos los misterios de la ciudad. Olía un secreto a leguas, y este no se le iba a resistir.

Vio a don Doroteo tomar la vereda del Pásig, en dirección al galpón de madera donde guardaba las existencias de materiales que luego sacaba a la venta, en las cantidades oportunas, para mantener los precios al nivel que le interesaban. No estaba lejos de allí, junto a la orilla, para facilitar la carga y descarga de los productos que llegaban al puerto, desde las barcazas que hacían el reparto por los esteros.

Era un almacén enorme sostenido por columnas de madera y con varios espacios separados por muros para no mezclar las sacas de arroz con los tornillos, las tuercas con los fardos de azúcar, las cajas de puros con las bolas de opio. En el fondo, en una esquina, estaba su oficina. Un lugar cerrado a cal y canto en donde el viejo no dejaba entrar a nadie, excepto en contadas ocasiones, a su esposa. A primera vista, desde fuera, se había ocupado de ocultarlo como si fuera un espacio más, lleno de chatarra. Sin embargo, Tinong, que no era la primera vez que lo seguía, sabía que tras la puerta había una suerte de despacho con muebles de las más valiosas caobas, enormes jarrones de porcelana china más altos que él y dos leones de piedra uno macho y otro hembra con un cachorro entre las patas, que daban la bienvenida a quien entrara, uno a cada lado de la mesa de oficina al fondo. Cortinas de las más finas sedas y un sofá de terciopelo rojo completaban un espacio en el que no había un hueco libre en el que descansar la vista.

El viejo dejó el portón ligeramente entornado. Tinong pensó que sería para que la señorita Johanna pudiera entrar, aprovechando él para agazaparse dentro. Vio al viejo abrir los candados de la puerta de su oficina y cerrarla tras de sí. Por fuera, el aeta escaló una pila de cajas y, desde allí, pudo divisar el interior de la sala a través del sucio cristal de un ventanuco que, junto al techo, hacía las veces de respiradero. No pudo creer lo que veía.

Escuchó entonces los goznes del viejo portalón, cuando Johanna llegó. Se quedó inmóvil. Ahora era esencial pasar desapercibido. Debía mantenerse en completo silencio. Lo había hecho muchas veces, pero no siempre era igual de fácil. Con semejante sorpresa en el cuerpo, pensó

que esta sería una de las difíciles. Tenía que conseguir bajar sus pulsaciones: respiró lenta pero profundamente y, sobre todo, sin hacer ruido, se repetía a sí mismo. Sintió latir su corazón en todo su cuerpo como si de una caja de resonancia se tratara, palpitándole hasta los oídos, y se preguntó si desde el exterior se escucharía también con la misma intensidad. La señorita Johanna entró sin llamar.

—Imagino que ya sabe que Rizal murió hace una semana. He querido esperar unos días. No convenía llamar la atención, pero ahora quiero una explicación —le dijo el chino nada más verla y obviando los saludos.

—A estas alturas lo sabe todo el archipiélago. ¿Y? —eludió el razonamiento Johanna.

—¿Cómo que «y»? ¡Me dijo que secuestrar a esta niña lo evitaría! Que su madre y el marido de esta conseguirían convencer a las autoridades peninsulares.

—La política es compleja —se limitó a decir Johanna.

—No podemos seguir así… ¿Y ahora qué hacemos con la cría? ¡Bastantes problemas tengo yo ya! Los ancestros deben de estar furiosos conmigo… —se lamentó Ong-junco.

—Disculpe, pero no entiendo. ¿Qué tienen que ver sus difuntos en esto? En cualquier caso, no perdamos la calma. Esta niña aún podría sernos de alguna utilidad para extorsionar a su madre.

74

—¿Qué saca usted con todo esto? —preguntó, molesto, el viejo comerciante chino—. No voy a mover un solo dedo más sin saber por dónde piso. Así que ya puede empezar a contarme todo lo que se trae entre manos o abro esa puerta y dejo escapar a la niña mientras cuento hasta cinco.

—Está bien, está bien…

—¡Empiece! —la exhortó Ong-junco .

—Es por Hugo.

—¿Qué tiene que ver ese hombre en esto? Nunca hemos sabido su origen y tanta proximidad con los Villarruel siempre me ha escamado. ¿No será el causante del arresto de Charito? Lo sabía… Él nos ha delatado a los peninsulares. Siempre pensé que era un infiltrado.

—Pero ¿qué dice? —lo contradijo enseguida Johanna—. Le aseguro que el propio Hugo sigue sin saber quién es… y, por supuesto, que no ha traicionado a los Villarruel.

—¿Y entonces?

—Ha comenzado a recuperar la memoria.

—¿Y qué recuerda?

—Que me haya dejado entrever, creo que poco. Pero ha repetido el nombre de la madre de la niña en sueños. En algún momento de su vida tuvo que haberse cruzado con ella. Creo que su memoria está a punto de aflorar a la superficie, como un manantial que ha estado acumulándose bajo la tierra durante mucho tiempo.

—Bueno, pues ese día ya nos lo contará él, ¿no?

Johanna demudó la cara. No quería saberlo.

—Puede que hubieran sido enemigos… se le altera el sueño al repetir su nombre —dijo Johanna.

—O sea que está haciendo esto para proteger a su enamorado de no sabe qué exactamente. ¿No cree que está yendo un poco lejos? Ya sabía yo que no debía haberle hecho caso… Además, ¿yo por qué tendría que involucrarme en sus líos de amores, jovencita? —preguntó, retórico y con tono severo, don Doroteo al sentirse engañado—. Si lo estoy entendiendo bien, me ha hecho secuestrar a la hijastra de uno de los castilas más importantes llegados desde la península, ¿para proteger a su prometido? —gritó, cada vez más fuera de sí, más enfadado consigo mismo que con la propia Johanna, por haberse dejado burlar por una muchacha—. ¡Esto se va a acabar! Nos tenemos que deshacer de ella —gruñó el viejo, para continuar hablándose a sí mismo—. Seguro que los ancestros me serán entonces más auspiciosos.

Tinong había visto y oído suficiente. Debía apresurarse. Haciendo honor al apodo que el viejo Ong-junco le había puesto, no esperó a que salieran: bajó silencioso por las cajas de madera apiladas, corrió como si tuviera seis piernas y se escabulló, silencioso, por entre los recovecos

del galpón. No en vano era el mensajero más veloz de todo Binondo. Tinong pequeño pero fuerte, iba repitiéndose a sí mismo. Tinong pequeño pero rápido, era lo que insistía a quienes no lo conocían para convencerles de que le dieran algún trabajo. No quería que su apariencia menuda los confundiera. Ahora se lo repetía a sí mismo para imprimirse más velocidad.

Ya casi sin fuelle, llegó a la casa donde vivía Lino con sus tíos en Intramuros. Miró a su alrededor y recogió piedrecitas que comenzó a tirar a la ventana de su amigo desde la calle hasta que Lino se asomó. Al divisarlo en la calle, haciéndole aspavientos, le hizo señales con la mano indicándole que esperara abajo. Descendió por las escaleras aún un poco renqueante por el golpe recibido.

—¿Qué quieres a estas horas? —le preguntó Lino.

—Tinong sabe dónde está Silvia.

—¿Cómo?

—Señorita Johanna la tiene.

—¿Quién es esa mujer? ¿Para qué la quiere?

—Señorita Johanna prometida don Hugo.

—¿Y?

—Don Hugo conoce doña Elba. Lo ha dicho señorita Johanna.

—¿Cómo que conoce a mi tía?

—Tinong recuerda que padre Lino era cochero José Rizal.

—Sí, yo mismo te lo dije, ¿y…?

—Tinong vio pelea de cochero José Rizal hace años.

—Hace cuatro años —precisó Lino para quien la fecha de la muerte de su tío Juan a manos de su padre había sido un momento, que, muy a su pesar, no podría olvidar.

—Tinong no sabe contar años —le recordó a su amigo—. Pero vio dos hombres pelear en el interior del coche de Rizal. Uno sobrevivió. Es Hugo, prometido señorita Johanna.

—¿Me estás diciendo que mi padre está vivo?

Tinong le miró confuso.

—Hugo está vivo. Tinong lo encontró en calesa del doctor Rizal hace años.

—Mira, hay algo que no te he contado sobre mi padre —dijo Lino, turbado por las noticias—. No fue una buena persona. A mi madre siempre le hizo daño y, después, según el abuelo José Severo, intentó extorsionar a mi tía Elba para quedarse con la fortuna familiar de los Syquia que recaería por completo en Silvia como única heredera. Cuando no lo consiguió, terminó asesinando a Juan Syquia, su primo y el padre de la niña. La pelea que tú viste posiblemente fuera la que libraron mi tío Juan y mi padre Ling, costándole la vida al primero. Desde entonces, no volvimos a saber nada de mi padre, preferíamos darlo por muerto, lo que, por su adicción al opio, no sería extraño, pero era más un deseo que una certeza. Sin embargo, mi abuelo siempre temió que regresara en busca de la fortuna de los Syquia o a dañar a mi madre.

Tinong lo miraba extrañado, sin entender muy bien todos esos enredos de familia y aún sofocado por la carrera. Lino concluyó que Ling, en su nueva vida como Hugo, al descubrir el regreso de Elba y Silvia, había reactivado sus planes de hacerse con la fortuna de su prima.

—Hugo prometido señorita Johanna —repitió Tinong—. Ella vive en casa rica, pero es pobre. No tiene dote. Tinong lo ha escuchado muchas veces a las clientas de la tienda, cuando preparaban gran fiesta para anunciar su compromiso.

—Todo encaja —se convenció Lino a sí mismo—. Este hombre hasta cuando regresa de la muerte es para hacer daño —dijo, preocupado porque las maldades de su padre pudieran alcanzar

a Silvia—. Si se ha dado cuenta de que su prometida no tiene fortuna, su avaricia por la de mi prima se habrá despertado de nuevo.

—Tinong sabe dónde está Silvia —volvió a decir—. Deprisa, Tinong escuchar: «Hay que deshacerse de ella» —interpretó, poniendo voz grave.

—Hay que avisar a mi tía —dijo Lino con el rostro denodado.

Álvaro no había regresado a dormir. Tras la victoria en Kakarong, todas las autoridades peninsulares llevaban días reunidas para evaluar la situación y Polavieja, perro viejo que no las tenía todas consigo, había reclamado su presencia, por si hubiera que parlamentar con alguna potencia extranjera. Era el único peninsular que no vestía hábitos, que hablaba otros idiomas. Además, el general calculó que necesitaría cobertura con el Ministerio de Estado si las cosas se iban de las manos.

Lino tocó con mesura la puerta de la habitación a la que se había trasladado su tía. Nadie respondió, así que tocó con más bríos. Ella abrió anudándose la bata al tiempo que sostenía un candil encendido.

—¿Lino? ¿Qué quieres? —dijo extrañada al ver a su sobrino—. ¿Te encuentras bien? ¿Te pasa algo? ¿Te duele el golpe que te dieron? —acertó a decir, procesando todavía su conversación con Angélica López Rizal.

—Tía, vístase, es importante. Sabemos dónde está Silvia. Es mi padre quien la tiene secuestrada.

—¿Cómo? ¿Tu padre de nuevo? José Severo y Teresita siempre temieron que volviera de los infiernos…

—Él no murió. Peleó con mi tío Juan, lo mató y él quedó malherido, pero no llegó a morir. Alguien lo salvó.

Elba no podía dar crédito a lo que escuchaba. Pero tenía sentido. Ling era un mal hombre que siempre quiso la fortuna de su primo Juan y para quien Silvia era el principal escollo en su plan de hacerse rico. Si los intereses políticos contra ella necesitaban un brazo ejecutor y Ling seguía vivo, podía imaginarlo prestándose solícito. No sabía cómo encajaba aquel malnacido en toda esa historia, pero iba a averiguarlo. Se atavió de nuevo y, desoyendo las recomendaciones de Álvaro de que no saliera bajo ningún concepto, se fue a seguir aquella pista que le traía Lino. Cualquier cosa antes de quedarse de brazos cruzados ni un segundo más.

—¿Quién es este muchacho? —le preguntó Elba cuando llegó a la planta baja donde Tinong los esperaba.

—Es un amigo, tía, confía en mí. Yo prometí que cuidaría de Silvia y lo voy a hacer. Tinong nos llevará al lugar donde la tienen retenida.

75

Johanna regresó a la mansión Villarruel cerca de las dos de la madrugada. La casa estaba a oscuras, en un luto preventivo por el arresto de Charito, y en silencio, en una calma premonitoria de lo que podía estar preparándose contra don Faustino. Johanna se quitó los zapatos al entrar para no hacer ruido, cuando una cerilla se encendió en la escalera. Era Hugo.

—¡Me has asustado! —exclamó ella—. ¿Qué haces ahí sentado?

—Hago guardia mientras te espero —respondió mientras aprovechaba la lumbre del fósforo para encenderse un cigarrillo—. Hay rumores de que pueden venir a por él en cualquier momento. Ya creía que habías olvidado que tenemos una cita.

—La cita no es conmigo, es con Rosario —le reprochó Johanna—. ¿Piensas velar el sueño del viejo Villarruel todas las noches?

—En lugares peores he dormido a lo largo de mi vida. ¿Y tú de dónde vienes a estas horas?

Algo de la respuesta de Hugo la dejó intranquila.

—¿Llevas un arma? —se percató y eludió con ello la respuesta.

—Hay que defenderlo. ¿Qué pretendes, que les pida por favor que se vayan? ¿Sabes? Cuando era pequeño, vivía en Kulangsu en un pequeño cubículo.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Johanna, escondiendo su terror bajo una pátina de ilusión fingida.

—Sí.

—¿Qué más recuerdas?

Cuando Elba y los muchachos llegaron al lugar indicado por el aeta, la noche envolvía el galpón. La puerta estaba cerrada. Tinong buscó bajo unas piedras cercanas y excavó con las uñas. Encontró la cajita de latón donde don Doroteo escondía una llave de emergencia. Era una costumbre que el viejo tenía en todas sus propiedades, había observado Tinong.

—En la puerta trasera de la tienda también tiene otra llave de emergencia —dijo Tinong, soplando para quitarle toda la arena y que entrara bien en la ranura de la cerradura.

El almacén estaba totalmente a oscuras y Tinong les pidió, con un gesto, que no se movieran. A tientas, él sabía encontrar la antorcha que el viejo Ong-junco siempre dejaba tras la puerta por si la urgencia era nocturna: no todos los productos que guardaban serían del todo bien vistos por las autoridades aduaneras. «Hay negocios que solo pueden florecer de noche», solía decir el viejo y repitió Tinong en voz alta.

La prendió con un fósforo que el aeta llevaba siempre a mano, bien entre los dientes, bien en un bolsillo o ensartado en uno de sus tupidos rizos junto a la oreja derecha, o la izquierda, lo mismo daba. Alumbrándose ya con la antorcha, se acercaron a la oficina, pero también echaron

en falta la segunda llave. Tinong y Lino levantaron cada macetero viejo y cada cajón cercano, pero no la encontraron. De esa el viejo no se desprendía nunca.

Tinong subió entonces, de nuevo, al ventanuco y vio a la niña atada y amordazada, pero dormida sobre el sofá rojo de terciopelo.

—Está ahí. Duerme.

Las predicciones de Hugo con la superiora se cumplieron con precisión de adivino. La frustración comenzaba a burbujear en el interior de Johanna por estar haciendo algo que, en realidad, no quería, pero, sobre todo, por comprobar la inmensa independencia de criterio que demostraba Hugo. Hasta ahora, su prometido no la había contradicho nunca de manera tan frontal y ella había sabido llevarle siempre a su terreno. Como un perro herido al que encierran de cachorro, había terminado por asumir su destino, al ser aquella la única vida que le era conocida. El hombre que había encontrado al pie de la escalera no era el que habían traído hace cuatro años de casa de Doroteo Ong-junco.

—¿Ha aceptado la superiora? —preguntó él tan pronto Johanna estuvo a su altura.

—Sí —se limitó a reconocer ella muy a su pesar—. Yo te acompañaré.

—No. Hemos prometido discreción. Si alguien me viera, bastaría con acusarme de ladrón. Pero si te vieran a ti sería demasiado sospechoso y comprometido para las hermanas.

—¡Pero…! —intentó resistirse Johanna, con la rabia al borde de la explosión.

—Esta es una conversación entre Rosario y yo —zanjó Hugo—. Me lo debéis todos. Quédate aquí en casa. Además, alguien debe continuar la guardia para, al menos, dar la alerta si vienen a por don Faustino.

Como habían acordado, Hugo solo tuvo que empujar ligeramente el portón de las caballerizas del convento que alguien convenientemente había olvidado cerrar y este cedió lento pero sin resistencia. Una vez dentro, siguió las indicaciones que le había dado Johanna sobre el lugar donde estaba encerrada Rosario. Allí se topó con la hermana cancerbera. Con su toca negra y sin mediar palabra sacó el manojo de llaves que tenía atado al cinto con un cordel y le dio acceso a la celda.

Hugo y Rosario conversaron hasta que la religiosa, apostada del otro lado de la puerta rezando el rosario, lo conminó a irse antes de que se levantaran el resto de las hermanas para el rezo de maitines. Fue tajante: el amanecer no podía encontrar un hombre en el convento. Hugo comprendió y se escabulló como había entrado, sin dejar rastro.

El silencio de los pasillos de piedra era atronador o quizás lo eran sus pensamientos revueltos aún en un mar de dudas. Volvió sobre sus pasos y, al salir de las caballerizas, en la esquina divisó la calesa de los Villarruel. Miró a diestra y siniestra para asegurarse de que ningún borracho o, peor, ningún agente de la Guardia Civil veterana andaba vigilando sus pasos. Se acercó y, en ella, como imaginaba, estaba Johanna.

—¿Y? —preguntó ella, al ver aparecer el rostro de Hugo dentro del carruaje.

—Volvamos a casa —se limitó a responder él, molesto por el riesgo innecesario que había asumido la joven y porque hubiera dejado solo a don Faustino.

Durante el trayecto no intercambiaron palabra. Hugo paró el carruaje frente al portón del jardín de los Villarruel y le pidió que se bajara, pues él tenía cosas que hacer. Johanna no aguantó más y lo interpeló:

—¿Ha sido una conversación útil? —insistió, inquieta.

Haber sido excluida de nuevo echaba sal en una herida que llevaba supurando amargura desde que podía recordar.

—En parte. Ella estaba donde me encontraron aquella noche, pero dice que no sabe cómo llegué hasta allí. En todo caso, ya sé por dónde debo seguir tirando del hilo.

—¿Por dónde?

—Me ha contado que me encontraron en una calesa junto al negocio de Doroteo Ong-junco. Es todo lo que han podido saber.

A Johanna le entraron sudores fríos. Tenía que ocurrírsele algo para disuadir a Hugo y con urgencia. Si hablaba con el comerciante chino, este podía irse de la lengua. El viejo no quería tener a la niña retenida por más tiempo y, si Hugo iba a hacerle preguntas, sus ansias por quitarse el problema de encima se acrecentarían.

—Creo que, antes, tú también me debes una conversación —dijo Johanna armándose de coraje y sin bajarse del carruaje.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu hijo. El que llevo en mi vientre y que parece no importarte nada —le reprochó Johanna.

—Ya te dije cuando me lo anunciaste que me haré cargo de él. Puede vivir conmigo.

—¡Vivirá conmigo, que para eso soy su madre! —se exaltó Johanna.

—Eso no es garantía de que vaya a estar mejor contigo, pero no voy a pelear. Será como tú quieras, yo te ayudaré en todo. Pero no me casaré contigo.

—Bonita manera… —dijo Johanna, devorada por la desazón.

—No es momento ni lugar para esta conversación. Tenemos nueve meses para decidirlo. Ahora debo ir a ver a Ong-junco. Si no quieres bajarte, puedes venir conmigo —concedió Hugo, convencido de la testarudez de la joven después de que lo hubiera esperado en medio de la noche en contra de su criterio.

—No, está claro que ya no me necesitas para nada —dijo ofendida sin dejarse ayudar. Bajó del carruaje de un brinco y dejó a Hugo atrás.

Cuando lo perdió de vista, Johanna corrió al establo de la mansión Villarruel, tomó un caballo y lo azuzó en dirección al galpón junto al Pásig. Tenía que sacar a la niña de ahí y llevársela a otro lugar antes de que el viejo Ong-junco, con o sin Hugo, lo hiciera.

76

Mientras tanto en el almacén:

—¿Silvia puede abrir la puerta? —preguntó Elba a Tinong, susurrando para no despertarla y que no se pusiera nerviosa.

—No. Niña atada de pies y manos. Y boca tapada —dijo el aeta.

—Tiremos la puerta —dijo Elba, impaciente ante la imagen de Silvia que le acababa de dibujar en la mente.

—¡Espere! No hacer ruido, hombres de don Doroteo pueden rondar cerca. Tinong, pequeño, cabe por ventanuco.

—¿Estás seguro? Es un salto bastante alto —dijo Lino.

—Tinong puede. Dame esa cuerda y échame mano —le dijo a su amigo para que le ayudara a encontrar la manera de descolgarse del otro lado.

Desde la calle se oyó aproximarse el sonido de los cascos de un caballo. Tinong, a través del ventanuco, tiró la cuerda por encima de una de las vigas de madera del techo, se estiró para recoger el cabo del otro lado, lo anudó lo mejor que pudo y, sin pensarlo dos veces, se dejó caer. Elba apagó la antorcha en un cubo de agua cercano, y Lino y ella buscaron dónde ocultarse. Se oyó a alguien entrar y buscar algo sin suerte. La antorcha, pensaron los tres intrusos escondidos. El sol se iba abriendo camino y la claridad comenzaba a entrar por los respiraderos con forma de flor que había en todas las paredes para facilitar la circulación del aire y evitar que el moho malograra los productos hasta que llegara el momento de venderlos.

Johanna calculó que la antorcha, en breve, no sería necesaria, dejó de buscarla y decidió adentrarse entre las sombras del viejo galpón lleno de polvo. Llegó a la oficina, sacó la llave que le había dado Ong-junco y abrió. Se disponía a despertar a la niña, cuando Elba entró sin previo aviso:

—Suelta a mi hija —le espetó con voz firme.

La niña abrió mucho los ojos al ver a su madre y comenzó a sollozar tras la mordaza.

—Antes debes devolverme algo —respondió la holandesa, sosteniendo a la niña junto a sí.

—¿Qué quieres?

—A Hugo.

—¿Quién es Hugo? —preguntó Elba confundida.

—Mi prometido. El hombre al que salvé la vida y al que me he dedicado en cuerpo y alma los últimos cuatro años. El que no para de repetir tu nombre en sueños. Mi vida, por fin, tenía sentido, pero tu solo nombre lo amenazó todo.

—¿Ling? Ese sinvergüenza mató a mi marido para quedarse con su fortuna. ¿Por eso queréis deshaceros de su heredera ahora? Puedes quedártelo, no querría a un hombre como ese a mi lado ni regalado.

Johanna se quedó algo confundida al escuchar la historia de un Hugo que ella no había conocido nunca. El hombre del que ella se había enamorado era considerado y generoso en exceso. A esa prodigalidad se había agarrado ella para mantenerlo a su lado. Elba, con Lino siguiéndole los pasos de cerca, se iba acercando a Johanna y a la niña. Tinong, quien, una vez dentro, se había agazapado en el hueco de la mesa de don Doroteo, continuaba escondido, a espaldas de Johanna.

—¡Aléjense! —les ordenó Johanna sacando un cuchillo de debajo del fajín de su vestido y mostrándoselo, en alto, a la madre con una mano, mientras con la otra sujetaba a Silvia—. Tu solo nombre ha hecho tambalear mi vida, la que comenzó el día que lo llevaron a la casa de los Villarruel —le dijo.

—Lo único que quiero es a ese hombre lejos de mí y de mi hija. ¡Quédatelo, pero dame a la niña! Nos iremos de Manila, nunca más volverás a vernos —le aseguró Elba.

—No es tan fácil. Te buscará. Lo sé.

Elba la creyó: sabía que Ling había vivido obsesionado con la fortuna de Juan. Si seguía vivo, y, por lo que estaba averiguando de aquel precipitado y confuso lanzamiento de reproches, lo estaba, las perseguiría sin tregua.

—Cuando don Faustino me encargó su cuidado, mi vida adquirió, por fin, un propósito. ¿Qué voy a hacer yo si me deja? —Johanna acompañó su lamento pasando el filo del cuchillo sobre la mejilla de la niña—. ¡Yo era feliz, estaba construyendo una vida propia! —dijo, reclamándole a su dios cristiano más que a la propia Elba—. Hasta que un día, tu solo nombre lo amenazó todo. Desde que te vio, lo ha repetido cada noche —espetó, dirigiendo, entonces sí, su rabia hacia ella y con los ojos llenos del odio concentrado en su alma a lo largo de toda una infancia desatendida —. Por eso, te deseo la muerte.

Al escuchar aquello, Lino por delante y Tinong por detrás comenzaron a aproximarse, de forma coordinada, a las dos mujeres, hasta que Johanna apretó el cuchillo contra el cuello de la niña, deteniendo su avance en seco.

—¿Me vio? ¿Cuándo me vio? —preguntó Elba, haciendo acopio de toda la sangre fría de era capaz y distraer así la atención de Johanna.

—En el baile de los Villarruel, cuando anunciamos ante toda la alta sociedad de Manila nuestro compromiso. Ese debía haber sido mi día de gloria. El de mi venganza por tanto tiempo esperada: la bastarda anunciaba su boda junto a la hija legítima, ahí, delante de todos, al lado de mi padre. Y, sin embargo, fue allí cuando todo comenzó a desmoronarse ante mis ojos como un castillo de arena al que le pasan las olas por encima.

Unos días después de ese baile fue cuando se llevaron a Silvia. El muy malnacido…, pensó Elba, convencida ya de la complicidad de esa mujer con Ling, el primo de su marido.

—El que tú llamas Hugo, Ling en realidad, nunca fue un hombre de palabra. Créeme cuando te digo que la vida te está haciendo un favor —intentó convencerla Elba.

—Yo puedo dar fe de ello, señorita. Soy su hijo —intervino Lino—. Golpeaba a mi madre, se aprovechó de ella siempre que tuvo ocasión y nunca se ocupó de mí —dijo el joven, seguro de que no iba a dejar la vida de Silvia a merced de lo que fuera que su padre había hecho con la cabeza de esa mujer.

—¿Eres hijo de Hugo? —preguntó Johanna, confusa.

Johanna recordó que tenía una, aún breve, falta. ¿Y si fuera verdad lo que le había dicho a Hugo a la desesperada para no perderlo? ¿Y si el tiempo confirmaba que estaba embarazada? ¿Y si, al recuperar la memoria, también regresaba esa personalidad perversa, de la que hablaba ese

que decía ser su hijo, y que, para ella, había estado oculta hasta ahora? El Hugo al que se referían esas personas no se ocuparía de ellos. ¿Qué iba a hacer ella con un bebé, sin fortuna y sin familia a la que acudir? ¿Por qué, por qué, por qué? Comenzó a preguntarse en un círculo vicioso del que no encontraba la salida. ¿Por qué la vida le dio una madre que la ignoraba? ¿Por qué el Dios cristiano le dio un padre que la abandonó y otro que la ocultó? ¿Por qué todos los dioses del panteón chino le habían dado el mayor regalo imaginable llevándole a Hugo a su propia casa para arrancárselo después con un desprecio tan cruel?

En ese momento, Hugo hizo acto de presencia. Ong-junco le había llevado hasta el galpón. A espaldas de Elba, sobrepasó a Lino, estupefacto al verlo, como si tuviera ante sí un ánima regresada de la muerte. Tinong, desde el otro extremo, vio la cara atónita de su amigo sin entender bien. Silvia, al descubrirlo, aún amordazada, abrió mucho los ojos y comenzó a lanzar gritos ininteligibles, ahogados por el trapo que le obturaba la boca. Johanna la aproximó más a ella y le apretó el filo del cuchillo al cuello, lo justo para que la niña soltara una exclamación entrecortada por el miedo al sentir el frío punzante.

—Johanna, tú no quieres hacerle daño a la niña —afirmó Hugo.

Esa voz. Elba sintió que el corazón le saltaba del pecho. Se giró para comprobarlo: ahí estaba, era cierto. No era Ling. Era Juan.

Detrás de él, la figura de Álvaro se dibujó enmarcada en la puerta, apuntando con un arma.

77

—¡Suéltala! —ordenó Álvaro, apuntando a Johanna.

—¡No, cuidado! —intervino Hugo—. ¡No dispare! Está embarazada —advirtió.

Se negaba a tener que elegir entre sus dos hijos: una, a la que acababa de recordar y hacía cuatro años que no veía. Estaba tan mayor…, pensó. Otro que aún no había nacido.

—Juan… —solo acertó a decir Elba.

—¿Juan, Ling, Hugo? ¿Quién eres? —lanzó Johanna una risa histriónica—. ¿Acaso todos se están burlando de mí? —chilló, a continuación, temblorosa y vacilante entre las lágrimas y la rabia.

—Quítale la mordaza a la niña, por favor, no puede respirar bien —quiso distraerla Hugo.

—¡No! No sé quién eres. Pero si eres Hugo, ya me dejaste claro que no me amas… —dijo, a duras penas, la holandesa inundada en lágrimas.

—Johanna, tenemos tantas cosas que aclararnos, por favor. No hagas nada irreversible. Es cierto que no he podido amarte hasta ahora como tú querías que lo hiciera y no sé si podré hacerlo algún día, pero te aseguro que, si le haces algún daño a esta niña, nunca te amaré. Nunca, de ninguna forma. ¿Me oyes? No podría sentir amor, de ningún tipo, por la asesina de mi hija, lo entiendes, ¿verdad?

—Así que ya tienes una hija… —se sorprendió en voz alta Johanna con la voz quebrada mientras Álvaro notó que le temblaba el arma en la mano por la confusión que tanta información repentina le causaba.

Johanna se quedó pensativa, estaba agotada. Su cuerpo, su mente y su corazón estaban exhaustos de llevar sobre sí una inmensa carga de soledad. Incluso allí, atrayendo la atención de tanta gente, sentía una distancia infinita de todo el mundo. Y ahora también de Hugo. Aquel era el único hombre que la había hecho sentir alguien, que había sentido próximo, atento a sus necesidades. Ya no sabía quién era él, pero si quedaba algo del Hugo que ella cuidó con todo su cariño, sabía que lo que decía era cierto. Hugo no podría perdonarla si lastimaba a la cría. Lentamente, retiró el cuchillo del cuello y se dispuso a cortar con él el pañuelo que la amordazaba para que Silvia pudiera respirar mejor, pero mantuvo sus manos atadas.

Álvaro, por su parte, aún apuntando con la pistola a Johanna, calculó que tras las verdades que se habían desvelado entre Elba y él, ahora tenía delante su única posibilidad de redención ante ella: salvar a Silvia. La vida de aquella mujer para él no significaba nada.

—Suéltala o disparo… —dijo despacio Álvaro, apretando la empuñadura y acercándose al centro de la sala sin bajar el arma.

Johanna irguió la cabeza y desvió su mirada, ahora más firme que nunca, desde Juan hacia Álvaro, volviendo a apretar el cuchillo sobre el cuello de Silvia. Todos contuvieron la respiración y ella sintió, por primera vez, el sabor del poder impregnar su alma.

—¡No, quieto! —ordenó Juan, furioso por aquella intromisión.

—¡Usted no se meta! —respondió Álvaro, sosteniendo el arma y con la mirada fija en Johanna—. ¿Quién se cree que es?

—El padre de Silvia —se apresuró a confirmar Elba.

—¿Cómo? —exclamó Álvaro confundido y retirando su vista por primera vez del objetivo—. ¿No está muerto?

—Johanna, yo… no soy la persona que has conocido estos cuatro años. No soy Hugo León. Soy Juan Syquia —quiso explicarle Juan—. He podido recordarlo todo.

Johanna permaneció en silencio unos segundos que a todos les parecieron eternos.

—¿Y ahora qué? ¿Hugo León nunca existió? ¿No estuve nunca entre sus brazos? Nunca me amó en realidad… —preguntó, y lo admitió, por fin, apretando ahora la punta del cuchillo contra la piel de la niña.

Una gota de sangre asomó del cuello de Silvia, quien elevó el tono de sus sollozos.

—Te lo ruego, Johanna… —dijo Juan.

—Ahora te irás con tu mujer y con tu niña…, ¿verdad? Tú también me abandonarás… ¿Y yo qué? ¿Qué será de mí? ¿Qué van a decir de mí? De la hija *bastarda* —empapó de rencor la palabra— de don Faustino Villarruel. Con Charito detenida, mi padre vigilado… y mi prometido… casado… con una española… ¿Quién se va a ocupar de mí? ¿Qué vida me espera a mí? —se preguntó insistente Johanna.

—Yo no soy quien tú pensabas, pero tú sí eres quien yo sé. Johanna, te conozco, tú no quieres hacer daño a una niña —intentó apaciguarla Juan.

Entonces Johanna se giró hacia Elba.

—Tu nombre solo lo amenazó todo —repitió Johanna, bajando la cabeza abrumada por la constatación de su sueño destrozado, pero sin separar el cuchillo del cuello de Silvia.

Álvaro avanzó un paso y Tinong tiró uno de los jarrones chinos que se amontonaban en la oficina, rompiéndose contra el suelo. El estruendo asustó a Johanna que levantó con brusquedad la cabeza y tiró de la coleta de la niña hacia atrás exponiendo a todos el cuello de Silvia y sus intenciones.

Se oyó un disparo. Una sola bala cruzó la sala.

—¡Silvia! —gritó Elba, abalanzándose sobre su hija.

78

Calle Ylaya, 176, barrio de Tondo, Manila, 3 de julio de 1892.

—¿Qué ha sido eso? —se había preguntado Ong-junco, sobresaltado por el sonido de lo que parecía ser una detonación en la calle.

No quería interrumpir al hermano recién llegado de un largo periplo desde la península, justo cuando comenzaba su intervención, pero debían ser cautos y aquello le había parecido un disparo. Las autoridades militares estaban alertadas de su llegada, el gobernador general Despujol no se había portado mal con Rizal a su arrivar, pero no debían confiarse. Toda precaución era poca.

—«Los fines de la Liga Filipina son: primero, unir todo el archipiélago en un cuerpo compacto, vigoroso y homogéneo. Segundo, protección mutua en todo apuro y necesidad. Tercero, defensa contra la violencia y la injusticia. Cuarto, fomento de la instrucción, la agricultura y el comercio. Quinto, estudio y aplicación de reformas…» —declamaba José Rizal ante los presentes los estatutos manuscritos en cuya redacción había estado trabajando en Hong Kong.

Mientras tanto, Doroteo Ong-junco, inquieto por aquel ruido que parecía haberse producido a las puertas de su negocio, se giró sobre su espalda y agudizó el oído. En ese momento, Tinong, quien, raudo y discreto, se había colado en la reunión, interrumpió la preocupación de su patrón tirando de su camisa de tela de piña para llamar su atención.

—¿Qué haces aquí? —le reprendió en voz baja, para no distraer a los asistentes—. Te he dicho que esta es una reunión secreta.

—Tiene que venir, patrón.

—Ha sido un disparo, ¿verdad? —se alegró primero Ong-junco de mantener su intuición tan intacta como sus otros cinco sentidos y, a continuación, dando paso en su cabeza a la intranquilidad.

—Sí, patrón. Por eso Tinong ha venido a avisarlo.

—Maldita sea, lo que nos faltaba. Justo el día que no queremos llamar la atención. ¡Vamos, indícame dónde ha sido!

Salieron al soportal y Tinong apuntó con el dedo a una de las calesas. Llevaba lloviendo a mares un buen rato y Doroteo Ong-junco agradeció que el agua hubiera ahuyentado a los curiosos. Tanteó a su espalda, a la altura del riñón derecho, la empuñadura de madera de su kris y recobró su confianza.

—Ha sido ahí. Yo lo vi —le aseguró Tinong.

«Esa es la calesa de los Rizal. Venían a por él», pensó el comerciante chino.

—¿Estás seguro, muchacho?

—Sí, don Doroteo.

—¿Eran castilas? —preguntó, azorado y tirándole de la oreja para forzarle una veloz confesión.

—No, no señor.

Al aproximarse, Ong-junco comprobó que en el lodazal aún permanecía la marca de alguien que hubiera acarreado un saco grande. Más bien un cuerpo, pensó, al percatarse del tono rojizo de un rastro de sangre aún fresca en el fango. La intensa lluvia pronto borraría las huellas que el peso de aquel cuerpo inerte, de quien quiera que fuese, había horadado en el suelo y eso le tranquilizó. Echó mano del kris, desenfundó su cuchilla flamígera y, sujetándolo con fuerza por el mango de madera ricamente ornamentada, se acercó sigiloso hasta la altura de la calesa. En su interior, un solo hombre ¿muerto o herido?, se preguntó. Subió al carruaje y comprobó que aún respiraba. Tinong, desde fuera, no perdía detalle de cada paso de su patrón.

—Tinong encontró este hombre en Binondo. Él preguntó a Tinong por la casa donde Rizal debía reunirse.

—¿Buscaba a Rizal? —preguntó incrédulo Doroteo, aunque no sabía por qué seguía sorprendiéndole el tino de su propio instinto, pues nunca le había fallado.

—Eso dijo, patrón.

—¿Y tú le trajiste aquí? —preguntó el comerciante abofeteándolo.

—No, no. Tinong no dijo nada —mintió el aeta para contener la furia del viejo.

—No creo una palabra de lo que me dices. Pero ahora no tengo tiempo de castigarte. Ve a la casa, diles a mis hombres que vengan a ayudar. Tenemos que sacarlo de aquí antes de que llame la atención de las autoridades.

Tinong salió corriendo, como si tuviera más de dos piernas, y, en breve, regresó con cuatro mozos de confianza de Ong-junco.

—Vosotros dos, llevadlo a mi casa, deprisa. Los demás, limpiad el carruaje, que no quede ni una gota de sangre, ¿entendido? Tinong, ¿sabes conducir una calesa?

—Claro, Tinong sabe —dijo sin dudar, al intuir la posibilidad de hacerse perdonar o de ascender a cochero y que dejaran de dolerle los hombros de cargar con las varillas.

El peso de la vara de la que hacía colgar las bandejas de bambú cargadas con todo tipo de frutas que le mandaba transportar su patrón, de un lado para otro del parián, le había dejado una marca de rozadura en el cuello y los hombros, que posiblemente no se le iría ya nunca.

—Muy bien, cuando la reunión termine, tú te encargarás de llevar al doctor Rizal a su casa. Y si alguien te pregunta: aquí no ha pasado nada, ¿me has oído?

—Por supuesto. Tinong no ve nada, Tinong no oye nada y Tinong no habla nada. Como siempre, don Doroteo. Ya sabe usted: Tinong no solo el más rápido, también el más fiel de todos sus servidores.

Aquel hombre inconsciente pesaba como un fardo. Los porteadores de Ong-junco, que no se caracterizaban por su fineza, al sacarlo por las extremidades, propinaron al moribundo un golpe seco contra la pared de la calesa en la zona frontal de su cabeza.

—Lo que nos faltaba —se desesperó Ong-junco ante la falta de pericia de sus mozos—. ¿Es que queréis terminar de matarlo? —preguntó sarcástico.

Doroteo Ong-junco se cuestionó entonces si era la mejor idea mantenerlo con vida. No sabían quién era. Tan solo que había llegado preguntando por Rizal. Así que dedujo que podía ser algún conocido suyo o un hermano llegado de alguna logia del sur de China. No debería dejar morir a un hermano, pero tampoco ayudar a un enemigo. Sería mejor que otros tomaran la decisión,

concluyó finalmente, por lo menos hasta poder comprobar su origen y filiación. Ya en el interior de la casa, dio instrucción de cargarlo y llevarlo hasta el fondo.

De repente, se abrió la puerta y todos los reunidos fueron bajando las escaleras y saliendo hacia la calle, aguardando un rato entre uno y otro para no amontonarse. José Rizal y el padre de Charito se quedaron rezagados, enfrascados aún en la conversación y abandonaron la sala en último lugar. Al llegar al patio, fueron interpelados por Ong-junco y la muchacha, para que se dirigieran a la cocina, donde les mostraron el cuerpo de aquel hombre sobre la mesa.

—Doctor, eres el único médico en la casa —dijo Doroteo.

—Estaba en su calesa —apuntó Tinong.

—¿Y mi cochero?

—No sabemos. Hubo un tiroteo —dijo el joven aeta.

—¿Quién eres tú? —preguntó el doctor Rizal.

—Tinong. Es uno de mis ayudantes. Es de confianza. Dice que llegó preguntando por ti —apuntó Ong-junco—. ¿Lo conoces? ¿Qué quieres que hagamos con él?

—No le conozco, pero preguntar por mí, hasta dónde yo sé, no es ningún delito.

—No, claro que no —quiso aclarar Ong-junco el malentendido.

—La herida tiene mal aspecto. Hay que operarle sin dilación —dijo el médico tras una breve observación.

—Puede ser peligroso, no sabemos quién lo envía ni cuáles son sus intenciones —intervino Faustino Villarruel.

—Primero le salvaremos la vida, después podremos preguntarle. Pero antes quiero hablar con este muchacho a solas, por favor —pidió el médico para no intimidarlo con el miedo que le daba su patrón y con la mano pidió que don Faustino, Doroteo y Charito se alejaran—. ¿Tú encontraste a este hombre? —le preguntó bajando la voz.

—Tinong lo encontró —reconoció el aeta.

—Y Tinong eres tú… —quiso asegurarse de estar comprendiendo la peculiar manera de hablar del muchacho. Tinong afirmó con la cabeza—. ¿Vino solo?

—No. Eran tres: uno ilocano, Tinong, nació en los montes cercanos y conoce el habla de Ilocos. Y dos chinos. Uno este. —Apuntó con el dedo el cuerpo del hombre sobre la mesa de la cocina—. Ilocano y este preguntaron dónde era reunión con Rizal.

—¿Y tú les trajiste?

—Tinong no quiere problemas —eludió la respuesta asustado de que don Doroteo pudiera molerlo a palos si se enteraba de que él había llevado a aquel hombre hasta su casa el día que se celebraba la reunión de la que nadie debía saber más que los convocados.

—No se lo diremos a nadie. Será un secreto entre tú y yo, pero debo saberlo —le animó Rizal, ofreciéndole la mano para sellar un pacto de caballeros.

Tinong le miró la palma extendida ante sí. Había visto cómo los castilas hacían ese gesto, pero nunca nadie le había considerado como un socio. Tinong solo había sido criado. Nunca había firmado un pacto, aunque fuera imaginario, en pie de igualdad con nadie.

—Ese chino —dijo apuntando al cuerpo sobre la mesa de nuevo— buscaba al cochero de Rizal.

—¿A mi cochero, Ling?

—Sí. Entró en calesa a hablar con él. Tinong lo vio. Tinong se metió en la tienda después a trabajar.

—¿Y no viste más?

—Tinong escuchó disparo y asomó con cuidado. Viejo ilocano huir. Tinong acercó a ver. Cochero muerto por disparo. Tinong arrastró, muy pesado —recordó— y tiró cuerpo a Pásig. Hombre muerto no sirve ya. Muertos solo dan problemas. Tinong no quiere problemas con Ong-junco.

—¿Y después?

—Este hombre, con tripa rajada, mucha sangre, pero vivo. Tinong corrió a avisar Ong-junco —dijo el aeta, apuntando a Juan.

—Has hecho bien. Lo difícil es no matar.

79

Islote de Kulangsu, en la costa de la provincia china de Fujian.

La guerra de independencia estalló en Filipinas, primero contra españoles, después contra norteamericanos. Elba y Juan regresaron con Silvia a Kulangsu, aquel edén casi mitológico donde personas de todos los orígenes continuaban conviviendo en paz gracias al impulso creativo del comercio.

La aparición de Juan vivo hizo nulo de pleno derecho el matrimonio de Elba y Álvaro. Con el estallido de la guerra filipino-estadounidense, este recibió instrucciones de abandonar las islas y dirigirse a su próximo destino. Elegante, como, ante todo, le había enseñado a comportarse su abuelo, escribió a Elba una carta. Solo había un detalle en el que no había mentido:

Las circunstancias no fueron auspiciosas para mi amor por ti. Este oficio diplomático mío fuerza a aprender algo: la vida puede ser una sucesión de constantes renacimientos, ¿por qué no podría serlo la muerte? Esperaré a que nuestras almas se crucen en algún momento de la eternidad y, entonces, no pierdo la esperanza de que el perdón de tu alma aún pueda aflorar. Lo lamento tanto.

Elba se había despertado al amanecer y estaba asomada al balcón de su dormitorio en la mansión octogonal de Kulangsu. La salida del sol era su momento preferido del día, cuando todo era posible. Inspiró el aroma suave y dulce de las flores de acacia que ascendía desde su jardín en el mar, cuando el calor de los primeros rayos acariciaba sus pétalos violáceos. Se dejó envolver por aquella sensación y por los brazos de Juan quien, a su espalda, comenzó a besar la base de su cuello. La visión del amanecer le trajo un recuerdo cálido de su tía Casilda que se le instaló dentro. Elba sintió que, en la lejanía, ella seguía protegiéndola, cuando la criada llamó a la puerta del dormitorio para entregarles un telegrama urgente que acababa de llegar.

Era de Peruxo: Casilda había fallecido en su cama de la Casa de las Señoritas. Un día que, como otro cualquiera, había pasado trabajando en las cuestiones del pazo, al llegar la noche, se acostó y su luz se apagó, sin darse cuenta, mientras todos dormían. Murió tranquila, satisfecha, liberada por dejar la obra de toda una vida a alguien que le diera continuidad. Martina la encontró al ir a despertarla: el rostro plácido y con la siempre fiel compañía de Bazana, recostada con el lomo bien pegado a su lado, lamiendo su nariz. En su testamento dejó estipulado que no deseaba ceremonias dramáticas, ni que nadie la llorara, pues ella no estaba triste, sino, a su edad, ya aliviada. Había sacado todo el partido posible a la vida que le había tocado. Tan solo tenía un deseo: ser enterrada junto a su hermana Romana en el cementerio de Vilaescura. Sabía que la esperaba al otro lado y quería estar segura de poder contarle todo sobre la mujer en quien se había convertido su hija Elba y compartir juntas el orgullo que sentían por ella y por Silvia, la que, algún día, sería la gran heredera Varela-Novoa. Para la niña, había dejado una carta en la notaría adjunta a sus últimas voluntades:

Mi muy querida Silvia,

Dejo en la biblioteca del pazo una colección de las poesías de una mujer gallega, como tu madre, tu abuela y, como yo, tu tía-abuela. La he ido recopilando para ti, para que, aún desde aquellos lejanos mares de la canela que arrullaron tu llegada a este mundo, nunca olvides el linaje de las mujeres, provenientes de otras tierras, que te trajo a esta vida. Disfrútala sabiendo que, sea lo que sea que depare el futuro, nunca estarás sola:

En el cielo, en la tierra, en lo insondable
yo te hallaré y me hallarás.
No, no puede acabar lo que es eterno,
ni puede tener fin la inmensidad.

Rosalía de Castro

En Kulangsu, durante la comida, se la leyeron a Silvia. La niña preguntó si la tía Casilda volvería como lo había hecho su papá. Elba entonces quiso mostrarle lo que aquellas mujeres sabias habían querido transmitir con aquella poesía: poco antes de la caída del sol, madre e hija se dirigieron a la playa del islote. Al apagarse el día, se descalzaron y acercaron a la orilla, sintiendo la arena bajo sus pies y el agua ir y venir.

—Como las olas del mar, las personas a las que amamos no terminan de irse nunca —le dijo Elba a la niña—. El cariño que sentimos por ellas sigue empapándonos, una y otra vez.

A continuación, liberaron al cielo sendos farolillos de papel encendidos, que se elevaron y perdieron en lo más profundo de esa oscuridad de la noche, allí donde se unen el cielo y el mar. Juan llegó con una cesta en la que había algunos manjares para la cena y mantas para el frío nocturno. Prendió una fogata en la playa y se acomodaron los tres a su alrededor. Al calor de la lumbre, Elba y Silvia le contaron las historias de la tía Casilda, a quien él no había podido conocer. Disfrutaron recreando el relato del tiempo que pasaron juntas en la Casa de las Señoritas en Vilaescura, hasta que el sueño los venció.

Cuando la claridad de un nuevo día comenzó a despuntar, aún dormían los tres sobre la arena, Silvia acurrucada en el abrazo de sus padres. Elba despertó a la niña con un beso y, apuntando al amanecer, le dijo:

—Ya llega de nuevo la tía, ¿la ves? Su luz siempre regresa.

Días después, recibió una invitación con aquellos dos círculos entrelazados, símbolo de la fidelidad inquebrantable de una silenciosa cadena de mujeres anónimas que se extendía a lo largo del planeta, por encima de fronteras, razas, lenguas, religiones, ideologías, países o imperios. La *vesica piscis*, emblema de aquella lealtad femenina universal que había transformado su vida. La convocaban a asistir a una tenida blanca de la logia Corintia de Kulangsu. Sin que nadie pronunciara el nombre de Casilda, Elba supo entender la reflexión de aquella reunión como un homenaje a su tía: dedicamos nuestra vida a aprender que, cuando el momento del paso al Oriente Eterno llega, nunca muere quien grandes servicios por el bien de los que la rodearon hizo.

Casilda no pudo dejarle un conjuro en herencia, como hice yo, su otra tía, la meiga. Pero sí le entregó una perla de sabiduría: al regresar de la logia, Elba encontró un sobre encima de su cama. En el lado del remitente, en una caligrafía que reconocía de los libros de cuentas del pazo, ponía:

Casilda Varela-Novoa. Lo tomó y quiso bajar a leerlo en soledad, paseando bajo el manto malva que dejaba el vergel de acacias que rodeaban su casa octogonal en aquel remoto islote de Kulangsu que, fértil, se erigía en los mares de la canela. Allí, donde ella había construido su jardín en el mar, lo abrió. Sacó la nota y la desdobló.

Bajo el dibujo de una *vesica piscis* podía leerse:

Mi siempre querida Elba,

Solo un animal de la creación tiene conciencia de lo inevitable de su propia muerte. Elegir entenderla como liberación es trascender la vida. Los cuerpos perecen, las ideas nunca mueren, ¿no hay algo de eterno en lo humano?

Casilda

Epílogo

Desde 1738 la masonería estuvo duramente perseguida en España tanto en el ámbito político como en el religioso. Sin embargo, durante los treinta años que mediaron entre la Revolución Gloriosa y la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, se fundaron en la península mil setecientas noventa logias masónicas que respondían a una veintena de obediencias distintas.

La primera iniciación de una mujer en España de la que se tiene conocimiento tuvo lugar en 1871, más de una década antes de la iniciación de María Deraismes en Francia. La primera logia de adopción se creó en 1873, habiendo desaparecido esta forma en los países de nuestro entorno. Las Hijas de Memphis (1877), las Hijas del Progreso (1889), ambas en la capital; las Hijas de Acacia o las Hijas de la Unión en Valencia (1890) son solo algunos ejemplos de logias femeninas españolas.

De acuerdo con el Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, que dirige el padre Ferrer Benimeli, llegó a haber más de setecientas masonas españolas. En Galicia, de mil trescientos diez masones, treinta y siete eran mujeres. Y en ciento ochenta logias españolas, había mujeres iniciadas en igualdad de condiciones que sus hermanos varones, lo que hoy se conoce como masonería mixta.

Sin embargo, entre 1891 y 1892, año, este último, del viaje de regreso de Elba a Galicia, el Gran Oriente Nacional de España y el Gran Oriente Español promulgaron unos reglamentos por los que se intentaba reducir y controlar la presencia de la mujer en las logias masculinas en España. Pese a ello, otras obediencias como la del Rito de Memphis y Mizraim se negaron a seguirlos y a emplear el término «logia de adopción» que apuntaba a una supuesta minoría de edad de sus hermanas, subrayando que, al no conocer la masonería de fronteras por razas, ideologías ni religiones, no había razón para que se introdujeran tampoco diferencias por razón del sexo de sus miembros.

La pertenencia de mujeres a la masonería española, peninsular y ultramarina, ya sea en plano de igualdad en las logias masculinas, ya sea mediante la fórmula de triángulos, cámaras o logias de adopción, fue pionera en el mundo masónico. Solo un cuarto de siglo más tarde, la masonería francesa se percataría de esta práctica al otro lado de los Pirineos.

Juana Díaz Ferrer, simbólico Mariana (Monforte de Lemos, 1870), la primera masona gallega, y Rosario Villarruel, simbólico Minerva (Filipinas, 1878 aprox.), fueron mujeres de carne y hueso, el rastro de cuya vida ha llegado, a pesar de las dificultades, hasta nosotros. Las Hijas de Sejmet son, en cambio, fruto de la imaginación de la autora, aunque quizás, quién sabe, como las meigas, haberlas *haylas*

La masonería filipina, también la femenina, enraizada en la española, fue igualmente pionera en tanto que dio a luz a la primera república asiática, extendiendo la influencia del pensamiento

de José Rizal por los mares del Sur, los de la canela en esta saga, a lo largo de las décadas sucesivas: así, en marzo de 1901, se formó el Indische Bond en las Indias Orientales Holandesas, como una asociación de mutua asistencia inspirada en la revolución filipina. El autor y periodista indonesio Rosihan Anwar tradujo al bahasa indonesio el poema de Rizal «Mi último adiós», cuyo original este había escrito en español. Los soldados indonesios lo recitaban antes de partir a la batalla contra el colonizador holandés. Por su belleza, aquí les dejo un recuerdo de sus dos últimas estrofas:

Mi Patria idolatrada, dolor de mis dolores,
Querida Filipinas, oye el postrer adiós.
Ahí te dejo todo, mis padres, mis amores.
Voy donde no hay esclavos, verdugos ni opresores,
donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.

Adiós, padres y hermanos, trozos del alma mía,
Amigos de la infancia en el perdido hogar,
Dad gracias que descanso del fatigoso día;
Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría,
Adiós, queridos seres, morir es descansar.

El nacionalismo filipino fue propagado inicialmente en español. Aun después, la mayor parte de la literatura en castellano escrita por filipinos nativos tuvo lugar durante el periodo de la ocupación estadounidense, pues el español continuaba siendo la lengua de los intelectuales del archipiélago. Incluso tras la independencia, los masones filipinos preferían continuar vinculados a la masonería española. No fue hasta el Congreso Masónico Internacional de Lausana en 1924 que los masones filipinos, más de cinco mil, junto con más de cuarenta logias que había por aquel entonces en Estados Unidos, todos dependientes del Gran Oriente Español, se vieron obligados a desvincularse de la masonería española por mor de una artimaña reglamentaria de la masonería estadounidense para separarlas definitivamente de España.

Nota de la autora

Con cada nueva obra, busco un reto más. En *Un jardín en el mar*, los nuevos desafíos se revelaron pronto, desde el momento mismo en que la semilla de esta historia comenzó a brotar en mi cabeza: he debido fisgonear con mi imaginación en las fronteras de lo investigado y lo aún ignoto y he navegado entre la admiración y el cariño por dos mundos en el momento doloroso para ambos, aunque por motivos distintos, en que comenzaron a separar sus caminos.

Esta no es una novela para fanáticos, cualquiera que sea su inclinación. Es una novela escrita para curiosos, para los que gozan investigando lo desconocido y dejándose sorprender, aunque no necesariamente convencer. Al escribirla, he querido mantener una mirada limpia, buscando incansable ese lugar, muchas veces esquivo o incierto, desde el que observar, con honesta intención, lo acontecido hace más de ciento treinta años, y hacerlo en el telón de fondo sobre el que, a la vez, iba tejiendo la trama de ficción que es el hilo conductor de esta novela.

Suelen atraer mi atención aspectos poco visitados de la historia. En este caso, fueron dos los aguijones que picaron mi interés: el papel de la masonería femenina y el de las comunidades chinas y de sangleyes en los procesos históricos de las postrimerías del siglo XIX.

Así, parte del germen de esta novela se encuentra, por un lado, en los trabajos del académico de la historia y sacerdote jesuita, José Antonio Ferrer Benimeli; los de Susana Cuartero Escobés, desde la Universidad de Zaragoza o los de Beatriz Vitar, desde la Universidad de Cádiz. Y, por otro, los de Richard T. Chu sobre las comunidades de comerciantes chinos en las islas filipinas en el siglo XIX o los de Kurt Horstmann sobre su presencia en todo el sureste asiático. Ellos y muchos más que fui encontrando después, en mi personal proceso de investigación, despertaron a las musas que comenzaron a sembrar esta ficción histórica. A todos ellos, mi agradecimiento: sus estudios echaron a volar la imaginación de esta cuentacuentos.

Por este empeño mío en poner el foco en aspectos supuestamente tangenciales de la historia tal y como parece haberse contado hasta la fecha, me meto en líos: como, por ejemplo, ¿qué hacer cuando hay personajes históricos (de cuya existencia hay constancia documentada) pero, sin embargo, no logro dar con suficientes datos sobre su vida personal o pensamiento como para crear un personaje fidedigno? Hay dos respuestas posibles a este dilema: por un lado, mi admiración por el rigor histórico podría llevarme a renunciar a tratar estos personajes, lo que me haría cómplice del velo de oscuridad que generaciones pasadas les impusieron. Y es aquí donde me rebelo, pues en el siglo XXI yo no comparto los valores de aquellas épocas y no me da la gana perpetuarlos; entonces, la escritora que vive en mí acude a mi rescate y el de estos personajes y nos ofrece, a ellos y a mí, una refrescante alternativa de libertad creadora. Este dilema se acrecienta, a veces, al centrar la acción en los vericuetos de organizaciones que pasaron de ser discretas por deseo propio a clandestinas por imposición legal de aquel momento.

Esto me sucedió con dos de las figuras que son personajes principales, que no protagonistas, de esta novela de ficción histórica: Rosario Villarruel y Doroteo Ong-junco. La existencia de Charito, como entonces se la conocía más frecuentemente, está muy constatada, pero no he podido alcanzar a encontrar detalles de su vida familiar: sabemos quiénes fueron su padre y su novio, pero, curiosamente, no he podido encontrar quién fue su madre, solo que murió dejándola huérfana en 1894. Tal parece que a la historiografía los datos sobre ella no le fueron interesantes, pero a mí me fascinó reflexionar cómo habría sido la relación de aquella mujer intrépida, adelantada a su tiempo, con sus progenitores, con los dos. La relación entre ese padre y esa hija, que ha logrado traspasar las murallas de la historia, y la que habría tenido con su madre, que, por el contrario, no pasó el corte de la posteridad, por lo menos para que yo pudiera encontrarlo a tiempo de terminar esta novela, más de un siglo después. Así que a doña Paula no le quedó más remedio que ser un personaje inventado al servicio de la trama de esta novela. He encontrado una referencia a que posiblemente tuvo un hermano, también masón, pero de él no he llegado a ver datos fidedignos, así que decidí obviar su existencia y sustituirla por una inventada de una hermanastra oculta, Johanna.

Del mismo modo, fue real Doroteo Ong-junco y su papel en el origen de la Liga Filipina. También ha llegado a nuestros días que fue él quien financió la losa de mármol que Narcisa Rizal puso en la segunda tumba de su hermano José en el cementerio general de Paco. Poco más he podido encontrar sobre su vida, más allá de la dirección exacta de su tienda, que ya no existe, pero donde hoy hay una plazoleta con un busto de Rizal que conmemora aquel momento histórico al que Ong-junco ofreció su hogar. Sin más datos a los que agarrarme, don Doroteo y la familia que hube de inventarle me parecieron un útil instrumento para transmitir las tradiciones de la comunidad china y mestiza de sangley en el archipiélago en aquella época, estas sí basadas en datos que el trabajo de investigadores de la historia han hecho llegar a nuestros días.

En la novela hay también otros personajes mucho más reconocidos por la historia tanto en la península como en el archipiélago: el ministro Manuel Becerra, los generales Blanco y Polavieja y, por supuesto, el propio José Rizal, padre intelectual y emocional de la independencia filipina. Sus papeles debían ser forzosamente reducidos para que su inmensidad histórica no eclipsara la trama novelesca. Y, sin embargo, no podían tampoco ser evitados, tal es su tamaño y trascendencia. Por ello, en esos breves cameos, que amablemente accedieron a regalarme, he intentado reflejar un perfil lo más fiel posible al que nos ha llegado a través de los historiadores, pero forzosamente breve y testimonial, pues, de lo contrario, habrían fagocitado la trama de Elba, la verdadera protagonista de esta ficción novelada.

Desde estas líneas, deseo mostrar mi agradecimiento a esos grandiosos personajes que fueron personas, por haberme prestado sus voces para contar este relato inventado. Fueron, todos ellos, seres humanos reales, cuyos actos en vida trascendieron a su muerte y llegaron a grabarse en la memoria colectiva de la historia, con mayor o menor gloria, según el prisma de quien la cuente o la mire a lo largo de los siglos sucesivos. Sus conversaciones con los personajes inventados por la imaginación de esta autora son, por lógica, pura ficción. Del mismo modo, las opiniones de los funcionarios españoles, también inventados, que aparecen en este relato de ficción no reflejan las posiciones oficiales de España, ni entonces ni ahora, al respecto de los hechos que en ella aparecen, unos reales otros imaginados.

La fantasía de esta novelista es, por tanto, deudora del rigor científico de la labor de los historiadores. Y, en su honor, confieso aquí que alguna libertad consciente me he permitido, aunque las menos: la venta de la colección de los Osuna alcanza notoriedad en la prensa del

momento en la primavera de 1896; sin embargo, la subasta ficticia y exclusiva, con la que se inicia el reparto de su fortuna entre la nueva burguesía y en la que se conocen Elba y Álvaro, la sitúo yo en 1894, pues debía ser Ministro de Ultramar Manuel Becerra para poder encontrarse allí Elba también con él. La dilapidación de la fortuna de la Casa de Osuna fue un símbolo de un cambio de época, muy ligado en significado al que se avecinaba también entre Filipinas y España. Por otra parte, no he encontrado constancia de que Rosario estuviera en la casa de Ong-junco el día que se creó la Liga Filipina, pero, siendo don Faustino miembro fundador, no sería ilógico, a la luz de la evolución de la joven dentro de la masonería y el movimiento revolucionario filipino, que ella estuviera entre bambalinas empapándose de las ideas que su propio padre, seguramente, hubo de alentar en ella. He incurrido, asimismo, en una licencia literaria cronológica: entre la detención de Rosario y el fusilamiento de Rizal transcurren, en realidad, unos cuatro o cinco meses. Si bien en nuestro relato, opté por acortar la distancia cronológica entre estos hechos, por mandato dramático, atrasando la primera, aunque respetando el orden, e imprimiendo así sensación de precipitación y destacando la vinculación, sin duda, existente entre todos estos hechos.

Es un hecho contrastado que la logia de adopción Semilla existió y que Rosario Villarruel, simbólico Minerva, llegó a ser Venerable Gran Maestra de ella. De su ceremonia de iniciación, sí encontré una pormenorizada descripción en un artículo firmado por Reynold Fajardo en un ejemplar de la revista *The Cabletown*, editada por la Gran Logia de Filipinas en septiembre de 1980. Es allí donde leí los nombres y apodos de los más de una veintena de hombres que apoyaron la iniciación de la primera mujer masona de las islas Filipinas: Ambrosio Flores (simbólico Musa), Gran Maestro; Numeriano Adriano (Ipil), Gran Primer Vicepresidente; José Dizón (Montgomery), Gran Cuarto Vicepresidente; Apolinario Mambini (Katabay), Gran Orador; Cipriano Castilla (Algiabarat), Gran Orador Adjunto; Arcadio Flores (Sostén), Gran Secretario; Sixto Celis (Liwayway) Gran Contable; Isidro Soto Villarruel (Galeno), Gran Limosnero; Luis Villarruel (Balisa), Maestro de la logia Taliba, Abelardo Cuesta (Hernán Cortés), Maestro de luz de la logia Oriente; Moisés Celis (Sinag) y Veneciano Reyes (Kidlat), ambos cofundadores de la logia Dalisay; Bartolomé Paez (Duhat), fundador de la logia Lusong… por nombrar solo algunos, y, cómo no, su padre, Faustino Villarruel (Ilaw), Segundo Gran Vicepresidente de la logia Walana.

Esta novela también quiere ser un reconocimiento a todos los hombres, como el personaje inventado de Juan o como estos hombres de carne y hueso que fueron don Faustino y sus compañeros de causa, que se levantaron entonces y se levantan, aún hoy, para garantizar la igualdad efectiva de las mujeres en todo el mundo. En nombre de aquellas, en el mío propio y, si se me permite la osadía, en el de las mujeres que estén por nacer a esta vida humana: muchas gracias.

Rosario, acusada de preparar el golpe independentista en coordinación con el Katipunan, fue condenada a la pena capital «por traición al Estado y a los principios de la Iglesia», para después ser indultada. Hay estudios que la ubican finalmente deportada en la isla de Paragua, en septiembre de 1896, donde sería enviada en un barco militar con otros trescientos insurrectos. No he encontrado datos sobre qué fue de ella después ni sobre dónde o cuándo murió. Su padre, Faustino Villarruel, fue ajusticiado el 11 de enero de 1897 junto con otros doce de sus hermanos masones.

Un jardín en el mar es una novela que huye de forma consciente de una interpretación maniquea de la historia. Es una ficción tecleada sobre la cuerda floja de un equilibrio

eternamente imperfecto: porque la vida no es blanca ni negra, tampoco puede serlo la lectura histórica ni la impronta de su recuerdo.

El Imperio español perduró en el tiempo durante cuatrocientos seis años (1492-1898) y, en el momento de su máxima extensión geográfica (1580-1640, durante los reinados de Felipe II, Felipe III y Felipe IV), alcanzó los veinte millones de kilómetros cuadrados, no siendo nunca los españoles peninsulares mayoritarios en los territorios de Ultramar. Estas extraordinarias dimensiones espacio-temporales no es posible mantenerlas solo por la fuerza, sin duda, por otra parte, presente en las relaciones entre todos los grupos de humanos a lo largo de todos los tiempos, incluyendo, lamentablemente, los actuales. Entre los pueblos que dieron vida a ese imperio hubo de generarse algún tipo de intercambio continuado que, adoptando la forma específica de cada época, tuvo que resultar útil de una u otra forma, en mayor o menor medida, para cada una de las partes. Hasta que, un día, las dinámicas cambiaron y esa simbiosis evolucionó y dejó de producirse o pasó a generarse en el sentido inverso y sus destinos se separaron.

La mirada retrospectiva, desde el siglo XXI, debería permitirnos comprender esto tanto como lo que la visión miope de los dirigentes de aquel momento no supo adivinar: la democracia, que hoy damos por supuesta en la inmensa mayoría de lo que se conoce como Occidente, es una semilla que llevó siglos de evolución política y social en germinar. Esta semilla también la plantamos los españoles en Filipinas, personificada en las familias ilustradas, simbiosis viva de dos mundos tan lejanos como próximos, cuyas mujeres y hombres bebieron de las fuentes de la Constitución de Cádiz de 1812, y de los principios de libertad, igualdad y fraternidad que la inspiraron.

En esta recreación de ficción de las postrimerías del Imperio español, he buscado reflexionar, a través de las diversas miradas de las personas que fueron sus protagonistas, sobre cómo debían sentirse no los personajes históricos, sino los seres humanos que se esconden tras ellos e imaginar con qué vigor debían experimentar su libertad intrínseca para poner, si era necesario, sus propias vidas y las de sus seres más queridos en juego.

He pretendido mostrar no tanto las motivaciones políticas como el motor social que dio lugar a la independencia de Filipinas, en cuyo engranaje participaban los distintos grupos humanos, cada uno con intereses propios en constante evolución, que convivían en aquellos días en el archipiélago. Los últimos días de las islas Filipinas españolas y el nacer de una nueva nación vistos desde la vida y el sentimiento de los que allí estaban. Para una española, que además ha dedicado más de dos décadas de vida profesional al servicio de España y los españoles, adoptar esta perspectiva era un reto que, al escribir esta novela, quise afrontar con tanta valentía, honestidad, humildad y respeto por todos, por los que seguimos siendo españoles con orgullo de serlo hoy, como por los que un día conquistaron su propio camino al otro lado de los océanos y a los que, por siglos que pasen, sentimos, siento, como hermanos.

Con Elba, la protagonista inventada, y con Charito Villarruel, la que lo fue en realidad, cobra vida el empecinamiento de mi pluma, de mi espíritu, por poner el acento de esta ficción histórica en aquellas mujeres, que debieron tener o *de facto* tuvieron un papel destacado en aquellos momentos. Si algún aprendizaje me gusta sacar de la vida de Rosario (permítanme que aquí, por fin, le ahorre el diminutivo que en su época se le aplicaba, pues era uso habitual entonces reducir el tamaño y valor de toda contribución femenina), si alguna enseñanza desearía destacar de aquel episodio de nuestro pasado común que compartimos las actuales España y Filipinas, sería esta reflexión que escribir esta novela sobre aquel cruce de caminos de la historia me ha dejado a mí

misma en herencia: cuando la política se aleja de las personas a las que debe servir, la libertad en la que se sustenta la democracia permite traerlas de nuevo al centro de la acción de gobierno que le da sentido, con una intensidad e inmediatez que ninguna otra forma de gobierno conocida ha logrado hasta la fecha.

Agradecimientos

Gracias siempre a mis padres, Victorina y Enrique, por crear las condiciones necesarias para que yo pudiera elegir la vida que he querido para mí. A mi hermano Quique y mi sobrina Sofía, por querer visitarme allá donde me encuentre. A todos los miembros de mi familia, a los de allí, por velar mis sueños y susurrarme el camino, a los de aquí, por compartirlos. A Minh, mi compañero canino de vida y corrector fiel de esta novela, por traerme alegría cada día y recordarme, con precisión de reloj suizo, cuándo es hora de dejar de teclear y salir a pasear. A mi maestro literario, Armando, por despertar esta pasión y enseñarme, con su genuina generosidad, a cultivarla. A Andrés, por su sensata guía en este nuevo mundo. A Maite y su familia que siento como mía. A Myriam, por afanarse en barrer mis dudas con su amistad cuidadosa. A mis compañeros en el oficio diplomático moderno, por su dedicación silenciosa a España y los españoles y por compartir cada nueva vida conmigo. A los amigos que he hecho por todo el mundo, por permitirme aprender de la sabiduría de sus culturas y beber las enseñanzas de sus civilizaciones tan milenarias como la mía. Por su ejemplo y su sacrificio, gracias también a todas las mujeres valientes que se atrevieron y se siguen atreviendo a ser incómodas, rompiendo los moldes de los universos que les tocaron, les toca, vivir a cada una en su momento de la historia. A la pandemia global, durante la que he escrito esta novela, por reorganizar mis prioridades, darme perspectiva y recordarme el valor de la vida y el sentido de la muerte.

En Hanoi, a 14 de febrero de 2023.

Bibliografía

Uno de los aspectos que más disfruto de este artesanal oficio de ser escritora de ficción histórica es la oportunidad que me ofrece de seguir aprendiendo. Para construir la ambientación histórica en la que se desarrolla la vida ficticia de los personajes de *El jardín en el mar*, entre los muchos manantiales de saber académico y divulgativo en los que he bebido, deseo destacar los siguientes libros y artículos, con mi agradecimiento y reconocimiento a sus autores por su inspiración:

ALBA, Yolanda, *Masonas: historia de la masonería femenina*, Almuzara, Córdoba, 2014.

ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro, «Pluralismo masónico en España», en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *La masonería en la España del siglo xix*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1987, vol. 1, pp. 19-56.

AÑÓN, Carmen y LUENGO, Mónica, *El Capricho de la Alameda de Osuna*, Ayuntamiento de Madrid, Área de Medio Ambiente, Madrid, 2003.

ARRIETA, Milton, *Los masones en el mundo: geopolítica masónica. La historia de los hijos de la luz*, Almuzara, Córdoba, 2016.

BERNI GONZÁLEZ, Juan Alberto, «El tabaco filipino. Su historia y su industria tabaquera», *http://www.jaberni-coleccionismo-vitolas.com/1C.5.04-Grandes_Tabaqueros_Filipinas.htm*

—, «La Compañía General de Tabacos de Filipinas (C.G.T.F) y su prestigiosa marca Flor de la Isabela», *http://www.jaberni-coleccionismo-vitolas.com/1C.5.21_La_C.G.T.F_y_La_Flor_de_la_Isabela.htm*

CABELLO, Inés, «El Capricho: un jardín paisajista en Madrid», *Croma Cultura*, 8 de enero de 2013, *https://www.cromacultura.com/el-capricho-un-jardin-paisajista-en-madrid-i/*

CARRERES RODRÍGUEZ, Begoña, «Historia del vestido en el siglo XIX», *Revista de Historia*, 13 de mayo de 2015, *https://revistadehistoria.es/historia-del-vestido-el-siglo-xix/*

CASTRO, Rosalía de, *En las orillas del Sar*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 1999 (edición digital basada en la de Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fe, Madrid, 1884), *https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/en-las-orillas-del-sar-0/html/fedc3584-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html*

CHU, Richard T., *Chinese and Chineses Mestizos of Manila*, Brill, Leiden y Boston, 2010.

—, *Chinese Merchants of Binondo in the 19th Century*, Ed. University of Santo Tomas, Manila, 2010.

COO, Stéphanie Marie R., *Clothing and the Colonial Culture of Appearences in 19th Century Spanish Philippines (1820-1896)*, Université Nice Sophia Antipolis, 2014 (Tesis doctoral), *https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-01126974/document*

CUARTERO ESCOBÉS, Susana, «Fuentes para el estudio de la masonería española en Filipinas», en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *La masonería española entre Europa y América*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1995, vol. 2, pp. 743-755.

— y FERRER BENIMELI, José Antonio, *José Rizal y la masonería*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes,

Alicante, 2017.

ELIZALDE, María Dolores, «Filipinas, fin de siglo: imágenes y realidad», *Revista de Indias* 58 (213), 1998, *http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/753*

—, «Las órdenes religiosas en Filipinas», *Sociedad Geográfica Española* 61, 2018, *https://sge.org/publicaciones/numero-de-boletin/boletin-61/las-ordenes-religiosas-en-filipinas/*

—, PRADERA, Josep M. y ALONSO, Luis (coords.), *Imperios y naciones en el Pacífico: colonialismo e identidad nacional en Filipinas y Micronesia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Asociación Española de Estudios del Pacífico, Madrid, 2001.

FERNÁNDEZ LOSADA, Edelmira, «Formas de libertad femenina en Emilia Pardo Bazán», *Aposta. Revista de Ciencias Sociales* 70, 2016, pp. 84-101, *https://www.redalyc.org/jatsRepo/4959/495952432004/html/index.html*

FERRER BENIMELI, José Antonio, «El Vaticano y los masones», *El País*, 10 de marzo de 1985, *https://elpais.com/diario/1985/03/10/opinion/47925 7212_850215.html*

—, «Implantación de logias y distribución geográfico-histórica de la masonería española», en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *La masonería en la España del siglo xix*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1987, vol. 1, pp. 57-216. *https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=5810*

—, «Las logias del Grande Oriente Español (1900-1936), en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería, política y sociedad*, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, Zaragoza, 1989, vol. 2, pp. 1.031-1.082.

—, «Las mujeres y la masonería española en el siglo XIX», *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña* 10 (2), 2018, pp. 157-193, *https://www.redalyc.org/jatsRepo/3695/369562139010/html/index.html*

GARCÍA CASTELLÓN, Manuel, *Estampas y cuentos de la Filipinas hispánica*, Clan, Madrid, 2001.

GARRIDO, María «Así son las logias masónicas femeninas en España en 2016», *Vanity Fair*, 9 de septiembre de 2016, *https://www.revistavanityfair.es/poder/articulos/logias-masonicas-feministas-en-espana/22818*

GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, Teresa, «La influencia de la masonería en la independencia de Filipinas a través de la revista agustiniana *La Ciudad de Dios*», José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería española y americana*, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, Zaragoza, 1993, vol. 2, pp. 801-808.

HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, «La Compañía Transatlántica Española. Una dimensión ultramarina del capitalismo español», *Historia Contemporánea* 2, 1989, pp. 119-164, *https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo? codigo=149806*

HORSTMANN, K., «The Nanyang Chinese: History and Present Position of the Chinese in SE Asia», *GeoJournal* 4, 1980, pp. 64-66, *https://doi.org/10.1007/BF00586757*

HUETZ DE LEMPS, Xavier, «Territorio y urbanismo en las islas Filipinas en el entorno de 1898», *Ciudad y Territorio. Estudios territoriales* 30 (116), 1998, *https://recyt.fecyt.es/index.php/CyTET/article/view/84505*

LAMAR PEARSON, Fred, «The Life and Death of Brother José Rizal were Central to His Fame as the George Washington of the Philippines», *https://m.facebook.com/MDR4QueMar/posts/article-byfred-lamar-pearson-jr-33the-life-and-death-of-brother-jose-rizal-were-/2713292092076475/*

LUENGO, Mónica, «El paseo del Prado y el Buen Retiro, paisaje de las Artes y las Ciencias», Fundación Tatiana Pérez de Guzmán el Bueno, 2020 (conferencia online), *https://www.youtube.com/watch?v=YitNGtiQ188*

MARÍN CALAHORRO, Francisco, «Rizal, padre de la nación filipina», Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2017, *http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/jose-rizal-padre-de-la-nacion-filipina-774874/html/f6d803e9-66ed-4a7f-b1e4-7d09da856d4e_5.html*

MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo *et al*., «La polémica sobre Filipinas en la prensa peninsular (1896-1899): órdenes religiosas y sociedades secretas», en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería española y americana*, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, Zaragoza, 1993, vol. 2, pp. 833-854.

MARTÍNEZ DE LEZEA, Toti, «Fondas antiguas de Madrid», *Archivo Historia Urbana de Madrid*, 12 de mayo de 2016, *https://historia-urbana-madrid.blogspot.com/2016/05/fondas-antiguas-de-madrid-jornadas-madrilenas-novela-historica-1.html*

NANI, Giovanni, *Mi caja de herramientas: cómo utilizar la filosofía de la masonería en la vida diaria*, Tytot Digital C.A., 2016.

NERY, John, *Revolutionary Spirit: Jose Rizal in Southeast Asia*, Institute of Southeast Asian Studies, Singapur, 2011.

ORTIZ DE ANDRÉS, María Asunción, *Masonería y democracia en el siglo xix. El Gran Oriente Español y su proyección político social (1888-1896)*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1993.

PÉREZ MARTÍN, Ana María, «Las mujeres en la masonería», en *IX Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres*, 2017, *https://www.revistacodice.es/publi_virtuales/ix_congreso_mujeres/comunicaciones/34_perez_martin_def.pdf*

PÉREZ SERRANO, Julio, «Características de la población de las islas filipinas en la segunda mitad del siglo XIX», Universidad de Cádiz, *https://armada.defensa.gob.es/archivo/mardigitalrevistas/cuadernosihcn/31cuaderno/01cap.pdf*

PRESMANES GARCÍA, Rosa Elvira, *La masonería femenina en España. Dos siglos de historia por la igualdad*, Catarata, Madrid, 2012.

RETANA, W. E., «Archivo de Bibliófilo filipino. Recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos y estudios bibliográficos» 1897, Tomo III y 1898, Tomo IV. Publicación original: Madrid, Viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1895-1905; Publicación digital: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 2015, *https://www.cervantesvirtual.com/obra/archivo-del-bibliofilo-filipino--recopilacion-de-documentos-historicos-cientificos-literarios-y-politicos-y-estudios-bibliograficos/*

RICAFRENTE, Nicolas G., «History of Masonry in the Philippines», *Philipine Center for Masodic Studies*, *http://www.philippinemasonry.org/history-of-masonry-in-the-philippines.html*

RODRIGO Y ALHARILLA, Martín, «Del desertando del tabaco a la puesta en marcha de la Compañía General de Tabacos de Filipinas (1879-1890)», *Boletín Americanista* 59, 2009, pp. 199-221.

ROLDÁN DE MONTAUD, Inés, «La Hacienda pública filipina hace un siglo: en torno a los problemas financieros en la colonia oriental durante la guerra (1896-1998)», *Revista de Indias* 58 (213), 1998, pp. 399-427, *https://core.ac.uk/download/pdf/208451274.pdf*

SAN ROMAN GAGO, Sonsoles, «La maestra española de la tradición a la modernidad», *Educação & Sociedade* 21 (72), 2000, pp. 110-142, *https://www.scielo.br/pdf/es/v21n72/4196.pdf*

SÁNCHEZ, Luis Ángel, «Élites indígenas y política colonial en Filipinas (1847-1898)», en C. Naranjo, M. A. Puig-Samper y L. M. García Mora (eds.), *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Actas del Congreso Internacional celebrado en Aranjuez del 24 al 28 de abril de 1995, Aranjuez, Doce Calles, 1996, pp. 417-427, *https://www.academia.edu/8611217/Élites_ind%C3%ADgenas_y_pol%C3%ADtica_colonial_en_Filipinas_1847_1898_*

SÁNCHEZ FERRÉ, Pere, «La masonería española y el conflicto colonial filipino», en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *La masonería en la España del siglo xix*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1987, vol. 1, pp. 11-26.

—, «Masonería y colonialismo español», en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *La masonería y su impacto internacional*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1989, pp. 11-26.

SANTOS CRISTÓBAL, Epifanio de los, *El proceso del doctor José Rizal Mercado y Alonso, con notas, apéndices e ilustraciones*, Imprenta Cultura Filipina, Manila, 1914, *http://www.funsepa.net/ebooks/books/42065-h/42065-h.htm*

SORIA CARRERA, Santiago, «Jardines históricos de Madrid», *Redforesta* 52, 2 de febrero de 2012, *http://www.redforesta.com/wp-content/uploads/ 2012/02/MNU2-Jardines-historicos-de-Madrid.pdf*

TAN, Antonio S., «The Chinese Mestizo and the Formation of the Filipino Nationality», *Archipel* 32, 1986, pp. 141-162, *https://www.persee.fr/doc/arch_0044-8613_1986_num_32_1_2316*

VITAR, Beatriz, «Mujeres, masonería y revolución en Filipinas (1896-1897)», *Trocadero* 18, 2006, pp. 177-187.

—, «La participación femenina en la insurrección filipina de 1896. El caso de la logia Semilla y la trayectoria de Rosario Villarruel», en E. Burgos Malavé (ed.), *El conflicto de 1898. Antecedentes y consecuencias inmediatas*, Universidad de Puerto Rico, San José de Puerto Rico, 2000, pp. 455-472.

VV.AA., *El imaginario colonial. Fotografía en Filipinas durante el periodo español, 1860-1898,* (Catálogo de la exposición), Acción Cultural Española, Barcelona, 2006, *https://www.accioncultural.es/media/Default%20Files/files/publicaciones/files/catalogo_el_imaginario_colonial.pdf*

VV.AA., *Del rosa al violeta: masonería y feminismo*, monográfico de *Cultura Masónica. Revista temática de francmasonería* 11 (36), 2019, *www.masonica.es*

Otras fuentes:

«Buques de la Compañía Trasatlántica Española», *http://www.buques.org/Navieras/Trasatlantica/Trasatlantica-1_E.htm*

Telegramas la mayor parte de ellos parcialmente cifrados entre el Ministerio de Marina y los diferentes mandos establecidos en Filipinas durante su defensa del ejército revolucionario, [AMN 0525], Biblioteca Virtual Ministerio de Defensa, *https://bibliotecavirtual.defensa.gob.es/BVMDefensa/exp_pacifico/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=95201&presentacion=pagina&posicion=7&registrardownload=0*

Notas

[1] Aeta: indígena que vive en las montañas de la isla de Luzón. Podrían ser los habitantes originales de Filipinas, familia de los austronesios.

[2] Antes de la expansión del cristianismo, dentro del conjunto de creencias animistas de Filipinas, los anitos eran para la población nativa de las islas los espíritus de los antepasados, de la naturaleza o bien se les atribuía un origen divino.

[3] Expresión que demuestra extrañeza.

[4] Castila: peninsular. También puede referirse a la denominación que se daba en las islas Filipinas a los blancos procedentes de la península.

[5] Obrero de baja extracción obligado por la administración a trabajar en obras públicas o en haciendas privadas. El polo podía redimirse mediante prestación en metálico.

[6] Lluvia torrencial en tagalo.

[7] Mujer en tagalo.

[8] Anciano en tagalo.

[9] Tonadilla tagala de amor semejante a las habaneras.

[10] El *tapis* era una sobrefalda, la *saya* una falda, el *fichu* un pañuelo y el *baro* una blusa. Todas son prendas típicas de la vestimenta filipina de la época.

[11] Dulces filipinos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Pilar Méndez Jiménez, 2023
© La Esfera de los Libros, S.L., 2023
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023
ISBN: 978-84-1384-690-3 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.